





NAPOLÉON III

PAR

LE GÉNÉRAL DE S. ANTONI



TOMO

DC276

I33

v.3

. 14)

1020043534

MS A

MS A



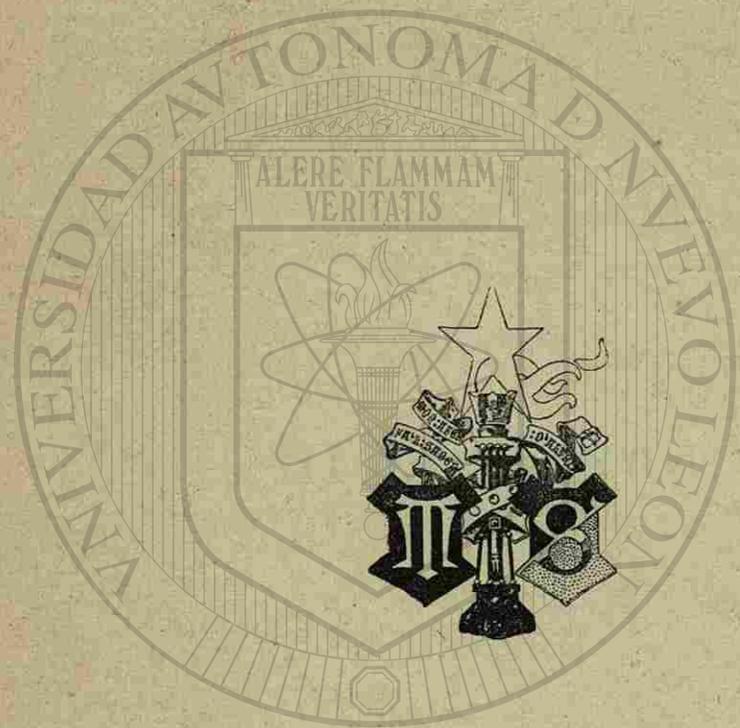
NAPOLEÓN III

UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NAPOLEON III

FOR

1^o

2^o

IMBERT DE SAINT-AMAND

EDICIÓN ILUSTRADA

UANIL

TOMO TERCERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

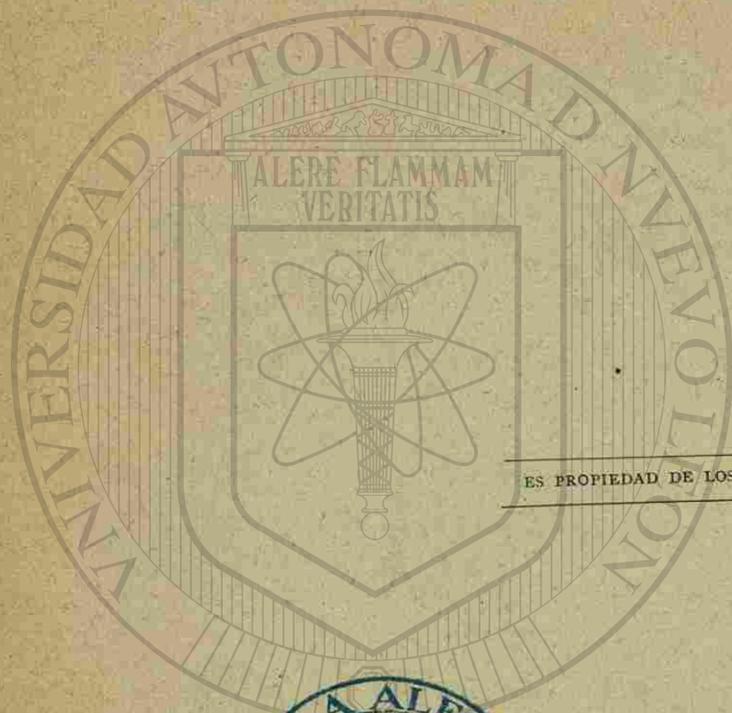
1899

17032

DC 276

I 33

v. 3



ACERVO GENERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE

128345

LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO

I

VIAJES IMPERIALES

En el tomo anterior hemos dejado á Napoleón III y á la emperatriz en el palacio de Saint-Cloud. Echemos ahora una ojeada sobre lo que podríamos llamar vacaciones imperiales durante este año 1856, que tal vez fué para el monarca el año más feliz de una carrera tan turbada y agitada. Satisfecho de la situación exterior é interior, gozando en paz de su prodigioso destino, hizo por su imperio muchos viajes no oficiales en los que disfrutaba á la vez de los placeres de la existencia imperial y los de la vida privada.

1.º de julio de 1856. — El emperador parte de Saint-Cloud para ir á tomar las aguas de Plombières. Le acompañan el general Espinasse, su ayudante de campo, el general Fleury, su caballerizo mayor, el príncipe de la Tour d'Auvergne, sus oficiales de órdenes, M. Mocquard su secretario y el jefe de su gabinete. Llega á Nancy á las once de la noche, y aunque no se le recibe oficialmente, la población se aglomera por todas partes á su paso. Todas las casas ostentan colgaduras y se han levantado espontáneamente arcos de triunfo.

2 de julio. — Napoleón III llega á Plombières. Los habitantes y los bañistas respetan el descanso que ha ido á buscar y la voluntad que ha expresado de que nadie le siga en sus paseos. Pero el domingo 6 de julio, cuando va á misa, la gente, que ha acudido de todas las cercanías, se agolpa á su paso y le saluda con calurosas aclamaciones. El obispo de Saint-Dié, llegado para visitarle, le recibe á la puerta de la iglesia y le dirige una alocución. Por la noche la población está de fiesta, pues al emperador se le ha ocurrido mandar levantar en un paseo una gran tienda de campaña para que los habitantes y los soldados bailen en ella los domingos.

18 de julio. — Napoleón III hace una excursión á doce leguas de Plombières, al Ballón de Alsacia, desde donde se descubre un magnífico panorama. Llegado á las seis de la tarde, regresa al hacerse de noche. En las aldeas, en los

caseríos, en cualquier casa aislada, los habitantes sacan antorchas ó linternas para alumbrarle á su paso. En Remiremont la iluminación es completa. No hay casa que no tenga una inscripción en la cual se lee: «¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial!»

El emperador parte de Plombières el 8 de agosto, y duerme en Luneville. El 9 tiene la satisfacción de reunirse en Saint-Cloud con su esposa y su hijo, de los que no se había separado desde el nacimiento del príncipe imperial.

19 de agosto. — El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial marchan á Biarritz á las seis de la tarde. Su comitiva se compone del general conde Edgardo Ney, ayudante de campo; del marqués de Cadore, oficial de órdenes; del marqués de La Grange, caballero; del conde Tascher de La Pagerie, intendente de la emperatriz; de la condesa de Labedoyère y de Mme. de Lourmel, damas de palacio, y de Mme. Bizot, sub-aya del príncipe imperial.

Llegada á Biarritz el 20 de agosto por la mañana.

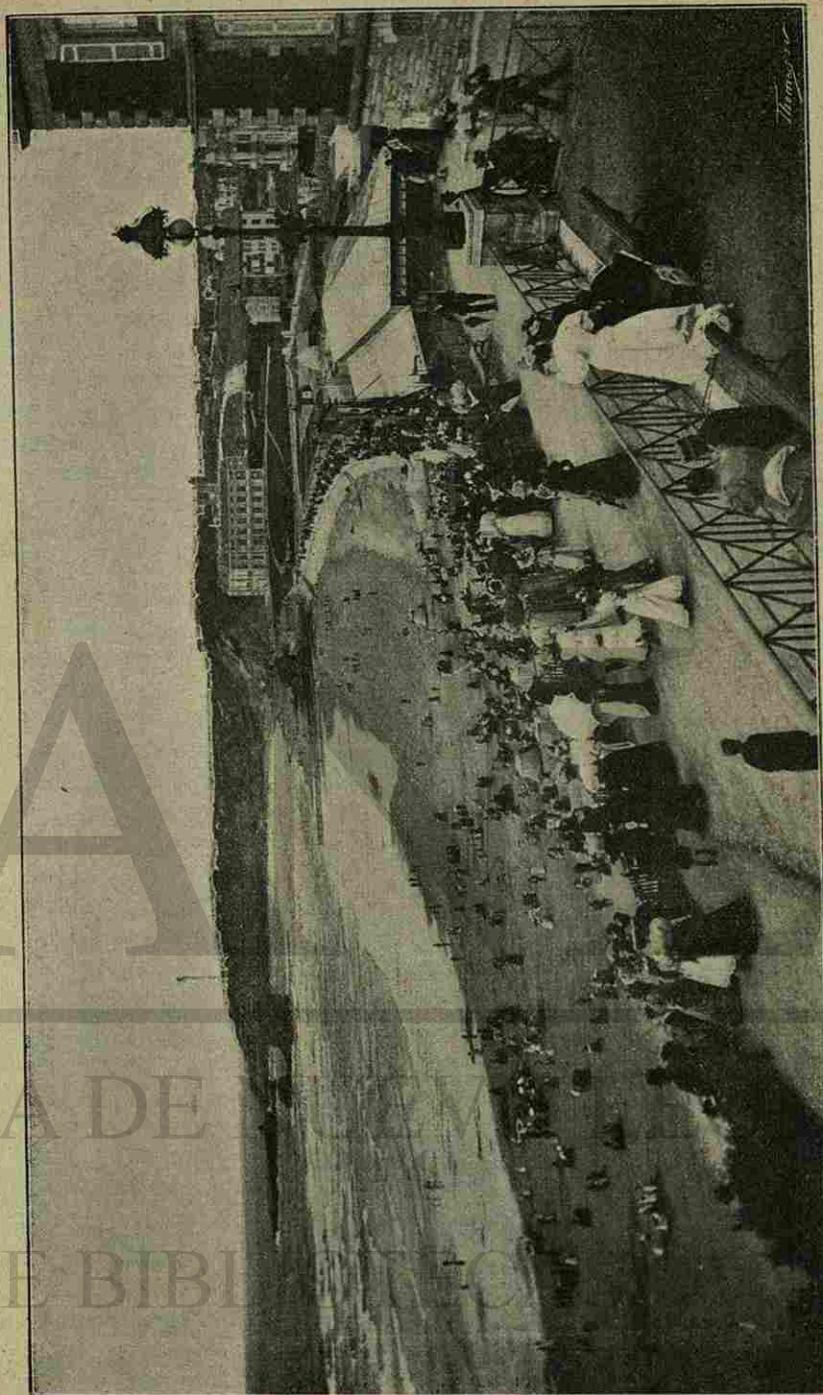
Los baños de mar sientan muy bien á la emperatriz. El emperador se ocupa de los intereses de la localidad y de las cercanías. Habla largamente con el general Serrano, nombrado recientemente embajador de España en Francia, del enlace del ferrocarril francés con los ferrocarriles españoles. El cardenal arzobispo de París y el mariscal Bosquet acuden á visitar al monarca.

8 de septiembre. — El emperador recibe al ayuntamiento de la villa de Anglet, que le da las gracias por haber tenido á bien encargarse de los gastos de sembrado de las dunas, y á una comisión de la Diputación provincial del departamento de las Landas, que lleva el encargo de exponerle las necesidades y los deseos de esta parte de Francia. El 8 de septiembre es el aniversario de la toma de Sebastopol. El emperador quiere que el destacamento del 35.º de línea, que ha hecho la campaña de Crimea, celebre este aniversario y hace que sirvan en sus barracas una comida á los sargentos y soldados. El soberano y la emperatriz, llevando en brazos á su hijo, se presentan un momento entre ellos. Los oficiales comen con SS. MM.

10 de septiembre. — Los emperadores hacen una excursión por mar á bordo del *Newton*, y primeramente visitan el puerto de Pasajes, luego pasan á San Sebastián, donde las autoridades españolas y la población los acogen con las demostraciones más simpáticas. Acompañados por las autoridades, van á pie á la catedral, donde los recibe el clero, á la Casa consistorial y al castillo situado en una montaña muy escarpada.

12 de septiembre. — El príncipe Adalberto de Baviera, así como su joven y bella esposa, la infanta Amelia, van á comer con SS. MM. en Biarritz. Al día siguiente los príncipes marchan, muy agradecidos por la acogida que se les ha hecho.

13 de septiembre. — El general Serrano presenta al emperador y á la emperatriz á la Diputación de Vizcaya llegada para poner en su conocimiento la resolución unánime de la junta, que reconoce al príncipe imperial el derecho de go-



VISTA PANORÁMICA DE BIARRITZ



zar de los títulos y prerrogativas anejos á la calidad de señor y ciudadano de Vizcaya. Napoleón III responde poco más ó menos en estos términos: «Agradezco mucho que la reina de España haya permitido que la Diputación me fuera presentada, y me complace en extremo esa prueba de simpatía de la provincia de Vizcaya á la emperatriz y á mi hijo. Semejantes demostraciones no pueden menos de estrechar los vínculos que unen á los dos países. Me lisonjea el pensar que el príncipe imperial tiene sangre española en las venas, porque siempre he tenido por ese pueblo caballeresco y guerrero tanta estimación como afecto.»

18 de septiembre. — El emperador y la emperatriz van á visitar las ruinas del castillo de Bidache, situado á once leguas de Biarritz y perteneciente al duque de Gramont, ministro de Francia en Turín: expresan el interés que les inspiran los bellos vestigios de esta morada histórica, y como regresan ya de noche, los pueblos por los que SS. MM. pasan están iluminados.

29 de septiembre. — El emperador pasa revista en Bayona á los regimientos 35 y 46 de línea que vuelven de Crimea.

30 de septiembre. — Salida de Biarritz. La población en masa acude á la estación del ferrocarril para expresar con sus calurosas demostraciones su pesar por ver partir á SS. MM. Llegada á Burdeos á las cuatro de la tarde.

1.º de octubre. — En Burdeos la recepción es oficial; misa solemne en la catedral; gran revista pasada por el emperador y la cual presencia la emperatriz en carruaje descubierto; por la noche, brillantes iluminaciones, arco de triunfo monumental resplandeciente de luz, función de gala en el Gran Teatro.

2 de octubre. — Por la mañana salida de Burdeos entre clamorosas aclamaciones; entusiasmo en todas las estaciones entre Burdeos y París; por la noche llegada al palacio de Saint-Cloud.

19 de octubre. — Partida de SS. MM. y del príncipe imperial para Compiègne. Llegada á las cinco de la tarde. La población de la ciudad y de los alrededores atestiguan el júbilo que experimenta al volverlos á ver. En 1854 y 1855 las preocupaciones de la guerra han impedido al emperador y la emperatriz ir á Compiègne, donde se complacen en reunir durante algunas semanas las notabilidades francesas y extranjeras.

Los invitados de las series de 1856 son el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, el nuncio del Papa; los embajadores de Inglaterra, Austria, Turquía y España; los ministros de Prusia, Cerdeña y Suecia; el presidente del Senado, el del Consejo de Estado, los ministros, los mariscales Magnán, Baraguey d'Hilliers, duque de Malakoff, Canrobert y Bosquet; los generales Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Camou, Forey, Morris, de Mac-Mahón, Urich, Corte, de Bourgón, Méllinet, de Ladmirault, el duque de Bauffremont, el príncipe Poniatowski, el de Beauván, el conde de Caumont-Laforce, el marqués de Caulaincourt, el conde Federico de Lagrange, el barón Hallez-Claparède, el conde de Wendel, el barón James de Rothschild, MM. Alfredo

de Vigny, Auber, Meyerbeer, Verdi, Horacio Vernet, Eugenio Isabey, el marqués de Hertford, el duque de Osuna, el conde Sclafoni, el príncipe de Croy, lady Cowley, la generala Serrano, la marquesa de Villamarina, Mlle. de Hubner, la condesa de Hatzfeldt, la condesa Valewska, la mariscal Magnán y su hija Luisa, las señoras Magne, Rouher, Troplong, Baroche, la princesa de Beauván, la almiranta Bruat, la duquesa de Istria, la marquesa de Contades, la duquesa de Lesparre, la marquesa de Caulaincourt, la princesa Poniatowska, la baronesa Hallez-Claparède y la condesa de Wendel.

En las series de Compiègne no se habla de política, y parece ser la consigna abstenerse de tratar de todo asunto serio. Todas las semanas se celebra consejo de ministros, pero no se trasluce nada de sus deliberaciones. El emperador se presenta, no cual soberano, sino más bien como un castellano, haciendo á sus invitados los honores de su residencia y de sus cacerías. Creeríase estar en uno de esos castillos de Inglaterra donde se encuentra una hospitalidad tan cordial, tan fácil y agradable.

Desde el 21 de octubre hasta el 5 de noviembre los emperadores obsequiaron á sus convidados con cacerías, banquetes, bailes, funciones teatrales y otras diversiones. En la última de dichas fechas, Napoleón III, la emperatriz y el príncipe imperial salen de Compiègne y regresan á Saint-Cloud. El veraneo, que ha durado tres semanas, ha sido de los más agradables. ¡Ah! ¿Por qué el emperador, en vez de continuar disfrutando en paz de semejantes pasatiempos, se lanzará en breve en pos de temerarias aventuras, que después de tener buen éxito al principio, acabarán por cambiar los días de ventura en días de angustias y catástrofes?

EL PRÍNCIPE DE PRUSIA

Marcó el fin del año 1856 en las Tullerías una visita á la que Napoleón III daba mucha importancia, la del príncipe Federico Guillermo de Prusia, futuro emperador de Alemania. Este príncipe frisaba en los sesenta años, y había conservado gran vigor de cuerpo y de espíritu. Nacido el 22 de marzo de 1797, era hijo del rey Federico Guillermo III y hermano y heredero del rey Federico Guillermo IV, que no tenía hijos y estaba bastante enfermizo. El príncipe de Prusia se ocupaba ya mucho de política, y Napoleón III creía que algún día tendría en él un colaborador precioso para sus proyectos sobre Italia. Mas ¡ay!, el príncipe estaba llamado á desempeñar un papel mucho más importante que aquel á que el emperador le suponía reservado. Adolescente, había invadido la Francia; anciano, debía invadirla de nuevo. Recordaba que cuando apenas tenía quince años había estado en el palacio de la Malmaison con su padre Federico Guillermo III, con su hermano el futuro Federico Guillermo IV y con el gran duque Nicolás de Rusia, el futuro emperador Nicolás I. A los tres había subyugado el encanto de la conversación de la emperatriz Josefina y de la reina Hortensia. Esta última había cantado algunas romanzas compuestas por ella, lanzando miradas simpáticas al apuesto gran duque Nicolás. Así lo refería algún tiempo antes de su muerte el emperador Guillermo á uno de sus ayudantes que me ha transmitido la conversación. En 1856 podía contar á Napoleón III los recuerdos de la Malmaison, pero se guardaba bien de evocar los de su madre, la reina Luisa, á quien el vencedor de Jena, el conquistador de Berlín, había herido en el corazón y á la que los prusianos querían vengar.

Y cosa digna de observar, de todos los príncipes que fueron á Francia durante el segundo Imperio, el que tuvo mejor acogida en las Tullerías fué quizás el futuro vencedor de Sedán. Nadie se mostró más solícito con el emperador ni más galante con la emperatriz, de la cual se decía respetuoso y entusiasta admirador. Sus modales á la vez regios y militares, su aspecto bonachón, su conversación sencilla y familiar, le aseguraron una acogida cortés y cordial.

El 11 de diciembre de 1856, Federico Guillermo, príncipe de Prusia, llegaba á París procedente de Oxborne (isla de Wight), acompañado del general barón de Schreekenstein, comandante en jefe del 7.º cuerpo de ejército prusiano, y de un oficial destinado á adquirir gran celebridad, el general de Moltke. El



EL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA

coronel marqués de Toulangeón, oficial de órdenes del emperador, y el conde de Riencourt, caballerizo, habían ido al puerto de Calais á recibir al príncipe. El príncipe Napoleón le recibió en la estación del Norte, en la que estaban formados un batallón de la guardia y otro de línea. Cuatro carruajes de la corte, escoltados por un escuadrón de guías, aguardaban al príncipe prusiano y le condujeron con su comitiva al palacio de las Tullerías, donde el gran chambelán y el gran maestre de ceremonias le recibieron al pie de la escalera principal, y el emperador, rodeado de sus oficiales de servicio, en lo alto de aquélla. El soberano le presentó en seguida á la emperatriz que le aguardaba en el salón blanco, con los oficiales y damas de su cuarto, y le llevó á las habitaciones que le estaban reservadas en el pabellón de Marsán. Por la noche, el príncipe comió con las personas de su comitiva y todos los individuos de la legación de Prusia en la mesa de SS. MM.

El 13 de diciembre, á la una de la tarde, el emperador pasó revista en el patio de palacio á nueve regimientos de línea y tres batallones de cazadores, todos los cuales habían hecho la campaña de Crimea. Las tropas estaban mandadas por el mariscal Magnán. Napoleón III, escoltado por los mariscales Vaillant, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert, y Bosquet, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Un piquete de los cien guardias y otro de guías formaban la escolta del emperador. La emperatriz, rodeada de los oficiales y las damas de su cuarto, estaban en el balcón de la sala de los Mariscales. Después de pasar por el frente de las tropas, el emperador se situó delante del pabellón del Reloj y mandó reunir las banderas de los regimientos de línea y de los batallones de cazadores; luego, en presencia de estas gloriosas insignias desgarradas por las granadas y por las balas, distribuyó por su propia mano cruces y medallas militares. Durante la revista, el príncipe imperial, saliendo del palacio de las Tullerías, pasó entre la línea de soldados que le saludaron con sus aclamaciones. ¿Se habría podido sospechar entonces que aquel en cuyo honor se celebraba tan hermosa revista sería tan fatal al padre y al hijo?

El 15 de diciembre, el emperador y el príncipe de Prusia marcharon por la mañana á Fontainebleau, en cuyo palacio debían pasar dos días. Por la noche la ciudad estaba iluminada. El 16, el emperador pasó con el príncipe una revista á los dragones y lanceros de la guardia. La emperatriz llegó á las once de la mañana. Hubo una cacería en el bosque, y á las seis de la tarde SS. MM. regresaron á París con el príncipe de Prusia.

17 de diciembre. — Revista de toda la guardia imperial en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel. El emperador, llevando la gran cruz del Águila negra, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Le acompañaban los mariscales Magnán, de Castellane, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert y Bosquet, los generales prusianos de la comitiva del príncipe, el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña y un numeroso estado mayor. Recorrió las líneas al paso, dejando el lado de las tropas al príncipe de Prusia y hablando con él frecuente-

mente. Luego fué á colocarse delante del pabellón del Reloj. Entonces mandó llamar al coronel del 3.º de granaderos de la guardia, y le entregó el águila de este regimiento recién formado. El coronel pronunció algunas palabras entusiastas y fué á llevar la bandera á sus granaderos. El desfile comenzó en seguida con perfecto orden. A pesar del frío, la emperatriz estaba en el balcón de la sala de los Mariscales, viéndose entre las damas que la rodeaban á lady Cowley, embajadora de Inglaterra, y á la condesa de Hatzfeldt, hija del mariscal de Castellane y esposa del ministro de Prusia en París.

Por la noche, los condes de Hatzfeldt daban en el palacio de la legación un gran banquete en honor del príncipe.

18 de diciembre. — Baile de quinientas personas en las Tullerías. SS. MM. hicieron su entrada á las diez con el príncipe de Prusia y permanecieron hasta las tres de la mañana. Dióse el baile en la sala de los Mariscales. Los hombres iban de frac con calzón corto y medias de seda. El emperador y la emperatriz bailaron con mucha animación el cotillón, que duró más de una hora.

19 de diciembre. — El príncipe de Prusia visitó la escuela de Saint-Cyr. Recibido en la puerta de honor por el general de Monet y por todo el Estado mayor de la escuela, expresó el deseo de que nadie desatendiera por él sus habituales ocupaciones. Dos grupos de jinetes, compuestos de alumnos del segundo año, ejecutaban en el campo de maniobras todos los movimientos de la escuela de pelotón. Un poco antes de salir de Saint-Cyr, el príncipe pasó por el frente de los alumnos reunidos con armas y bagajes; luego éstos ejecutaron el manejo de las armas, las cargas y el fuego. S. A. R. manifestó al general comandante toda su satisfacción, y por la noche fué á la Opera, donde se daba el baile *El Corsario*.

20 de diciembre. — El príncipe comió con los emperadores y luego fué con ellos á la Comedia francesa. Apenas entró la condesa de Hatzfeldt en el palco que se le había enviado, el emperador y la emperatriz la hicieron pasar al suyo. El príncipe estaba encantado de la cordial acogida que Napoleón III y su corte dispensaban, no sólo á él, sino á las personas de su comitiva y á la legación de Prusia. En aquella época, ningún gobierno mantenía mejores relaciones con el emperador que el gobierno prusiano.

21 de diciembre. — El príncipe debía marchar de París á las once de la noche. Antes de partir comió con los emperadores, que convidaron á los condes de Hatzfeldt á esta comida. La condesa escribía á su padre: «Otra vez nos han convidado á comer en las Tullerías, donde nos han hecho permanecer hasta el momento en que el príncipe ha salido para tomar el tren. Ya ha marchado de París y creo que estaba muy contento de lo que ha visto; aquí también han quedado muy contentos de él. Los hombres y mi marido han partido, y el emperador, después de hablar largo tiempo con la emperatriz, ha venido á decir que se colocara una mesa para celebrar una rifa. Había lotes magníficos y á mí me ha tocado, y no por suerte seguramente, un precioso brazaletes de oro con

la palabra *Recuerdo* en diamantes. Ha sido un modo muy delicado de hacerme un regalo. Es imposible estar más amable de lo que en esta ocasión lo han estado ambos para nosotros.»

Dispuesto muy favorablemente para con el príncipe, á quien creía poder hacer entrar en sus proyectos de arreglo del mapa europeo, Napoleón III apreciaba mucho á la condesa de Hatzfeldt, cuyo principal objetivo fué una inteligencia sincera entre sus dos patrias. ¿Quién sabe? Si la digna hija del mariscal de Castellane hubiera sido embajadora de Prusia en París en 1870, tal vez no habría estallado la guerra franco-alemana.

III

LOS COMIENZOS DE 1857



MONTERREY, N. L.

El año 1857 empezó en medio de una paz interior y exterior que al parecer nada debía perturbar. En la noche del 2 de enero hubo en el palacio de las Tullerías una recepción de señoras.

El 3 de enero el emperador debía ir al teatro de la Gaieté, donde se representaba un melodrama en boga, *La falsa adúltera*; pero se lo impidió una catástrofe tan terrible como inesperada, el asesinato del arzobispo de París, monseñor Sibour. El prelado había ido aquel día á la iglesia de San Esteban del Monte, donde se celebraba una novena en honor de Santa Genoveva. Acababa de dar la vuelta al santuario, bendiciendo á los fieles arrodillados á su paso, cuando un hombre, saliendo de entre el gentío, se acercó á él y le dió una cuchillada. El arzobispo, trasladado á la sacristía, exhaló en seguida el postrer suspiro. El asesino no intentó escapar, sino que, blandiendo su cuchillo, gritaba: «¡Abajo las diosas!» Se le creyó loco; no se sabía que, adversario del dogma de la Inmaculada Concepción, aludía con aquellas palabras á la Virgen y á su madre. Tenía treinta años, se llamaba Verger, y era un cura á quien se habían retirado las licencias, que creía tener quejas del clero y deseaba vengarse. Aunque el obispo de Meaux le había escrito recientemente: «Creemos que necesitáis estar cuidado en una casa de salud,» los médicos, después de examinarlo, le declararon responsable, y en la noche del 29 de enero fué guillotinado en la plaza de la Roquette á la luz de las antorchas y en presencia de una muchedumbre inmensa.

El asesinato del arzobispo podía parecer á las personas supersticiosas un funesto presagio para el año que empezaba y para la estabilidad de la dinastía. Monseñor Sibour fué el que entonó el *Te Deum* cuando el restablecimiento del Imperio, y el que recibió al emperador y la emperatriz á la puerta de Nuestra Señora el día de su boda y el del bautizo de su hijo. Se suspendió el baile que debía verificarse en las Tullerías el 8 de enero, y el 10 se celebraron las exequias del arzobispo con gran pompa en la iglesia metropolitana. Pero no tardó en disiparse aquella penosa impresión, y á los cuatro días la corte y la ciudad recobraban toda su animación.

El 14 de enero el príncipe Napoleón reunía en el Palacio Real á todos los oficiales generales presentes en París que habían tomado parte en la guerra de

la palabra *Recuerdo* en diamantes. Ha sido un modo muy delicado de hacerme un regalo. Es imposible estar más amable de lo que en esta ocasión lo han estado ambos para nosotros.»

Dispuesto muy favorablemente para con el príncipe, á quien creía poder hacer entrar en sus proyectos de arreglo del mapa europeo, Napoleón III apreciaba mucho á la condesa de Hatzfeldt, cuyo principal objetivo fué una inteligencia sincera entre sus dos patrias. ¿Quién sabe? Si la digna hija del mariscal de Castellane hubiera sido embajadora de Prusia en París en 1870, tal vez no habría estallado la guerra franco-alemana.

III

LOS COMIENZOS DE 1857



MONTERREY, N. L.

El año 1857 empezó en medio de una paz interior y exterior que al parecer nada debía perturbar. En la noche del 2 de enero hubo en el palacio de las Tullerías una recepción de señoras.

El 3 de enero el emperador debía ir al teatro de la Gaieté, donde se representaba un melodrama en boga, *La falsa adúltera*; pero se lo impidió una catástrofe tan terrible como inesperada, el asesinato del arzobispo de París, monseñor Sibour. El prelado había ido aquel día á la iglesia de San Esteban del Monte, donde se celebraba una novena en honor de Santa Genoveva. Acababa de dar la vuelta al santuario, bendiciendo á los fieles arrodillados á su paso, cuando un hombre, saliendo de entre el gentío, se acercó á él y le dió una cuchillada. El arzobispo, trasladado á la sacristía, exhaló en seguida el postrer suspiro. El asesino no intentó escapar, sino que, blandiendo su cuchillo, gritaba: «¡Abajo las diosas!» Se le creyó loco; no se sabía que, adversario del dogma de la Inmaculada Concepción, aludía con aquellas palabras á la Virgen y á su madre. Tenía treinta años, se llamaba Verger, y era un cura á quien se habían retirado las licencias, que creía tener quejas del clero y deseaba vengarse. Aunque el obispo de Meaux le había escrito recientemente: «Creemos que necesitáis estar cuidado en una casa de salud,» los médicos, después de examinarlo, le declararon responsable, y en la noche del 29 de enero fué guillotinado en la plaza de la Roquette á la luz de las antorchas y en presencia de una muchedumbre inmensa.

El asesinato del arzobispo podía parecer á las personas supersticiosas un funesto presagio para el año que empezaba y para la estabilidad de la dinastía. Monseñor Sibour fué el que entonó el *Te Deum* cuando el restablecimiento del Imperio, y el que recibió al emperador y la emperatriz á la puerta de Nuestra Señora el día de su boda y el del bautizo de su hijo. Se suspendió el baile que debía verificarse en las Tullerías el 8 de enero, y el 10 se celebraron las exequias del arzobispo con gran pompa en la iglesia metropolitana. Pero no tardó en disiparse aquella penosa impresión, y á los cuatro días la corte y la ciudad recobraban toda su animación.

El 14 de enero el príncipe Napoleón reunía en el Palacio Real á todos los oficiales generales presentes en París que habían tomado parte en la guerra de

Crimea. Entre los invitados, en número de cincuenta y dos, figuraban los mariscales Pelissier, duque de Malakoff, Canrobert, Bosquet, el almirante Hamelin que había mandado la escuadra del mar Negro durante la guerra de Crimea y era á la sazón ministro de Marina, los generales Regnaud de Saint-Jean d'Angely, de Salles, Niel y de Mac-Mahon. El príncipe Napoleón había rogado á su padre el rey Jerónimo que presidiera esta fiesta militar á la que asistían nueve veteranos del primer Imperio. El hermano de Napoleón I pronunció este brindis: «Brindó por el emperador, por la emperatriz, por el príncipe imperial, á quien deseo, por la felicidad de nuestra querida patria que está llamado á gobernar, el valor, la prudencia y la habilidad de su augusto padre.»

El príncipe Napoleón alzó en seguida su vaso en honor de los generales en jefe del ejército de Crimea, y se expresó así: «Al mariscal de Saint-Arnaud, el jefe arrojado muerto después de la batalla de Alma y que tuvo por sudario la bandera tricolor de la Francia regenerada.»

«Al mariscal Canrobert, que ha sabido sostener el ejército en circunstancias tan difíciles, y ha entregado á su sucesor, como él mismo lo ha dicho, un ejército aguerrido y dispuesto á emprenderlo todo.»

«Al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, que se ha immortalizado con la toma de Sebastopol y con rara y perseverante energía ha sabido triunfar de los obstáculos que se le oponían por todas partes.»

El príncipe dedicó en seguida un conmovedor recuerdo á los hermanos de armas muertos cual dignos hijos de Francia, y terminó así su alocución: «Puedo decir con orgullo que la inmensa ventaja de esta guerra consiste en que habéis probado que Francia continúa teniendo su grande ejército.»

El mariscal duque de Malakoff contestó: «Monseñor, á mí me incumbe dar gracias á V. A. I. por habernos reunido en torno del hermano de Napoleón I, del más ilustre de los últimos representantes de su inmortal epopeya... Los elogios que habéis hecho del ejército que he tenido el honor de mandar son tanto más preciosos cuanto que ese ejército recuerda con satisfacción que V. A. I. ha compartido sus trabajos y contribuido valerosamente á sus triunfos.»

El ex rey de Westfalia tomó en seguida la palabra. «Agradezco, dijo, al mariscal Pelissier el haber asociado mi nombre al del grande ejército. Me complace en extremo poder contestarle brindando por nuestros bravos ejércitos de tierra y mar, y en particular por nuestras gloriosas tropas de Crimea, que, con la rapidez del águila, aprovecharon la primera ocasión para colocarse dignamente al lado de las viejas falanges de Marengo, de Austerlitz y de Jena.»

El invierno de 1857 fué muy brillante: las fiestas se sucedían sin cesar.

El 16 de febrero el emperador abrió la sesión legislativa en la sala de los Mariscales. El discurso del trono fué esencialmente pacífico. Napoleón III declaraba en él que como reinaba la mejor inteligencia entre las grandes potencias, se debía pensar formalmente en regular y desarrollar las fuerzas y las riquezas de la nación. «Aunque la civilización, decía, tenga por objeto el mejo-

ramiento moral y el bienestar material del mayor número, hay que reconocer que marcha como un ejército, y no obtiene sus victorias sin sacrificios y sin víctimas. Esas vías rápidas que facilitan las comunicaciones hacen que los intereses cambien de lugar y dejan á la zaga los países que aún están privados de ellas; esas máquinas tan útiles que multiplican el trabajo del hombre, le reem-



Monseñor Sibour, arzobispo de París

plazan al pronto y dejan muchos brazos desocupados; esas minas que diseminan por el mundo una cantidad de numerario desconocido hasta el presente, ese aumento de la fortuna pública que decuplica el consumo, tienden á hacer variar y á elevar el valor de todas las cosas; ese manantial inagotable de riqueza que se llama crédito engendra maravillas, y sin embargo, la exageración de la especulación ocasiona muchas ruinas individuales. De aquí la necesidad, sin detener los progresos, de acudir en auxilio de los que no pueden seguir su marcha acelerada. Hay que estimular á los unos, contener á los otros, alimentar la actividad de esta sociedad anhelante, inquieta, exigente, que en Francia lo espera

todo del gobierno y á la cual, sin embargo, debe éste oponer los límites de lo posible y los cálculos de la razón.»

Aquel período legislativo era el último hasta la renovación de la Cámara. En el discurso, Napoleón III dió las gracias á los diputados por el concurso activo que le habían prestado desde 1852, y terminó con estas palabras que respiraban satisfacción y confianza: «Contando con el concurso de las principales corporaciones del Estado, con la abnegación del ejército y sobre todo con el apoyo de este pueblo que sabe que consagro todos mis momentos á sus intereses, vislumbro para nuestra patria un porvenir lleno de esperanza. La Francia, sin lastimar los derechos de nadie, ha recobrado en el mundo el rango que le convenía, y puede dedicarse con seguridad á todo cuanto produce el genio de la paz. ¡Que Dios no se canse de protegerla, y en breve se podrá decir lo que un hombre de Estado, historiador ilustre y nacional, ha escrito acerca del Consulado: — La satisfacción reinaba en todas partes, y todo el que no tenía malas pasiones en su corazón estaba contento del poder público.»

Consideróse el homenaje tributado á M. Thiers como señal de conciliación en punto á política interior, y aun hubo personas que se imaginaron que el ministro de Luis Felipe llegaría á serlo de Napoleón III. Los partidos se iban desarmando cada vez más, y el emperador, en el colmo de sus deseos, gozaba de una situación tal vez única en el mundo. ¿Qué le habría faltado para conservarla? Resistir el afán de aventuras y mantener siempre la paz.

IV

EL GRAN DUQUE CONSTANTINO

En la primavera de 1857 Napoleón III recibió una visita á la que con razón se atribuyó mucha importancia, porque fué prelude y prenda de una reconciliación definitiva entre franceses y rusos: la visita del gran duque Constantino, hermano del tsar Alejandro II. Nacido el 9 de septiembre de 1827, Constantino Nicolaievitch, gran almirante de Rusia, príncipe de elevada inteligencia, era un ardiente patriota. Después de haber aprobado con entusiasmo el celo ortodoxo y la política belicosa de su padre el emperador Nicolás, fué durante los sucesos de Crimea furibundo partidario de la guerra á todo trance. Su ida á París inauguraba una nueva era.

El gran duque llegó el 20 de abril á Tolón á bordo de la fragata de vapor *Olaff*, acompañada de otras dos fragatas y del navío de hélice el *Wiborg*. La escuadra francesa de evoluciones, mandada por el almirante Trehouart, estaba formada en dos líneas en la rada que la escuadra rusa atravesó. Los marineros, subidos en las vergas, saludaron al gran duque á su paso, mientras que los barcos hacían salvas con toda su artillería. Tan luego como la *Olaff* quedó amarrada ante la cadena nueva á la entrada del arsenal, el almirante Trehouart y el vicealmirante Dubordieu, prefecto marítimo, pasaron á bordo de la fragata rusa para ofrecer sus respetos al gran duque. El príncipe saltó á tierra y se dirigió al arsenal, donde pasó revista á las tropas de marina. El 21 de abril visitó todos los buques de la escuadra francesa. El 23 asistió con todos sus oficiales á un baile dado en su honor por el prefecto marítimo. El 25 visitó el arsenal, y pasó á bordo del *Suffren*, buque escuela de cabos de cañón, donde se ejecutaron toda clase de ejercicios y tiro al blanco. El 26 oyó misa en el barco ruso el *Wiborg*. El mismo día los oficiales de la marina francesa ofrecieron á los de la rusa una comida á bordo del buque almirante la *Breñaña*. El 27 el gran duque partió en posta para Marsella, y de regreso al día siguiente en Tolón, se embarcó en el aviso de vapor francés el *Explorador*, puesto á su disposición para ir á la Seyne á presenciar la botadura de un vapor de las Mensajerías imperiales.

30 de abril. — Llegada del gran duque á París á las cinco de la tarde. El príncipe Napoleón le espera en la estación de Lyon, adornada con banderas de Francia y Rusia. Una de las salas ha sido transformada en salón de recep-

ción: sus gradas están ocupadas por un gran número de señoras pertenecientes en su mayoría á la elevada sociedad rusa. Saludan al gran duque el mariscal Magnán, el prefecto del Sena, el de policía, el general Luders, el conde de Kisselef embajador de Rusia, y el ministro de Wurtemberg con todo el personal de sus misiones. Dos batallones, uno de granaderos de la guardia y otro de línea, forman columna de honor. El gran duque sube con el príncipe Napoleón á un coche tirado por cuatro caballos. La comitiva, escoltada por dos escuadrones del regimiento de guías, recorre los bulevares, las calles de la Paz y de Rívoli, pasa por debajo de la bóveda del arco de triunfo del Carrousel y llega al palacio de las Tullerías entre dos filas de soldados de un batallón de gendarmería de la guardia. El emperador aguarda al gran duque en lo alto de la escalera de honor, le recibe afablemente y le conduce al salón donde está la emperatriz. Por la noche, el príncipe con todas las personas de su comitiva come con SS. MM. El conde Kisseleff, el príncipe Tolstoi, secretario de la embajada rusa, y el coronel Albedinski asisten á la comida.

2 de mayo. — El gran duque visita el Louvre: en el museo de los monarcas examina detenidamente los objetos que pertenecieron á Carlomagno, San Luis, Ana de Bretaña, Francisco I, Enrique II, Enrique III y Enrique IV. La sala imperial llama particularmente su atención. La cama de campaña de Napoleón, la casaca que éste llevó en Marengo, su pequeño sombrero, su gabán gris parecen cautivar al príncipe, el cual termina su visita por el museo de Marina, donde tiene ocasión de demostrar la extensión de sus conocimientos navales. Por la noche asiste al baile del ministerio de Marina, y recorre los salones dando el brazo á la princesa Matilde.

3 de mayo. — Carreras de caballos en el nuevo hipódromo del bosque de Boulogne: el emperador y el gran duque asisten á ellas.

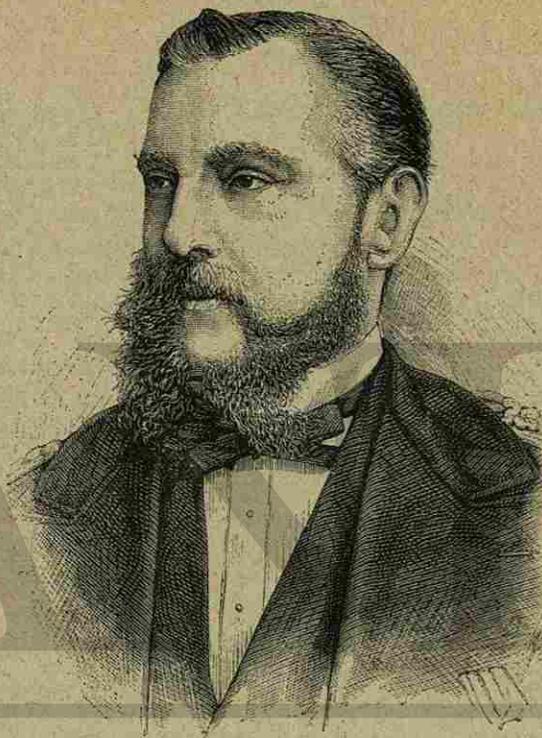
4 de mayo. — Napoleón III pasa al pabellón de Marsán, donde se aloja el príncipe, y le entrega la gran cruz de la Legión de Honor.

El gran duque va en seguida á la embajada rusa, donde recibe al cuerpo diplomático y á los ministros del emperador. Por la noche asiste en la Ópera á la representación del baile *Marco Spada*.

5 de mayo. — Visita con gran detenimiento la fortaleza de Vincennes y sus dependencias. Presencia los ejercicios de los alumnos de la escuela normal de tiro, y da pruebas de gran destreza haciendo buenos tiros á cuatrocientos, seiscientos y hasta ochocientos metros.

6 de mayo. — El emperador pasa en el Campo de Marte una revista de la guardia y de la guarnición de París en honor del gran duque. Las tropas que toman parte en la revista forman un conjunto de setenta y cuatro batallones, sesenta escuadrones y ciento veinte piezas de artillería. Una inmensa muchedumbre ocupa desde la mañana las alturas y las tribunas levantadas alrededor del Campo de Marte. A las dos el redoble de los tambores y los sones de los clarines anuncian la llegada del emperador que se acerca á caballo por el puen-

te de Jena, acompañado del gran duque Constantino, el príncipe Napoleón, el duque de Nasau, varios mariscales y los ministros de Cerdeña y Sajonia. Lleva la gran cruz rusa de San Andrés y el gran duque Constantino la de la Legión de Honor. La emperatriz llega en seguida en carretela descubierta, presenciando el desfile en el balcón de la Escuela militar.



El gran duque Constantino

Por la noche, el gran duque Constantino, la gran duquesa viuda de Baden y el duque de Nassau comen en las Tullerías con SS. MM.

Después de la comida, el gran duque va á la Casa consistorial, donde el Ayuntamiento le ofrece una *fiesta restringida*, porque el emperador había resuelto que la ciudad reservara para las testas coronadas las *grandes fiestas* que no fueran motivadas por una solemnidad nacional. Pero esta *fiesta restringida* es preciosa. El barón Haussmann, ese organizador por excelencia, se ha excedido á sí mismo.

A esta fiesta siguieron otras, así en París como en Versalles y en Fontai-

nebleau: cacerías, bailes, banquetes, excursiones campestres, comidas de campo, visitas á los monumentos más notables: en una palabra, los soberanos agasajaron cumplidamente á su augusto huésped, del cual no se separaron hasta que el 14 de mayo le acompañaron á la estación del ferrocarril, donde se despidieron de él afectuosamente.



V

EL REY DE BAVIERA

A la visita del gran duque Constantino siguió inmediatamente la del rey de Baviera Maximiliano II.

El ministro de Francia en Munich era á la sazón el barón de Meneval, hijo del secretario de Napoleón I. El barón, que renunció poco después á la carrera diplomática para hacerse cura, había escrito el 27 de enero de 1857 al conde Walewski: «Aunque el barón von der Pfordten no me haya avisado oficialmente, sé que el rey Maximiliano tiene vivos deseos de visitar la Francia y pasar algunos días en París en el mes de mayo próximo. Una persona que por su intimidad y su posición en la corte de Baviera se halla en el caso de conocer los sentimientos del rey, me ha confiado este deseo, añadiendo que S. M. no volverá probablemente á Munich sin dejar satisfecha la inclinación que le induce á ir á ofrecer al emperador el testimonio de sus respetuosas simpatías.»

El 12 de mayo el barón de Meneval decía en otro despacho: «La atención y el interés públicos se fijan en la estancia que el rey se propone hacer en París. El orgullo y la delicadez, estas dos pasiones dominantes del carácter alemán, se preocupan un poco de la acogida que aguarda al rey en la corte imperial, así como de la impresión que dejará en ella. El público y sobre todo la corte de Baviera no ven sin cierto recelo que el rey Maximiliano aborde ese teatro deslumbrador y que afronte el brillo y la majestad que rodean el trono y la persona de nuestro emperador. Por mi parte estoy convencido de que el resultado de ese viaje será satisfactorio, y que dejará en la mente del rey el mejor y más duradero recuerdo. Francia no puede menos de ganar en la confianza y admiración de Europa ofreciendo á los soberanos extranjeros la noble y cordial hospitalidad de que se muestran tan deseosos y tan agradecidos.»

Maximiliano II, nacido el 28 de septiembre de 1802, era el primogénito del rey Luis y fué discípulo de Schelling. A consecuencia de la abdicación de su padre, subió al trono el 21 de marzo de 1848. Muy versado en los estudios filosóficos, protegía las letras y las ciencias. Habíase casado en 1842 con una princesa prusiana, María, hija de Guillermo, tío del rey de Prusia Federico Guillermo IV. Era tío del rey de Grecia Otón.

Maximiliano II llegó á Lyon el 15 de mayo á las seis y media de la tarde, siendo saludado al salir de la estación con una salva de veintiún cañonazos.

nebleau: cacerías, bailes, banquetes, excursiones campestres, comidas de campo, visitas á los monumentos más notables: en una palabra, los soberanos agasajaron cumplidamente á su augusto huésped, del cual no se separaron hasta que el 14 de mayo le acompañaron á la estación del ferrocarril, donde se despidieron de él afectuosamente.



V

EL REY DE BAVIERA

A la visita del gran duque Constantino siguió inmediatamente la del rey de Baviera Maximiliano II.

El ministro de Francia en Munich era á la sazón el barón de Meneval, hijo del secretario de Napoleón I. El barón, que renunció poco después á la carrera diplomática para hacerse cura, había escrito el 27 de enero de 1857 al conde Walewski: «Aunque el barón von der Pfordten no me haya avisado oficialmente, sé que el rey Maximiliano tiene vivos deseos de visitar la Francia y pasar algunos días en París en el mes de mayo próximo. Una persona que por su intimidad y su posición en la corte de Baviera se halla en el caso de conocer los sentimientos del rey, me ha confiado este deseo, añadiendo que S. M. no volverá probablemente á Munich sin dejar satisfecha la inclinación que le induce á ir á ofrecer al emperador el testimonio de sus respetuosas simpatías.»

El 12 de mayo el barón de Meneval decía en otro despacho: «La atención y el interés públicos se fijan en la estancia que el rey se propone hacer en París. El orgullo y la delicadez, estas dos pasiones dominantes del carácter alemán, se preocupan un poco de la acogida que aguarda al rey en la corte imperial, así como de la impresión que dejará en ella. El público y sobre todo la corte de Baviera no ven sin cierto recelo que el rey Maximiliano aborde ese teatro deslumbrador y que afronte el brillo y la majestad que rodean el trono y la persona de nuestro emperador. Por mi parte estoy convencido de que el resultado de ese viaje será satisfactorio, y que dejará en la mente del rey el mejor y más duradero recuerdo. Francia no puede menos de ganar en la confianza y admiración de Europa ofreciendo á los soberanos extranjeros la noble y cordial hospitalidad de que se muestran tan deseosos y tan agradecidos.»

Maximiliano II, nacido el 28 de septiembre de 1802, era el primogénito del rey Luis y fué discípulo de Schelling. A consecuencia de la abdicación de su padre, subió al trono el 21 de marzo de 1848. Muy versado en los estudios filosóficos, protegía las letras y las ciencias. Habíase casado en 1842 con una princesa prusiana, María, hija de Guillermo, tío del rey de Prusia Federico Guillermo IV. Era tío del rey de Grecia Otón.

Maximiliano II llegó á Lyon el 15 de mayo á las seis y media de la tarde, siendo saludado al salir de la estación con una salva de veintiún cañonazos.

Formaban en la carrera tropas de todas armas, desde la estación hasta la fonda de Europa, donde debía alojarse el rey. Éste iba en una carretela tirada por cuatro caballos, y al estribo derecho el mariscal de Castellane, comandante en jefe del ejército de Lyon. Los generales conde Partouneaux y Luzy Bonat alternaban en el estribo izquierdo á medida que el rey pasaba por delante de su división respectiva.

El mariscal de Castellane escribía en su diario: «El rey de Baviera tiene unos cinco pies y cuatro pulgadas. Es muy atento y discreto, y siempre tiene frases amables para los que le hablan. Le gustan las artes. Es nieto del rey Maximiliano I, que con el nombre de príncipe Max mandó el regimiento extranjero de Dos Puentes al servicio de Francia, en tiempo de Luis XVI.»

Napoleón III había enviado á Lyon para recibir al soberano bávaro á su ayudante el general barón de Beville, á su caballerizo el conde de Riencourt, y al conde Carlos Larcher de la Pagerie, primer chambelán de la emperatriz. El mariscal de Castellane añadía acerca de este último: «El conde Carlos de la Pagerie, hijo del intendente de la emperatriz, es un hombre de cuarenta y cinco años, y se ha criado en Baviera, donde ha sido paje. Es un sujeto excelente.»

La noche de su llegada á Lyon el rey fué de incógnito, primero al Gran Teatro y luego al teatro de los Celestinos. Al otro día, 16 de mayo, pasó revista á las tropas en la plaza Bellecour.

El 17 salió para París. En el momento de subir al vagón, el mariscal le presentó los generales que, después de su paso por delante de su brigada, habían acudido á la estación. El rey estuvo muy amable con cada uno de ellos y dijo que jamás olvidaría las atenciones de que habían sido objeto en Lyon.

Hemos dicho que el gran duque Constantino había marchado de Fontainebleau el 14 de mayo. El emperador y la emperatriz se quedaron en aquella población aguardando al rey de Baviera que debía llegar el 17. El 16 hubo una cacería en el bosque, pero Napoleón III no asistió. Habiendo recibido noticias alarmantes sobre el estado de salud del senador M. Vieillard, uno de sus más antiguos amigos, tomó el primer tren, acompañado solamente del general Montebello, y encaminóse en coche desde la estación de Lyon á la morada del hombre á quien quería mucho desde su infancia.

17 de mayo. — El rey de Baviera llegó á Fontainebleau á las seis de la tarde. Fué recibido en la estación por el mariscal Magnán, el general Fleury, el prefecto de Sena y Marne y el general jefe de las tropas del departamento. Muchos carruajes de la corte aguardaban al soberano y á su comitiva, y un escuadrón de cazadores de la guardia formaba la escolta. En el patio del Caballo blanco, llamado también patio de la Despedida, estaba formado un batallón del tercer regimiento de granaderos de la guardia, y escalonado en las gradas de la escalera de herradura un destacamento de los cien guardias. El emperador, seguido de los oficiales de su cuarto militar, salió al encuentro del rey hasta el pie de la

escalera, en lo alto de la cual estaba la emperatriz rodeada de todas sus damas. Hicieron las presentaciones en la galería de Francisco I, y se sirvió la comida en la galería de Enrique II, decorada con los frescos de Primaticio.

18 de mayo. — Napoleón III y el rey de Baviera subieron á un pequeño coche que el mismo emperador guiaba y dieron un paseo por las cercanías. El



Maximiliano II, rey de Baviera

mismo día llegaron de París las personas invitadas á pasar una semana en el palacio.

19 de mayo. — El emperador presidió por la mañana el consejo de ministros. Por la tarde paseó en carruaje con el rey de Baviera. La gran duquesa viuda de Baden, la princesa María, duquesa Hamilton y todos los invitados dieron un largo paseo por el bosque.

Por la noche el emperador ofreció á su regio huésped una fiesta nocturna que fué magnífica.

A las diez, millares de luces de Bengala iluminaron por completo el jardín inglés é hicieron resplandecer todo el conjunto de la arquitectura del palacio. El lago estaba surcado de barcos empavesados y adornados de flámulas multicolores. Los coros de la Opera, colocados en el pequeño pabellón que hay en medio del lago, alternaban con la banda de música de los granaderos de la

guardia. Un fuego de artificio compuesto por Rugieri y cuyas piezas bogaron á flor de agua, antes del ramillete final, terminó esta velada, favorecida por un tiempo magnífico.

22 de mayo. — Toda la corte, después de dar un paseo por el bosque, comió al aire libre en las gargantas de Apremont.

24 de mayo. — El emperador, la emperatriz y el rey de Baviera oyeron misa en la capilla de palacio, y en seguida marcharon á París, donde los recibió en la estación de Lyon el príncipe Napoleón, que la víspera había regresado de un viaje á Alemania. El rey comió en las habitaciones que ocupaba en el pabellón de Marsán.

26 de mayo. — Hubo en la Opera una función de gala.

El 27 de mayo el rey recibió en su aposento, en el palacio de las Tullerías, al cuerpo diplomático. Por la noche el emperador dió un gran banquete, después del cual el soberano bávaro fué á la Opera, donde se cantaba *El Trovador*. El 29 visitó la tumba de Napoleón, la iglesia de Santa Clotilde y la Santa Capilla. Por la noche asistió á la función del Gimnasio.

El 31 de mayo el barón de Meneval escribía desde Munich al conde Walewski: «La acogida que el rey de Baviera recibe en este momento en Francia, las atenciones de que es objeto por parte del emperador, conmueven el corazón y halagan la vanidad de sus súbditos. Estoy plenamente convencido de que la residencia del rey en París contribuirá poderosamente á que los bávaros le tengan más aprecio y consideración. El esplendor que rodea al emperador, la admiración de que es objeto por parte de sus amigos así como de sus enemigos en Alemania, la elevada idea que se tiene de su carácter y recto criterio, dan en efecto gran valor á la afabilidad de su acogida y parecen realzar el mérito del príncipe que en estos momentos es objeto de ella. Ni una sola persona deja de hablarme con efusión de la hospitalidad magnífica y benévola que el rey recibe en París. Sé que el rey está sumamente agradecido y que las cartas que escribe á la reina están llenas de frases de gratitud al emperador. Creo que la impresión que le dejará este viaje será duradera, y me felicito por haber contribuído á inspirarle la idea de realizarlo.»

2 de junio. — El emperador pasó revista á ocho regimientos de caballería y seis baterías de montaña, en honor de su regio huésped, en el terreno del hipódromo de Longchamps. La emperatriz y la gran duquesa viuda de Baden se presentaron en carretela descubierta ante el frente de las tropas.

3 de junio. — El rey visitó á Versalles y Saint-Cloud, saliendo de París el 8 para regresar á sus Estados.

El 17 el barón de Meneval dirigía al conde Walewski este despacho: «El rey ha conservado el más grato y profundo recuerdo de los días que ha pasado en Fontainebleau y en París. Aunque, según los usos de la corte de Baviera, los ministros extranjeros jamás obtienen audiencia del rey sino para entregarles sus credenciales ó cartas de sus gobiernos, S. M. se ha dignado prescindir de esta

etiqueta, por lo general rigurosamente observada, para expresarme verbalmente el agradecimiento y la admiración que le ha inspirado la acogida de SS. MM. II.

«Vuestro emperador, me ha dicho el rey, no tan sólo es el soberano más grande de Europa, sino también el mejor de los hombres. He sostenido largas é interesantes conversaciones con él, y por consiguiente, he tenido ocasión de apreciar la bondad de su corazón y la seguridad de su recto juicio. Le quiero tanto como le admiro, y tengo la más completa confianza en la elevación de su carácter y en la nobleza de sus sentimientos.»

»El rey se había puesto para recibirme, lo que no hace por nadie, las insignias de la Legión de Honor, que, según me ha dicho, ha recibido de manos del emperador.»

Por aquella época, las relaciones de la Francia imperial con todos los países alemanes sin ninguna excepción tenían un carácter íntimo. Napoleón no sospechaba entonces que esa Alemania, cuya lengua hablaba tan bien y cuya literatura admiraba tanto; esa Alemania á la cual profesaba tan profunda simpatía, una verdadera predilección y cuyos monarcas le demostraban tan gran deferencia, sería algún día, por una dolorosa y terrible mala inteligencia, tan funesta para él y para Francia.

EL PRÍNCIPE NAPOLEÓN EN ALEMANIA

En 1857 Napoleón III se esforzaba por conciliarse las simpatías de Rusia, Prusia y los Estados secundarios de Alemania, á los que quería apartar de Austria para el día en que tuviera que combatir á esta potencia y hacer la guerra en Italia. A este fin envió oficialmente al príncipe Napoleón á Berlín y á Dresde, en los mismos momentos en que el gran duque Constantino y el rey de Baviera recibían en la corte de las Tullerías una acogida brillante y fastuosa.

Tan luego como salió de Francia el príncipe Napoleón adoptó una actitud irreprochable. Absteniéndose de sus acostumbrados discursos paradójicos, de sus teorías aventuradas, dejó á un lado sus procederes de demagogo ó de tribuno. El antiguo individuo de la extrema derecha desaparecía, quedando sólo el gran señor, la alteza imperial, el hijo y nieto de reyes. En todas las cortes extranjeras donde se presentó durante el reinado de su primo, su éxito fué completo.

Salió de París el 7 de mayo de 1857 y llegó el mismo día á Colonia. En Magdeburgo abandonó el estricto incógnito hasta allí observado: la recepción que se le hizo en esta ciudad fué espléndida. Allí le aguardaban el general de Brandt y el mayor de Treskow, adscritos á su persona durante su residencia en Prusia; el primero había servido con distinción en España en los ejércitos de Napoleón I; el segundo había hecho muchas campañas en Argelia con las tropas francesas.

El príncipe llegó á Berlín el 8 de mayo, siendo recibido en la estación del ferrocarril por el príncipe Jorge de Prusia, los príncipes Augusto y Guillermo de Wurtemberg, el príncipe Guillermo de Baden, el marqués de Moustier, ministro de Francia, y el personal de la legación. Al dirigirse al palacio real, fué acogido á su paso con respetuosa simpatía por la muchedumbre que llenaba la vía pública. Con arreglo al programa, el rey Federico Guillermo IV debía llegar á las siete de la noche de Charlottenburgo á Berlín para esperar la visita de su huésped. Mas por una lisonjera exención de la etiqueta, el rey, anticipándose al primo de Napoleón III, vino á sorprenderle y pasó con él un cuarto de hora. El príncipe francés devolvió inmediatamente la visita y fué presentado por el rey á la reina y á las princesas de la familia real.

A las ocho y media de la noche Federico Guillermo IV se presentó en su



FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA

palco de la Opera, teniendo á su derecha al príncipe Napoleón, y en cierto modo lo presentó al escogido público que llenaba el teatro.

Al otro día, 9 de mayo, el monarca pasó una revista de la guardia en el paseo de los Tilos, en honor de su huésped, cediendo al príncipe la izquierda, es decir, el lado de la tropa. Hacía un tiempo magnífico y un enorme gentío no cesaba de prorrumper en aclamaciones.

A las cuatro el rey ofreció al príncipe un banquete militar al que estaban convidados todos los generales y todos los oficiales superiores. El servicio de honor era magnífico. Los grandes dignatarios de la corona desempeñaban las funciones de su cargo, y los alumnos de la escuela de cadetes, vestidos con el traje tradicional de los pajes, servían á los príncipes y princesas. A los postres, el rey brindó por el príncipe francés, añadiendo: «Deseo que la ilustre familia á que pertenece mi huésped haga largo tiempo la felicidad de Francia y que esta gran nación sea siempre amiga de Prusia.» Por la noche toda la corte asistió á la representación de *Hernán Cortés* en la Opera.

El domingo 10 de mayo, el príncipe Napoleón oyó misa en la iglesia católica, donde le aguardaba el gran maestro de ceremonias. En seguida recibió en palacio al cuerpo diplomático y al ilustre sabio el barón de Humboldt, á quien demostró la mayor deferencia. Por la noche hubo banquete de gala en el palacio real de Charlottenburgo; el príncipe ostentaba la gran cruz del Aguila negra que S. M. le había entregado aquel día. Habría deseado terminar la velada en sus habitaciones, pero se le insinuó que sería una decepción para la sociedad berlinesa, toda la cual había acudido á la Opera con esperanza de verle. Cedió de buen grado, y fué al teatro, donde se representaba el baile *Saltanella*, acompañado del príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo.

El 11 de mayo, el príncipe Napoleón fué á Potsdam. La guarnición, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, estaba formada en el patio grande. El príncipe francés fué á inclinarse ante la tumba del Gran Federico. El hombre que le guardaba había conocido al héroe prusiano; él fué quien destapó el sepulcro á presencia de Napoleón I en 1806 y quien en 1857 acompañó á verlo al sobrino del vencedor de Jena, del vencido de Waterloo. El príncipe pasó en seguida á Sans-Souci, á la cámara en que Federico el Grande exhaló el postrer suspiro y que se conserva religiosamente en el estado en que se encontraba en el momento de su muerte. En Château-Neuf, la princesa hizo enseñar el gabinete de trabajo del grande hombre, sus mapas militares, sus libros, todos franceses, sus autógrafos y sus poesías, anotadas por Voltaire. Al regresar á Berlín, toda la población parecía haberse echado á la calle; las inmediaciones del ferrocarril y del palacio estaban atestadas de gente. El príncipe, de gran uniforme, pasó por entre la multitud en carretela descubierta y entre grandes aclamaciones. Los ancianos que habían visto la entrada de Napoleón I en Berlín estaban sorprendidos de la semejanza que existía entre el rostro del tío y el del sobrino.

Por la noche hubo en la legación de Francia un baile al que asistió el rey con toda su familia.

El futuro emperador Guillermo demostraba al primo de Napoleón III las mayores atenciones. Le hizo, por decirlo así, los honores del ejército prusiano durante las maniobras, que no duraron menos de cuatro horas, y pareció muy



Guillermo de Humboldt.

satisfecho cuando el príncipe le entregó el 13 de mayo, en nombre del emperador de los franceses, la gran cruz de la Legión de Honor.

El marqués de Moustier escribía al conde Walewski: «El príncipe de Prusia ha recibido la gran cruz de la Legión de Honor con muestras inequívocas de sincera satisfacción. Así como el rey, ostentaba las insignias de esa orden en el banquete que ha dado á S. A. I., y en el momento en que me he despedido de él se ha dignado dirigirme las palabras más halagüeñas acerca del placer con que había asistido á mi baile y con que me había recibido en su morada, felicitándose de las afortunadas circunstancias que le habían permitido prescindir en ello de la etiqueta sobrado severa de la corte.»

El príncipe Napoleón salió de Berlín el 14 de mayo, después de entregar al barón de Humboldt la cruz de gran oficial de la Legión de Honor. El príncipe y el rey se despidieron con la mayor cordialidad.

El marqués de Moustier se expresaba de este modo en un despacho dirigido el 15 de mayo al conde Walewski: «La impresión que el príncipe Napoleón ha dejado aquí es sumamente favorable, y en cada uno de sus pasos ha demostrado tal tacto y mesura, tan gran conocimiento de la corte de Prusia, que habrían desarmado todas las malevolencias si éstas hubieran podido darse á conocer en presencia de las manifestaciones de la familia real. La *Gaceta de la Cruz* no ha encontrado nada que objetar, y en un artículo que ha causado sensación ha hecho una justicia tardía, pero brillante, á la cordura y habilidad de la política del emperador y á la elevada posición que le ha proporcionado en Turquía. Solamente se ha empeñado en probar que el viaje del príncipe, de pura cortesía, no tenía ninguna importancia política. La *Correspondencia prusiana* se ha apresurado á refutarlo.»

El príncipe Napoleón pasó de Berlín á Dresde, donde la corte de Sajonia le tributó una acogida tan brillante como la de Prusia. El soberano sajón era á la sazón el rey Juan, monarca muy erudito, muy ilustrado, autor de una hermosa traducción alemana de la *Divina Comedia* del Dante y casado con la princesa Amelia de Baviera. El príncipe Napoleón agradó mucho en Dresde. El 15 de mayo visitó el campo de batalla, próximo á la ciudad, con el príncipe real, sobrino del fiel aliado de Napoleón I. Pasó la velada en la morada de la reina viuda, con la reinante y la archiduquesa Sofía, madre del emperador de Austria. El 16 fué á felicitar al rey á Pilnitz con motivo de su fiesta, y luego pasó con el soberano á Moritzburgo, residencia de caza situada á tres leguas de Dresde y construída en medio del bosque, en los sitios más pintorescos, por el elector Augusto, rey de Polonia. Después de una comida servida á los sonos de las trompas de caza, los comensales se encaminaron á un claro del bosque, donde se disfrutó de un espectáculo singular: el de algunas manadas de ciervos, gamos y jabalíes que desde todos sus escondites del bosque acudían en libertad á buscar el alimento que se les distribuía diariamente á una hora fija.

El 17 de mayo el príncipe oyó misa en la iglesia católica. La casa real de Sajonia profesa la religión católica. La música de la capilla del rey es admirable. El príncipe recibió durante el día al Cuerpo diplomático y á los sajones caballeros de la Legión de Honor que habían servido en los ejércitos de Napoleón I. Por la noche comió con el barón de Forth-Rouen, ministro de Francia. El 18 de mayo visitó el campo de batalla de Lutzen, y por la noche cenó en la legación de Francia, en compañía de M. de Beust, que había sido presidente del Consejo de ministros de Sajonia y pasó algunos años después al servicio de Austria, donde llegó á ser canciller del Imperio. El 19 de mayo salió de Dresde y el 24 estaba de regreso en París.

La acogida que los alemanes acababan de dispensar al sobrino de Napoleón I probaba que podía existir un acuerdo entre ellos y los franceses. La Alemania sintió hacia el emperador una mezcla de cariño y odio. Fué domada, fascinada, entusiasmada por él, antes de sacudir su yugo. Una figura tan colosal, tan poé-

tica, tan maravillosa como la del conquistador había impresionado profundamente todas las imaginaciones germánicas.

El había sido el protector de la Confederación del Rhin.

El había ceñido la corona real á las sienes de los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia.

El había descargado los golpes más formidables al feudalismo prusiano.

El había sido, quizás sin darse cuenta de ello, uno de los principales promotores de la unidad alemana.

Antes de combatir á Napoleón, los alemanes habían servido gloriosamente bajo sus banderas y tomado parte en casi todas las victorias del grande hombre. Por eso recordaban con orgullo la epopeya napoleónica, y todos cuantos habían pertenecido á los ejércitos del emperador se habían apresurado á reclamar, para ostentarla arrogantemente en su pecho, la medalla de Santa Elena, instituída por Napoleón III.

Entre el segundo emperador y los soberanos alemanes mediaba más de un vínculo de familia. El príncipe Eugenio de Beauharnais, hermano de la reina Hortensia, se había casado con la hija del primer rey de Baviera. La gran duquesa viuda de Baden era una Beauharnais, hija adoptiva de Napoleón I. Jerónimo Bonaparte, el ex rey de Westfalia, era viudo de una hija del primer rey de Wurtemberg.

¿Era imposible una reconciliación definitiva, un acuerdo sincero entre la Francia imperial y Alemania? No lo creemos. ¿Qué se hubiera necesitado para conseguir un resultado tan apetecible para los intereses generales de la civilización? Que Napoleón III, fiel al principio de las nacionalidades, declarase de una manera categórica y solemne que estaba irrevocablemente decidido á no disputar á Alemania la posesión de las provincias renanas, países esencialmente alemanes. También habría debido dar prendas á los Estados secundarios. Pero se ocupó demasiado de Prusia, donde no halló más que decepciones, y muy poco de Baviera, de Sajonia, de la Hesse gran ducal, cuyos hombres de Estado habrían aceptado con gratitud los estímulos y el apoyo moral de Francia, para resistir la política ambiciosa é invasora de Prusia. Napoleón III cometió la gran falta de desdeñar á esos pequeños Estados, que con el tiempo debían serle tan funestos, y á los que fácilmente hubiera podido atraerse, si les hubiese persuadido de su deseo de respetar sus territorios y defender en caso necesario sus derechos. Por desgracia, en lugar de seguir esta política, que habría merecido todas las simpatías de la corte de Rusia, dejó que pesaran sobre sus intenciones sospechas y malas inteligencias que sus enemigos explotaron y que acabaron por hacer posible una alianza inverosímil entre la Prusia y los pequeños Estados alemanes, objeto de sus codicias.

En 1857, nadie suponía aún semejante eventualidad. A su regreso á Francia, el príncipe Napoleón habló largamente al emperador de su viaje á Berlín y á Dresde. Ambos estaban igualmente satisfechos: ambos conocían á fondo y

estimaban á Alemania, cuya lengua hablaban tan bien como el francés y en donde en parte se educaron. Ambos creían que el Rhin podía correr pacíficamente entre pueblos cuya mutua prosperidad sería una prenda de concordia y de progreso para el mundo entero.

Hay que hacer al príncipe Napoleón la justicia de afirmar que siempre se mostró opuesto á la idea de una ruptura entre Francia y Alemania, y si hubiera estado en París en 1870, quizás no se habría declarado la guerra.

En cuanto á Napoleón III, si en 1857 se proponía combatir á Austria para hacer que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático, se puede asegurar que no le pasó por las mientes la idea de una guerra contra Prusia y los Estados secundarios de Alemania. La fatalidad fué la que le arrastró á ella trece años después.

VII

LA SITUACIÓN INTERIOR

La situación interior de Francia era casi la misma en 1857 que al principio del segundo Imperio. Aun cuando los antiguos partidos estaban reducidos á la impotencia, habían conservado sus convicciones y habíanse logrado pocas adhesiones, pero la gran mayoría del país continuaba fiel á Napoleón III. La alianza del gobierno y del clero seguía siendo íntima. El emperador se guardaba de dejar presentir sus proyectos respecto á los italianos. Los intereses generales no sufrían menoscabo, y á excepción de unas cuantas personas más perspicaces que las demás, nadie preveía las aventuras y las complicaciones del porvenir.

Todos los republicanos honrados desaprobaban los manejos criminales de Mazzini y de sus adeptos. Se recogían, y sin fomentar ningún disturbio, aguardaban los acontecimientos.

El partido legitimista permanecía inmóvil en la majestad de sus principios. El conde de Chambord había cometido la falta de prohibir á todos los legitimistas el juramento al Imperio y de apartarlos así de la vida política en la que habrían podido adquirir experiencia y prepararse un papel importante. Nadie podía explicarse por qué el príncipe que había permitido á sus partidarios prestar juramento á Luis Felipe, les prohibió que lo prestaran á Napoleón III, y cerrándoles así el acceso á todo cargo público y á todo mandato legislativo, los convirtió, por decirlo así, en emigrados en el interior. Esta desacertada decisión anuló el partido legitimista, si no desde el punto de vista social, al menos desde el político.

Fuera de esto, hasta que estalló la guerra de Italia, el conde de Chambord no criticaba las ideas del emperador, que habrían sido poco más ó menos las suyas si hubiera reinado. Gustábale la Constitución de 1852, y la habría aplicado de buen grado á la sombra de la bandera blanca. Decía que estaba decidido á mantener el sufragio universal, y no le parecía mal ver que en Francia regía una ley de imprenta más severa que la que había sido, si no causa, por lo menos pretexto de la revolución de 1830.

Añadamos que el abandono de los proyectos de fusión entre las ramas mayor y menor de los Borbones había introducido la discordia en el conjunto del partido realista, dividido contra sí mismo. La duquesa de Orleans no se creía

autorizada á comprometer el porvenir de su hijo. Legitimistas y orleanistas conservaban su fe política y sus tendencias distintas.

El respeto al parlamentarismo subsistía principalmente entre los antiguos servidores del rey Luis Felipe, y como decía el duque Víctor de Broglie, «echaban de menos esas instituciones generosas, obra y orgullo de sus mejores años.»

La Academia Francesa era el punto de reunión de una oposición inteligente que conservaba, por decirlo así, un carácter puramente académico y de la cual hubiera hecho mal el gobierno en alarmarse. El 5 de abril de 1856 se había verificado la recepción del duque de Broglie en reemplazo del conde de Saint-Aulaire, uno de los mejores diplomáticos de la monarquía de Julio. El duque aprovechó esta ocasión para hacer un elocuente elogio de Luis Felipe, expresándose de este modo: «Honrado por espacio de tantos años, no diré con su amistad, pero sí con sus bondades; llamado muchas veces á sus consejos, conservando á su memoria una fidelidad inútil y sin mérito á mi edad, aguardo con confianza el juicio que hará la historia; la historia dirá si los diez y ocho años de paz que nos ha dado han sido en detrimento del honor y de los intereses del país; si su cordura y prudencia no han entrado por algo en la prosperidad cuyos frutos cosechamos á manos llenas; si el ejército que formó se ha mostrado digno de Francia; si sus hijos se han mostrado dignos de este ejército.»

El 26 de marzo de 1857 tuvo lugar la recepción del conde de Falloux que reemplazaba al conde Molé y que encomió con justicia á este gran ministro del rey Luis Felipe.

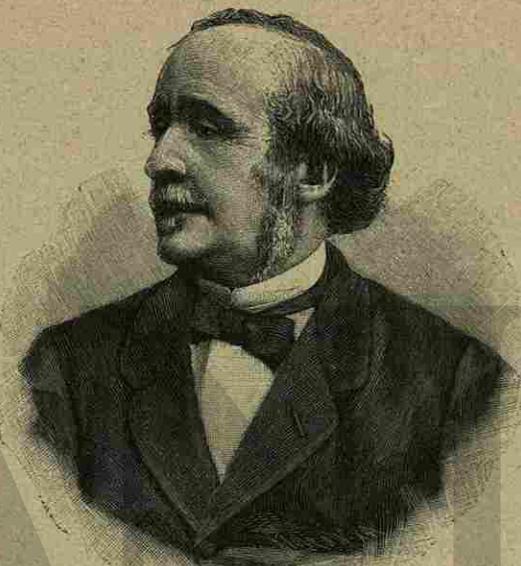
Napoleón III tuvo el buen sentido de no llevar á mal los homenajes tributados á su predecesor. Cuando el duque de Broglie, en su calidad de nuevo académico, fué á las Tullerías á hacer su visita oficial, el monarca le recibió con su acostumbrada afabilidad y le dijo: «Deseo, señor duque, que vuestro nieto hable del 2 de diciembre como vos habéis hablado del 18 brumario.»

Por desgracia, los periódicos imperialistas tenían menos tacto que el emperador. M. de la Gorce ha dicho con razón: «Napoleón III hablaba mejor que sus agentes, mejor que sus ministros y sobre todo mejor que sus aduladores.» Los periódicos oficiales y semioficiales alababan sin reserva, sin distinción, todos los actos de la autoridad, y atacaban inútilmente en su pasado y en sus presuntas tendencias á los antiguos partidos.

La prensa, á la que se llamaba cuarto poder del Estado, en la época en que se contaban en el Estado tres poderes oficialmente reconocidos, no ejercía más que una misión secundaria desde el régimen de 1852. Los periódicos, no siendo ya órganos fieles de los partidos, podían á lo sumo recoger tímidamente y reproducir con frases veladas los ecos debilitados de la opinión, de la que pretendían ser representantes. Sin embargo, algunos de ellos, á pesar de las trabas puestas á la libertad de escribir, conservaban un prestigio real, y el estilo cortés y mesurado de sus artículos no perjudicaba al talento de sus redactores.

Tal era la situación general cuando, al cabo de cinco años, el gobierno sa-

lido del golpe de Estado y del plebiscito hizo un nuevo llamamiento al sufragio popular. En 1857 debía efectuarse la renovación del Cuerpo legislativo. El *Moniteur* del 12 de junio felicitaba á la Cámara cuyos poderes acababan de expirar, por no haber transformado la tribuna en pedestal para el interés ó la ambición, ni deliberado dejándose llevar de las pasiones políticas, ni improvisado esas enmiendas que en otro tiempo perturbaban toda la economía de las leyes. La votación para la nueva Cámara debía verificarse los días 21 y 22 de junio. Poco



El duque de Broglie

trabajo le costó al gobierno triunfar casi en todas partes. La *Revista de Ambos Mundos* decía en su *Anuario* de 1857: «La nación, cansada de sus largas luchas, satisfecha del reposo de que gozaba hacía cinco años, orgullosa de la situación que le había creado en el exterior la guerra de Oriente, terminada con una paz honrosa, se dejaba llevar fácilmente por la corriente del Imperio.» Los prefectos ejercían en las masas dóciles una acción decisiva, y los candidatos gubernamentales no tenían competidores casi en ninguna parte. Los legitimistas no se presentaban porque el conde de Chambord les había prohibido que prestaran juramento al emperador. Los orleanistas conocían que aún no había llegado su hora, y los republicanos no podían tener probabilidades de éxito más que en las grandes ciudades. En provincias sólo resultaron elegidos cuatro candidatos combatidos por el gobierno: MM. Curé, Henón, Plichón y Brame, y aun los dos últimos eran independientes y no hostiles. En París triunfaron cinco

republicanos, MM. Carnot y Goudehau en el primer escrutinio, y el general Cavaignac, Emilio Ollivier y Alfredo Darimón en el segundo. Tal fué el germen de una oposición destinada á crecer sin cesar hasta llegar á ser formidable en pocos años.

El 16 de julio, en el momento en que terminaban en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. La emperatriz se abstuvo aquella noche de ir al teatro. El emperador decidió pagar de su bolsillo particular las exequias del *poeta nacional*, las cuales se celebraron en la iglesia de Santa Isabel.

La agitación electoral no tuvo consecuencias. «Hoy que la lucha ha terminado, decía el *Moniteur*, y que una mayoría de más de cinco millones de votos ha patentizado los sentimientos del país, se debe poner fin á unas discusiones que en adelante no podían tener más objeto que agitar inútilmente los ánimos.» La prensa se calló y todo volvió á su orden acostumbrado.

Argelia estaba pacificada como Francia. A consecuencia de una expedición hábilmente dirigida por el mariscal Ranelón, la Kabilia se había sometido y los árabes obedecían tan dócilmente á Napoleón III como los franceses. Los imperialistas no cesaban de repetir que el Imperio era inquebrantable.

VIII

LA CUESTIÓN DE LOS PRINCIPADOS

En punto á política exterior, las ideas de concordia y de pacificación universales que parecían haber prevaecido en el Congreso de París, no presidían ya en las relaciones de las potencias. El tablero diplomático estaba completamente trastornado. Iba formándose un sistema de alianzas absolutamente inesperado. La nueva agrupación de las potencias era el antípoda de lo que había sido durante la guerra de Crimea. Con gran sorpresa de los diplomáticos de profesión, Europa se encontraba de pronto dividida en dos campos: por una parte Inglaterra, Austria y Turquía; por otra Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña. La cuestión de los Principados danubianos era la causa de cambio tan brusco.

Luis Thouvenel, en una obra curiosa y substancial, cuyos elementos sacó de los papeles inéditos de su ilustre padre, ha trazado con rara precisión todas las fases y todos los detalles del debate. Esta obra lleva por título: *Tres años de la cuestión de Oriente, 1856-1859*. El autor ha comprendido muy bien la importancia de este asunto de los Principados en virtud del cual Napoleón III dejó adivinar todo el programa de su política exterior, y que fué, por decirlo así, el prólogo de la guerra de Italia. Luis Thouvenel lo ha dicho con mucha razón: «Jamás se ha sabido á punto fijo hasta qué punto ha servido la cuestión de los Principados danubianos para originar y mantener la tirantez entre los dos gabinetes de París y Viena. Para nosotros la lucha de 1859 empezó ya en 1857. En política, como en amor, no hay peores enemigos que los amigos decaídos de la víspera.»

Durante el Congreso de París, los plenipotenciarios franceses habían propuesto la reunión de los dos principados de Moldavia y de Valaquia en uno solo bajo la autoridad de un príncipe extranjero y la soberanía de la Puerta. Como esta combinación suscitara las más vivas objeciones por parte de Turquía y de Austria, no se quiso comprometer la obra impacientemente esperada de la paz general, se aplazó la solución de una cuestión que daba lugar á tan graves controversias y se decidió que una comisión europea pasara á los Principados para recoger los votos de las poblaciones.

Napoleón III veía en semejante combinación el modo de poner en vigor sus dos ideas favoritas: el principio de las nacionalidades y el derecho de los pueblos á disponer de su suerte. Sosteniendo esta tesis, iba ensayándose por

republicanos, MM. Carnot y Goudehau en el primer escrutinio, y el general Cavaignac, Emilio Ollivier y Alfredo Darimón en el segundo. Tal fué el germen de una oposición destinada á crecer sin cesar hasta llegar á ser formidable en pocos años.

El 16 de julio, en el momento en que terminaban en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. La emperatriz se abstuvo aquella noche de ir al teatro. El emperador decidió pagar de su bolsillo particular las exequias del *poeta nacional*, las cuales se celebraron en la iglesia de Santa Isabel.

La agitación electoral no tuvo consecuencias. «Hoy que la lucha ha terminado, decía el *Moniteur*, y que una mayoría de más de cinco millones de votos ha patentizado los sentimientos del país, se debe poner fin á unas discusiones que en adelante no podían tener más objeto que agitar inútilmente los ánimos.» La prensa se calló y todo volvió á su orden acostumbrado.

Argelia estaba pacificada como Francia. A consecuencia de una expedición hábilmente dirigida por el mariscal Ranelón, la Kabilia se había sometido y los árabes obedecían tan dócilmente á Napoleón III como los franceses. Los imperialistas no cesaban de repetir que el Imperio era inquebrantable.

VIII

LA CUESTIÓN DE LOS PRINCIPADOS

En punto á política exterior, las ideas de concordia y de pacificación universales que parecían haber prevaecido en el Congreso de París, no presidían ya en las relaciones de las potencias. El tablero diplomático estaba completamente trastornado. Iba formándose un sistema de alianzas absolutamente inesperado. La nueva agrupación de las potencias era el antípoda de lo que había sido durante la guerra de Crimea. Con gran sorpresa de los diplomáticos de profesión, Europa se encontraba de pronto dividida en dos campos: por una parte Inglaterra, Austria y Turquía; por otra Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña. La cuestión de los Principados danubianos era la causa de cambio tan brusco.

Luis Thouvenel, en una obra curiosa y substancial, cuyos elementos sacó de los papeles inéditos de su ilustre padre, ha trazado con rara precisión todas las fases y todos los detalles del debate. Esta obra lleva por título: *Tres años de la cuestión de Oriente, 1856-1859*. El autor ha comprendido muy bien la importancia de este asunto de los Principados en virtud del cual Napoleón III dejó adivinar todo el programa de su política exterior, y que fué, por decirlo así, el prólogo de la guerra de Italia. Luis Thouvenel lo ha dicho con mucha razón: «Jamás se ha sabido á punto fijo hasta qué punto ha servido la cuestión de los Principados danubianos para originar y mantener la tirantez entre los dos gabinetes de París y Viena. Para nosotros la lucha de 1859 empezó ya en 1857. En política, como en amor, no hay peores enemigos que los amigos decaídos de la víspera.»

Durante el Congreso de París, los plenipotenciarios franceses habían propuesto la reunión de los dos principados de Moldavia y de Valaquia en uno solo bajo la autoridad de un príncipe extranjero y la soberanía de la Puerta. Como esta combinación suscitara las más vivas objeciones por parte de Turquía y de Austria, no se quiso comprometer la obra impacientemente esperada de la paz general, se aplazó la solución de una cuestión que daba lugar á tan graves controversias y se decidió que una comisión europea pasara á los Principados para recoger los votos de las poblaciones.

Napoleón III veía en semejante combinación el modo de poner en vigor sus dos ideas favoritas: el principio de las nacionalidades y el derecho de los pueblos á disponer de su suerte. Sosteniendo esta tesis, iba ensayándose por

decirlo así, é introducía en los Balkanes el programa que debía ser el de su política en Italia. El Austria adivinó este plan é hizo á la unión de los Principados una oposición más encarnizada que la misma Turquía, la cual veía en el sistema preconizado por Napoleón III un grave ataque á la integridad del imperio otomano y la señal de la emancipación de los cristianos.

El gran visir Ali-Bajá decía á M. Thouvenel en 1856: «Las antiguas capitulaciones conceden á los váacos y á los moldavos príncipes escogidos entre sus boyardos. No nos hemos comprometido *ab antiquo* más que á aceptar esta condición. Los váacos y los moldavos no pueden modificarla sin nuestro asentimiento, y desde el momento en que quieran tener un príncipe extranjero se tornan facciosos. En cuanto á Europa, tan poco derecho le asiste para obligarnos á ello como le asistiría para obligar á Austria á admitir en Pesth un virrey designado por ella, aun dejándole la soberanía de Hungría.» Hay que convenir que la tesis del gran visir estaba conforme con las estipulaciones internacionales y con la doctrina inglesa que á la sazón defendía, como un dogma, la integridad del imperio otomano. Para combatir ventajosamente la teoría de Turquía, de Austria y de Inglaterra, era menester invocar victoriosamente los derechos que tienen los pueblos para decidir de su suerte. Esto era, en diplomacia, una verdadera revolución.

Cuando Napoleón III proclamó este principio, casi todos los diplomáticos franceses, incluso su embajador en Constantinopla M. Thouvenel, le censuraron. Éste dirigía entonces á su amigo M. Benedetti, director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros, cartas particulares llenas de amargas críticas sobre la política exterior de su gobierno. El 10 de noviembre de 1856 le decía: «¿Estáis bien seguro de que esos falaces diarios no nos han engañado anunciando que el 8 de septiembre de 1855 Sebastopol se rindió ante los esfuerzos combinados de Francia é Inglaterra?... ¡Oh! Los grandes señores de Moscou hacen mal en burlarse de las lágrimas del sensibilísimo Morny; antes al contrario, deberían recogerlas como perlas. Lo cierto es que he venido á parar en estar aliado con M. de Butenieff (el ministro de Rusia en Constantinopla) y que por añadidura estoy enemistado á medias con él, lo cual ofrece promesas risueñas para el porvenir. En el fondo, malditas las ganas de reír que tengo. Todo esto es tan grave en realidad como lastimoso en apariencia.»

M. Thouvenel veía las cosas muy negras y no auguraba nada bueno de la campaña que á pesar suyo llevaba á cabo en Constantinopla contra los antiguos aliados de Francia. Por esto escribía á M. Benedetti: «Tengo un olfato que jamás me ha engañado y he escrito á Atenas oficialmente en 1850 que la cuestión de los Santos Lugares ocasionaría la guerra. La de los Principados danubianos acabará como la de Egipto en 1840, lo que, á Dios gracias, es ya bastante.»

Thouvenel, que dos años después debía ser el más ardiente partidario de la

causa nacional italiana, no se mostraba en 1857 favorable á la nacional rumana, y no parecía participar de las ideas humanitarias y avanzadas de su soberano. «El resultado es de los más dudosos para nosotros, decía, y á nuestro parecer, nos damos sobrado trabajo para hacer figurar el agradecimiento de los rumanos á la par que el de los helenos en el museo de nuestras decepciones políticas. Me desespera el modo como se conducen nuestros asuntos exteriores, y en nuestra historia seguirá un capítulo severo al relato de la última guerra.» (Carta al duque de Gramont, 26 de mayo de 1857.)

M. Thouvenel echó por fin de ver que la cuestión rumana era, en la mente del emperador, el preludio de la italiana, y entonces comprendió lo que en un principio le había parecido inexplicable. «Me intereso por nosotros un poco más que por los rumanos, escribía á M. Benedetti, y me parece que significando de antemano á esos señores lo que pueden esperar de nosotros, será echar el cuerpo fuera de un juego confuso y peligroso. Por supuesto, que me expreso así en la hipótesis de que en nuestra política no hay otro pensamiento oculto, y que *no nos guía el propósito de arreglar en el Po* las cuestiones suscitadas en el Danubio. Si hay algo escondido, ya no digo nada.»

En efecto, había algo escondido, y M. Benedetti no se abstuvo de decir al embajador que la política adoptada por el ministerio de Negocios extranjeros en la cuestión de los Principados danubianos era la política personal del emperador. M. Thouvenel contestó: «Os agradezco que me hayáis revelado el *secreto* de vuestra tenacidad con motivo de la unión de los Principados. Sólo me resta dejar correr las cosas.»

Pero las cosas se habían complicado singularmente en Constantinopla, y la lucha entre la Puerta, Austria é Inglaterra por una parte, y Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña por otra, había adquirido un carácter muy agudo, y sobre todo encarnizado contra los dos embajadores de las naciones que se decían unidas por una *inteligencia cordial*. El 18 de junio de 1857, queriendo lord Strafford celebrar un aniversario doloroso para los franceses, daba en Pera un gran banquete al que invitaba al encargado de negocios de Prusia. Aún no se había borrado el recuerdo de Waterloo.

Cuanto más se afirmaban las aspiraciones nacionales de los rumanos, más se obstinaba el embajador de Inglaterra en aniquilarlas *per fas y nefas* de acuerdo con Turquía y Austria. En vano era que la comisión europea, en la que Francia estaba representada por el barón de Talleyrand-Perigord, hiciese constar los verdaderos deseos de los dos Principados. Conforme escribía este último, era evidente que así en Moldavia como en Valaquia la unión estaba en el fondo de todos los corazones honrados. El comisario francés fué acogido en Jassy con entusiasmo: los gritos de «¡viva Francia!, ¡viva el emperador!» eran unánimes. Pero la diplomacia inglesa, austriaca y otomana tenía por nulo el principio de las nacionalidades.

El príncipe Vogorides, á quien el sultán había nombrado caimacán en Jassy,

compuso las listas electorales para el diván moldavo con una parcialidad tan evidente y apelando á manejos tan fraudulentos, que la mayoría de los electores se negó á votar. «Vogorides ha arrojado la máscara, escribía M. Thouvenel. Procede á garrotazos, con tanto fraude y tanta violencia que daría envidia á los más expertos en la materia. Me he puesto en oposición con la odiosa mistificación que nos prepara.» Los comisarios de Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en los Principados protestaron solemnemente contra semejantes elecciones. Austria, la Puerta é Inglaterra quisieron hacerlas admitir como válidas, porque su validez habría sido el triunfo de los anti-unionistas.

El escándalo que se producía indignó á Napoleón III, quien dijo en mayo de 1857 á Mehemet Djemil-Bey, embajador de Turquía en París: «No podemos ofendernos porque todos no sean de nuestro parecer; pero tenemos el derecho de pedir que se porten lealmente con nosotros, y no se procede así en los Principados. Sentiría que nos enemistásemos por esta cuestión.»

El emperador, que afirmaba por primera vez su dogma favorito, el principio de las nacionalidades, tenía empeño en que su primer ensayo acerca de este punto fuera un golpe maestro. Formó la inquebrantable resolución de conseguir á todo coste la anulación de las elecciones moldavas, y no fiándose ya en sus diplomáticos, se decidió bruscamente á pasar á Osborne para defender él mismo ante la reina la causa de la nacionalidad rumana. El 5 de agosto, antes de embarcarse para Osborne, prescribió por telégrafo á su embajador cerca del sultán que pidiera la casación pura y simple de las elecciones moldavas, y si no se conseguía inmediatamente esta satisfacción, que rompiera solemnemente las relaciones diplomáticas entre Francia y Turquía. Y esto fué lo que sucedió.

El 6 de agosto al mediodía el *Ajaccio* fondea delante del palacio de la embajada de Francia. M. Thouvenel está en la terraza del palacio con todo el personal de su misión. Al resonar el vigésimo primero de esos cañonazos «que, dice, habrían debido despertar remordimientos en el alma de lord Strafford,» saluda por última vez los colores nacionales «con la emoción patriótica, pero con la tranquilidad de conciencia que consuela al comandante de la tripulación de un barco obligado á arriar su pabellón.» Allí están algunos amigos de Francia, Mme. Condurotis, esposa del ministro de Grecia, el príncipe Lobanoff, el príncipe Stourdza, el marqués de Souza, ministro de España, y M. Testa, ministro de Suecia. En el momento solemne en que se arriaba la bandera tricolor, los marineros del *Ajaccio*, de pie sobre cubierta y en las vergas del buque, lanzan el grito de ¡viva el emperador!

Algunos minutos después de la salva, el embajador pasa á bordo del *Ajaccio*, y en tres cuartos de hora llega á Dolma-Baghtche, residencia de Abd-ul-Medjid. «Señor, le dice, hace una hora que no hay ya embajador de Francia en Constantinopla; pero, simple particular, á quien V. M. ha honrado con sus bondades, vengo á despedirme de V. M.»

Ab-dul-Medjid le contestó: «¡Cuánto deploro que un suceso como este, la

ruptura con una potencia que ha hecho tanto por mi imperio y por mí, ocurra reinando yo!»

«No quiero prolongar una escena, replicó M. Thouvenel, que lastima el corazón de V. M. así como el mío. Me retiro, pues; pero, en este momento doloroso, lo que me anima es la conciencia de haber cumplido hasta lo último mis deberes para con el emperador y para con V. M.»

El embajador saluda. El sultán le sigue hasta lo alto de la escalera, y le mira mientras está al alcance de su vista en la actitud de una «estatua de la desesperación.»

M. Thouvenel escribe á Napoleón III: «Pido al emperador permiso para expresarle el dolor que he sentido al arriar su bandera ante la ingratitud y deslealtad de nuestros adversarios, á dos pasos de los cementerios en que descansan treinta mil de nuestros bravos soldados.»

Tal era la situación cuando Napoleón III llegó á Osborne.

IX

LA ENTREVISTA DE OSBORNE

Miércoles 5 de agosto de 1857. — El emperador y la emperatriz parten de Saint-Cloud para ir á Osborne, en la isla de Wight, á visitar á la reina de Inglaterra. Llegan á Ruán á las tres de la tarde, siendo saludados por las salvas de artillería y estando formadas la guardia nacional y las tropas. A las cinco, SS. MM. hacen su entrada en el Havre, donde hay levantado un gigantesco arco de triunfo: las casas están engalanadas con banderas y guirnaldas de hojas y flores. Unas jóvenes vestidas de blanco ofrecen un ramo á la emperatriz; todos los ayuntamientos del distrito han acudido, presididos por los alcaldes y los párrocos. SS. MM. recorren la ciudad en una carretela descubierta, precedida por jóvenes del Havre á caballo y escoltada por un destacamento de cien guardias. A la llegada de la comitiva imperial á la plaza de la Bolsa, donde están amarrados los buques americanos, los marinos, subidos en las vergas, prorrumpen en hurras. Los emperadores pasan en seguida á bordo del yate imperial *Reina Hortensia*, donde comen. A las nueve de la noche, el yate, escoltado por los avisos *Ariadna*, *Pellicano* y *Córcega*, sale del puerto á los ecos de las salvas de artillería y de los vivas. La ciudad está enteramente iluminada y se disparan fuegos artificiales.

Jueves 6 de agosto. — SS. MM. llegan á Osborne á las nueve de la mañana, haciendo un tiempo magnífico. Los príncipes Alberto y Alfredo salen á buscarlos á bordo de una embarcación de la reina Victoria.

La reina hace á sus huéspedes los honores de su isla, la *isla joya* de Inglaterra, en donde aquélla es objeto de una veneración universal. Siempre que va á ella ondea la bandera nacional en la torre principal de cada castillo, en la torre-cilla, en la techumbre y hasta en el palomar de cada granja. Osborne-House es su residencia marítima predilecta. El parque y los jardines son hermosísimos. Las calles de grandes árboles bajan en suave pendiente hasta la orilla del mar. Portsmouth y Spithead se divisan á lo lejos. El castillo, de construcción moderna, con sus dos torres de altura desigual — la de las señales, que tiene ciento siete pies de altura, y la del Reloj, que tiene noventa, — con sus dos magníficas terrazas adornadas de surtidores que caen en tazas de mármol y bronce; con sus planteles de flores raras que se agrupan en los balaustres, presenta el aspecto más agradable. Está poblado de estatuas, unas copia de esculturas antiguas, otras obra de artistas contemporáneos. El escultor italiano Marochetti ha labra-

do para Osborne muchos mármoles, entre otros los bustos de la reina Victoria, del príncipe Alberto, del de Gales, de la princesa real y del rey Víctor Manuel. Las habitaciones de recepción están en la planta baja y dan á las terrazas.

El emperador, después de almorzar, da un paseo á pie con el príncipe Alberto y ambos sostienen una conversación política.

Viernes 7 de agosto. — El emperador y la emperatriz se embarcan con la reina, el príncipe Alberto, los príncipes y las princesas en el yate real *Victoria and Albert* y dan por mar un paseo de dos horas. Por la noche se celebra un banquete en el castillo.

Sábado 8 de agosto. — El duque de Cambridge, lord Pálmerston y lord Clárendon llegan á Osborne. El emperador manda llamar á su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski y á su embajador el conde de Persigny. Se verifica un baile en una tienda de campaña.

Domingo 9 de agosto. — La reina está encantada del emperador y de la emperatriz. Escribirá al rey Leopoldo que son los huéspedes más amables, más agradables, los menos molestos que darse pueda. *Nothing could be more amable, kind, pleasant or ungenant than both Majesties were. They are most agreeable guests.* Presenta á su esposo como admirador decidido de la emperatriz Eugenia. «Alberto, dice, que rara vez se prenda de las damas y de las princesas, la quiere mucho; es su gran aliado.» *Albert, who is seldom much pleased with ladies or princesses, is very fond of her, and her great ally.* La reina añade que da gusto ver la adhesión de M. de Persigny al emperador, su arrojo y su rectitud en todo.

Por una y otra parte se demostraron sentimientos muy amistosos. El emperador no insistió en la adopción inmediata de su proyecto favorito: la unión de los Principados danubianos bajo el mando de un príncipe extranjero. El general Fleury, que asistía á la entrevista de Osborne, lo ha dicho con razón: «Era dar prueba de conciliación sin comprometer demasiado el porvenir, toda vez que algunos años después esta combinación debía realizarse bajo la autoridad del príncipe Carlos de Hohenzollern, hoy rey de Rumanía.» Quedó, pues, aplazada la cuestión fundamental, la de la unión de los Principados, por entender que era del dominio exclusivo de la Conferencia europea. Mas, puesto que la voluntad de los habitantes era uno de los elementos de la cuestión, á Napoleón III le parecía justo que esta voluntad pudiera darse á conocer libremente y que no se falseara su expresión con un simulacro de elecciones. Consiguió que el gobierno inglés se comprometiera á apoyar ante la Puerta otomana la petición hecha por Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en vista de la anulación de las elecciones en Moldavia. Este era por el momento el punto esencial. Como se desaprobaba la conducta de lord Strafford de Redcliffe, Napoleón III se dió por satisfecho.

Lunes 10 de agosto. — El emperador y la emperatriz se embarcaron en Osborne para regresar al Havre. La despedida de la reina Victoria y de sus huéspedes fué de las más cordiales.

A los dos días la reina escribía al rey Leopoldo: «La visita que acabamos de

recibir ha sido por todos conceptos satisfactoria y agradable. Políticamente, ha sido un beneficio del cielo, como dice lord Clárendon, porque se han allanado y arreglado de un modo satisfactorio las desdichadas dificultades de los Principados. La entrevista ha sido tranquila y grata. El buen Osborne no ha cambiado nada de su sencillez, de su carácter familiar y sin pretensión. *Good Osborne in no way changed its unpretending privacy and simplicity.* El emperador ha hablado francamente con Alberto, y Alberto ha hecho lo mismo con él, lo cual es una ventaja, y el último día Pálmerston me ha dicho: «El príncipe puede decir muchas cosas que nosotros debemos callar.» Esto es muy natural.

»El emperador, á quien he entregado el mensaje de que me habíais encargado, me ha dado muchos recuerdos para vos y ha añadido: «El rey no tan sólo es muy amable, sino que tiene muy buen sentido.»

Lord Clárendon escribió á la reina: «No se apreciará lo bastante la importancia de esta visita, porque el emperador es la Francia, y lo que es más, la Francia bajo su mejor forma, porque le está permitido ceder á sentimientos generosos y apreciar la verdad. Su alianza con Inglaterra ha sido confirmada y reforzada en Osborne.»

He aquí ahora la carta que el emperador dirigió desde las Tullerías á la reina Victoria el 15 de agosto de 1857:

«Señora y querida hermana: Hemos partido de Osborne tan agradecidos á la amable acogida de Vuestra Majestad y del príncipe Alberto, estamos tan llenos de admiración por el espectáculo de todas las virtudes que ofrece la familia real de Inglaterra, que me es difícil encontrar palabras para definir todos los sentimientos de adhesión y cariño que experimentamos por V. M.

»Es tan grato para nosotros pensar que, aparte de los intereses de la política, V. M. y su familia sienten algún afecto hacia nosotros, que pongo en primer término de mis preocupaciones el deseo de merecer siempre esa augusta amistad. Creo que cuando uno ha pasado algunos días en vuestra intimidad se vuelve mejor, así como cuando se ha tenido ocasión de apreciar los variados conocimientos y el elevado modo de pensar del príncipe, se separa uno de él más instruido y más apto para obrar bien. Ruégoos, señora, que os dignéis decir al que tan noblemente comparte vuestro destino que le tengo el mayor aprecio y la más sincera amistad, lo que equivale á decir cuánto apetezco la suya.

»Por lo que respecta á los hijos de V. M., todos están dotados de tan buenas y apreciables cualidades que se les quiere desde que se los ve, y que es muy natural desearles toda la ventura de que son dignos.

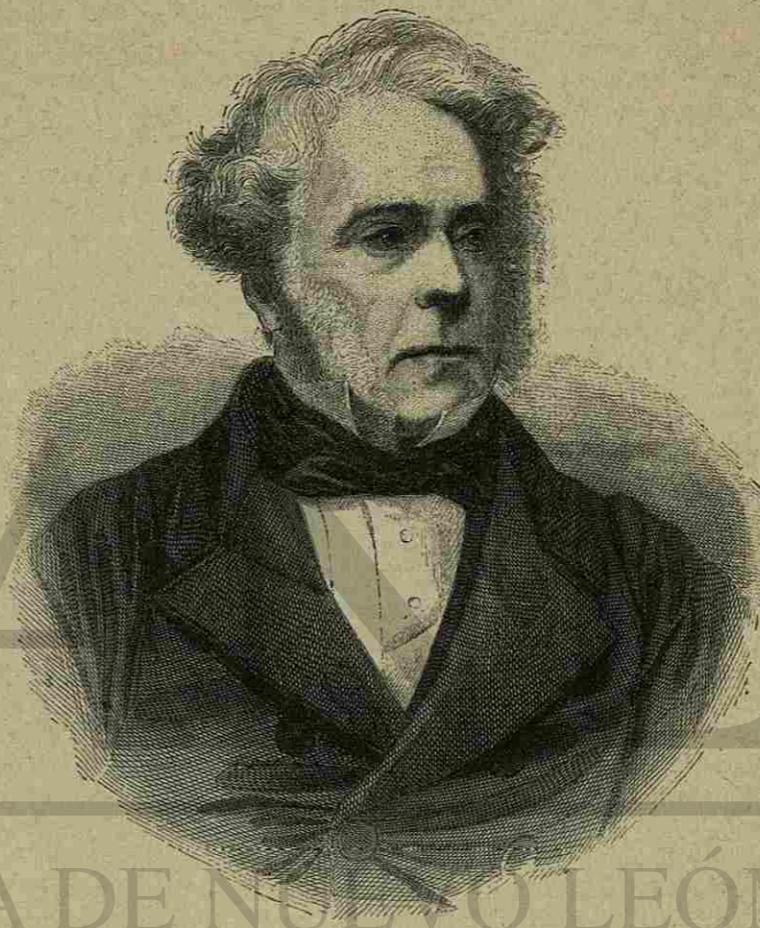
»Adiós, señora. Quiera Dios que no transcurran dos años sin que hayamos tenido la dicha de encontrarnos de nuevo á vuestro lado, porque la esperanza de volveros á ver pronto es el único consuelo de una separación penosa.

»Ruego á V. M. que reciba con bondad la expresión de los sentimientos de alto aprecio y completa adhesión con que soy de V. M. buen hermano y amigo.

»NAPOLEÓN.»

La reina, muy satisfecha de esta carta tan afectuosa, quedó particularmente agradecida al elogio que el emperador hacía del príncipe Alberto.

«No puedo rechazar, decía en su respuesta, la opinión favorable que V. M. ha



Lord Pálmerston

»ormado de mi querido esposo, porque sé que la merece, pues no tiene más ambición que hacer el bien y ser útil siempre que puede. En una posición tan aislada como la nuestra, no podemos encontrar mayor consuelo ni apoyo más seguro que la simpatía y el consejo del ó de la que está llamada á participar de nuestra suerte en la vida, y la querida emperatriz, con sus generosos instintos, es vuestro ángel custodio, como el príncipe es mi verdadero amigo.»

En las esferas políticas francesas, la transacción acerca de los Principados danubianos produjo buen efecto. M. Benedetti, director de política en el ministerio de Negocios extranjeros, escribía el 14 de agosto á M. Thouvenel, embajador de Francia en Constantinopla: «Ya sabéis lo que se hace en Osborne. En mi concepto, es un éxito completo. Hemos sido dignos y firmes; no hemos suprimido una sílaba de nuestras pretensiones, que hemos sido los primeros en formular, é Inglaterra se ha encargado de hacerlas prevalecer en Constantinopla, arrastrando tras sí á esos buenos austriacos, que saldrán de la lucha extrañamente menoscabados en la consideración pública. Ahí tenéis á lord Strafford obligado á hacer que la Puerta acepte lo mismo que él la había obligado á rechazar. Es un incidente sin precedente en la vida de vuestro colega: más aún, es la desaprobación más formal de toda su conducta. Os envió el espectáculo que vuestros dos colegas de Inglaterra y de Austria deben resignarse á daros en presencia de ese público de Constantinopla, que no creará lo que ve.»

El sultán decretó la anulación de las elecciones moldavas, y los representantes de las cuatro potencias (Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña) que habían interrumpido sus relaciones diplomáticas con la Puerta, las reanudaron. M. Thouvenel escribía: «Ha habido tragicomedia de primera clase. De todos modos, somos vencedores y tenemos *todo* lo que pedíamos.»

Ya no había nubes entre Francia é Inglaterra. Parecía que habían vuelto los mejores días de inteligencia cordial. Poco después del regreso del emperador á Francia, la reina Victoria hizo una excursión á las islas de la Mancha con su esposo y seis de sus hijos. Al volver de Jersey, arribó á Cherburgo el 19 de agosto sin haber avisado á las autoridades de la ciudad. Aquella aparición imprevista de la soberana inglesa en el suelo francés era una nueva prueba del acuerdo que existía entre los dos países. La reina fué recibida en Cherburgo con la más respetuosa solicitud: allí encontró al general Herbillón, el vencedor de Traktir, que le dió las gracias por haberle conferido la orden del Baño. «La llevo con gran orgullo,» dijo. La reina estaba satisfecha de ver en el pecho de los soldados y de los marinos franceses la medalla de Crimea que lleva grabada su efigie. Al otro día visitó detenidamente los arsenales, el puerto, las gigantescas obras en vías de ejecución, y dió un paseo en carruaje por los alrededores de la población; luego se embarcó, muy contenta de todo lo que había visto. El 21 de agosto escribía al emperador: «Hemos hecho una visita interesante y agradable á Cherburgo. Las obras son magníficas y de colosal grandeza; la rada es admirable. Las autoridades se han mostrado sumamente atentas con nosotros (porque deseábamos que todo se hiciese con el carácter más privado posible) y las poblaciones nos han atestiguado el mayor afecto. Hemos hecho una corta excursión improvisada por el interior en charabán con caballos, lo cual nos ha distraído mucho. El país es soberbio. En estos tiempos de una civilización que tiende á hacer pasar todas las cosas por un nivel común, es agradable encontrar una población sencilla, primitiva, aún verdaderamente rústica, y regiones

que todavía no están resabiadas por el contacto con los ferrocarriles. La Normandía es muy bonita y para nosotros está llena de interesantes recuerdos porque ha sido la cuna de Inglaterra.»

Esta pacífica invasión de la Normandía — *peaceful invasion of Normandy* — era una señal de los tiempos y probaba cuánto habían perdido de su violencia las antiguas envidias. Las relaciones personales de Napoleón III y de la reina Victoria eran excelentes. Sin embargo, el emperador, á pesar de la cordial acogida que había tenido en Osborne, hubo de reconocer que sus proyectos sobre Italia y su deseo de modificar el mapa de Europa jamás obtendrían el asentimiento del gobierno británico, y el príncipe Alberto no había ocultado cuánto valor daba Inglaterra á conservar los tratados de 1815. Napoleón III iba á volver las miradas á Rusia, esperando aprovecharse de los rencores de esta potencia contra Austria. Pero se guardó mucho de dar á conocer prematuramente sus proyectos, y hacía esfuerzos para dar á creer que existía un acuerdo íntimo entre él y los ingleses. Hubiérase dicho que no tenía otro propósito que mantener perpetuamente la paz en Europa.

X

LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOUVRE

El 14 de agosto de 1857 tuvo lugar una de las solemnidades más memorables del reinado de Napoleón III: la inauguración del nuevo Louvre. No puede darse nada más hermoso que esas victorias pacíficas que no cuestan sangre ni lágrimas, y que tienen tanto esplendor y á menudo más duración que las otras. Terminar el Louvre de modo que, reunido á las Tullerías, formara con este palacio un solo edificio, tal había sido el sueño de todos los monarcas franceses desde Francisco I y Catalina de Médicis y más especialmente de Enrique IV, de Luis XIV y de Napoleón I. Pero todos habían retrocedido ante lo inmenso de la tarea que se debía desempeñar, y su resolución había quedado en estado de proyecto. El gobierno provisional de 1848 sólo llevaba cuatro días de existencia cuando decretó, como lo había hecho el vencedor de Austerlitz, que se acabara el Louvre. La Asamblea legislativa hizo de este decreto una ley que Napoleón III tuvo el honor de poner en ejecución.

Los monumentos son siempre símbolos del régimen bajo el cual se elevan. Para una obra colosal como la terminación del Louvre se requería un gobierno fuerte y sólido, en disposición de gastar mucho sin tener que pasar por fiscalizaciones ni críticas. Napoleón III, «ese flemático siempre diligente,» como se ha dicho, quiso que se fuera de prisa y fué obedecido. Había manifestado el deseo de que se terminase la reunión del Louvre con las Tullerías en un plazo de cinco años, deseo que se realizó punto por punto. El 25 de julio de 1852 se puso la primera piedra de las obras: el 14 de agosto de 1857 el Louvre y las Tullerías no formaban más que un solo palacio.

M. Havrard, en su obra titulada *La Francia artística y monumental*, ha resumido como sigue esta obra gigantesca: «Un edificio en la calle de Rívoli que va á reunirse con el de Percier y de Fontaine; dos alas de más de ciento sesenta metros de longitud que se juntan por otras alas más cortas, la una á ese edificio del Norte, y la otra á la galería de la orilla del agua, y formando patios interiores; ocho grandes pabellones, dos en la calle de Rívoli, seis en la plaza del Carrousel; y en los pabellones, en los pórticos, en las azoteas, en las techumbres, en todas partes, la obra de los escultores completando la de los arquitectos; la parte del viejo Louvre que da frente á las Tullerías, renovada, y la abundancia de los adornos reemplazando en el pabellón central á la severidad de Le

Mercier; para esta enorme tarea habían bastado cinco años.» Las obras, dirigidas primeramente por el arquitecto Visconti, y después de su muerte, acaecida en 1853, por el arquitecto Lefuel, se llevaron á cabo con actividad prodigiosa. La ornamentación constaba de más de mil quinientos detalles de escultura; ciento cincuenta estatuarios y una legión de ornamentistas trabajaron en ellos con ahinco. Los escultores más distinguidos, como Duret, Barrye, Bosio, Cavalier, Dumont, Lequesne, Guillaume, Simart y otros, tomaron parte en los trabajos.

Durante el año 1857 se pagaron en el Louvre 313,272 jornales de obreros que trabajaron en el mismo edificio, sin contar los herreros, carpinteros y otros operarios que trabajaban en sus casas, ni los canteros que extraían los materiales, ni los carreteros que los acarreaban por los caminos. Sólo se emplearon hierros y mármoles franceses. La terminación de la obra abría dos nuevas vías á la circulación, una para los viandantes junto al pabellón de Sully; otra para los carruajes junto al de Richelieu. El conjunto de los trabajos había costado treinta y seis millones de francos.

Celebróse la inauguración del nuevo edificio con pompa excepcional. A las dos de la tarde del 14 de agosto de 1857, el emperador y la emperatriz, acompañados de los príncipes y princesas de la familia imperial, así como de las damas y oficiales de servicio, salieron del palacio de las Tullerías, atravesaron la plaza del Carrousel, y después de pasar por debajo del arco de triunfo, entraron en el Louvre por el pabellón Denón. Recibidos al apearse del carruaje por M. Aquiles Fould, ministro de Estado, y por los grandes dignatarios, cruzaron una galería destinada al museo de Escultura, subieron la escalera del pabellón Mollién, y entraron procesionalmente en el salón donde debía verificarse la ceremonia. En él se había levantado un trono, y enfrente, á derecha é izquierda del paso que conducía á él, se pusieron bancos para los artistas, empleados y operarios que habían trabajado en la construcción del edificio. El ministro de Estado se acercó al estrado imperial y pronunció un discurso que terminaba así: «Ni la guerra ni todas las dificultades que hemos tenido que atravesar han interrumpido esta obra, sueño de tantos reyes y que bastaría para la gloria de una época de paz y de prosperidad. V. M., cuya presencia ha excitado á menudo el ardor de nuestros trabajadores, ha querido una vez más verlos reunidos ante sí después de la terminación de su tarea. Todos se congregan satisfechos alrededor de V. M. Todos están persuadidos de haber cumplido con su deber y se muestran orgullosos de haber tomado parte en esta obra verdaderamente nacional.» Después de este discurso se procedió á la distribución de cruces y medallas. M. Lefuel, jefe de las obras del Louvre, recibió la cruz de oficial de la Legión de Honor, y el estatuario Bosio la de caballero. Cada uno de los artistas, contratistas y obreros nombrados subía al estrado imperial y recibía su recompensa de manos del emperador. Terminada la distribución, el monarca indicó que iba á hacer uso de la palabra. Entonces se levantaron todos los

circunstancias, y en medio de un profundo silencio, Napoleón III pronunció este discurso:

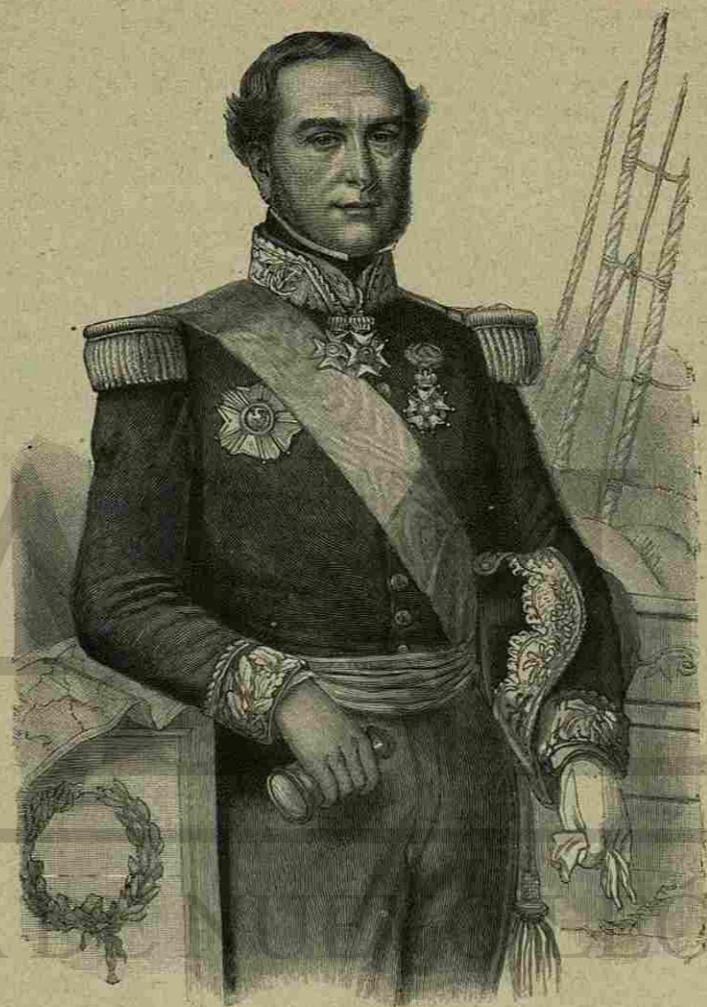
«Señores: Me felicito con vosotros por la terminación del Louvre, y me felicito sobre todo por las causas que la han hecho posible. En efecto, el orden, la estabilidad restablecida y la prosperidad son las que me han permitido terminar esta obra nacional. La califico de este modo por cuanto todos los gobiernos que se han sucedido han tenido honroso empeño en terminar la morada comenzada por Francisco I y embellecida por Enrique IV. En la Edad media, el rey habitaba una fortaleza erizada de medios de defensa. El progreso de la civilización reemplazó en breve las almenas y las armas de guerra por las producciones de las ciencias, de las letras y de las artes. Por esto la historia de los monumentos tiene su filosofía como la de los hechos. Así como es de notar que en la época de la primera Revolución la comisión de salvación pública continuara sin saberlo la obra de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV, descargando el último golpe al feudalismo y prosiguiendo el sistema de unidad y de centralización, objeto constante de la monarquía, así también hay una gran enseñanza en ver adoptado por el gobierno efímero de 1848, con respecto al Louvre, el pensamiento de Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y Napoleón... La terminación del Louvre, á la cual os doy gracias por haber contribuido con tanto celo y habilidad, no es el capricho de un momento, sino la realización de un plan concebido para la gloria y sostenido por el interés del país por espacio de más de trescientos años.»

SS. MM. se retiraron aclamados por la multitud y volvieron al palacio de las Tullerías, pasando por el patio cuadrado del Louvre, la puerta de la Columnata, la calle de Rívoli, el pabellón Richelieu y el arco de triunfo del Carrousel.

A las siete de la noche el ministro de Estado presidió en el salón de inauguración un banquete de cuatrocientos setenta cubiertos, en el que los obreros estaban en mayoría. Entre los comensales había una mujer: era la viuda de un aserrador de piedra, que privada de todo recurso á consecuencia de la muerte de su marido, había ocupado su puesto en el taller. El ministro tenía á su derecha á M. Maret, contratista, y á su izquierda á M. Riffaut, picapedrero aparejador. A los postres pronunció este brindis: «¡Por el emperador! ¡Por la prosperidad, la gloria y la duración de su reinado, tan fecundo en grandes cosas! A él le estaba reservado concluir esta obra tan largo tiempo suspendida. El Louvre, junto con tantos otros monumentos, transmitirá su nombre á la gratitud y á la admiración de la posteridad. ¡A la salud del emperador!»

En los talleres no se había trabajado en todo el día, á pesar de lo cual se les pagó á los obreros su jornal. Napoleón III estaba contento; se había felicitado en su santo á sí mismo.

Recuerdo el efecto que produjo la aparición de este palacio incomparable: el Louvre y las Tullerías reunidos en un solo edificio. Ni aun la Roma de los



EL ALMIRANTE HAMELIN,
Ministro de Marina de Napoleón III

Césares había visto jamás nada tan grandioso y tan magnífico. Al día siguiente, 15 de agosto, se autorizó al público á visitar las nuevas construcciones. Ante aquel conjunto tan regular, todo el mundo recordaba los puestos de venta, los tenduchos y los bazares de ínfima categoría que, cinco años antes, obstruían y deshonoraban el espacio ocupado ahora por soberbios jardinillos. Recordábase una casa de huéspedes de segundo orden, el hotel de Nantes, que en otro tiempo descollaba, sola y aislada, en la plaza del Carrousel. Ahora, en vez de este desorden, en lugar de esas casuchas miserables, todo era armonía, unidad, grandeza: era la apoteosis.

La población, orgullosa y contenta con el mágico espectáculo que se ofrecía á su vista, celebró los días del emperador con más animación que de costumbre. SS. MM. asistieron en la capilla de las Tullerías á una misa seguida de un *Te Deum*. Después el emperador distribuyó personalmente la medalla de Santa Elena, que acababa de instituir para los antiguos compañeros de armas de Napoleón I, al rey Jerónimo, al mariscal Vaillant, al almirante Hamellín, á los mariscales Magnán y Baraguey d'Hilliers, al almirante de Parceval Deschène, al general duque de Plaisance y al general d'Ornano. En el Campo de Marzo, una pantomima representó la última expedición de la Kabilia. Por la noche hubo concierto en el Jardín de las Tullerías, iluminaciones en la plaza de la Concordia y en los Campos Elíseos, fuegos artificiales en las alturas del Trocadero y otro en la rotonda de la barrera del Trono. Todos los teatros dieron funciones gratuitas. En el del Palacio Real, una comedia de circunstancias escrita por Clairville divirtió mucho al público. Se titulaba *Las cuatro edades del Louvre*. Grassot desempeñaba el papel de Bernin, y el genio de Francia, representado por Millé. Cico, estaba contrariado por un genio maléfico, figurado por un hombrecillo rojo, en la ejecución de sus proyectos seculares sobre el Louvre; mas por fin estos proyectos quedaban realizados. El hombrecillo rojo no había podido resistir á la estrella de Napoleón III. El Louvre estaba acabado.

XI

BIARRITZ

El 17 de agosto el emperador partió con la emperatriz y el príncipe imperial para Biarritz, donde debía pasar muy poco tiempo y en donde se proponía dejar á su esposa mientras él pasaba al campamento de Chálons y luego á Stuttgart. La comitiva de SS. MM. se componía del general Roguet y del general Edgardo Ney, ayudantes de campo del emperador; del barón de Varaigne, prefecto de palacio; del conde Carlos de Tascher de la Pagerie, primer chambelán de la emperatriz; del marqués de Lagrange, su caballerizo; de la condesa de Montebello y de la vizcondesa de la Peeze, damas de palacio, y de Mme. de Branción, sub-aya de los hijos de Francia. Llegaron á Biarritz el 18 de agosto.

Napoleón III se había apasionado, como la emperatriz, de aquella playa pintoresca. Después de haber visto en ella al rey de Wurtemberg, que había ido de incógnito, se marchó con sentimiento para ir á inaugurar el 23 de agosto su nueva posesión de las Landas. En su deseo de favorecer la agricultura y dar un testimonio eficaz de su afecto á los pueblos rurales, el emperador había escogido dos de las comarcas más pobres de Francia, la Sologne y las Landas, para hacerse él mismo labrador. Por los gritos de entusiasmo que saludaron su llegada, pudo conocer que su pensamiento había sido bien comprendido. La posesión que acababa de adquirir en las Landas se componía de unas siete mil hectáreas de brezales y pantanos. S. M. había escogido los sitios en que se necesitaba emplear más esfuerzos y ensayos.

En la parte situada en el cantón de Sabres se elevaba ya una pequeña granja de madera, parecida á los chalets suizos y que comprendía, además de la casa del dueño, una caballeriza, un establo y un depósito de forrajes. En la estación de la Bouheyre, el emperador aceptó un almuerzo ofrecido por el prefecto de las Landas, M. Cornuau. Entre la muchedumbre de aldeanos de boina azul se veían los *échassiers*, esos nómadas de las Landas que recorren los brezales ó cruzan los pantanos, con sus zancos y sus pasos de gigante, compitiendo en velocidad con los jinetes más rápidos.

En Sabres el emperador se detuvo ante un bloque de palastro que representaba la Landa árida y la huella del pie imperial con esta inscripción: «Napoleón III es el primer soberano que ha puesto el pie en esta tierra árida con el noble propósito de fertilizarla y regenerarla.» En la aldea de la Bouheyre el em-

perador pasó bajo arcos de triunfo formados con ramas de pino y matas de brezos sonrosados. Precedido por una guardia de honor á caballo, que los jóvenes del país habían organizado, se detuvo ante una columna que llevaba esta inscripción: «A Napoleón III, regenerador de las Landas, los obreros de las Forjas agradecidos.»

Uno de los sueños del prisionero de Ham había sido fertilizar tierras incultas. El emperador se regocijaba pudiéndolo realizar. Satisfecho de lo que había visto en las Landas, llegó el 24 de agosto á París, y al día siguiente salió para el campamento de Châlons, una de sus creaciones á la cual daba mayor importancia.

La emperatriz pasó muchas semanas en Biarritz. Hacía por esta playa lo que la duquesa de Berry había hecho por Dieppe, y la puso de moda; casi podría decirse que fué ella quien la inventó.

Biarritz, que es ahora una ciudad de ocho mil almas, una de las estaciones balnearias más renombradas, uno de los puntos de reunión cosmopolitas más brillantes y más elegantes del mundo entero, no era hace cincuenta años más que una pobre aldea de pescadores, un oscuro caserío cuyo nombre nadie pronunciaba. A la emperatriz Eugenia la sedujo el aspecto pintoresco de aquella playa de arena fina; sus rocas de extrañas formas que surgen de trecho en trecho, como la *Coustelette*, la *Fragata*, la *Roca redonda*, la *Roca plana*, la *Roca de la Virgen*; sus grutas poéticas y misteriosas, como la de los *Escritos* y la *Cámara de amor*. Esta última tiene su leyenda: el pastor Ousa y su novia Edera se paseaban á la caída de la tarde por la playa haciéndose juramentos de amor y sin notar los ruidos de las olas de la marea creciente. Sorprendidos por éstas, se refugiaron en una excavación que les ofrecía pérfidamente la roca cortada á pico, y allí, en medio de las algas, se encontraron al día siguiente sus cadáveres abrazados.

El azulado mar, los pinos de follaje verde oscuro y las rocas amarillentas forman un conjunto de color á propósito para cautivar á un artista. La playa grande, que tiene casi un kilómetro de largo hasta el cabo de San Martín; la segunda playa, la de los *Bascos*, donde las olas, por nada contenidas, son de extraordinaria violencia; las montañas que se divisan en el horizonte, el Rhune, la Haya, el Jalzquibel, todo esto forma un panorama tan original como grandioso. Un habitante ha dicho: «Entre el Océano soberbio y la verde campiña, Biarritz brilla como un diamante engarzado en una capa de esmeralda.»

El mayor atractivo de Biarritz para la emperatriz era quizás su proximidad á España. Fiel á su primera patria, le agradaba verse entre las personas á quienes conocía desde su infancia. Ninguna lengua le parecía más hermosa y más sonora que su lengua materna. Muchos españoles iban á saludarla á Biarritz, donde disfrutaba de la vida de una simple particular, sin dejar de tener el prestigio de la soberana. El 17 de septiembre de 1857 hizo una excursión á San Sebastián, que tuvo para ella gran atractivo.

Situada en un islote del golfo de Gascuña que comunica con el continente por un puente de madera, San Sebastián es la capital de la provincia de Guipúzcoa.

Para comprender el placer que la emperatriz sentía en ser recibida solemnemente por una ciudad española, hay que recordar los sentimientos que conservó siempre hacia España y hacia la reina Isabel, de la cual había sido camarera mayor su madre la condesa de Montijo. El duque de Mandas, embajador de España en París, ha tenido á bien facilitarme recientemente dos curiosas cartas que patentizan los sentimientos de la emperatriz. Iba á decidirse su casamiento con Napoleón III, cuando escribió á su soberana la siguiente carta:

«Señora: Permítame V. M. referirme á todo cuanto mi madre ha tenido el honor de elevar á los pies de V. M. y limitarme á tributarla, en esta ocasión que me colma de tanto honor, el fiel homenaje de todas mis emociones. Engrandecida por los designios de la divina Providencia, que acepto sin conocerlos, todas mis inclinaciones, de acuerdo con mis deberes, me inducen á dirigirme humildemente á V. M. para renovar aquí la profesión sincera de los sentimientos de respeto, de lealtad y de amor á vuestra augusta persona, en los cuales por mi bien he sido criada.

»Confío, señora, en que V. M., persuadida de lo que acabo de exponer, se dignará considerar como un acontecimiento venturoso el que me conduce al trono. Confío sobre todo en que V. M., satisfecha de mis sentimientos personales, estará convencida, como se lo ruego eficazmente, de que en el alto y peligroso puesto que voy á ocupar no tendré más idea que contribuir hasta donde alcancen mis fuerzas á estrechar más y más los vínculos que unen á dos grandes naciones y á dos grandes monarquías, á cuyo servicio me consagraré perpetuamente por cariño y por deber.

»Dígnese V. M. acoger con benevolencia esta declaración hecha de todo corazón.

»Dios guarde muchos años la preciosa vida de V. M. para el bien de la monarquía española.

»A los R. P. de V. M.

»EUGENIA DE GUZMÁN, condesa de Teba.

»París, 20 de enero de 1853.»

La reina Isabel contestó lo siguiente:

«Condesa de Teba: He recibido tu carta del 20 con gran satisfacción. El singular destino que te ha deparado la divina Providencia y los sentimientos de afecto y de adhesión á mi persona que manifiestas en estos momentos, me llenan de satisfacción y de gratitud por tu noble lealtad.

»Puedes contar con mi consentimiento para una unión tan gloriosa para ti, y puedes estar segura de los votos que hago por tu felicidad y la del empera-

dor, deseando que, guiados ambos por la mano del Todopoderoso, conduzcáis esa gran nación al más alto grado de prosperidad y de bienestar.

»En el camino difícil y peligroso que has de seguir en adelante, conserva siempre por guía la confianza en el Ser Supremo y el deber de sacrificarlo todo por el emperador y por la Francia.

»Tales son los sentimientos de la reina y los consejos de tu afectísima

»ISABEL.»

Desde su advenimiento al trono, la emperatriz Eugenia no había omitido nada para mantener las relaciones más cordiales entre París y Madrid, y á la verdad estaba muy lejos de figurarse que había de llegar un día en que los asuntos de España fueran la causa indirecta de las catástrofes que ocasionaron la caída de la dinastía napoleónica. Lejos de tener semejantes presentimientos, volvía á ver con alegría su suelo natal.

El 19 de septiembre de 1857, S. M., acompañada de sus damas la condesa de Montebello y la vizcondesa de la Poeze, así como de la marquesa de Countades, se embarcaba en Biarritz, con su hermana la duquesa de Alba, á bordo del vapor *Coligny*. En el momento de llegar á San Sebastián empezaba á anochecer. Iluminóse la ciudad y resonaron aclamaciones. La primera visita de la emperatriz fué á la iglesia de Santa María, donde el órgano tocó la marcha real. En seguida pasó al ayuntamiento, que ocupa todo un lado de la Plaza Nueva, hermosa plaza rodeada de pórticos y de casas con balcones de hierro, construídas bajo un plan uniforme. Todas las autoridades la cumplieron; se la ofrecieron refrescos, y cuando se asomó al balcón del ayuntamiento, toda la población la saludó con gritos de entusiasmo. Volvió luego al puerto precedida por una música y hombres con antorchas. El *Coligny* estaba iluminado con luces de Bengala que reflejaban en la muchedumbre aglomerada en el muelle. La cubierta del barco estaba convertida en un elegante comedor. La travesía para el regreso á Biarritz fué sumamente agradable. Después de comer, se subió un piano á cubierta y se bailó á la claridad de la luna y de las estrellas. El mar estaba límpido y tranquilo como un lago.

Aquel mismo día - 17 de septiembre de 1857 - el emperador recibía en el campamento de Châlons la visita del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria.

XII

EL CAMPAMENTO DE CHALONS

Napoleón III partió de París el 29 de agosto de 1857 para el campamento de Châlons. Acompañado de los generales Espinasse, de Faily, de Montebello y Fleury, sus ayudantes de campo, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes, llegó á las siete de la noche. Allí estaba reunida toda la guardia imperial: los tres regimientos de granaderos, los cuatro regimientos de fusileros, el de zuavos, el batallón de cazadores, los dos regimientos de artillería, uno de á pie y otro de á caballo, el escuadrón del tren de bagajes, los dos regimientos de coraceros, los lanceros de la emperatriz, los dragones y los guías, en total veintidós mil hombres y cinco mil caballos. El emperador tomó el mando á su llegada, y el general Regnaud de Saint-Jeán d'Angely, comandante en jefe de la guardia, quedó de jefe de Estado mayor general.

El campamento de Châlons era una creación reciente de Napoleón III: databa de 1856, época en que había encargado al general Fleury y al coronel de Castelnau que reconocieran el terreno, pusieran jalones para las barracas y designaran el sitio del gran cuartel imperial y general. Este terreno de maniobras, inmenso cuadrilátero en el que cien mil hombres pueden maniobrar con desahogo, es el mayor que existe en el mundo entero.

Se había elevado un pabellón para SS. MM. en el cual estaba el salón de servicio; á derecha é izquierda había dos pequeñas barracas destinadas á las damas de palacio; á la derecha de estas barracas un vasto salón y á la izquierda un comedor en el que cabían cien comensales. Las tiendas de los oficiales del cuarto militar del emperador estaban á derecha é izquierda en una calle detrás del pabellón imperial é iban á dar á las caballerizas; éstas estaban situadas en un pinar y tenían cabida para cien caballos de silla y de posta. Enfrente de estas caballerizas se hallaba el cuartel del escuadrón de los cien guardias con barracas y comedores para oficiales y soldados. Todo este conjunto de construcciones de tablas estaba dado de una capa de pintura uniforme. En ningún campamento de Europa había un cuartel imperial ó real mejor organizado.

Jamás se encontraba Napoleón III más satisfecho que en medio de sus tropas y particularmente de su guardia: allí se sentía verdaderamente emperador, *Imperator*. Siempre había tenido pasión por las cosas militares, y se creía dotado de conocimientos de táctico, de aptitudes de general en jefe. Como tuvo un

dor, deseando que, guiados ambos por la mano del Todopoderoso, conduzcáis esa gran nación al más alto grado de prosperidad y de bienestar.

»En el camino difícil y peligroso que has de seguir en adelante, conserva siempre por guía la confianza en el Ser Supremo y el deber de sacrificarlo todo por el emperador y por la Francia.

»Tales son los sentimientos de la reina y los consejos de tu afectísima

»ISABEL.»

Desde su advenimiento al trono, la emperatriz Eugenia no había omitido nada para mantener las relaciones más cordiales entre París y Madrid, y á la verdad estaba muy lejos de figurarse que había de llegar un día en que los asuntos de España fueran la causa indirecta de las catástrofes que ocasionaron la caída de la dinastía napoleónica. Lejos de tener semejantes presentimientos, volvía á ver con alegría su suelo natal.

El 19 de septiembre de 1857, S. M., acompañada de sus damas la condesa de Montebello y la vizcondesa de la Poeze, así como de la marquesa de Countades, se embarcaba en Biarritz, con su hermana la duquesa de Alba, á bordo del vapor *Coligny*. En el momento de llegar á San Sebastián empezaba á anochecer. Iluminóse la ciudad y resonaron aclamaciones. La primera visita de la emperatriz fué á la iglesia de Santa María, donde el órgano tocó la marcha real. En seguida pasó al ayuntamiento, que ocupa todo un lado de la Plaza Nueva, hermosa plaza rodeada de pórticos y de casas con balcones de hierro, construídas bajo un plan uniforme. Todas las autoridades la cumplieron; se la ofrecieron refrescos, y cuando se asomó al balcón del ayuntamiento, toda la población la saludó con gritos de entusiasmo. Volvió luego al puerto precedida por una música y hombres con antorchas. El *Coligny* estaba iluminado con luces de Bengala que reflejaban en la muchedumbre aglomerada en el muelle. La cubierta del barco estaba convertida en un elegante comedor. La travesía para el regreso á Biarritz fué sumamente agradable. Después de comer, se subió un piano á cubierta y se bailó á la claridad de la luna y de las estrellas. El mar estaba límpido y tranquilo como un lago.

Aquel mismo día - 17 de septiembre de 1857 - el emperador recibía en el campamento de Châlons la visita del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria.

XII

EL CAMPAMENTO DE CHALONS

Napoleón III partió de París el 29 de agosto de 1857 para el campamento de Châlons. Acompañado de los generales Espinasse, de Faily, de Montebello y Fleury, sus ayudantes de campo, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes, llegó á las siete de la noche. Allí estaba reunida toda la guardia imperial: los tres regimientos de granaderos, los cuatro regimientos de fusileros, el de zuavos, el batallón de cazadores, los dos regimientos de artillería, uno de á pie y otro de á caballo, el escuadrón del tren de bagajes, los dos regimientos de coraceros, los lanceros de la emperatriz, los dragones y los guías, en total veintidós mil hombres y cinco mil caballos. El emperador tomó el mando á su llegada, y el general Regnaud de Saint-Jeán d'Angely, comandante en jefe de la guardia, quedó de jefe de Estado mayor general.

El campamento de Châlons era una creación reciente de Napoleón III: databa de 1856, época en que había encargado al general Fleury y al coronel de Castelnau que reconocieran el terreno, pusieran jalones para las barracas y designaran el sitio del gran cuartel imperial y general. Este terreno de maniobras, inmenso cuadrilátero en el que cien mil hombres pueden maniobrar con desahogo, es el mayor que existe en el mundo entero.

Se había elevado un pabellón para SS. MM. en el cual estaba el salón de servicio; á derecha é izquierda había dos pequeñas barracas destinadas á las damas de palacio; á la derecha de estas barracas un vasto salón y á la izquierda un comedor en el que cabían cien comensales. Las tiendas de los oficiales del cuarto militar del emperador estaban á derecha é izquierda en una calle detrás del pabellón imperial é iban á dar á las caballerizas; éstas estaban situadas en un pinar y tenían cabida para cien caballos de silla y de posta. Enfrente de estas caballerizas se hallaba el cuartel del escuadrón de los cien guardias con barracas y comedores para oficiales y soldados. Todo este conjunto de construcciones de tablas estaba dado de una capa de pintura uniforme. En ningún campamento de Europa había un cuartel imperial ó real mejor organizado.

Jamás se encontraba Napoleón III más satisfecho que en medio de sus tropas y particularmente de su guardia: allí se sentía verdaderamente emperador, *Imperator*. Siempre había tenido pasión por las cosas militares, y se creía dotado de conocimientos de táctico, de aptitudes de general en jefe. Como tuvo un

gran disgusto por no haber podido estar en los campos de batalla de Crimea, se proponía tomar el desquite. Cuando hacía maniobrar á su guardia en el campamento de Châlons, se prometía conducirla en breve á la victoria. Quería á sus soldados y era querido de ellos. Sabía hablarles en el lenguaje que les convenía, y se mostraba con ellos benévolo y bondadoso. «Muy inclinado á estimular los inventos, ha dicho el general Fleury, se ocupaba sin cesar en el modo de mejorar la higiene y la alimentación del soldado, y no contento con preguntar á los coroneles los resultados obtenidos, ya acerca de un nuevo calzado, ya de un cambio en el uniforme, consultaba la opinión de los soldados de guardia, á quienes interrogaba aisladamente. Su solicitud era constante, paternal; su generosidad sin límites. ¡Cuántos oficiales de toda categoría le deben el bienestar de su familia! ¡Cuántos infortunios aliviados en esas audiencias siempre concedidas!»

Napoleón III se encontraba á su gusto en un campamento. Parecía mucho mejor á caballo que á pie porque tenía el busto largo y las piernas cortas, y era excelente jinete. Llevaba muy bien el uniforme y presentaba arrogante porte al frente de las tropas.

He aquí la orden del día que el emperador dirigió á su guardia á su llegada: «Soldados: os he reunido aquí bajo mi mando porque es útil que el ejército adquiera en la vida común de los campamentos el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma subordinación. La guardia, á fuer de cuerpo escogido, debe ser la primera en mantenerse, merced á esfuerzos constantes, en el puesto que le señalan sus antiguas tradiciones y sus servicios recientes en los campos de batalla. Los romanos, dice Montesquieu, consideraban la paz como un ejercicio, la guerra como una aplicación, y en efecto, los triunfos alcanzados por ejércitos bisonños no son por lo general más que la aplicación de serios estudios hechos durante la paz.»

La orden del día terminaba con estos consejos dados á jefes y soldados: «Recomiendo á los unos una severidad paternal, á los otros una obediencia necesaria, á todos buena voluntad y la observación rigurosa del porte, porque el porte es el respeto del uniforme y el uniforme el emblema de esa noble profesión de abnegación y desinterés de que debéis estar orgullosos. No olvidemos que todo signo característico del ejército, empezando por la bandera, representa una idea moral y que vuestro deber es honrarla. Este campamento no será, pues, un vano espectáculo ofrecido á la curiosidad del público, sino una escuela formal que sabremos hacer provechosa mediante trabajos constantes y cuyos resultados serán evidentes el día en que la patria tenga necesidad de vosotros.»

El campamento de Châlons tenía cierto aire de fiesta. La presencia de un soberano á la sazón lleno de prestigio, era para las tropas contentas, sanas, orgullosas de sí mismas, un honor y un estímulo. La riqueza y la variedad de los uniformes, el recuerdo de las recientes proezas de la guardia en Crimea, el en-

tusiasmo excitado por las cosas militares en todas las clases de la sociedad francesa, el hermoso aspecto de las tropas, su perfecta disciplina, sus excelentes músicas, las comidas del gran cuartel imperial, en las que todos los generales, oficiales superiores y oficiales más antiguos de cada grado eran invitados alternativamente á la mesa del emperador, la afabilidad de éste, que después de la comida de sesenta á ochenta cubiertos, mañana y tarde, hablaba familiarmente con sus convidados, las proporciones inmensas de un terreno de maniobras sin rival, todo contribuía á dar á esa inauguración del campamento de Châlons un encanto y un atractivo excepcionales.

Napoleón III desplegaba gran actividad. Montaba á caballo todos los días, presenciaba todos los ejercicios parciales, visitaba las cercanías tan ricas en recuerdos históricos y dejaba en todos los pueblos por los que pasaba pruebas de su munificencia. Una multitud de campesinos, llegados de diez y quince leguas en contorno, se estacionaba días enteros delante del cuartel imperial, y se marchaban contentos cuando habían visto al emperador. Todos los servicios funcionaban con regularidad perfecta. El campamento presentaba un golpe de vista admirable. La guardia hacía gala de esa precisión, de esa seguridad en las maniobras que debía ofrecer por ejemplo á todo el ejército.

Las pompas religiosas se mezclaban con las solemnidades militares. El 5 de septiembre, el cardenal-arzobispo de Reims fué á visitar al monarca y pasó todo el día en el campamento. El 13, monseñor Honoré, coadjutor del obispo de Châlons, celebró una misa de campaña en un altar levantado al aire libre. En el momento de la elevación de la hostia tocaron clarines y tambores. Nada más grandioso que este homenaje al Dios de los ejércitos.

El 18 de septiembre el emperador recibió en el campamento dos huéspedes ilustres, dos ingleses que habían tomado una parte gloriosa en la guerra de Crimea, el duque de Cambridge, primo de la reina Victoria, y lord Cárdirgan, héroe de la famosa carga de Balaclava. El duque de Cambridge iba acompañado por tres ayudantes de campo: lord Burghersh, el coronel Clifton y el coronel Mande. Para honrar al primo de S. M. Británica el emperador envió á recibirle á la estación de Mourmelon al general Fleury y á dos piquetes de los cien guardias, que le escoltaron hasta el cuartel imperial. En todo el trayecto había una doble fila de soldados de caballería.

Luego Napoleón III y el duque de Cambridge recorrieron juntos todo el campamento. El príncipe, de cuyo arrojó se tenía noticia, era objeto de simpáticas demostraciones por parte de las tropas, que recordaban los combates de Alma, Inkermann y Balaclava, y veían con gusto los uniformes encarnados de sus antiguos compañeros de armas.

El 18 de septiembre, el duque de Cambridge y lord Cárdirgan asistieron á las maniobras que, como las anteriores, fueron mandadas por el emperador en persona.

El domingo 20 se celebró la misa de una manera más solemne aún que de

costumbre. Las tropas vestidas de gala y formadas alrededor del altar, la caballería á caballo y la artillería con las piezas enganchadas, presentaban un aspecto magnífico. Terminada la misa, toda la guardia imperial desfiló por delante del emperador y del príncipe inglés, en medio de una gran muchedumbre de curiosos que habían acudido de los pueblos comarcanos y hasta de París.

El 22, el duque se despidió del monarca, que le acompañó hasta la estación de Mourmelon. Por espacio de cinco días, el primo de la reina Victoria había sido colmado de atenciones y de finezas. Había asistido á grandes maniobras, á ejercicios de tiro, á opíparas comidas, á funciones en un teatro improvisado: había sido festejado, obsequiado, aclamado: el emperador no hubiera recibido mejor á un monarca.

Para dispensar al príncipe inglés tan brillante acogida, Napoleón III tenía una razón especial. Al marchar del campamento de Châlons, debía ir á Stuttgart para tener allí una entrevista con el emperador de Rusia, que no dejaría de despertar recelos y desconfianzas á Inglaterra. Al prodigar toda clase de atenciones al primo de la reina, había querido demostrar que una alianza rusa no destruiría la alianza inglesa.

El emperador partió para Stuttgart el 23 de septiembre después de pasar cerca de un mes en el campamento de Châlons. Durante su viaje, debía detenerse en Luneville, Estrasburgo y Baden.

XIII

ESTRASBURGO Y BADEN

La capital de Wurtemberg era un sitio acertadamente escogido para una entrevista entre el emperador de los franceses y el tsar. Alejandro II manifestaba vivo interés á los soberanos de los Estados secundarios de Alemania, considerándolos como amigos y clientes. El emperador Nicolás, padre de Alejandro II, era hijo de una princesa de Wurtemberg, y este lazo de familia había establecido entre Stuttgart y San Petersburgo relaciones amistosas, cuyo carácter fué siempre muy íntimo. Por otra parte, el duque Federico de Wurtemberg debió á Napoleón I, como resultado de la victoria de Austerlitz, la corona real y un engrandecimiento considerable de sus Estados. Jerónimo Bonaparte, el antiguo rey de Westfalia, casado con la hija del rey Federico, resultaba ser cuñado del hijo y sucesor de este monarca, el rey Guillermo.

Puede decirse que la entrevista de Stuttgart estaba preparada hacía un año. Al ir á dicha ciudad, Napoleón III devolvía al rey de Wurtemberg la visita que este príncipe le había hecho en París en 1856. El rey Guillermo había salido de las Tullerías encantado de la acogida de Napoleón III, y se felicitaba de poder hacerle á su vez los honores de su capital. Añadamos que la princesa Matilde había ido á Stuttgart en 1856 para felicitar por su santo al rey su tío. Su belleza, su gracia, su talento habían causado allí la mejor impresión, y su permanencia, que debía ser muy corta, se prolongó por invitación expresa del soberano. No olvidemos tampoco que una de las mejores amigas de Napoleón, la reina de Holanda, era hija del rey de Wurtemberg, que la quería mucho y la veía á menudo. Todas estas influencias y todos estos recuerdos reunidos aseguraban al emperador, por parte de Wurtemberg y de su soberano, la acogida más simpática y más solícita. Alemania entera, á excepción tal vez de los Estados alemanes de Austria, veía favorablemente un viaje que, desde Estrasburgo hasta Stuttgart, no fué más que una serie de ovaciones.

En la mañana del 24 de septiembre de 1857, Napoleón III pasó revista en Luneville á la división de caballería. A las tres llegaba á Estrasburgo acompañado de dos de sus ayudantes de campo, los generales de Faily y Fleury, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes. Las autoridades, los diputados del departamento y el vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, le recibieron en la estación, que estaba magníficamente adornada. Las señoras de

la ciudad, colocadas en un gran tablado, arrojaron una lluvia de flores al paso del monarca. A la entrada de la calle de la estación había un arco de triunfo lleno de emblemas y rematado en un águila imperial. Las casas particulares y los edificios públicos estaban engalanados con banderas y guirnalda que rodeaban el escudo del emperador. Después de atravesar el salón de recepción, Napoleón III encontró reunidos en el patio del embarcadero á los alcaldes de todos los pueblos del departamento, que le recibieron con aclamaciones. Ninguna provincia de su imperio le era más adicta que la Alsacia. Dirigió la palabra á muchos alcaldes y les encargó que expresaran á los pueblos por ellos representados lo mucho que agradecía las pruebas de confianza y de simpatía que le daban en todas las circunstancias. Al salir de la estación, el emperador montó á caballo para ir con su comitiva al palacio de la prefectura, donde tenía preparado alojamiento. Detúvose en la plaza Kléber y pasó revista á las tropas de la guarnición, que le saludaron con clamorosos vivas. En la prefectura recibió á las autoridades, y á las cinco de la tarde se presentó allí el gran duque de Baden.

El gran duque era á la sazón Federico Guillermo Luis, nacido en 1826 y casado en 1856 con una hija del príncipe de Prusia, el futuro emperador Guillermo. Éste no había dejado de contar á su yerno cuán complacido había quedado de la acogida que se le hizo en las Tullerías á fines de 1856. El gran duque también había sido huésped de Napoleón III en 1855 y se felicitó vivamente de las atenciones de que fué objeto. En fin, la gran duquesa viuda de Baden, Estefanía de Beauharnais, que desde la muerte de su esposo el gran duque Carlos Luis Federico no había dejado de habitar en el gran ducado, hacía toda clase de esfuerzos por establecer entre Francia y Alemania relaciones duraderas de buena vecindad y de amistad.

El vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, escribía el 15 de septiembre de 1857: «En el caso en que el emperador pasara por el territorio badense, el gran duque se apresuraría con gran solicitud á aprovechar esta ocasión para atestiguar á S. M. los sentimientos de respetuosa amistad y de profunda gratitud que le inspiró hace dos años la benévola y amistosa acogida con que se le recibió en la corte imperial. En esta hipótesis, el gran duque esperaba que el emperador, deteniéndose en Manheim ó en Baden, tuviera á bien alojarse en el palacio de Manheim ó en el castillo de Baden, y S. A. R. vería colmados sus deseos si, al pasar por Carlsruhe, el emperador se dignara detenerse y aceptar la hospitalidad que tendría una satisfacción en ofrecerle.»

Llegado á Estrasburgo, el gran duque cumplimentó al emperador y obtuvo la promesa de que S. M. almorzaría con él en Baden al día siguiente.

Por la noche el emperador comió en la prefectura con los prefectos del Bajo Rhin y del Alto Rhin, los obispos de Estrasburgo y Mulhouse, los generales, los alcaldes y los diputados. En seguida fué al teatro, y así en él como en los alrededores se le recibió con aclamaciones. Las casas particulares, la torre de la catedral y los edificios públicos estaban iluminados.

Entre la ciudad de Estrasburgo y el gran ducado de Baden mediaban entonces relaciones de buena vecindad. Los habitantes de las dos orillas del Rhin no se demostraban ningún sentimiento de desconfianza ó de animosidad. La sociedad elegante de París había adoptado á Baden como uno de sus puntos de reunión predilectos. La boga de esta ciudad, que existía ya en el reinado de Luis Felipe, había aumentado durante el de Napoleón III.

Alsacianos y badenses cruzaban de continuo el puente de Kehl y no se hacían sombra. Estos, desde la azotea de la catedral de Estrasburgo, contemplaban sin envidia las verdes campiñas del gran ducado. Aquellos veían sin recelo á los pontoneros franceses hacer sus evoluciones en el Rhin, río que tan á menudo arrastró oleadas de sangre. Las antiguas rencillas y los viejos rencores parecían apaciguados. Napoleón III, que en su infancia y en su juventud vivió en el castillo de Arenenberg, en Suiza, en la frontera del gran ducado de Baden, había ido á menudo á Constanza y tenía en Baden muchos amigos. Su advenimiento al trono causó viva satisfacción en aquel país, donde era tan querido.

El emperador salió de Estrasburgo á las ocho de la mañana del 25 de septiembre para ir á Stuttgart. En la orilla alemana del Rhin había salido á su encuentro una gran muchedumbre. La ciudad de Kehl estaba engalanada con banderas badenses y francesas. Napoleón III llegó á Baden á las diez, siendo recibido en la estación por el gran duque, la gran duquesa Estefanía y el príncipe de Prusia. Acompañado por ellos, se dirigió en carretela descubierta al palacio, donde almorzó con la familia gran-ducal y el futuro emperador Guillermo. Cuando salió de palacio, el gran duque le hizo reparar en una compañía de guardias que había conservado la bandera que tenía en tiempo del primer Imperio, cuando los badenses eran hermanos de armas de los franceses.

El emperador salió de Baden á la una y media. En todo el camino hasta Stuttgart recibió testimonios de solicitud y simpatías de los pueblos germánicos. En Rastadt, fortaleza federal construída en otro tiempo en desconfianza de Francia, los habitantes de la ciudad salieron á su encuentro para aclamarle. En la estación había formados destacamentos de la guarnición federal, y los soldados se habían adornado los shakós y las gorras con verdes ramas como para una fiesta. La música de uno de los regimientos tocaba la pieza *Reina Hortensia*. La artillería de los baluartes hacía salvas. Napoleón III fué cumplimentado en Rastadt por SS. AA. gran-ducales Guillermo y Maximiliano, por el gobernador de la fortaleza y por el ministro de la Guerra del gran ducado de Baden. El gran duque y el príncipe de Prusia no se separaron de él hasta llegar á Carlsruhe, y la gran duquesa quiso acompañarle hasta Bruschsals, punto de enlace de los ferrocarriles del gran ducado y los de Wurtemberg.

XIV

LA ENTREVISTA DE STUTTGART

Stuttgart, con sus ciento cuarenta mil habitantes, sus palacios y sus construcciones modernas, su situación pintoresca, su verde cenidor de colinas pobladas de arboleda y de colinas cubiertas de viñas, es una de las ciudades más bonitas de Alemania; era un punto perfectamente escogido para la entrevista de los dos emperadores. El jueves 24 de septiembre de 1857, el tsar llega á dicha capital sin la emperatriz y se instala en la quinta de su cuñado el príncipe real, bonita residencia situada á dos kilómetros de la ciudad. Napoleón III entró al día siguiente en Stuttgart á las cuatro y media de la tarde. El rey y los príncipes de la familia real le esperaban en la estación y le llevaron á palacio, adonde el emperador Alejandro II acudió á visitarlo.

Napoleón III come con el rey y la reina, y luego va á la quinta del príncipe real, en compañía de SS. MM., de los príncipes y de las princesas, para acabar de pasar la velada. La gran avenida que va á parar á ella está brillantemente iluminada. Cuantas personas ejercen algún cargo en la corte, todos los ministros, todo el cuerpo diplomático, están allí reunidos. El tsar ha llevado en su compañía al príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; al conde Adlerberg I, intendente de su palacio; al conde Adlerberg II, su ayudante de campo general; al general conde Kisseleff, su embajador en París, y al conde Tolstoi, su caballero. Acompañaban á Napoleón III su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski, su nuevo embajador en San Petersburgo conde de Rayneval, sus ayudantes de campo los generales conde de Faily y Fleury, y su oficial de órdenes el príncipe Joaquín Murat.

Napoleón III va por la mañana del sábado 26 á devolver la visita al emperador en la quinta del príncipe real.

Aquel día recibe una buena noticia: la emperatriz de Rusia acaba de llegar á Stuttgart. Como la emperatriz Eugenia no había ido, Alejandro II decidió en un principio que tampoco fuera la tsarina, y ésta se quedó cerca de allí. Pero el tsar estaba tan satisfecho de sus primeras conversaciones con Napoleón III, que, mudando de parecer, envió á decir á su esposa que fuese inmediatamente á Stuttgart. Llegó efectivamente en la noche del 26 con la reina Amelia de Grecia, hija del gran duque Pablo Federico Augusto de Oldenburgo y mujer del rey Otón.

Al saber que la tsarina acababa de llegar á Stuttgart, el emperador de los franceses salió del castillo de Walhelma, se apresuró á ir á la quinta del príncipe real donde se había alojado y le ofreció sus respetos. En seguida volvió al castillo de Walhelma, donde pasó la velada con SS. MM. wurtemberguesas.

En Stuttgart se hallaban reunidos dos emperadores, una emperatriz, un rey y tres reinas, sin contar las altezas imperiales ó reales. Napoleón III estaba á su gusto en medio de aquella brillante pléyade. Un testigo de la entrevista nos lo presenta tranquilo como siempre, afrontando animosamente las seducciones desplegadas contra él, agradecido en extremo á las atenciones de que se veía colmado, pero nada infatuado. «Era cosa propia del emperador, añade el general, no parecer jamás maravillado de su sorprendente fortuna. Parecía un monarca vuelto del destierro, que continuaba su reinado comenzado.»

El lunes 28 de septiembre, el tsar almuerza con el emperador en la quinta del príncipe real. Para que los dos monarcas puedan hablar con toda libertad, el príncipe no ha convidado á nadie más que á ellos y á su padre.

El 28 de septiembre es un aniversario. Hace cuarenta años día por día que Napoleón I y Alejandro I tuvieron una entrevista en Erfurt.

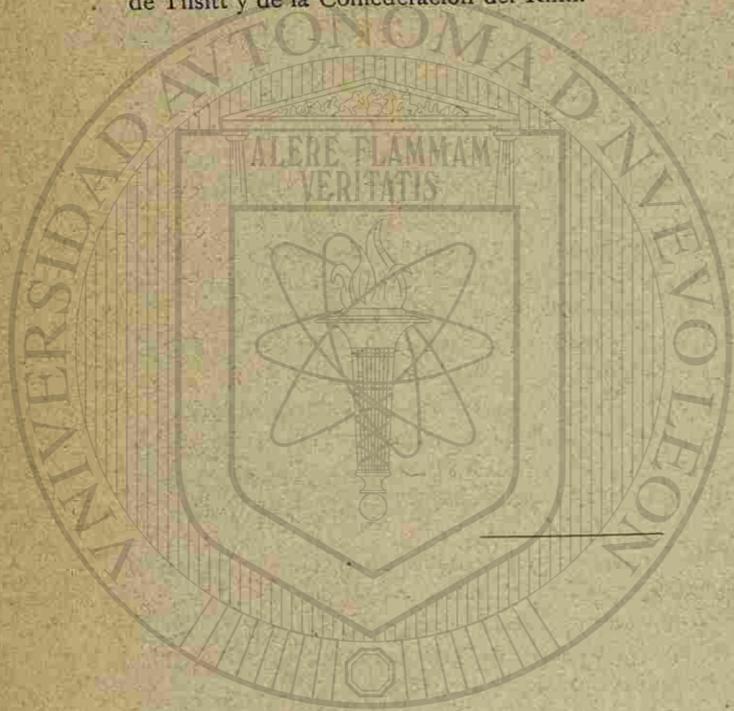
Después de almorzar, el príncipe real deja á sus dos augustos convidados solos en su gabinete. Según las confidencias hechas por el príncipe real á M. Gustavo Rothán, secretario de la legación de Francia en Stuttgart, cuando la entrevista, he aquí lo que pasó el 28 de septiembre de 1857 entre los dos soberanos.

La conversación duró más de una hora, habiéndose establecido la intimidad desde los primeros momentos. «Después de empezar con alguna frialdad, ha dicho M. Rothán en la *Revista de Ambos Mundos* del 31 de diciembre de 1888, se separaron con semblante alegre, casi radiante, pues la razón de Estado había prevalecido sobre las prevenciones. Los emperadores habían ratificado el protocolo redactado por sus ministros. Se prometieron no emprender nada sin concertarse y sostenerse mutua y lealmente por la acción de su diplomacia, tanto en Oriente si llegaban á surgir allí complicaciones, cuanto en Italia si estallaba una cuestión entre Francia y Austria. En esta última eventualidad, Rusia nos prometía desde luego su neutralidad simpática, y si sobrevenía la guerra, nos ofrecía, sin comprometerse materialmente, concentrar ciento cincuenta mil hombres en las fronteras de Galitzia: se llegó hasta á prever una alianza eventual.»

Alejandro II se marchó de Stuttgart aquel mismo día, y Napoleón III al siguiente. Los dos emperadores parecían muy contentos uno de otro al separarse, y las personas de su comitiva decían que la entrevista había dado un buen resultado.

El martes 29 de septiembre, Napoleón III salió de Stuttgart á las ocho y media de la mañana, después de haber dado las más expresivas gracias al rey por sus atenciones. Entre dos filas, formada la una por la tropa de línea y la otra por la caballería de la guardia real, se encaminó á la estación, adornada,

como el día de su llegada, con banderas francesas y wurtemberguesas. En el momento de subir al tren, le saludaron los príncipes y los altos dignatarios de la corte. El príncipe real llevaba el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador le había entregado. No parecía sino que se había vuelto á la época de Tilsitt y de la Confederación del Rin.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

XV

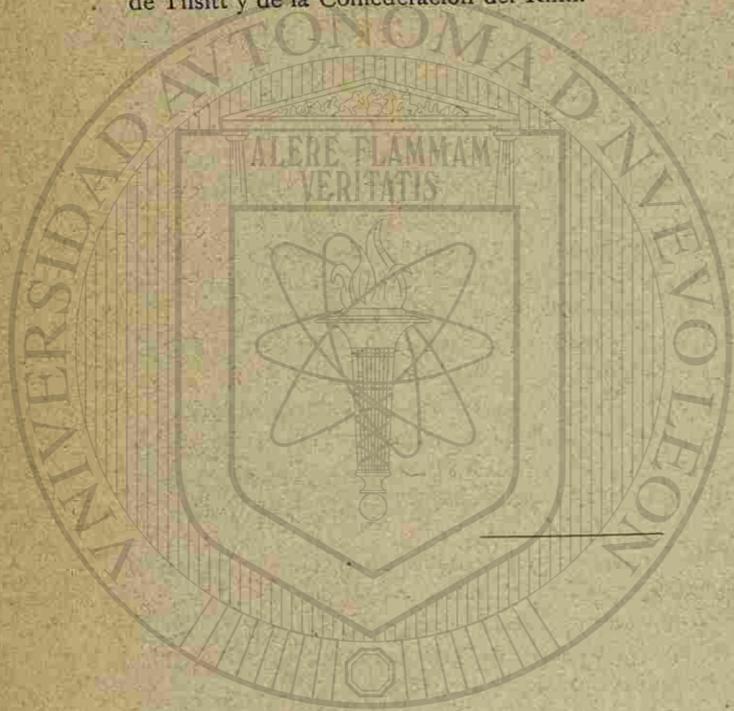
CONSECUENCIAS DE LA ENTREVISTA

La entrevista de Stuttgart causó al gobierno austriaco los recelos más vivos y justificados. El emperador Francisco José procuró tranquilizarse celebrando á su vez una entrevista con el emperador Alejandro II. El tsar había salido de Stuttgart el 28 de septiembre de 1857, y el 1.º de octubre tuvo en Weimar una conferencia con el monarca austriaco. Le acompañaba el príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; pero el emperador Francisco José cuidó de no llevar consigo al conde Buol, su ministro de Negocios extranjeros, cuya actitud durante la guerra de Crimea y en el Congreso de París había desagradado profundamente al gobierno ruso.

Francisco José llegó á Weimar el 1.º de octubre. Alejandro II, que llevaba el uniforme de húsar austriaco, le aguardaba en lo alto de la escalera del palacio gran ducal. Los dos soberanos se abrazaron, tuvieron una larga conversación sin testigos y por la noche asistieron á una representación del *Tanhauser* de Wágner, dirigida por Liszt. Al otro día el emperador de Austria salía de Weimar á las siete de la mañana para ir á Dresde, y el tsar partía una hora después.

El vizconde de Melvizes, ministro de Francia en Weimar, escribía el mismo día al conde Walewski: «Austria ha deseado la entrevista, Rusia la ha aceptado y el gran duque la ha facilitado, poniendo su palacio á disposición de los dos emperadores. En cuanto á la entrevista en sí, aunque, según se me asegura, ha reinado cierta intimidad entre los dos monarcas en sus dos ó tres conversaciones, no parece, á juzgar por las apariencias, que haya producido una inteligencia positiva entre ambos. Durante todo el tiempo que he podido observarlos en palacio, no se han dicho nada, y el modo como se han marchado ambos de Weimar, con una hora de diferencia y eso que debían seguir el mismo camino, parece indicar que la entrevista no les ha inspirado deseos de estar más tiempo reunidos. El gran mariscal me ha contado que en el momento en que los dos emperadores se han vuelto á ver por última vez, Alejandro II tenía una expresión de gravedad triste que llamó la atención. Se ha observado que durante la comida y en el teatro la actitud del emperador de Austria, impregnada de cierto embarazo que tal vez le sea habitual, no ha cesado de ser seria. En cambio, el emperador Alejandro parecía muy contento. Ambos monarcas se han despe-

como el día de su llegada, con banderas francesas y wurtemberguesas. En el momento de subir al tren, le saludaron los príncipes y los altos dignatarios de la corte. El príncipe real llevaba el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador le había entregado. No parecía sino que se había vuelto á la época de Tilsitt y de la Confederación del Rin.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

XV

CONSECUENCIAS DE LA ENTREVISTA

La entrevista de Stuttgart causó al gobierno austriaco los recelos más vivos y justificados. El emperador Francisco José procuró tranquilizarse celebrando á su vez una entrevista con el emperador Alejandro II. El tsar había salido de Stuttgart el 28 de septiembre de 1857, y el 1.º de octubre tuvo en Weimar una conferencia con el monarca austriaco. Le acompañaba el príncipe Gortchakoff, su ministro de Negocios extranjeros; pero el emperador Francisco José cuidó de no llevar consigo al conde Buol, su ministro de Negocios extranjeros, cuya actitud durante la guerra de Crimea y en el Congreso de París había desagradado profundamente al gobierno ruso.

Francisco José llegó á Weimar el 1.º de octubre. Alejandro II, que llevaba el uniforme de húsar austriaco, le aguardaba en lo alto de la escalera del palacio gran ducal. Los dos soberanos se abrazaron, tuvieron una larga conversación sin testigos y por la noche asistieron á una representación del *Tanhauser* de Wágner, dirigida por Liszt. Al otro día el emperador de Austria salía de Weimar á las siete de la mañana para ir á Dresde, y el tsar partía una hora después.

El vizconde de Melvizes, ministro de Francia en Weimar, escribía el mismo día al conde Walewski: «Austria ha deseado la entrevista, Rusia la ha aceptado y el gran duque la ha facilitado, poniendo su palacio á disposición de los dos emperadores. En cuanto á la entrevista en sí, aunque, según se me asegura, ha reinado cierta intimidad entre los dos monarcas en sus dos ó tres conversaciones, no parece, á juzgar por las apariencias, que haya producido una inteligencia positiva entre ambos. Durante todo el tiempo que he podido observarlos en palacio, no se han dicho nada, y el modo como se han marchado ambos de Weimar, con una hora de diferencia y eso que debían seguir el mismo camino, parece indicar que la entrevista no les ha inspirado deseos de estar más tiempo reunidos. El gran mariscal me ha contado que en el momento en que los dos emperadores se han vuelto á ver por última vez, Alejandro II tenía una expresión de gravedad triste que llamó la atención. Se ha observado que durante la comida y en el teatro la actitud del emperador de Austria, impregnada de cierto embarazo que tal vez le sea habitual, no ha cesado de ser seria. En cambio, el emperador Alejandro parecía muy contento. Ambos monarcas se han despe-

dido abrazándose dos veces, y según me dicen, esta despedida llevaba el sello de una efusión aparente. Así entonces, como durante todo el día, la iniciativa partió del emperador de Austria.»

En resumen, la entrevista de Weimar, lejos de atenuar la impresión producida por la de Stuttgart, no tuvo más resultado que hacer resaltar la importancia de ésta. Acerca de este asunto se encuentran curiosos detalles en un despacho que el vizconde de Sevre, ministro de Francia en Carlsruhe, dirigió el 4 de octubre de 1857 al conde Walewski. La gran duquesa Elena de Rusia, que acababa de llegar á Baden, tuvo con el ministro de Francia una larga conversación. «La gran duquesa, escribía el vizconde de Sevre, me ha asegurado que consideraba la entrevista de Stuttgart como uno de los acontecimientos más dichosos para los dos imperios y sobre todo para Rusia. En su concepto es el punto de partida de una alianza íntima cuya consolidación y progreso desea con tanto mayor afán cuanto que ya en el reinado del difunto emperador Nicolás siempre la ha juzgado imperiosamente impuesta por los intereses de las dos naciones. A creer lo que dice, ya ha pasado el tiempo de las desconfianzas contra Francia, considerada erróneamente como el foco de las revoluciones por la única razón de que es y debe ser el foco de la civilización. Los prejuicios que en otro tiempo impedían que Rusia manifestara á Francia sus simpatías desaparecieron con el último emperador, ó á lo sumo no existen sino entre unos cuantos individuos recalcitrantes de la antigua aristocracia, siempre inclinados á hacer á todo trance la oposición á la política gubernamental. Abstracción hecha de esta imperceptible é impotente minoría, Rusia desea unánimemente la concordia más íntima con Francia como el único medio de abrirse los derroteros de la civilización y del progreso. Hoy comprende que malgastando sus fuerzas en defender estrechos principios de legitimidad y de orden público, no haría en definitiva más que servir los intereses de Alemania y de Austria. La última guerra, y sobre todo la diferente actitud de las potencias cuando el restablecimiento de la paz, le han demostrado á la vez de qué lado estaba la verdadera fuerza unida á la lealtad, dónde debería poner su amistad y dónde buscar alianzas. Cansada de que se la explote en provecho de la Europa central y de añejas teorías gubernamentales, en adelante quisiera establecer su alianza á ejemplo de Inglaterra, no sobre afinidades de principios abstractos, sino sobre la concordancia práctica de intereses positivos.»

¿No predecía así la gran duquesa Elena la alianza que el emperador Nicolás II y M. Félix Faure acaban de proclamar á bordo del buque *le Potuan*?

La gran duquesa aseguró al vizconde de Sevre que el emperador su sobrino había llevado de la entrevista de Stuttgart impresiones que le unirían más que nunca al emperador de los franceses y á Francia. S. A. I. lamentaba únicamente que la reunión de los dos monarcas hubiera durado tan poco, porque, añadía, á medida que los emperadores se veían parecía que se entendían mejor y apreciaban mucho más sus respectivas cualidades. La misma emperatriz de Ru-

sia, cuyos sentimientos poco favorables al principio á la entrevista de Stuttgart no ocultó la gran duquesa Elena, hubo de trasladarse allí llamada por el tsar; pero, cuando estuvo en presencia de Napoleón III, no pudo resistir á la atracción general que todos experimentaban por efecto de una influencia irresistible.

El vizconde de Sevre terminaba así su despacho: «En cuanto á la entrevista de Weimar, S. A. I. no ha aludido á ella sino de un modo desdenoso, como si se tratara de un suceso sin el menor alcance político. Poco favorable al Austria en general, me ha parecido que casi sentía que el emperador Alejandro se hubiera inclinado á una reconciliación puramente superficial con el emperador Francisco José. Por lo demás, en esto la gran duquesa no ha hecho más que repetir el lenguaje de todos los rusos sin excepción. Y en efecto, los más iniciados en la política de su gobierno no se cansan de repetir que la entrevista de Weimar, solicitada por el emperador de Austria muchas veces, había sido concedida por el tsar cansado ya de tanta insistencia... M. de Fonta, ministro de Rusia en Francfort, me ha dicho que el príncipe Gortchakoff le había autorizado y hasta excitado á declarar que si Rusia deseaba vivir en paz con sus vecinos, y por consiguiente lo mismo con Austria que con los demás, no se proponía en modo alguno restablecer con ésta relaciones íntimas destruídas para siempre.»

Veamos ahora cómo se consideró en San Petersburgo la entrevista de Stuttgart. M. Baudín, encargado de Negocios de Francia en ausencia del conde de Morny, escribía al conde Walewski el 16 de octubre de 1857:

«El príncipe Gortchakoff me ha dicho: «No puede haber nada más satisfactorio que la impresión que mi soberano y yo sacamos de Stuttgart después de nuestras conversaciones con el emperador Napoleón y el conde Walewski. Es un gran acontecimiento esa buena inteligencia entre los dos emperadores, esa perfecta conformidad de miras que se ha establecido entre ellos y sus gobiernos en todos los asuntos que han examinado de consuno, esa resolución que han tomado de ponerse de acuerdo sobre todos los que pudieran surgir más adelante, así los pequeños como los grandes. La entrevista de Stuttgart ha de dar sus frutos en el porvenir.»

El príncipe Gortchakoff expresó al encargado de Negocios de Francia toda la satisfacción que al emperador Alejandro le causaban las relaciones personales que acababa de entablar con el emperador Napoleón, dijo que la emperatriz de Rusia no estaba menos satisfecha de haber conocido á S. M. I., y añadió que le había expresado su sentimiento por no haber encontrado en Stuttgart á la emperatriz de los franceses. El mismo príncipe Gortchakoff se mostraba muy lisonjeado y sumamente agradecido á la acogida que le había hecho Napoleón III, y encomiaba altamente, son sus propias palabras, «esa elevación de carácter, ese gran sentido político, esas miras á la vez amplias y prácticas, esa sencillez de modales, esa franqueza y esa claridad tan perfectas,» que había tenido ocasión de apreciar.

M. Baudín terminaba así su despacho: «Tal es la impresión que el ministro de Negocios extranjeros de Rusia ha traído de Stuttgart. La del público ruso, que empieza á regresar á San Petersburgo, no puede estar tan fundada, como es natural, mas por lo común es buena. Sin embargo, la sociedad de este país que no penetra en el fondo de las cosas, se siente en cierto modo herida en su amor propio á causa del papel relativamente secundario que ha desempeñado el emperador de Rusia en Stuttgart, de la deferencia que ha mostrado al de los franceses, «ese soberano de ayer,» como dicen aquí ciertas gentes, siendo el primero en visitarle, de la indiferencia con que los pueblos y los periódicos alemanes han acogido su viaje, en tanto que los primeros se agolpaban al paso de Napoleón III y los segundos se permitían hacer mil comentarios que no honraban por cierto al emperador Alejandro. Agrada ver que Rusia cuenta con tal amigo, pero causa alguna contrariedad el gran puesto que ha ocupado y que Stuttgart ha hecho tan manifiesto. Sabíase á qué atenerse con respecto á la potencia militar de la Francia imperial, y los viajeros rusos que en tan gran número visitan á París dan á conocer diariamente su esplendor y su estado floreciente en el interior. Conociase su preponderancia en la política exterior, pero no se quería reconocerla por completo. La entrevista de Stuttgart la ha hecho resaltar hasta la evidencia, y esto es lo que explica la naturaleza mixta del sentimiento que las circunstancias de esta entrevista causan aquí en ciertos espíritus en este momento, y que me ocultan por lo menos con cuidado particular bajo las apariencias de admiración y deferencia al emperador de los franceses.»

En resumen, Napoleón III acababa de obtener un gran resultado. No había firmado en Stuttgart un tratado de alianza ofensiva y defensiva; pero sacaba de allí un protocolo de acuerdo general y la seguridad de una neutralidad simpática en caso de guerra con Austria. Esto le bastaba. Como lo ha hecho observar M. Rothán, no le gustaba contraer compromisos; prefería reservarse una puerta abierta y atenerse al arreglo fatal de las circunstancias.

M. Benedetti escribía á M. Thouvenel el 15 de octubre de 1857: «La entrevista de Stuttgart ha dado de sí todo lo que prometía. Después de hablar de todos los asuntos, los dos emperadores y sus ministros se han separado prometiéndose aprecio y confianza en la buena acepción de estas dos palabras. Se ha tratado, por supuesto, de la cuestión de los Principados. En el fondo, Rusia no quiere la reunión, y vamos á enderezar poco á poco el rumbo solamente hacia la *reunión administrativa*: el hecho positivo ha sido el éxito personal que nuestro emperador ha alcanzado en Alemania. Ya sabéis que la emperatriz de Rusia estaba poco dispuesta á ir á Stuttgart y que pretextaba una indisposición. El emperador Alejandro, satisfecho de su primera conversación con el emperador Napoleón, ha cortado de raíz todas las vacilaciones llamando á la emperatriz inmediatamente á Stuttgart, y se asegura que S. M. participa hoy de todos los sentimientos de su esposo para con nuestro soberano. Por lo que hace á los pueblos, el éxito no ha sido menor. El viaje ha parecido una ovación. Todo esto,

á continuación de la entrevista de Oxborne, nos proporciona una situación incomparable.»

Napoleón III habría conservado esta situación si hubiera permanecido siempre fiel al pacto de Stuttgart. Mientras fué amigo de Alejandro II no tuvo nada que temer de los alemanes ni de los ingleses. Gracias á Rusia y á pesar de Inglaterra, pudo devolver á Francia sus fronteras naturales del Sudeste y proteger á los cristianos de Siria. Con el apoyo del gabinete de San Petersburgo, todo le salió bien; sin este apoyo, le faltó el terreno. ¿Qué habría debido hacer para evitar todas sus desgracias? No intervenir en los asuntos de Polonia y mantener contra todo ataque la alianza verdadera, la única que ha proporcionado á la Francia imperial gloria y seguridad.

XVI

EL FIN DE 1857

Hemos dejado á Napoleón III el 29 de septiembre de 1857 saliendo de Stuttgart, donde había descollado como una especie de Júpiter en medio de un Olimpo de testas coronadas, de príncipes y princesas. Tanto á su regreso cuanto á su llegada, en todas partes recibió calurosas ovaciones. En la estación de Bruchsal encontró al general de Porbeck, primer ayudante de campo del gran duque de Baden, que le aguardaba para recibirle en nombre del gran duque y acompañarle hasta Manheim. El tren imperial se detuvo un rato en Heidelberg, enfrente de las ruinas del castillo destruido por Turena, y á pesar de estos recuerdos dolorosos para Alemania, la población acogió con vivas al emperador.

En Manheim, el puente sobre el Rhin y los vapores de varios Estados alemanes estaban vistosamente empavesados, y desde aquél á la estación había formadas tropas badenses y bávaras. Las bandas militares tocaban aires nacionales franceses, y las salvas de artillería resonaban á uno y otro lado del río. Napoleón III fué en un carruaje de la corte á Ludwischafen, donde el príncipe Luitpoldo le aguardaba para cumplimentarle en nombre de su padre el rey de Baviera. Después de almorzar con el príncipe en Ludwischafen, el emperador se puso otra vez en camino. En Saarbruck le cumplimentó el príncipe de Prusia en nombre del rey Federico Guillermo. Las tropas prusianas estaban formadas en la estación y la música tocaba el aire de la *Reina Hortensia*. Los príncipes Luitpoldo y de Prusia le acompañaron hasta Forbach. Antes de llegar á esta estación, se detuvo en las forjas de M. de Wendel, diputado por el Mosela, y los obreros le hicieron una cariñosa acogida. En muchos carros tirados por cuatro caballos se hizo pasar ante él una especie de exposición sumaria de las producciones del distrito de Sarreguemines. En Forbach encontró un magnífico tren preparado para él por la Compañía del ferrocarril del Este, y se lo hizo visitar á los príncipes de Prusia y Luitpoldo antes de despedirse de ellos. Llegó á Metz á las cinco de la tarde del 30 de septiembre.

En la entrada de la ciudad había un arco de triunfo, y estaban iluminados los cuarteles y los edificios públicos. Aguardaban al emperador el príncipe Enrique de los Países Bajos y el general de Wedel, gobernador de la fortaleza de Luxemburgo, llegados allí para cumplimentarle. Pasó en carruaje descubierto á

la prefectura y por la noche fué al teatro. La población le manifestó un vivo entusiasmo. ¿Qué habría dicho si hubiera podido prever que, trece años después, Estrasburgo y Metz, aquellas dos ciudades tan patrióticas, tan francesas, que le recibían tan bien, serían arrancadas á la Francia? El 1.º de octubre llegó á París, donde encontró á la emperatriz, y al día siguiente partió con ella para el campamento de Châlons, seguido de los generales Rolin, de Faily, de Montebello y Fleury. Acompañaban á la emperatriz el conde Carlos de Tascher de La Pagerie, su primer chambelán; el barón de Pierres, su caballerizo, y dos de sus damas, las condesas de Labedoyère y de Montebello. Los mariscales Magnán, Pelissier y Bosquet, el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely y todos los generales de división y de brigada recibieron á SS. MM. á la entrada del campamento y los escoltaron hasta el cuartel imperial. Por la noche, las hogueras del vivac iluminaron la llanura y se tocó la retreta á la luz de millares de antorchas.

El 3 de octubre el emperador dirigió grandes maniobras: la emperatriz y sus dos damas las presenciaron á caballo.

El 4 de octubre los mariscales de Castellane y Randón llegaron al campamento y se reunieron con los otros tres mariscales de Francia que estaban ya en él.

En el cuartel imperial reinaba una franca alegría.

El 6 de octubre hubo maniobras mandadas por el emperador.

El príncipe Napoleón llegó el 7 de octubre. Por la noche se improvisó un pequeño baile en el cuartel imperial.

El 8 de octubre, el emperador, acompañado del príncipe Napoleón y los mariscales Magnán, de Castellane, Pelissier, Randón, Canrobert y Bosquet, pasó por el frente de las tropas formadas en dos líneas, y les distribuyó las recompensas. Antes de separarse de ellas, les dirigió la siguiente orden del día: «Soldados: no se ha perdido el tiempo que acabamos de pasar juntos. Ha aumentado vuestra instrucción militar y se han estrechado más los vínculos que nos unían. Cuando el general Bonaparte firmó la gloriosa paz de Campo-Formio, se apresuró á enviar á los vencedores de Italia á la escuela militar, demostrando así cuán útil consideraba, hasta para los veteranos, aprender continuamente las reglas fundamentales de la teoría. Esta enseñanza no se ha olvidado. Apenas regresados de una campaña gloriosa, os habéis entregado con celo al estudio político de las evoluciones y habéis inaugurado el campamento de Châlons que va á servir de gran escuela de maniobras para todo el ejército. La guardia imperial dará también el buen ejemplo así en la paz como en la guerra. Instruída, disciplinada, pronta á emprenderlo y á soportarlo todo por el bien de la patria, será para la infantería de línea, de que ha salido, justo objeto de emulación y contribuirá con ella á conservar intacta la antigua fama de nuestras inmortales falanges, que no han sucumbido sino abrumadas de glorias y de triunfos.»

El mariscal de Castellane escribía en su *Diario* con fecha 8 de octubre: «He dado las gracias al emperador por haberme llamado al campamento de Châlons y por todas las bondades que ha tenido conmigo. Permanecerá aún dos días en el campamento, pues quiere hacer maniobrar mañana la artillería y la caballería. Hemos salido con la emperatriz de la estación de Mourmelon, en un magnífico tren ofrecido al emperador por la Compañía del Este; se compone de once vagones que forman diez y nueve departamentos y comunican entre sí por puentecillos. Hay un salón, dormitorios, comedor y sala para fumar. Durante el viaje he permanecido en el salón de la emperatriz, que estaba amueblado con gran lujo y debe tener cerca de veinte pies de largo. En la estación de Chateau-Thierry el subprefecto ha arengado á la emperatriz, la cual se ha levantado y contestado desde la portezuela. Se han dado muchos vivas á la soberana. A las ocho de la noche hemos llegado á la estación de París. Durante todo el trayecto la emperatriz se ha mostrado graciosa y benévola. En seguida ha partido para Saint-Cloud.» En la noche del 10 de octubre se reunía con ella el emperador. ¡Ah! Cuando Napoleón III partía contento y satisfecho de aquel campamento de Châlons donde había tenido tanto gusto en ejercer su doble prerrogativa de monarca y de general en jefe, ¿podía sospechar que antes de que transcurrieran trece años volvería á aquel mismo campamento lleno de angustia y con el presentimiento de las más horribles catástrofes?

Domingo 18 de octubre. — SS. MM. y el príncipe imperial salen del palacio de Saint-Cloud para ir al de Compiègne, donde se proponían pasar muchas semanas. Debía haber cinco series de invitados y darse cinco funciones en el teatrillo del palacio.

SS. MM. y su hijo llegaron á Compiègne á las cuatro de la tarde, siendo recibidos en la estación por las autoridades y por todos los oficiales del segundo regimiento de coraceros de la guardia.

Desde el lunes 19, en que llegó la primera serie de convidados, hasta el 17 de noviembre, en que partió la última, todo fueron fiestas y diversiones que tanta resonancia tuvieron á la sazón, no sólo en Francia, sino en toda Europa, porque llegó el Imperio y su corte al apogeo de su brillo. Cacerías de jabalíes, cabalgadas en que la emperatriz hizo una vez más gala de ser una elegante amazona, banquetes, funciones teatrales, bailes en los que las damas lucieron los trajes más lujosos, revistas militares, todo cuanto el anfitrión más obsequioso puede discurrir para agasajar á sus convidados lo pusieron en obra los emperadores para complacer á los de las cinco series, entre los cuales figuraron los personajes más eminentes del país y muchos del extranjero.

El jueves 29 de octubre se recibió la noticia del fallecimiento del general Cavaignac, muerto de repente la víspera en su casa de campo de Eurne, departamento del Sarthe. Nacido en 1802, acababa de cumplir cincuenta y seis años.

El *Moniteur* decía lo siguiente: «El general Cavaignac ha prestado grandes

servicios á la causa del orden mientras estaba al frente del poder ejecutivo, y su muerte prematura será verdaderamente sentida.» En la *Patrie*, periódico oficioso, se leía: «El elegido del 10 de diciembre acababa de tomar posesión del poder que le habían concedido seis millones de votos. Después de reconocer desde lo alto de la tribuna los nobles servicios del general Cavaignac, se acercó á su banco y le alargó la mano. Aquella mano que el presidente de la República presentaba al antiguo jefe del poder ejecutivo prescindiendo de las divisiones de doctrinas y de partidos, era la anticipación del juicio de la historia.»

El domingo 15 de noviembre, día de San Eugenio, fué el santo de la emperatriz. Se celebró con una revista pasada por el emperador, recepción de las autoridades civiles y militares, banquetes, cumplidos y versos. Todos los convidados de ambos sexos de la serie ofrecieron á la emperatriz magníficos ramos de flores procedentes de París. La marquesa de Contades (en la actualidad condesa de Beaulaincourt), dotada de incomparable aptitud para hacer flores artificiales, entregó un precioso canastillo de ellas á la soberana. Por la noche hubo serenatas y en el parque se disparó un hermoso castillo de fuegos artificiales dispuesto por la población en obsequio de la emperatriz.

SS. MM. salen de Compiègne el 22 de noviembre con su hijo y vuelven á las Tullerías. El año 1857 acaba tranquilamente en medio de una gran prosperidad: ha sido para Napoleón III una serie no interrumpida de triunfos y satisfacción de amor propio, así en el interior como en el exterior. En las Tullerías, en Saint-Cloud, en Biarritz, en el campamento de Châlons, en Compiègne, la emperatriz se había granjeado todas las voluntades. Pero el poeta Beranger tuvo razón en decir: «Los destinos cambian como las olas.» A los días de calma y de ventura van á suceder otros de zozobra y de angustias. El comienzo del año 1858 estará marcado por un atentado que estallará como un rayo en el cielo sereno y dará la primera señal de las catástrofes futuras.

En los primeros años del reinado de Napoleón III se cantaba con frecuencia en la Ópera *El Profeta*, obra en que las interesantes situaciones ideadas por Scribe han inspirado á Meyerbeer una música genial. En el cuarto acto, Juan de Leyde aparece en la catedral de Munster entre aclamaciones, músicas, nubes de incienso, y en el mismo momento tres anabaptistas vestidos de negro le amenazan con sus puñales. Esta escena daba en qué pensar al emperador, pues lo mismo que el Profeta tenía que temer en su triunfo complots incesantes. Sus anabaptistas eran los sicarios italianos que habían jurado su muerte.

El vencedor del 2 de diciembre había desarmado los odios franceses. Aquellos de sus súbditos que más censuraban su política desechaban la idea de matarle. A pesar de los irritantes recuerdos del golpe de Estado, á pesar de las deportaciones injustas, y de los rigores draconianos é ilegales de las comisiones mixtas, como tenían conciencia de que Napoleón III se ocupaba de su bienestar, le perdonaban, y cuando le veían penetrar sin escolta en los barrios más populosos de París, guiando él mismo su faetón, les complacía su valor. Pero los asesinos extranjeros, los adeptos de Mazzini, eran implacables. Éstos, como el Viejo de la Montaña, tenían á sueldo una cuadrilla de sicarios cuya idea fija era asesinar al emperador. Su cuartel general estaba en Londres, y allí organizaban las conjuraciones que habían de estallar en Francia. La policía de París no se daba punto de reposo. En 1857 habían sido detenidos tres emisarios, enviados de Londres, por conspirar contra la vida del emperador, juzgándose en el mes de agosto la audiencia del Sena. Eran tres italianos llamados Tibaldi, Bartoloni y Grilli. El primero fué deportado y los otros dos sentenciados á quince años de presidio. En el proceso instruido quedó demostrado que los tres individuos estaban pagados por la secta mazziniana, que erigía el asesinato en sistema. A principios de 1858 las personas que rodeaban al emperador sabían que esta secta se mostraba más activa que nunca y que era de temer una catástrofe de un día para otro. Pero Napoleón III, fatalista é inaccesible al miedo, se negaba á introducir cualquier cambio en sus costumbres y no quería tomar ninguna precaución contra los asesinos de cuyos manejos se hablaba. Cuando salía de las Tullerías no indicaba á los agentes secretos que velaban por su seguridad el itinerario de sus paseos. Cierta día en que el mariscal Magnán le exponía lo

imprudente de su temeridad, le contestó: «Basta, no quiero estar en tutela; deseo obrar con libertad y á mi gusto. Tenedlo así presente, señor mariscal.»

El público no estaba al corriente de las continuas inquietudes que preocupaban á los amigos del emperador. El año 1858 había empezado bien, y parecía que debía ser muy brillante la temporada del gran mundo en París. En el interior, el Imperio no encontraba oposición seria: en el extranjero mantenía las mejores relaciones con todas las potencias. La entrevista de Stuttgart había sido un triunfo para Napoleón III, aclamado en Alemania no menos que en Francia. El edificio, al que un rayo iba á amenazar bruscamente, parecía indestructible, incontrastable.

A principios de 1858 estaba yo en Bruselas, adonde me había enviado el conde Walewski con objeto de llevar las ratificaciones de un tratado postal celebrado entre Francia y Bélgica. Me alojé en casa de mi primo el general Pletinckx, y me proponía pasar aún algunos días con él, cuando el representante de Francia, M. Adolfo Barrot, diplomático meritísimo y hermano del ilustre orador, me envió á decir que pasara en seguida á la legación. Fui allá corriendo, y me anunció que me encargaba de un despacho muy importante, urgentísimo, y que aquella misma noche debía salir para París en el tren de las siete. Añadió que tan luego como llegara, durante la noche, debía ir directamente al ministerio de Negocios extranjeros, hacer que despertaran á M. Federico de Billing, jefe de gabinete, á quien entregaría en manos propias el despacho que me había confiado y cuyo contenido me era desconocido. Ejecuté puntualmente la orden que me había dado. M. de Billing dormía en el ministerio. Le pedí perdón por despertarle, atribuyéndolo á las instrucciones que se me habían dado en Bruselas. Me dió las gracias, y volviéndose del otro lado, siguió durmiendo.

Posteriormente he sabido lo que contenía el despacho, que no fué abierto hasta la mañana siguiente: daba cuenta de un complot contra la vida del emperador. El 7 de enero, un italiano llamado Pieri, procedente de Inglaterra, había llegado á Bruselas y comprado la tapa de una bomba fulminante. Un relojero, que tuvo noticia del caso, pasó á la legación de Francia solicitando con insistencia ver al ministro en persona. Recibido por M. Barrot, le dijo: «No soy partidario del emperador; todas mis simpatías son para los príncipes de Orleans; pero quiero impedir un crimen.» En seguida dió las señas del hombre sospechoso y los detalles más minuciosos sobre su proceder en Bruselas. M. Barrot se apresuró á escribir un despacho que contenía las declaraciones del relojero, y este despacho era el que yo acababa de llevar á París. Más adelante veremos que, á no ser por la vigilancia de M. Barrot, el emperador y la emperatriz habrían sucumbido probablemente.

El individuo denunciado era un italiano llamado Pieri, nacido en Luca y de cincuenta años de edad. Condenado por robo en Toscana, se había presentado en Francia en 1833 como refugiado político. Diez años después se alistó

en la legión extranjera: luego sirvió en Toscana, donde alcanzó el grado de mayor, pero fué destituido en 1849. De regreso en Francia y tenido por hombre peligroso, se le expulsó en 1852 á pesar de sus protestas de humilde respeto á la persona de Napoleón III. En 1858 había en París un oficial de policía, Herbert, que se acordaba muy bien de Pieri. La policía hizo las más activas pesquisas para echar mano á este último; pero hasta el 14 de enero fueron infructuosas. Estaba enterada de su proyecto, pero ignoraba que sólo desempeñaba un papel secundario en el complot del que otro era organizador y jefe. Nos referimos á Orsini.

Félix Orsini, oriundo de los Estados romanos y de edad de treinta y nueve años, se había asociado desde su juventud á las empresas de la demagogia más exaltada. En 1845 el tribunal supremo de Roma le condenó á cadena perpetua por conspiración contra el gobierno pontificio. Al año siguiente, gracias á la amnistía concedida por Pío IX, recobró su libertad, pero sin dar muestra alguna de arrepentimiento. Dos años después fué miembro de la Convención romana, y luego comisario extraordinario en Ancona y en Ascoli, donde cometió muchos abusos de autoridad y grandes exacciones, aunque sin enriquecerse personalmente. Restablecido el poder temporal del Papa, anduvo errante por Inglaterra, Suiza, Piamonte y Lombardía, viajando con pasaportes falsos y haciéndose llamar tan pronto Celsi como Herwag. Con este último nombre fué acusado en 1855 de haber preparado un complot contra la vida del emperador de Austria. Encerrado en la ciudadela de Mantua, logró evadirse de ella al año siguiente gracias á la complicidad de una mujer, y fué á refugiarse á Londres, donde dió lecturas públicas que le proporcionaron algún dinero.

Después de ser uno de los adeptos é instrumentos de Mazzini, Orsini resolvió trabajar por cuenta propia y erigirse en conspirador en jefe. Encontró á Pieri en Birmingham en 1857 y concibió con él el proyecto del atentado contra la vida del emperador. Pusiéronse ambos en relaciones con un emigrado político francés llamado Simón Bernard, que residía en Londres en Bow street y era parroquiano del café Suizo, punto de reunión de los emigrados más peligrosos. Orsini se dedicó con Pieri y Bernard á la fabricación de las bombas, y para la perpetración del crimen se agregó dos acólitos oscuros, un napolitano llamado Gómez, de veintinueve años, que había servido en la legión extranjera de 1853 á 1855 y había sido sentenciado por abuso de confianza en Marsella — Orsini le tomó como criado, — y un joven de veinticinco años, nacido en Bellune y llamado Carlos de Rudio, el cual pertenecía á una familia noble de Venecia y había venido á menos más bien por su mala conducta que por la política. Sus padres habían estado comprometidos en los disturbios políticos, y él, después de llevar una vida errante, se había establecido en Nottingham como profesor de idiomas.

Orsini, provisto de un pasaporte falso á nombre de Tomás Allsop, salió de Inglaterra el 28 de noviembre de 1857, se detuvo unos cuantos días en Bruse-

las, y partió para París el 12 de diciembre, guardándose bien de comprender las bombas en su equipaje. En Bruselas encargó á un tal Zeghers que le llevara á París un caballo que acababa de comprar, y confió á este individuo diez semi-cilindros de hierro que, según decía, eran aparatos de gas. Zeghers los presentó en la aduana de Valenciennes, que los consideró como objetos tan poco importantes que no percibió por ellos ningún derecho. Aquel individuo no sospechaba que tales semi-cilindros debiesen servir para hacer bombas fulminantes, y al alojarse en París en la fonda donde paraba Orsini, los dejó ostensiblemente en el mismo sitio donde había puesto las bruzas para limpiar el caballo. Orsini acudió y escondió precipitadamente aquellos objetos que habrían podido llamar la atención.

Instalado desde el 15 de diciembre en una habitación de un piso bajo del número 10 de la calle del Monte Tabor, el jefe del complot se hacía pasar por inglés y se mandó hacer tarjetas con el nombre de Thomas Allsop. El 8 de enero se reunieron con él sus dos cómplices Pieri y Gómez. Simón Bernard debía quedarse en Inglaterra. Orsini solamente aguardaba en París al cuarto asesino, Carlos de Rudio, á quien aún no conocía y que Bernard debía enviarle. Este entregó cierta cantidad de dinero y un pasaporte con el nombre de Silva á Rudio, que partió de Londres el 9 de enero con el encargo de que tan luego como llegara á París se presentara en casa de M. Allsop (Orsini), calle del Monte Tabor, número 10, y le entregara unos anteojos de oro, señal convenida para darse á conocer. El día 10 los cuatro cómplices estaban reunidos. La policía no buscaba más que á uno de ellos, á Pieri, y no había dado con él: tampoco conocía los nombres de los otros tres, y ni siquiera sospechaba que estuvieran en París.

En aquellos momentos el público se ocupaba únicamente de los funerales de Mlle. Rachel, fallecida en Cannes el 3 de enero é inhumada en París el 11. Todos los periódicos publicaban extensas necrologías de la admirable trágica. Acabamos de revisar sus principales artículos. El de Teófilo Gautier, que celebraba á la mujer de mundo tal vez más que á la artista, era el más interesante de todos. «En la vida privada, decía el crítico-poeta, Mlle. Rachel no desvanecía como muchas actrices la ilusión que producía en la escena: al contrario, conservaba todo su prestigio. Nadie era más gran señora que ella. A la estatua no le costaba gran trabajo convertirse en duquesa, y llevaba el largo chal de cachemira como el manto de púrpura salpicado de oro: sus manos, tan pequeñas que apenas podían empuñar el mango del puñal trágico, manejaban el abanico como manos de reina. Vista de cerca, los detalles delicados de su rostro encantador se revelaban bajo su perfil de camafeo en la corola de su sombrero y se iluminaban con espiritual sonrisa. Por lo demás, ninguna tensión, ninguna actitud estudiada, y á veces una jovialidad que no se hubiera creído ver en una reina de tragedia; más de un chiste, una salida ingeniosa, una frase oportuna han surgido de aquella hermosa boca trazada como el arco de Eros y ahora muda para siempre.»

Una inmensa muchedumbre asistió á los funerales de la mujer cuyo talento fué una gloria nacional. Por la noche no hubo función en el Teatro Francés, donde había obtenido tantos triunfos. Pero al poco tiempo nadie pensó ya en la actriz trágica; otros puñales, muy distintos del de Melpómene, llamaron la atención, y el público asistió en la calle, enfrente de un teatro, á una tragedia más terrible que las de Racine y Corneille.

Orsini, *dilettante* del crimen, preparaba el atentado con la calma y los modales de un cumplido caballero. Paseaba á caballo por el bosque de Boulogne, buscando ocasiones de ver al emperador, siguiéndole á todas partes y diciendo de él: «No tiene miedo.» Conforme lo hará notar el fiscal imperial en su informe, esta frase no era un sentimiento ni un remordimiento, sino una esperanza. Orsini decía para sí: «No desconfía; me pertenece, estoy seguro de llegar hasta él.»

XVIII

EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO

En el teatro de la Opera no se dan funciones los jueves, mas por excepción hubo una el jueves 14 de enero de 1858. Celebróse esta función extraordinaria á beneficio del barítono Massol, que se retiraba de la escena.

Sábase que el emperador y la emperatriz deben asistir á la función, que será muy brillante. Hace un tiempo magnífico. La multitud invade los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier.

Son las ocho. Orsini, Pieri, de Rudío y Gómez salen juntos de casa de Orsini: los cuatro criminales se han distribuído los papeles. Gómez y de Rudío han recibido las dos bombas más grandes; Orsini se ha quedado con dos más pequeñas. Pieri ha cogido la quinta, de tamaño parecido á las de Orsini. Se convino en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudío la segunda, Orsini la tercera y Pieri la última. Los conjurados han decidido que al llegar á la calle Le Peletier se situarían en la acera, enfrente de la entrada principal del peristilo, entre las casas y los curiosos, á la altura del número 21.

Dejemos la palabra al mismo Orsini: «Por el camino he observado que Pieri se quedaba atrás y aun he indicado á Rudío que me parecía que aquel hombre quería escurrir el bulto. Al llegar á la calle Le Peletier, pasó delante de nosotros. Nos paramos dos minutos en la esquina de la calle y del bulevar. Apenas entramos en la calle Le Peletier, he encontrado á Pieri que volvía hacia nosotros, en compañía de un individuo á quien yo no conocía. Me ha guiñado el ojo al pasar junto á mí, pero no he comprendido que quería decirme que lo habían aprehendido.»

En efecto, Pieri acaba de ser detenido en la calle Le Peletier, junto á la de Rossini, por el oficial de policía Hebert, que tenía su filiación. Se le lleva al cuartelillo, donde se le registra y se le encuentra encima una bomba fulminante y un revólver de cinco tiros cargado.

Todavía no han llegado los emperadores. El duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, que debe asistir á la función en el palco imperial, aguarda á SS. MM. al pie de la escalera hablando con el general Fleury. Aquel día el duque había paseado en carruaje con Napoleón III, y al pasar por el Puente Nuevo, por delante de la estatua de Enrique IV, el emperador, pensando en las tentativas que amenazaban su vida, decía al príncipe alemán: «Sólo temo un

Una inmensa muchedumbre asistió á los funerales de la mujer cuyo talento fué una gloria nacional. Por la noche no hubo función en el Teatro Francés, donde había obtenido tantos triunfos. Pero al poco tiempo nadie pensó ya en la actriz trágica; otros puñales, muy distintos del de Melpómene, llamaron la atención, y el público asistió en la calle, enfrente de un teatro, á una tragedia más terrible que las de Racine y Corneille.

Orsini, *dilettante* del crimen, preparaba el atentado con la calma y los modales de un cumplido caballero. Paseaba á caballo por el bosque de Boulogne, buscando ocasiones de ver al emperador, siguiéndole á todas partes y diciendo de él: «No tiene miedo.» Conforme lo hará notar el fiscal imperial en su informe, esta frase no era un sentimiento ni un remordimiento, sino una esperanza. Orsini decía para sí: «No desconfía; me pertenece, estoy seguro de llegar hasta él.»

XVIII

EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO

En el teatro de la Opera no se dan funciones los jueves, mas por excepción hubo una el jueves 14 de enero de 1858. Celebróse esta función extraordinaria á beneficio del barítono Massol, que se retiraba de la escena.

Sábase que el emperador y la emperatriz deben asistir á la función, que será muy brillante. Hace un tiempo magnífico. La multitud invade los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier.

Son las ocho. Orsini, Pieri, de Rudío y Gómez salen juntos de casa de Orsini: los cuatro criminales se han distribuído los papeles. Gómez y de Rudío han recibido las dos bombas más grandes; Orsini se ha quedado con dos más pequeñas. Pieri ha cogido la quinta, de tamaño parecido á las de Orsini. Se convino en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudío la segunda, Orsini la tercera y Pieri la última. Los conjurados han decidido que al llegar á la calle Le Peletier se situarían en la acera, enfrente de la entrada principal del peristilo, entre las casas y los curiosos, á la altura del número 21.

Dejemos la palabra al mismo Orsini: «Por el camino he observado que Pieri se quedaba atrás y aun he indicado á Rudío que me parecía que aquel hombre quería escurrir el bulto. Al llegar á la calle Le Peletier, pasó delante de nosotros. Nos paramos dos minutos en la esquina de la calle y del bulevar. Apenas entramos en la calle Le Peletier, he encontrado á Pieri que volvía hacia nosotros, en compañía de un individuo á quien yo no conocía. Me ha guiñado el ojo al pasar junto á mí, pero no he comprendido que quería decirme que lo habían aprehendido.»

En efecto, Pieri acaba de ser detenido en la calle Le Peletier, junto á la de Rossini, por el oficial de policía Hebert, que tenía su filiación. Se le lleva al cuartelillo, donde se le registra y se le encuentra encima una bomba fulminante y un revólver de cinco tiros cargado.

Todavía no han llegado los emperadores. El duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, que debe asistir á la función en el palco imperial, aguarda á SS. MM. al pie de la escalera hablando con el general Fleury. Aquel día el duque había paseado en carruaje con Napoleón III, y al pasar por el Puente Nuevo, por delante de la estatua de Enrique IV, el emperador, pensando en las tentativas que amenazaban su vida, decía al príncipe alemán: «Sólo temo un

puñal como el de Ravailac. En todos los demás casos el criminal confía siempre en escapar apelando á la fuga, y esta idea paraliza sus fuerzas.» El general Fleury, hablando con el duque al pie de la escalera de la Ópera, encomia la nueva organización del servicio de vigilancia y agrega que no es de temer que se repitan complots tales como el del Hipódromo ó el de la Ópera cómica.

Son las ocho y media. La comitiva imperial desemboca en la calle Le Peletier: delante va un coche con los oficiales del cuarto militar; sigue la escolta formada por una sección de lanceros de la guardia, y después la carretela ocupada por los emperadores y por el general Rouguet, ayudante de campo. Al llegar cerca de la entrada principal del teatro, el carruaje acorta su marcha para meterse por el paso reservado, en el extremo del peristilo. En aquel momento estallan tres explosiones con algunos segundos de intervalo: la primera delante del coche imperial y en la última fila de la escolta de lanceros; la segunda más cerca del carruaje y un poco á la izquierda; la tercera debajo del mismo coche. Gómez es el que acaba de arrojar la primera bomba: en seguida Orsini dice á Rudío: «¡Tira la tuya!» Rudío obedece y en seguida se refugia en una taberna desde la cual oye la tercera explosión, que procede de una de las dos bombas de Orsini. Al estallar la primera, se apagan por efecto de la conmoción las numerosas luces de gas que iluminan la fachada del teatro, y se hacen añicos todos los cristales del peristilo y de las casas vecinas. La gran marquesina que hay á la entrada queda perforada en muchos sitios á pesar de su solidez. El carruaje imperial resulta literalmente acribillado por setenta y seis proyectiles. Uno de los caballos muere en el acto y el otro queda gravemente herido. También lo están el cochero y los tres lacayos. Muchos cascós de bomba penetran en el carruaje, y el general Rouguet recibe debajo de la oreja una fuerte contusión que le ocasiona una copiosa hemorragia. Un proyectil atraviesa el sombrero del emperador: el vestido de la emperatriz resulta manchado de sangre. Salen heridas ó muertas del lance 156 personas, de ellas 21 mujeres, 11 niños, 13 lanceros, 11 guardias de París y 31 agentes ó empleados de la prefectura de policía. Es una confusión general, un tumulto indescriptible, una escena de espanto y de horrores. El emperador y la emperatriz no se han apeado del carruaje hasta después de la última explosión: conservando toda su sangre fría, sólo se preocupan del auxilio que debe darse á las víctimas; luego entran en el palco en el momento en que se canta un fragmento del segundo acto de *Guillermo Tell*, siendo acogidos con una inmensa aclamación. Se inclinan para saludar al público, y tan luego como se sientan en su palco de proscenio, á la izquierda de los espectadores, continúa la representación.

Después de las piezas de *Guillermo Tell* se representa el primer acto de *María Estuardo*. He tenido el honor de hablar estos días (octubre de 1897) con Mme. Ristori, y refiriéndome la función del 14 de enero de 1858, me ha dicho: «Cuando llegué á la escena en que María Estuardo, dirigiéndose á Mortimer, exclama: ¡*Il braccio del sicario!* ¡*È questo il solo, el mio vero terrore!* «¡Mi

único, mi verdadero terror es el brazo del sicario!» el emperador, sereno, impasible, sentado junto á la emperatriz, fijó en mí una mirada que no olvidaré nunca.» El omnipotente soberano, dueño de Francia, adulado por Europa, conocía que no tenía más que un terror: los asesinos. El mismo, mirando de hito en hito á la trágica, tenía algo de trágico.

La función, que debía terminar con el *Baile de máscaras de Gustavo* — Gustavo III, el rey de Suecia asesinado en la platea de un teatro, — proseguía sin que se hubiera cambiado nada en el programa. SS. MM. la vieron hasta el fin.

En tiempo del segundo imperio, el mes de enero era uno de los más animados en la alta sociedad. El 14 había en los barrios elegantes una porción de banquetes, recepciones y bailes. El príncipe Napoleón daba en el Palacio Real una fiesta, á la que, siguiendo su costumbre, había convidado á todas las personas de alguna intimidad, sin distinción de partidos ó de opiniones. Se debía representar un proverbio de Alfredo de Vigny, *Miedo y no más*, por una gran artista, Mme. Arnould-Plessy, y dos aficionados, M. de Valabrègue, intendente del palacio, y M. Ferri-Pisani, ayudante de campo del príncipe Napoleón. Además, el tenor Duprez, que hacía mucho tiempo no se presentaba al público, debía cantar canciones de Beranger: el *Viejo sargento* y el *Dios de los buenos*. Uno de los convidados, M. Alfredo Darimón, reseña así esta velada: «Al entrar en los salones, noté en seguida que ocurría algo inusitado: todos los rostros estaban trastornados. El ujier encargado de anunciar á los que llegaban pronunció mi nombre tartamudeando. Agrupadas á la puerta y como si tuvieran la intención de escabullirse, encontré cierto número de personas pertenecientes á lo que se llamaba entonces la opinión liberal.»

Como M. Darimón buscara con la vista al príncipe para saludarle, se le acercó un ayudante de campo y le dijo que S. A. I. había tenido que salir precipitadamente para ir al teatro de la Ópera con objeto de reunirse al emperador que acababa de salir ileso de la explosión de muchas bombas. M. Darimón añade que en los salones se prorrumpía en diatribas contra los hombres de oposición y que ciertas personas se permitían insinuaciones casi inconvenientes. «Querido Ducoux, dijo entonces al antiguo prefecto de policía de 1848, nos tienen aquí en cuarentena. Si no temiese ofender al príncipe, me habría ya retirado.» En aquel momento entró el príncipe Napoleón y anunció que las víctimas eran numerosas, pero que SS. MM. habían resultado ilesos, y que todo el público manifestaba su indignación por el atentado.

Un cuarto de hora después empezó la representación del proverbio *Miedo y nada más*, pero aunque fué admirablemente desempeñado, no se le prestó atención. Duprez cantó en seguida las canciones de Beranger; pero cuando entonó la última estrofa los asientos estaban casi vacíos. Muchos convidados se habían ido á la Ópera para aclamar á SS. MM. á su salida del teatro: otros corrieron á las Tullerías para saludarles á su entrada.

A media noche, el emperador y la emperatriz salían de la Ópera. Muchas

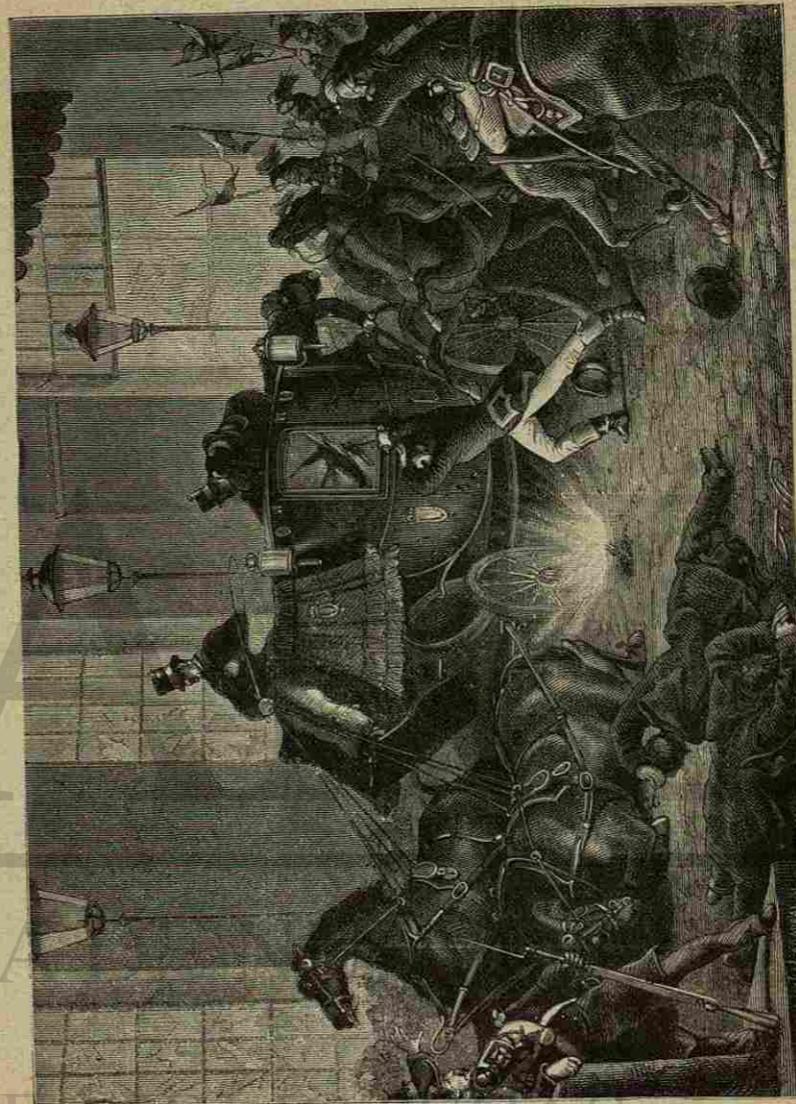
casas del bulevar habían sido espontáneamente iluminadas. Una muchedumbre considerable aclamó á su paso á SS. MM., que encontraron en las Tullerías, entre las personas acudidas para felicitarles por haberse librado milagrosamente de la muerte, al embajador de Inglaterra, al presidente del Senado, á los individuos del cuerpo diplomático y á muchos senadores y diputados. El emperador conservaba su calma imperturbable, pero en su rostro se veía la huella de una tristeza profunda.

Veamos ahora lo que había sido de los asesinos. Inmediatamente después del atentado, la policía procedió á hacer las investigaciones más activas. Hemos dicho que antes de la explosión de las bombas había detenido á Pieri. ¿Cómo logró coger á Gómez, Rudio y Orsini?

Se registraron todas las casas de la calle Le Peletier situadas enfrente del teatro de la Opera. Una de ellas es el restaurant Broggi. Los agentes repararon en él á un joven, que parecía extranjero, que lloraba y parecía muy turbado. Se le preguntó su nombre y su domicilio, y contestó que se llamaba Swiney y que hacía un mes que estaba al servicio de un inglés, M. Allsop, que vivía en la calle del Monte Tabor, número 10. Al poco rato, se descubrió debajo de un estante, en dicho restaurant, un revólver de cinco tiros, cargado, que había dejado allí el supuesto Swiney, quien no era otro sino Gómez y así acabó por confesarlo. Si no hubiera perdido la cabeza, no habría indicado las señas de Orsini, y á la policía le hubiera costado mucho trabajo apoderarse del jefe de la conspiración.

Orsini, después de arrojar su primera bomba, resultó herido, lo cual le impidió lanzar la segunda, y las personas que estaban cerca de él creían que era una víctima y no un asesino. Fué á curarse de primera intención á la farmacia Vantherin, situada en la calle de Laffitte, número 34, entre las de Rossini y de Provenza. Cuando salió de ella, un hombre compasivo llamado Decailly le dió el brazo y lo acompañó á la parada de coches que había en la esquina de las calles de Provenza y de Laffitte, y desde allí fué en un carruaje á su domicilio de la calle del Monte Tabor. Creíase en seguridad y acababa de acostarse cuando vió entrar á la policía. Al pronto dijo que se llamaba Allsop, que era de nacionalidad inglesa y que se dedicaba al comercio de cerveza; pero comprendiendo en breve que la indicación dada por Gómez le había perdido, confesó que era Félix Orsini, de treinta y nueve años de edad y nacido en Moldola, en los Estados romanos.

Cuanto á Rudio, hemos dicho que después de lanzar su bomba se metió en una taberna. El tumulto le permitió escapar, y se marchó tranquilamente á la calle de Montmartre, número 132, al hotel de Francia y de Champaña, donde paraba. Desgraciadamente para él, Pieri había dado su dirección como Gómez dió la de Orsini. Los dos asesinos, tan azorado el uno como el otro, proporcionaron indicaciones que la policía no habría podido arrancarles. En el momento de su arresto Pieri dijo que vivía con otro individuo en el hotel de Francia y de



Explosión de las bombas Orsini en la calle Le Peletier



Champaña de la calle de Montmartre. Los agentes se apresuraron á ir á aquel hotel y en un cuarto con dos camas encontraron á un joven que al principio dijo llamarse Da Silva, y acabó por confesar que era Carlos de Rudío, de veinticinco años de edad, natural de Bellune, Venecia.

Así pues, en el espacio de cuatro horas solamente y gracias á una suerte extraordinaria y á las indicaciones dadas por los mismos culpables, la policía pudo echar mano á los cuatro autores del atentado.

M. Chaix-d'Est-Ange dirá en su requisitoria: «El escudo que protege al emperador y á la emperatriz es visible para todo el mundo. Si Orsini no hubiera resultado herido, habría arrojado la cuarta bomba, y si Pieri, que era el que estaba más inmediato á la comitiva, no hubiera sido detenido muy pocos minutos antes de la llegada de ésta, ¿quién puede decir la desgracia que hubiéramos tenido que deplorar? Sí, ha sido menester que, por un milagro, Pieri fuera conocido por el único hombre que tal vez hubiese conservado su recuerdo, y que, por otro milagro, Orsini, después de tirar su primera bomba, quedase herido, si no peligrosamente, por lo menos lo bastante para resultar señalado en la frente, para ser cegado por un velo sangriento que la Providencia ha echado sobre sus ojos á fin de impedir el mayor de los crímenes.»

Hoy ¿no cabe suponer que, desde el punto de vista de los intereses de su dinastía, hubiese sido preferible que Napoleón III muriera en un momento en que su reinado sólo había tenido brillantes resultados? ¡Ah! La vida humana, á pesar de ser tan corta, ha sido á veces demasiado larga aun para los hombres cuya existencia parecía más necesaria á su país. Si Luis XVI hubiera muerto en 1783, después de la firma del glorioso tratado de Versalles que sancionaba la independencia de los Estados Unidos; Napoleón I en 1811, cuando el nacimiento de un hijo colmaba todos sus deseos; Carlos X en 1830, á seguida de la toma de Argel, brillante triunfo para sus armas; Luis Felipe en 1846, después del gran éxito de los casamientos españoles, y Napoleón III en 1858, asesinado como César en el apogeo de su fortuna; si la Providencia hubiera hecho morir á tiempo á estos soberanos, les habría ahorrado las catástrofes que los perdieron á ellos y á sus dinastías. Pero al día siguiente del atentado de Orsini, nadie hacía semejantes reflexiones y en todas partes se daban gracias á Dios por haber salvado la vida del emperador.

XIX

DESPUÉS DEL ATENTADO

Viernes 15 de enero de 1858. — El emperador y la emperatriz salen en carretela descubierta y recorren sin escolta los bulevares, en los que se les aclama calurosamente. En seguida van al hospital del Gros-Caillou á visitar á los heridos que la víspera formaban parte de su escolta.

16 de enero. — Reciben en las Tullerías á los individuos del cuerpo diplomático, del Senado, del Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado y del Ayuntamiento. M. Troplong, presidente del Senado, se expresa en estos términos: «El espíritu revolucionario, expulsado de Europa, ha escogido su domicilio fuera de ella y se ha hecho cosmopolita. Desde esas ciudadelas exteriores, levantadas contra Europa, en medio de la Europa misma, han sido enviados fanáticos sicarios encargados de lanzar el fuego y el hierro sobre el príncipe que sostiene en su brazo poderoso el escudo del orden europeo; conspiradores odiosos cuya política consiste en el asesinato y que atacan hasta á las débiles mujeres, sin saber que entre ellas hay algunas cuyo corazón se ha elevado hasta el heroísmo. Mas, puesto que esos implacables revolucionarios ejercen de mancomún sus furores de destrucción, ¿por qué no se han de prestar los gobiernos y los pueblos, en su legítima defensa, el socorro de un apoyo solidario? El derecho de gentes lo autoriza; la equidad y el interés común lo imponen como un deber.»

El célebre jurisconsulto, presidente del Senado, termina así su discurso con tono lírico: «Sí, señor; Dios, del cual ha dicho el Profeta: — ¡Apartaos de mí, gentes sanguinarias! — no permitirá que el crimen venga á interrumpir antes de tiempo la misión de restauración y de progreso que os ha encargado. ¡Viva el emperador!»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, toma en seguida la palabra: en su alocución se nota sobre todo el pasaje siguiente: «No podemos ocultároslo, señor: los pueblos que acabamos de visitar recientemente se preocupan de los efectos de vuestra clemencia que se mide en demasía por la bondad de vuestro corazón; y cuando ven que se preparan en el exterior tan abominables atentados, se preguntan por qué los gobiernos vecinos y amigos son impotentes para destruir esos laboratorios de asesinatos y cómo pueden aplicarse las santas leyes de la hospitalidad á bestias feroces.»

El emperador, al dar las gracias á las grandes corporaciones del Estado, ma-

Champaña de la calle de Montmartre. Los agentes se apresuraron á ir á aquel hotel y en un cuarto con dos camas encontraron á un joven que al principio dijo llamarse Da Silva, y acabó por confesar que era Carlos de Rudío, de veinticinco años de edad, natural de Bellune, Venecia.

Así pues, en el espacio de cuatro horas solamente y gracias á una suerte extraordinaria y á las indicaciones dadas por los mismos culpables, la policía pudo echar mano á los cuatro autores del atentado.

M. Chaix-d'Est-Ange dirá en su requisitoria: «El escudo que protege al emperador y á la emperatriz es visible para todo el mundo. Si Orsini no hubiera resultado herido, habría arrojado la cuarta bomba, y si Pieri, que era el que estaba más inmediato á la comitiva, no hubiera sido detenido muy pocos minutos antes de la llegada de ésta, ¿quién puede decir la desgracia que hubiéramos tenido que deplorar? Sí, ha sido menester que, por un milagro, Pieri fuera conocido por el único hombre que tal vez hubiese conservado su recuerdo, y que, por otro milagro, Orsini, después de tirar su primera bomba, quedase herido, si no peligrosamente, por lo menos lo bastante para resultar señalado en la frente, para ser cegado por un velo sangriento que la Providencia ha echado sobre sus ojos á fin de impedir el mayor de los crímenes.»

Hoy ¿no cabe suponer que, desde el punto de vista de los intereses de su dinastía, hubiese sido preferible que Napoleón III muriera en un momento en que su reinado sólo había tenido brillantes resultados? ¡Ah! La vida humana, á pesar de ser tan corta, ha sido á veces demasiado larga aun para los hombres cuya existencia parecía más necesaria á su país. Si Luis XVI hubiera muerto en 1783, después de la firma del glorioso tratado de Versalles que sancionaba la independencia de los Estados Unidos; Napoleón I en 1811, cuando el nacimiento de un hijo colmaba todos sus deseos; Carlos X en 1830, á seguida de la toma de Argel, brillante triunfo para sus armas; Luis Felipe en 1846, después del gran éxito de los casamientos españoles, y Napoleón III en 1858, asesinado como César en el apogeo de su fortuna; si la Providencia hubiera hecho morir á tiempo á estos soberanos, les habría ahorrado las catástrofes que los perdieron á ellos y á sus dinastías. Pero al día siguiente del atentado de Orsini, nadie hacía semejantes reflexiones y en todas partes se daban gracias á Dios por haber salvado la vida del emperador.

XIX

DESPUÉS DEL ATENTADO

Viernes 15 de enero de 1858. — El emperador y la emperatriz salen en carretela descubierta y recorren sin escolta los bulevares, en los que se les aclama calurosamente. En seguida van al hospital del Gros-Caillou á visitar á los heridos que la víspera formaban parte de su escolta.

16 de enero. — Reciben en las Tullerías á los individuos del cuerpo diplomático, del Senado, del Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado y del Ayuntamiento. M. Troplong, presidente del Senado, se expresa en estos términos: «El espíritu revolucionario, expulsado de Europa, ha escogido su domicilio fuera de ella y se ha hecho cosmopolita. Desde esas ciudadelas exteriores, levantadas contra Europa, en medio de la Europa misma, han sido enviados fanáticos sicarios encargados de lanzar el fuego y el hierro sobre el príncipe que sostiene en su brazo poderoso el escudo del orden europeo; conspiradores odiosos cuya política consiste en el asesinato y que atacan hasta á las débiles mujeres, sin saber que entre ellas hay algunas cuyo corazón se ha elevado hasta el heroísmo. Mas, puesto que esos implacables revolucionarios ejercen de mancomún sus furores de destrucción, ¿por qué no se han de prestar los gobiernos y los pueblos, en su legítima defensa, el socorro de un apoyo solidario? El derecho de gentes lo autoriza; la equidad y el interés común lo imponen como un deber.»

El célebre jurisconsulto, presidente del Senado, termina así su discurso con tono lírico: «Sí, señor; Dios, del cual ha dicho el Profeta: — ¡Apartaos de mí, gentes sanguinarias! — no permitirá que el crimen venga á interrumpir antes de tiempo la misión de restauración y de progreso que os ha encargado. ¡Viva el emperador!»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, toma en seguida la palabra: en su alocución se nota sobre todo el pasaje siguiente: «No podemos ocultároslo, señor: los pueblos que acabamos de visitar recientemente se preocupan de los efectos de vuestra clemencia que se mide en demasía por la bondad de vuestro corazón; y cuando ven que se preparan en el exterior tan abominables atentados, se preguntan por qué los gobiernos vecinos y amigos son impotentes para destruir esos laboratorios de asesinatos y cómo pueden aplicarse las santas leyes de la hospitalidad á bestias feroces.»

El emperador, al dar las gracias á las grandes corporaciones del Estado, ma-

nifiesta que, sin perjuicio de adoptar las medidas que estime necesarias, no saldrá de las vías de firmeza y de moderación que siempre ha seguido.

Europa demuestra claramente sus simpatías. El conde de Persigny, embajador de Francia en Inglaterra, escribe desde Londres al conde Walewski el 16 de enero: «Me hallaba en Badmington en casa de los duques de Beaufort cuando recibí la noticia del espantoso atentado. Marché á Londres y vi que en la ciudad entera reinaba una emoción profunda. Lo propio que en París, la opinión pública manifiesta dondequiera una indignación enérgica contra esa secta infame de asesinos que hasta aquí parece haber encontrado en las leyes inglesas un asilo inviolable... A la primera noticia del atentado, lord Palmerston y lord Clarendon me han escrito, el segundo en nombre de la reina, y á cada momento llegan á la embajada nuevos testimonios de simpatía al emperador... En cuanto á esa cuadrilla de malvados que dirigen desde aquí tan horribles atentados, creo que después del cometido no me será difícil conseguir por fin que el gobierno inglés tome medidas con respecto á ellos.»

17 de enero. — Todos los generales y oficiales de los ejércitos de mar y tierra que hay en París se presentan en las Tullerías. El emperador y la emperatriz conversan más particularmente con los coroneles de lanceros de la guardia imperial y de la guardia de París, informándose del estado de los soldados heridos el 14 de enero.

En la catedral de Nuestra Señora se canta un *Te Deum* presidido por el cardenal-arzobispo de París.

18 de enero. — Napoleón III abre en la sala de los Mariscales de las Tullerías la legislatura de 1858. Su discurso, uno de los más elocuentes de cuantos ha pronunciado, produce vivísima impresión. «Tengamos muy presente, dice el emperador, que la marcha de todo poder nuevo es largo tiempo una lucha. Por más que se diga, el peligro no está en las prerrogativas excesivas del poder, sino más bien en la carencia de leyes represivas... Admito con solicitud, sin reparar en sus antecedentes, á todos cuantos reconozcan la voluntad nacional. En cuanto á los provocadores de disturbios y á los organizadores de complots, que sepan que su tiempo ha pasado.»

El final del discurso imperial es acogido con verdadero entusiasmo. «Doy gracias á Dios, dice Napoleón III, por la protección visible que nos ha otorgado á la emperatriz y á mí, y deploro que se hayan causado tantas víctimas por atender á la vida de uno solo. Sin embargo, esas conspiraciones traen consigo más de una enseñanza útil: la primera, que los partidos que recurren al asesinato prueban, en el hecho de valerse de medios desesperados, su debilidad y su impotencia; la segunda, que aun cuando tenga completa realización un asesinato, nunca ha beneficiado á la causa que había armado el brazo de los asesinos. Ni el partido que dió muerte á César, ni el que se la dió á Enrique IV, sacaron provecho alguno de su crimen. Por esto, semejantes tentativas no pueden alterar ni mi seguridad en el presente ni mi fe en el porvenir. Si vivo, el Imperio

vive conmigo; si muriese, mi muerte misma robustecería el Imperio, porque la indignación del pueblo y del ejército sería un nuevo apoyo para mi hijo. Contemplemos, pues, el porvenir con confianza, dediquémonos sin preocupaciones inquietas á nuestras tareas cotidianas por el bien y la grandeza del país. ¡Dios proteja á Francia!»

La asamblea se levanta como un solo hombre y prorrumpe en las aclamaciones más calurosas.

El conde de Persigny continúa esperando que el gobierno inglés tomará las medidas necesarias, y el 18 de enero escribe al conde Walewski: «Lord Palmerston vino ayer dos veces á mi casa sin encontrarme. Yo he ido á la suya, y en su ausencia lady Palmerston se ha apresurado á decirme que suponía que en el proceso de esos miserables se encontrarían indicios de complicidad de otras personas refugiadas en Inglaterra y que no dudara de los propósitos de lord Palmerston para todo cuanto se debiera hacer.

»No pondré fin á este despacho sin decirlos cuán buen efecto han causado aquí el valor y la sangre fría demostrados por el emperador y la emperatriz en estas circunstancias. Sabíase, sin embargo, lo que se podía esperar del carácter del emperador; pero la emperatriz ha aparecido bajo un aspecto enteramente nuevo y ha causado la admiración universal.»

20 de enero. — El *Moniteur* publica el suelto siguiente: «En medio de la reprobación universal que ha excitado el atentado del 14 de enero, nos indigna ver que un periódico que se publica en Bélgica, *La Bandera*, aprueba claramente en su número del 17 el asesinato del emperador. Aguardamos la decisión del gobierno belga.»

Napoleón III y su augusta esposa van á visitar el hospital de Val-de-Grace: los gendarmes de la guardia de París, heridos el 14 de enero, son objeto de especial atención por parte de SS. MM. El emperador distribuye á los soldados cruces y medallas militares.

21 de enero. — Las disposiciones del gobierno inglés continúan siendo favorables. M. de Persigny dice en un despacho: «No puedo menos de hablaros del efecto prodigioso que ha causado el discurso del emperador. M. Disraeli me decía ayer que la última parte era en su concepto el trozo de elocuencia más magnífico de cuantos se han escrito en una lengua conocida. Mas, aparte de este mérito, ese discurso ha respondido tan admirablemente á los ataques de que el gobierno francés era aquí objeto, que anonada por largo tiempo la mala prensa inglesa.»

25 de enero. — Celébrase en Londres el casamiento de la princesa real con el príncipe Federico de Prusia (el futuro emperador Federico III), y con tal motivo, el embajador de Inglaterra en París da un gran baile en la embajada. Esta magnífica morada, en la que se penetra por la calle del Faubourg-Saint-Honoré y cuyo espacioso jardín llega hasta la avenida Gabriel, no ha cesado de ser el palacio de la embajada de Inglaterra desde 1815, época en que el duque

de Wellingtón era embajador cerca de Luis XVIII. La fiesta del 25 de enero es soberbia. El emperador y la emperatriz llegan á las diez; en la cena, Napoleón III bebe á la salud de la princesa real. SS. MM. no se retiran hasta las dos de la mañana.

En el baile de lord Cowley, como en todas partes, Napoleón III ha conservado su calma imperturbable y su actitud impassible. No deja traslucir ninguna preocupación, ninguna inquietud. Pero en el fondo se siente muy amenazado y no se hace ilusiones acerca del encarnizamiento de los sicarios. El crimen del 14 de enero no ha sido un caso aislado ni la tentativa de un maniático ó de un loco; lo ocurrido es un episodio del inmenso complot que se renueva sin cesar. La corte conserva todo su esplendor, toda su animación, pero reina en ella un terror vago. Siempre que su esposo sale de las Tullerías, la emperatriz se pregunta si volverá vivo. Los informes más exactos, procedentes no sólo de Inglaterra, sino también de Bélgica, de Suiza y del Piamonte, representan á la secta de los asesinos como irrevocablemente resuelta á continuar su sistema de homicidios.

Citemos, entre otros avisos, el siguiente despacho telegráfico cifrado, dirigido el 27 de enero al conde Walewski por el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín: «El conde de Cavour sabe por un informe de la policia sarda que en una de las salidas que hará el emperador en coche ó á caballo, muchos individuos vestidos de obreros, entre los cuales habrá niños, se acercarán á S. M. para entregarle memoriales. Cuando S. M. se haya detenido, le lanzarán cuatro ó cinco objetos de la forma de un huevo y que, rodeados de una envoltura muy delgada, estallarán al menor choque. Estos proyectiles estarán llenos de una materia que puede pegarse á la ropa como liga y que produce un humo y un olor capaces de causar súbitamente una asfixia. El conde de Cavour ha recibido estas noticias de Londres.»

27 de enero. — El emperador expide un decreto en virtud del cual divide las tropas de línea de guarnición en el interior de Francia en cinco grandes cuerpos militares al mando de mariscales. Considérase generalmente este decreto como una prueba de los peligros misteriosos que amenazan al monarca, y él mismo considera la situación como si fueran á asesinarle. Habla de la regencia y del *emperador menor de edad*.

1.º de febrero. — M. Aquiles Fould, ministro de Estado, presenta al Senado un mensaje imperial, en el que se dice: «Señores senadores: El senadoconsulto del 17 de julio de 1856 deja una incertidumbre que considero útil hacer cesar desde hoy. En efecto, no conferiré la regencia á la emperatriz, ó en su defecto, á los príncipes franceses, sino cuando el emperador ha dispuesto lo contrario por acto público ó secreto. Creo satisfacer el deseo de la nación, al mismo tiempo que obedezco á un sentimiento de alta confianza para con la emperatriz, designándola como regente. Impulsado por los mismos sentimientos, designo en su defecto, para sucederla en la regencia, á los príncipes franceses con arreglo

al orden de sucesión á la corona. He constituido un consejo privado que, con la reunión de los dos príncipes franceses (el príncipe Jerónimo y su hijo el príncipe Napoleón) se constituirá en consejo de regencia en el mero hecho del advenimiento del emperador menor de edad, si en tal momento no he constituido otro por acto público. Este consejo privado, compuesto de hombres de mi confianza, será consultado sobre los grandes negocios del Estado, y mediante el estudio de los deberes y de las necesidades del gobierno, se preparará para la importante misión que el porvenir le puede reservar.»

Después de leer el mensaje. M. Fould da conocimiento á los senadores de las cartas-patentes, concebidas en estos términos: «Queriendo hacer cesar desde hoy las incertidumbres que resultan del senadoconsulto de 17 de julio de 1856 y dar á nuestra muy amada esposa la emperatriz Eugenia una prueba de la alta confianza que tenemos en ella, hemos resuelto conferirle, como le conferimos por las presentes, el título de regente para que pueda llevar dicho título y ejercer sus funciones á partir del día del advenimiento del emperador menor de edad, todo ello conforme á las disposiciones del senadoconsulto sobre la regencia.»

Las cartas-patentes del 1.º de febrero van acompañadas de un decreto del mismo día que instituye un consejo privado, el cual debe reunirse bajo la presidencia del emperador. Se nombra individuos de este consejo al cardenal Morlot, al mariscal duque de Malakoff, á M. Aquiles Fould, á M. Troplong, al conde de Morny, á M. Baroche y al conde de Persigny.

7 febrero. — Nómbrase al general Espinasse ministro del Interior y de Seguridad general. Antes de ocuparnos de su ministerio, vamos á relatar la misión del general Della Rocca y el proceso de Orsini y de sus tres cómplices, Pieri, de Rudío y Gómez.

EL GENERAL DELLA ROCCA

Gran inquietud reinaba en las Tullerías, sobre todo en las esferas oficiales. ¿Cómo consideraba Napoleón III la situación? ¿Haría responsables á todos los italianos del crimen de algunos de ellos? ¿Abriría los ojos con motivo del foco revolucionario que existía en el Piamonte, sobre los manejos de los refugiados políticos que no cesaban de agitarse allí y sobre los artículos como los del periódico de Mazzini, la *Italia e Popolo*, que preconizaban el asesinato? Las aspiraciones nacionales italianas tenían adversarios declarados entre las personas que rodeaban al emperador y aun entre sus consejeros. ¿No procurarían explotar el atentado de Orsini contra la política del conde de Cavour? Todo el plan de este ministro se basaba en el auxilio armado de Francia. Fuera de esto, no veía probabilidad alguna de sustraer á Milán y á Venecia del dominio de Austria. Si Napoleón III cambiaba de táctica, si conforme á las miras de muchos de sus ministros, adoptaba la alianza austriaca, todo el andamiaje tan laboriosamente levantado por Cavour venía á tierra. El momento era crítico.

Ocurriósele entonces á Víctor Manuel enviar á París á su primer ayudante de campo, el general Della Rocca, para felicitar al emperador por haberse librado de los golpes de los asesinos y para ver de hacerle perseverar en sus simpatías italianas.

Al pronto la tarea no parecía fácil. Los adversarios del Piamonte censuraban acerbamente su conducta. Monseñor Sacconi, nuncio del Papa en Francia, exclamaba: «Ese es el fruto de la agitación fomentada por Cavour.» El barón de Hubner, embajador de Austria, decía que había llegado el momento de formar entre la corte de las Tullerías y la de Viena los vínculos de una alianza íntima. Suponíase que el Piamonte era un arsenal, un laboratorio de complots, y se hacía observar que cinco días antes del atentado, Mazzini había publicado en Génova un manifiesto lleno de odio, de cólera y de predicciones siniestras. Añadíase que al día siguiente del crimen un periódico piamontés, *La Ragione*, había tenido la audacia de disculparlo. Se abultaban estos incidentes y circulaba el rumor de que los días del ministerio Cavour estaban contados.

El enviado del rey Víctor Manuel tendría, pues, que luchar con grandes prevenciones, y este militar distinguido debía desempeñar la misión de un diplomático. El general Della Rocca, que ha muerto en 1897, á los noventa años de

edad, último sobreviviente de los generales del ejército italiano, había nacido en 1807. En dos ocasiones se le había hecho ya la mejor acogida en las Tullerías, y á fines de 1855 había acompañado á París al rey Víctor Manuel, tan agasajado entonces por el emperador.

En su obra *Ricordi storici e aneddotici del generalo Della Rocca*, el general ha dado curiosos detalles sobre esta permanencia del rey en París. Víctor Manuel estaba viudo hacía dos años. Napoleón III quería que se casara con una princesa de la casa de Hohenzollern, hija del príncipe Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen, que acababa de vender su diminuto principado de Sigmaringen al rey de Prusia, jefe de su casa. Aquella princesa era parienta del emperador, pues tenía por madre una hija de la gran duquesa Estefanía de Baden, de la familia Beauharnáis. En un notable estudio sobre la obra del general Della Rocca, el conde José Grabinski hace observar que Napoleón III estaba entonces muy lejos de sospechar que un hijo del príncipe Antonio de Hohenzollern daría motivo, andando el tiempo, á la guerra franco-prusiana y sería causa del derrumbamiento del segundo Imperio.

El general Della Rocca hizo otro viaje á París en 1856. Tratado con toda clase de consideraciones en las Tullerías, asistió al bautismo del príncipe imperial.

Cuando se presentó de nuevo en las Tullerías el 24 de enero de 1858, portador de una carta autógrafa del rey para el emperador, estaba conmovido é inquieto. Acababa de saber que Napoleón III había dicho: «El Piamonte es un refugio de revolucionarios y de asesinos. Orsini ha sido detenido allí muchas veces, y Mazzini va de continuo á ese país sin que la policía le moleste en lo más mínimo.» Acompañado del marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña en París, y del conde Carlos de Robilant, capitán de artillería y oficial de órdenes de S. M. sarda (el mismo que ha sido ministro de Negocios extranjeros de 1885 á 1887), se presentó en las Tullerías y entregó sin comentarios la carta de Víctor Manuel.

El 26 de enero se celebraba en Turín un baile en palacio. Al otro día, el príncipe de la Tour d' Auvergne, ministro de Francia, escribía al conde Walewski una carta particular en la que le decía: «He podido ver de nuevo ayer, en el baile de palacio, al conde de Cavour y repetirle cuán útil me parecía que, en lo que respecta á la prensa, ó por lo menos á la *Italia e Popolo*, tomase alguna medida seria. Le he recordado la constante benevolencia del emperador para con el Piamonte y las obligaciones que esta benevolencia impone en las circunstancias actuales al gobierno de S. M. Víctor Manuel. Le he hecho observar que cuando en Suiza, Bélgica é Inglaterra se mostraban dispuestos á hacer algo, sería verdaderamente inexplicable que nuestras gestiones amistosas encontrasen en París una acogida menos favorable; en fin, que so pretexto de legalidad se vacilara en suprimir el periódico oficial del asesinato, la *Italia e Popolo*, en perseguir á la *Unione* y el *Diritto*, que en cierto modo han glorificado el atentado del 14. Como en nuestra conversación anterior, el conde de Cavour ha vuelto

á escudarse con la necesidad de una ley y con la dificultad de su posición personal.»

El príncipe de la Tour d' Auvergne añadía en la misma carta estas frases verdaderamente curiosas: «En el caso de que se quisiera insistir para conseguir del conde de Cavour una prueba más manifiesta de su buena voluntad, me parecería indispensable que V. E. se explicara claramente con el marqués de Villamarina. La táctica de los defensores de la conservación del actual estado de cosas consiste hoy en hacerme pasar *por un agente que va más allá de los deseos y de la voluntad de su gobierno*. Se recurre á mil manejos de esta clase que, en mi concepto, prueban evidentemente que se hallan ya apurados, y á los cuales no doy por mi parte ninguna importancia.»

Poco después se pudo observar que Napoleón III no pensaba en modo alguno en renunciar á sus simpatías italianas. El 3 de febrero, con motivo de haber llegado algunos príncipes extranjeros para cumplimentarle, revistó algunos cuerpos de su guardia y del ejército de París en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel. Iban á su lado tres príncipes de Prusia, Federico Carlos, Adalberto y Alberto, el príncipe Francisco de Liechtenstein, el de Hesse y el de Paskiewitch, y le acompañaban cinco mariscales de Francia, Vaillant, Magnán, Pelissier, Canrobert y Bosquet, y el general Della Rocca. Le seguía un brillante Estado mayor, entre el cual figuraban muchos oficiales extranjeros. El príncipe Napoleón, á caballo al lado del emperador, ostentaba la gran cruz del Águila Negra de Prusia. La emperatriz y el príncipe imperial asistían á esta revista, la primera que se celebraba después del atentado. «El emperador, dice el general Della Rocca, cabalgaba á la cabeza de su Estado mayor. En cierto momento, habiéndose vuelto hacia el sitio en que estaban los embajadores extraordinarios, me vió y me hizo seña de que pasara á colocarme á su lado, donde me tuvo casi todo el tiempo, llamando mi atención ora á un regimiento, ora á otro, en términos que los espectadores habrían podido suponer que la revista se daba en honor del representante de Víctor Manuel.»

Así pues, en el momento en que parecían más tirantes las relaciones entre París y Turín, y en que más de un diplomático se figuraba que Napoleón III, enojado por los procedimientos revolucionarios del Piamonte, se inclinaría al lado del Austria, el taciturno y misterioso monarca acariciaba más que nunca su ensueño de unirse con Víctor Manuel en contra de aquella potencia. A la misma hora en que la política del gobierno sardo excitaba los mayores recelos en las esferas oficiales, el emperador, pareciendo juzgar con severidad al gabinete de Turín, se mostraba sumamente fino y atento con el primer ayudante de campo del rey y aprobaba en secreto las tendencias del conde de Cavour.

Dejemos ahora la palabra al general Della Rocca. «A principios de febrero, dice, me enviaron de las Tullerías una invitación para comer, dirigida á mí y al conde Robilant, y al propio tiempo una carta del ministro de la Casa del emperador anunciándome que en la misma noche me recibiría S. M. en audiencia

particular. Una hora después de la comida oficial, durante la cual el emperador llevaba la gran cruz de la Anunziata, y en la que el marqués de Villamarina y yo ocupábamos los sitios de honor, el emperador me invitó á pasar á sudespacho.»

En su conversación á solas con el general, Napoleón III empezó por decirle que la carta del rey le parecía afectuosa, y que se proponía contestarla extensamente. Habló en seguida del periódico la *Ragione*, que, procesado como culpable de apología del asesinato político, acababa de ser absuelto, y añadió que el código piamontés era insuficiente para evitar los excesos de la prensa. Dijo luego que el Piamonte no podía esperar gran cosa de Inglaterra, mientras que todos sus intereses le aconsejaban su estrecha unión con Francia. Afirmó además que estaba seguro de tener su ejército en sus manos, y que este ejército estaba dispuesto á ir con el mayor celo á todos los países que se indicaran como refugio de asesinos.

«Durante esta primera audiencia privada del 5 de febrero, agrega el general Della Rocca, el emperador se ha mostrado tan cortés conmigo como severo con mi gobierno. Al despedirme, me invitó á ir á verle á las Tullerías siempre que lo deseara, de nueve á diez de la mañana.»

Cuando el rey Víctor Manuel supo, por carta del general Della Rocca, los detalles de la audiencia privada del 5 de febrero, se alarmó al pronto, pero no tardó en tranquilizarse. El emperador tenía por confidentes íntimos á hombres adictos á la causa italiana, en especial M. Mocquart y el doctor Conneau, mucho más enterados de sus proyectos que sus ministros. Un ardiente patriota milanés, el conde Arese, era quizás su mejor amigo. A pesar de esto, la emoción producida por el temor del descontento del emperador era tal, que el mismo conde Arese no se atrevía á ir á París, suponiendo que Napoleón III estaría enojado con el Piamonte. El doctor Conneau le escribió el 29 de enero: «He dicho á la emperatriz que me hacías el encargo de ofrecerle tus respetos. Al pronto se ha figurado que habías llegado á París y se ha puesto muy contenta; pero cuando ha sabido el motivo que te impedía venir, ha dicho: «Hay italianos de italianos. Por fortuna los malos son pocos. Yo aprecio mucho al buen Arese. Decidle que confío en que vendrá á pasar aquí unos cuantos días la primavera próxima. No podré presentarle una nidada de hijos; pero le enseñaré un ejemplar que no le desagradará.» Transcribo al pie de la letra sus palabras para no desvirtuar su alcance.»

Los italianos honrados y patriotas hacían todos los esfuerzos posibles por rechazar toda solidaridad con un puñado de asesinos que excitaban una reprobación casi general.

En una nueva audiencia el general Della Rocca encontró al emperador en disposiciones muy amistosas respecto al gobierno piamontés. «Yo debía dar lectura al emperador, ha dicho el general, y por decirlo así *de motu proprio*, de una carta que me había dirigido el rey, pero fingiendo titubear y casi resistirme á comunicarle aquel documento. Debía simular que obraba bajo mi propia

responsabilidad y traspasar mis instrucciones.» La ficción tuvo buen resultado.

Al final de su carta, Víctor Manuel se expresaba de este modo: «En virtud de lo que acabo de deciros, querido La Rocca, el emperador debe persuadirse de mis buenas intenciones y ver que se han tomado medidas antes que él las hubiera solicitado. Si quisiera que apelase aquí á la violencia, sepa que perdería toda mi fuerza... Si las palabras que me transmitís son las textuales del emperador, decidle en los términos que más convenientes os parezcan, que no se trata así á un aliado fiel, que jamás he tolerado violencias de nadie, que sigo la vía del honor siempre sin mancha, y que de este honor sólo respondo ante Dios y ante mi pueblo; que hace ochocientos cincuenta años que llevamos la cabeza muy levantada y que nadie me la hará bajar, y aparte de esto, que no deseo otra cosa sino ser su amigo.»

Después de la lectura de esta última frase, Napoleón III exclamó: «Eso es lo que se llama tener valor. Vuestro rey es un valiente; me gusta su respuesta. En esta ocasión se da á conocer tal como me lo había figurado en 1855. Me alegro de ver una vez más que Víctor Manuel es alguien... Estoy seguro de que nos entenderemos. Escribidle inmediatamente; tranquilizadle acerca de mis intenciones; expresadle mi sentimiento por haberle disgustado. Amo á Italia y jamás me alié con Austria contra ella. Mis precedentes deben tranquilizaros. Y si en 1849 hubiera ocupado el puesto que hoy ocupo, habría acudido sin duda en auxilio de Carlos Alberto.»

El príncipe de La Tour d' Auvergne escribía al conde Walewski: «Turín, 16 de febrero de 1858. He tenido el honor de ver al rey ayer mañana. S. M. me ha dicho que acababa de recibir una carta muy satisfactoria del general Della Rocca, y que las seguridades de amistad y benevolencia que el emperador había encargado al general le transmitiera disipaban por completo la mala impresión que le causó el primer informe de éste.»

El general Della Rocca había salido plenamente airoso en su misión. Merecía los elogios de su soberano, que le dijo en una afectuosa carta: «Os abrazo y doy las gracias de todo corazón. Me habéis prestado un gran servicio y tratado el asunto á las mil maravillas, mejor que un diplomático.»

El 20 de febrero, el general fué recibido por última vez en audiencia privada por el emperador, que le dió á entender claramente, y aun le autorizó para decirselo al rey de un modo confidencial, que en caso de guerra entre el Piamonte y el Austria, acudiría á combatir con su poderoso ejército al lado de su fiel aliado Víctor Manuel. «Decid también á M. de Cavour, añadió Napoleón III, que se ponga en correspondencia directa conmigo y que seguramente nos entenderemos.»

El general termina así el relato de esta última audiencia: «Yo había sido, pues, diplomático distinguido sin saberlo, de lo cual me alegro, más que por mí mismo, por los resultados obtenidos. El respeto á la verdad me obliga á decir que la buena estrella que me ha guiado en estas circunstancias graves de mi

vida ha hecho que, precisamente durante mi estancia en París y en los momentos en que Napoleón III se mostraba más benévolo para con nosotros, recibiera por conducto de M. Pietri, prefecto de policía, una carta que Orsini le había escrito desde su encierro, en la cual el conspirador repetía al emperador lo que yo me había visto obligado á decirle, esto es, que los italianos habían tomado



La Tour d' Auvergne

la firme resolución de no soportar más la dominación austriaca. Esta carta debió hacer gran mella en el ánimo del emperador, y retrotraerle á los años de su juventud, cuando él también había conspirado con su hermano por la independencia de Italia. Reflexionó detenidamente y comprendió que podía sacar ventaja para Francia y para la dinastía en su alianza con el Piamonte, y sin vacilar, se decidió á obrar en nuestro favor.»

Quedaba resuelta la guerra de Italia.

XXI

EL PROCESO DE ORSINI

El 25 de febrero se reunía la audiencia del Sena bajo la presidencia de su primer presidente Delangle para juzgar á Orsini y á sus tres cómplices. La acusación, redactada y leída por el fiscal general Chaix d' Est-Ange, causó muy poca impresión, pues reproducía hechos ya conocidos. En seguida vinieron los interrogatorios. Gómez, únicamente preocupado con salvar su vida, dió humildes explicaciones y atestiguó su arrepentimiento. «Yo era criado de Orsini, dijo, y obedecí sus órdenes.»

Rudio se disculpó con el temor que le inspiraban sus cómplices y su extrema miseria. «En 1856 y estando en Londres, dijo, me molestó que me supusieran delator pagado por el gobierno francés; por lo cual he debido llegar hasta el extremo, y me he sacrificado por amor propio y por no pasar por traidor.» Como confesara que había recibido dinero de Orsini, el presidente Delangle le dijo: «Perteneceis á una familia distinguida que ha ocupado muy buena posición. Habéis salido voluntariamente de la escuela de cadetes de Milán; habéis huído de trabajar, os habéis comprometido en los movimientos revolucionarios, y de escalón en escalón habéis descendido hasta convertirnos en asesino, asesino mercenario por trescientos treinta francos que os han dado y doce chelines semanales que habían prometido á vuestra mujer.»

Pieri se defendió con una porción de mentiras inverosímiles y declamaciones teatrales que no produjeron ningún efecto.

El único interrogatorio satisfactorio fué el de Orsini. «En el transcurso del año pasado, dijo, Pieri y yo empezamos á hablar del proyecto puesto en ejecución el 14 de enero. Estábamos convencidos de que el medio más seguro de hacer una revolución en Italia era producirla en Francia, y que el medio más seguro de hacer esta revolución en Francia era matar al emperador.» En seguida dió los detalles más precisos sobre los preparativos y la ejecución del atentado. «Yo mismo cargué las bombas en mi cuarto de la calle del Monte Tabor. Tuve que secar pólvora al fuego, reloj y termómetro en mano; si hubiese saltado una chispa, la casa entera habría volado.» Después que el acusado refirió tranquilamente todas las escenas del crimen, entablóse este diálogo entre el presidente Delangle y él:

PRESIDENTE. — En el caso de que hubiera tenido buen éxito vuestro abominable atentado, ¿con qué auxilio contabais en París?

ORSINI. — Yo pensaba: Cuando haya sucedido algo en París, esto derribará tal vez el sistema seguido en Francia con respecto á Italia, y ocasionará sin duda un levantamiento en mi país.

PRESIDENTE. — ¿Y guiado por la esperanza de un levantamiento y para devolver á Italia la libertad de 1849 os habéis convertido en asesino en Francia?

ORSINI. — Quería dar á Italia la independencia; porque sin independencia no hay libertad posible. En tal sentido he escrito á M. de Cavour, pero no me ha contestado.

PRESIDENTE. — Repito que queríais dar á Italia la libertad que tenía en 1849, la libertad de los triunviros con el asesinato y el robo. Y no habéis retrocedido ante los espantosos desastres que debía causar vuestro atentado. Sentaos.

Procedióse en seguida á tomar declaración á los testigos, que no dieron á conocer ningún hecho nuevo.

La segunda y tercera sesiones se celebraron al otro día, 26 de febrero.

El fiscal general M. Chaix d'Est-Ange pronunció una larga requisitoria que terminó de este modo: «Francia y el mundo se han salvado milagrosamente. La Providencia ha protegido al emperador, cuyo valor y confianza no han desarmado el brazo de los asesinos. En el teatro mismo del atentado, en medio de la carnicería, cuando las víctimas estaban tendidas en el empedrado, la muchedumbre prorrumpió en un grito unánime. En breve fué cundiendo esta gran aclamación, aún resuena y las campanadas de los *Te Deum* vibran todavía en nuestros oídos. No hay nadie que no haya comprendido que el mundo estaba salvado.

»Me equivoco y pido perdón por mis palabras. No, los esfuerzos de los asesinos habrían sido impotentes. La Providencia protege al emperador, y aunque le hubiesen tendido á sus pies, no habrían matado con él el orden y las instituciones que ha fundado. Las instituciones subsisten.

»La Francia desolada se habría levantado como un solo hombre en nombre del heredero del trono. El emperador puede morir; pero su raza y su nombre no perecerán.»

Después de esta requisitoria, suspendióse la audiencia veinte minutos.

En seguida se concedió la palabra á M. Julio Favre, abogado de Orsini, el cual empezó así su defensa:

«Señores jurados: Quisiera desviar de mi alma por un momento las dolorosas emociones que la asedian, para tributar un público y sincero testimonio de admiración al orador eminente á quien acabáis de oír. Ha ilustrado largo tiempo nuestro colegio, en que su puesto ha quedado vacío y en el que el recuerdo de su persona será siempre querido y glorioso. Debía difundir gran esplendor sobre las temibles funciones que ha aceptado y que habían de adquirir nueva autoridad del prestigio de su palabra.»

Después de este elogio del antiguo colega nombrado fiscal general del Im-

perio, el abogado republicano procuró representar el atentado como un crimen puramente político: «El verdadero día de la justicia es aquel en que el acusado comparece ante vosotros, dijo; en ese día pronuncia su última palabra, da sus postreras explicaciones, sus justificaciones y su defensa. Oíd, pues, al acusado y decid si sus palabras son palabras de fanfarronería ó de debilidad.»

Grande fué la sorpresa del auditorio cuando Julio Favre añadió: «Mirad, ha dejado su testamento, su ruego, en un escrito dirigido desde su encierro al emperador, escrito que voy á leeros, *después de obtener el permiso del mismo á quien lo ha dirigido.* Dice así:

»A Napoleón III, emperador de los franceses.

»Las declaraciones que he dado contra mí mismo bastan para enviarme á la muerte, y la sufriré sin pedir perdón, tanto porque no me humillaré jamás ante el que ha matado la libertad naciente de mi desgraciada patria, cuanto porque en la situación en que me hallo, la muerte es para mí un beneficio.

»Próximo al fin de mi carrera, quiero sin embargo intentar un postrer esfuerzo para acudir en auxilio de Italia, por cuya independencia he arrostrado hasta hoy todos los peligros y buscado todos los sacrificios. Ella es el objeto de todos mis afectos, y este último pensamiento es el que quiero condensar en las palabras que dirijo á V. M.

»Para mantener el equilibrio actual de Europa, es preciso hacer á Italia independiente, ó remachar las cadenas con las cuales Austria la tiene reducida á la esclavitud. ¿Pido yo para su libertad que los italianos derramen la sangre de los franceses? No, no llego hasta ese extremo. Italia pide que Francia no intervenga contra ella; pide que Francia no permita que Alemania apoye á Austria en las luchas que probablemente se trabarán en breve. Pues bien: esto es precisamente lo que V. M. puede hacer, si quiere. De esta voluntad depende el bienestar ó los males de mi patria, la vida ó la muerte de una nación á la que Europa es en gran parte deudora de su civilización.

»Tal es el ruego que desde mi calabozo me atrevo á dirigir á V. M., no desesperando de que desoiga mi débil voz. Suplico á V. M. que devuelva á mi patria la independencia que sus hijos perdieron en 1849 precisamente por culpa de los franceses.

»Recuerde V. M. que los italianos, entre los cuales estaba mi padre, derramaron gustosos su sangre por Napoleón el Grande, dondequiera que quiso conducirlos; recuerde que le fueron fieles hasta el momento de su caída; recuerde que mientras Italia no sea independiente, la tranquilidad de Europa y la de V. M. serán una quimera. No desoiga V. M. el ruego supremo que le dirige un patriota desde las gradas del patíbulo: dé la libertad á mi patria, y las bendiciones de veinticinco millones de ciudadanos le seguirán en la posteridad.

»Cárcel de Mazás.

»FÉLIX ORSINI.

»11 de febrero de 1858.»

Julio Favre, como orador, tenía algo de trágico: en su elocuencia había algo de extraño y lúgubre. Cuando se oía su voz sombría, grave, patética, se tenía como el presentimiento de que su nombre estaría mezclado con las horas de angustia de nuestra historia. Cuando expresaba ideas siniestras, como en el proceso de Orsini, aquella voz poderosa, entrecortada por una especie de hipo parecido á un sollozo ó al estertor de un agonizante, daba escalofríos. Créase ya ver elevado el cadalso del reo, del cual pretendía el orador hacer un mártir. Después de leer lo que llamaba el testamento de su cliente, dijo: «Orsini se ha inclinado ante Dios, por haber comprendido que sus decretos condenaban su empresa. Hoy va á morir. Desde el borde de su tumba se dirige á aquel contra el cual no le anima ningún sentimiento de odio, á aquel que puede ser el salvador de su patria, y le dice: — Príncipe, os envanecéis de haber salido de las entrañas del pueblo, del sufragio universal; pues bien, adoptad las ideas de vuestro glorioso predecesor; no deis oídos á los aduladores; sed grande y magnánimo y seréis invulnerable.»

La defensa terminó con estas palabras que la transformaban en una especie de oración fúnebre: «Señores jurados, no tenéis necesidad de las excitaciones del señor fiscal general: cumpliréis vuestro deber sin pasión y sin debilidad. Pero Dios que está sobre nosotros, Dios ante quien comparecen los acusados y sus jueces, Dios que nos juzgará á todos, Dios que medirá la extensión de nuestras faltas, decidirá también de este hombre y le concederá quizás un perdón que los jueces de la tierra habrán creído imposible.»

Tres abogados, Nogent Saint-Laurens, Nicolet y Mathieu, defendieron en seguida á Pieri, Gómez y Rudio. Pronuncióse luego el veredicto, siendo sentenciados Orsini, Pieri y Rudio á la pena de los parricidas, y Gómez á cadena perpetua.

Se ha dicho que Napoleón III quiso perdonar la vida á los tres sentenciados, pero que sus ministros se lo impidieron. Rudio obtuvo sin embargo la conmutación de la pena de muerte por la de cadena perpetua. Se ha supuesto también que el emperador había visto misteriosamente á Orsini en la cárcel; pero nos ha sido imposible comprobar la exactitud de este aserto, que tenemos por poco verosímil. Lo que parece cierto es que el prefecto de policía, M. Pietri, tuvo con el reo una conversación en la cual le reveló las intenciones de Napoleón III relativamente á Italia y lo insensato que sería hacer desaparecer al único hombre que tenía el propósito y el poder de emanciparla.

El 9 de marzo, cuatro días antes de subir al cadalso, Orsini, trasladado á la cárcel de la Roquette, vestíbulo de la guillotina, escribió al emperador otra carta, más solemne aún que la primera. Los sentimientos de simpatía de V. M. hacia Italia, decía en esta epístola fúnebre, son para mí un gran consuelo que me hace más llevadera la muerte. Antes de exhalar el postrer aliento, declaro que el asesinato, sea cualquiera el pretexto con que se encubra, no entra en mis principios, aun cuando, por una fatal aberración, haya organizado el

atentado del 14 de enero. Pero el asesinato no fué jamás mi sistema y le he combatido, con riesgo de mi vida, en mis escritos y en los actos de mi vida política. Sepan mis paisanos, de boca de un patriota próximo á morir, que en lugar de apelar al asesinato, únicamente su desinterés, su abnegación, su unión y su virtud podrán asegurar la independencia de Italia, hacerla libre y digna de la gloria de sus antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en sacrificio, y ruego á los italianos que, cuando recobren su independencia, indemnicen á cuantos hayan padecido. Permítame V. M., al terminar, pedirle la gracia de la vida, no para mí, sino para mis cómplices que han sido sentenciados á muerte.»

La ejecución de Orsini y de Pieri tuvo lugar á las siete de la mañana del 13 de marzo. Hora y media antes, se notificó á los reos que había sido desechado su recurso de casación. Les auxiliaron en sus últimos momentos dos capellanes, el P. Hugón y el P. Rottelet. M. Máximo du Camp, que fué testigo del suceso, lo ha referido al marqués de Laborde. Orsini conservaba su porte de arrogancia elegante. Pieri parecía más bien un hombre del pueblo. Ambos debían sufrir la pena de los parricidas y, como tales, ir al cadalso en camisa, descalzos y con la cabeza tapada con un velo negro. Cuando descalzaron á Pieri, éste dijo: «Si lo hubiera sabido, me habría lavado los pies.» Abriéronse las puertas de la cárcel; el cadalso estaba levantado en la plaza de la Roquette. Los dos italianos subieron los escalones con entereza. La muchedumbre, por lo general vocinglera é innoble en semejantes espectáculos, estuvo aquella vez silenciosa y recogida; parecía reflexionar si aquella ejecución traería consigo grandes acontecimientos. Antes de poner la cabeza bajo la cuchilla de la guillotina, Orsini gritó con voz fuerte y vibrante: «¡Viva Italia!» Tal fué su última palabra.

XXII

EL GENERAL ESPINASSE

El nombramiento de un militar para ministro del Interior y la presentación de una ley draconiana como la de seguridad general demostraron hasta dónde llegaban la turbación y el trastorno que el atentado de Orsini había causado en las esferas oficiales. Desde la explosión de la máquina infernal en tiempo del Consulado y de la de Fieschi en el reinado de Luis Felipe, no se había visto nunca semejante pánico. No parecía sino que el suelo temblaba bajo los pies del emperador y que de pronto se había corrido un velo negro, lleno de sangre, sobre la prosperidad de su reinado. Su corte, tan brillante, tan alegre, estaba como paralizada y trató de precaverse de los peligros de que se creía amenazada apelando á una política de rigores.

El general Espinasse fué nombrado el 7 de febrero de 1858 ministro del Interior en reemplazo de M. Billault y se añadió á su título el de «ministro de Seguridad general.» Este título bastaba para indicar el cometido que se le asignaba.

El general Espinasse tenía cuarenta y dos años. Nacido el 2 de abril de 1815 en Saissac, departamento del Aude, entró en 1833 en la Escuela militar de Saint-Cyr. Después de alcanzar sus primeros grados en Argelia, había mandado en 1849 el 42 de línea cuando el sitio de Roma. El general de Saint-Arnaud, á cuyas órdenes hizo en 1851 la campaña de Kabylia, le llamó á París para tomar parte en el golpe de Estado, y él fué quien, en la noche del 1.º al 2 de diciembre, ocupó con su regimiento el palacio Borbón. General de brigada en 1852, ayudante de campo del emperador, jefe en 1854 de una brigada del ejército de Oriente, alcanzó por su bravura y sus aptitudes militares en Crimea el grado de general de división. Se distinguió especialmente en la batalla de Traktir y en el asalto de Malakoff, y era uno de los generales más jóvenes y brillantes del ejército francés.

La corte exigió al nuevo ministro del Interior que tuviera mano de hierro, sin cubrirsela siquiera con un guante de terciopelo. El emperador le escribió en carta particular: «El cuerpo social está corroído por una plaga de la que es preciso desembarazarse á toda costa. También hay prefectos de los que es menester desembarazarse á pesar de sus protectores. Para ello cuento con vuestro celo.

atentado del 14 de enero. Pero el asesinato no fué jamás mi sistema y le he combatido, con riesgo de mi vida, en mis escritos y en los actos de mi vida política. Sepan mis paisanos, de boca de un patriota próximo á morir, que en lugar de apelar al asesinato, únicamente su desinterés, su abnegación, su unión y su virtud podrán asegurar la independencia de Italia, hacerla libre y digna de la gloria de sus antepasados. Voy á morir tranquilo y no quiero que ninguna mancha mancille mi memoria. En cuanto á las víctimas del 14 de enero, les ofrezco mi sangre en sacrificio, y ruego á los italianos que, cuando recobren su independencia, indemnicen á cuantos hayan padecido. Permítame V. M., al terminar, pedirle la gracia de la vida, no para mí, sino para mis cómplices que han sido sentenciados á muerte.»

La ejecución de Orsini y de Pieri tuvo lugar á las siete de la mañana del 13 de marzo. Hora y media antes, se notificó á los reos que había sido desechado su recurso de casación. Les auxiliaron en sus últimos momentos dos capellanes, el P. Hugón y el P. Rottelet. M. Máximo du Camp, que fué testigo del suceso, lo ha referido al marqués de Laborde. Orsini conservaba su porte de arrogancia elegante. Pieri parecía más bien un hombre del pueblo. Ambos debían sufrir la pena de los parricidas y, como tales, ir al cadalso en camisa, descalzos y con la cabeza tapada con un velo negro. Cuando descalzaron á Pieri, éste dijo: «Si lo hubiera sabido, me habría lavado los pies.» Abriéronse las puertas de la cárcel; el cadalso estaba levantado en la plaza de la Roquette. Los dos italianos subieron los escalones con entereza. La muchedumbre, por lo general vocinglera é innoble en semejantes espectáculos, estuvo aquella vez silenciosa y recogida; parecía reflexionar si aquella ejecución traería consigo grandes acontecimientos. Antes de poner la cabeza bajo la cuchilla de la guillotina, Orsini gritó con voz fuerte y vibrante: «¡Viva Italia!» Tal fué su última palabra.

XXII

EL GENERAL ESPINASSE

El nombramiento de un militar para ministro del Interior y la presentación de una ley draconiana como la de seguridad general demostraron hasta dónde llegaban la turbación y el trastorno que el atentado de Orsini había causado en las esferas oficiales. Desde la explosión de la máquina infernal en tiempo del Consulado y de la de Fieschi en el reinado de Luis Felipe, no se había visto nunca semejante pánico. No parecía sino que el suelo temblaba bajo los pies del emperador y que de pronto se había corrido un velo negro, lleno de sangre, sobre la prosperidad de su reinado. Su corte, tan brillante, tan alegre, estaba como paralizada y trató de precaverse de los peligros de que se creía amenazada apelando á una política de rigores.

El general Espinasse fué nombrado el 7 de febrero de 1858 ministro del Interior en reemplazo de M. Billault y se añadió á su título el de «ministro de Seguridad general.» Este título bastaba para indicar el cometido que se le asignaba.

El general Espinasse tenía cuarenta y dos años. Nacido el 2 de abril de 1815 en Saissac, departamento del Aude, entró en 1833 en la Escuela militar de Saint-Cyr. Después de alcanzar sus primeros grados en Argelia, había mandado en 1849 el 42 de línea cuando el sitio de Roma. El general de Saint-Arnaud, á cuyas órdenes hizo en 1851 la campaña de Kabylia, le llamó á París para tomar parte en el golpe de Estado, y él fué quien, en la noche del 1.º al 2 de diciembre, ocupó con su regimiento el palacio Borbón. General de brigada en 1852, ayudante de campo del emperador, jefe en 1854 de una brigada del ejército de Oriente, alcanzó por su bravura y sus aptitudes militares en Crimea el grado de general de división. Se distinguió especialmente en la batalla de Traktir y en el asalto de Malakoff, y era uno de los generales más jóvenes y brillantes del ejército francés.

La corte exigió al nuevo ministro del Interior que tuviera mano de hierro, sin cubrirsela siquiera con un guante de terciopelo. El emperador le escribió en carta particular: «El cuerpo social está corroído por una plaga de la que es preciso desembarazarse á toda costa. También hay prefectos de los que es menester desembarazarse á pesar de sus protectores. Para ello cuento con vuestro celo.

No tratéis de tranquilizar con una moderación inmotivada á los que se han asustado al veros encargar de vuestra cartera. Es menester que os teman, de lo contrario vuestro nombramiento no tendría razón de ser.»

Por su parte, el general ministro formulaba así su programa en carta dirigida á su soberano: «Si de 1848 á 1851 todas las instituciones sociales no hubieran corrido un peligro tan grande como nunca lo han corrido, no seríais más que un ambicioso vulgar que ha explotado en su provecho algunos disturbios pasajeros. Pero si el país ha visto y proclamado en vos á su salvador, consiste en que este peligro ha sido inmenso y de la naturaleza de los que no pueden disiparse en seis años. La Francia lo sabe, y la Francia quiere lo que ha querido en 1851... Un grito general ha llegado hasta vos, grito que no debe traducirse sino con estas palabras: «Garantizadnos una vez más el orden del que os hemos hecho representante y árbitro; y puesto que nos amenaza el mismo peligro, sed lo que habéis sido ya para apartarlo de nuestras cabezas.»

El general Espinasse declaraba en su circular á los prefectos que la Francia, tranquila y gloriosa, había contado demasiado con el apaciguamiento de las pasiones anárquicas, y que la generosidad del emperador, al multiplicar los perdones y las amnistías, había alimentado esta esperanza; pero que un execrable atentado acababa de hacer caer la venda de todos los ojos y había revelado los resentimientos salvajes, los culpables propósitos que abrigaba aún el partido revolucionario. La conclusión del general consistía en que era preciso dar á Francia, mediante una vigilancia activa, las garantías que reclamaba, y la circular terminaba con la antigua fórmula del golpe de Estado: «Ya es tiempo de que los buenos se tranquilicen y los malos tiemblen.»

No solamente en el interior adquiría la situación un aspecto sombrío. Acababan de alterarse las relaciones entre Francia é Inglaterra. El *Moniteur* había insertado á fines de enero muchos mensajes firmados por coroneles, en nombre de sus regimientos, protestando contra el atentado de Orsini. La mayor parte de esos mensajes eran irreprochables. Los firmantes se limitaban á confirmar su adhesión á Napoleón III y á decirle que si hubiera perecido á manos de los asesinos, el ejército entero se habría levantado como un solo hombre para defender el trono de Napoleón IV. Pero, aparte de este lenguaje correcto, había en algunos de los mensajes publicados en el *Moniteur* sin que se hubiera reflexionado en sus consecuencias, injurias y amenazas violentas contra Inglaterra. El del coronel Hardy, del 39.º de línea, contenía esta frase: «La indignación contra los perversos ha seguido en nuestros corazones viriles á nuestra gratitud á Dios, y nos induce á pedir cuenta á la tierra de impunidad donde se halla la guarida de los monstruos que se cobijan bajo sus leyes. Mandad, señor, y los perseguiremos hasta en los sitios en que se creen seguros.»

El coronel Cassaignoles, del quinto regimiento de cazadores de á caballo: «Por segunda vez ha sido puesta en peligro por manos extranjeras la vida de Vuestra Majestad, tan cara al ejército, tan preciosa é indispensable para la paz y el bien-

estar de Europa entera. ¡Asesinos odiosos, miserables instrumentos dirigidos por los enemigos de la sociedad!.. Estos enemigos están fuera de nuestro alcance; pero si nuestros brazos se hallan paralizados, la voluntad de V. M., la de



El general Espinasse

Francia, pueden destruir esas madrigueras de abominables conspiradores.»

El coronel Mattat, del 22.º de línea: «No expresaríamos por completo nuestro pensamiento si omitiéramos decir que nos parece monstruoso el que algunos

demagogos del peor género puedan encontrar en el mundo un refugio en que les sea permitido preparar tranquilamente el asesinato de los monarcas y la perturbación de los pueblos. En Francia lo mismo que en el extranjero la ley no puede resultar impotente. En fin, para no ocultar nada, parece imposible considerar como amigos á gobiernos capaces de conceder asilo á unos bandidos á los cuales se deja proclamar impunemente el regicidio y que terminan por lanzar á modo de reto á la honradez y á la civilización matanzas tales como la de la calle de Le Peletier.»

Estos mensajes exasperaron hasta tal punto el orgullo y la sensibilidad británicos, que hubo momento en que llegó á temerse una ruptura inminente entre Francia é Inglaterra.

Al mismo tiempo, el proyecto de *ley de seguridad general* causaba vivísima emoción. Había sido presentado el 1.º de febrero al Cuerpo legislativo, y sus ocho artículos venían á parar en una disposición que confería al gobierno un derecho vago y temible para proscribir sin formación de causa á sus enemigos, ya expulsándolos del territorio, ya internándolos en él ó en Argelia. He aquí la lista de aquellos para quienes el capricho administrativo debía equivaler á toda clase de garantías judiciales: todos los hombres que en mayo y junio de 1848, en junio de 1849 ó en diciembre de 1851 habían sido sentenciados, ó internados, ó expulsados ó transportados como medida de seguridad; todos los que hubieran sido sentenciados por atentado contra el emperador ó contra la familia imperial, por complot encaminado á perturbar el Estado por medio de la guerra civil, por empleo ilegal de la fuerza armada, por devastación y saqueo públicos, por fabricación de pasaportes falsos; todos los que habían sido reos de delitos menos bien definidos: rebelión, aunque no fuera armada, con tal que se hubiesen levantado partidas; provocación á la desobediencia para con los militares; fabricación ó aun simple detención de armas y de municiones de guerra, ó participación en movimientos insurreccionales. La ley creaba además algunos delitos nuevos, especialmente el de manejos en el interior ó en el extranjero con objeto de alterar el orden público, y el de excitación al odio y al desprecio del gobierno del emperador.

El partido liberal acogió semejante proyecto con movimiento unánime de reprobación, calificándole de *ley de sospechosos*. M. Alfredo Darimón escribió en una nota que á fines de marzo le pidió el príncipe Napoleón para presentarla al emperador: «Al día siguiente del atentado se declara á la Europa admirada que el Imperio está minado por su base, rodeado de conspiraciones, que las sociedades secretas le amenazan, y que se derrumba, si no se toman medidas que autoricen al gobierno á hacer lo que le plazca de cierta clase de ciudadanos. En otros términos, se acaba de proclamar que siete años de una política gloriosa no han servido de nada, que hay que empezar de nuevo, hasta por el golpe de Estado. Los partidos estaban muertos; se los resucita: se acercaban al Imperio se los rechaza.»

Castigar franceses por un crimen cometido exclusivamente por italianos no parecía justo ni lógico.

El Cuerpo legislativo, á pesar de su docilidad habitual, mostró repugnancias significativas contra el proyecto. El gobierno trató de disipar los escrúpulos publicando en el *Moniteur* del 13 de febrero una nota en la que se decía que las nuevas medidas obedecían á un plan de conjunto resuelto hacía mucho tiempo, que el nombramiento del general Espinasse para el ministerio del Interior no modificaba en nada la política imperial y que además se aplicaría con moderación la ley de seguridad general.

La comisión elegida por el Cuerpo legislativo para dictaminar sobre el proyecto designó como ponente al conde de Morny. Éste, siempre hábil para esquivar las dificultades, declaró en su informe que los que no conspiraban, nada debían temer de una ley que no iba encaminada contra los legitimistas, ni contra los orleanistas, ni siquiera contra los republicanos moderados. El gobierno respetaría todos los recuerdos, todas sus esperanzas, y sólo se las habría con los demagogos y los fautores de conspiraciones. El conde de Morny añadía que el nuevo estado de cosas sería transitorio y que la intervención de los altos funcionarios impediría toda equivocación ó todo rigor improcedentes.

El 18 de febrero comenzaron los debates en el Cuerpo legislativo ante un público mucho más numeroso que de costumbre. Emilio Ollivier pronunció un magnífico discurso para combatir el proyecto. «Quiero, dijo, presentarme, no como hombre de partido, sino como hombre honrado; solamente me guía un objeto, tributar homenaje al derecho.» El elocuente orador terminó así su discurso, que causó gran impresión: «Debe desecharse esa ley, no por mezquina oposición, sino por cordura y hasta por adhesión al monarca y para designar el verdadero camino que debe inaugurar la política del porvenir.»

Después de dos días de discusión se adoptó el proyecto, votando tan sólo en contra veinticuatro diputados, que fueron Ancel, el marqués de Andelarre, Brame, Curé, Darimón, el conde de Flavigny, Gareau, Guin, Halligón, Henón, Leopoldo Javal, el barón de Jouvencel, el conde Enrique de Kersaint, Königswarter, el conde Anatolio Lemerrier, Legrand, el barón de Lesperut, el marqués de Mortemart, Ollivier, Julio Ouvrard, el conde de Pierres, Plichón, el vizconde de Rambourg y el marqués de Talhonet.

La ley sólo tuvo un voto de oposición en el Senado. «Pero aquel voto, ha dicho M. Darimón en su notable obra titulada *Historia de doce años*, aquel voto valía por mil; era el del general Mac Mahón. Como las sesiones del Senado no eran públicas, tan sólo un número reducido de personas conoció el discurso del general. Algunos periódicos extranjeros intentaron hacerle penetrar en Francia; pero fueron recogidos en la frontera. Si este discurso hubiera tenido gran publicidad, habría producido mucho efecto en la opinión pública.»

A consecuencia de la nueva ley fueron detenidas cuatrocientas personas, y trescientas de ellas enviadas á Argelia. «Efectuada esta ejecución, dice M. de

la Gorce en su *Historia del segundo Imperio*, el gobierno, ya fuera por haber recobrado su sangre fría, ya por moderación ó bien por arrepentimiento, se negó á llevar más adelante una repetición tan inmotivada é inoportuna del golpe de Estado.»

El 25 de marzo anunció el *Moniteur* que se había conseguido el objeto propuesto y que los que se encontraban expuestos á los rigores gubernamentales no tenían nada que temer si no cometían nuevos desmanes. La ley de seguridad general continuó siendo una espada de Damocles, pero casi nunca hirió ya.»

Napoleón III vacilaba entre dos caminos: el que conducía á la reacción y el que tenía por término el coronamiento del edificio imperial por la libertad. La política de rigor y la de olvido tenían partidarios entre los consejeros del monarca. El general Espinasse representaba la primera de estas políticas combatida por el príncipe Napoleón. Queriendo justificar su programa, el general-ministro dirigió al emperador una nota que se encontró después del 4 de septiembre entre los papeles de las Tullerías. «Una de dos, decía en esta nota, ó V. M. quiere modificar su sistema, desmentir sus antecedentes, cesar, á lo que juzgo, de responder á los votos y á las necesidades más imperiosas del país, y en este caso confieso que no soy ni puedo ser el hombre encargado de semejante misión; ó se propone perseverar con razón en los principios de autoridad vigilante que son y deben ser las bases de su gobierno, sin perjuicio de aflojar, hasta cierto punto, lo que en una situación excepcional había de forzosamente tirante, y en este caso no puede aflojar de un modo conveniente las riendas sino un hombre que sea capaz de tirar de nuevo de ellas y de un modo vigoroso siempre que de ello hubiere necesidad. Prescindir de ese hombre es dar nuevo pasto á la inquietud pública, es justificarla con una apariencia de versatilidad y de debilidad, sin contentar en absoluto á los que en el fondo se proponen derribar las instituciones imperiales.»

El general se quería hacer de este modo el hombre necesario, y anunciaba su dimisión para el caso en que el emperador no aceptase sus ideas. Esta dimisión fué aceptada, y el general Espinasse, nombrado senador, fué reemplazado el 15 de junio como ministro del Interior por M. Delangle, que no agregó á este título el de ministro de Seguridad general. Al mismo tiempo se creó un nuevo ministerio, el de Argelia y Colonias, para el príncipe Napoleón, llamado de este modo á crear un puesto en el Consejo. Suspendióse, pues, la política excepcional motivada por el atentado del 14 de enero, pudiéndose ya prever una primera orientación hacia el Imperio liberal de 1870.

XXIII

EL CONDE DE PERSIGNY

Una de las consecuencias del atentado del 14 de enero fué suscitar complicaciones entre Francia é Inglaterra que por espacio de algunas semanas presentaron un carácter muy grave y sometieron á una prueba ruda la alianza de las dos naciones.

El embajador de Napoleón III á la reina Victoria era el conde de Persigny desde el 7 de mayo de 1855. Nacido en Saint-Germain-Lespinnasse, departamento del Loira, el 11 de enero de 1808, acababa de cumplir cincuenta años. Su carrera, como la de su soberano, había abundado en vicisitudes y agitaciones. Hijo de un oficial del primer Imperio que pereció en 1812 en la batalla de Salamanca, había salido con el número uno de la escuela de caballería de Saumur en 1826, pero dejó el servicio militar en 1833. Durante el reinado de Luis Felipe escribió en periódicos legitimistas antes de afiliarse al bonapartismo, del que fué uno de los más fervorosos apóstoles y de los principales precursores. Contribuyó grandemente á la organización del complot de Estrasburgo, y en el acta de acusación se decía de él que era hombre de cabeza y de resolución, activo, inteligente, que poseía como nadie los secretos de las tramas en que se basaba la conspiración.» Reducido á prisión con el príncipe Luis Napoleón, pudo escaparse y logró refugiarse en Inglaterra. Tomó luego parte en la expedición de Boulogne y fué sentenciado á veinte años de reclusión. Encerrado primero en Doullens, logró ser trasladado al hospital militar de Versalles. A fines del reinado de Luis Felipe fué simplemente internado en el recinto de esta ciudad, en la que disfrutaba de entera libertad de acción. Diputado á la Asamblea legislativa en 1849, fué uno de los hombres que más ayudaron al príncipe-presidente á conquistar el poder supremo. Habiendo sido partícipe del trabajo, lo fué del triunfo, y Napoleón III, uno de cuyos méritos consistía en ser hombre agradecido, le colmó de honores, nombrándole ministro del Interior y senador en 1852, embajador en Londres en 1855, gran cruz de la Legión de Honor en 1856, é individuo del Consejo privado en 1858. El 27 de mayo de 1852 había hecho que se casara con una linda joven de diez y ocho años, nacida del matrimonio del general príncipe del Moskowa, hijo mayor del ilustre mariscal, con la hija única del célebre banquero Santiago Lafitte.

Perfecto conocedor de la lengua, costumbres é instituciones de Inglaterra,

la Gorce en su *Historia del segundo Imperio*, el gobierno, ya fuera por haber recobrado su sangre fría, ya por moderación ó bien por arrepentimiento, se negó á llevar más adelante una repetición tan inmotivada é inoportuna del golpe de Estado.»

El 25 de marzo anunció el *Moniteur* que se había conseguido el objeto propuesto y que los que se encontraban expuestos á los rigores gubernamentales no tenían nada que temer si no cometían nuevos desmanes. La ley de seguridad general continuó siendo una espada de Damocles, pero casi nunca hirió ya.»

Napoleón III vacilaba entre dos caminos: el que conducía á la reacción y el que tenía por término el coronamiento del edificio imperial por la libertad. La política de rigor y la de olvido tenían partidarios entre los consejeros del monarca. El general Espinasse representaba la primera de estas políticas combatida por el príncipe Napoleón. Queriendo justificar su programa, el general-ministro dirigió al emperador una nota que se encontró después del 4 de septiembre entre los papeles de las Tullerías. «Una de dos, decía en esta nota, ó V. M. quiere modificar su sistema, desmentir sus antecedentes, cesar, á lo que juzgo, de responder á los votos y á las necesidades más imperiosas del país, y en este caso confieso que no soy ni puedo ser el hombre encargado de semejante misión; ó se propone perseverar con razón en los principios de autoridad vigilante que son y deben ser las bases de su gobierno, sin perjuicio de aflojar, hasta cierto punto, lo que en una situación excepcional había de forzosamente tirante, y en este caso no puede aflojar de un modo conveniente las riendas sino un hombre que sea capaz de tirar de nuevo de ellas y de un modo vigoroso siempre que de ello hubiere necesidad. Prescindir de ese hombre es dar nuevo pasto á la inquietud pública, es justificarla con una apariencia de versatilidad y de debilidad, sin contentar en absoluto á los que en el fondo se proponen derribar las instituciones imperiales.»

El general se quería hacer de este modo el hombre necesario, y anunciaba su dimisión para el caso en que el emperador no aceptase sus ideas. Esta dimisión fué aceptada, y el general Espinasse, nombrado senador, fué reemplazado el 15 de junio como ministro del Interior por M. Delangle, que no agregó á este título el de ministro de Seguridad general. Al mismo tiempo se creó un nuevo ministerio, el de Argelia y Colonias, para el príncipe Napoleón, llamado de este modo á crear un puesto en el Consejo. Suspendióse, pues, la política excepcional motivada por el atentado del 14 de enero, pudiéndose ya prever una primera orientación hacia el Imperio liberal de 1870.

XXIII

EL CONDE DE PERSIGNY

Una de las consecuencias del atentado del 14 de enero fué suscitar complicaciones entre Francia é Inglaterra que por espacio de algunas semanas presentaron un carácter muy grave y sometieron á una prueba ruda la alianza de las dos naciones.

El embajador de Napoleón III á la reina Victoria era el conde de Persigny desde el 7 de mayo de 1855. Nacido en Saint-Germain-Lespinnasse, departamento del Loira, el 11 de enero de 1808, acababa de cumplir cincuenta años. Su carrera, como la de su soberano, había abundado en vicisitudes y agitaciones. Hijo de un oficial del primer Imperio que pereció en 1812 en la batalla de Salamanca, había salido con el número uno de la escuela de caballería de Saumur en 1826, pero dejó el servicio militar en 1833. Durante el reinado de Luis Felipe escribió en periódicos legitimistas antes de afiliarse al bonapartismo, del que fué uno de los más fervorosos apóstoles y de los principales precursores. Contribuyó grandemente á la organización del complot de Estrasburgo, y en el acta de acusación se decía de él que era hombre de cabeza y de resolución, activo, inteligente, que poseía como nadie los secretos de las tramas en que se basaba la conspiración.» Reducido á prisión con el príncipe Luis Napoleón, pudo escaparse y logró refugiarse en Inglaterra. Tomó luego parte en la expedición de Boulogne y fué sentenciado á veinte años de reclusión. Encerrado primero en Doullens, logró ser trasladado al hospital militar de Versalles. A fines del reinado de Luis Felipe fué simplemente internado en el recinto de esta ciudad, en la que disfrutaba de entera libertad de acción. Diputado á la Asamblea legislativa en 1849, fué uno de los hombres que más ayudaron al príncipe-presidente á conquistar el poder supremo. Habiendo sido partícipe del trabajo, lo fué del triunfo, y Napoleón III, uno de cuyos méritos consistía en ser hombre agradecido, le colmó de honores, nombrándole ministro del Interior y senador en 1852, embajador en Londres en 1855, gran cruz de la Legión de Honor en 1856, é individuo del Consejo privado en 1858. El 27 de mayo de 1852 había hecho que se casara con una linda joven de diez y ocho años, nacida del matrimonio del general príncipe del Moskowa, hijo mayor del ilustre mariscal, con la hija única del célebre banquero Santiago Lafitte.

Perfecto conocedor de la lengua, costumbres é instituciones de Inglaterra,

el conde de Persigny contaba muchos amigos en la elevada sociedad inglesa. Partidario convencido de la alianza, bienquisto de los whigs lo mismo que de los torys, muy apreciado por la reina y por los ministros, le agradaba residir en Londres, donde su fama de amigo y confidente del emperador le deparaba como diplomático una fuerza y una autoridad excepcionales.

Hemos dicho ya que al día siguiente del atentado del 14 de enero el embajador de Francia se había congratulado de la actitud del ministerio inglés. Pero poco después cambiaron las cosas. El origen de las complicaciones fué un despacho que el conde Walewski dirigió al de Persigny el 20 de enero de 1858 y que lord Palmerston presentó el 8 de febrero en la mesa de la Cámara de los Comunes. El ministro de Negocios extranjeros del emperador comenzaba por recordar en este despacho que el nuevo atentado, lo mismo que los anteriores, se había tramado en Inglaterra; que los autores del complot habían preparado allí á sus anchas sus medios de acción, estudiado y fabricado los instrumentos de destrucción de que acababan de hacer uso, y que de allí habían salido para realizar su plan. Ninguna nación respeta más que Francia el derecho de asilo; pero los asesinos ¿merecen hospitalidad? «¿La legislación inglesa, añadía el conde Walewski, puede seguir amparando á unos hombres que se ponen fuera del derecho común y reniegan de la humanidad?» Y concluía de este modo: «El gobierno de S. M. Británica puede ayudarnos á conjurar el peligro, dándonos una garantía de seguridad que ningún Estado puede negar á un Estado vecino y que tenemos derecho á esperar de un aliado. Llenos además de confianza en el elevado criterio del gabinete inglés, nos abstenemos de toda indicación relativa á las medidas que convendría tomar y nos lisonjea la firme persuasión en que estamos de que no apelamos en vano á su conciencia y á su lealtad.»

La nota del conde Walewski no fué al pronto mal acogida en Londres. Lord Clarendon, jefe del Foreign Office, escribió el 23 de enero á lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, que el Parlamento jamás consentiría en aprobar un *bill* para la expulsión de los extranjeros: «tanto daría, decía, proponer á la Cámara de los Lores ó á la de los Comunes la anexión de Inglaterra á Francia; mas, aparte de esto, los consejeros de la reina no mostraban repugnancia en estudiar la legislación vigente y llenar sus vacíos si necesario fuese.» El conde de Persigny se creía completamente tranquilizado acerca de las disposiciones del ministerio inglés, y el 29 de enero escribía al conde Walewski: «Aquí no se expondrán á una guerra terrible por afición á las sutilezas judiciales y en interés exclusivo de una cuadrilla de malvados.»

El Parlamento estaba cerrado, pero iba á reunirse el 8 de febrero. El primer ministro, lord Palmerston, preparó para someterla á su aprobación una moción calificada de *Conspiracy bill*, que castigaba como crimen de alta traición todos los complots tramados en Inglaterra para asesinar á un príncipe extranjero.

En tal estado se hallaban las cosas cuando á fines de enero se tuvo en París la malhadada idea de insertar en el *Moniteur* los mensajes de coroneles que con-

tenían verdaderas injurias contra Inglaterra. Según escribió M. de Persigny al conde Walewski, con ello se suscitaba una gran dificultad al gobierno inglés. Con todo, la opinión general era que los tories no combatirían el *conspiracy bill* presentado por los whigs. «Hoy, decía el embajador en un despacho del 5 de febrero, he recibido vivas felicitaciones de muchos de mis colegas que, dando ya por alcanzado el resultado, me atribuyen su mérito. La verdad es que si he cumplido con mi deber, me han auxiliado grandemente las simpatías políticas que el emperador despierta en el país y las amistades respetuosas que ha sabido inspirar. Sin embargo, no hay que abusar. La discusión será viva y seria.»

En vista del efecto desastroso causado por muchos mensajes de coroneles, el conde Walewski dirigió el 6 de febrero al conde de Persigny un despacho en que decía: «Si entre las manifestaciones entusiastas de adhesión del ejército á S. M. han podido deslizarse en el periódico oficial algunas palabras que han parecido en Inglaterra expresión de un sentimiento diferente, son demasiado contrarias al lenguaje que el gobierno imperial no ha cesado de usar en este asunto al dirigirse al de S. M. Británica para que se las pueda atribuir á otra cosa que á una inadvertencia causada por la afluencia de estos mensajes en los primeros momentos. El emperador os encarga que digáis á lord Clarendon cuánto lo lamenta.» Gracias á esta retractación, lord Palmerston obtuvo en la primera lectura del *conspiracy bill* en la Cámara de los Comunes una mayoría de doscientos votos. Los tories habían votado en pro, conforme á la promesa que hicieron á M. de Persigny, de suerte que nadie ponía en duda el buen resultado final.

La segunda lectura del bill se verificó el 19 de febrero. Muchos individuos de la Cámara de los Comunes, no dudando de la aprobación, se habían ausentado. Pero ocurrió el más imprevisto de los efectos teatrales. En el momento en que lord Palmerston se creía firmemente seguro de vencer, M. Milner Gibson presentó la siguiente enmienda: «La Cámara expresa su horror por el atentado contra la vida del emperador, y prestará su apoyo para que se remedien los vicios que pudiera haber en la legislación. Sin embargo, no puede menos de sentir que el gobierno, antes de invitar á la Cámara á modificar la ley, no haya creído que debía contestar al despacho francés del 20 de enero.» Esta enmienda fué aprobada por 234 votos contra 215, y en su consecuencia lord Palmerston y los demás ministros presentaron su dimisión. Los tories recobraron el poder y lord Derby formó un ministerio con M. Disraeli y lord Malmesbury. ¡Extraño resultado de los caprichos y de las anomalías parlamentarias! El hombre del *civis romanus*, el ministro preferido del patriotismo británico, era el que caía por achacársele que no había defendido suficientemente el honor nacional; el hombre de Estado con tanta frecuencia acusado de desencadenar las tempestades revolucionarias sobre Europa era el derribado por haber propuesto una medida esencialmente conservadora.

El conde de Persigny decía en un despacho del 23 de febrero: «Lord Pálmerton, con su independencia de espíritu habitual, me ha hablado de su situación como si se tratara de la dimisión de un mandarín chino. En su conversación no ha intercalado ninguna frase de enojo contra los hombres ó contra las cosas..... Ha observado que era la segunda vez que salía del ministerio á causa de Francia y del emperador: la primera cuando el ministerio de lord John Russell por haber aprobado el golpe de Estado, y me ha dicho que tendría el derecho de contestarlo así á cuantos, faltando á la verdad, le han acusado de no ser amigo sincero de Francia y del emperador.»

M. de Persigny confiaba en que el nuevo gabinete no retiraría el *conspiracy bill*. Lord Clárendon había sido reemplazado en el cargo de jefe del Foreign Office por lord Malmesbury, amigo personal de Napoleón III, que había ido á visitarle á la fortaleza de Ham cuando estaba preso. El embajador no descuidó nada para convencer al hombre de Estado inglés y á sus colegas, y les habló con la elocuencia más firme y más enérgica. Pero no podía menos de reconocer en su fuero interno que muchas de las críticas formuladas por ellos contra ciertas faltas del gobierno imperial tenían algo de fundadas. Lord Malmesbury le decía: «En todas partes, en todas las ciudades, en todos los ayuntamientos, se habían hecho convocatorias para preparar y votar mensajes de felicitación dirigidos al emperador: en una palabra, toda Inglaterra estaba en movimiento para atestiguarle su simpatía, cuando el *Moniteur* ha venido á enfriar todos los corazones. La iniciativa directa y oficial del gobierno francés ha excitado un sentimiento tanto más penoso cuanto que quitaba á Inglaterra el mérito de la iniciativa privada.»

Tal era en el fondo el sentimiento del mismo embajador. Parecía que «la facultad del *Moniteur* de representar al emperador era un peligro, sin ventaja alguna.» Lamentaba el envío de aquel solemne despacho del 20 de enero, que había ocasionado la caída de lord Pálmerton. Sin temor de ofender al conde Walewski y quizás también á su soberano, tenía la franqueza y la audacia de escribir al ministro de Negocios extranjeros el 28 de febrero: «No debo comentar vuestro despacho del 20 de enero. Lo único que puedo decir es que si se me hubiera consultado antes de dar semejante paso, como tal vez lo exigiera el uso en toda Europa y seguramente la prudencia ordinaria de las cosas humanas, no habría podido menos de aconsejar, en el caso en que se encontraba ya la cuestión planteada é iniciada por el gobierno inglés, que no se enviara ese despacho, ó por lo menos que no se le diera el carácter de una comunicación oficial... Henos, pues, llegados, por una serie de incidentes, faltas, imprudencias ó negligencias, como se les quiera llamar, á la deplorable situación en que un suceso horrible, que debía despertar la simpatía de toda Europa y de Inglaterra en particular en favor del emperador, ha sido causa de un grave conflicto entre los dos países; que aquí las pasiones populares sobrecitadas contra Francia parecen dominar la razón de las clases inteligentes, y que hoy un ministerio débil é

indeciso está encargado de hacer aprobar un bill que en sí no es nada, pero que ha suscitado en su contra todas las pasiones del país porque se le cree impuesto por una potencia extranjera.»

Aquí llegaba de su despacho el conde de Persigny cuando recibió un billete de lord Malmesbury en que éste le rogaba que pasara á verle. Con gran asombro del embajador, el jefe del Foreign Office le anunció que el ministerio renunciaba á presentar el bill.

Las cosas iban tomando de este modo un carácter muy grave y se podía temer la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Francia, cuando de pronto el emperador hizo dirimir la cuestión directamente entre el conde Walewski y lord Cowley, sin consultar ni avisar á M. de Persigny, el cual se resintió sobre manera. «El martes pasado, 16 de marzo, escribió al conde Walewski, lord Derby vino á verme para congratularse conmigo, según me dijo, por la grande y feliz noticia; y como en mi asombro por no saber nada, le preguntaba qué entendía por feliz noticia, me dijo, sorprendido á su vez de mi ignorancia, lo que había pasado entre V. E. y lord Cowley. La alegría de lord Derby era muy natural. El partido tory, después de haber faltado tres veces á su palabra, no podía esperar que al presentarse por vez primera ante el ministro de Negocios extranjeros del emperador, recibiera de él felicitaciones y cumplimientos. Por interés de la dignidad del emperador, se me debería haber avisado antes que á nadie de la actitud que había tomado V. E., porque la ignorancia en que V. E. me ha dejado no podía menos de tener desagradables consecuencias. Esto es, señor conde, lo que en interés de nuestra mutua responsabilidad tenía que decir, como debía, á V. E.»

Como el conde Walewski obró por orden del emperador, éste le dió la razón y el 20 de marzo de 1858 aceptó la dimisión del embajador.

Veamos ahora qué comunicaciones se habían cruzado entre el ministro de Negocios extranjeros y lord Cowley. En un despacho del 4 de marzo dirigido á este último, lord Malmesbury declaraba que si se probaban ante un jurado todos los delitos enumerados por el conde Walewski, traerían consigo una condena, y que en razón del último atentado se habían iniciado procesos por complicidad y contra una publicación que erigía el asesinato en sistema. No se trataba ya del *conspiracy bill*. Pero lord Malmesbury atestiguaba en nombre del gobierno de la reina «el deseo de mantener la alianza que desde el restablecimiento del Imperio existía entre Francia é Inglaterra con gran ventaja de las dos naciones.»

El conde Walewski respondió con un despacho fechado el 11 de marzo, dirigido al conde de Persigny, é inspirado, ya que no redactado por el emperador; en él se advierte la elevación de miras y de estilo-habitual de Napoleón III. Decía que el gobierno se felicitaba de las seguridades amistosas del nuevo gabinete inglés y que S. M. creía haber aprovechado hacía seis años todas las ocasiones de estrechar los vínculos entre ambos pueblos... ¿Qué había sucedido?

Que el conde Walewski había dado aviso al gobierno de S. M. Británica de la existencia de una secta que en sus publicaciones y meetings erigía el asesinato en doctrina y que en el espacio de ocho años había enviado á Francia nada menos que ocho asesinos para matar al emperador. «S. M. os ha definido del modo más claro el carácter de nuestras gestiones, cuando os escribió á fines de enero: — No me hago ninguna ilusión sobre la poca eficacia de las medidas que se podrían tomar, pero siempre será este un buen procedimiento que calmara muchos enojos. Hoy ya no es cuestión de salvar mi vida, sino de salvar la alianza... — Creo inútil deciros, por otra parte, que jamás se me ha ocurrido considerar la legislación inglesa como protectora á sabiendas de los criminales. Mi despacho del 20 de enero no tenía más objeto que llamar la atención sobre un estado de cosas desagradable; pero me he abstenido cuidadosamente de expresar una opinión cualquiera acerca de las medidas adecuadas para remediarlo... Al dar estas seguridades á lord Malmesbury, tendréis la bondad de añadir que habiéndose desconocido las intenciones del emperador, el gobierno de S. M. se abstendrá de continuar una discusión que, de prolongarse, podría lastimar la dignidad y la buena inteligencia de los dos países, y que confía pura y simplemente en la lealtad del pueblo inglés.»

Este despacho, que no tenía más inconveniente que el de ser tardío, era sin duda muy bonito, así en el fondo como en la forma; pero hay que convenir en que parecía anormal que los ministros ingleses hubiesen tenido conocimiento de él antes que el embajador de Francia en Londres, á quien iba dirigido.

XXIV

EL MARISCAL PELISSIER EMBAJADOR

Por decreto de 23 de marzo de 1858 el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, fué nombrado embajador de Francia en Londres, en reemplazo de M. de Persigny. Este dió en tal ocasión una prueba de patriotismo y de elevación de miras. El 24 de marzo escribió al conde Walewski: «Se ha hecho el nombramiento del duque de Malakoff para colocar de nuevo la política del gobierno del emperador al nivel en que estaba antes de las últimas circunstancias. Al escoger para reemplazarme á un hombre eminente cuyo nombre es el símbolo de una política digna y firme al mismo tiempo que trae á la memoria de los dos países el recuerdo más glorioso de su alianza, el gobierno da en cierto modo una ostensible adhesión á las observaciones que le había manifestado al presentarle mi dimisión. El doble objeto á que no he cesado de aspirar por mis esfuerzos y por mis consejos, la conservación de la alianza y el mantenimiento de nuestra dignidad, resulta admirablemente indicado con la elección de mi sucesor, y de este modo puedo aplaudirme de no haber apelado en vano al justo orgullo de mi gobierno. Por lo demás, jamás he dudado un instante de las verdaderas miras del emperador, y por esto no temí, exponiéndome á disgustarle, rasgar violentamente el velo que le ocultaba la verdad. Con este acto de abnegación he perdido una situación grande y elevada que convenía á mis gustos, pero tengo la convicción de haber cumplido con mi deber y servido á mi país.»

En seguida se comprendió en Inglaterra, lo mismo en las esferas oficiales que en el público, el sentido del nuevo nombramiento. El conde de Persigny añadía: «Lord Malmesbury, que anoche vino á pasar la velada conmigo, me ha dicho que la reina, que había acogido con viva satisfacción el nombre del mariscal, consideraba esta elección como un testimonio de alta consideración á Inglaterra al mismo tiempo que de elevada dignidad para Francia. Este nombre pronunciado anoche ha producido desde luego el efecto que debe causar dondequiera cierta emoción saludable, porque la reflexión precisó en breve su verdadero sentido.»

He aquí cómo relató el mariscal la toma de posesión de su embajada (despacho del 17 de abril de 1858): «A mi llegada á Londres el 15 de abril, he sido recibido con viva solicitud por la población de esta ciudad y por las autoridades civiles y militares. Las tropas estaban formadas en la carrera, y el Ayuntamien-

Que el conde Walewski había dado aviso al gobierno de S. M. Británica de la existencia de una secta que en sus publicaciones y meetings erigía el asesinato en doctrina y que en el espacio de ocho años había enviado á Francia nada menos que ocho asesinos para matar al emperador. «S. M. os ha definido del modo más claro el carácter de nuestras gestiones, cuando os escribió á fines de enero: - No me hago ninguna ilusión sobre la poca eficacia de las medidas que se podrían tomar, pero siempre será este un buen procedimiento que calmara muchos enojos. Hoy ya no es cuestión de salvar mi vida, sino de salvar la alianza... - Creo inútil deciros, por otra parte, que jamás se me ha ocurrido considerar la legislación inglesa como protectora á sabiendas de los criminales. Mi despacho del 20 de enero no tenía más objeto que llamar la atención sobre un estado de cosas desagradable; pero me he abstenido cuidadosamente de expresar una opinión cualquiera acerca de las medidas adecuadas para remediarlo... Al dar estas seguridades á lord Malmesbury, tendréis la bondad de añadir que habiéndose desconocido las intenciones del emperador, el gobierno de S. M. se abstendrá de continuar una discusión que, de prolongarse, podría lastimar la dignidad y la buena inteligencia de los dos países, y que confía pura y simplemente en la lealtad del pueblo inglés.»

Este despacho, que no tenía más inconveniente que el de ser tardío, era sin duda muy bonito, así en el fondo como en la forma; pero hay que convenir en que parecía anormal que los ministros ingleses hubiesen tenido conocimiento de él antes que el embajador de Francia en Londres, á quien iba dirigido.

XXIV

EL MARISCAL PELISSIER EMBAJADOR

Por decreto de 23 de marzo de 1858 el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, fué nombrado embajador de Francia en Londres, en reemplazo de M. de Persigny. Este dió en tal ocasión una prueba de patriotismo y de elevación de miras. El 24 de marzo escribió al conde Walewski: «Se ha hecho el nombramiento del duque de Malakoff para colocar de nuevo la política del gobierno del emperador al nivel en que estaba antes de las últimas circunstancias. Al escoger para reemplazarme á un hombre eminente cuyo nombre es el símbolo de una política digna y firme al mismo tiempo que trae á la memoria de los dos países el recuerdo más glorioso de su alianza, el gobierno da en cierto modo una ostensible adhesión á las observaciones que le había manifestado al presentarle mi dimisión. El doble objeto á que no he cesado de aspirar por mis esfuerzos y por mis consejos, la conservación de la alianza y el mantenimiento de nuestra dignidad, resulta admirablemente indicado con la elección de mi sucesor, y de este modo puedo aplaudirme de no haber apelado en vano al justo orgullo de mi gobierno. Por lo demás, jamás he dudado un instante de las verdaderas miras del emperador, y por esto no temí, exponiéndome á disgustarle, rasgar violentamente el velo que le ocultaba la verdad. Con este acto de abnegación he perdido una situación grande y elevada que convenía á mis gustos, pero tengo la convicción de haber cumplido con mi deber y servido á mi país.»

En seguida se comprendió en Inglaterra, lo mismo en las esferas oficiales que en el público, el sentido del nuevo nombramiento. El conde de Persigny añadía: «Lord Malmesbury, que anoche vino á pasar la velada conmigo, me ha dicho que la reina, que había acogido con viva satisfacción el nombre del mariscal, consideraba esta elección como un testimonio de alta consideración á Inglaterra al mismo tiempo que de elevada dignidad para Francia. Este nombre pronunciado anoche ha producido desde luego el efecto que debe causar dondequiera cierta emoción saludable, porque la reflexión precisó en breve su verdadero sentido.»

He aquí cómo relató el mariscal la toma de posesión de su embajada (despacho del 17 de abril de 1858): «A mi llegada á Londres el 15 de abril, he sido recibido con viva solicitud por la población de esta ciudad y por las autoridades civiles y militares. Las tropas estaban formadas en la carrera, y el Ayuntamien-

to me ha presentado un mensaje redactado amistosamente y al cual he respondido con algunas frases cordiales que parecen haber complacido á las personas que las han comprendido. Inmediatamente después de mi llegada á Londres, he pasado aviso á lord Malmesbury, que me ha citado para el 16 al mediodía. He sido puntual á la cita y nos hemos separado con la recíproca satisfacción de habernos visto, prometiéndonos reunirnos de nuevo á las tres en el palacio de la reina. He tenido el honor de presentar mis credenciales á S. M., que me ha dispensado lisonjera acogida, y sobre todo me ha hecho muchas preguntas demostrando afectuoso interés por el emperador y la emperatriz. Esta noche comeré con S. M. y creo que están también convidados los principales generales del ejército de Crimea que se hallan en Londres.» El príncipe Alberto escribió con este motivo al barón Stokmar: «El duque de Malakoff ha comido con nosotros. Habla con toda franqueza del estado de los asuntos en Francia y censura muchas de las medidas tomadas por su soberano. Está disgustado por tener que frecuentar la alta sociedad, cosa que detesta, pero le lisonjea ser embajador y haber sido tan bien recibido en Inglaterra. En cuanto diplomático, ignora los detalles de los negocios, pero su influencia como hombre puede ser útil.»

En el mismo momento en que el mariscal se felicitaba de la recepción brillante y cordial que se le había hecho, ocurrió un incidente que estuvo á punto de ocasionar nuevas complicaciones. Simón Bernard, uno de los cómplices de Orsini, fué absuelto el 17 de abril por un jurado inglés, á pesar de que no cabía duda acerca de su culpabilidad. Se había asociado al pedido de las bombas y las había enviado á Bruselas y de aquí á París; había dado dinero á Rudio, un pasaporte falso, una señal para que se conociesen, y le había despachado para que se presentase á Orsini. El gobierno inglés estaba persuadido de que Simón Bernard sería condenado y se preparaba á presentar la sentencia como contestación á los que le acusaban de inercia ó de impotencia. Los ministros de la reina lamentaron la absolución tal vez más que los del emperador.

El mariscal-embajador, conservando su sangre fría, se esforzó por calmar á su gobierno, y el 18 de abril escribió al conde Walewski: «Hásemelo presentado ocasión de conocer en palacio, donde he tenido el honor de comer ayer, las impresiones de S. M. y las de lord Malmesbury sobre el resultado del proceso Bernard. La reina y el principal secretario de Estado me han expresado el temor de que este suceso pareciera justificar las sensibles desconfianzas de que el pueblo inglés y su gobierno han sido recientemente objeto al otro lado del estrecho, y de que en nuestro país no se comprenda bastante el poco eco que los aplausos de algunos refugiados al veredicto del jurado han encontrado en toda la parte sana de la población y en la verdadera opinión pública de Inglaterra. No pongo en duda la sinceridad de estos sentimientos.»

La opinión del mariscal era que no se debía perder la calma, sino tener paciencia y contemporizar. «La resignación tiene á veces su trivialidad, decía en

otro despacho del 23 de abril; pero estamos en el caso de dejar correr el agua por debajo del puente y de que pase el tiempo sobre tantas cosas que una estricta prudencia hubiera podido evitar y que el ministerio inglés está pronto á conjurar, porque, cualesquiera que sean sus buenas y sinceras intenciones con respecto á la alianza, sufre el castigo de haber conseguido alcanzar el poder con motivo de una cuestión de política extranjera.»

En París se consideraban las cosas con menos calma. El conde Walewski escribía el 21 de abril al mariscal: «La absolución de Bernard ha producido en Francia, como era de temer, una sorpresa penosa y general; el sentimiento público está profundamente excitado, é incumbe al gobierno del emperador que esta impresión se manifieste en todos los puntos del Estado. En tales circunstancias, y sin que tengáis que modificar en modo alguno vuestras relaciones con el gobierno de S. M. Británica cuyas disposiciones habéis podido apreciar, el emperador desea que en vuestra actitud general haya cierta reserva y en particular que os abstengáis de asistir á banquetes públicos en los que la costumbre admitida os pondría en la obligación de contestar á los brindis que en ellos se pronunciasen.»

El mariscal contestó el 23 de abril: «Señor conde: Comprendo fácilmente la sorpresa causada en Francia por la absolución de Bernard; pero esta emoción es por lo menos tan penosa en el ánimo de la reina, de los ministros ingleses y de la población distinguida y sensata, y se habla con bastante desdén de los jurados y de sus apreciaciones. Pero en fin, en esto media ya autoridad de cosa juzgada y me parece difícil volver sobre semejante estado de cosas. No sé cómo podría modificar mi conducta con un gobierno tan contrito, si no más que nosotros, de esta situación y que, con el único objeto de evitar un escándalo público, vacila en proseguir procesos que vendrían á parar necesariamente en nuevas absoluciones.»

»En cuanto á los banquetes y á las reuniones en que se pronuncian discursos, huiré en lo posible de ellos, pero hubiera sido difícil, descortés y poco prudente rechazar la invitación del *United Service Club*, presidido por S. A. R. el duque de Cambridge, en el que no había que temer brindis intempestivos, y aunque los hubiese habido, sería fácil en mi concepto dejar en su puesto los hombres y las cosas. Pero nada de esto era de temer, y por el contrario, las palabras cambiadas y las impresiones comunicadas han sido propias para inspirar la convicción de que en el ejército, en la marina, en todas las fracciones de la sociedad que se respeta no cabe poner en duda las vivas simpatías hacia el emperador y su gobierno, del propio modo que se manifiesta una cordialidad sincera por nuestra marina, nuestro ejército y sus jefes. Si hubierais asistido á esta reunión, de seguro que no os hubieran preocupado esos energúmenos gangrenados al contacto de la hez de nuestros refugiados y que son los únicos que pueden hacer gala de una detestable adhesión á los hechos de un satélite de Orsini.» La conclusión del duque de Malakoff era la siguiente: «Es cuerdo,

prudente y racional dejar que el tiempo aplaque una agitación que sólo existe en las más bajas esferas.»

Los periódicos de Londres presentaron el banquete del *United Service Club* como una manifestación en favor de la alianza anglo-francesa. El *Post*, haciendo observar que se aplaudió con entusiasmo el brindis á la salud del emperador y de la emperatriz, añadía: «Aunque los dos Estados puedan tener miras diferentes en política, no existe en Inglaterra, excepto en esa hez del pueblo siempre pronta á sobrenadar á la menor señal de borrasca, un solo hombre que no vea en el soberano de Francia un amigo sincero de nuestra patria y que no desee vivamente que la Providencia le conserve largos años para el mantenimiento de la paz y de una afectuosa alianza entre las dos poderosas naciones.» Después del *United Service Club* le tocó el turno al *Club del ejército y de la marina*, que ofreció también un banquete al ilustre guerrero. Luego las grandes familias de la aristocracia inglesa celebraron sucesivamente fiestas en su honor. Corría la época del movimiento de la alta sociedad, y el mariscal fué el niño mimado de la *season*.

En medio de las demostraciones en favor de la alianza, el ministerio tory creyó que podría dejar caer en el olvido el *conspiracy bill* presentado por lord Palmerston. Sin retirarlo oficialmente, llegó al mismo resultado no pidiendo la segunda lectura antes de terminar la legislatura. Se había disipado el nublado, y se podía creer que todo había vuelto á los hermosos días de la cordialidad entre las dos naciones.

Napoleón III estuvo bien inspirado al confiar, en circunstancias difíciles, la embajada de Francia en Inglaterra al héroe de Malakoff. Era éste en el fondo un hombre de talento que, bajo un exterior de franqueza y hasta de brusquedad soldadesca, ocultaba un sano criterio y gran sagacidad. El mariscal había sido algo diplomático en Crimea. Sin incurrir en el desagrado del emperador, había logrado rechazar el plan del monarca, que consistía en atacar á Sebastopol, y realizar el suyo, que era el asedio y nada más que el asedio. Las cartas que escribió entonces á Napoleón III prueban su tacto y su habilidad. En Londres tuvo el buen acuerdo de comprender que la absolción de Bernard era la contestación á los inoportunos mensajes de los coroneles, y no podía hallarse diplomático de carrera cuya actitud fuera más circunspecta y más conciliadora que la suya, de suerte que á él se debió el restablecimiento de la alianza comprometida.

Aquellos de mis colegas que tuvieron el honor de servir á las órdenes del duque de Malakoff durante su embajada en Londres, que duró desde el 23 de marzo de 1858 hasta el 9 de mayo de 1859, me han dicho que era un joven benévolo, bueno y justo. El mariscal los trataba familiarmente y jamás se daba importancia ni manifestaba altanería. Era aficionado á la literatura y hasta poeta en sus ratos de ocio. Un día dijo al vizconde de Beaumont, joven y distinguido diplomático: «Leed esta composición que acabo de recibir: me parece exe-

crable.» M. de Beaumont leyó la poesía y luego dijo prudentemente: «Señor mariscal, perdonadme si no soy de vuestro parecer, pero estos versos me parecen muy buenos. — Tenéis olfato, replicó el mariscal, porque esos versos son míos.»

El duque de Malakoff demostró en su embajada noble independencia de carácter. Su encuentro con el duque de Aumale fué célebre. Ernesto Daudet lo ha contado con mucho atractivo en la excelente obra que ha dedicado á la memoria del ilustre príncipe académico. El encuentro ocurrió en Hyde-Park. El carruaje del hijo de Luis Felipe acababa de cruzarse con otro, cuyo cochero y lacayos llevaban, lo mismo que los del príncipe, la escarapela francesa. El duque de Aumale reconoció al mariscal Pelissier, á quien no había visto desde la época en que era su jefe como gobernador general de Argelia. El mariscal, al ver al príncipe, se levantó y le saludó. Ambos se apearon del coche al mismo tiempo y se abrazaron en presencia de los paseantes admirados. «Monseñor, dijo entonces el duque de Malakoff, sirvo á Francia reinando Napoleón III como la serví reinando vuestro padre; pero no he dado nada al olvido. En mi despacho tengo vuestro retrato. Llevo siempre la cruz de San Luis que me han dado los Borbones, y tengo cuidado de ostentarla cuando voy á ver á mi padischah, quien no ignora la adhesión que os profeso. Ahora, confío en que nos volveremos á ver.»

El mariscal Pelissier tenía mano de hierro y corazón de oro.

* * *

A Napoleón III le gustaba Fontainebleau tanto como á Napoleón I. Su afición á la historia le hacía comprender las bellezas de un palacio en que parecen resucitar las glorias francesas, y en que todos los estilos de arquitectura desde la época de San Luis hasta nuestros días están representados por ejemplares magníficos. En la capilla de aquel palacio había sido tenido en las fuentes bautismales por su tío Napoleón I y por la emperatriz María Luisa, y siendo niño había jugado bajo los árboles seculares de los jardines y del bosque.

No parece sino que las sombras de los monarcas, de las reinas, de las favoritas, de los grandes ministros, del papa Pío VII, alternativamente huésped venerado y prisionero del emperador, aparecen en el palacio legendario. La figura que allí ha dejado la huella más profunda es la del vencedor de Austerlitz, ese acaparador de glorias. El mismo Luis XIV no se apodera tanto de la mente de los visitantes, y lo que más impresión causa es el patio de la Despedida. Créese ver allí el gigante de las batallas que acaba de firmar su abdicación, bajando despacio la escalinata y estrechando contra su corazón el águila de los granaderos de su guardia.

Napoleón III ocupaba en el palacio de Fontainebleau las habitaciones de su tío, que daban al Jardín de Diana. Los dos emperadores tuvieron el mismo

despacho, la misma alcoba, la misma sala del trono é igual sala del Consejo de ministros.

La emperatriz Eugenia habitaba los aposentos de María Antonieta, esa poética y desgraciada soberana á la cual profesa verdadero culto. Su dormitorio era el de las *Cinco Marías*, así llamado de las cinco reinas que llevaban este nombre: María Teresa, mujer de Luis XIV; María Leczinska, de Luis XV; María Antonieta, de Luis XVI; María Luisa, de Napoleón I, y María Amelia, de Luis Felipe I. Esta cámara soberbia, que tiene vistas al jardín de Diana, está tapizada de sederías regaladas por la ciudad de Lyon á María Antonieta con motivo de su casamiento. Hace pocos años, la emperatriz Eugenia ha vuelto á visitarla, y en ella ha meditado sobre la inestabilidad de las grandezas humanas. La viuda de Napoleón III, vestida de negro, con un largo velo, en la cámara de la reina mártir, en el palacio de Fontainebleau, ¿no ofrece un conmovedor asunto para inspirar á un pintor? Pero volvamos á los hermosos días de la emperatriz Eugenia, al tiempo en que Fontainebleau era para ella mansión de placeres.

Lo mismo que Napoleón III en su infancia, el pequeño príncipe imperial se paseaba bajo los árboles. *La Abeja*, periódico de la población, decía: «¡Con qué emoción ven los habitantes de Fontainebleau circular por las calles y paseos de la ciudad á ese bonito príncipe imperial en cuyas facciones se retrata ya toda la benevolencia de corazón de su madre! ¡Quiera Dios concederle largos años de vida y hacerle digno de su noble padre!» Nunca había estado el palacio tan animado, ni aun en los tiempos de Francisco I y Luis XIV. Todavía se ven hoy junto á la verja del patio de la Despedida dos garitas en cada una de las cuales había un centinela á caballo. De continuo entraban y salían en aquel patio magníficos carruajes. Los convidados se alojaban en el ala derecha, la de Luis XV. Por la noche, todas las ventanas, ahora cerradas y sombrías, resplandecían de luz. Se almorzaba y comía en esa admirable galería de las Fiestas — la sala de Enrique II, — que con su techo deslumbrador, su chimenea monumental, su tribuna de los músicos, sus grandes balcones, que daban unos al parterre y otros al patio oval, sólo tiene de comparable en cuanto á esplendor la galería de los Espejos de Versalles. Las mujeres hermosas evocaban el recuerdo de las doncellas de honor de Catalina de Médicis, del *escuadrón volante* como se las llamaba en la corte de los Valois. Todo el lujo y toda la elegancia de la antigua monarquía parecían revivir á pesar de nuestra época burguesa.

Las preocupaciones políticas de 1858 no impidieron al emperador y á la emperatriz pasar una temporada en Fontainebleau. Los paseos por el bosque, las cacerías debían disipar los lúgubres recuerdos del atentado del 14 de enero y hacer olvidar las complicaciones que los mensajes de los coroneles habían originado en Inglaterra. Antes de pensar en las aventuras y en los peligros de la guerra de Italia, el emperador iba á disfrutar en paz de un agradable reposo.

Cuando la emperatriz Eugenia entraba en el palacio por la escalinata, podía pensar en las princesas que como ella habían subido triunfalmente sus gradas y que fueron condenadas al destierro: la duquesa de Berry, cuya primera entrevista con su esposo tuvo lugar en el bosque, en la encrucijada de San Herem; la de Orleáns, que al llegar de Alemania fué recibida en lo alto de la escalera por Luis Felipe y María Amelia. La emperatriz podía preguntarse si le estaría reservada la misma suerte que á aquellas dos desgraciadas princesas; pero en la corte de Napoleón III nadie tenía semejantes presentimientos en 1858.

El domingo 23 de mayo llegaron á Fontainebleau el emperador, la emperatriz, el príncipe imperial, la reina de Holanda, el príncipe real de Wurtemberg, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, el príncipe Alejandro de los Países Bajos, el príncipe Joaquín Murat, la condesa de Montijo, el embajador de Inglaterra y lady Cowley, y los ministros de los Países Bajos y de Wurtemberg.

Allí, como en Compiègne, SS. MM. y sus ilustres huéspedes pasaron un mes agradable, disfrutando de diferentes distracciones que para el emperador fueron una tregua á sus preocupaciones políticas y á los recelos de sus aventurados proyectos para el porvenir. En la noche del 20 de junio la familia imperial estaba instalada de nuevo en el palacio de Saint-Cloud.



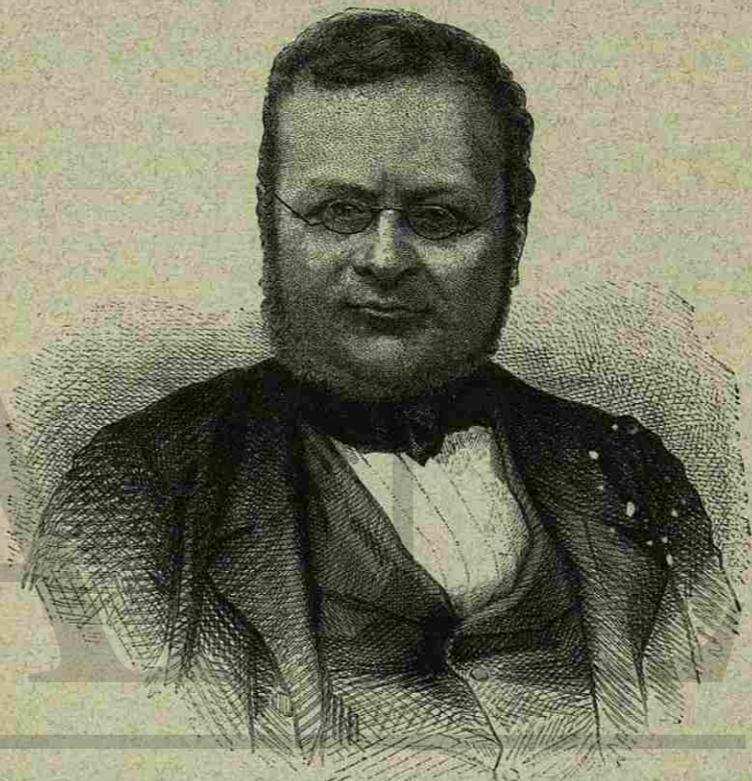
El príncipe imperial

EL CONDE DE CAVOUR

El 29 de junio de 1858, el emperador, dejando á la emperatriz y al príncipe imperial en Saint-Cloud, partió para Plombières, acompañado del general de Beville, uno de sus ayudantes de campo, del capitán de La Tour d'Auvergne, uno de sus oficiales de órdenes, y de M. Mocquard, jefe de su gabinete. En aquella pequeña ciudad de los Vosgos tuvo con el conde de Cavour una conferencia á la que el público no dió importancia: pasó casi inadvertida, y sin embargo, de resultas de ella se iban á cambiar muchas cosas en Europa. Antes de referirla, echemos una rápida ojeada sobre los antecedentes y el papel de aquel hombre de Estado piomontés.

Camilo Benso, conde de Cavour, nació en Turín el 10 de agosto de 1810. Por su padre era piomontés y por su madre de origen francés; por su abuela paterna era oriundo de Suiza y de Saboya. Su familia se envanecía de tener cierto parentesco con San Francisco de Sales. El joven Cavour hizo buenos estudios científicos en la escuela militar de Turín y se le eligió entre los cadetes para ingresar en el cuerpo de pajes. Agregado en calidad de tal á la casa del príncipe de Carignán, el futuro rey Carlos Alberto, mostró desde su infancia un orgullo y una independencia que no convenían á un paje, por lo cual tuvo que salir de la casa del príncipe, á quien desagradaba. Oficial de ingenieros á los diez y seis años de edad, estaba de guarnición en Génova cuando estalló la revolución francesa de 1830, y se mostró partidario caluroso de aquella revolución que excitaba en la corte de Turín reprobación general. Carlos Alberto subió al trono en 1831: desconfiaba ya del joven oficial, del cual dijo algún tiempo después: «Es uno de los hombres más peligrosos de mi reino,» y le envió á tomar parte en las obras de defensa del fuerte de Bard. Cavour lo consideró como un castigo, y á los seis meses pidió su licencia y se retiró á la vida privada. Para ocupar en algo su actividad, tomó la dirección de una de las posesiones de su padre, la de Leri, cerca de Vercelli, y se dedicó con ahinco á la industria y á la agricultura, criando ganados, cultivando remolacha, estudiando todo lo nuevo, como gas, fabricación de abonos químicos, bancos de descuento, y especulando con arroz, trigo y maíz, innovador en el terreno económico como algún día llegaría á serlo en un terreno mucho más vasto. Así reunió una gran fortuna, merced á la cual pudo fundar en 1847 el periódico *Il Risorgimento*.

Durante el largo período de su alejamiento de la política, hizo Cavour muchos viajes á Suiza, Inglaterra y Francia. Sus relaciones con el barón de Barante, ministro del rey Luis Felipe en Turín, y con el conde de Haussonville, secretario de la legación, le dieron acceso á los principales salones de París, especialmente á los del duque de Broglie, de Mme. de Circourt y de Mme. de



El conde de Cavour

Castellane, y como hablaba el francés mejor que el italiano, fué muy bien acogido. Entonces decía que era partidario del justo medio y se asociaba á las ideas del duque de Broglie, del conde Molé y de M. Guizot. Profesaba culto á Inglaterra, pero un secreto instinto le hacía presentir que esta nación jamás favorecería formalmente la causa italiana. «Soy gran admirador de los ingleses, escribía á la sazón; siento verdadera simpatía por ese pueblo, porque le considero como la vanguardia de la civilización; pero su política no me inspira la más leve confianza. Cuando le veo alargar una mano á Metternich y con la

otra excitar á los ultra-radicales en Portugal, España y Grecia, confieso que no me siento inclinado á creer en su honradez política.» Tenía el presentimiento de que su país no podría contar más que con Francia.

Las revoluciones italianas de 1848 desconcertaron al pronto á Cavour. Censuraba por intempestivas y peligrosas las provocaciones al Austria y no creía en el programa de *l'Italia fara da se*. Elegido diputado en junio de 1848 por tres circunscripciones, tomó asiento en la Cámara entre los moderados. En octubre de 1850 formó parte del gabinete presidido por M. d'Azeglio como ministro de Agricultura, Comercio y Marina. El rey Víctor Manuel vacilaba al principio á nombrarle. «Tenedlo muy presente, dijo á sus ministros: ese os tomará todas vuestras carteras.» Su actividad devoradora, sus brillantes triunfos en la tribuna, su asombrosa resistencia para el trabajo, su carácter, mezcla curiosa de flexibilidad y de energía, de prudencia y de audacia, no tardaron en asegurarle una influencia preponderante. En abril de 1851 agregó á sus tres carteras la de Hacienda y cimentó la prosperidad material del país antes de lanzarse en las aventuras.

Se puede considerar á M. de Cavour como el creador de la *Cuestión de Italia*. Tomando como doble palanca la libertad comercial y la libertad política, organizó, gracias á los periódicos y á los refugiados establecidos en Turín, un sistema de propaganda sin tregua. Pero no ignoraba que los revolucionarios no harían nada por sí mismos, y que sin el auxilio armado de una gran potencia, el Piamonte se vería siempre en la imposibilidad absoluta de libentar á Milán y á Venecia. Un solo hombre quería y podía ayudarle á cumplir esta misión: Napoleón III.

Entre el emperador y el ministro piamontés había grandes analogías. Apóstoles convencidos del libre cambio y del principio de las nacionalidades, ambos perseguían su objeto con tenacidad inflexible. Uno y otro creían en el poder de la prensa mucho más que en el de la tribuna. Escenógrafos de primer orden, sobresalían en el arte de dirigir la opinión y de influir en ella, se valían de agentes secretos y tenían siempre, junto á la política oficial, una política oculta. Poseían el genio de la conspiración con un temperamento de jugadores. Napoleón III y el conde de Cavour no habrían hecho nada contra el Austria el uno sin el otro.

Únicamente á causa de Napoleón III el ministro piamontés decidió á Víctor Manuel á enviar tropas á Crimea. A primera vista parecía más que extraña esta resolución, pues no se comprendía qué agravio podía tener el pequeño Piamonte contra la gran Rusia, que no le amenazaba en modo alguno.

La política del conde de Cavour no tenía más que una disculpa, el deseo de plantear después de la guerra la *Cuestión de Italia* ante un Congreso.

El hombre de Estado piamontés tenía desde aquella época el propósito de crear la unidad política de la península? Uno de nuestros diplomáticos más al corriente de los asuntos italianos, el conde Benedetti, no lo cree. En un magis-

tral estudio titulado *El conde de Cavour y el príncipe de Bismarck* ha dicho: «Es cosa corriente atribuir cálculos y una presciencia que no son atributo de la naturaleza humana á los hombres cuyo genio ha dominado los caprichos de la fortuna. El estudio reflexivo de los hechos y de los sentimientos del conde de Cavour en la época de su vida á que hemos llegado (1856) induce á creer que su único objetivo era entonces la emancipación del Norte de Italia: el estado de Europa y aun el de Italia no permitían que se tuviera otro: ni él había concebido otro deseo desde su entrada en la vida pública. Era tan poco lo que presentía que pudiera haber una fusión de todas las regiones italianas, que hasta entonces no había ideado y expuesto más que combinaciones exclusivas de toda unidad. Durante su estancia en París cuando la reunión del Congreso sugirió muchas, especialmente en una nota entregada á los plenipotenciarios de Francia y de Inglaterra, todas las cuales se avenían con el estado territorial de la península tal como era en aquella época y aun garantizaban su mantenimiento.» Cuanto á Napoleón III, estamos persuadidos de que en 1856 ni siquiera pensaba en la unidad italiana: entonces sólo le preocupaba la idea de arrancar la Lombardía y el Véneto al dominio austriaco y hacerse pagar su auxilio armado con la adquisición de Saboya.

Desde su llegada á París M. de Cavour conoció que podía contar absolutamente con el emperador. El 21 de febrero comió en las Tullerías en una especie de intimidad que no se dispensaba á los plenipotenciarios de Austria. La víspera había escrito al caballero Cibrario acerca de una gran dama, célebre por su belleza: «Os advierto que alisto en la filas de la diplomacia á la hermosa condesa, induciéndola á coquetear con el emperador y á seducirle si es preciso.» El 22 de febrero fué á visitarle un confidente íntimo de Napoleón III, el doctor Conneau, el cual le dijo que estaba autorizado para servir de medianero en toda comunicación secreta que los sardos creyeran oportuno hacer llegar á las Tullerías. A los pocos días supo que M. Mocquard, secretario del emperador, había recomendado á los corresponsales parisienses de muchos periódicos ingleses que abogaran por la causa del Piamonte. Cavour no consiguió más resultado que plantear sin resolverla la cuestión de Italia ante el Congreso. Había plantado un jalón; esto le bastaba por el momento, y se llevaba á Turín esta idea que Napoleón III le había dado al recibirle en audiencia de despedida: «Ahora no puedo entrar en un conflicto con Austria; pero tranquilizaos, porque tengo el presentimiento de que la paz actual no ha de durar mucho tiempo.»

Cavour se tranquilizó, en efecto, y desde aquel día fué preparando la guerra, con la convicción íntima de que estallaría muy en breve y de que el emperador se aliaría para ella con Víctor Manuel. El 15 de enero de 1857 decía en la tribuna: «En tiempo de Macaulay ó de lord Byron se consideraba á Italia como una hermosa mujer oprimida por un esposo bárbaro y tiránico, pero llamada á opresión eterna, tan inepta parecía para gobernarse á sí misma. Pero hoy no sucede ya así, é Italia marcha á grandes pasos hacia la independencia y la liber-

tad.» Los periódicos democráticos de París apoyaban la política de Cavour. En el *Siècle* del 14 de enero de 1857 se leían estas curiosas palabras: «¡Que el Piamonte llegue á ser una potencia fuertemente organizada para contener la ambición de Alemania!» El 17 de agosto, el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña en París, escribía que Napoleón III se mostraba dispuesto á sostener por todos los medios posibles al gobierno del rey Víctor Manuel.

El Piamonte estaba cubierto de vías férreas; en la Spezzia se había creado un magnífico puerto militar, se había perforado el monte Cenis como para abrir un paso constantemente accesible á las tropas francesas que algún día cruzarían los Alpes para acudir en socorro de los italianos. La inauguración del ferrocarril que enlaza á Francia con Saboya se verificó el 31 de agosto de 1851. El príncipe Napoleón asistió á ella, y en Modane, al pie de las estribaciones del monte Cenis, encontró al rey Víctor Manuel y al conde de Cavour. Allí debía desembocar, por el lado de Saboya, un túnel de doce kilómetros. El rey y el príncipe prendieron fuego á varias minas por medio de un hilo eléctrico, y marcaron con una grieta abierta en el flanco de la montaña el camino que la industria humana debía abrirse en sus profundidades. En seguida marcharon á Chambery, donde asistieron á una comida de ciento cincuenta cubiertos en la que figuraban también el arzobispo y el mariscal Pelissier. Oíanse resonar los gritos de ¡viva el rey!, ¡viva el emperador! El rey quiso acompañar á su huésped á la orilla francesa, y el vapor real arribó á Culoz. Quizás pensara ya el príncipe Napoleón en ser yerno del rey Víctor Manuel.

Pero las simpatías de Napoleón III por la causa italiana no pasaban aún de platónicas. Cuando la entrevista de Stuttgart, había observado que el tsar Alejandro II no era favorable al Austria, pero que sostenía enérgicamente al rey de Nápoles. Una política revolucionaria en Italia no podía tener la aprobación del gobierno ruso. El conde de Cavour se veía, pues, obligado á moderar sus pretensiones y á disimular la mayor parte de su programa.

Hemos visto ya que el atentado del 14 de enero de 1853, que por un instante estuvo á punto de comprometer la alianza de Francia y del Piamonte, tuvo por resultado darla mayor solidez y precipitar los acontecimientos. Cuando la *Gaceta oficial* del reino publicó el 31 de marzo en Turín las dos cartas escritas por Orsini, una en Mazás y otra en la Roqueta, y en las cuales éste, antes de subir al cadalso, dirigía un llamamiento supremo al emperador en favor de la causa italiana, todo el mundo creyó que semejante publicación, amenaza evidente contra el Austria, no podía haberla hecho el gobierno piamontés sin el asentimiento de Napoleón III. De todos modos, las esperanzas del conde de Cavour eran aún muy vagas, y no adquirieron un carácter preciso hasta el acuerdo que medió entre él y el emperador en la entrevista de Plombières.

XXVI

PLOMBIÈRES

Lo mismo que Luis XV, Napoleón III tuvo siempre, junto á su diplomacia oficial, una diplomacia oculta que á menudo estaba opuesta á la primera. Lo mismo que Luis XV, empleaba agentes desconocidos, medianeros misteriosos. Hubo el *secreto del emperador*, como en otro tiempo hubo el *secreto del rey*. El ministerio de Negocios extranjeros no era con frecuencia más que una gran fachada detrás de la cual ocurrían las cosas importantes que los mismos ministros ignoraban. Cuando la guerra de Crimea y las conferencias de Viena, Napoleón III estaba en completo disentimiento con M. Drouyn de Lhuys en el momento en que parecía más de acuerdo con él: el monarca quería la continuación de la guerra y el ministro deseaba ponerla término. Asimismo puede decirse que el emperador preparó la guerra de Italia sin que lo supiera el conde Walewski y contra la opinión de este jefe oficial de la diplomacia imperial. Con frecuencia los periódicos oficiosos representaban las ideas, no del emperador, sino de sus ministros, y á veces había que buscar en los considerados por el público como de oposición, *Le Siècle* por ejemplo, el pensamiento oculto del monarca. Lo propio que en el reinado de Luis XV, los ministros desconfiaban de su señor y temían verse desairados en el momento mismo en que creían gozar de toda su confianza y merecer toda su aprobación.

El conde Walewski era adversario declarado de las ideas del conde de Cavour, y durante el ministerio del primero obtuvo el segundo todos los estímulos del emperador y aprestó, de concierto con él, la guerra de 1859.

A fines del mes de mayo de 1858, el doctor Conneau llevó á Turín una misión enteramente secreta. La posición del doctor era en apariencia modesta, pero en el fondo, no tan sólo era el médico, sino también el confidente íntimo del emperador, del que no se había separado desde la muerte de la reina Hortensia, y estaba más al corriente que los ministros de los secretos de la diplomacia imperial y de los pensamientos ocultos del soberano. Vió al rey Víctor Manuel y al conde de Cavour, y después de confirmar las simpatías de Napoleón III á la corte de Turín, dijo que el emperador se proponía pasar el mes de julio en Plombières y que le gustaría ver allí al primer ministro piamontés. Cavour contestó que también él tenía la intención de ir á Suiza con objeto de descansar de sus tareas, y que desde allí iría á ofrecer sus respetos á S. M., si el emperador le autorizaba para ello.

El 19 de junio el conde de Cavour escribía al marqués de Villamarina: «Estoy impaciente por saber si el emperador confirmará las insinuaciones de Conneau, haciendo que se me invite para ir á verle á Plombières.» Y añadía para vigorizar sus esperanzas: «Walewski y la mayoría de los agentes políticos de Francia no representan más que pequeñas pasiones y en modo alguno las grandes ideas que el emperador abriga en su mente.»

Cuando el 14 de julio el hombre de Estado piamontés se puso en camino para Suiza, aún no había recibido la confirmación de las insinuaciones del conde de Cavour. Rodeándose de un profundo misterio, se proveyó, por lo que pudiera suceder, de dos pasaportes, uno á nombre del «conde de Cavour, presidente del Consejo,» y otro al de «Giuseppe Benso, que iba de Suiza á Francia.» Antes de salir de Turín había escrito á la condesa de Circourt, que le invitaba á ir á verla á Bongival: «Si fuese á Francia en este momento, daría motivo para toda clase de comentarios. Iré á Suiza á respirar el aire puro de las montañas. Me propongo detenerme unos cuantos días en Pressinge; no se supondrá que conspiro con mis buenos amigos, los de la Rive, contra la paz del mundo.» En Ginebra el viajero supo la noticia esperada por él con tanta impaciencia; recibió una carta del general de Beville, ayudante de campo del emperador, anunciándole que S. M. desearía verle en Plombières. «Se aproxima el desenlace del drama, escribió entonces el conde de Cavour á su amigo, confidente y colega, el general La Marmora; ruego al cielo que me inspire para que no cometa una torpeza en estos momentos. A pesar de mi confianza ordinaria, no dejo de estar muy inquieto.»

El conde de Cavour llegó á Plombières el 20 de julio por la noche. Al día siguiente, á las once de la mañana, fué recibido por el emperador.

¿No es curioso comprobar lo rápidamente que descubre hoy las cosas más secretas la historia contemporánea? Poco han tardado en ser revelados los misterios de la entrevista de Plombières, habiéndose conocido los preliminares por las cartas del hombre de Estado piamontés: *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*. Por lo que se refiere á la entrevista, se han sabido sus menores detalles por la publicación del informe que envió el 24 de julio el rey Víctor Manuel y que vamos á analizar.

Napoleón III empezó la conversación con Cavour diciéndole que estaría dispuesto á apoyar al Piamonte en una guerra con el Austria con la doble condición de que la lucha no tuviera un carácter revolucionario y de que pudiera cohonestarse con un pretexto plausible en concepto de la diplomacia. El ministro piamontés alegó la inobservancia por parte de Austria de los tratados de comercio y la extensión abusiva de su poderío en los ducados y en las Romañas; al emperador le pareció el primer pretexto insuficiente, en cuanto al segundo dijo: «Mientras mis tropas estén en Roma, no puedo exigir que Austria retire las suyas de Ancona y de Bolonia. Debo respetar á Roma á causa de los católicos, y á Nápoles á causa del tsar, que ha formado empeño en

proteger al rey Fernando. — Pues bien, dijo el conde de Cavour, dejemos Roma al Papa y Nápoles á sus príncipes: bastará que se permita á los romañoles sublevarse y que se deje hacer lo mismo á los súbditos del rey Fernando el día en que les plazca sacudir su yugo.»

Los dos interlocutores examinaron en seguida la situación del ducado de Módena, cuyo soberano era el más intransigente de todos los príncipes y en el que la propaganda piamontesa, ya muy activa, podría hacer brotar la chispa deseada. A continuación de considerar la eventualidad de una guerra, pensaban en la distribución de los territorios después de la paz. Aún no se trataba de la unidad italiana. Podía dividirse la península en cuatro estados: 1.º, el Piamonte, aumentado con la Lombardía, el Véneto, el ducado de Parma y las Legaciones; 2.º, la Toscana, que formaría con la Umbría un reino de la Italia central, quizás confiado á la casa de Parma; 3.º, el Estado pontificio, en el que el Papa conservaría á Roma, perdería las Legaciones y tomaría el título de Presidente de la Confederación italiana; 4.º, el reino de las dos Sicilias, que por el momento se dejaría á su soberano para no indisponerse con Rusia.

¿Y cuál sería la recompensa de Francia por el auxilio de sus armas? El emperador pidió la cesión de Saboya á cambio de las adquisiciones estipuladas para el Piamonte. Cavour no hizo objeción terminante, aunque recordó que Saboya era la ama de la familia de su señor. Mas como el emperador añadiese que también tendría que reclamar el condado de Niza, su interlocutor exclamó: «Niza es una tierra italiana; si la cedemos, ¿dónde irá á parar el principio de las nacionalidades?» Napoleón III se limitó á responder: «Esas son cuestiones secundarias de las que podremos ocuparnos más adelante,» y cesó la conversación, que había durado desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde.

Una hora después el emperador hacía subir al conde Cavour á un faetón que él mismo guiaba y le paseaba por las cañadas y los bosques de los Vosgos. Durante aquel paseo le expresó su deseo de que su primo el príncipe Napoleón se casara con la princesa Clotilde, hija del rey Víctor Manuel. Cavour, á quien el rey había recomendado que no prometiese nada sino en el caso de que el casamiento fuese la condición *sine qua non* de los tratos, pretextó la corta edad de la princesa é hizo otras objeciones, á las cuales contestó el emperador hablando de su primo: «Me ha puesto con frecuencia en compromisos y á menudo me ha enfadado; le gusta la contradicción y es de carácter levantisco; pero tiene talento, más sano juicio del que se cree y muy buen corazón.» Empezaba á anochecer y el paseo tocaba á su fin. Varias veces insistió el emperador sobre el enlace proyectado: «Comprendo, dijo, que la corta edad de la princesa exija aplazamientos; pero deseo una respuesta positiva y cuento con ella. Cuando ambos regresaron de la ciudad, se encendían los faroles de las calles. Al bajar del coche, se despidieron. El emperador estrechó la mano de Cavour: sus últimas palabras fueron estas: «Tened confianza en mí, como yo la tengo en vos.»

El ministro piamontés salió de Plombières el 22 de julio. El 24 escribió en

Baden, en la mesa de una posada, su informe á su soberano, y lo hizo llevar á toda prisa por un agregado á la legación sarda en Suiza. Dícese que Víctor Manuel exclamó al leerlo: «Dentro de un año seré rey de Italia ó simplemente señor de Saboya.»

El conde de Cavour continuó algunos días sus peregrinaciones de viajero, y no estuvo de vuelta en Turín hasta el 30 de julio. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Cerdeña, escribía al conde Walewski el 15 de agosto: «Los comentarios, en su mayor parte inverosímiles, á que ha dado margen al viaje de M. de Cavour á Plombières han cedido el puesto á impresiones más cuerdas y más verdaderas sin duda. Hoy todo el mundo está persuadido, y el mismo M. de Cavour confirma esta opinión en las conversaciones íntimas, de que el emperador ha aconsejado vivamente al primer ministro del rey Víctor Manuel que tenga prudencia y moderación, y añadiré que se confía en que estos consejos, salidos de una boca augusta, darán sus resultados. Sin embargo, M. de Cavour se muestra sumamente satisfecho y agradecido á la acogida que ha merecido de S. M. en Plombières. Acerca de este punto me ha dado minuciosos detalles que prueban la impresión viva y favorable que conserva de la benevolencia con que se le ha tratado. Creo saber que el rey Víctor Manuel tampoco disimula el contento que le ha causado la carta de S. M. el emperador.»

Este despacho parece probar que el mismo ministro de Francia en Turín ignoraba lo que había pasado en la pequeña población de los Vosgos.

Detalle característico: el *Moniteur*, por lo general lleno de relatos de los dichos y hechos del emperador, no habló de él durante el mes que pasó en Plombières, y ni siquiera hizo mención de la visita del conde de Cavour. Napoleón III, en ocasión de esta visita, tenía trazas de conspirador más bien que de monarca. Separado de su esposa, había preparado en la sombra su belicoso complot. Tuvo cuidado de concentrar la atención pública, no en la entrevista de Plombières, sino en la que iba á tener con la reina Victoria en Cherburgo. Sabiendo muy bien que la reina y el príncipe Alberto distaban mucho de ser favorables á sus proyectos de guerra y de modificaciones territoriales en Italia, procuraba disimularlos. Por otra parte, en el momento en que se preparaba á recibir los entusiastas testimonios de afecto de la religiosa Bretaña y de su clero, se guardaba mucho de dar á conocer á semejante provincia su reciente entrevista con Cavour, el autor de la ley sobre conventos, el adversario del poder temporal de los papas, el hombre de Estado más sospechoso para el partido católico. Napoleón III quería presentarse en Bretaña bajo un aspecto esencialmente religioso y conservador.

XXVII

LA ENTREVISTA DE CHERBURGO. — LA ESTATUA DE NAPOLEÓN

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, escribió el 10 de julio de 1858 al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, embajador de Francia en Londres: «El emperador y la emperatriz irán el 4 del mes próximo á Cherburgo, y creo inútil decirlos cuánto se felicitan SS. MM. de saber que allí recibirán la visita de la reina y del príncipe consorte. Renunciarán con mucho gusto á cualquier otra atención para dedicar enteramente todo el día 5 á sus ilustres huéspedes, y aprovecharán esta ocasión con la satisfacción más sincera para renovarles personalmente la expresión de sus sentimientos. El gobierno del emperador, señor mariscal, participará de esta satisfacción de SS. MM., porque ve en la presencia de S. M. Británica y del príncipe consorte una nueva prenda de la amistad de las dos cortes y de los dos países, y no dudamos de que este suceso produzca, lo mismo en Francia que en Europa, la impresión más favorable.»

El mariscal respondió el 11 de julio: «No cabe duda de que la reina se alegrará de volver á ver al emperador y á la emperatriz y de recibir la confirmación de que SS. MM. renuncian con solicitud á todo otro cuidado para dedicar enteramente el día 5 de agosto á sus ilustres huéspedes. Desde el 5 de julio sabía yo en Alderscholt lo que con algún retraso me anuncia vuestro despacho del 10. La reina me había dispensado el honor de decirme que había alcanzado una buena y pacífica victoria, al oír lo cual me incliné respetuosamente diciendo: «Victoria fácil, puesto que la alta benevolencia de V. M. había allanado todos los inconvenientes.»

»En un despacho telegráfico expedido en Plombières á las 9 y 45' noche del 7 de julio, el emperador me preguntaba: — ¿Estará la reina en Cherburgo el 5 de agosto? Contestación pronto. — Yo le contesté sin tardanza: — La reina me ha dicho positivamente que llegaría el 4 por la noche y pasaría el día 5 con V. M. — Y el 7 de julio S. M. volvía á telegrafiarne: — Me alegraré mucho de volver á ver á la reina. Estaremos en Cherburgo el 4, á las cinco de la tarde.

»Convendrá V. E. conmigo en que ante esta serie de informes no ha podido menos de parecerme algo tardío vuestro despacho del 10.»

El miércoles 4 de agosto de 1858, el yate real *Victoria and Albert* sale de Osborne llevando á bordo á la reina, al príncipe Alberto y al príncipe de Gales. A unas seis millas de Cherburgo se reúne con los barcos que formarán la impo-

Baden, en la mesa de una posada, su informe á su soberano, y lo hizo llevar á toda prisa por un agregado á la legación sarda en Suiza. Dícese que Víctor Manuel exclamó al leerlo: «Dentro de un año seré rey de Italia ó simplemente señor de Saboya.»

El conde de Cavour continuó algunos días sus peregrinaciones de viajero, y no estuvo de vuelta en Turín hasta el 30 de julio. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Cerdeña, escribía al conde Walewski el 15 de agosto: «Los comentarios, en su mayor parte inverosímiles, á que ha dado margen al viaje de M. de Cavour á Plombières han cedido el puesto á impresiones más cuerdas y más verdaderas sin duda. Hoy todo el mundo está persuadido, y el mismo M. de Cavour confirma esta opinión en las conversaciones íntimas, de que el emperador ha aconsejado vivamente al primer ministro del rey Víctor Manuel que tenga prudencia y moderación, y añadiré que se confía en que estos consejos, salidos de una boca augusta, darán sus resultados. Sin embargo, M. de Cavour se muestra sumamente satisfecho y agradecido á la acogida que ha merecido de S. M. en Plombières. Acerca de este punto me ha dado minuciosos detalles que prueban la impresión viva y favorable que conserva de la benevolencia con que se le ha tratado. Creo saber que el rey Víctor Manuel tampoco disimula el contento que le ha causado la carta de S. M. el emperador.»

Este despacho parece probar que el mismo ministro de Francia en Turín ignoraba lo que había pasado en la pequeña población de los Vosgos.

Detalle característico: el *Moniteur*, por lo general lleno de relatos de los dichos y hechos del emperador, no habló de él durante el mes que pasó en Plombières, y ni siquiera hizo mención de la visita del conde de Cavour. Napoleón III, en ocasión de esta visita, tenía trazas de conspirador más bien que de monarca. Separado de su esposa, había preparado en la sombra su belicoso complot. Tuvo cuidado de concentrar la atención pública, no en la entrevista de Plombières, sino en la que iba á tener con la reina Victoria en Cherburgo. Sabiendo muy bien que la reina y el príncipe Alberto distaban mucho de ser favorables á sus proyectos de guerra y de modificaciones territoriales en Italia, procuraba disimularlos. Por otra parte, en el momento en que se preparaba á recibir los entusiastas testimonios de afecto de la religiosa Bretaña y de su clero, se guardaba mucho de dar á conocer á semejante provincia su reciente entrevista con Cavour, el autor de la ley sobre conventos, el adversario del poder temporal de los papas, el hombre de Estado más sospechoso para el partido católico. Napoleón III quería presentarse en Bretaña bajo un aspecto esencialmente religioso y conservador.

XXVII

LA ENTREVISTA DE CHERBURGO. — LA ESTATUA DE NAPOLEÓN

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, escribió el 10 de julio de 1858 al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, embajador de Francia en Londres: «El emperador y la emperatriz irán el 4 del mes próximo á Cherburgo, y creo inútil decirlos cuánto se felicitan SS. MM. de saber que allí recibirán la visita de la reina y del príncipe consorte. Renunciarán con mucho gusto á cualquier otra atención para dedicar enteramente todo el día 5 á sus ilustres huéspedes, y aprovecharán esta ocasión con la satisfacción más sincera para renovarles personalmente la expresión de sus sentimientos. El gobierno del emperador, señor mariscal, participará de esta satisfacción de SS. MM., porque ve en la presencia de S. M. Británica y del príncipe consorte una nueva prenda de la amistad de las dos cortes y de los dos países, y no dudamos de que este suceso produzca, lo mismo en Francia que en Europa, la impresión más favorable.»

El mariscal respondió el 11 de julio: «No cabe duda de que la reina se alegrará de volver á ver al emperador y á la emperatriz y de recibir la confirmación de que SS. MM. renuncian con solicitud á todo otro cuidado para dedicar enteramente el día 5 de agosto á sus ilustres huéspedes. Desde el 5 de julio sabía yo en Alderscholt lo que con algún retraso me anuncia vuestro despacho del 10. La reina me había dispensado el honor de decirme que había alcanzado una buena y pacífica victoria, al oír lo cual me incliné respetuosamente diciendo: «Victoria fácil, puesto que la alta benevolencia de V. M. había allanado todos los inconvenientes.»

»En un despacho telegráfico expedido en Plombières á las 9 y 45' noche del 7 de julio, el emperador me preguntaba: — ¿Estará la reina en Cherburgo el 5 de agosto? Contestación pronto. — Yo le contesté sin tardanza: — La reina me ha dicho positivamente que llegaría el 4 por la noche y pasaría el día 5 con V. M. — Y el 7 de julio S. M. volvía á telegrafiarne: — Me alegraré mucho de volver á ver á la reina. Estaremos en Cherburgo el 4, á las cinco de la tarde.

»Convendrá V. E. conmigo en que ante esta serie de informes no ha podido menos de parecerme algo tardío vuestro despacho del 10.»

El miércoles 4 de agosto de 1858, el yate real *Victoria and Albert* sale de Osborne llevando á bordo á la reina, al príncipe Alberto y al príncipe de Gales. A unas seis millas de Cherburgo se reúne con los barcos que formarán la impo-

nente escuadra real durante la permanencia de la reina y que ha salido seis horas antes que ella.

El tren imperial llega á Cherburgo á las cinco de la tarde. El alcalde presenta al emperador las llaves de la ciudad. En medio de la estación se ha levantado un altar, y el obispo de Coutances, rodeado de su clero, canta un *Te Deum*, al que sigue la recepción de las autoridades. Napoleón III y la emperatriz hacen su entrada en la ciudad en medio de una inmensa muchedumbre que los aclama, y se dirigen á la prefectura marítima, donde tienen preparado alojamiento.

A las siete y media de la tarde en todos los buques y en todos los fuertes se hacen salvas de artillería que anuncian la entrada en la bahía de S. M. Británica. Media hora después se oye gritar: «¡Que llega el emperador!» Los marineros suben á las vergas, tocan las músicas, resuenan las aclamaciones. Napoleón III y la emperatriz se embarcan en una hermosa canoa blanca que lleva una tienda de terciopelo verde con un águila de oro. El príncipe Alberto recibe á SS. MM. al pie de la escala real y la reina Victoria arriba. El emperador sube primero; le sigue la emperatriz, que lleva un vestido de seda blanca y lila y un sombrero guarnecido de encajes blancos y negros. La reina abraza á entrambos. Allí están también el duque de Malakoff, llegado de Inglaterra en el yate real, el general Niel, la princesa de Essling y el prefecto marítimo. La reina y el príncipe Alberto llevan á SS. MM. á un salón en el que comienza la conversación. Dejemos la palabra á la reina: «El emperador, dice en su diario, parecía muy embrazado; la emperatriz menos, y muy afable. El emperador preguntó con ansiedad si seguía siendo tan vivo en Inglaterra el sentimiento contra Francia y si aún se aguardaba allí una invasión. Nos hemos sonreído y le hemos dicho que el enojo se había calmado mucho, pero que los malhadados mensajes de los coroneles habían hecho bastante daño. El emperador contestó que tal era también su parecer, pero que se le habían dirigido aquellos mensajes sin que él hubiera tenido noticia de ellos y que había sentido mucho verlos publicados.»

A las nueve Napoleón III y la emperatriz regresan á la prefectura marítima: todos los barcos están alumbrados con luces encarnadas y azules.

Jueves 5 de agosto. — Al mediodía la reina y el príncipe Alberto, acompañados del príncipe de Gales y del duque de Cambridge, devuelven la visita á SS. MM. Desde el puerto hasta la prefectura marítima están formadas las tropas en la carrera. Después de almorzar la emperatriz se ocupa del daño que causan los periódicos y refiere con todos sus detalles el atentado de Orsini.

A las dos, SS. MM. II. y sus huéspedes van en coche á admirar desde las alturas que domina el fuerte de la Roule el magnífico espectáculo que presenta en aquel momento la rada de Cherburgo.

Por la noche el emperador ofrece un banquete á sus huéspedes á bordo del navío imperial la *Bretaña*. El monarca los recibe al pie de la escala de honor del buque: los hurras de la tripulación y los gritos repetidos de ¡viva la reina de Inglaterra! anuncian á las escuadras que la soberana del Reino Unido acaba de

poner el pie en un barco francés. En la batería alta de la *Bretaña* se ha puesto una mesa de setenta cubiertos. La reina se sienta entre el emperador y el duque de Cambridge, y el príncipe Alberto enfrente entre la emperatriz y la condesa de la Bedoyère. Llegase á los brindis, el momento terrible, como dice la reina, á quien le parece muy bien el que pronuncia el emperador con voz sonora: «Brindo á la salud de S. M. la reina de Inglaterra, dijo, á la del príncipe que comparte con ella el trono, y por la familia real. Al pronunciar este brindis en su presencia á bordo del navío imperial francés en el puerto de Cherburgo, me congratulo de poder expresar los sentimientos que respecto á ellos nos animan. En efecto, los hechos hablan por sí mismos, y prueban que las pasiones hostiles, auxiliadas por algunos incidentes desgraciados, no han podido alterar la amistad que existe entre las dos coronas ni el deseo de vivir en paz que tienen ambos pueblos. Por eso abrigo la firme esperanza de que si se quisieran despertar rencores y pasiones de otra época, se estrellarían ante el buen sentido público, como las olas se estrellan contra el dique que en este momento resguarda de la violencia del mar las escuadras de los dos imperios.»

La reina está muy conmovida; su marido va á hablar: «es, dice, un momento de tortura que no quisiera volver á pasar.» El príncipe Alberto se expresa en estos términos: «Señor, la reina desea que yo exprese á V. M. cuánto agradece la nueva prueba de amistad que acabáis de darle brindando por ella y pronunciando palabras que siempre le serán gratas. V. M. conoce los sentimientos que os profesa á vos y á la emperatriz, y no necesito recordároslos. Asimismo sabéis que la buena inteligencia entre los dos países es el objeto de todos sus deseos como lo es de los vuestros. La reina se considera doblemente feliz por tener ocasión, con su presencia aquí en este momento, de unirse á V. M. procurando estrechar todo lo posible los lazos de amistad entre las dos naciones. Esta amistad es la base de su mutua prosperidad, y no le faltará la bendición del cielo. La reina brinda á la salud del emperador y de la emperatriz.»

Sigamos oyendo á S. M. Británica: «Alberto, dice en su diario, ha salido airoso de su brindis, aunque ha titubeado una vez. El emperador le ha estrechado la mano en el camarote y hemos hablado de la emoción que acabábamos de experimentar. Hasta el emperador tenía algo demudado el semblante y la emperatriz estaba muy nerviosa. Yo temblaba de tal modo que no podía tomar el café.»

Hacía una noche magnífica y el espectáculo era encantador. Los barcos, alineados delante del dique, han iluminado sus bordas y presentan en una extensión de muchos kilómetros millares de luces que por un efecto de perspectiva parecen líneas inflamadas que salen del seno de las aguas. SS. MM. y sus huéspedes suben á la toldilla del *Bretaña* para presenciar los fuegos artificiales que se van á disparar en el fuerte central situado en medio del dique, monumento gigantesco del genio del hombre. Da el buque la señal, y el dique, construido á la entrada de una bahía inmensa y viniendo á formar el fondo del cuadro, se transforma al punto en un río de llamas. Todo el horizonte se ilumina.

Son las diez y media de la noche, hora á que la reina y el príncipe Alberto deben volver á su yate y el emperador y la emperatriz á la prefectura marítima. Las dos canoas se acercan rápidamente al barco. De pronto el *Bretaña*, que estaba en la sombra, aparece completamente iluminado. Por la rada se difunde vivísima claridad, los innumerables buques se llenan de luces multicolores, y resuenan las salvas de artillería. La reina y el príncipe consorte se embarcan en la falúa del emperador que va á acompañarlos con la emperatriz hasta el yate real y junto al cual se despiden SS. MM.

Al día siguiente la reina y su esposo regresan á Inglaterra. Un año antes, día por día, recibían en Osborne la visita de Napoleón III y de la emperatriz, y hacía precisamente un siglo, como el emperador se lo recordaba á la reina, los ingleses bombardeaban á Cherburgo. A las diez de la mañana, SS. MM. II. llegan en su canoa y suben á bordo del yate real con una numerosa comitiva en la que figuran el mariscal Vaillant, á quien la reina aprecia mucho, y el mariscal Baraguey d' Hilliers, quien, según ella dice, se muestra muy complaciente. SS. MM. se despiden con mucha cordialidad, se felicitan de la conveniencia de haberse vuelto á ver y se prometen verse de nuevo.

En resumen, la entrevista de Cherburgo ha sido afectuosa, pero la de Osborne lo había sido mucho más. El príncipe Alberto desconfía de Napoleón III; lo que ha podido prepararse en Plombières, entre el emperador y el conde de Cavour, inspira vagos recelos al príncipe, que continúa siendo alemán en el fondo de su corazón. A los dos días de haberse marchado de Cherburgo escribirá á la duquesa de Kent: «El emperador estaba preocupado y triste; la emperatriz parecía indispueta. Los preparativos de la marina francesa son inmensos; los nuestros lastimosos. Nuestros ministros hablan mucho y hacen poco; se me enciende la sangre cuando pienso en ello.» Habían pasado los hermosos días de la *inteligencia cordial*. La reina Victoria seguía encantada de Napoleón III; pero la política del *hombre extraordinario*, como llamaba al emperador, tenía recelosos al príncipe Alberto y á los ministros de S. M. Británica.

En Cherburgo se preparaban dos grandes solemnidades. El sábado 7 de agosto de 1858 Napoleón III iba á inaugurar la nueva dársena abierta en el arsenal de la ciudad y el domingo 8 la estatua de Napoleón I. Desde el día 6, una inmensa muchedumbre que había acudido para ver la partida de la reina Victoria y presenciar las ceremonias del 7 y del 8 llenaba todas las calles de Cherburgo. Seguía haciendo un tiempo magnífico. Después de despedirse de la reina, los emperadores almorzaron á bordo del *Bretaña* y luego visitaron sucesivamente los navíos de la escuadra fondeados en la rada. El emperador distribuyó por su propia mano cruces y medallas á los oficiales, sargentos y marineros que le iba presentando el almirante Hamelín, ministro de Marina.

El sábado 7 de agosto se celebró la inauguración de la nueva dársena del arsenal ó puerto militar con gran aparato, y á las seis de la tarde se botó al agua en presencia de los emperadores el navío *Ciudad de Nantes* de 90 cañones y 900 caballos. Al otro día Napoleón III inauguró la estatua de su tío, el vencedor de Austerlitz, erigida en la plaza Napoleón. Al descorrer el velo que la cubría, el alcalde pronunció un discurso alusivo al acto, al que contestó el emperador con otro, al terminar el cual hizo una exposición elocuente de un programa pacífico, cuya realización habría consolidado su dinastía mejor que todas las guerras. Siempre que habló como apóstol de la paz, en Burdeos en 1852 y en Cherburgo en 1858, sus ideas respondieron á los verdaderos votos de la opinión pública. De ello pudo persuadirse en vista de las aclamaciones sinceras que acogieron el final de su arenga. «Cuando hoy, dijo, se inauguran á la vez la estatua del gran capitán y la terminación de este puerto militar, la opinión no puede alarmarse. Cuanto más poderosa es una nación, más se la respeta. Cuanto más fuerte es un gobierno, mayor moderación introduce en sus consejos, mayor justicia en sus resoluciones. Entonces no se arriesga el reposo del país por satisfacer un vano orgullo ó por adquirir una popularidad efímera. El gobierno que se apoya en la voluntad de las masas no es esclavo de ningún partido; no hace la guerra sino cuando se ve obligado á ello por defender el honor nacional ó los grandes intereses de los pueblos. Continuemos, pues, desarrollando en paz los diferentes recursos de Francia; invitemos á los extranjeros á presenciar nuestras tareas, y que vengan como amigos, no como rivales. Hagámonos ver que una nación en la que reinan la unidad, la confianza y la unión, resiste á los arrebatos de un día y, dueña de sí misma, no obedece más que al honor y á la razón.»

En este discurso tan aplaudido y tan pacífico en la apariencia, había sin embargo una frase en la que no se fijó la atención, y que si la hubiera llamado, habría dejado presentir los dramas belicosos del porvenir; era aquella en que Napoleón III decía que un gobierno hace la guerra «cuando se ve obligado á ello *por defender los grandes intereses de los pueblos.*» La guerra de Italia estaba en germen en esta frase, pero nadie lo notó.

Después de su discurso, el emperador distribuyó cruces y medallas militares, y en seguida pasó revista á las tropas, á las tripulaciones y á los carabineros. A las dos, á los cañonazos de despedida de todos los barcos y de todos los fuertes, SS. MM. y su comitiva se embarcaron á bordo del *Bretaña*, que emprendió la marcha seguido hasta Brest por todos los buques de la escuadra. Hay que convenir en que Napoleón III era un gran director de escena. La inauguración de la dársena de Cherburgo y luego la de la estatua de Napoleón I, siguiendo inmediatamente á la visita de la reina de Inglaterra, habían causado impresión en todas las imaginaciones.

XXVIII

LA EXCURSIÓN POR BRETAÑA. — EL FIN DEL AÑO 1858.

Después de las fiestas de Cherburgo, el emperador y la emperatriz dieron un paseo triunfal por Bretaña. Esta provincia, que no habían visitado todavía y cuyas poblaciones son esencialmente católicas, pasó largo tiempo por ser asilo de la bandera blanca y de la legitimidad. Las ovaciones que un Napoleón debía recoger allí, á la sombra de la bandera tricolor, deberían ser de importancia especial para el emperador. Los prefectos ingeniaron cuanto pudieron por suscitar manifestaciones entusiastas, y encontraron en los individuos del clero cooperadores tan solícitos y celosos como ellos mismos. Verdad es que hay que reconocer que ningún soberano había mostrado jamás tanta deferencia á la Iglesia. La emperatriz estaba muy contenta de hacer una excursión que se transformó por su carácter religioso en una larga peregrinación.

El navío almirante *Bretaña*, á cuyo bordo iban SS. MM., había salido de Cherburgo á las dos de la tarde del 8 de agosto y llegó á Brest al otro día á la una. La travesía fué magnífica. Los diez grandes navíos que escoltaban al buque imperial habían navegado día y noche con orden perfecto, cada uno en el puesto que se le había designado. Los habitantes de Brest se habían aglomerado en todos los sitios desde donde se podía ver el mar, y los de las campiñas circunvecinas ocupaban las alturas. SS. MM., para saltar á tierra, se trasladaron á la canoa en que Napoleón I visitó en 1811 las bocas del Escalda y fortificaciones de Amberes. Las calles estaban adornadas con banderas, arcos de ramaje y flores. Napoleón III y la emperatriz avanzaron entre una doble fila, formada á un lado por las tropas de tierra y mar y á otro por las comisiones de los ayuntamientos rurales, presididas por sus alcaldes, que vestían el traje nacional bretón. La primera visita de SS. MM. fué para la iglesia de San Luis. Monseñor Sergent, obispo de Quimper, les dirigió la alocución siguiente:

«Señor: Los bretones, cristianos y labradores, os agradecen vuestro amor á la religión y los estímulos que dais á la agricultura; han aplaudido cuando un brazo poderoso ha vuelto á colocar la pirámide sobre su base.... Los hijos de la Armórica, avezados á los trabajos y á los peligros, no se contentan con dar á vuestros ejércitos bravos soldados y á vuestras escuadras marinos admirados por todas las naciones, sino que al propio tiempo proporcionan á la Iglesia sacerdotes dignos y excelentes misioneros. V. M. no podrá dar un paso por su

país sin encontrar heroicos recuerdos, y siempre que ponga en ellos su confianza, reconocerá la verdad de lo que decía uno de sus caballeros cuando María Estuardo pasó por Morlaix: *Nunca ha habido un bretón traidor.*

»Señora: Vuestra graciosa presencia recuerda á este pueblo su querida duquesa, cuyo real esposo era también el *Padre del pueblo*. Una voz tan elocuente como respetada había enseñado á Francia que sois *católica y piadosa*. Vuestras buenas obras lo confirman así diariamente.»

10 de agosto. — SS. MM. visitaron el hospital de Brest y por la noche asistieron á un gran baile que les ofreció la ciudad.

12 de agosto. — El emperador y la emperatriz salieron de Brest á las ocho de la mañana en un gran cupé tirado por cuatro caballos. El viaje de Brest á Quimper fué una prolongada ovación. Por todo el camino el coche imperial fué escoltado por campesinos que montados en sus caballos y llevando banderas tricolores se relevaban de pueblo en pueblo. De Landernau á Quimper había nada menos que doce arcos de triunfo. Alrededor de cada uno de ellos se agrupaba el vecindario, presidido por los curas con hábitos sacerdotales, los alcaldes, los condecorados con la medalla de Santa Elena y las personas notables.

13 de agosto. — Por la mañana salida de Quimper para Lorient. Hasta esta ciudad había en todas partes escoltas de aldeanos á caballo, arcos de ramaje y flores, banderas de varios colores, cruces procesionales de las parroquias. A las cuatro llegada á Lorient por el arrabal de Kerentreh, adornado con banderas y mástiles venecianos.

14 de agosto. — Revista en Lorient. La emperatriz visita la sala de asilo y desea ver cómo trabajan los niños. Aquel día SS. MM. parten en su yate para Port-Louis.

En Port-Louis visita de las fortificaciones y ejercicios de cañones rayados. Napoleón III contempla con emoción la ciudadela y conduce á ella á la emperatriz. Es un sitio en el que evoca recuerdos que forman extraño contraste con las ovaciones presentes. Condenado á la deportación después de la funesta tentativa de Estrasburgo, había llegado á la fortaleza de San Luis en la noche del 13 al 14 de noviembre de 1836, y hasta el 21 los vientos contrarios impidieron que saliera del puerto la fragata *Andrómeda* que debía llevarle á los Estados Unidos.

SS. MM. regresan por la noche á Lorient y por la noche asisten á un baile que la ciudad da en su honor.

Domingo 15 de agosto de 1858. — El emperador y la emperatriz van en peregrinación al santuario de Santa Ana de Auray, la patrona venerada de los bretones.

Santa Ana de Auray es la Bretaña clásica, la Bretaña legendaria. Hace siglos que toda la vieja Armórica acude con regularidad á invocar la *buena santa*, la buena madre de los bretones. Los *perdones* ó romerías llegan en procesión y

en largas filas. Todas las poblaciones, desde Saint-Brieuc hasta Angers, desde la Mancha hasta el Loira, acuden solícitas al santuario venerado. De dos siglos á esta parte, los marinos de las cercanías van en procesión á dar la vuelta á la iglesia, llevando el modelo de un barco de guerra, y entonando un antiguo cántico de acción de gracias á Santa Ana por haber protegido á sus antepasados en 1673 en un combate contra la escuadra de Ruyter.

Casi enfrente de la entrada de la iglesia, en medio del campo de la Espina, espacio despejado, se destaca la *Scala sancta*, doble escalera por la que se sube á una capilla y se baja de ella. Al pie hay una inscripción en francés y en bretón, que dice: «Por esta escalera no se sube sino de rodillas.» Y los grupos de peregrinos se escalonan á lo largo de esta escalera en cada uno de cuyos peldaños se debe rezar un *Pater* y un *Ave*. El altar de la capilla lleva el nombre de altar de los peregrinos. El servicio divino no se celebra allí más que una vez al año, el 26 de julio por la fiesta de Santa Ana; mas por excepción se celebrará el 15 de agosto de 1858, santo del emperador.

SS. MM., precedidas del obispo y del clero y seguidas de su comitiva, cruzaron en procesión el patio anterior al santuario y fueron á prosternarse ante el altar en que se conservan religiosamente las reliquias de Santa Ana. El clero entona el *Domine, salvum fac imperatorem*; luego el emperador y la emperatriz se sitúan bajo un pabellón de terciopelo verde salpicado de abejas para oír la misa que se celebra al aire libre, en la cúspide de la *Scala sancta*, en el altar de los peregrinos. La música del 29 de línea toca piezas religiosas que alternan con los cánticos de los alumnos del seminario. Una salva de artillería anuncia á lo lejos el momento de la elevación. El obispo bendice en seguida las medallas que Napoleón III ha mandado acuñar para distribuir las entre todos los circunstantes en conmemoración de su visita al santuario venerado. La emperatriz regala al prelado un rico pendón para la capilla y le entrega al propio tiempo una reliquia preciosa que el Padre Santo ha enviado á S. M. con tal objeto.

SS. MM. fueron acompañadas hasta su carruaje por una muchedumbre de aldeanos y llegaron á Vannes á las tres de la tarde. Desde esta ciudad se trasladaron á Cornuhet, Napoleonville, Saint-Brieuc, Saint-Maló y Rennes, habiendo sido recibidos en todas partes con el mismo entusiasmo é iguales aclamaciones y agasajos, de suerte que aquel viaje pudo calificarse verdaderamente de triunfal. El 21 de agosto, á las ocho de la noche, estaban de regreso en Saint-Cloud.

M. Venillot escribe en *El Universo*: «El viaje es un acontecimiento religioso: su influencia en el mundo será considerable. El emperador ha llevado á cabo un acto y pronunciado palabras que valen más que el triunfo en una batalla. Se nos echa en cara nuestro celo imperialista; este celo es, ante todo, el de la religión, luego el de la paz civil y por fin el de la gloria francesa, tres cosas que salvarán la libertad.» La alianza entre el Imperio y la Iglesia había lanzado sus más vivos destellos en el momento en que iba á cubrirse de nubes.

* * *

1.º de septiembre de 1858. — SS. MM. salieron de Saint-Cloud para ir á pasar un mes en Biarritz. La comitiva del emperador se componía del general príncipe del Moskowa, del coronel Favé y de M. Mocquard; la de la emperatriz, del conde Carlos Tascher de la Pagerie, del marqués de Lagrange y de las condesas de Montebello y de la Poeze. A los cuatro días llegó el príncipe imperial. El 12 de septiembre el emperador fué á hacer una excursión á las lagunas de Orx y el 19 pasó á Sabres para examinar las obras que se ejecutaban por su orden en las Landas. El 30 de septiembre SS. MM. y el joven príncipe estaban de regreso en el palacio de Saint-Cloud.

2 de octubre. — Napoleón III partió para el campamento de Châlons. A las cinco de la tarde lo recibió en Mourmelon el mariscal Canrobert. Montó á caballo en la estación, y acompañado del mariscal y de un numeroso estado mayor en el que figuraban oficiales de todas las naciones, pasó al cuartel imperial y dió una gran comida militar. Las músicas de todos los regimientos tocaron la retreta. Todo el campamento estaba iluminado; se había escrito en caracteres de fuego: «¡Viva el emperador!, ¡viva la emperatriz!, ¡viva el príncipe imperial!»

Domingo 3 de octubre. — El monarca asistió á una misa de campaña, y luego convidó á comer al cardenal arzobispo de Reims. Por la tarde fué á visitar los establecimientos agrícolas ejecutados por su orden en las líneas de Vesle y del Suipe que limitan el campo militar.

4 de octubre. — El emperador presenció las maniobras dirigidas por el mariscal Canrobert, y el 6 las mandó él personalmente. Durante el descanso se mezclaba con las tropas y hablaba familiarmente con los oficiales, sargentos y soldados. El 7 visitó detalladamente todos los campamentos. El 8 mandó una gran maniobra, llevando en su escolta á los mariscales Vaillant y Pelissier y al general Codrington, antiguo general en jefe del ejército inglés. Esta gran maniobra puso fin á los serios estudios á que hacía tres meses se aplicaban con ardor oficiales y soldados. El día siguiente debía dedicarse á las fiestas.

9 de octubre. — Desde por la mañana se anuncia en el campamento que la emperatriz llegará aquel día, como así sucede.

10 de octubre. — SS. MM. asisten á la misa celebrada ante las tropas por el obispo de Nancy, primer capellán del emperador, este último distribuye en seguida cruces y medallas.

11 de octubre. — Los emperadores se trasladan á Reims, haciendo su entrada con gran pompa. En toda la extensión de la vía romana que va desde Bar-le-Duc á Reims las casas estaban colgadas de telas de vistosos colores. La comitiva imperial penetra por el barrio obrero en aquella ciudad célebre por la coronación de tantos reyes. Allí hay levantado un improvisado monumento de carácter rústico, una especie de pórtico agrícola, adornado de follaje, de frutas,

de hortalizas monstruosas y rematado en jaulas de mimbres que contenían aves de corral. La población obrera dispensa á los soberanos la más calurosa acogida. Los recibe en la catedral el cardenal Gousset, que felicita al emperador por haber realizado las palabras de San Remi á Clodoveo: «Que vuestro palacio esté abierto para todos y que nadie salga de él con el alma triste.» El cardenal califica á la soberana de *muy augusta emperatriz y de ángel de la caridad cristiana*. SS. MM. entran procesionalmente en el templo bajo palio, y toman asiento en medio del coro. Después pasan al palacio arzobispal, donde tienen su alojamiento. Resucitan los esplendores de la antigua monarquía. Toda la ciudad está de fiesta, y desde la consagración de Carlos X no se la había visto tan brillante y animada.

12 de octubre. — Los monarcas regresan á Saint-Cloud. Por la noche, en su presencia, el obispo de Nancy da la bendición nupcial en la capilla del palacio al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, y á la bella señorita doña Sofía Valera de la Paniega, prima de la emperatriz. El rey Jerónimo, la princesa Matilde, el príncipe Napoleón y los príncipes y las princesas Luciano y Joaquín Murat asistían á la ceremonia.

1.º de noviembre. — El emperador y la emperatriz salieron de Saint-Cloud para ir á pasar cinco semanas en el palacio de Compiègne. Allí iba á haber nuevamente cinco series de convidados. Favoreció la estancia de la corte en Compiègne un tiempo magnífico. Todas las noches descendía el termómetro muchos grados bajo cero; pero de día el sol brillaba en todo su esplendor, y proporcionaba á un invierno precoz hermosas tardes que permitían dar largos paseos por el bosque. Cada semana había cacerías y funciones dramáticas en el teatrillo del palacio.

15 de noviembre. — Se celebró el santo de la emperatriz. El emperador pasó revista á los lanceros y granaderos de su guardia, y á pesar de hacer un tiempo glacial, la emperatriz presenció el desfile en la terraza de la columnata. Durante el día la visitó la reina Cristina.

La residencia en Compiègne había sido tan amena como las de los años anteriores.

El 23 de diciembre hubo una cacería de ciervos que la misma Mad. Feuillet narra de este modo: «Los breacks imperiales estaban parados entre sencillos coches, ocupados por señoras abrigadas con pieles. El emperador y la emperatriz habían ido á caballo con algunos oficiales de palacio á un sitio más apartado para huir de la muchedumbre. A veces se hacía alto en una encrucijada, y cada cual echaba pie á tierra para escuchar de dónde venía la voz de los perros. Entonces todos guardaban silencio, sin que lo turbara nada más que el paso de las ciervas que hacían crujir las hojas secas bajo su pie ligero.»

Mad. Feuillet había bajado de su carruaje para andar y calentarse. De pronto oyó alegres carcajadas. «Estas risas, dice, salían de un descampado, rodeado de un seto de pequeños pinos, entre los cuales había una cabaña al pie

de un corpulento roble. A la puerta estaban algunas señoras que me parecieron las de los breacks. En medio del grupo se veía un hombre de corta estatura, cubierto con un tricornio Luis XV, el cual alimentaba una llama azulada que salía de una vasija puesta en un trípode. Aquel hombre era el emperador y me pareció más animado que de costumbre.»

Durante estas semanas de pasatiempos, de paseos por el bosque, de cacerías, de grandes festines, de funciones dramáticas, comenzaban á apuntar algunas inquietudes, muy vagas todavía, pero sin que nadie se atreviese á hacer alusión á ellas. Las personas perspicaces adivinaban ya que el emperador meditaba algunos proyectos aventurados. El mismo hizo á lord Palmerston y sobre todo á lord Clarendon ciertas confidencias que los alarmaron; pero cuidó de no precisar nada para no sobresaltarlos demasiado; y por tanto no salió de generalidades, aunque estas generalidades tenían un carácter temible. Hablaba del principio de las nacionalidades, sin dejar de reconocer que las buenas relaciones entre Francia y Rusia impedían hacer algo por Polonia; pero emitía la esperanza de ver la Italia emancipada del dominio de los austriacos, y aun se lisonjaba de que Inglaterra se alegraría de semejante eventualidad y de que Rusia la favorecería. Ni lord Palmerston ni lord Clarendon estimularon á Napoleón III. El segundo protestó, insistió en las dificultades de la empresa, sobre el poco provecho que Francia podía sacar de ella y sobre las probabilidades inciertas de una lucha en la que Austria, decía, atacada en su honor, sacrificaría hasta el último hombre y el último florín.

El embajador de Inglaterra, lord Cowley, que, como aquellos dos hombres de Estado, estaba también en Compiègne, se apresuró á dar cuenta á la reina Victoria de las confidencias del emperador á sus huéspedes. La reina se alarmó tanto, que escribió á lord Malmesbury, antiguo amigo de Napoleón III, manifestándole sus recelos. «Hay que hacer sin titubear, decía en su carta, todo cuanto sea posible para disuadir al emperador de una guerra en Italia. No reflexiona, sino que ve lo que desea. Si hace la guerra en Italia, se verá arrastrado, según toda probabilidad, á una guerra con Alemania; esta guerra se hará también extensiva á Bélgica, y si en razón de nuestras garantías nos vemos mezclados en la contienda, Francia podrá concitar contra sí á la Europa entera como en 1814 y 1815.»

El lenguaje de muchos periódicos parisienses no era el más á propósito para calmar á los alarmistas. M. Gueroult, amigo del príncipe Napoleón, escribía en *La Prensa*: «No nos gusta la guerra, y confiamos en que algún día desaparecerá de la superficie de Europa; pero quisiéramos tener una y que ésta fuese contra Austria.» Como Napoleón III y su primo no estaban siempre de acuerdo, al pronto no se dió gran importancia al artículo; pero cuando á los pocos días se vió que un periódico oficioso, *La Patria*, se expresaba en análogo lenguaje, se acentuaron las alarmas del público, y fueron tales, que antes de marchar de Compiègne el emperador, que aún no quería revelar sus proyectos, mandó in-

sertar en el *Moniteur* del 4 de diciembre este suelto que tenía por objeto tranquilizar la opinión: «Una polémica sostenida con sensible persistencia por varios periódicos de París parece haber causado una zozobra que en modo alguno está justificada por nuestras relaciones con las potencias extranjeras. El gobierno del emperador cree de su deber precaver á la opinión pública contra los efectos de una discusión que podría alterar nuestras buenas relaciones con una potencia amiga de la Francia.»

Al otro día, 5 de diciembre, la corte salía del palacio de Compiègne, y SS. MM. se reinstalaban con su hijo en el de las Tullerías. Ningún incidente marcó el fin de aquel año. Seguían los recelos, pero vagos todavía: no se precisaron hasta el 1.º de enero de 1859, cuando Napoleón III, recibiendo al cuerpo diplomático, dirigió al barón de Hubner, embajador de Austria, una frase que fué la señal de la guerra de Italia.

FRANCIA É ITALIA

XXIX

EL PRINCIPIO DE 1859

En la mañana del 1.º de enero de 1859, el año que comenzaba prometía ser, aparentemente, pacífico y tranquilo: en París, la estación de invierno se anunciaba brillante, preparándose muchas reuniones y bailes, y el comercio y la industria prosperaban. Nadie sospechaba que pudiera ocurrir un incidente cualquiera en las Tullerías con motivo de la recepción diplomática del día de Año nuevo. Por eso los representantes de las potencias se extrañaron mucho cuando oyeron á Napoleón III decir al barón de Hubner, embajador de Austria: «Siento mucho que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean ya tan cordiales como antes; pero os ruego digáis al emperador que mis sentimientos personales no han cambiado en nada.»

Esta sencilla frase, aunque pronunciada con tono tranquilo y cortés, resonó como un trueno en un cielo sereno.

Las transacciones se aflojaron, la bolsa bajó, y en el mundo de los negocios hubo verdadera inquietud; pero la emoción no tardó en desvanecerse. El 2 de enero, en la recepción de la emperatriz, la soberana y su esposo manifestaron al barón de Hubner consideraciones particulares, como para borrar la penosa impresión de la víspera; y en sus conversaciones con los representantes de las potencias, el conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, se esforzó en reducir las palabras imperiales á las proporciones de un incidente que no tenía nada de belicoso. El optimismo estuvo de moda en las esferas oficiales, y no se efectuó ningún cambio en la vida de los salones. Los teatros continuaron teniendo buenas entradas; los bailes no fueron menos numerosos que en los inviernos anteriores y los diarios oficiosos se guardaban bien de atemorizar sin motivo los ánimos, tocando prematuramente la campana de alarma. Las inquietudes acabaron de disiparse cuando se leyó en el *Moniteur* del 7 de enero: «Desde hace algunos días la opinión pública está agitada por rumores alarmantes, y es deber del gobierno poner término á ellos, declarando que nada en nuestras relaciones diplomáticas justifica los temores que esas noticias tienden á producir.»

sertar en el *Moniteur* del 4 de diciembre este suelto que tenía por objeto tranquilizar la opinión: «Una polémica sostenida con sensible persistencia por varios periódicos de París parece haber causado una zozobra que en modo alguno está justificada por nuestras relaciones con las potencias extranjeras. El gobierno del emperador cree de su deber precaver á la opinión pública contra los efectos de una discusión que podría alterar nuestras buenas relaciones con una potencia amiga de la Francia.»

Al otro día, 5 de diciembre, la corte salía del palacio de Compiègne, y SS. MM. se reinstalaban con su hijo en el de las Tullerías. Ningún incidente marcó el fin de aquel año. Seguían los recelos, pero vagos todavía: no se precisaron hasta el 1.º de enero de 1859, cuando Napoleón III, recibiendo al cuerpo diplomático, dirigió al barón de Hubner, embajador de Austria, una frase que fué la señal de la guerra de Italia.

FRANCIA É ITALIA

XXIX

EL PRINCIPIO DE 1859

En la mañana del 1.º de enero de 1859, el año que comenzaba prometía ser, aparentemente, pacífico y tranquilo: en París, la estación de invierno se anunciaba brillante, preparándose muchas reuniones y bailes, y el comercio y la industria prosperaban. Nadie sospechaba que pudiera ocurrir un incidente cualquiera en las Tullerías con motivo de la recepción diplomática del día de Año nuevo. Por eso los representantes de las potencias se extrañaron mucho cuando oyeron á Napoleón III decir al barón de Hubner, embajador de Austria: «Siento mucho que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean ya tan cordiales como antes; pero os ruego digáis al emperador que mis sentimientos personales no han cambiado en nada.»

Esta sencilla frase, aunque pronunciada con tono tranquilo y cortés, resonó como un trueno en un cielo sereno.

Las transacciones se aflojaron, la bolsa bajó, y en el mundo de los negocios hubo verdadera inquietud; pero la emoción no tardó en desvanecerse. El 2 de enero, en la recepción de la emperatriz, la soberana y su esposo manifestaron al barón de Hubner consideraciones particulares, como para borrar la penosa impresión de la víspera; y en sus conversaciones con los representantes de las potencias, el conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, se esforzó en reducir las palabras imperiales á las proporciones de un incidente que no tenía nada de belicoso. El optimismo estuvo de moda en las esferas oficiales, y no se efectuó ningún cambio en la vida de los salones. Los teatros continuaron teniendo buenas entradas; los bailes no fueron menos numerosos que en los inviernos anteriores y los diarios oficiosos se guardaban bien de atemorizar sin motivo los ánimos, tocando prematuramente la campana de alarma. Las inquietudes acabaron de disiparse cuando se leyó en el *Moniteur* del 7 de enero: «Desde hace algunos días la opinión pública está agitada por rumores alarmantes, y es deber del gobierno poner término á ellos, declarando que nada en nuestras relaciones diplomáticas justifica los temores que esas noticias tienden á producir.»

Veamos ahora cómo se consideraban las cosas en Austria. El marqués de Bonneville, encargado de Negocios de Francia en Viena, dirigía el 8 de enero un telegrama cifrado al conde Walewski en los términos siguientes: «La emoción general que desde hace algunos días parece haberse apoderado del mundo político en Europa, debía sentirse en Viena más vivamente que en ninguna otra parte, puesto que los incidentes que la motivan, con razón ó sin ella, se refieren los más á las relaciones internacionales de Austria. Se ha producido una especie de pánico que la declaración de el *Moniteur* ha desvanecido hoy en gran parte. Por lo demás, sé que el barón de Hubner, al dar cuenta de las palabras que el emperador le dirigió, las atribuía una significación muy diferente de la que la opinión pública les prestó un momento, y añadía que el tono y el acento con que fueron pronunciadas las hacían más conciliadoras y amistosas aún.»

En Turín, el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia, había comprendido desde luego la gravedad de la situación y escribió en 3 de enero al conde Walewski: «La inquietud está en todos los ánimos, y la opinión pública espera más que nunca grandes acontecimientos muy próximos. La presencia del célebre general Garibaldi en Turín ha dado lugar á numerosos comentarios, y sé que la semana última tuvo una larga conferencia con el conde de Cavour. Parece que ha contraído con el presidente del Consejo, en presencia del general La Marmora, el compromiso formal de ponerse á disposición del gobierno sardo en caso de guerra, renunciando á toda alianza con el partido maziniano, y entendiéndose en un todo con M. de Cavour, según se asegura, en cuanto á la solución que convendría dar, si llegase el caso, á la cuestión de Italia. No se necesitaba más para autorizar toda especie de suposiciones, y tal vez hubiera sido más hábil por parte del conde de Cavour, si tan necesario le era ponerse en relación con Garibaldi, conservar para esta entrevista un carácter del todo secreto.» El 10 de enero Víctor Manuel abrió la legislatura del Parlamento sardo, y las siguientes palabras del discurso real produjeron mucha impresión. «Fortalecidos por la experiencia del pasado, vamos resueltamente al encuentro de las eventualidades del porvenir. Este último debe ser feliz, porque nuestra política está basada en el amor á la libertad y á la patria. Nuestro país, cuyo territorio es pequeño, ha merecido consideración en los consejos de Europa porque es grande por las ideas que representa y por las simpatías que inspira. Esta situación, sin embargo, no está exenta de peligros, pues aun respetando los tratados, no somos insensibles á los gritos de dolor que se elevan de todos los puntos de Italia. Fuertes por la concordia, confiados en nuestro buen derecho, esperamos con prudencia y resolución los decretos de la divina Providencia.»

En un telegrama del mismo día, el príncipe de La Tour d'Auvergne daba cuenta de la sesión en estos términos: «La última parte del discurso en que S. M. alude á las eventualidades del porvenir ha sido acogida con calurosos aplausos, en los que han tomado parte las mismas tribunas. La impresión pro-

ducida en el cuerpo diplomático por las palabras del rey me ha parecido, por otro lado, más favorable que otra cosa. Se ha oído con satisfacción á S. M., atendidas las circunstancias actuales, hablar de su respeto á los tratados; y mis colegas de Rusia y de Prusia, que se hallaban junto á mí, hacían justicia á la moderación de este lenguaje. El rey, así al entrar en la Cámara como al salir, fué acogido con mucho entusiasmo.»

Al día siguiente, 11 de enero, el ministro de Francia escribía en un nuevo telegrama: «La opinión de los individuos del cuerpo diplomático respecto al discurso de la corona dista mucho de ser unánime. Si ha sido juzgado con benevolencia por algunos de mis colegas, los más se muestran bastante impresionados por la frase en que S. M. confiesa que no es insensible á los gritos de dolor que llegan hasta él de todos los puntos de Italia. La misma opinión pública, debo decirlo, parece considerar el discurso del trono más bien como belicoso que otra cosa.»

En Viena también las ideas belicosas se acentuaban, y el marqués de Bonneville no se engañaba al expresarse así en un telegrama del 14 de enero: «Tengo buenos motivos para creer que el gobierno austriaco se ha familiarizado lo bastante hace algún tiempo con la idea de sostener una guerra, para haber llegado á encontrar en esta suprema necesidad sus compensaciones relativas en el caso de que estallase. Las probabilidades de que se declare son seguramente para él muy inciertas, y no se le oculta que sus provincias italianas serían el objeto de ella; pero se cree militarmente en estado de arrostrar dichas probabilidades, sin temerarias esperanzas, pero también sin demasiadas inquietudes graves y sin desaliento. Está sostenido por la confianza de que si se le hiciese la guerra con el único fin de arrancarle la Lombardía y Venecia, esto le proporcionaría inevitablemente alianzas en un tiempo dado. Por último, entre la repetición posible de los hechos revolucionarios que en 1848 amenazaron en todas sus provincias con la disolución de la monarquía austriaca y una guerra exterior, no vacilaría en elegir este último extremo. El primero de estos peligros se antepone á sus demás preocupaciones, y arrostraría el segundo para alejar el otro.»

Así las cosas, se recibió una noticia que fué considerada como síntoma de una guerra próxima en la que Francia sería aliada del Piamonte: los desposorios del príncipe Napoleón y de la princesa Clotilde, hija del rey Víctor Manuel.

El *Moniteur* del 14 de enero anunció que el príncipe Napoleón había marchado la víspera á Turín y que su ausencia duraría poco. En Europa era conocido ya el objeto de este viaje. El mismo día, el marqués de Bonneville, encargado de Negocios de Francia en Viena, escribía al conde Walewski: «El conde Buol (ministro de Negocios extranjeros de Austria) me ha dirigido muy atentamente y sin presión alguna sus felicitaciones respecto al enlace de S. A. I. el príncipe

Napoleón con la princesa Clotilde de Saboya. Me ha hablado de los vínculos de familia que esta unión establecía entre las casas imperiales de Francia y de Austria. Deseo sinceramente, añadió sonriendo, que esta alianza os sea más provechosa que lo fueron para nosotros las muy numerosas que contrajimos con la casa de Saboya.»

Los desposorios se anunciaron oficialmente en el *Moniteur* del 24 de enero. El diario oficial se expresaba así: «Las relaciones íntimas que existen desde hace largo tiempo entre el emperador y el rey Víctor Manuel, y los intereses recíprocos de Francia y de Cerdeña, habían inducido á los dos soberanos á estrechar por una alianza de familia los lazos que les unían. Desde hace más de un año se habían celebrado conferencias con este objeto; pero la edad de la joven princesa hizo diferir hasta ahora la fijación de la época del casamiento.» Después de esta comunicación, y para evitar que el público la considerase como un síntoma de guerra, el *Moniteur* escribía: «El diario la *Unión* no ha temido reproducir las siguientes líneas de la *Independencia belga*: «Se afirma que el rey Víctor Manuel no ha consentido en el matrimonio de la princesa Clotilde sino mediante la condición de que se firmase un tratado ofensivo y defensivo entre Francia y Cerdeña; y se añade que este tratado se firmó anteayer por las dos potencias.» Sentimos tener que desmentir en la prensa francesa semejante aserto, no menos falso que injurioso para la dignidad de los soberanos. El emperador debe desear que sus alianzas de familia estén de acuerdo con la política tradicional de Francia; pero nunca hará depender los grandes intereses del país de una alianza de familia.»

El príncipe Napoleón desembarcó en Génova en la mañana del 16 de enero, siendo recibido por el conde de Nigra, ministro de la casa del rey; por el general Cialdini, ayudante de campo de S. M., y por el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia. El mismo día marchó á Turín, adonde llegó á las tres. Al día siguiente, el ministro de Francia escribía al conde Walewski: «El príncipe ha obtenido en el camino de Génova á Turín, y particularmente en Alejandría, la más lisonjera y entusiasta acogida; pero nada podría dar idea del inmenso concurso de población, y de los ardientes testimonios de simpatía que esperaban á S. A. I. en Turín. Todas las calles, desde el camino de hierro hasta el palacio, estaban ocupadas por una multitud ávida de contemplar al primo del emperador, y que se descubría respetuosamente á su paso, oyéndose numerosos gritos de ¡Viva Napoleón! El rey ha recibido á su augusto huésped de la manera más cordial. Después de la comida, á la cual solamente estaban invitados los ministros del rey, los altos funcionarios de palacio y el personal de la legación, el soberano ha ido, acompañado de S. A. I. y del príncipe de Carignán, al teatro Reggio, brillantemente iluminado con este motivo. La sala estaba llena de bote en bote, y S. M. así como S. A. I. han sido saludados con ruidosos aplausos.»

En la noche del 17 de enero, después de una comida de familia que se dió en palacio, el príncipe Napoleón asistió á la recepción del conde de Cavour,

donde había mucha gente, manifestando todos al primo del emperador la mayor simpatía.

El 18 de enero, nuevo telegrama del príncipe de La Tour d'Auvergne al conde Walewski: «La llegada á Turín del príncipe Napoleón ha producido una sensación general y profunda. El sentimiento que en mi concepto domina es el



Víctor Manuel II, rey de Italia

de una entera confianza en las simpatías del emperador respecto al Piemonte y en el apoyo á su gobierno para salir airosamente de una situación cuyos peligros no se ocultan á nadie, y que comenzaban á inquietar muy de veras aun á los mismos partidarios más ardientes de la política de M. de Cavour. El proyecto de enlace entre S. A. I. el príncipe Napoleón y S. A. R. la princesa Clotilde, conocido de todos hoy y acogido muy favorablemente por la opinión pública, fuera de algunas excepciones, mucho más numerosas sin embargo de lo

que se pensó en un principio, viene á confirmar estas esperanzas. Se desearía, y esta es, señor conde, la aspiración de todos los hombres juiciosos, que tales motivos de confianza influyeran en el sentido de la calma y de la paciencia respecto á la actitud y los proyectos del gabinete de Turín.... En el fondo, en este momento predomina en los representantes de los gobiernos extranjeros, residentes en Turín, como un sentimiento de incertidumbre, y hasta diré de inquietud respecto al porvenir, y también por lo que hace á nuestras intenciones, sentimiento que creo de mi deber indicar á V. E. y que tal vez convendría tener en cuenta hasta cierto punto.»

22 enero. — Otro pliego del príncipe de La Tour d'Auvergne dice así: «Se han establecido las relaciones más cordiales entre el rey y S. A. I. La joven princesa se muestra igualmente satisfecha de la suerte que se le ha reservado; y los partidarios de la independencia italiana saludan esa unión con alegría, considerándola como prenda segura del apoyo que el emperador otorgará á su causa en un porvenir próximo. En las clases elevadas las impresiones son diferentes y menos favorables. Es muy vivo el temor, hábilmente mantenido por algunos, de que la guerra que el Piamonte, abandonado á sí propio, no se atrevería á sostener contra Austria, puede ser el resultado, previsto de antemano, de los nuevos vínculos que van á unir á las casas de Francia y de Saboya... La Cámara no rehusará seguramente los medios necesarios para poner al país al abrigo de un ataque de Austria; pero la opinión pública teme evidentemente, en este momento más que nunca, las empresas imprudentes y las locuras, y el conde de Cavour obrará juiciosamente si aprovecha las circunstancias para tranquilizar la opinión pública tanto como de él dependa.»

23 enero. — El general Niel pide al rey oficialmente la mano de la princesa Clotilde para el príncipe Napoleón, y el soberano accede á la demanda de la manera más cordial. Durante el día, habiendo ido á palacio las comisiones del Senado y de la Cámara de los diputados, para llevar al rey la contestación al discurso de la corona, S. M. les anuncia el casamiento de su hija.

Por la noche se da en la corte un banquete, seguido de una función de gala en el teatro Real, donde los desposados son aclamados.

24 enero. — El príncipe Napoleón come en la embajada de Francia y asiste después á un magnífico baile de corte. La princesa Clotilde, que baila varias veces con él, es objeto de la atención general, y todos observan la soltura y la gracia de que la joven princesa da pruebas toda la noche, pareciendo que aprecia ya mucho á su futuro esposo. El príncipe acaba de hacer una cosa que la ha conmovido mucho: ha ido á ver al príncipe Otón, tercer hijo del rey, en el castillo de Moncalieri, donde S. A. R. reside. El joven príncipe, á quien un achaque de la infancia mantiene alejado forzosamente de la corte, ha manifestado mucho agradecimiento por esta visita, pues pocos momentos antes había dicho con tristeza: «Tal vez no conoceré jamás á mi cuñado.»

25 enero. — El ministro de Francia firma, de concierto con el conde Nigra,

ministro de la casa del rey, el contrato de matrimonio. Según el artículo III, el rey, con arreglo á las leyes del país, asegura á la princesa un dote de quinientos mil francos; y el artículo IV dice que el rey regala á la princesa una suma de cien mil, especialmente destinada para su canastilla, independientemente de las sortijas y de las joyas, cuyo valor aproximado será de doscientos cuarenta y cinco mil francos.

29 enero. — El contrato matrimonial se firma en palacio, en presencia de los ministros y de toda la corte, desempeñando las funciones de notario de la corona el conde de Cavour. Lee el acta de renuncia de la princesa á sus derechos hereditarios, y todas las personas presentes firman el contrato.

Domingo 30 enero. — El casamiento se celebra á las diez de la mañana en la capilla de palacio, ante los obispos de Diella, de Pignerol, de Casal y de Savona; el arzobispo de Vercelli da la bendición nupcial.

A la una y media, los esposos, el rey, el príncipe de Carignán, toda la corte, el ministro de Francia y el personal de su legación marchan á Génova. La guardia nacional y las tropas de guarnición en Turín están sobre las armas, y toda la población espera con ansiedad el paso del real cortejo. Víctor Manuel, que va en una soberbia carroza descubierta, tirada por seis caballos, lleva á su derecha á la princesa Clotilde, y frente á ésta va el príncipe Napoleón, mientras que el príncipe de Carignán se halla frente al rey. El soberano y los esposos están muy conmovidos al ver la emoción de la multitud. Las aclamaciones son universales; las bendiciones, los vivas y los votos por la felicidad de los recién casados se dirigen sin cesar á la princesa, que da las gracias con mucha afabilidad. La estación está adornada con flores, y la ovación no termina hasta después de oírse el agudo silbido de la locomotora.

En toda la línea de la vía férrea, desde Turín hasta Génova, la población de los campos había acudido para saludar con sus aclamaciones al rey, á su hija y á su yerno.

Se llega á Génova, y al dirigirse al palacio, el cortejo real va precedido de los estudiantes, hallándose en la ciudad ochenta y cinco diputados y veinte senadores. Por la noche, el rey y los recién casados asisten á una representación de gala en el teatro Carlo Felice: se le recibe con transportes de alegría, y á cada instante resuenan los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva el príncipe Napoleón! ¡Viva la princesa! ¡Viva Italia!

31 enero. — El rey y SS. AA. II. pasan á bordo de los buques franceses llegados á Génova para escoltar á los esposos hasta Marsella.

1.º febrero. — Los príncipes se embarcan en el *Reina Hortensia*: la princesa lleva consigo su aya, la marquesa de Villamarina del Campo, que debe pasar un mes á su lado. El rey no quiere decir adiós á su hija hasta que el *Reina Hortensia* haya salido del puerto, y vuelve á Génova en una chalupa, revelándose en su rostro varonil su profunda emoción.

XXX

LA PRINCESA CLOTILDE

La princesa, que desembarca en Marsella el 2 de febrero de 1859, cumplirá diez y seis años el 2 de marzo.

Hija del rey Víctor Manuel (nacido el 14 de marzo de 1820) y de la archiduquesa de Austria, Adelaida (nacida el 3 de junio de 1822 y muerta el 20 de enero de 1855), ha aprovechado muy bien una educación excelente. En su actitud, en su lenguaje, en toda su persona, hay una mezcla de sencillez y de nobleza, de modestia y de dignidad, llena de encanto. Apenas pisa el suelo de Francia, aquella hija de reyes, aquella descendiente de héroes y de santas es saludada con veneración, é inspira una simpatía profunda á todos los franceses, incluso aquellos que no son partidarios de una guerra por Italia. ¿Es culpa de aquella dulce niña que su casamiento se relacione con negociaciones belicosas? ¿Se la puede culpar á ella, por cuyas venas circula la sangre de los Habsburgos mezclada con la de Saboya, de una lucha que será entre dos casas rivales una especie de guerra de familia? ¿Qué hay de común entre los horrores de los campos de batalla y la buena princesa que, fiel á los preceptos del Evangelio, hubiera deseado que todos los pueblos hubiesen podido vivir fraternal y cristianamente? En la multitud hay como un vago presentimiento de que la joven princesa no será feliz, y en sus facciones juveniles se distingue ya la huella de una tristeza y melancolía precoces.

2 febrero. — Al llegar á Marsella, el príncipe Napoleón y la princesa encuentran al general Fleury, ayudante de campo del emperador, así como á la condesa de Rayneval y madama de Saulcy, damas del palacio de la emperatriz, encargados de cumplimentarlos á su entrada en Francia. SS. AA. II., después de haber recibido á las autoridades, almuerzan en la prefectura y marchan á París á las tres y media. Una inmensa multitud ocupa las calles que conducen á la estación del camino de hierro, y grita: «¡Viva el emperador! ¡Viva el príncipe Napoleón! ¡Viva la princesa Clotilde!»

3 febrero. — Sus Altezas Imperiales se detienen por la mañana en Fontainebleau para descansar algunas horas, y son recibidos por la princesa Matilde, que abraza á su nueva cuñada.

A las tres, llegada á París. En la estación de Lyon se encuentran el mariscal Magán, el general de Lawoëstine, el prefecto del Sena, el prefecto de policía,

los oficiales del cuarto del príncipe Napoleón y el personal de la legación de Cerdeña. Las calles que el cortejo debe seguir están empavesadas con banderas francesas y sardas. La carroza del príncipe y de la princesa atraen todas las miradas. El cortejo recorre la calle de Lyon, la de Rívoli, la plaza de Saint-Germain l'Auxerrois, el patio del Louvre y la plaza del Carrousel. La guardia nacional y los tiradores de la guardia imperial forman la línea desde la entrada del Louvre hasta el arco de triunfo del Carrousel; el primer regimiento de coraceros de la guardia y uno de dragones están formados en batalla en esta plaza, y en el patio de las Tullerías la línea está formada por un batallón de tiradores de la guardia.

El emperador baja hasta el pie de la escalera grande para recibir á Sus Altezas Imperiales, y la emperatriz los aguarda en lo alto de la escalera, donde abraza á la princesa. Después comienzan las presentaciones en el salón Blanco, situado entre la sala de los Mariscales y el salón de Apolo. Algunos momentos después, SS. AA. se dirigen con el mismo séquito al Palais-Royal. El rey Jerónimo, rodeado de los oficiales de su cuarto, recibe á la princesa al apearse del coche, y después de haberla abrazado, la conduce á las habitaciones que le están destinadas. Por la noche, los esposos comen á la mesa del antiguo soberano de Westfalia.

5 febrero. — Gran banquete en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, en honor de la recién casada.

La princesa Clotilde es muy apreciada desde luego en la corte. Su extrema sencillez no la impide tener un aire muy majestuoso; su reserva, su modestia y su tacto la granjean el afecto general. En el momento de instalarse en el Palais-Royal, se tiene buen cuidado de alejar las ideas tristes que pudieran comunicar algo de lúgubre á esta morada; y París se aparece á la joven princesa como una ciudad magnífica, que goza de una prosperidad extraordinaria. Se cree aún que las cuestiones al orden del día se podrán arreglar pacíficamente por la vía diplomática. El embajador de Austria, recordando que la esposa del príncipe Napoleón es hija de una archiduquesa, le manifiesta la mayor deferencia y asiste á todos los festejos que se dan en su honor. Hablando del casamiento, objeto de tantos comentarios, el conde de Buol asegura al marqués de Bonneville que, en cuanto á él, «no es de aquellos que han podido buscar un *indicio oculto*, y que los motivos de esta unión le parecieron siempre tales como el emperador Napoleón los expone, naturales y convenientes.»

Ciertos diarios de Viena, particularmente la *Prensa*, habían reproducido, dándoles un origen piamontés, algunas palabras inconvenientes respecto al casamiento. ¿Qué hizo entonces el gobernador imperial y real? Publicó en la *Correspondencia Austriaca*, periódico oficial, un artículo que podría tener por consecuencia la supresión de la *Prensa*, sobre la cual pesaban ya dos advertencias. El marqués de Bonneville escribe con este motivo al conde Walewski, en 2 de febrero: «El conde Buol me ha dicho que no había hecho más que obedecer á

un sentimiento muy natural de alta conveniencia, provocando la represión de tan indignas faltas, y que, sin hacer mérito alguno de un acto de simple decoro, había querido por lo menos manifestar su actividad para reprimir espontáneamente incalificables ataques.» El gobierno francés aprecia el buen proceder del gobierno austriaco y le expresa su agradecimiento.

La princesa Clotilde será respetada siempre y en todas partes, y durante los once años y medio que residirá en Francia dará el ejemplo de todas las virtudes. Se la verá presentarse en las fiestas oficiales con la noble actitud de la mujer nacida en las gradas de un trono; pero en el palacio observará la vida austera del claustro, sufriendo sin hablar jamás de sus padecimientos y ofreciéndolos humildemente á Dios. Los hombres políticos de todos los partidos tributarán homenaje á esta piadosa y caritativa princesa, que no será menos venerada en el infortunio que en los días prósperos, y que haciendo admirar á todos su resignación, su calma y su valor, saldrá de Francia con tanta dignidad como había entrado.

XXXI

EL FOLLETO ANÓNIMO

Víctor Manuel, después de haber presenciado en Génova la marcha de su hija á Francia, había regresado á Turín para aprobar un proyecto de empréstito de cincuenta millones que le fué sometido por su ministro de Hacienda M. Lanza. Era un verdadero empréstito de guerra, cuyo objeto no se podía poner en duda. El ministro terminaba así la exposición de motivos: «Ya sabéis que en la vida de los pueblos hay momentos supremos en que el sacrificio es un deber sagrado, una necesidad inexorable.» Todos se preguntaban con ansiedad qué papel desempeñaría Napoleón III en las grandes crisis que se preparaban.

El 3 de febrero de 1859, es decir, el día mismo de la llegada de la princesa Clotilde á París, el emperador anunció á sus ministros, muy sorprendidos, la publicación de un folleto en que se reflejaban sus ideas sobre la cuestión italiana.

Algunas horas después dicho folleto se ostentaba en los escaparates de todas las librerías; constaba de sesenta y cuatro páginas y no llevaba firma alguna, siendo su título *El emperador Napoleón III é Italia*.

En sus *Recuerdos del Segundo Imperio*, M. A. Granier de Cassagnac dijo, hablando del emperador: «Su trono le ha distraído de sus libros; pero los que los han leído saben que jamás Francia ni los demás países tuvieron un monarca preparado á reinar por una cultura intelectual más elevada. He aquí por qué tenía una idea tan exacta de la acción de la prensa sobre la sociedad moderna, y por qué trataba de dirigir esta acción con tanta solicitud. El emperador, que fué toda su vida periodista, amaba mucho la prensa; prisionero en Ham, se dedicó al periodismo en el *Progrès du Pas-de-Calais*; en el Elíseo continuó escribiendo con M. de La Guéronnière; en las Tullerías hizo lo mismo con M. Duvernois y M. Vitu; y por todas partes, desde 1850, escribió conmigo hasta en Wilhelmshöhe, y hasta en Camden-Place, donde algunos meses antes de su muerte corrigió las pruebas de un folleto escrito por los dos y publicado por Amyot.»

El periodista coronado anteponía la prensa á la diplomacia, prefiriendo un buen artículo á un buen despacho político. Naturalmente, sus ministros veían con malos ojos su afición á la publicidad y no observaban sin despecho que con frecuencia estaban mucho peor informados que ciertos periodistas sobre las

ideas é intenciones de su señor. Napoleón III gobernaba algunas veces contra su propio gobierno, y no había dicho á su ministro de Negocios extranjeros, el conde Walewski, una sola palabra sobre el folleto que preparaba misteriosamente con el vizconde de La Guéronnière, folleto que era opuesto en absoluto á la política oficial seguida en el palacio del muelle de Orsay.

El autor anónimo del que se debía publicar con el título de *El emperador Napoleón III é Italia* era hombre de las más bellas cualidades, cuyos exquisitos modales se realzaban por un verdadero talento de escritor. Legitimista de origen, había llegado á ser discípulo favorito de M. de Lamartine, cuyo estilo tomó por modelo; y en 1848 escribía en el diario el *Pays*, que sostenía la candidatura del ilustre poeta para la presidencia de la República. En 1851 publicó una serie de *Retratos políticos*, entre los cuales figuraban los del conde de Chambord y de Luis Napoleón. Esta publicación tuvo gran éxito; el príncipe presidente quedó admirado, y esforzóse para granjearse la buena voluntad del autor. Elegido diputado por el Cantal en 1852, el vizconde de La Guéronnière dimitió su cargo para entrar en el Consejo de Estado, y en cuanto á publicidad, fué auxiliar é íntimo confidente del emperador.

El folleto inspirado por el soberano era la apología ardiente y entusiasta de la causa italiana. En un estilo verdaderamente propio de Lamartine se decía: «Italia es más que una hermana para las demás naciones; es una madre. Su genio, su poderío, sus instituciones, sus conquistas, sus obras maestras, y más tarde sus desgracias, su ruina y sus perturbaciones, todo, en fin, en la era antigua, así como en los tiempos modernos sus cónsules, sus tribunos, sus historiadores, sus monarcas, sus mártires y sus papas, contribuyeron á darla un carácter generador en cierto modo. En la política, en la guerra, en la legislación civil y penal, en las artes, en la elocuencia y en la poesía, lo mismo que en la religión, ha sido la patria común de todas las naciones civilizadas. Por lo tanto se podía decir que su influencia en el mundo no cesó jamás. Después de haberle subyugado, le ilustró, y cuando su dominación material se perdió, su dominio moral dió principio. El olvido de Europa sería ingratitud; el olvido de Italia sería abnegación. ¿Podemos pedir ese sacrificio á los que no han conservado de su grandeza pasada más que el orgullo de haberla justificado y la esperanza de encontrar un día algunos restos? Y si nosotros lo pidiéramos á Italia, ¿no tendría derecho para contestarnos con este pensamiento de Tácito en la *Vida de Agrícola*: «Hubiéramos perdido la memoria con la palabra si nos fuese dado olvidar y callarnos.»

En un magistral estudio, titulado *Napoleón III y su designio internacional*, M. Emilio Ollivier ha observado muy juiciosamente que se ha hecho mal en alejar del segundo emperador las ideas generales en medio de las que se formó su espíritu, y de las que fué más tarde un reflejo. Se hubiera debido, en vez de considerarle como una individualidad solitaria dependiendo tan sólo de sí misma, unirle al movimiento de su época. «Tomad las tesis democráticas, aña-

de M. Ollivier, tales como Lamennais, Armando Carrel, después Lamartine, y nuestros pensadores y poetas populares las habían formulado; mezclad algunas ideas del gran poeta y del gran pensador de Santa Elena; leed de nuevo los discursos palpitantes de Thiers antes de 1848, en favor de la Italia bajo la espada de Carlos Alberto y el báculo pastoral de Pfo IX, y el bastón de Cabaignac, el 23 de mayo de 1849, intimando al ministerio á proteger la independencia y la libertad de los pueblos.... Combinad estos escritos, estas palabras, estos actos; sacad de aquí una regla de conducta, y sin perderos en conjeturas, en disertaciones ó en asombros, tendréis la definición rigurosa de toda la política de Napoleón III. Con una simple fórmula se resume: fué la de las nacionalidades.»

Napoleón había dicho en la roca de Santa Elena: «El primer soberano que en medio de la gran pelea abraza de buena fe la causa de los pueblos, se verá á la cabeza de Europa y podrá tener cuanto quiera.» Este pensamiento está inscrito evidentemente en el *Memorial* que inspiró el folleto *El emperador Napoleón III é Italia*. La idea fundamental es que los pueblos tienen derecho para disponer de su suerte.

Lo que el folleto recomienda para Italia no es la unidad, sino una unión federativa que tenga al Papa por presidente. «En vez de gobernar un pueblo inmóvil, extiende la mano sobre toda la Italia para bendecir á ésta y dirigirla; y es el jefe irresponsable y venerado de una confederación de veintiséis millones de cristianos que, clasificados en diversos Estados, van á terminar todos en el centro, donde se resumen la actividad y la grandeza de Italia.»

Bajo una forma moderada, bajo apariencias conciliadoras, el folleto desarrolla las ideas más atrevidas, las más contrarias á todas las tradiciones de la antigua diplomacia europea. Declara que «el carácter absolutamente clerical del gobierno de los Estados romanos es un contrasentido, una causa activa del descontento, y de consiguiente un motivo de debilidad para el mismo Papa, así como un peligro permanente de revolución.» No se limita á reclamar reformas en la península, y hace tabla rasa de los tratados. «Estos últimos, que unen á los gobiernos, dice, son las leyes internacionales de los pueblos, y no serían invariables sino siendo el mundo inmóvil. Si los tratados que deben proteger la seguridad de Europa la ponen en peligro, es porque no responden á las necesidades que los dictaron. La sabiduría política aconseja entonces sustituirlos con otra cosa. La potencia que se atrincherara detrás de los tratados para resistir á las modificaciones reclamadas por el sentimiento general, tendría sin duda para sí el derecho escrito, pero en su contra también el derecho moral y la conciencia universal.»

La conclusión del folleto es la siguiente: «¿Qué se ha de hacer, pues? ¿Apelar á la fuerza? ¡Que la Providencia aleje de nosotros esta extremidad! Es preciso recurrir á la opinión.... Dios reservaría sin duda una buena parte de gloria humana á los que sostuvieran la lucha. La gloria no nos tienta; tenemos bas-

tante, así en la historia del pasado como en nuestros acontecimientos contemporáneos, para no desear más; y de consiguiente deseamos con ansia que la diplomacia haga en la víspera de una lucha lo que haría al día siguiente de una victoria. ¡Únase Europa enérgicamente para esta causa de justicia y de paz! ¡Debe estar con nosotros, porque siempre estaremos con ella, para defender su honor, su equilibrio y su seguridad!»

En resumen, el folleto es pacífico en la superficie, pero belicoso en el fondo: lo que pide, es decir, la abolición de los tratados y la liberación de Milán y de Venecia, no se puede obtener sino por la guerra. Lo reconoce así el mismo autor, porque después de haber enumerado las fuerzas militares de Austria y sus formidables posiciones estratégicas en el Norte de Italia, añade: «De estos hechos resulta, para todo hombre de guerra, la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás resultado de una revolución, y que no podrá obtener buen éxito sin el auxilio extranjero.» Este auxilio es el de Napoleón III y su ejército francés.

Por primera vez se acaba de ver á un soberano infundir en la opinión pública su programa personal, y transformarse en cierto modo en periodista que publica un largo artículo sin firmarle.

XXXII

EL DISCURSO DE LA CORONA

Difícilmente se podría formar hoy idea de la importancia de los discursos de la corona durante el segundo Imperio. Napoleón III los redactaba él mismo con el mayor cuidado; corregía las pruebas, y los pronunciaba con voz fuerte y sonora, que oían muy bien los asistentes. El emperador tenía el privilegio de poder, con una sola frase ó una simple alusión, hacer bajar ó subir las Bolsas del mundo entero. Enviados inmediatamente por telégrafo á todos los países civilizados los discursos imperiales, eran por todas partes objeto de infinitos comentarios; estudiábanse minuciosamente todas las frases, y á menudo se deducían conclusiones contradictorias.

Jamás había sido esperado un discurso de la corona con más impaciencia que aquel con que Napoleón III debía abrir las sesiones del Senado y del Cuerpo legislativo el 7 de febrero de 1859. El folleto del vizconde de La Guéronnière había visto la luz pública tres días antes, y se tenía mucho empeño en saber si el soberano reproduciría del todo ó en parte las ideas expresadas en aquél. El público hacía diversas apreciaciones sobre dicho folleto; los unos le consideraban como un acontecimiento grave; los otros como un simple anuncio, y éstos se esforzaban en disminuir su alcance. Así en el terreno de los negocios como en el diplomático, aún había incertidumbre respecto á las verdaderas intenciones del emperador, y esperábase que el discurso de la corona disiparía las inquietudes, desvaneciendo los equívocos. La ceremonia tuvo lugar en la nueva sala del Louvre, destinada á la apertura de las sesiones legislativas, y á la cual se dió el nombre de sala de los Estados. El trono estaba sobre un estrado en el fondo de la sala, y á su derecha elevábase la tribuna de la emperatriz. Media hora antes de la llegada del emperador, las grandes corporaciones del Estado, las comisiones y las personas invitadas ocupaban los sitios que se les habían reservado. En las gradas del trono, á derecha é izquierda, hallábanse los cardenales, los ministros, los mariscales y almirantes y una comisión de los caballeros gran cruz de la Legión de Honor, así como los individuos del Consejo de Estado. Frente al trono, á la derecha, estaban los senadores, y á la izquierda los diputados; en la galería superior de la derecha veíanse los individuos del cuerpo diplomático con sus esposas, y las demás damas invitadas ocupaban la galería superior de la izquierda.

tante, así en la historia del pasado como en nuestros acontecimientos contemporáneos, para no desear más; y de consiguiente deseamos con ansia que la diplomacia haga en la víspera de una lucha lo que haría al día siguiente de una victoria. ¡Únase Europa enérgicamente para esta causa de justicia y de paz! ¡Debe estar con nosotros, porque siempre estaremos con ella, para defender su honor, su equilibrio y su seguridad!»

En resumen, el folleto es pacífico en la superficie, pero belicoso en el fondo: lo que pide, es decir, la abolición de los tratados y la liberación de Milán y de Venecia, no se puede obtener sino por la guerra. Lo reconoce así el mismo autor, porque después de haber enumerado las fuerzas militares de Austria y sus formidables posiciones estratégicas en el Norte de Italia, añade: «De estos hechos resulta, para todo hombre de guerra, la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás resultado de una revolución, y que no podrá obtener buen éxito sin el auxilio extranjero.» Este auxilio es el de Napoleón III y su ejército francés.

Por primera vez se acaba de ver á un soberano infundir en la opinión pública su programa personal, y transformarse en cierto modo en periodista que publica un largo artículo sin firmarle.

XXXII

EL DISCURSO DE LA CORONA

Difícilmente se podría formar hoy idea de la importancia de los discursos de la corona durante el segundo Imperio. Napoleón III los redactaba él mismo con el mayor cuidado; corregía las pruebas, y los pronunciaba con voz fuerte y sonora, que oían muy bien los asistentes. El emperador tenía el privilegio de poder, con una sola frase ó una simple alusión, hacer bajar ó subir las Bolsas del mundo entero. Enviados inmediatamente por telégrafo á todos los países civilizados los discursos imperiales, eran por todas partes objeto de infinitos comentarios; estudiábanse minuciosamente todas las frases, y á menudo se deducían conclusiones contradictorias.

Jamás había sido esperado un discurso de la corona con más impaciencia que aquel con que Napoleón III debía abrir las sesiones del Senado y del Cuerpo legislativo el 7 de febrero de 1859. El folleto del vizconde de La Guéronnière había visto la luz pública tres días antes, y se tenía mucho empeño en saber si el soberano reproduciría del todo ó en parte las ideas expresadas en aquél. El público hacía diversas apreciaciones sobre dicho folleto; los unos le consideraban como un acontecimiento grave; los otros como un simple anuncio, y éstos se esforzaban en disminuir su alcance. Así en el terreno de los negocios como en el diplomático, aún había incertidumbre respecto á las verdaderas intenciones del emperador, y esperábase que el discurso de la corona disiparía las inquietudes, desvaneciendo los equívocos. La ceremonia tuvo lugar en la nueva sala del Louvre, destinada á la apertura de las sesiones legislativas, y á la cual se dió el nombre de sala de los Estados. El trono estaba sobre un estrado en el fondo de la sala, y á su derecha elevábase la tribuna de la emperatriz. Media hora antes de la llegada del emperador, las grandes corporaciones del Estado, las comisiones y las personas invitadas ocupaban los sitios que se les habían reservado. En las gradas del trono, á derecha é izquierda, hallábanse los cardenales, los ministros, los mariscales y almirantes y una comisión de los caballeros gran cruz de la Legión de Honor, así como los individuos del Consejo de Estado. Frente al trono, á la derecha, estaban los senadores, y á la izquierda los diputados; en la galería superior de la derecha veíanse los individuos del cuerpo diplomático con sus esposas, y las demás damas invitadas ocupaban la galería superior de la izquierda.

A la una, la emperatriz, precedida y seguida de los principales jefes, de los oficiales y de las damas de su cuarto, entró en la sala en medio de las aclamaciones repetidas de «¡Viva la emperatriz!»

Apenas la emperatriz hubo tomado asiento en su tribuna, el cañón de los Inválidos anunció la salida del emperador del palacio de las Tullerías, á quien precedían y seguían los grandes oficiales de su cuarto; el soberano se dirigió á la sala de sesiones por la gran galería de cuadros del Louvre, y ocupó el trono, teniendo á su derecha al rey Jerónimo y á su izquierda al príncipe Napoleón; después pronunció con voz firme y acentuada su discurso, cuya primera parte pareció muy pacífica. «La emoción que acaba de producirse, dijo, sin apariencia de peligros inminentes, puede muy bien sorprender, porque revela al mismo tiempo demasiada desconfianza y excesivo temor. Parece que se ha dudado, por una parte, de la moderación de que siempre di tantas pruebas, y por la otra, del verdadero poder de Francia. Por fortuna, la mayoría del pueblo está lejos de sentir semejantes impresiones.» El emperador recordaba después su declaración hecha en Burdeos: *el Imperio es la paz*, «queriendo probar con esto, añadía, que si el heredero del emperador Napoleón subía al trono, no volvería á comenzar una era de conquistas, sino que inauguraría un sistema de paz que tan sólo pudiera ser perturbado por la defensa de los grandes intereses nacionales.»

Esta última frase comenzó á sembrar la inquietud, opinándose que Napoleón III consideraría tal vez una guerra en favor de Italia como la defensa de grandes intereses nacionales que tuvieran relación con Francia.

El emperador se extendió después sobre sus disonancias con Austria en la cuestión de los Principados Danubianos, y añadió con este motivo que el interés de Francia está dondequiera que deba prevalecer una causa justa y civilizadora. En el fondo usaba un lenguaje sibilítico al decir: «Me mantendré inexorable en la vía del deber, de la justicia, del honor nacional, y mi gobierno no se dejará llevar ni intimidar, porque mi política no ha de ser nunca ni provocadora, ni pusilánime.» Todos se preguntaban si el soberano quería la paz ó la guerra.

Mientras que el emperador hablaba, la actitud de los que le rodeaban era curiosa de observar. Senadores y diputados hacían ademanes de aprobación al oír cuanto parecía deber tranquilizar los ánimos y ofrecía garantías pacíficas; pero cuando el lenguaje imperial se convertía en enigmático y obscuro, se abstentaban de toda demostración, sin prodigar los aplausos acostumbrados, hasta el fin del discurso, que terminaba así: «Cuando sostenido por el voto y el sentimiento popular se suben las gradas de un trono, el favorecido se eleva, por la más grave de las responsabilidades, sobre la región ínfima donde se discuten intereses vulgares, y se tienen por primeros móviles, así como por últimos jueces, Dios, la conciencia y la posteridad.»

Por la lectura, el discurso producía una impresión más belicosa que por la

audición. Desentrañando su sentido oculto, meditando las frases sobre las causas justas y civilizadoras que se debían hacer prevalecer sobre la situación anormal de Italia y sobre la comunidad de intereses entre el Piamonte y Francia, las imaginaciones perspicaces creyeron ver en palabras al parecer muy moderadas las señales precursoras de una guerra próxima. En Turín esta fué la impresión general, y así el rey Víctor Manuel como el conde de Cavour vieron como un estímulo y una promesa en el discurso imperial. En Viena, por el contrario, se le dió ó por lo menos se aparentó darle una significación pacífica.

El 8 de febrero se leía en la *Correspondencia Austriaca*, diario oficial: «El discurso pronunciado por el emperador Napoleón al abrirse la legislatura es propio para que desaparezcan los temores de guerra que se habían producido últimamente en Europa... El emperador Napoleón no hará llamamiento alguno á las fuerzas del país gobernado por él, sino en defensa de los grandes intereses nacionales del país, y como esos grandes intereses no están amenazados por ningún lado, ni hay nadie que trate de perjudicar la posición y la autoridad de tan gran imperio como el de Francia, creemos estar perfectamente fundados al participar de la confianza de Europa, considerando que la paz no se perturbará.»

El 11 de febrero, el marqués de Bonneville escribía al conde Walewski: «Como el interés principal del discurso del 7 de febrero estriba en la mención que se debía hacer sobre el estado de las relaciones de Francia con Austria, este discurso era esperado en Viena con más ansiosa impaciencia que en otras partes. La sensación ha sido profunda, y jamás la autoridad y el prestigio de la palabra del emperador habían impresionado los ánimos tan poderosamente como ahora; mas como era natural preverlo, las primeras impresiones fueron contradictorias, y cada cual ha buscado desde luego, según sus disposiciones personales, la confirmación de sus temores ó la justificación de sus esperanzas... En cuanto al gobierno, no vaciló en declararse satisfecho, é interpretó en un sentido pacífico y conciliador el discurso del emperador Napoleón. Esta declaración ha influido con buen éxito contra las impresiones contrarias, y particularmente las que sintió la diplomacia alemana, siempre demasiado dispuesta á desconfiar de Francia.»

El encargado de Negocios, que deseaba ardientemente el mantenimiento de la paz, añadía en el mismo pliego: «El conde Buol me ha hablado del discurso con admiración, elogiando sin reserva la nobleza, la habilidad, la calma y la franqueza de lenguaje. El emperador Napoleón, me ha dicho, creyéndose obligado á recordar *su fuerza y su moderación á Francia*, ha contraído respecto á ella un nuevo compromiso de perseverar en su política *firme, pero conciliadora*. Ahora depende de Austria, en este momento prudente, moderada y de conciliación, ligar á Napoleón con Europa para que contraiga respecto á ella el mismo deber.» El marqués de Bonneville concluye así: «Creo que se siente aquí la necesidad de todo esto y que se desea.»

En resumen, el gobierno austriaco había querido desvanecer los temores y dirigir la opinión pública, indicando inmediatamente por el artículo de un diario oficial la impresión que él mismo adoptaba. La diplomacia europea, que se disponía á trabajar para pedir el mantenimiento de los tratados, impidiendo la guerra, aparentó que tomaba en serio las palabras pacíficas de Napoleón III, repitiendo con él: «¡Lejos de nosotros las falsas alarmas, las desconfianzas injustas! Esperamos que la paz no se perturbará.» La nota optimista prevaleció todavía durante algún tiempo. El emperador tuvo buen cuidado de ocultar sus secretos pensamientos, y evitó con prudencia chocar de frente con la opinión pública, que en Francia y en todas partes del extranjero, excepto en el Piamonte, se pronunciaba contra la guerra. Por lo tanto se pudo creer, durante algunas semanas aún, que las ideas de paz y conciliación predominarían.

XXXIII

LOS PARTIDARIOS DE LA PAZ

A principios de 1859, yo iba casi todas las noches á los salones imperialistas; allí se hablaba mucho de política extranjera, y las conversaciones eran interesantes; de modo que pude reconocer hasta qué punto, no tan sólo en los ministerios, en las embajadas, en la presidencia del Senado y en la del Cuerpo legislativo, sino en las mismas Tullerías, se hacían votos por la paz, criticándose las tendencias belicosas. Fuera de algunos militares, ávidos de aventuras y de gloria, de ascensos y condecoraciones, no encontré persona alguna que se declarase partidaria de una guerra con Italia. Cuando los prefectos iban á París, los mismos ministros les recomendaban que no dejaran ignorar al emperador que sus administrados deseaban con ansia el mantenimiento de la paz. Esto era en el mundo oficial una especie de consigna.

Tan sólo algunos confidentes íntimos del soberano deseaban, como él, la guerra; pero guardábanse muy bien de confesarlo, pues Napoleón III quería que, si desnudaba el acero, se creyese que era Austria quien le había obligado á ello. Toda su política tendía á conducir las cosas de tal manera que el emperador Francisco José apareciese como el agresor. Evitaba, pues, todo cuanto se hubiera podido considerar como una provocación, y no desanimaba á ninguna de las personas que abogaban cerca de él por la causa de la paz.

Los individuos del Cuerpo legislativo decían casi todos que, excepto algunos liberales avanzados y unos cuantos revolucionarios, sus electores se pronunciaban con la mayor energía contra las tendencias belicosas. La sumisión universal impedía por sí sola á la Cámara manifestar sus sentimientos ruidosamente; y aun en aquellos que protestaban con más ruido de su fidelidad al emperador y á la dinastía se notaban ya los gérmenes de una sorda oposición á las ideas cuyo primer síntoma había sido el discurso del trono. Los diputados imaginaron una ligera manifestación bastante benigna, pero que tenía su significación. Llamados á nombrar los presidentes y secretarios de las mesas, no eligieron ninguno de sus colegas que tuvieran un grado militar ó un cargo en la corte.

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, era uno de los principales partidarios de la paz, y no lo ocultó en el discurso pronunciado por él en 8 de febrero en la apertura del Congreso. Cuando dijo que «la religión, la

civilización, el crédito y el trabajo habían hecho de la paz el primer bien de las sociedades modernas, resonaron unánimes aplausos. «La sangre de los pueblos, añadió, no se derrama ya ligeramente. La guerra es el último recurso del derecho desconocido ó del honor agraviado. La mayor parte de las dificultades las allana la diplomacia, ó las resuelven arbitrajes pacíficos. Las comunicaciones internacionales, tan rápidas ahora, y la publicidad han creado una nueva potencia europea, con la que todos los gobiernos se ven obligados á contar, y esta potencia es la opinión. Podrá ser un momento indecisa ó ignorada; pero siempre concluye por ponerse al lado de la justicia, del derecho y de la humanidad.» Cuando hablaba así, el conde de Morny expresaba el sentimiento de toda la Cámara.

En el mundo de los negocios se manifestaban por todas partes análogas disposiciones. Hacendistas, especuladores, bolsistas, fabricantes y comerciantes expresaban los mismos deseos que los campesinos y los agricultores, los mismos que las poblaciones de las ciudades y de los campos: el deseo de la paz era universal.

Los diarios, hasta aquellos que manifestaban las más vivas simpatías por el Piamonte y admiraban más al conde de Cavour, pronunciábanse contra la guerra. M. Eugenio Forcade, que redactaba entonces la crónica de la quincena en la *Revista de Ambos Mundos*, escribía el 31 de marzo: «Para ser aceptado por la conciencia de los pueblos, es preciso hoy que la guerra se les presente como una inevitable necesidad. Nada de lo que ha podido aprender hasta este día el público francés nos revela ese carácter de irresistible necesidad de la guerra que nos amenaza: esta última no puede surgir más que de la cuestión italiana. Sería posible que la lucha pareciese necesaria á los mismos italianos, que arden en deseos de librar su patria de toda dominación extranjera. En cuanto á nosotros, profesamos una sincera simpatía á los patriotas italianos y les reconocemos el derecho de ser jueces desde el momento en que deben intentar la conquista de su independencia por las armas; pero con una condición, y es que su empresa les ligue solamente á ellos, reconociendo que los franceses no tienen ni los mismos derechos, ni los mismos deberes, ni los mismos intereses que los italianos, cuando se trata para ellos de resolver si hay motivo para cooperar por una guerra inmediata á la independencia de Italia.

En 1852, en el momento en que el conde de Cavour acababa de ser nombrado primer ministro del rey Víctor Manuel, M. Thiers, de paso por el Piamonte, escribía: «He visto un país juicioso, un gobierno excelente y un ejército admirable. Si el Piamonte continúa conduciéndose bien, y si Francia no le arrastra consigo en una vía de locas aventuras, será algún día el fundamento en que podrá erigirse una Italia; pero necesita muchos años de paz y de buena conducta. La guerra le perdería.» En 1859 tal era todavía la opinión, no solamente de M. Thiers, sino también de casi todos los diplomáticos franceses.

M. de Persigny, M. Drouyn de Lhuys y M. de Morny eran partidarios, el

primero de la alianza inglesa, el segundo de la alianza austriaca, y el tercero de la alianza rusa; pero había un punto en el que todos tres se hallaban de acuerdo, y era su oposición al principio de las nacionalidades; á M. de Morny le parecía que este principio estaba apoyado principalmente por los revolucionarios y decía: «Los revolucionarios no son jamás amigos muy seguros; se sirven de las simpatías que excitan para llegar á sus fines, pero no tienen ni agradecimiento ni moderación.»

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros en 1859, pertenecía, como su predecesor, M. Drouyn de Lhuys, á la escuela del pasado. Esencialmente conservador, defensor conocido del poder temporal del Papa, amigo personal del rey de Nápoles y del gran duque de Toscana, consideraba los tratados como un arca santa, mostrándose por todas partes y siempre opuesto á la revolución. Los diplomáticos franceses participaban casi todos de las opiniones de su jefe; consideraban peligroso un auxiliar como Garibaldi, y á pesar del *Memorial de Santa Elena*, eran hostiles al sistema de las grandes aglomeraciones nacionales. A sus ojos, la fuerza de Francia consistía en su unidad, y su interés era no trabajar para que sus vecinos adquiriesen una fuerza de que ella tenía el privilegio. Creían que cuanto más pequeños eran los Estados limítrofes, más grande era Francia, y declarábanse en consecuencia partidarios del particularismo en Alemania, lo mismo que en Italia. Tales eran en particular las ideas del duque de Montebello, embajador en San Petersburgo; del duque de Gramont, embajador en Roma; del marqués de Moustier, del príncipe de La Tour d'Auvergne, del marqués de Ferrière de Vayer, ministros de Francia, uno en Berlín, el otro en Turín, y el tercero en Florencia. Así, pues, la diplomacia imperial estaba en absoluta oposición con el programa del emperador; este último lo sabía muy bien; pero lejos de quejarse, lejos de desaprobár á sus agentes, los conservaba en sus puestos, sirviéndose de ellos para disimular mejor á las potencias extranjeras sus intenciones y sus verdaderos designios.

No era por eso espectáculo menos curioso ver á un soberano conspirar, en su política extranjera, no solamente contra las Cámaras, sino contra sus ministros, sus diplomáticos, sus prefectos, y en una palabra, contra todo su gobierno.

¿Tenía por lo menos Napoleón III, para sostenerle en sus proyectos en favor de la causa italiana, el apoyo material ó moral de Inglaterra? De ningún modo; y vamos á probar por documentos incontestables que, lejos de favorecer el programa del rey Víctor Manuel y del conde de Cavour, la reina Victoria y el gobierno británico se declararon con la mayor energía en favor de la conservación de los tratados, y de consiguiente, por el dominio austriaco en Milán y en Venecia.

INGLATERRA Y EL PIAMONTE

El 3 de febrero de 1859, la reina Victoria abrió el Parlamento. «Recibo de todas las potencias extranjeras, decía en el discurso del trono, seguridades de buenos sentimientos amistosos. Cultivarlos y consolidarlos, mantener intacta la fe de los tratados públicos, y contribuir, hasta donde alcance mi influencia, á la conservación de la paz general, tales son los objetos de mi constante solicitud.» Aquel mismo día, las dos Cámaras discutieron el mensaje. Los toríes, entonces en el poder (lord Derby era primer ministro, y lord Malmesbury jefe del *Foreign Office*), estuvieron completamente de acuerdo con los whigs respecto á la cuestión italiana.

En la Cámara de los lores, el primer ministro se expresó así: «Impulsados por la amistad más sincera en favor de Cerdeña, hemos visto con recelo la actitud que parece dispuesta á tomar desde hace algún tiempo. Esta actitud es de todo punto contraria á sus intereses, á sus deberes respecto á la sociedad europea y á la conservación de la simpatía que su conducta anterior le concilió en el mundo civilizado... Fueron palabras de muy mal augurio las que Víctor Manuel pronunció en la apertura de las Cámaras; pero estoy seguro de que Cerdeña seguirá mejores consejos.»

Lord Granville, el jefe de los whigs, declaró que en virtud de los tratados Austria tenía en sus provincias italianas derechos de que nadie podía despojarla bajo ningún título ni pretexto, y añadió que sería necesario que los italianos olvidaran las lecciones de la historia para suponer que Italia pueda ser libre llamando á una nación extranjera para expulsar á otra.

Lord Brougham dice que, llegado recientemente de Francia, había podido reconocer que la opinión era unánime en todas las clases de la sociedad para rechazar la guerra. «Todo me induce á creer, añadió, que Francia no se unirá á la *especulación sarda*, según se la ha llamado, y que esta especulación fracasará por completo.»

En la Cámara de los lores, todos los oradores se pronunciaron, como en la Cámara de los comunes, por el mantenimiento de la paz y el respeto absoluto á los tratados. El mismo lord Palmerston, que en 1847 había enviado á lord Minto á la península para estimular ruidosamente las más atrevidas aspiraciones de Carlos Alberto, y que escribía el 29 de octubre de 1848 al embajador de

Inglatera en Viena «que no había ninguna probabilidad de que Austria pudiese conservar de una manera útil y permanente la alta Italia, cuyos habitantes todos estaban profundamente imbuídos de un odio invencible contra el ejército austriaco;» lord Palmerston, decimos, no hacía ninguna objeción respecto á la dominación de Austria en el Lombardo-Véneto. «Los tratados se deben respetar, decía. Si en nombre de alguna preferencia teórica se pudiera prescindir de las condiciones de un tratado, todos los asuntos de Europa se malograrían,



Lord Granville

sin que nadie pudiese prever las consecuencias á que conduciría semejante principio.»

Se había anunciado que lord John Russell sería en el seno del Parlamento el campeón de la nacionalidad italiana; pero no hubo nada de esto. «Siempre he sentido, dijo el gran orador liberal, una simpatía profunda por la independencia y la libertad de Italia; pero me es imposible creer que la causa de la libertad italiana se apoye en una guerra como la que nos amenaza... El tratado que cede al Austria la Lombardía y el Véneto forma parte del derecho público, y nadie podría pensar en interrumpir por la fuerza ese arreglo territorial sin cometer una ofensa contra Europa.»

Por último, M. Disraeli decía: «No puedo creer que un príncipe tan juicioso como el emperador de los franceses trate de perturbar benévola y pacíficamente la paz del mundo, perdiendo para siempre la confianza tan justamente inspirada á Europa por el buen juicio lleno de moderación de su conducta pasada.»

La corte no estaba menos inquieta que los ministros y el Parlamento. El príncipe Alberto, conservándose alemán en el alma, participaba, como su tío el rey de los belgas, de todas las desconfianzas de Alemania contra Napoleón III, y tenía la convicción de que una guerra en Italia sería el preludio de otra en el Rin. Creía que Bélgica estaba amenazada y que el emperador quería devolver á Francia sus fronteras naturales. La reina Victoria tenía por este concepto las mismas inquietudes que su esposo; juzgó necesario intervenir personalmente en la cuestión, y el 4 de febrero escribió á Napoleón III una carta en que abogaba ansiosamente en favor de la paz. «Rara vez, decía la reina, le ha sido dado á ningún hombre ejercer sobre la tranquilidad y el bienestar de Europa una influencia personal tan poderosa como la de V. M.» En conclusión, la reina declaraba formalmente al emperador que, si entraba en una vía belicosa, Inglaterra se vería en la imposibilidad absoluta de asociarse á semejante política.

Napoleón III contestó extensamente en 14 de febrero á la carta de S. M. Británica. Trataba de justificarse de las acusaciones dirigidas contra él, sosteniendo que no había hecho ningún preparativo de guerra. Después reconocía que los tratados no se pueden cambiar sino por un asentimiento general; pero añadiendo esta significativa frase: «No obstante, los tratados no podrían hacerme faltar á mi deber, que es observar en todas partes la política más en armonía con el honor y los intereses de mi país.» Esta contestación no tuvo más resultado que aumentar las inquietudes de la reina Victoria, de su esposo y de su gobierno. Con esto terminaba la alianza cordial.

El gabinete de Londres dió una nueva prueba de sus sentimientos pacíficos encargando al embajador de Inglaterra en París, lord Cowley, que marchara á Viena para trabajar oficialmente en establecer las bases de un arreglo entre Francia y Austria. Este diplomático llegó el 7 de febrero á Viena, donde mereció la más cordial acogida del emperador Francisco José. Desde luego se declaró en favor de la evacuación de los Estados Romanos por las tropas austriacas, así como por las francesas, y pidió la concesión de reformas en Italia; pero no dijo una sola palabra en favor de Milán ni de Venecia, donde en su concepto se debían considerar como inviolables los derechos de Austria. No solamente no estimulaba Inglaterra las miras de Víctor Manuel, sino que le pedía el desarme. Lord Cowley salió de Viena el 10 de marzo; antes de marchar, dió cuenta de su misión en un parte dirigido á lord Malmesbury, y manifestaba la esperanza de haber preparado una solución pacífica de la cuestión. El escrito terminaba así: «Mientras que se deje al Piamonte permanecer armado, dudo que Austria quiera entrar en negociaciones, porque considera al ejército piamontés como la vanguardia de Francia, destinada á permitir á ésta tomar el tiempo necesario para armarse, y no tendrá ninguna confianza en las intenciones pacíficas de otro mientras que esta vanguardia subsista. El desarme del Piamonte es por lo tanto, á los ojos de Austria, la prenda de la sinceridad de Francia.»

En resumen, el objeto principal de la diplomacia inglesa era el mantenimiento absoluto del *statu quo* territorial en Italia. Si lord Cowley había obtenido buen resultado en su misión, todos los planes de Víctor Manuel y del conde



Disraeli, lord Beaconsfield

de Cavour caerían por tierra como castillo de naipes. A pesar de sus instintos anglófilos, el hombre de Estado piamontés sabía muy bien que no debía esperar nada de Inglaterra, y que fuera de un concurso armado de Francia, la política de las nacionalidades en Italia no tenía la menor probabilidad de éxito. Los italianos deben tener hoy la lealtad de reconocerlo: á no ser por Napoleón III, Milán y Venecia se hallarían aún hoy bajo el dominio de Austria.

PRUSIA Y LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA

El Piamonte no tenía nada que esperar de Inglaterra; y en cuanto á Prusia y á la Confederación germánica, lo único que podía desear era que no tomasen las armas contra él. Todas las desconfianzas, todos los rencores, todas las cóleras de 1813 acababan de despertarse contra la Francia imperial. Todos repetían en Alemania que Napoleón III no comenzaría la guerra en Italia sino para terminarla en las orillas del Rhin, y su política no tenía, según se aseguraba, más objeto que conquistar lo que constituía, á su modo de ver, las fronteras naturales de su imperio. En vano multiplicaba sus esfuerzos para desvanecer semejantes alarmas, pues no lo conseguía, ni aun haciéndose precursor y campeón de la unidad alemana.

El folleto *El Emperador Napoleón III é Italia* contenía respecto á la Alemania pasajes muy curiosos.

Se decía: «La Confederación germánica no ha obtenido ninguna de las garantías de unidad y libertad de acción que deseaba; sometida á la influencia de dos grandes naciones, no tiene esperanzas tal vez más que en su rivalidad necesaria... Prusia, que tiende á ser la cabeza del cuerpo germánico, tiene el mayor interés en contener al Austria; y haciéndose su aliada, sería cómplice de su propio envilecimiento, desconociendo así la obra del Gran Federico... La solución del problema italiano, si fuera posible, sería una nueva fuerza para la nacionalidad alemana... Alemania no tiene nada que temer de nosotros en el Rhin.»

No era solamente en el célebre folleto, sino en el *Moniteur* de París donde el soberano francés trataba de tranquilizar á los alemanes. El diario oficial se expresaba así el 15 de marzo: «Una parte de Alemania responde á la actitud tan tranquila del gobierno francés con las más irreflexivas alarmas. Por una simple presunción que nada justifica y por todo rechazada, las preocupaciones se despiertan, las desconfianzas se propagan, las pasiones se desencadenan, y se inicia una especie de cruzada contra Francia en las Cámaras y en la prensa de algunos de los Estados de la confederación. Se la acusa de mantener ambiciones que ha desconocido, de preparar conquistas que no necesita; y con estas calumnias se esfuerzan para atemorizar á la Europa con agresiones imaginarias en las que ni siquiera se ha pensado. Los hombres que extravían de este

modo el patriotismo alemán se equivocan de fecha. De ellos sí que se podría decir que no han olvidado ni aprendido nada; se durmieron en 1813, y se despiertan al cabo de medio siglo con sentimientos y pasiones sepultados en la historia, que son un contrasentido con relación al tiempo actual; son visionarios que quieren defender á toda costa lo que nadie piensa en atacar.»

El artículo del *Moniteur* terminaba con esta justificación de Napoleón III: «El emperador, que ha sabido vencer todas las preocupaciones, debía esperar que no se invocaran contra él. ¿Qué habría sucedido si al subir al trono hubiera llevado consigo los sentimientos mezquinos y los recuerdos enojosos á que se apela para hacerle sospechoso? En vez de contraer la más íntima alianza con Inglaterra, como se lo aconsejaban los intereses de la civilización, hubiera llegado á ser su rival, como al parecer se lo imponían las rivalidades seculares de los dos pueblos; en vez de acoger á los hombres de todos los partidos, hubiera rechazado con desconfianza á los servidores de las antiguas dinastías; y en vez de consolidar y calmar la Europa, la habría trastornado y procurado despertar, á costa de su seguridad y de su independencia, los recuerdos de 1814 y de 1815.»

El *Moniteur* predicaba en desierto, pues los alemanes no querían dejarse convencer. Lo más curioso es que el único alemán que en 1859 participaba de las miras de Napoleón III era tal vez M. de Bismarck. Si el célebre hombre de Estado prusiano hubiese estado entonces al frente de los negocios, probablemente habría hecho con el emperador arreglos propios para ensanchar simultáneamente el Piamonte y Prusia á expensas de Austria. En su breve estancia en París en 1855, cuando la Exposición universal, fué presentado á Napoleón III, de quien obtuvo la mejor acogida; y en abril de 1857 fué enviado á París con la misión de ayudar al ministro de Prusia en las conferencias que se acababan de abrir sobre el asunto de Neuchâtel. Gracias á los esfuerzos del emperador, el rey Federico Guillermo IV consiguió arreglar de una manera honrosa para él, y sin haber desenvainado la espada, sus diferencias con Suiza.

Napoleón III profesaba una simpatía especial á M. de Bismarck; creía en la buena estrella del hombre de Estado prusiano, é imaginábase que hallaría en él un auxiliar para anular los tratados de 1815, completar la libertad de Italia y hacer que prevaleciera el principio de las nacionalidades. Por su parte, M. de Bismarck profesaba, á principios del segundo Imperio, la mayor admiración á Napoleón III. El 2 de junio de 1857, en una memoria destinada á Federico Guillermo IV, se esforzó en combatir una por una las objeciones y prevenciones de este príncipe contra un convenio íntimo con la Francia imperial. «Se acusa á la dinastía napoleónica, decía en esta memoria, de no tener un origen legítimo; pero los más de los tronos no le tienen tampoco, lo cual no impide que la corte de Prusia esté aliada políticamente, ó con carácter de familia con esas dinastías.... Luis Napoleón no llegó al trono por una insurrección contra la autoridad establecida, y si depusiese hoy el poder, pondría tal vez en un apuro á Europa, que le rogaría que se quedase. Puesto que Prusia ha reconocido al emperador Na-

poleón, ¿cómo ha de ser contrario á su honor reanudar con él las relaciones que los acontecimientos imponen?»

En 1859, M. de Bismarck, que tenía entonces el título de conde, se hallaba en Francfort, donde, desde 1854, representaba á Prusia en calidad de ministro cerca de la Confederación germánica; y allí combatía la influencia de Austria, la potencia rival, con el ardimiento y la tenacidad de su carácter. Si su gobierno le hubiera escuchado en aquella época, creemos que Prusia no hubiera vacilado en derribar el antiguo edificio federal, celebrando con Napoleón III una alianza de ambición.

Desde el 9 de octubre 1858, el rey Federico Guillermo IV, á causa de su quebrantada salud, había confiado la regencia á su hermano, el futuro emperador de Alemania. El príncipe regente alimentaba grandes designios, pero no los confesaba aún, y tan sólo sus confidentes íntimos conocían el sueño que acariciaba, que era expulsar á los Habsburgos de Alemania para que dominasen los Hohenzollern. Sin embargo, esta política audaz no existía sino en estado latente, y el príncipe no pensaba entonces en indisponerse con Austria, ni menos aún en concluir una alianza con el Piamonte. Le pareció que M. de Bismarck iba demasiado de prisa, y el 29 de febrero de 1859 le trasladó de Francfort á San Petersburgo con el mismo cargo. El diplomático prusiano había querido continuar en la Dieta germánica su lucha contra Austria, y se alejó de Francfort con sentimiento, no sin haber criticado la hostilidad que la Confederación manifestaba contra la política de Víctor Manuel y de Napoleón III.

El día 5 de febrero, el conde Buol, ministro de Negocios extranjeros de Austria, había dirigido á los agentes austriacos cerca de las cortes germánicas una circular en que expresaba la satisfacción del gabinete de Viena por las manifestaciones simpáticas que su causa había excitado en Alemania. En el Sud, en Munich, Stuttgart, Darmstadt y Carlsruhe era donde se estimulaba particularmente á la corte de Austria á recurrir á los medios violentos contra el Piamonte.

El emperador Francisco José envió cerca del príncipe regente de Prusia al archiduque Alberto, hijo del archiduque Carlos, el célebre émulo de Napoleón. El archiduque Alberto llegó á Berlín el 14 de abril, y anunció que Austria dirigiría en el más breve plazo á la corte de Turín un ultimátum, que en el caso de ser rechazado ocasionaría la inmediata ocupación del territorio piamontés por las tropas imperiales. Austria se hacía entonces grandes ilusiones: considerando la guerra de Italia como secundaria, preocupábase sobre todo de la guerra en el Rhin, inevitable á sus ojos, y cuyo peso se ofrecía á sostener con doscientos sesenta mil hombres. Este ejército estaría bajo las órdenes del archiduque Alberto, revestido al mismo tiempo del mando de varios cuerpos federales del Sud.

En presencia de las complicaciones que la explosión de la guerra podía ocasionar, M. de Usedom, que había reemplazado á M. de Bismarck, como minis-

tro de Prusia en Francfort, presentó en 23 de abril á la Dieta una proposición así concebida: «La dieta dispone que se invite á los Estados confederados á poner sus contingentes principales en estado de *preparación de marcha*, ordenando que se adopten las medidas necesarias para el armamento de las fortalezas federales.» En apoyo de esta proposición, el gabinete de Berlín declaró á sus confederados que le parecía urgente dar á Alemania una organización defensiva que se armonizase con las disposiciones militares adoptadas en los Estados vecinos.

El gobierno austriaco observaba con alegría todas estas demostraciones. El conde Buol decía á lord Loftus, embajador de Inglaterra en Viena: «Si el emperador de los franceses ha querido tomar el pulso á la nación germánica, habrá recibido una saludable advertencia.»

Así, pues, para defender la causa italiana, Napoleón III no tenía que combatir solamente con el Austria, sino que se exponía á ver reunida contra él á toda la Alemania, sin tener en modo alguno la seguridad de que Rusia interviniese. Rara vez un soberano corrió tantos riesgos, ni empeñó con tal temeridad tan peligrosa lucha.

La guerra de Italia no fué posible sino porque las relaciones de Napoleón III con Alejandro eran muy cordiales en 1859. Si en aquella época hubieran sido tan frías como lo fueron en 1870, Francia no hubiera podido trabar una lucha en que se arriesgaba á tener contra sí, además de la hostilidad declarada del Austria y de toda la Alemania, la mala voluntad de Rusia.

A principios de 1859, los dos soberanos se manifestaban mutuamente una simpatía muy viva. El marqués de Chateaurenard, encargado de Negocios de Francia en San Petersburgo, en ausencia del embajador duque de Montebello, escribía al conde Walewski en 13 de enero:

«El emperador ha tenido una reunión diplomática con motivo de ser el día de Año nuevo, y S. M. me ha honrado con una acogida particularmente benévola, diciéndome: — Cada día recibo una prueba más de la confianza que preside en las relaciones del gobierno del emperador Napoleón con el mío, y de las amistosas disposiciones que animan á Francia respecto á Rusia. Esto es entre las dos cortes, más que confianza, íntima cordialidad, y me felicito mucho de ello. Deseo que el emperador Napoleón sepa que puede contar conmigo como yo cuento con él. Servíos darle esta seguridad. — No podría insistir bastante, señor conde, sobre el acento de profunda convicción del lenguaje de S. M. Los presentes no podían oír las palabras que me dirigía, pero todos observaron el aire de satisfacción y de afecto con que el emperador se acercó al encargado de Negocios de Francia.»

En el pensamiento de Napoleón III, el principal objeto de la entrevista de Stuttgart había sido asegurarse, si no el concurso armado, por lo menos el apoyo moral de Rusia, en previsión de una guerra contra Austria. Si Alejandro II hubiese censurado esta guerra, es incontestable que los diversos Estados alemanes se habrían levantado como un solo hombre para impedirlo, y que Cerdeña, teniendo contra sí á todas las grandes potencias excepto Francia, muy difícilmente hubiera podido continuar su política de retos contra su temible vecina; pero la actitud del gabinete de San Petersburgo templó la efervescencia germánica, permitiendo á Napoleón III seguir el libre curso de sus ideas. El marqués de Chateaurenard escribía al conde Walewski en 24 de enero: «El príncipe Gortchakoff ha dicho al ministro de Inglaterra, sir John Crampton, que sin du-

da alguna Rusia deseaba la conservación de la paz tanto como cualquiera otra potencia, pero que no haría nada para detener el curso de los acontecimientos que pudieran surgir, aunque fuesen propios para conducir á la guerra. Por el pronto se limitaría á la política de expectativa que le conviene mejor que ninguna otra. Estas palabras expresan, á mi parecer, fielmente la idea del gobierno ruso. El resentimiento inspirado por la conducta de Austria durante la guerra de Crimea es siempre igualmente vivo, aunque no se traduzca ya, como en el pasado y en cada ocasión, por el lenguaje más violento. Basta, para explicar esto, que el gabinete de San Petersburgo, de acuerdo en esto con los sentimientos unánimes del ejército y del país, no quiera prestar sus buenos oficios para ayudar á defender una situación que la prensa señala como propia para crear peligros graves á una potencia considerada aquí como culpable de traición y de ingratitud hacia Rusia.»

Alejandro II no había consentido en la paz con las potencias occidentales sino á consecuencia del ultimátum austriaco, y tenía la convicción de que el emperador Francisco José, salvado en 1849 por el emperador Nicolás, cuando la insurrección húngara, era quien había impedido la realización del testamento de Pedro el Grande. Añadamos que desde el tratado de París la política rusa y la política austriaca habían estado en lucha perpetua en la península de los Balkanes; por esto el tsar quería dar una lección al Austria, y por eso los apuros en que esta potencia se hallaba producían viva satisfacción en todas las clases de la sociedad rusa. La guerra de Italia fué en realidad una consecuencia de la guerra de Crimea. Sin necesidad de desenvainar la espada, Rusia iba á tomar el desquite contra Austria.

A todas las instancias pacíficas del ministro de Inglaterra, sir John Crampton, el príncipe Gortchakoff contestaba con una mezcla de altivez y de amargura, formulando tímidamente algunos votos por la paz, aunque no sin añadir: «En cuanto á pesar á Francia y á Austria en la misma balanza, no lo haremos; con Francia, nuestras relaciones son cordiales; con Austria no lo son, y no tienden de ningún modo á mejorarse. Rusia acostumbraba en otro tiempo á dar á los gabinetes de Europa sus consejos amistosos; pero en esta política ha sido engañada en su desinterés. Ya no tenemos hoy consejos que dar: nuestra solicitud se aplica, excluyendo todo lo demás, á nuestras mejoras interiores; este cuidado es de bastante consideración para ocuparnos del todo, aunque no hasta el punto de que deseáramos empeñarnos en la neutralidad. No afirmaremos que hemos de conservarnos extraños á la lucha, pues así en el presente como en el porvenir hemos de reservarnos nuestra libertad de acción.» (Despacho de sir John Crampton á lord Malmesbury el 26 de enero de 1859.)

M. de la Goree lo ha dicho con razón: «De la complacencia del tsar saca Napoleón III la audacia de intentarlo todo.» El apoyo que Rusia prestaba á Francia era, por lo demás, muy limitado. Tenía un carácter platónico, pues el gobierno del tsar no hacía más que dar consejos prudentes á Alemania; pero

no tenía de ningún modo la intención de tomar las armas contra ella en el caso de que no los escuchase. En un despacho dirigido al conde Walewski en 4 de febrero, el marqués de Chateaurenard se expresaba así: «El príncipe Gortchakoff me ha dicho que había insistido particularmente cerca del ministro de Prusia sobre el punto de que el gabinete de Berlín contribuiría con eficacia al desenlace pacífico de la situación actual, declarando altamente la intención de abstenerse de tomar parte en una cuestión que no afectaría directamente los intereses de Prusia. Por esto he creído conformarme, me ha dicho el príncipe, con la demanda que me hizo el gobierno de Napoleón III respecto á prestarle auxilio para ilustrar la opinión pública en Alemania sobre los principios que dirigen su política. Podéis dar al conde Walewski la seguridad de que satisfaré en cuanto de mí dependa el deseo que me manifestó sobre este punto.»

Por otra parte, á pesar de su mala voluntad contra Austria, Alejandro II no deseaba de ningún modo la unificación de Italia bajo el cetro del rey Víctor Manuel, aunque esta combinación no tuviese nada de peligroso para un imperio tan vasto y tan lejano como el de los tsares. Pero las ideas esencialmente conservadoras del gobierno ruso, su respeto á las tradiciones de 1815 y su temor de ver triunfar en la península italiana principios revolucionarios que podrían influir en Polonia, le hacían naturalmente hostil á los manejos de los mazinianos y de Garibaldi. Añadamos que Alejandro II, así como su padre, manifestó siempre una simpatía particular al rey de Nápoles, que tan enérgicamente había resistido la revolución, y cuyo sistema reaccionario agradaba al gabinete de San Petersburgo. Pero en 1859, el gobierno del tsar imaginaba que los cambios territoriales no podrían extenderse más que á la Italia del Norte, y que en todo caso, el reino de las Dos Sicilias no podía correr ningún peligro.

Las ideas de Rusia estaban en plena contradicción con las de los partidarios de la unidad italiana, y en resumen, habría bastado que Alejandro II estimulase bajo cuerda á Prusia á defender al Austria, para que la guerra de Italia hubiera sido materialmente imposible. Más adelante veremos que los gabinetes de Berlín y de San Petersburgo se habían mantenido en buena inteligencia entre sí y que el día en que la Confederación germánica pareció resuelta á marchar en auxilio de Austria, después de la batalla de Solferino, Alejandro II no disimuló á Napoleón III que no tomaría las armas para sostenerle.

No se debe olvidar tampoco que, antes de la guerra, la potencia que propuso un congreso con la esperanza de llegar á una solución pacífica fué Rusia. Apartemos ahora nuestra atención de los esfuerzos que hizo en este punto, y dirijamos una mirada sobre la situación de París durante los tres meses que precedieron á la ruptura de las hostilidades.

XXXVII

EL CARNAVAL

Durante el Carnaval de 1859, el gran asunto en París no es la política, sino el placer. Jamás han estado los salones más brillantes ni las fiestas han sido tan numerosas y magníficas. El cronista de la *Ilustración* escribe en 12 de febrero: «¡Dios sea loado! Un rayo celeste habrá desvanecido las últimas nubes que pesaban sobre nosotros: *todo parecía aguillon, y ahora todo es céfiro*. Este Carnaval que comienza tiene ya el aspecto de un Carnaval que acaba; es una semana llena de ruido, de luces y de encantos; ya no se pasea sino cadenciosamente entre espesuras de flores y ríos de diamantes.» M. de Busoni añade el 19: «Así, pues, á pesar de los alarmistas, el Carnaval será una verdad. La guerra, ó más bien su fantasmagoría, se abandona á las conjeturas de los ociosos y de algunos publicistas rezagados.... La situación de Italia, la dureza de Austria respecto á ella, las grandes potencias inquietas y hasta en armas, todo esto se ha de olvidar provisionalmente. He aquí fiestas memorables y espectáculos deslumbradores: la belleza vela seis noches por semana y ni aun reposa el domingo.»

El mundo oficial, la sociedad aristocrática del arrabal Saint-Germain y la sociedad financiera de la Chaussée d'Antin rivalizan en lujo y elegancia; es una infatigable emulación de reuniones y de bailes, y la gente del gran mundo parece tener el don de la ubicuidad. Hay persona que en la misma noche asiste al teatro y á tres ó cuatro salones.

14 de febrero. — La ciudad de París ofrece una fiesta magnífica al príncipe Napoleón y á la princesa Clotilde. Se han repartido diez mil invitaciones para ese baile fantástico, entrada triunfal de la hija del rey Víctor Manuel en la alta sociedad parisiense. Escortados por un piquete de caballería, el príncipe y la princesa recorren la calle de Rivoli, y pasan por delante de la torre de Saint-Jacques, brillantemente iluminada, como la fachada de la Casa Ayuntamiento, que está resplandeciente. El patio central está convertido en un inmenso salón; el vestíbulo que le precede y las arcadas que le rodean están adornados de verdura y de flores, y miles de plantas se escalonan en las gradas de las galerías. En el rigodón de honor la princesa Clotilde baila con el barón Haussmann, prefecto del Sena, y el príncipe Napoleón con la baronesa de Haussmann.

Las ideas se calman, y Pío IX se hace generosas ilusiones, imaginando que podrá conservar su poder temporal sin necesidad de tropas francesas ó austriacas.

El duque de Gramont, embajador de Francia en Roma, escribe al conde Walewski en 12 de febrero: «El párrafo del discurso del emperador relativo á Italia ha dado lugar, de parte del cardenal Antonelli y de su misma Santidad, á varias observaciones, con un carácter de claridad que jamás se había conocido en el lenguaje del secretario de Estado. El Papa, ha dicho S. E., había sentido que S. M. declarase que no se podía mantener el orden en los Estados Romanos sino con tropas extranjeras, y que su gobierno constituía por esto mismo una causa permanente de inquietud para la diplomacia..... El Papa contaba hoy diez y seis mil seiscientos hombres en servicio activo, y de aquí á pocas semanas su número sería de diez y siete mil, cifra que se considera suficiente para atender al servicio interior y á la seguridad de los Estados Pontificios..... El Papa estaba muy dispuesto, en cuanto le concierne, á calmar las inquietudes de que le hacen responsable; y si, como se decía, la ocupación de sus Estados por las tropas extranjeras fuera un obstáculo para el reposo de Italia y la paz del mundo, estaba dispuesto á entrar en negociaciones con Francia y Austria para combinar la evacuación simultánea de su territorio.»

El 22 de febrero, el duque de Gramont dirige al conde Walewski el telegrama siguiente: «El cardenal Antonelli, de orden de S. S., ha pedido hoy á los embajadores de Francia y de Austria la evacuación de los Estados Pontificios por los ejércitos de ocupación en un plazo que se fijará para un día próximo. Habiendo sabido el Papa por el general de Gryon que deben llegar muy pronto novecientos setenta hombres de tropas, me ha rogado que pida por telégrafo la suspensión de este envío.»

El Padre Santo no ha contado con las maquinaciones y la propaganda incesante del gobierno sardo. En un memorándum dirigido á Inglaterra en 1.º de marzo, M. de Cavour resume las quejas de los pueblos italianos y los remedios que él considera necesarios. A sus ojos, estos remedios son: para Lombardía, Venecia y las provincias pontificias situadas al Este de los Apeninos, un gobierno autónomo; en toda la Italia central, un régimen muy lato de reformas administrativas; y por último, la abolición de los convenios militares de Austria con el gran ducado de Toscana y los ducados de Parma y de Módena. Evidentemente el conde de Cavour ha ensanchado su programa para cerrar la puerta á toda política de conciliación. De un extremo á otro del reino los diarios se ocupan de la guerra como si se hubiese declarado ya. Una ley acaba de reforzar los cuadros de la guardia nacional, creándose comités para reclutar y armar á los voluntarios; y Napoleón III no quiere que nadie se alarme aún, creyendo que ha llegado la hora de tranquilizar los ánimos.

El *Moniteur* del 5 de marzo publica una larga nota, en la que dice: «El emperador no tiene nada que ocultar ni que desaprob, bien sea en sus preocupaciones ó ya en sus alianzas. El interés de Francia domina en su política y justifica su vigilancia. Nos lisonjea el creer que ante las inquietudes infundadas, *nos complacet creerlo así*, que han agitado los ánimos en el Piamonte, el empera-

dor ha prometido al rey de Cerdeña defenderle contra todo acto agresivo del Austria; no ha prometido nada más, y se sabe que será fiel á su palabra. ¿Son estas ideas de guerra? ¿Desde cuándo no está conforme con las reglas de la prudencia prever las dificultades más ó menos próximas, evitando todas las consecuencias? Acabamos de indicar lo que hay de positivo en los pensamientos, en los deberes y en las disposiciones del emperador; todo cuanto las exageraciones de la prensa han agregado es pura imaginación, mentira y delirio. Dicen que



El duque de Gramont

Francia hace armamentos considerables; pero esto es una imputación puramente gratuita..... ¿No es ya tiempo de preguntarse cuándo acabarán esos vagos y absurdos rumores, propalados por la prensa desde un extremo á otro de Europa, y que señalan por todas partes á la credulidad pública al emperador de los franceses como fomentador de la guerra y haciendo recaer sobre él solo toda la responsabilidad de las inquietudes y de los armamentos de Europa? ¿Quién puede tener derecho para extraviar tan injuriosamente los ánimos y alarmar de una manera tan gratuita todos los intereses?»

La conclusión de la nota del *Moniteur* es la siguiente: «Estudiar las cuestiones no es crearlas, y desviar de ellas la atención no sería tampoco resumirlas ni resolverlas. Por lo demás, el examen de estas cuestiones ha entrado en la vía diplomática, y nada autoriza á creer que el resultado no será favorable á la consolidación de la paz pública.»

La nota del 5 de marzo tranquiliza á los alarmistas, y en la Bolsa se produce uno de esos movimientos de alza á que no se estaba acostumbrado.

El 7 de marzo el emperador expide un decreto que releva al príncipe Napoleón de sus funciones ministeriales. El príncipe cede á M. Rouher su cartera de ministro de Argelia y de las Colonias; los partidarios de la paz ven en esta dimisión una desgracia, y se regocijan de ello, porque el príncipe, así por su matrimonio como por sus sentimientos personales, es considerado como el principal defensor de la causa italiana en el ánimo de Napoleón III.

El Carnaval terminará de la manera más brillante, y parece que todo París quiere dejar para el día siguiente los negocios serios. Todos los partidos, todas las clases de la sociedad se divierten. ¡Si la guerra ha de venir, que venga! Ningún francés tendrá miedo; y esperando el rumor de las bombas y de las balas, que resuene entretanto el de las alegres orquestas.

XXXVIII

CUATRO BAILES DE MÁSCARAS. — LA CUARESMA

En menos de una semana hubo cuatro bailes de máscaras: el primero en el ministerio de Estado, el segundo en la presidencia del Cuerpo legislativo, el tercero en el ministerio de Negocios extranjeros y el cuarto en las Tullerías. El emperador y la emperatriz asistieron á estos bailes, á los tres primeros con dominó y antifaz y el cuarto al de las Tullerías, con el rostro descubierto. Aquellos disfraces en medio de las complicaciones diplomáticas más graves, aquellas fiestas deslumbradoras que precedían en algunas semanas tan sólo á una de las más grandes guerras del siglo XIX, llevaban el sello de un régimen que se proponía mezclar la gloria con el placer. Hoy día semejantes distracciones serían un anacronismo.

Uno de los episodios que llamaron con justicia la atención en el primero de dichos bailes, fué la entrada de dos mujeres que llevaban oculto el rostro bajo el antifaz y que vestían trajes alegóricos. Representan la Paz y la Guerra: la primera, con ropaje blanco, lleva en la cabeza una corona de olivo con frutos de oro y en la mano una rama verde. La Guerra, con el casco en la cabeza y los cabellos flotantes, lleva una lanza. Al pasar por delante de la princesa Matilde, la Paz se detiene y dice inclinando la rama simbólica: «Permitídme, señora, depositar mi rama y mis votos por vuestra ventura á vuestros pies.» La princesa contesta: «Los acepto como augurio, mas no respondo de nada.» En cuanto á la Guerra, habiendo divisado á un general que conquistó en Crimea su grado, le ofrece la lanza, diciéndole: «¿Quieres tomarla? — Con mucho gusto, contesta el valeroso militar; mi oficio es batirme; mas te advertiré, hija mía, que una golondrina no hace verano.

Todos ellos fueron magníficos, pero el dado por los soberanos en su palacio excede en esplendor á todas las previsiones. La emperatriz se presenta más hermosa que nunca con su traje de capricho: toca de terciopelo cereza, cabellos empolvados con adorno de perlas y vestido negro de seda con palmas rojas y bordados de oro. El emperador lleva un rico uniforme, el mismo que se había propuesto para los cien guardias y que no estaba adoptado aún: túnica de color de gamuza, botas gruesas y calzón blanco de ante; sobre la túnica el gran cordón de la Legión de Honor, con placa de diamantes y la medalla militar.

¿Quién podría creer que pronto estallará una guerra terrible? Al ver aquellos

La nota del 5 de marzo tranquiliza á los alarmistas, y en la Bolsa se produce uno de esos movimientos de alza á que no se estaba acostumbrado.

El 7 de marzo el emperador expide un decreto que releva al príncipe Napoleón de sus funciones ministeriales. El príncipe cede á M. Rouher su cartera de ministro de Argelia y de las Colonias; los partidarios de la paz ven en esta dimisión una desgracia, y se regocijan de ello, porque el príncipe, así por su matrimonio como por sus sentimientos personales, es considerado como el principal defensor de la causa italiana en el ánimo de Napoleón III.

El Carnaval terminará de la manera más brillante, y parece que todo París quiere dejar para el día siguiente los negocios serios. Todos los partidos, todas las clases de la sociedad se divierten. ¡Si la guerra ha de venir, que venga! Ningún francés tendrá miedo; y esperando el rumor de las bombas y de las balas, que resuene entretanto el de las alegres orquestas.

XXXVIII

CUATRO BAILES DE MÁSCARAS. — LA CUARESMA

En menos de una semana hubo cuatro bailes de máscaras: el primero en el ministerio de Estado, el segundo en la presidencia del Cuerpo legislativo, el tercero en el ministerio de Negocios extranjeros y el cuarto en las Tullerías. El emperador y la emperatriz asistieron á estos bailes, á los tres primeros con dominó y antifaz y el cuarto al de las Tullerías, con el rostro descubierto. Aquellos disfraces en medio de las complicaciones diplomáticas más graves, aquellas fiestas deslumbradoras que precedían en algunas semanas tan sólo á una de las más grandes guerras del siglo XIX, llevaban el sello de un régimen que se proponía mezclar la gloria con el placer. Hoy día semejantes distracciones serían un anacronismo.

Uno de los episodios que llamaron con justicia la atención en el primero de dichos bailes, fué la entrada de dos mujeres que llevaban oculto el rostro bajo el antifaz y que vestían trajes alegóricos. Representan la Paz y la Guerra: la primera, con ropaje blanco, lleva en la cabeza una corona de olivo con frutos de oro y en la mano una rama verde. La Guerra, con el casco en la cabeza y los cabellos flotantes, lleva una lanza. Al pasar por delante de la princesa Matilde, la Paz se detiene y dice inclinando la rama simbólica: «Permitidme, señora, depositar mi rama y mis votos por vuestra ventura á vuestros pies.» La princesa contesta: «Los acepto como augurio, mas no respondo de nada.» En cuanto á la Guerra, habiendo divisado á un general que conquistó en Crimea su grado, le ofrece la lanza, diciéndole: «¿Quieres tomarla? — Con mucho gusto, contesta el valeroso militar; mi oficio es batirme; mas te advertiré, hija mía, que una golondrina no hace verano.

Todos ellos fueron magníficos, pero el dado por los soberanos en su palacio excede en esplendor á todas las previsiones. La emperatriz se presenta más hermosa que nunca con su traje de capricho: toca de terciopelo cereza, cabellos empolvados con adorno de perlas y vestido negro de seda con palmas rojas y bordados de oro. El emperador lleva un rico uniforme, el mismo que se había propuesto para los cien guardias y que no estaba adoptado aún: túnica de color de gamuza, botas gruesas y calzón blanco de ante; sobre la túnica el gran cordón de la Legión de Honor, con placa de diamantes y la medalla militar.

¿Quién podría creer que pronto estallará una guerra terrible? Al ver aquellos

rostros radiantes de alegría, aquellos trajes magníficos, aquellos esplendores dignos de las Mil y Una noches, ¿quién podría imaginar que los gritos de los heridos y de los moribundos en los campos de batalla reemplazarán tan pronto á los dulces murmullos del baile y á las embriagadoras armonías de la orquesta? ¿Quién podría prever la suerte reservada á ese palacio, teatro de tantas glorias y de tantas magnificencias? ¡Qué dicha es que los mortales no conozcan de antemano sus propios destinos! Sin esa ignorancia, beneficio de Dios, ¿podría haber ni una sola fiesta alegre en este mundo?

París no está menos animado en la Cuaresma que durante el Carnaval. Las preocupaciones políticas no entorpecen el movimiento teatral ni el de la sociedad; no se baila ya en el mundo oficial; pero aún hay saraos en muchos salones, y las fiestas aristocráticas del arrabal Saint-Germain son numerosas y brillantes. En las Tullerías hay recepciones y conciertos. Los asuntos diplomáticos, comentados con calor en la Bolsa, producen movimientos que apasionan á los jugadores. Se ganan ó se pierden considerables sumas; pero en el mercado hay mucha animación. Las personas acomodadas á quienes no agradan las armas buscan sustitutos, y se dice que la guerra, en el caso de estallar, no ocasionará ninguna perturbación en las carreras civiles. El número de jinetes, amazonas y coches elegantes que todos los días dan *la vuelta al lago* en el bosque de Bolonia, no ha disminuido en nada. Los trajes son igualmente lujosos, así como también los carruajes; los teatros se llenan de gente, y hay tantas reuniones, que París no ha perdido nada de su orgullo y de su alegría.

El conde Walewski, en el ministerio de Negocios extranjeros, y el conde de Morny, en la presidencia del Cuerpo legislativo, comienzan de nuevo desde el 16 de marzo sus recepciones en las noches de los miércoles. Son reuniones muy elegantes, donde se ven á veces algunos legitimistas y varios orleanistas, amigos personales de los dos hombres de Estado, ambos muy á la moda. Durante su embajada de Rusia, el conde de Morny se ha fijado, entre las damas de honor de la emperatriz, en la señorita Sofía, princesa de Troubetzkoy, que descende de uno de los compañeros de Rurik. Se casó con ella por amor, y cuando llegó á París, llamó la atención general. Rubia, con ojos negros, esbelta y de aspecto distinguido, la condesa de Morny tiene facciones delicadas y la cabeza graciosísima. Los fastuosos salones de la presidencia del Cuerpo legislativo son un marco digno de ella; los del palacio del muelle de Orsay se realzan con su presencia no menos magníficos. El conde Walewski, tipo de gran señor, y su esposa reciben con exquisita cortesía á sus convidados. Todo el cuerpo diplomático extranjero asiste á las reuniones del conde Walewski sin perder una sola.

17 marzo. — El gobierno piemontés, que desde el día 9 ha llamado al servicio activo á todos los militares con licencia ó que descansaban en sus casas

desde la reserva de 1828 hasta la de 1832, publica un decreto que autoriza la creación de cuerpos francos.

20 marzo. — El emperador pasa revista en el Campo de Marte á la guardia imperial. Los partidarios de la paz temían que esta solemnidad diese motivo á demostraciones belicosas; pero no sucede nada de esto. Napoleón III es aclamado por las tropas; mas ni el ejército ni el pueblo gritan «¡Viva Italia!» El objeto principal de esta revista militar parece haber sido la presentación á las tropas del príncipe imperial, inscrito en las listas del 1.º de granaderos de la guardia. El niño, que va en carretela descubierta, acompañado de la emperatriz, lleva el uniforme del regimiento. La emperatriz, dejando el sitio que ha ocupado durante el desfile, se dirige hacia el lado del puente de Jena, y ordena á los centinelas que dejen á la multitud aproximarse. El soberano se ve rodeado al punto de una multitud inmensa que se precipita hasta debajo de los caballos, gritando: *¡Viva el emperador!* En el séquito reina profunda sensación durante un momento, pero sin accidente alguno. Un tiempo magnífico ha favorecido la revista.

22 marzo. — El *Moniteur* publica la siguiente nota, que produce mucho efecto: «Rusia ha propuesto la reunión de un congreso con objeto de evitar las complicaciones que la situación de Italia podría crear, propias para perturbar la paz de Europa. Este congreso, compuesto de los plenipotenciarios de Francia, Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, se reuniría en una ciudad neutral. El gobierno del emperador se ha adherido á la proposición del gabinete de San Petersburgo; los gabinetes de Londres, de Viena y de Berlín no han contestado aún oficialmente.»

24 marzo. — El *Moniteur* anuncia la adhesión de los gabinetes de Londres y de Berlín á la proposición sobre el congreso.

25 marzo. — Se lee en el *Moniteur*: «El gabinete de Viena se ha conformado con la proposición de Rusia respecto á un congreso. El conde de Cavour ha marchado de Turín y se dirige á París á invitación del emperador.»

La primera noticia tiende á tranquilizar los ánimos; la segunda los alarma. La mayoría del público quiere creer en la eficacia de un congreso, como remedio pacífico; pero los hombres que están más al corriente de las cosas de la diplomacia no ven más que la inminencia de un conflicto armado. Entonces fué cuando M. Thiers escribió en una carta particular:

«El emperador tiene una idea fija: promover la guerra, hablando de la paz.»

¿Qué van á decirse los dos asociados de Plombières, Napoleón III y M. de Cavour? Esta es la pregunta que todos se hacen con ansiedad.

26 marzo. — El hombre de Estado piemontés llega á París, se apea en el hotel de Londres, y en el mismo día celebra con el emperador una entrevista cuyo misterio se mantiene impenetrable.

En los dos días siguientes no es recibido por el soberano, que está indispuesto ó finge estarlo; y á los hombres de negocios que le interrogan con an-

siedad, el ministro piemontés les contesta solamente: «Hay probabilidades de paz y también de guerra.» Pero como el barón Jaime de Rosthschild insistiera, Cavour le contesta sonriendo: «Escuchad, os haré una proposición: compremos juntos fondos; juguemos á la alza; presentaré mi dimisión, y aquella será de tres francos. — Sois demasiado modesto, señor conde, replica el banquero israelita; bien valéis seis francos.»

26 marzo. — El conde de Cavour obtiene la última entrevista con el emperador en presencia del conde Walewski. A pesar de las vivas instancias de éste, declara que el Piemonte no se desarmará, y sale de las Tullerías descontento del ministro de Negocios extranjeros, si no del soberano. Por la noche escribe al general La Marmora: «La cuestión italiana se ha tratado de la peor manera que era posible, y la guerra es inevitable; se retardará dos meses al menos y tendrá por teatro el Po y el Rhin.»

30 marzo. — En el momento de salir de París, M. de Cavour escribe á Napoleón III una carta en que, recordando al soberano su antigua simpatía, sus estímulos y sus promesas, le conjura á no escuchar los consejos del conde Walewski, rechazando una política retrógrada que convertiría la Italia en enemiga mortal de Francia, obligando al rey Víctor Manuel á abdicar.

1.º abril. — El conde de Cavour ha regresado á Turín, y en la estación del camino de hierro es saludado por un grupo de numerosos amigos, que le dispensan una ruidosa ovación.

3 abril. — En el Campo de Marte, el emperador pasa revista á las tropas del ejército de París y de la primera división militar. La emperatriz, teniendo á su lado á las princesas Matilde y Clotilde, y delante al príncipe imperial, asiste á la revista en el balcón de la Escuela Militar.

10 abril. — El *Moniteur* publica un artículo que es una apología de la política imperial. «Cuando no se quiere más que la justicia, dice el diario oficial, no se teme la luz. El gobierno francés no tiene nada que ocultar, porque está seguro de no tener nada que rectificar. La actitud que ha tomado en la cuestión italiana, lejos de autorizar las desconfianzas de Alemania, debe por el contrario inspirarle la mayor tranquilidad, pues Francia no puede atacar allí lo que desearía proteger en Italia. Su política, que desconoce todas las ambiciones de conquista, no busca más que las satisfacciones y las garantías reclamadas por el derecho de gentes, la felicidad de los pueblos y el interés de Europa.... Representar á Francia como hostil á la nacionalidad alemana no es tan sólo un error, sino un contrasentido. No somos nosotros los que estaríamos amenazados por el ejemplo de una Alemania nacional que conciliara su organización federativa con las tendencias unitarias cuyo principio se ha planteado ya en la gran unión comercial del *Zollverein*. Todo cuanto desarrolla en los países vecinos las relaciones creadas por el comercio, por la industria y por el progreso, aprovecha á la civilización, y todo cuanto ésta engrandee eleva á Francia.»

Tal era la doctrina de que Napoleón III debía ser el apóstol y el mártir.

¡Ay! en este hermoso sueño de las nacionalidades, ¡qué cruel despertar estaba reservado para el generoso é infeliz emperador! Aquella unidad alemana que él consideraba con ojos tan favorables y complacientes, ¿no debía tal vez ser la causa de sus supremas desdichas y de la ruina de su dinastía?

La Cuaresma terminó en medio de negociaciones complicadas y estériles, que se caracterizaron por fluctuaciones incesantes, y á las que las potencias comprometidas desde el principio no atribuían más que una mediana importancia. El congreso no era más que una especie de fantasmagoría diplomática, que no tomaban por lo serio ni Napoleón III ni Víctor Manuel, deseando ambos la guerra; ni tampoco Francisco José, resuelto á no inclinarse ante sus enemigos. El acuerdo era imposible: Austria exigía el desarme de Cerdeña, y esta última no quería desarmarse. Si se debía reunir un congreso, Cerdeña estaba resuelta á ser admitida, y Austria no quería de ningún modo que sus plenipotenciarios tomasen asiento junto á los de Cerdeña. El objeto de Napoleón III y de Víctor Manuel era arrancar Milán y Venecia á la dominación austriaca; el de Francisco José se reducía á mantener ese dominio libre de todo ataque. Los políticos perspicaces comprendían que semejantes cuestiones no se podían resolver sino con la espada.

En el momento de comenzar la Semana Santa, aún se esperaba la paz. El 17 de abril, Domingo de Ramos, las iglesias estaban llenas de fieles, y los hombres de ideas belicosas podían meditar sobre estas palabras de Jesucristo en el Evangelio de la Pasión: «Aquel que se sirva de la espada, por la espada perecerá.»

Lunes 18 de abril. — Se podía creer que se obtendría una solución pacífica, pues el conde Walewski dirigía al mariscal Pelissier, embajador de Francia en Londres, un telegrama concebido así: «Sírvese declarar sin dilación á lord Malmesbury que si Inglaterra nos promete insistir con nosotros respecto á la admisión de las potencias italianas en el congreso, yo invitaré inmediatamente al Piamonte, por telégrafo, á que se adhiera al principio del desarme, cuya ejecución se regulará, si hay lugar, aun antes de reunirse el congreso. Si me contestáis afirmativamente, mi telegrama se expedirá al punto.»

El gobierno inglés contesta en sentido afirmativo, y el telegrama se expide sin demora, aconsejándose en él bajo una forma imperativa el desarme. Llegado el parte á Turín, se le comunica al conde Cavour en la noche del 18 al 19.

Martes 19 de abril. — M. de Cavour, con la muerte en el alma, se somete, y acto continuo se notifica la aceptación del gobierno sardo á París y Londres; pero el hombre de Estado piamontés conserva la vaga esperanza de que alguna circunstancia inesperada le dispensará de la promesa que acaba de hacer contra su voluntad.

No se engaña: en el mismo día la corte de Austria adopta *ab irato* una resolución que es la mayor de las faltas. Envía á París dos oficiales portadores de un ultimátum, contra el cual protestan las grandes potencias.

En París no se sospecha aún nada semejante. Por la mañana el *Moniteur* ha publicado, respecto á las negociaciones diplomáticas, una nota que termina así: «Todo hace presumir que si las dificultades no se han allanado aún, la buena inteligencia definitiva no tardará en establecerse, sin que nada se oponga ya á la reunión del congreso.»

En la noche del 20 al 21 de abril se anuncia en las Tullerías que Austria ha resuelto enviar á Turín el ultimátum que hace inevitable la guerra.

Jueves Santo 21 de abril. — Por la mañana se lee en el *Moniteur* una nota considerada como pacífica y concebida así: «El gobierno de S. M. Británica ha

hecho á las cuatro potencias las proposiciones siguientes: 1.º Que se efectúe un desarme general previo y simultáneo; 2.º Que este desarme se regule por una comisión militar ó civil independiente del congreso: se compondrá de seis comisarios, uno por cada una de las cinco potencias y el sexto de Cerdeña; 3.º Que apenas se haya reunido esta comisión y comenzado su tarea, el congreso se reunirá á su vez, procediendo á la discusión de las cuestiones políticas; y 4.º Que los representantes de los Estados italianos serán invitados por el congreso, tan pronto como se reúna, á tomar asiento junto á los representantes de las cinco grandes potencias, absolutamente lo mismo que en el congreso de Laybach en 1821. Francia, Rusia y Prusia se han adherido á las proposiciones del gobierno de S. M. Británica.»

Así pues, en el momento mismo en que todas las cancillerías saben ya que la tormenta se halla á punto de estallar, París se mece aún algunos instantes en las esperanzas de paz. Sólo la emperatriz sabe la verdad.

Por la noche se canta el *Stabat*, de Rossini, en la capilla de las Tullerías y después hay recepción en los salones de la emperatriz. La noticia sobre el ultimátum austriaco se confirma. Escuchemos á la condesa Estefanía Tascher de la Pagerie, que asistió á la reunión de las Tullerías: «Era la guerra, dijo; y todos estaban persuadidos de ello... Yo lo leía en la expresión pensativa de los ministros que se agrupaban para hablar; lo veía en las miradas tranquilas de los oficiales presentes, que se paseaban con la cabeza alta, y lo adiviné más aún en las facciones ansiosas de sus esposas, que lloraban á su pesar, tratando de ocultar sus lágrimas... En aquel momento he tratado de leer en los ojos del emperador lo que experimentaba ante un caso tan grave, y me pregunté si no dejaría en semejante circunstancia su calma habitual y su aspecto impenetrable. Confieso que ningún cambio observé en su fisonomía impasible; y cuando más, parecía estar en el fondo un poco preocupado, aunque contento; hablaba con sus ministros, y dábales cuenta de los últimos telegramas que acababa de recibir.»

Viernes Santo 22 de abril. — El *Moniteur* publica esta nota: «Austria no ha querido adherirse á la proposición hecha por Inglaterra y aceptada por Francia, Rusia y Prusia. Además de esto, parece que el gabinete de Viena ha resuelto dirigir una comunicación directa al de Turín para obtener el desarme de Cerdeña. En presencia de estos hechos, el emperador ha ordenado la concentración de varias divisiones en la frontera del Piamonte.»

Sábado Santo 23 de abril. — Por la tarde los dos oficiales austriacos portadores del ultimátum de su gobierno, barón de Kellersberg y conde Ceschi de Santa-Croce, llegan á Turín. A esta misma hora se discute en la Cámara de los diputados el proyecto de ley que, en el caso de guerra, confiere al soberano, mientras duren las hostilidades, plenos poderes civiles y militares. Votado el proyecto, M. de Cavour sale de la Cámara, diciendo: «Esta es la última sesión del Parlamento piamontés; el año próximo abriremos el primer Parlamento italiano.» Apenas acaba de entrar en su casa cuando le anuncian la presencia de

dos mensajeros austriacos, y toma de sus manos el ultimátum del conde Buol, que termina así: «Tengo el honor de rogar á V. E. que me diga si el gobierno real consiente ó no en poner su ejército en pie de paz sin dilación, licenciando á los voluntarios italianos. El portador de la presente, á quien tendréis á bien, señor Conde, dar vuestra respuesta, tiene orden de ponerse á vuestra disposición durante tres días. Si terminado este plazo no recibiera respuesta alguna, ó en el caso de no ser esta última del todo satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias á que daría lugar esta negativa recaería toda ella sobre el gobierno de S. M. Sarda. Después de agotar en vano todos los medios conciliadores para proporcionar á sus pueblos una garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho de insistir, S. M. deberá, con gran sentimiento suyo, apelar á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído lentamente este ultimátum, el conde Cavour despidió cortésmente á los dos mensajeros, guardándose bien de notificarles desde luego la negativa de su gobierno. Le importa alargar todo lo posible las dilaciones, tanto para completar los preparativos militares, cuanto para permitir al ejército francés que tenga tiempo de llegar.

Aquel mismo día se lee en el *Moniteur* de París: «El gobierno austriaco ha creído de su deber dirigir al gobierno sardo una comunicación directa para invitarle á poner su ejército en pie de paz, licenciando á los voluntarios. Esta comunicación se ha debido transmitir á Turín por conducto del ayudante de campo del general Guilay, comandante en jefe del ejército austriaco en Lombardía. Este oficial tenía orden de anunciar que esperarfa la contestación durante tres días, y que toda respuesta dilatoria se consideraría como una negativa. Inglaterra y Rusia no han vacilado en protestar contra la conducta de Austria en esta circunstancia.»

El mismo número del *Moniteur* anuncia que los grandes mandos militares se hallan distribuidos de la manera siguiente: ejército de París, el mariscal Magnán; de Lyon, el mariscal conde de Castellane; de observación en Nancy, mariscal Pelissier, duque de Malakoff; primer cuerpo del ejército de los Alpes, el mariscal conde Baraguey d' Hilliers; segundo cuerpo, el general conde de MacMahon; tercer cuerpo, el mariscal Canrobert; y cuarto cuerpo, el general Niel. El príncipe Napoleón tendrá el mando de un cuerpo separado, y al mariscal Randou se le nombra mayor general del ejército de los Alpes.

En el mismo día se recibe en las Tullerías la demanda, oficial del gobierno sardo, que reclama el apoyo de Francia, seguro ya.

La Semana Santa, comenzada con esperanzas de paz, termina en medio de preocupaciones belicosas. No se han escuchado los preceptos del Evangelio: tres naciones católicas tratan de acuchillarse á pesar de las grandes palabras: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

XL

LA SEMANA DE PASCUA

Domingo de Pascua 24 de abril. — El día de las grandes alegrías religiosas se perturba esta vez profundamente. En la hora misma en que se celebran los oficios, los soldados hacen con una actividad febril sus preparativos de marcha, y la multitud se dirige hacia los cuarteles y sus barrios. Oyéanse toques de clarín y el redoble de tambores, y algunos regimientos, con equipo de campaña, se dirigen hacia la estación de Lyon, seguidos de un populacho entusiasta, y toman el camino de Italia.

Lunes 25 de abril. — Toda la guarnición de París ha marchado; no queda más que la guardia imperial, y ésta se prepara para salir también. El servicio de la plaza y del Estado Mayor se hace por la guardia de París, y hay tal carencia de hombres, que en la Bolsa los soldados de caballería deben prestar el servicio de la infantería.

Martes 26 de abril. — En el momento de entrar en campaña, los granaderos de la guardia imperial van á recoger su bandera en las Tullerías. La emperatriz y el príncipe bajan al patio, y aquella abraza con emoción la bandera.

Aquel mismo día expira el plazo concedido al Piamonte por el ultimátum austriaco. Este último había tomado la forma de una comunicación fechada en 19 de abril, dirigida por el conde Buol al conde de Cavour y entregada por este último al barón de Kellersberg en 23 de abril, á las cinco y media de la tarde. La contestación está contenida en un pliego enviado el 26 por el conde de Cavour al conde Buol, y en ese documento se dice: «V. E. me ha pedido, en nombre del gobierno imperial, que conteste con un *si* ó un *no* á la invitación que nos hace de reducir el ejército al pie de paz, licenciando á los cuerpos organizados con voluntarios italianos; y añade que si al cabo de tres días V. E. no recibiese contestación, ó si esta última no fuera del todo satisfactoria, S. M. el emperador de Austria estaba resuelto á recurrir á las armas para imponernos por la fuerza las medidas que son objeto de su comunicación.»

»La cuestión del desarme de Cerdeña ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias y el gobierno de S. M.; y estas negociaciones condujeron á una proposición formulada por Inglaterra, á la cual se adhirieron Francia, Rusia y Prusia. Cerdeña, con un espíritu conciliador, aceptó sin reserva

dos mensajeros austriacos, y toma de sus manos el ultimátum del conde Buol, que termina así: «Tengo el honor de rogar á V. E. que me diga si el gobierno real consiente ó no en poner su ejército en pie de paz sin dilación, licenciando á los voluntarios italianos. El portador de la presente, á quien tendréis á bien, señor Conde, dar vuestra respuesta, tiene orden de ponerse á vuestra disposición durante tres días. Si terminado este plazo no recibiera respuesta alguna, ó en el caso de no ser esta última del todo satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias á que daría lugar esta negativa recaería toda ella sobre el gobierno de S. M. Sarda. Después de agotar en vano todos los medios conciliadores para proporcionar á sus pueblos una garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho de insistir, S. M. deberá, con gran sentimiento suyo, apelar á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído lentamente este ultimátum, el conde Cavour despidió cortésmente á los dos mensajeros, guardándose bien de notificarles desde luego la negativa de su gobierno. Le importa alargar todo lo posible las dilaciones, tanto para completar los preparativos militares, cuanto para permitir al ejército francés que tenga tiempo de llegar.

Aquel mismo día se lee en el *Moniteur* de París: «El gobierno austriaco ha creído de su deber dirigir al gobierno sardo una comunicación directa para invitarle á poner su ejército en pie de paz, licenciando á los voluntarios. Esta comunicación se ha debido transmitir á Turín por conducto del ayudante de campo del general Guilay, comandante en jefe del ejército austriaco en Lombardía. Este oficial tenía orden de anunciar que esperarfa la contestación durante tres días, y que toda respuesta dilatoria se consideraría como una negativa. Inglaterra y Rusia no han vacilado en protestar contra la conducta de Austria en esta circunstancia.»

El mismo número del *Moniteur* anuncia que los grandes mandos militares se hallan distribuidos de la manera siguiente: ejército de París, el mariscal Magnán; de Lyon, el mariscal conde de Castellane; de observación en Nancy, mariscal Pelissier, duque de Malakoff; primer cuerpo del ejército de los Alpes, el mariscal conde Baraguey d' Hilliers; segundo cuerpo, el general conde de MacMahon; tercer cuerpo, el mariscal Canrobert; y cuarto cuerpo, el general Niel. El príncipe Napoleón tendrá el mando de un cuerpo separado, y al mariscal Randou se le nombra mayor general del ejército de los Alpes.

En el mismo día se recibe en las Tullerías la demanda, oficial del gobierno sardo, que reclama el apoyo de Francia, seguro ya.

La Semana Santa, comenzada con esperanzas de paz, termina en medio de preocupaciones belicosas. No se han escuchado los preceptos del Evangelio: tres naciones católicas tratan de acuchillarse á pesar de las grandes palabras: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

XL

LA SEMANA DE PASCUA

Domingo de Pascua 24 de abril. — El día de las grandes alegrías religiosas se perturba esta vez profundamente. En la hora misma en que se celebran los oficios, los soldados hacen con una actividad febril sus preparativos de marcha, y la multitud se dirige hacia los cuarteles y sus barrios. Oyéanse toques de clarín y el redoble de tambores, y algunos regimientos, con equipo de campaña, se dirigen hacia la estación de Lyon, seguidos de un populacho entusiasta, y toman el camino de Italia.

Lunes 25 de abril. — Toda la guarnición de París ha marchado; no queda más que la guardia imperial, y ésta se prepara para salir también. El servicio de la plaza y del Estado Mayor se hace por la guardia de París, y hay tal carencia de hombres, que en la Bolsa los soldados de caballería deben prestar el servicio de la infantería.

Martes 26 de abril. — En el momento de entrar en campaña, los granaderos de la guardia imperial van á recoger su bandera en las Tullerías. La emperatriz y el príncipe bajan al patio, y aquélla abraza con emoción la bandera.

Aquel mismo día expira el plazo concedido al Piamonte por el ultimátum austriaco. Este último había tomado la forma de una comunicación fechada en 19 de abril, dirigida por el conde Buol al conde de Cavour y entregada por este último al barón de Kellersberg en 23 de abril, á las cinco y media de la tarde. La contestación está contenida en un pliego enviado el 26 por el conde de Cavour al conde Buol, y en ese documento se dice: «V. E. me ha pedido, en nombre del gobierno imperial, que conteste con un *si* ó un *no* á la invitación que nos hace de reducir el ejército al pie de paz, licenciando á los cuerpos organizados con voluntarios italianos; y añade que si al cabo de tres días V. E. no recibiese contestación, ó si esta última no fuera del todo satisfactoria, S. M. el emperador de Austria estaba resuelto á recurrir á las armas para imponernos por la fuerza las medidas que son objeto de su comunicación.»

»La cuestión del desarme de Cerdeña ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias y el gobierno de S. M.; y estas negociaciones condujeron á una proposición formulada por Inglaterra, á la cual se adhirieron Francia, Rusia y Prusia. Cerdeña, con un espíritu conciliador, aceptó sin reserva

»La conducta de Cerdeña en esta circunstancia fué apreciada por Europa, y cualesquiera que puedan ser las consecuencias resultantes, el rey mi augusto señor está convencido de que la responsabilidad recaerá sobre aquellos que se armaron los primeros, rechazando después las proposiciones formuladas por una gran potencia, reconocidas como justas y razonables por las otras, y que ahora sustituyen á una intimación amenazadora.»

Son las cinco y media de la tarde: el barón de Kellersberg es introducido en casa de M. Cavour, que le entrega el pliego, expresando la esperanza de verle en días más felices y haciéndole acompañar por el coronel Govone, que debe ir con él hasta la frontera.

Los familiares del ministro piemontés le esperaban en la antecámara de su gabinete, y al presentarse ante ellos, exclama: «Ya está echada la suerte. *Alea jacta est.*»

En aquel mismo día 26 de abril, en París se da lectura en el Senado y en el Cuerpo legislativo de un informe sobre la situación, redactado por el conde Walewski, según las órdenes del emperador. La obra de la diplomacia imperial se había considerado siempre correcta, moderada y conciliadora; y aquel escrito decía: «Si los esfuerzos reiterados de las cuatro potencias para conservar la paz han tropezado con obstáculos, estos últimos no proceden de Francia; y si debe resultar la guerra de las complicaciones presentes, el gobierno de S. M. tendrá la firme convicción de haber hecho todo cuanto su dignidad le permitía para evitar este extremo. En presencia de tal estado de cosas, si Cerdeña está amenazada, si su territorio es invadido, como todo lo hace presumir, Francia no puede vacilar en responder al llamamiento de una nación aliada con la cual le unen intereses comunes y simpatías tradicionales, rejuvenecidas por una reciente confraternidad de armas y por la unión contraída entre las dos casas reinantes. Así, señores, el gobierno del emperador, fuerte por la constante moderación y el espíritu conciliador en que jamás dejó de inspirarse, espera con calma el curso de los acontecimientos, teniendo la confianza de que su conducta en las diferentes peripecias que acaban de producirse merecerá el asentimiento unánime de Francia y de Europa.»

En diversas ocasiones resuenan los aplausos, no muy nutridos, pero suficientes para dar idea de una aprobación. El presidente del Consejo de Estado presenta después dos proyectos de ley, uno que eleva á ciento cuarenta mil hombres el contingente de la próxima quinta, y el otro autorizando un empréstito de quinientos millones.

El presidente del Cuerpo legislativo conde de Morny, que ha sido siempre ardiente partidario de la paz, toma la palabra. «Si la guerra es inevitable, dice, por lo menos se puede estar seguro de que se localizará y limitará, sobre todo si las otras potencias alemanas tienen el buen juicio de comprender que no hay aquí más que una cuestión puramente italiana, que no oculta ningún proyecto de conquista ni puede prohiar ninguna revolución. En cuanto á vosotros, se-

ñores, desde el principio de esta cuestión habéis demostrado el espíritu pacífico que os inspiraba vuestra solicitud por los grandes intereses del país: era vuestro derecho y vuestro deber, y con esto daréis más valor y fuerza al concurso que debéis prestar al emperador. Hagamos ver hoy, á fin de que nadie pueda engañarse, ni dentro ni fuera, que frente al extranjero estamos todos unidos en un solo pensamiento, que es el triunfo y la gloria de nuestras armas.»

En este mismo día 26 de abril, la vanguardia del ejército francés desembarca en Italia. La escuadra llevando á bordo la división del general Bazaine, y procedente de Tolón, llega al puerto de Génova. El transporte de las tropas á tierra se efectúa al son de las músicas militares; un inmenso gentío acude al puerto y saluda á los soldados franceses con frenéticas aclamaciones.

El día 27 se ha pasado sin que se presente ningún cuerpo austriaco en la orilla derecha del Tesino. Todo el mundo creía que Austria se aprovecharía de sus ventajas, y que no había apresurado la ruptura sino para apresurar también el ataque; pero sus tropas permanecen inmóviles durante los días 27 y 28, y solamente el 29, por la tarde, se deciden á franquear el Tesino, lo cual indica el principio de las hostilidades. Esta dilación inexplicable es una falta no menos torpe que el ultimátum.

Sábado 30 de abril. — El Cuerpo legislativo celebra una sesión interesante. Se discute el proyecto de ley sobre el empréstito de quinientos millones, y el discurso de M. Julio Favre es una violenta requisitoria contra Austria, así como una apología entusiasta del Piamonte. El orador dice que desde hace cuarenta años Austria ha reinado sobre Italia por la violencia, la proscripción, las confiscaciones y el terror; pero la violencia, á Dios gracias, no es más que pasajera y nunca podría fundar un gobierno duradero. El Piamonte tiene en su favor el prestigio de una causa justa y santa y el apoyo moral de todos los corazones generosos. Le gobierna un soberano joven, orgullo de su pueblo, un soberano que quiere vengar la muerte de su noble, ilustre y desgraciado padre... La política del gobierno francés ha sido la política tradicional de Francia, pues el orador está convencido de que esta última no será poderosa hasta que Italia quede libre y esté regenerada. Romper las cadenas de los esclavos, tal es la misión de Francia.

M. Julio Favre expone las tesis de la izquierda; el vizconde Anatolio Lemerrier expresa las inquietudes de la derecha, de los partidarios del papado. Antes de votarse el empréstito pide permiso para hacer una pregunta á los señores comisarios del gobierno. Según él, las conciencias católicas están agitadas ante los acontecimientos que se preparan en Italia, y para estar completamente tranquilo, desearía oír declarar que el gobierno del emperador ha tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad del Padre Santo. El orador tiene la firme confianza de que no se verá nunca en peligro mientras nuestros soldados residan en Roma, y sabe que el jefe de la cristiandad posee fuerzas superiores á las de todos los ejércitos, por un lado la veneración del

mundo y por la otra su debilidad misma. Sin embargo, no será menos glorioso espectáculo para el católico francés ver reservado á nuestras tropas el honor de ser los auxiliares de esa veneración y esa debilidad. El orador pide que no se renuncie á esta misión tan bien destinada á Francia, hija mayor de la Iglesia.

M. Baroche, presidente del Consejo de Estado, observa que el preopinante se ha contestado á su propia pregunta, evocando recuerdos que el gobierno del emperador se guardará bien de olvidar. Ninguna duda es posible: el gobierno adoptará todas las medidas necesarias para que la seguridad é independencia del Padre Santo queden aseguradas en medio de las agitaciones de que Italia será teatro.

Otro orador católico, el vizconde La Tour, habla después de Anatolio Lemerrier y declara que Francia debe desmentir de la manera más formal toda alianza con la Revolución, y no admite que la espada tan noble y tan fina de Francia pueda unirse con la del general Garibaldi. En esas partidas indisciplinadas no ve aliados para nuestro país, sino enemigos para el orden europeo; y no quisiera que á los ojos de Europa se pudiera sospechar que ponemos por obra medios cuyo empleo sería tal vez para Italia el germen de nuevas revoluciones.

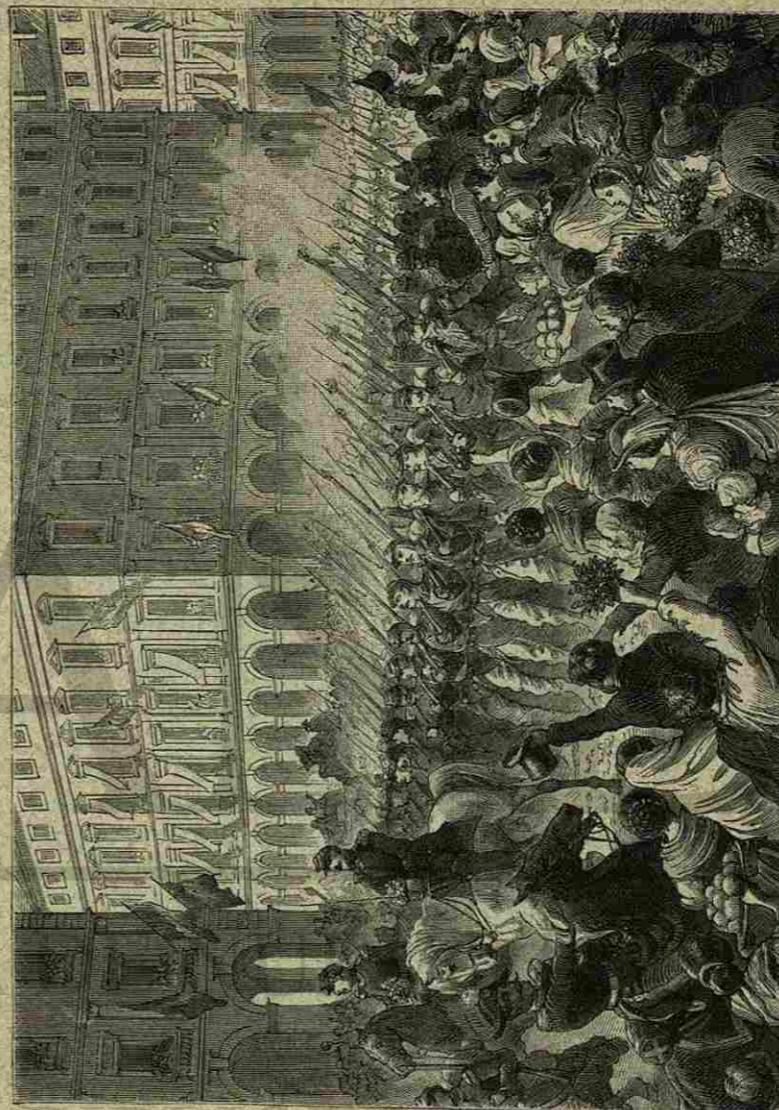
Más característico es aún el discurso de M. Plichón, que es como el prólogo de las discusiones apasionadas y violentas que el porvenir reserva. El diputado del Norte dice en voz alta lo que muchos de sus colegas dicen en voz baja. Precisa y resume las críticas de que es objeto la política italiana de Napoleón III. M. Plichón ha votado el aumento del contingente porque nuestras tropas han pasado la frontera y porque, estando comprometido el honor del pabellón, no era ya oportuno deliberar; pero si se hubiese examinado el punto de saber qué interés tenía Francia para promover la guerra, hubiera contestado negativamente. Ha votado, pero con tristeza y dolor, y sobre todo con la profunda convicción de que el gobierno había inducido sin necesidad al país á una guerra llena de azares y de peligros para obtener resultados inciertos por lo menos. Según M. Plichón, no se deduce de ninguna de las comunicaciones del gobierno que la política de Austria haya sido en estos últimos tiempos atentatoria contra el honor ó la seguridad de Francia, y ni siquiera contra el equilibrio de Europa. El orador pregunta por qué se hace la guerra y de qué especie será ésta: si será una guerra revolucionaria ó de política, si será la negación ó la consagración de la expedición de Roma, si será la expulsión de los austriacos, la independencia, la unidad ó la federación de Italia; pregunta, en fin, dónde se va y hasta dónde se quiere llegar. No ve qué garantías se pueden tener contra lo desconocido, pues no se podría ser revolucionario en Italia, manteniéndose conservador en Francia y en Roma. No se sobrexcita el espíritu revolucionario en un punto sin que se despierte en todos los demás. Se ve lo que Francia puede perder en la guerra, pero no lo que puede ganar.

El empréstito de quinientos millones se aprueba, á pesar de todo, por unanimidad; pero el discurso del diputado del Norte, pronunciado entre hombres de ordinario tan dóciles y sometidos á todas las voluntades y las ideas del soberano, acaba de inspirar serias reflexiones al Cuerpo legislativo. En el fondo, el emperador había deseado la guerra y la casi unanimidad de los individuos del Cuerpo legislativo se habían mostrado rehacios á ella. Para borrar esta impresión se necesitará todo el prestigio de la victoria.

Es un hecho curioso observar en todas las guerras que hasta la hora misma en que se declaran se encuentran algunos optimistas que pronostican todavía la paz. Al saberse que el 27 y 28 de abril no habían cruzado aún el Tesino las tropas austriacas, algunos cándidos quisieron creer aún que no se desenvainarían las espadas. Se comentaba un artículo pacífico del *Morning Herald*, y un discurso de lord Derby indicando la posibilidad de que se reanudasen las negociaciones. El primero de Mayo, esta última esperanza se extinguió en París al saberse que los austriacos habían pasado el Tesino el día 29 de abril; de modo que la guerra había comenzado.

Desde este momento todas las críticas y las recriminaciones cesaron. El pueblo francés sentía despertarse en él sus antiguos instintos guerreros, y los diarios de todos los partidos no pensaron ya más que en el honor de la bandera: no hubo ni una sola nota discordante. Ni aun en los publicistas que habían censurado la guerra antes de que se declarase, hubo ya más que acentos patrióticos. En la *Revista de Ambos Mundos*, el cronista de la quincena, Eugenio Forcade, escribía: «Hemos concluído con los deberes complejos de la discusión que era necesario sostener mientras que la Francia pareciese ser dueña de su elección entre la paz ó la guerra. La necesidad ha hablado, y ya no hay recriminaciones sobre lo irreparable; la era del simple deber comienza. Francia se ha empeñado en una guerra contra Austria por la independencia de Italia: ya no tenemos más que una opinión y una voluntad: es preciso que Francia triunfe y que Italia sea independiente. No tenemos más que un deseo en el corazón, y es que las objeciones concienzudas que hemos debido expresar durante la fase de las deliberaciones públicas sean radical y gloriosamente refutadas por el valor y la fortuna de Francia.»

Aun antes de romperse las hostilidades, las tropas francesas han penetrado en el Piamonte, las unas por los Alpes y las otras por mar. El mariscal Canrobert y el general Niel han llegado á Suza en la noche del 28 de abril; al día siguiente se hallaban en Turín y visitaban con el rey Víctor Manuel las posiciones del Doria. El mismo día, el mariscal Baraguey d' Hilliers ha desembarcado en Génova, donde se le agregarán muy pronto los generales Mac-Mahón y Regnaud de Saint Jean d'Angely. Génova tiene cierto aspecto de fiesta, y france-



ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN TURÍN

ses é italianos parecen no formar más que una sola familia. La ciudad no tiene cuarteles suficientes para tantas tropas, y éstas deben alojarse en las casas particulares, donde son objeto de las mayores atenciones. Los suntuosos palacios de Génova se han abierto para ofrecer hospitalidad á los soldados de Francia.

Una parte de la caballería penetra en Italia por el camino de la Cornisa. Escuchemos á un oficial de los guías, el marqués de Massa: «Llegados de Melun por la vía férrea hasta Marsella, nos dirigimos después á Génova por etapas, vía Brignoles, Cannes y el puente del Var. Siendo los primeros regimientos de caballería que cruzaban así la frontera, las primeras ovaciones fueron para nosotros, en un camino cubierto de flores, donde todos los coches del país, alquilados por los *turistas* de costumbre, estaban delante de nosotros en fila mucho más allá de los límites de las afueras. De pie sobre los caballos veíanse rubias señoritas inglesas que nos arrojaban rosas; italianas morenas que nos distribuían confites, y lindas americanas, con sus ricos colores, que nos aplaudían con sus manecitas tan vigorosamente como les era posible. Me acuerdo de una vieja dama inglesa de quien recibí un paquete muy bien atado en el cual se había escrito: «Buen regreso y buena suerte.» Contenía seis pastillas de chocolate. Por la noche la municipalidad nos ofreció una función de gala con baile alegórico, cantatas y suelta de palomas en señal de regocijo.»

En París se acentúa la corriente belicosa. La *Ilustración* dice: «Confiamos en que el sol de Mayo, propicio á nuestras armas, iluminará alguna nueva jornada de Marengo. La Bolsa y los que de ella viven no podrían perturbar esta santa confianza del patriotismo por su actitud desanimada. En todos los tiempos, cuando *Mambrú se va á la guerra*, el dinero se asusta; pero es un pánico que siempre ha contenido el primer cañonazo anunciando la victoria. La Bolsa espera que resuene para adorar su eco.» El mismo cronista añade: «París no ve ya nada de lo que se hace en torno suyo; su pensamiento ha pasado el Rubicón y está guerreando más allá de los Alpes. Todo el mundo experimenta ya el estremecimiento de la victoria, y hasta los corazones más toscos y refractarios al sentimiento general, que es un sentimiento generoso, se enardecen por el patriotismo. A nadie seguramente se le ocurre decir: ¿Por qué se mezcla Francia en los asuntos de Italia?»

El 3 de mayo, M. Aquiles Fould, ministro de Estado, da lectura al Senado de la comunicación siguiente: «El encargado de Negocios de S. M. en Viena ha prevenido desde el 26 del mes último al gobierno austriaco, que si sus tropas franquean la frontera del Piamonte, Francia se verá obligada á considerar esta invasión de un país aliado como una declaración de guerra. Habiendo persistido el gabinete de Austria en apelar á la fuerza, el emperador me ha ordenado que ponga en conocimiento del Senado este hecho, que constituye al Austria en situación de guerra con Francia.»

Al punto resuenan gritos de «¡Viva el emperador!»

El presidente del Senado, M. Troplong, toma en seguida la palabra y se

expresa de este modo: «Si me es permitido pronunciar algunas palabras para traducir el sentido de las aclamaciones que se acaban de oír, diré que mientras que mis ilustres colegas, los que ejercen mandos, sostienen frente al enemigo la gloria del nombre francés, los senadores que han quedado aquí no retrocederán ante ningún acto de valor cívico y de fidelidad al emperador. Entre ellos y



M. Troplong, presidente del Senado

nosotros habrá rivalidad de patriotismo, porque esta guerra es justa, pues con ella se responde á un reto y una agresión. Es consecuencia de una política secular que siempre se lamentó de las crisis de Italia como si fueran acontecimientos franceses.»

M. Troplong halla el medio de hacer en una misma frase el elogio de Napoleón III y de Pío IX. «El emperador no puede permitir, añade, que Turín, la llave de los Alpes, ni tampoco Roma, que tiene las llaves de la Iglesia en manos de un santo y venerado Pontífice, caiga bajo el yugo usurpador de una influencia hostil á Francia. Italia debe recobrar, pues, su nacionalidad; no se

la revolucionará, sino que será libre, y ese hermoso país, amenazado con el dominio de un amo, encontrará un libertador.»

En el mismo día se publica la proclama del emperador al pueblo francés. Fechado en el palacio de las Tullerías el 3 de mayo de 1859, este documento tiene en el más alto grado el sello del estilo y de los pensamientos del soberano. «¡Franceses!, dice Napoleón III: Austria, al enviar su ejército al territorio del rey de Cerdeña, nuestro aliado, nos declara la guerra, que amenaza nuestras fronteras, violando así la justicia y los tratados. Todas las grandes potencias han protestado contra esta agresión. Habiendo aceptado el Piamonte las condiciones que debían asegurar la paz, se pregunta cuál puede ser el motivo de esta invasión repentina: es que Austria ha llevado las cosas al extremo de que necesita dominar hasta en los Alpes, ó que Italia sea libre hasta el Adriático, pues en este país todo rincón de tierra que sea conservado independiente es un peligro para su poder.» Declara que los aliados naturales de Francia fueron siempre aquellos que quieren la mejora de la humanidad, y que cuando desenvaina el acero no es para dominar, sino para libertar. «El objeto de esta guerra, añade, es por lo tanto devolver á Italia su autonomía é importancia, no el de hacerla cambiar de dueño, y así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo, que nos deberá su independencia. No vamos á Italia á fomentar el desorden, ni á debilitar el poder del Padre Santo, á quien hemos repuesto en su trono, sino á sustraerle á esa presión extranjera que pesa sobre toda la península, contribuyendo á fundar el orden sobre intereses legítimos satisfechos. Vamos, en fin, á esa tierra clásica, ilustrada por tantas victorias, para encontrar de nuevo las huellas de nuestros padres. ¡Dios haga que seamos dignos de ellos!»

El soberano termina su proclama con estas palabras patéticas, propias para conmover á las multitudes: «Voy á ponerme muy pronto á la cabeza del ejército y dejo en Francia á la emperatriz y su hijo. Secundada por la experiencia y las luces del último hermano del emperador, sabrá mostrarse digna de su misión. Confío mi familia al valor del ejército que dejo en Francia para velar por nuestras fronteras, protegiendo también el hogar doméstico; y la confío, en fin, al pueblo entero, que la rodeará de ese amor y abnegación de que diariamente recibo tantas pruebas. ¡Valor, pues, y unión! Nuestro país demostrará otra vez al mundo que no ha degenerado, y la Providencia bendecirá sus esfuerzos, porque es santa á los ojos de Dios la causa que se apoya en la justicia y la humanidad, en el amor á la patria y en la independencia.»

Napoleón III ha conseguido sus fines: ha encontrado el medio de burlar todos los esfuerzos de la diplomacia europea, que deseaba la paz, y ha hecho asumir imprudentemente al emperador Francisco José la responsabilidad como agresor, logrando que sea simpática al pueblo la guerra censurada por las clases directoras. Ha preparado la opinión, haciendo vibrar la fibra nacional, y ahora puede marchar ya.

XLII

LA MARCHA DEL EMPERADOR

El emperador había visto marchar ya su guardia: cada regimiento desfilaba en la plaza del Carrousel, con su música á la cabeza, y después se detenía, rodeado de una inmensa multitud; un oficial se destacaba para ir á buscar en el palacio de las Tullerías la bandera depositada allí, y á su regreso, en medio del regimiento, el emperador se asomaba á una de las ventanas del pabellón de Marsán con la emperatriz y el príncipe imperial. Los soldados presentaban las armas; la música tocaba el aire de la reina Hortensia, *Al marchar para Siria*, y oíanse resonar las aclamaciones.

Mientras que un regimiento de granaderos desfilaba por la calle de Rivoli, para dirigirse á la estación de Lyon, la cantinera preguntó por el número de la casa donde estaba, en dicha calle, la oficina del secretario de órdenes de la emperatriz; se le indicaron, y subió, llevando consigo una niña de seis años; dirigióse al secretario y le dijo: «Me veo obligada á marchar con mi regimiento, por lo cual suplico á la emperatriz que se encargue de mi niña; no tengo temor alguno, pues sé que la educará bien hasta mi regreso.» La cantinera desapareció después, dejando allí su niña, é instruída del hecho la emperatriz, apresuróse á satisfacer el deseo de la valerosa madre.

Terminados los preparativos de marcha del emperador, el mariscal Randón, designado en un principio como mayor general del ejército de Italia, acababa de reemplazar, como ministro de la Guerra, al mariscal Vaillant, que desempeñaba este cargo, pasando á ser ahora mayor general. El emperador llevaba consigo todo su cuarto militar, compuesto así:

Ayudantes de campo: los generales conde de Rouget de Cotte, conde de Montebello, de Béville, príncipe del Moskowa, y Fleury; los coroneles Waubert de Genlis, marqués de Toulangeón, el conde Lepic, conde de Reille y Favé.

Oficiales de órdenes: el coronel barón de Meunerval, el jefe de escuadrón Schmitz; los capitanes Brady, conde d'Andlau, Klein de Kleinemberg, el vizconde Friant, de Tascher de La Pagerie, el príncipe de la Tour d'Auvergne, Eynard de Clermont-Tonnerre, Darguesse, el teniente príncipe Joaquín Murat, y el vizconde de Champigny Cadore, teniente de navío, y el barón Nicolás Clary, oficial de la guardia nacional.

El emperador iba acompañado además de dos caballerizos, el barón de

Bourgoing y M. Davillier; de un capellán, el abate Láme; de un médico, el doctor Conneau; de un cirujano, el barón Larrey, y de dos secretarios.

El domingo, 8 de mayo, antevíspera de la marcha, hubo reunión en las Tullerías, asistiendo los oficiales superiores de la Corona, los ministros y todas las personas que formaban parte del servicio de SS. MM. Dejemos la palabra á la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie, que se hallaba en dicha reunión: «La actitud de la emperatriz era verdaderamente admirable, comprendiéndose que se esforzaba para ocultar su emoción é inspirar valor á todos aquellos que estaban allí. Mostrábase afable con todo el mundo, y en vez de permanecer sentada junto á la estufa, en medio de un pequeño grupo de privilegiados, iba de un lado á otro, hablando seriamente con los hombres y de la manera más cariñosa con las damas. La seguí con la vista, muy satisfecha de su proceder, porque me complace que sea así. Se reconoce que está penetrada de la misión que se le ha confiado, y que tiene empeño en mostrarse digna de ella. El emperador ha hablado á todas las damas presentes, prometiendo ocuparse de sus esposos, hermanos ó hijos. Nadie ha llorado; pero los corazones ahogaban en el interior esas lágrimas que no se ven, pero que son por lo mismo más tristes y más amargas.»

Martes 10 mayo. — Se celebra una misa en la capilla del palacio de las Tullerías, oficiando el cardenal arzobispo de París; pálida y sumamente recogida, la emperatriz orando parece una hermosa estatua de mármol.

El ministro de Instrucción pública y de Cultos ha dirigido á todos los arzobispos y obispos del Imperio una circular así concebida: «Monseñor: El emperador se halla á punto de ponerse á la cabeza del ejército de Italia, y S. M. desea que se hagan rogativas públicas en todas las iglesias del Imperio para pedir á Dios que asegure el triunfo de nuestras armas, protegiendo á Francia. Ruego á V. E. que se sirva adoptar las medidas necesarias para responder á estas piadosas intenciones.»

La hora de la marcha se aproxima: los individuos del Consejo privado, los ministros, los oficiales superiores de la Corona, las damas, y los oficiales de los cuartos del emperador y de la emperatriz esperan en los salones de las Tullerías. Las princesas Matilde y María de Baden y su esposo el duque de Hamilton se despiden del soberano.

Son las cinco y media de la tarde; SS. MM. van á subir al coche, y Napoleón III puede contar con una ovación. Los diarios favorables á la causa italiana han preparado bien los ánimos. La tradición liberal es correr en auxilio de los pueblos oprimidos; el principio de las nacionalidades, muy discutido por la aristocracia y la clase media, cuenta con todas las simpatías de los obreros y de los proletarios: es una doctrina esencialmente democrática. Todos los hombres de la izquierda, y hasta muchos de la derecha, no han dejado de preconizarla durante todo el reinado de Luis Felipe y mientras duró la segunda República. El emperador continúa la doctrina de los liberales de la monarquía de



EL MARISCAL RANDÓN, MINISTRO DE LA GUERRA

julio y de los republicanos de 1848, está seguro del resultado y sabe que la multitud le aplaudirá.

El cortejo se pone en marcha, mezclándose con él numerosos grupos de gente del pueblo; y precedido y seguido de varios destacamentos de los cien guardias, el emperador va en una carretela con la emperatriz, escoltándolos cinco coches. El séquito sale del patio de las Tullerías, pasa por el arco de triunfo del Carrousel, atraviesa el patio del Louvre y desemboca en la calle de Rivoli, toda ella empavesada. Las ventanas de las casas, en todos los pisos, están llenas de espectadores que agitan sus sombreros ó sus pañuelos; no se ha enviado á buscar tropa alguna, y el pueblo es el que forma la carrera en todo el trayecto que debe seguir el emperador. En algunos momentos, la multitud es tan compacta y hállase tan próxima al coche del soberano, que los caballos apenas pueden avanzar. El entusiasmo va en aumento; en los barrios democráticos, el arrabal de San Antonio, la plaza de la Bastilla y la calle de Lyon, hay verdadero delirio: hombres á quienes la policía vigila de ordinario se hallan entre los que más aplauden, gritando con más fuerza: *¡Viva el emperador!* Hay obreros que le dirigen frases como esta: «Estad tranquilo, que nosotros velaremos por vuestra esposa y vuestro hijo hasta la vuelta;» y varias mujeres arrojan en su coche escapularios y medallas de Nuestra Señora de las Victorias. A pesar de su flema imperturbable, Napoleón III es un alma ávida de emociones; ama las aventuras y se complace en los peligros. Con su temperamento de jugador político y su audacia, se arriesga de preferencia en lo más temerario, y cuanto más comprometida es una empresa, mayores atractivos tiene para él. La ovación de que es objeto en la hora de su marcha le colma de una alegría que, á pesar de su impasibilidad acostumbrada, apenas puede disimular. La espontaneidad de las aclamaciones que resuenan á su paso, esa comunión de ideas entre él y la democracia, y ese sufragio popular, le lisonjean más de lo que pudiera lisonjearle la aprobación de todas las cancillerías europeas.

El trayecto ha durado unos tres cuartos de hora: SS. MM. se apean del coche y encuentran en la estación al rey Jerónimo y á la princesa Clotilde. El príncipe Napoleón no se despide sin sentimiento de su viejo padre y de su joven esposa; la princesa tiene lágrimas en los ojos; pero acordándose de la intrepidez de su raza, murmura: «Ya basta,» y deja de llorar.

Son las seis y cuarto; el tren imperial parte con la rapidez del relámpago; la emperatriz ha querido acompañar á su esposo hasta Montereau; se detienen allí un rato y se sirve una comida de cuarenta cubiertos, dándose allí las últimas despedidas. La soberana entrega una medalla á cada uno de los oficiales del emperador, abraza tiernamente á este último y vuelve á París, mientras que Napoleón III continúa su marcha hacia Marsella.

Las poblaciones de las ciudades y de los campos, que han acudido con hachas á todas las estaciones, saludan con sus vivas al tren que pasa llevando al César y su fortuna.

11 de mayo. — A las once y cuarto de la mañana el tren llega á Marsella; Napoleón va directamente desde la estación del camino de hierro al antiguo puerto, donde le espera el yate imperial *Reina Hortensia*, que debe conducirlo á Génova. Todas las calles están adornadas de banderas, y el entusiasmo no es menos ruidoso que en París. A eso de las dos, el yate imperial, seguido del *Vaubán*, gana la alta mar, pasando en medio de los buques empavesados y de las numerosas embarcaciones que llenan el puerto: ciento un cañonazos saludan la marcha. El cielo está puro; un magnífico sol refleja sus rayos brillantes sobre las olas tranquilas y tersas como un espejo, y muy pronto los dos barcos se pierden de vista en el horizonte.

XLIII

GÉNOVA Y ALEJANDRÍA

La ciudad de Génova se dispone á recibir á Napoleón III. El 11 de mayo, una proclama del síndico celebra al «campeón de la justicia y de la civilización, al vengador de los pueblos oprimidos, al heredero del nombre y de la gloria de Napoleón el Grande,» al que, «no contento con haber enviado al punto un ejército á Italia, viene él mismo acompañado de los votos de toda la Francia para encargarse del mando.» «Ciudadanos, añade el síndico: El emperador de los franceses no podía darnos más relevante prueba de simpatía, ni más seguras arras de la victoria. Expresemos, pues, con toda la efusión del alma nuestros profundos sentimientos de admiración y de gratitud al augusto jefe de la gran nación que tiende una mano fraternal á Italia para ayudarle eficazmente á conquistar al fin la independencia tan largo tiempo codiciada.»

12 de mayo. — Desde por la mañana, Génova está de fiesta y toda la ciudad se halla en pie. Un tren especial conduce al conde de Cavour, que tiene empeño en ser uno de los primeros que saluden á Napoleón III. La guardia nacional genovesa y un regimiento de granaderos de la guardia imperial están alineados en batalla para hacer los honores al soberano. Dos vapores del Estado situados á cada lado de la entrada, en el puerto, sirven de tribunas reservadas á la alta sociedad. A las once, todos los sitios están ocupados ya, y las damas no temen exponerse á los rayos de un sol abrasador. Se ha cerrado la Bolsa, así como también las tiendas, y una multitud enorme se oprime en el puerto comercial, invade los barcos y se coloca hasta en las vergas.

Las doce y media de la mañana. — Un cañonazo disparado desde las baterías de la *Linterna* anuncia que el yate imperial *Reina Hortensia* está á la vista. A esta señal, el príncipe de Carignán, el conde de Cavour, el conde Nigra, ministro del rey Víctor Manuel; el marqués de Brema, gran maestro de ceremonias; el príncipe de la Tour d'Auvergne, ministro de Francia, con todo el personal de la legación; los generales franceses Herbillón, comandante militar de Génova; Lebeuf, comandante de artillería del ejército, y Frossard, comandante de ingenieros, pasan á bordo del vaporcito *Amphiôn*, y van á recibir al emperador, seguidos de mil barcas empavesadas que desean dar la bienvenida al soberano libertador.

De pie en la cubierta de su barco, Napoleón III contempla un horizonte

espléndido: Génova la *soberbia*, Génova la *noble y real* ciudad, celebrada por el Tasso y por Alfieri, Génova con sus palacios de mármol sobrepuestos como las gradas de un vasto anfiteatro, su red de altas colinas, y su puerto formando un hemicírculo de una legua de contorno, que dos grandes muelles separan del mar.

A las dos. — El estampido del cañón retumba, las campanas repican, los tambores redoblan, las tropas presentan las armas, y una inmensa aclamación parte de todas las bocas. El yate imperial se acerca y adelántase rápidamente hacia el muelle. Llegado al desembarcadero, donde es recibido por el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely, comandante en jefe de su guardia, y por las autoridades genovesas, el emperador se traslada á un bote empavesado con las banderas sardas y francesas que desaparecen bajo una lluvia de flores, y lentamente se dirige hacia el palacio real entre las barcas que llenan el puerto; los sombreros y los pañuelos se agitan, y resuenan frenéticas aclamaciones.

El palacio real es una admirable residencia comprada por el rey Carlos Félix á la familia Durazzo, y elévase frente al mar, con el que se comunica por una galería que desemboca en el arsenal del puerto; y una escalera de mármol, reservada de ordinario solamente para el rey, baña sus últimos peldaños en las aguas de la dársena militar. Allí es donde el emperador debe alojarse, y desde aquí dirige su primera orden del día al ejército de Italia.

«Soldados: Vengo á ponerme á vuestra cabeza para conducirlos al combate. Vamos á secundar la lucha de un pueblo que reivindica su independencia, y á sustraerle á la opresión extranjera; es una causa santa, que tiene las simpatías del mundo civilizado, y no necesito estimular vuestro ardimiento, pues cada etapa os recordará una victoria. En la vía sacra de la antigua Roma, las inscripciones se aglomeraban en el mármol para recordar al pueblo sus altos hechos; y de igual modo hoy, al pasar por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rívoli, marcharéis por otra vía sacra en medio de estos gloriosos recuerdos.

»Conservad esa disciplina severa que es el honor del ejército, y no olvidéis que aquí no hay más enemigos sino aquellos que luchan contra vosotros. En la batalla, permaneced compactos, sin abandonar vuestras filas para correr hacia adelante, y desconfiad de un excesivo impulso, única cosa que temo. Las nuevas armas de precisión no son peligrosas más que de lejos, y no impedirán que la bayoneta sea, como en otro tiempo, el arma terrible de la infantería francesa.

»Soldados!, cumplamos todos con nuestro deber, poniendo en Dios nuestra confianza. La patria espera mucho de vosotros; y ya desde un extremo á otro de Francia se oyen pronunciar estas palabras de feliz augurio: — El nuevo ejército de Italia será digno de su hermana mayor.»

Por la noche, el emperador asiste al teatro *Carlo Felice*, donde se da una función de gala en su honor. Por todo el camino — calle Balbi, plaza de la Anunciata y Novísima — las casas están adornadas é iluminadas, é inmensas colgaduras de todos colores penden de los balcones y ventanas; y las banderas se mezclan con guirnaldas de flores y follaje. Cuando Napoleón III entra en la

platea, se produce un verdadero delirio; tres veces, después de haber saludado á la multitud, se dispone á sentarse, y otras tantas las aclamaciones que redoblan le hacen permanecer donde está. Al fin ocupa su asiento, teniendo á su derecha al príncipe de Carignán, y al príncipe Napoleón á su izquierda. El conde de Cavour, el conde Nigra y M. Morro, síndico de Génova, se mantienen de pie detrás de él. Entre los personajes que han salido á su encuentro se oye á su amigo el conde Arese, uno de los partidarios más fervientes de la independencia italiana. «Querido Arese, le dice el soberano, debemos dar gracias á Dios por haber permitido que el emperador de Austria pasara el Tesino, pues de lo contrario yo no hubiera estado aquí.»

Al día siguiente, 13 de mayo, á las seis de la mañana, Víctor Manuel llega de incógnito á Génova para estrechar la mano de su aliado, y se pone á las órdenes del emperador, que ejerce el mando en jefe de los ejércitos francés y sardo. Los dos soberanos se abrazan con efusión, y pocas horas después, Víctor Manuel vuelve á su cuartel general, establecido en Occimiano, entre Casale y Valenza. Durante el día, el emperador, acompañado de dos oficiales tan sólo, da un largo paseo tan pronto á pie como en coche, por el camino de Alejandría, en los arrabales de Rivarole, la calle de San Antonio, etc. La acogida que se hace á su imprevista visita en aquellos barrios generalmente pobres es muy entusiasta.

14 de mayo. — A las dos, Napoleón III sale de Génova para dirigirse por el camino de hierro á Alejandría, donde debe establecer su cuartel general. El tren atraviesa el río Bormida, dejando á su izquierda la llanura célebre donde se libró la batalla de Marengo, y entra á las cuatro en la estación de Alejandría. Apenas ha bajado del vagón, el emperador monta á caballo y se dirige al palacio real, escoltado por varios escuadrones de caballería, en medio de una ruidosa ovación. A la salida de la estación hay dos columnas con una inscripción que reproduce las palabras imperiales: «El objeto de esta guerra es devolver á Italia su autonomía y no cambiar su dueño, pues así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo que nos deberá su independencia. Que se arme Francia y diga resueltamente: No quiero conquistas; pero confieso en alta voz mi simpatía por un pueblo cuya historia se confunde con la nuestra.» En la *Piazzetta* se ve un busto de Napoleón I, y en la entrada de la *Strada della Piazza* un arco de triunfo con esta inscripción: «Al heredero del vencedor de Marengo; al aliado de Víctor Manuel.» Inmensa multitud llena la *Piazza Larga*, donde está el palacio real, morada de Napoleón III, y no deja de aclamarle.

Domingo 13 de mayo. — El emperador, acompañado del mariscal Vaillant, del mariscal Canrobert y de los oficiales de su cuarto militar, se dirige á pie á la catedral, que está bajo la advocación de San Pedro. La guardia nacional forma la carrera á su paso, y Napoleón III es recibido en la puerta de la iglesia por el clero; su capellán, el P. Laine, celebra la misa. A su salida, así como á su entrada, el soberano es saludado por una multitud entusiasta.

XLIV

MONTEBELLO

La guerra estaba declarada desde el 26 de abril, y aún no se había disparado un tiro. El primer combate se dió el 20 de mayo en Montebello.

El ejército aliado ocupaba ya toda la línea del Po, sin dar á conocer por qué punto se proponía atravesar el río. El 1.º y el 2.º cuerpos franceses estaban situados en los puntos extremos. El general Forey, cuya división formaba la vanguardia, presentía un combate próximo desde el 6 de mayo, y con esta fecha había dirigido á sus tropas la orden del día siguiente, en Gavi: «Soldados de la 1.ª división del 1.º cuerpo: Vamos á encontrar mañana ante el enemigo, y es probable que tendremos el honor de ser los primeros en cruzar con él nuestras armas. Recordad que vuestros padres derrotaron siempre á ese enemigo, y que vosotros debéis hacer como ellos.»

El 20 de mayo, á las dos y media de la mañana, el general Forey, advertido de que una numerosa columna austriaca, con artillería, había ocupado Casteggio, rechazando de Montebello á la caballería piemontesa, se dirigió inmediatamente á las avanzadas, en el camino de Montebello, con dos batallones del 74.º; y durante este tiempo el resto de la división tomaba las armas, llevando una batería de vanguardia.

El pueblo de Montebello está situado en la altura que se ve primero cuando se va desde Tortona á Plasencia; esta colina fué disputada siempre en las luchas que tuvieron por teatro las llanuras de Alejandría, y desde la antigüedad se designó con su nombre — monte de la guerra (*mons belli*) — por los combates que allí se libraron. En esa colina se dió entre la caballería nómada de Aníbal y la vanguardia de Escipión el combate que fué prelude de la batalla del Trebbia; y en el mismo lugar, en 9 de junio de 1800, el general Lannes, que iba á tomar parte en la acción de Marengo, forzó el paso que los austriacos defendían, mereciendo por su valor el título que se le confirió más tarde, el de duque de Montebello. Con sus defensas naturales, sus casas de sólida mampostería y su cementerio almenado, ese pueblo célebre es una posición muy fuerte. Los cultivos son altos, y los árboles y las vides, ocultando los movimientos del enemigo, habíanle permitido avanzar sin ser observado.

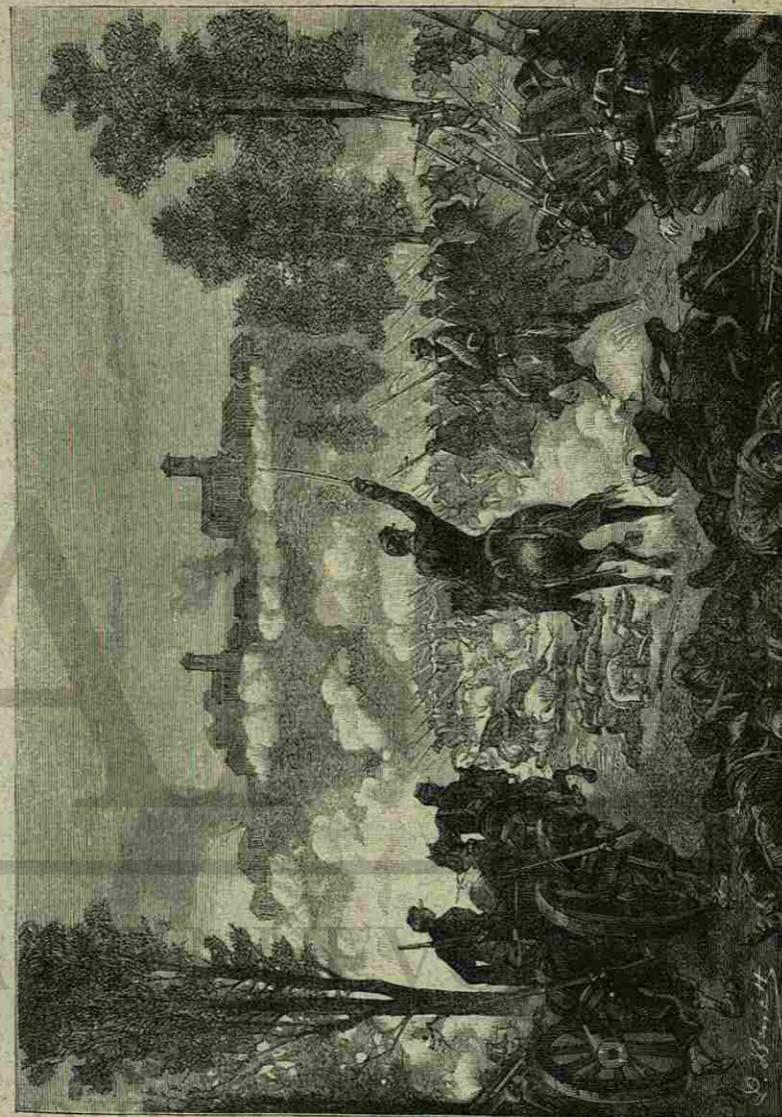
La división Forey se componía de cuatro regimientos de infantería de línea, los 74.º, 84.º, 91.º y 98.º, y de un batallón de cazadores, el 17.º, á los cuales se

agregaban seis escuadrones de caballería ligera sarda, al mando del coronel Mauricio de Sonnaz. Todos rivalizaban en denuedo y valor: á pesar de la desigualdad del terreno, cortado por barrancos, obstruído por las viñas, y de muy difícil acceso para la caballería ligera sarda, esta última dió una carga heroica. A una señal del general Forey, los clarines resonaron; el grito de «¡adelante!» salió de todas las bocas; los batallones franceses precipitáronse hacia las alturas, y muy pronto alcanzaron las crestas, debiendo atacar después el pueblo de Montebello. No era empresa fácil: los austriacos, emboscados detrás de paredes almenadas, hacían llover sobre sus enemigos una granizada de balas; todas las ventanas estaban llenas de tiradores, y cada casa era una ciudadela que se debía tomar. El general Forey, que se había apeado del caballo, se situó espada en mano al frente de las tropas; veíasele siempre en los sitios más peligrosos, y las balas silbaban á su alrededor; hubiérase dicho que la metralla retrocedía ante tanta intrepidez. Una vez cercado el pueblo, para avanzar fué preciso hacer prodigios de valor, y hubo una serie de combates incansables, cuerpo á cuerpo, en las calles, en los jardines y en las mismas casas. En aquel momento fué cuando el general Beuret tuvo una muerte gloriosa. Obligados á retroceder ante el impulso y la impetuosidad de las tropas francesas, cuyas bayonetas eran irresistibles, los austriacos se retiraron al cementerio, donde opusieron encarnizada resistencia; pero se les desalojó de esta última posición, y entonces se pronunciaron en retirada. Eran las seis y media.

El general Forey juzgó prudente no apurar más el éxito de la jornada, y deteniendo sus tropas detrás del terreno accidentado en que se halla el cementerio, hizo ocupar la cima con cuatro piezas de artillería y numerosos tiradores, que rechazaron las últimas columnas austriacas hasta Casteggio. Poco después las vió evacuar esta localidad, dejando allí una retaguardia y retirándose por el camino de Casatista.

Al fin de la jornada, cuando el general vencedor pasó por frente de sus tropas, unánimes aclamaciones le acogieron, y todos hubieran querido tocar la mano del jefe intrépido que había dado tan noblemente el ejemplo.

En su informe al mariscal Baraguey d'Hilliers, comandante en jefe del primer cuerpo, el general escribió: «No podría elogiar lo bastante, señor mariscal, el empuje de nuestras tropas... Tampoco olvidaré á los oficiales de mi Estado mayor que me han secundado perfectamente... Aún no conozco la cifra exacta de nuestras pérdidas; pero son numerosas, sobre todo en oficiales superiores, entre los que se deben lamentar muchas bajas: calculo la totalidad de las bajas, aproximadamente, en seiscientos ó setecientos hombres, muertos ó heridos. Las de los austriacos han debido ser considerables, á juzgar por el número de cadáveres encontrados principalmente en el pueblo de Montebello. Hemos hecho unos doscientos prisioneros, entre los que se cuentan un coronel y varios oficiales; y también han caído en nuestro poder varios furgones de artillería. En cuanto á mí, señor mariscal, me felicito de que mi división haya sido la primera que



COMBATE DE MONTEBELLO

batió al enemigo. Este glorioso bautismo, que recuerda uno de los más hermosos nombres del Imperio, marcará una de esas etapas indicadas en la proclama del emperador.»

El general Forey agregaba la siguiente posdata: «Según los informes que recibo de todas partes, las fuerzas del enemigo no bajaban de quince á diez y ocho mil hombres, y si he de creer lo que dicen los prisioneros, excedían con mucho de esta cifra.»

Para luchar contra semejantes fuerzas, el general Forey no había tenido más que su división, compuesta de cinco mil novecientos hombres y los seis escuadrones de caballería ligera sarda. La noticia de este magnífico hecho de armas produjo en toda Italia y en toda Francia una inmensa alegría. Este primer triunfo era de buen augurio.

XLV

PALESTRO

La guerra comenzaba bien: en el momento de librarse el combate de Montebello, Garibaldi y sus voluntarios de camiseta roja se distinguían alrededor del lago Mayor; entraban en Como el 29 de mayo, y la ciudad se ponía bajo la protección del gobierno del rey Víctor Manuel.

El 30 de mayo, el rey, que llevaba consigo cuatro divisiones sardas, cruzaba el Sesia; la división Durando se dirigió hacia Vinzaglio, y las divisiones Fauti y Castelborgo hacia Casalino y después á Confienza. La división Cialdini, que desde la víspera se había situado en la orilla izquierda, fué encargada del ataque principal, contra Palestro. Este pueblo era de difícil acceso: cortado por canales y obstruido por causa de las talas de árboles, el camino que á él conducía presentaba obstáculos de toda especie. En los lados, el terreno, cubierto de arrozales y dividido por innumerables zanjas, entorpecía mucho el ataque; antes de llegar á Palestro, el río, con sus orillas llenas de altas hierbas, álamos y sauces; á derecha é izquierda, vastos prados pantanosos; los declives encajonando y dominando el camino hasta la entrada del pueblo, y ocupados por tropas; los cazadores tirolese, hombres escogidos, escalonados de trecho en trecho, ocultos por los árboles ó echados entre las hierbas; el puente defendido por numerosos tiradores; las alturas formando á cada lado del pueblo como dos baluartes naturales de unos quince metros de altura, y las primeras casas almenadas para dificultar el ataque, permitiendo á los austriacos dirigir sus fuegos contra los sitiadores: tales eran los obstáculos de toda especie que encontraba la columna sarda encargada de tomar la posición de Palestro. Conducida por Víctor Manuel en persona, triunfó de todas las dificultades y apoderóse del pueblo. Al mismo tiempo, las otras divisiones sardas tomaban Vinzaglio, ocupando seguidamente Casalino y Confienza.

Al otro día, los austriacos debían tomar otra vez la ofensiva, presentándose con fuerzas considerables.

Cuando el emperador había enviado á Víctor Manuel en 29 de mayo la orden con estas únicas palabras: «El ejército del rey se situará delante de Palestro,» presentía que el soberano sardo tendría que librar varios combates, y por eso puso á su disposición el 3.^{er} regimiento de zuavos, momentáneamente destacado del 5.^o cuerpo. Este regimiento acampaba en Torrione el día 30, y el

batió al enemigo. Este glorioso bautismo, que recuerda uno de los más hermosos nombres del Imperio, marcará una de esas etapas indicadas en la proclama del emperador.»

El general Forey agregaba la siguiente posdata: «Según los informes que recibo de todas partes, las fuerzas del enemigo no bajaban de quince á diez y ocho mil hombres, y si he de creer lo que dicen los prisioneros, excedían con mucho de esta cifra.»

Para luchar contra semejantes fuerzas, el general Forey no había tenido más que su división, compuesta de cinco mil novecientos hombres y los seis escuadrones de caballería ligera sarda. La noticia de este magnífico hecho de armas produjo en toda Italia y en toda Francia una inmensa alegría. Este primer triunfo era de buen augurio.

XLV

PALESTRO

La guerra comenzaba bien: en el momento de librarse el combate de Montebello, Garibaldi y sus voluntarios de camiseta roja se distinguían alrededor del lago Mayor; entraban en Como el 29 de mayo, y la ciudad se ponía bajo la protección del gobierno del rey Víctor Manuel.

El 30 de mayo, el rey, que llevaba consigo cuatro divisiones sardas, cruzaba el Sesia; la división Durando se dirigió hacia Vinzaglio, y las divisiones Fauti y Castelborgo hacia Casalino y después á Confienza. La división Cialdini, que desde la víspera se había situado en la orilla izquierda, fué encargada del ataque principal, contra Palestro. Este pueblo era de difícil acceso: cortado por canales y obstruido por causa de las talas de árboles, el camino que á él conducía presentaba obstáculos de toda especie. En los lados, el terreno, cubierto de arrozales y dividido por innumerables zanjas, entorpecía mucho el ataque; antes de llegar á Palestro, el río, con sus orillas llenas de altas hierbas, álamos y sauces; á derecha é izquierda, vastos prados pantanosos; los declives encajonando y dominando el camino hasta la entrada del pueblo, y ocupados por tropas; los cazadores tirolese, hombres escogidos, escalonados de trecho en trecho, ocultos por los árboles ó echados entre las hierbas; el puente defendido por numerosos tiradores; las alturas formando á cada lado del pueblo como dos baluartes naturales de unos quince metros de altura, y las primeras casas almenadas para dificultar el ataque, permitiendo á los austriacos dirigir sus fuegos contra los sitiadores: tales eran los obstáculos de toda especie que encontraba la columna sarda encargada de tomar la posición de Palestro. Conducida por Víctor Manuel en persona, triunfó de todas las dificultades y apoderóse del pueblo. Al mismo tiempo, las otras divisiones sardas tomaban Vinzaglio, ocupando seguidamente Casalino y Confienza.

Al otro día, los austriacos debían tomar otra vez la ofensiva, presentándose con fuerzas considerables.

Cuando el emperador había enviado á Víctor Manuel en 29 de mayo la orden con estas únicas palabras: «El ejército del rey se situará delante de Palestro,» presentía que el soberano sardo tendría que librar varios combates, y por eso puso á su disposición el 3.^{er} regimiento de zuavos, momentáneamente destacado del 5.^o cuerpo. Este regimiento acampaba en Torrione el día 30, y el

31, á las seis de la mañana, recibía del rey la orden de dirigirse sobre Palestro. A las nueve establecía su vivaque á la derecha del pueblo, en una llanura cubierta de mieses y de arboledas, teniendo ante sí, como obstáculo, el canal *della Calcina*. A eso de las diez, los austriacos desembocaron por los caminos de Robbio y de Rozasco, y el 3.º de zuavos tomó acto continuo las armas, situándose á unos 500 metros sobre su derecha, por la parte en que el fuego de fusilería se había empeñado más vivamente.

Los zuavos, que habían recogido sus tiendas, depositando con ellas sus morrales, ocultaron por lo pronto su aproximación, escondiéndose en los trigos y tras una cortina de álamos; y después, saliendo de improviso de las espesuras, arremetieron al enemigo.

Nada los detiene, ni las zanjas, ni las cercas de acacias que les laceran el rostro, ni los arrozales, ni el suelo pantanoso en que se hunden hasta las rodillas, ni el canal, en cuyas aguas se sumergen hasta la cintura y á veces hasta los hombros.

De repente, desde el centro de los trigos, donde están emboscados los cazadores tiroleeses, parte un fuego de fusilería casi á boca de jarro; á la metralla que derriba las primeras filas, los zuavos contestan con gritos, y sin hacer uso de sus armas, franquean la orilla, cubierta de espeso cieno.

«Para tocar las bocas de los cañones, se dice en el Diario histórico del 3.º de zuavos, basta dar un paso; los artilleros austriacos, asombrados de tanta audacia, no tienen ni siquiera tiempo para dar fuego á sus piezas, y en vano tratan de engancharlas de nuevo, pues las terribles bayonetas de los zuavos clavan en el sitio á los que procuran defenderse. Arrollada la infantería, se dispersa en todos sentidos, y cinco cañones quedan en nuestro poder.»

Los zuavos llegan después al camino; los unos se precipitan por la derecha; los otros escalan los declives por la izquierda, y de pronto se encuentran, en un campo labrado, frente á varios batallones austriacos, á los cuales atacan á la bayoneta.

En este momento ven llegar á galope tendido á Víctor Manuel, sable en mano. El intrépido monarca, seguido de batallones sardos, dignos de semejante jefe, se precipita en lo más recio de la pelea; al general Lamármora, que está cerca de él, le hieren gravemente el caballo; el ardiente valor del rey electriza á los zuavos y todos le aclaman.

Los austriacos, perseguidos siempre, son acosados hasta el pequeño río Brida, cruzado por un estrecho puente, del cual cierran la entrada con dos piezas de artillería, mientras que las reservas se hallan agrupadas detrás de dicho puente, flanqueando los escarpados declives del río. Los zuavos se precipitan sobre la entrada de aquél y apodéranse de los dos cañones, trabándose una lucha terrible cuerpo á cuerpo. Muchos combatientes son precipitados en el río; los unos se ahogan, los otros quedan destrozados en su caída; pero algunos austriacos consiguen salvarse á nado. Se ven zuavos que, compadecidos, bajan por las

escarpadas orillas y alargan sus carabinas como pértigas para sacarlos del agua. Al mismo tiempo, el general Cialdini, que ha defendido valerosamente la ciudad de Palestro, obliga al enemigo á retirarse; también se le rechaza hasta Confienza, y al fin se repliega sobre Robbio. La victoria es completa.

Napoleón III, que ha dejado su cuartel general de Vercelli, acude al oír el



El general Cialdini

estampido del cañón de Palestro, y Víctor Manuel le da cuenta del éxito de la jornada.

Los zuavos forman en orden de batalla á los dos lados del puente, que acaba de ser teatro de tan heroica lucha, y los dos monarcas pasan entre las filas de los intrépidos soldados, que poseídos aún del ardimiento del combate, agitan sus manos ennegrecidas por la pólvora y sus ensangrentadas carabinas, á los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva el rey!»

Víctor Manuel, encontrando en el campo de batalla dos voluntarios italianos mortalmente heridos, les dirige palabras afectuosas; el uno le contesta: «Señor, siento morir en la primera batalla;» y el otro: «Señor, libertad á esta pobre Italia.»

Por la noche se da la siguiente notable proclama del rey: «Soldados: Hoy un nuevo y brillante hecho de armas se ha señalado por otra victoria. El ene-

migo nos atacó vigorosamente en la posición de Palestro, con fuerzas considerables sobre nuestra derecha, y proponíase impedir la unión de nuestras tropas con las del mariscal Canrobert. El momento era supremo á causa de ser nuestros soldados muy inferiores en número á los del enemigo; pero este último tenía frente á sí las valerosas tropas de la 4.^a división bajo las órdenes del general Cialdini y el incomparable 3.^{er} regimiento de zuavos, que combatiendo en este día con el ejército sardo, ha contribuido poderosamente á la victoria.... S. M. el emperador, al visitar el campo de batalla, ha dado sus más sentidas felicitaciones, apreciando la inmensa victoria de este día. ¡Soldados, perseverad en vuestra conducta sublime, y os aseguro que el cielo coronará vuestra obra, tan valerosamente comenzada!»

Al otro día se produjo un curioso incidente, y para referirle dejamos la palabra al barón de Bazancourt, que llamado de orden del emperador al ejército de Italia, redactó una notable historia de la campaña: «Un joven oficial de caballería sarda, encargado de escoltar los prisioneros, se presentó ante el coronel de Chabrón para recibir en depósito los que se habían hecho por el regimiento de zuavos. El coronel, admirado de oír á este oficial piamontés expresarse en francés sin el menor acento extranjero, le preguntó de qué país era. «Soy francés, contestó el subteniente de Niza-Caballería. — ¿Vuestro nombre? — De Chartres, mi coronel.» Y como al oír pronunciar este nombre el coronel mirase al joven subteniente con atención, éste añadió sencillamente: «Soy hijo del duque de Orleans» Y saludando al coronel, de quien había recibido las órdenes, se alejó.

El coronel de Chabrón, conmovido por aquel encuentro fortuito y por la sencillez de aquel joven, ya huérfano, que había sufrido tan grandes infortunios, le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido en medio de las tiendas que se elevaban á su alrededor.»

Aquel mismo día, Víctor Manuel dirigía esta carta al coronel de Chabrón: «Del cuartel general principal, Torrión, 1.^o de junio de 1859. — Señor coronel: El emperador, al poner bajo mis órdenes el 3.^{er} regimiento de zuavos, me ha dado una preciosa prueba de amistad. He pensado que no podía acoger mejor esta tropa escogida que proporcionándole inmediatamente ocasión de que alcancen nuevos laureles los que en los campos de batalla de Africa y de Crimea han hecho tan temible al enemigo el nombre de zuavos. El ímpetu irresistible con que vuestro regimiento, señor coronel, marchó ayer al ataque ha excitado toda mi admiración. Atacar al enemigo á la bayoneta y apoderarse de una batería arrojando la metralla, ha sido asunto de pocos instantes. Debéis estar orgulloso de mandar tales soldados, y ellos deben estar contentos de obedecer á un jefe como vos. Aprecio mucho el pensamiento que tuvieron vuestros zuavos de conducir á mi cuartel general los cañones tomados á los austriacos, y os ruego que les deis gracias de mi parte. Me apresuraré á enviar este hermoso trofeo á S. M. el emperador, á quien he dado á conocer ya la bravura incompara-

ble con que vuestro regimiento se batió ayer en Palestro, sosteniendo mi extrema derecha. Siempre estaré muy satisfecho de ver al 3.^{er} regimiento de zuavos combatir junto á mis tropas, y recoger nuevos laureles en los campos de batalla



El general Lamarmora

que nos esperan. Servíos, señor coronel, manifestar mis sentimientos á vuestros zuavos. — VÍCTOR MANUEL.»

La dinastía de Saboya es una raza de héroes. En 1823, durante la guerra de España, Carlos Alberto, que servía en las filas del ejército francés, excitó de tal modo el entusiasmo de los soldados por su intrepidez en el ataque del Trocadero, que para manifestarle su admiración le confirieron las charreteras de granadero. Después del combate de Palestro, su hijo Víctor Manuel fué nombrado por aclamación sargento de zuavos.

XLVI

TURBIGO

Los dos combates de Palestro habían tenido por resultado ocultar el movimiento que el ejército francés efectuaba en dirección á Novara, y por consecuencia, obligar á los austriacos á replegarse sobre el Tessino, evacuando el territorio del Piamonte. El ejército aliado los seguía en su movimiento de retirada y se dispuso á cruzar el Tessino.

El 2 de junio, el emperador mandó al general Mac-Mahón que enviase á la división Espinasse á ocupar Trecate, en el camino de Milán; y al general Camón, comandante de la división de tiradores de la guardia, que se dirigiese hacia Robbio, en la orilla izquierda del Tessino, para forzar el paso frente á Turbigio, protegiendo la operación de formar un puente de barcas que serviría al día siguiente para transportar el 2.º cuerpo á la otra orilla.

El 3 de junio, á las ocho de la mañana, este cuerpo salía de Novara en dirección á Turbigio, pueblo lombardo situado á nueve kilómetros de Buffalora, y franquear el Tessino por el puente que se había echado durante la noche.

El general Mac-Mahón precedía á su cuerpo de ejército con los oficiales de su Estado mayor para reconocer el terreno en que podría ser llamado á operar. A las tres llegó á los campamentos de los tiradores de la guardia encargados de vigilar las cercanías del puente, y después de atravesar por Turbigio se dirigió al pueblo de Robchetto, situado al Este y á dos kilómetros de Turbigio, en la orilla izquierda del Tessino. En el momento de llegar no habían divisado aún al enemigo. Dejemos la palabra á su jefe de Estado mayor, el general Lebrún. «En Robchetto, dice este jefe, reconoció la dificultad de ver bien el terreno, á causa de estar los alrededores del pueblo cubiertos de viñas y de árboles; de modo que tuvo que subir al campanario de la iglesia.» Mac Mahón, en la plataforma del campanario, había desarrollado un mapa del país y miraba el horizonte, cuando una columna austriaca, que venía al parecer de Buffalora, avanzó sobre el pueblo, del cual se hallaba ya á pocos centenares de metros.

El general Lebrún añade: «Todos se precipitaron por la escalera del campanario para bajar los peldaños de cuatro en cuatro, y los que habían quedado á la cola gritaban á los que iban delante: «¡Más de prisa, más de prisa!» Ya fuera de la iglesia, muy pronto estuvieron todos montados; y ya era tiempo, pues de haber tardado dos ó tres minutos, los austriacos habrían hecho una buena

captura, la de un comandante del cuerpo de ejército francés, de su jefe de Estado mayor, de un general de división, el general Camón, y de los oficiales que les acompañaban.»

Impedir al enemigo establecerse en Robchetto era indispensable, tanto para proteger los vivaques como para asegurar la ejecución del movimiento ulterior del segundo cuerpo sobre Buffalora y Magenta, y por lo tanto no se debía perder un minuto.

Mac-Mahón partió al galope y llegó á Turbigio, donde dió al regimiento de tiradores argelinos — único que por el pronto tenía á su disposición — la orden de marchar apresuradamente sobre Robchetto para rechazar al enemigo y ocupar el pueblo.

En el mismo instante, el emperador, que venía de visitar el gran puente de San Martino, llegaba á Turbigio, y en una de las casas que coronan la meseta, al Norte del camino, daba al general Camón la orden de dirigir inmediatamente los tiradores de la guardia hacia las desembocaduras del canal al Sud de Turbigio, á fin de sostener las tropas del general Mac-Mahón.

Los tiradores argelinos — los turcos, como los llaman — van á entrar en fuego. El general de la Motterouge pasa por el frente de sus tres batallones y les dirige algunas palabras enérgicas, que traducidas inmediatamente en árabe por el coronel Laure, los electriza. El mismo general se coloca á la cabeza del batallón del centro, y levantando su espada, da la señal de marcha. El punto de dirección es el campanario de Robchetto. Nada más impetuoso que aquel ataque á la carrera. Profiriendo con su voz aguda y gutural sus gritos de guerra, los tiradores argelinos avanzan, mientras que la música toca el himno del regimiento «Cuando los turcos marchan al combate.» En un instante rodean Robchetto; en diez minutos, el enemigo, desalojado del pueblo, emprende la retirada por el camino por donde había venido; pero al alejarse quiere servirse de su artillería, y hace una docena de disparos con metralla, los cuales no contienen el ímpetu de los turcos. El general Auger acudé entonces con cuatro cañones y contesta vigorosamente. Después, creyendo ver en los trigos una pieza de artillería austriaca que con dificultad puede seguir el movimiento de retirada, precipítase á galope y se apodera del cañón después de acuchillar á los artilleros.

Al mismo tiempo, una cabeza de columna de caballería austriaca, llegando de Castano, se presentaba por la izquierda: un batallón del 65 se dirigió al punto á su encuentro con dos piezas de artillería que la hicieron retroceder.

A las cinco había terminado el combate. Aquel mismo día el general Mac-Mahón envió el parte al emperador, y en él le decía: «El enemigo ha sufrido pérdidas considerables: ha dejado el campo de batalla sembrado de cadáveres y de gran cantidad de objetos de toda clase; entre ellos efectos de campamento, así como morrales completos que ha arrojado para huir con más presteza. Hemos recogido armas, carabinas y fusiles. Hemos hecho pocos prisioneros, lo que se explica por la naturaleza del terreno en que se ha trabado el combate...

»Todavía no puedo dar á V. M. detalles precisos sobre este encuentro que demuestra una vez más desde nuestra entrada en campaña todo cuanto V. M. puede esperar de sus valerosos soldados... Todos han cumplido dignamente con su deber; pero desde luego haré mención del general de la Motterouge que ha demostrado un arrojo irresistible; del general Auger que, con arreglo á nuestra legislación militar, se ha hecho merecedor de que se le cite en la orden general del ejército; del coronel de Laveancoupet que, luchando cuerpo á cuerpo con los tiradores austriacos, ha recibido un bayonetazo en la cabeza, y del coronel Laure, de tiradores argelinos, por el impulso inteligente con que ha llevado sus batallones al enemigo.»

Después del combate, el general Lebrún presenció en la calle que cruza el pueblo de Robchetto una escena conmovedora. Vió al padre Bragier, capellán del segundo cuerpo, arrodillado y dando los cuidados espirituales á unos heridos; entre los cuales había soldados del 45 de línea, cazadores austriacos y turcos, todos los cuales alargaban las manos hacia él y le besaban las suyas. El compasivo sacerdote prodigaba á cada uno sus consuelos, sin cuidarse de las diferencias de religión y de nacionalidad.

El combate de Robchetto, que tomó más adelante el nombre de la localidad vecina y se llamó de Turbigo, había dado gran fama al general de la Motterouge y á los dos regimientos de su división, los tiradores argelinos y el 45 de línea que tomaron parte en él. Inauguraba de un modo glorioso las operaciones que debían dar renombre al segundo cuerpo de ejército durante la campaña.

XLVII

LA BATALLA DE MAGENTA

El emperador Napoleón III había fijado la fecha del 4 de junio para tomar posesión definitiva de la orilla izquierda del Tessino. El segundo cuerpo (el del general Mac-Mahón), reforzado con la división de cazadores de la guardia y seguido de todo el ejército del rey de Cerdeña, debía marchar de Turbigo hacia Buffalora y Magenta, en tanto que la división de granaderos de la guardia se apoderaba de la cabeza de puente de San Martino en la orilla izquierda y que el tercer cuerpo (el del mariscal Canrobert) avanzaría por la derecha para cruzar el Tessino por el mismo punto. El cuarto cuerpo, mandado por el general Niel, debía también encaminarse hacia el Tessino. El primer cuerpo (el del mariscal Baraguey d' Hilliers) quedaba de reserva.

En la mañana del 4 de junio el ejército francés no preveía que aquel día había de trabar una gran batalla. El emperador, que estaba en Novara, almorzó á la hora de costumbre. Después de almorzar marchó á San Martino, donde estaban los granaderos y los zuavos de su guardia que acababan de romper el fuego.

A las diez de la mañana, el segundo cuerpo, mandado por el general Mac-Mahón y compuesto de las divisiones de los generales la Motterouge y Espinasse, á las cuales iba agregada la división de los cazadores de la guardia á las órdenes del general Camón, salió de Turbigo para marchar sobre Magenta. Las divisiones la Motterouge y Espinasse tomaron caminos diferentes. La primera topó en Casate con muchos destacamentos austriacos y los rechazó. El emperador oyó el fuego de fusilería desde el puente de San Martino y al punto ordenó á su guardia que atacara las orillas del canal grande, el *Naviglio Grande*.

La división de la guardia, que iba á hacer prodigios de valor, se componía de tres regimientos de granaderos y del de zuavos. Mandada por el general Mellinet, que tenía á sus órdenes dos generales de brigada, Wimpffen y Cler, sólo constaba de cinco mil hombres, que por espacio de muchas horas iban á aguantar el empuje de unos cuarenta mil austriacos.

Echemos ahora una ojeada sobre el teatro de aquella resistencia heroica.

El ejército que desde el Piamonte pasa á Lombardia tropieza con dos formidables obstáculos, el Tessino y el Naviglio Grande.

El Tessino es un río ancho, de caudal rápido y copioso como el de un torrente y en cuyo cauce hay á trechos islas pobladas de árboles.

»Todavía no puedo dar á V. M. detalles precisos sobre este encuentro que demuestra una vez más desde nuestra entrada en campaña todo cuanto V. M. puede esperar de sus valerosos soldados... Todos han cumplido dignamente con su deber; pero desde luego haré mención del general de la Motterouge que ha demostrado un arrojo irresistible; del general Auger que, con arreglo á nuestra legislación militar, se ha hecho merecedor de que se le cite en la orden general del ejército; del coronel de Laveancoupet que, luchando cuerpo á cuerpo con los tiradores austriacos, ha recibido un bayonetazo en la cabeza, y del coronel Laure, de tiradores argelinos, por el impulso inteligente con que ha llevado sus batallones al enemigo.»

Después del combate, el general Lebrún presencié en la calle que cruza el pueblo de Robchetto una escena conmovedora. Vió al padre Bragier, capellán del segundo cuerpo, arrodillado y dando los cuidados espirituales á unos heridos; entre los cuales había soldados del 45 de línea, cazadores austriacos y turcos, todos los cuales alargaban las manos hacia él y le besaban las suyas. El compasivo sacerdote prodigaba á cada uno sus consuelos, sin cuidarse de las diferencias de religión y de nacionalidad.

El combate de Robchetto, que tomó más adelante el nombre de la localidad vecina y se llamó de Turbigo, había dado gran fama al general de la Motterouge y á los dos regimientos de su división, los tiradores argelinos y el 45 de línea que tomaron parte en él. Inauguraba de un modo glorioso las operaciones que debían dar renombre al segundo cuerpo de ejército durante la campaña.

XLVII

LA BATALLA DE MAGENTA

El emperador Napoleón III había fijado la fecha del 4 de junio para tomar posesión definitiva de la orilla izquierda del Tessino. El segundo cuerpo (el del general Mac-Mahón), reforzado con la división de cazadores de la guardia y seguido de todo el ejército del rey de Cerdeña, debía marchar de Turbigo hacia Buffalora y Magenta, en tanto que la división de granaderos de la guardia se apoderaba de la cabeza de puente de San Martino en la orilla izquierda y que el tercer cuerpo (el del mariscal Canrobert) avanzaría por la derecha para cruzar el Tessino por el mismo punto. El cuarto cuerpo, mandado por el general Niel, debía también encaminarse hacia el Tessino. El primer cuerpo (el del mariscal Baraguey d' Hilliers) quedaba de reserva.

En la mañana del 4 de junio el ejército francés no preveía que aquel día había de trabar una gran batalla. El emperador, que estaba en Novara, almorzó á la hora de costumbre. Después de almorzar marchó á San Martino, donde estaban los granaderos y los zuavos de su guardia que acababan de romper el fuego.

A las diez de la mañana, el segundo cuerpo, mandado por el general Mac-Mahón y compuesto de las divisiones de los generales la Motterouge y Espinasse, á las cuales iba agregada la división de los cazadores de la guardia á las órdenes del general Camón, salió de Turbigo para marchar sobre Magenta. Las divisiones la Motterouge y Espinasse tomaron caminos diferentes. La primera topó en Casate con muchos destacamentos austriacos y los rechazó. El emperador oyó el fuego de fusilería desde el puente de San Martino y al punto ordenó á su guardia que atacara las orillas del canal grande, el *Naviglio Grande*.

La división de la guardia, que iba á hacer prodigios de valor, se componía de tres regimientos de granaderos y del de zuavos. Mandada por el general Mellinet, que tenía á sus órdenes dos generales de brigada, Wimpffen y Cler, sólo constaba de cinco mil hombres, que por espacio de muchas horas iban á aguantar el empuje de unos cuarenta mil austriacos.

Echemos ahora una ojeada sobre el teatro de aquella resistencia heroica.

El ejército que desde el Piamonte pasa á Lombardia tropieza con dos formidables obstáculos, el Tessino y el Naviglio Grande.

El Tessino es un río ancho, de caudal rápido y copioso como el de un torrente y en cuyo cauce hay á trechos islas pobladas de árboles.

El *Naviglio Grande* es un canal muy profundo, de unos diez y seis metros de anchura, que situado á dos ó tres kilómetros del Tessino, tiene sus orillas cubiertas de acacias. Unos altos taludes le protegen.

En la orilla derecha del Tessino está la aldea de San Martino, que sólo tiene unas cuantas casas. Allí está el puente que se ha de atravesar para ir á Buffalora.

Buffalora es un pueblo de 1.600 habitantes, situado junto al *Naviglio Grande*, á 27 kilómetros de Milán. Un puente une las dos partes del pueblo. A la derecha hay dos aldeas, ó por mejor decir, dos caseríos, designado el uno con el nombre de Ponte Nuovo di Magenta, y el otro con el de Ponte Vecchio di Magenta, con dos puentes sobre el *Naviglio Grande*. Estos tres puentes, la estación del ferrocarril, las casas y las colinas están ocupados por los austriacos, que tienen más de cien mil hombres para defender tan formidables posiciones. Su general en jefe, el general Giuly, confiaba en cortar el ejército francés desde el puente de San Martino, aislando así las tropas que habían pasado el Tessino, y obligar al segundo cuerpo y al ejército del rey á replegarse precipitadamente sobre Turbigo, para ponerse en comunicación con el resto del ejército. Este era el plan que frustró la intrepidez de las tropas francesas.

El general Regnaud de Saint-Jean d'Angely, comandante en jefe de la guardia, cumple las órdenes del emperador. Lanza la brigada de Wimpffen sobre Buffalora; la brigada Cler sigue el movimiento, y ambas se apoderan rápidamente de Buffalora y de las alturas que hay á uno y otro lado del *Naviglio Grande*. Pero entonces se encuentran delante de masas considerables que no pueden desbaratar y que paralizan su avance. El general Cler, uno de los militares del ejército francés, halla una muerte gloriosa al dirigir una carga de los zuavos de la guardia. Al general Mellinet le matan dos caballos y el general Wimpffen resulta herido en la cara al mandar el ataque de la derecha.

A pesar de los sublimes esfuerzos de la admirable división de la guardia, debía acabar por quedar derrotada si no le llegan refuerzos. La jornada no se presenta bien para el ejército francés. Los obstáculos que ofrece un terreno cortado por canales de riego, cubierto de morales, de álamos y sauces estorban la marcha de los cuerpos tercero y cuarto. Sus columnas, obligadas á alargarse indefinidamente en las calzadas porque el estado pantanoso del terreno hace impracticables los campos colindantes, avanzan con dificultad. El ejército de Víctor Manuel sufre un retraso al cruzar el Tessino, y sólo una de sus divisiones ha podido seguir á bastante distancia al cuerpo del general Mac Mahón.

El emperador, que continúa en el puente de San Martino, siente una angustia indecible. Ya no se oyen en lontananza los cañonazos del segundo cuerpo, ¿Habría sido rechazado el general Mac-Mahón, y la división de la guardia tendrá que sostener por sí sola todo el esfuerzo del enemigo?

El coronel Raoult, jefe de Estado mayor de la guardia imperial, corre á decir al emperador de parte del general Regnaud de Saint-Jean d'Angely que la

masa de enemigos crece por momentos y que si no se le envían refuerzos no podrá resistir más. «No puedo enviarle nadie, contesta el emperador; decidle que se sostenga con la poca gente que le queda.»

«Para el buen éxito de la jornada, dijo el comandante en jefe de la guardia en el parte que luego dió al emperador, importaba conservar la salida del puente sobre el *Naviglio*, á fin de que los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert pudieran arremeter al enemigo tan pronto como llegasen. V. M. mandó defender el puesto con energía mientras se aguardaba la llegada de refuerzos que estaban próximos. Cumpliéronse exactamente las órdenes de V. M.: los zuavos, los granaderos del 3.º así como los del 1.º que habían acudido á sostenerlos, resistieron todos los ataques en los puestos que se les había confiado.» ¡Cuánto heroísmo en este sencillo y sobrio lenguaje!

¿Qué era del general Mac-Mahón y por qué seguía callado el cañón del segundo cuerpo? El general Lebrún, jefe de Estado mayor, que había subido al campanario de la iglesia del pueblo de Cuggione, reconoció que entre Buffalora y Magenta había movimientos considerables de tropas austriacas. Bajó en seguida y dijo al general Mac-Mahón: «En este momento se prepara una gran batalla. Si no queremos vernos expuestos á ser arrojados al Tessino por tropas muy considerables en número á las que podemos oponerles, debemos apresurarnos á concentrar las dos divisiones de vuestro cuerpo de ejército y la de cazadores de la guardia.» El general Mac-Mahón replica: «Yo mismo voy á buscar la división del general Espinasse.» Y parte como una flecha, seguido solamente de algunos jinetes. Atraviesa á galope tendido viñedos, campos y zanjas, exponiéndose á ser cogido por los enemigos, de los cuales se libra gracias á la velocidad de su caballo y llega adonde estaba el general Espinasse. «Apresuraos,» le dijo, y la división echó á correr por el camino de Buffalora á Cuggione, donde se reunió con las de la Motterouge y Camón. Habíase efectuado la concentración y las tres divisiones marchaban sobre Magenta.

«El segundo cuerpo de ejército, ha dicho el general Lebrún, al avanzar resueltamente, pero solo, hacia Magenta, se iba á ver expuesto á los mayores peligros. A las cuatro de la tarde, la división de los granaderos de la guardia imperial, cerca de la cual estaba el emperador, aún no había podido, á pesar de sus ataques tan gloriosos y reiterados, forzar el paso del *Naviglio Grande* ni ante el túnel del ferrocarril ni ante Ponte Nuovo di Magenta. Las fuerzas austriacas que defendían los puntos de paso del canal eran demasiado numerosas y estaban sólidamente situadas para que su resistencia pudiera durar mucho tiempo.»

Mientras el general Mac-Mahón marchaba sobre Magenta, sin más fuerzas que sus cuatro divisiones, habían llegado por fin algunas tropas en socorro de la división de la guardia, la cual acababa de ver aparecer por el talud del ferrocarril los uniformes oscuros de los cazadores y los pantalones encarnados de la infantería de línea. Era una de las brigadas del tercer cuerpo, la de Picard, que acudía con el mariscal Canrobert. Lo mismo que los granaderos y los zu-

vos, hizo prodigios de valor. La aldea de Ponte di Magenta, perdida y recobrada tres veces, tenía que ser aún defendida contra un nuevo ataque de los austriacos. El general Picard, el coronel Bellecourt, del 85, y muchos oficiales, dando a las tropas ejemplo de tenacidad y arrojo, se apoderaron nuevamente de ella. El mariscal Canrobert dijo en su informe al emperador: «El enemigo comprendía la importancia de aquel punto que, si hubiera quedado en su poder, le conducía sobre el flanco mismo de nuestra línea de comunicación con el puente del Tessino. Esta circunstancia explica su tenacidad en los ataques sucesivos y el irresistible empuje de los nuestros en las acometidas ofensivas para recobrar la posición.»

El mariscal añade: «La brigada Jannin, á cuyo frente iba el general Renault, había podido por fin avanzar rápidamente hacia la línea austriaca apoyándose en Ponte di Magenta, en la parte de la aldea situada en la orilla izquierda del canal Naviglio Grande. Tomada y recobrada muchas veces, esta parte de la aldea, aislada por el puente del Naviglio, que el enemigo había volado, queda en poder del general Renault, que se establece en ella definitivamente.»

Volvamos ahora al general Mac-Mahón. A eso de las cuatro sus tropas se han puesto en marcha, teniendo por punto de mira la torre de la iglesia de Magenta. Durante esta marcha el 3.º de zuavos se apodera de una bandera austriaca, lo que valdrá á este regimiento ver pocos días después su propia bandera condecorada con la cruz de la Legión de Honor. El momento es solemne: va á decidirse la suerte de la batalla. El general Lebrún dice entonces á Mac-Mahón: «Los árboles y las viñas impiden que nuestros batallones se vean unos á otros; pero si oyen redoblar los tambores y resonar los clarines á su derecha y á su izquierda, comprenderán que están muy próximos, y entonces no tendrán ningún recelo y seguirán avanzando con la mayor confianza.» Mac-Mahón sigue el consejo de su jefe de Estado mayor. Redoblan los tambores y los clarines dan al aire sus belicosos toques. Cuando las tres divisiones la Motterouge, Espinasse y Camón están á trescientos ó cuatrocientos metros de Magenta, no forman ya más que una masa compacta capaz de desafiar las fuerzas austriacas, que ocupan la estación del ferrocarril, las cercanías y el interior del pueblo.

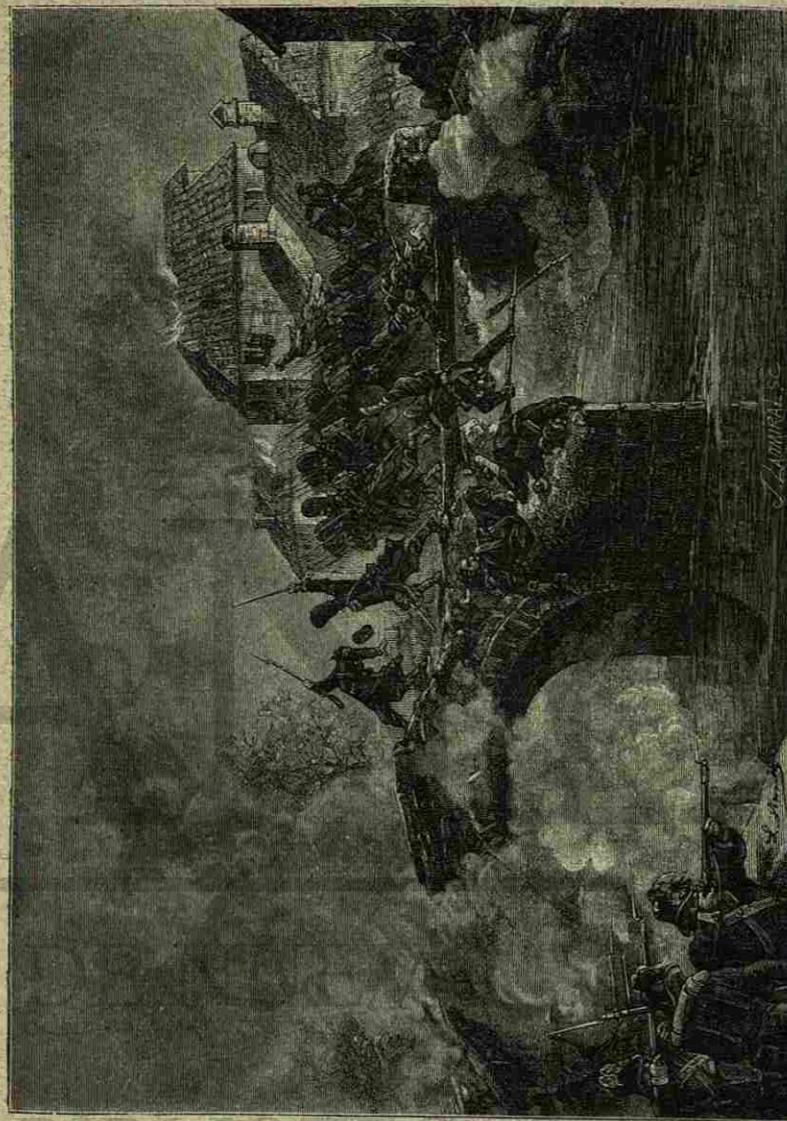
Por la izquierda, la división Espinasse se lanza á la calle que está á la entrada de Magenta y que se llama de Marcallo.

Por la derecha, la división la Motterouge ataca la entrada principal por la que la carretera de Buffalora á Magenta penetra en el pueblo.

Por el centro, la división Camón ataca las inmediaciones de la estación.

Todas las casas situadas en las entradas de Magenta y la estación están ocupadas por fuerzas austriacas que resisten con valor á los acometedores.

El intrépido general Espinasse, procurando forzar la entrada de la calle de Marcallo, quiere dar ejemplo á sus tropas, se pone al frente del 2.º de zuavos y se bate como un simple soldado. Su caballo tropieza, pisoteando cadáveres entre charcos de sangre. «No es posible sostenerse en este suelo tan movedizo,»



LOS GRANADEROS DE LA GUARDIA EN EL PUENTE DE MAGENTA

dice el general, y echa pie á tierra, así como su edecán, el teniente de Froidefond, y su portaestandarte, el conde Horacio de Choiseul. Apenas se ha apeado del caballo, M. de Froidefond cae herido mortalmente.

El fuego más terrible parte de una gran casa de muchos pisos que forma el ángulo izquierdo de la calle. La casa está ocupada por trescientos tirolese que disparan con prodigiosa puntería. «¡Hay que apoderarse de esa casa á toda costa!», grita el general Espinasse. ¡Ea, mis zuavos, á derribar la puerta!» Los zuavos se lanzan ofreciéndose como blanco á los tirolese, que hacen fuego á quemarropa. La puerta que los zuavos quieren destrozarse resiste á sus esfuerzos. Entonces el general golpea con el puño de su espada la persiana de una ventana del piso bajo, y exclama: «¡Adelante, entrad por aquí!» Pero en el mismo instante parte un tiro de la misma ventana á la que se había adosado y le deja muerto en el sitio.

Los zuavos, rugiendo como leones, saltan sobre la ventana y la hacen pedazos, apoderándose por fin de la casa. El general Castagny reemplaza á Espinasse, y bajo una lluvia de fuego arrastra los zuavos hasta la plaza. La brigada Castagny (2.º zuavos, 1.º y 2.º regimientos extranjeros) se reúne allí con la brigada Gault (11.º batallón de cazadores, 71 y 72 de línea), que ha atacado por el lado opuesto ó sea por el camino de Buffalora á Milán.

Mientras las dos brigadas de la división Espinasse han penetrado de este modo en Magenta, la división de la Motterouge se ha apoderado con no menos vigor de la parte del pueblo que tiene enfrente. Llegado por un camino hondo enfilado por dos piezas de artillería enemiga, el 65 de línea, mandado por el coronel Drouhot, desemboca delante de la estación del ferrocarril. Un fuego de los más vivos, que sale de las casas aspilleradas y ocupadas por millares de tiradores austriacos, no detiene su impetuosa marcha. En pocos momentos se apodera de la estación y de las dos piezas de artillería puestas allí para defenderla. No contento con este primer triunfo, el coronel Drouhot, seguido de su bandera que ondea en las primeras filas, penetra en el pueblo. Recruedece el fuego y el bravo coronel cae herido de muerte. La bandera queda acribillada de balas y de metralla y el asta rota en cuatro pedazos.

En este momento llegan dos cañones franceses, y el 65 de línea, protegido por ellos, puede por fin penetrar en las calles que tiene delante.

El 75 de línea, lanzado sobre la derecha de Magenta después de atravesar el ferrocarril, tropieza con obstáculos formidables. Un gran número de batallones austriacos está parapetado en la iglesia, en las casas vecinas y detrás de paredes gruesas y aspilleradas. Dos batallones del regimiento *Rey de los belgas* ocupan en el centro el cementerio, desde el que rechazan por el flanco los ataques de los franceses. Los soldados pelean cuerpo á cuerpo en los patios, dentro de las casas, y después de una lucha encarnizada que dura hasta la noche, caen en poder de nuestras tropas la casa rectoral la iglesia y el cementerio.

El 45 de línea y los tiradores argelinos llegados al borde de la profunda

zanja que corre á lo largo del ferrocarril, se han reunido con el 52, salvado el obstáculo, y mezclándose con el 65 y el 70, han contribuido gloriosamente á la toma de la estación, de la iglesia y de las casas vecinas. La división de cazadores de la guardia ha auxiliado también poderosamente á dichos regimientos.

Son las ocho de la noche. Algunos destacamentos austriacos, parapetados en las casas, se defienden aún encarnizadamente; pero en breve se ven obligados á soltar las armas. Millares de prisioneros y muchas piezas de artillería son los trofeos del segundo cuerpo.

En el otro extremo del campo de batalla, en Ponte Vecchio, el triunfo no ha sido menos decisivo. El general Vinoy, á la cabeza del 86 de línea, se ha apoderado de dicho pueblo, situado en la orilla izquierda del Naviglio Grande.

La artillería del general Auger, situada á lo largo de la vía férrea, diezma las columnas austriacas que, sin poder reunirse, van en presurosa retirada hacia Castellano y Corbetto.

La victoria es completa. El enemigo, cuya pérdida se calcula en veinte mil hombres muertos ó heridos, ha dejado en poder de los vencedores cuatro cañones, dos banderas y siete mil prisioneros. Las pérdidas del ejército francés ascendieron á unos 4.500 hombres.

XLVIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE MAGENTA

Napoleón III había permanecido al alcance de su guardia durante toda la batalla, activando la marcha de los refuerzos y dirigiéndolos conforme iban llegando á los puntos más amenazados. No supo hasta muy entrada la noche la toma de Magenta y la victoria definitiva de su ejército, y entonces estableció su cuartel general en San Martino, reducido grupo de casas que apenas merece el nombre de aldea. Se alojó en una miserable posada, donde después de hablar largamente con el mariscal Canrobert de los incidentes de la batalla, se tendió vestido en una mala cama para descansar un rato. Pero pronto se levantó. Los oficiales de su cuarto militar, que se habían echado al aire libre, unos sobre haces de heno y otros sobre sacos de maíz, le vieron á la luz de la única vela que ardía en su cuarto paseándose por él meditabundo, ó sentándose á una mesilla de pino para leer los partes que le iban llegando y enviar á la emperatriz regente el boletín de la victoria.

El vencedor de Magenta — así puede calificársele, puesto que él mandaba en jefe — triunfaba con modestia, como filósofo más bien que como guerrero. Hasta entonces no conocía de la guerra más que los relatos épicos; ahora veía de cerca sus horrores, y su alma sensible, compasiva, padecía por ello. Por una parte, tenía por justa y civilizadora la causa que le había hecho empuñar las armas; mas por otra, no podía menos de reconocer que él era en gran parte responsable de los torrentes de sangre derramada. Esta idea le perturbaba como amigo del pueblo, como soberano humanitario, y al otro día del triunfo conservaba su rostro la impresión de su melancolía habitual, aumentada por el recuerdo amargo de las perplejidades y de las angustias de la batalla. Sabía además que la guerra sólo estaba en sus comienzos y las hecatombes presentes le hacían pensar en las hecatombes próximas. Pensaba en todos aquellos cuya muerte le acababan de anunciar al mismo tiempo que la victoria; en el general Espinasse, su ayudante de campo, su confidente, su amigo, su ministro del Interior y de Seguridad general cuando el atentado Orsini; en el general Cler, de quien decía el mariscal Canrobert: «En Cler hay de todo, ingenio, audacia, actividad, cuerpo de hierro, alma infatigable, natural, ciencia y genio de la profesión;» en dos oficiales superiores, el coronel de Senneville, jefe del Estado mayor de Canrobert, y el teniente coronel de la Bonninière de Beaumont, subjefe de Es-

tado mayor de Mac-Mahón; en los coroneles Drouhot del 65 de línea, Charlier del 90, Chabrière del 2.º extranjero, los tres muertos gloriosamente al frente de sus tropas. Pensaba en tantos oficiales de porvenir, segados en la flor de la juventud. Y quizás pensaba todavía más, él, que amaba á los pobres y á los humildes, en los simples soldados que no teniendo en su mayoría ninguna probabilidad de ascenso, sacrifican heroicamente su vida, sin más recompensa que la satisfacción de haber cumplido con su deber. En ciertos momentos se le ocurría una duda cruel, y el pensador coronado se preguntaba á sí mismo si la guerra, considerada por José de Maistre como una cosa divina, no es en realidad una cosa infernal.

En San Martino las ambulancias estaban cerca del cuartel general del emperador, y una casa grande que había junto á la posada en que se alojaba servía de depósito de prisioneros. El 5 de junio, cuando empezó á amanecer, las tropas habían cesado de desfilar por el puente: no se veían más que parihuelas y carretas transportando los heridos.

Por la mañana Napoleón recibió la visita de Víctor Manuel, muy apesadumbrado porque su ejército hubiese llegado tarde. En seguida reconoció las orillas del Tessino para vigilar personalmente el establecimiento de puentes de barcas. El comandante en jefe de la guardia imperial tenía su cuartel general en la orilla izquierda del río. Tan luego como el emperador le vió, acudió presuroso á su encuentro, y estrechándole la mano con efusión, le dijo: «General, la guardia imperial y vos merecisteis ayer bien de la Francia.»

El 6 de junio Napoleón trasladó su cuartel general de San Martino á Magenta. A las siete de la mañana montó á caballo, y seguido de su Estado mayor recorrió todo el campo de batalla. Oigamos á un testigo ocular, el marqués de Massa, que se expresa así: «Era fácil ver en la cara de Napoleón III la impresión dolorosa que le causaba una victoria comprada tan caramente. Había tanta abnegación en aquellas almas escogidas, que he oído á algunos heridos, á los cuales demostraba su interés, procurando tranquilizarle diciéndole: «Esto no será nada. Ya curaremos para volver á la carga.»

»Hubo un momento en que los camilleros tuvieron que hacerse á un lado para dejar paso á un carro en el que había tendidos dos cadáveres. El emperador se acercó y al punto se descubrió con señales de profunda tristeza. Acababa de ver el cuerpo del general Espinasse junto con el de su edecán, el subteniente Froidefond. Al contemplar el rostro inanimado del valiente general al que se había propuesto nombrar más adelante mariscal de Francia, del servidor adicto que le había prestado tantos servicios en París el día del golpe de Estado, en Africa, en Crimea, en Italia en los campos de batalla, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: «¡Pobre Espinasse!»

Cuando llegaba al canal del Naviglio Grande, en cuyas orillas su guardia había hecho prodigios de valor, el monarca vió al general Mac-Mahón que acudía á su encuentro, y le recibió del modo más lisonjero. Le felicitó calurosamen-

te por la toma de Magenta, que había decidido del éxito final de la jornada, y le llevó a su lado durante todo el camino. Cuando ambos, andando juntos, entraron en la población que había sido la antevíspera teatro de tan sangrientos combates, Napoleón III dijo a Mac-Mahón: «Os nombro mariscal de Francia y duque de Magenta.» El nuevo mariscal, muy conmovido, se confundió en acciones de gracias.

El general Fleury y los demás ayudantes de campo del emperador sentían mucho que éste no hubiera hecho nada por el comandante en jefe de su guardia, el general Regnaud de Saint-Jean d'Angely. Dejemos la palabra al general Fleury: «Cuando estuvimos instalados en Magenta, S. M., algo indispuerto y cansado, nos envió a decir que no comería con nosotros. Hacía un rato que estábamos sentados, y todos permanecíamos silenciosos, pensando cada cual lo que no se atrevía a decir en alta voz. Convencido en esta circunstancia, como en tantas otras, de que yo debía tomar la iniciativa y decir la verdad a mi soberano, me levanté de la mesa sin decir una palabra y subí al cuarto del emperador. — Perdoneme V. M. si vengo a perturbar su reposo, pero creo cumplir un deber sometiendo a vuestra consideración las reflexiones que me sugieren las dos distinciones que acaba de conceder al general Mac-Mahón. Señor, no es él quien ha ganado la batalla: el vencedor de Magenta habéis sido vos, puesto que vos mandabais. La guardia imperial, vuestra guardia, ha sido la que con su indomable energía ha decidido de la suerte del ejército.... No recompensar al jefe de la guardia equivaldría a hacer creer a Europa que la guardia imperial ni siquiera ha asistido a la batalla.

Cuando el general Fleury cesó de hablar, el emperador le contestó: «Tenéis razón: no había considerado el asunto bajo ese aspecto. Id a decir al general Regnaud de Saint-Jean d'Angely que le nombró mariscal de Francia. Al mismo tiempo anunciad al general Wimpffen que le asciendo a general de división.»

A los pocos momentos, el general Fleury decía a un caballerizo del emperador, yerno del nuevo mariscal: «Davillier, acompañadme a dar una buena noticia a vuestro suegro.» Y ambos partieron a galope.

Napoleón no había hecho aprecio de su propia victoria para atribuir a Mac-Mahón el mérito principal.

XLIX

LA ENTRADA EN MILÁN

Cuando la atmósfera está despejada se pueden ver desde Magenta los campanarios y las flechas de la catedral de Milán, del Duomo, masa de mármol blanco como la nieve de las montañas. Mientras duró la batalla del 4 de junio, toda la población milanesa había oído con ansiedad el cañoneo. Sabía que en aquel momento se jugaba la suerte de Italia, por lo cual su emoción estaba llena de angustias. Al hacerse de noche aún no sabía el resultado, y la muchedumbre, llenando calles y plazas, aguardaba noticias con febril impaciencia. Ya muy tarde se presentó un hombre a caballo en la Porta Vercellina y dirigió a los grupos estas solas palabras: «Los austriacos han sido derrotados.» Quizás fuera una falsa noticia, a la que se vacilaba en dar crédito.

Pero al rayar la aurora del día siguiente ya no cupo duda. Los austriacos, acampados en la plaza del Castillo, levantaban sus tiendas y hacían sus preparativos de marcha, y durante el día se alejaron. Al punto ondearon banderas italianas y francesas en los balcones, y el vecindario entero preparó una acogida entusiasta a sus libertadores.

En la noche del 6 de junio el mariscal Mac-Mahón recibió la siguiente orden: «El segundo cuerpo tendrá el honor de entrar en Milán mañana a la cabeza del ejército francés. El emperador se pondrá en persona al frente de este cuerpo de ejército.» Para cumplir esta orden, las tropas del segundo cuerpo dejaron su campamento de San Pietro l'Olmo y emprendieron la marcha a Milán. Se pusieron en camino el 7 de junio muy temprano, y entre nueve y diez de la mañana estaban reunidas delante de Milán, con su cabeza de columna apoyada en el arco de triunfo erigido a la entrada de la capital del reino de Italia en honor de Napoleón I y a la gloria de sus ejércitos.

Oigamos al general Lebrún, jefe de Estado mayor del segundo cuerpo: «El monumento es grandioso; las esculturas que lo adornan son magníficas. Después del arco de triunfo de la Estrella en París, edificio que resplandece con todas las glorias del primer Imperio, no hay en el mundo un arco de triunfo más imponente que el de Milán.

»Al llegar al pie del monumento, el mariscal Mac-Mahón se apeó del caballo y se tendió en el suelo para descansar y aguardar al emperador. Con dificultad se podría formar una idea de las ovaciones que los pueblos le hicieron a su

paso desde San Pietro l'Olmo hasta Milán. Cuando los milaneses le vieron tendido y contemplando su glorioso arco de triunfo, sucediéronse sin interrupción los vivas.»

Entretanto el mariscal mandó á su jefe de Estado mayor, el general Lebrún, que entrase en la ciudad para escoger los sitios en que sus tropas debían vivaquear aquella noche. Cuando el general pasaba por la mayor calle de la ciudad, una compacta muchedumbre que aguardaba con impaciencia al emperador le tomó por Napoleón III, y desde los balcones se le echó una lluvia de flores. «He visto mujeres del pueblo, dice, y también distinguidas señoras que estaban en la calle; corrían hacia mí, y exponiéndose á que mi caballo las atropellara, me cogían las manos para estrechármelas, llegando algunas hasta besarme las botas.»

A eso de las once de la mañana, el emperador envió á decir al mariscal Mac-Mahón que, no habiendo llegado aún Víctor Manuel, no quería entrar hasta el día siguiente para llevar al rey á su lado.

8 de junio. — La guardia imperial, que acampaba en Cava Piobetta, á cuatro kilómetros de Milán, recibe orden de marchar á la capital lombarda y aguardar al emperador delante de la puerta exterior llamada *porta Vercellina*.

Crefáse que los dos monarcas no llegarían hasta las once; pero llegaron tres horas antes.

«La guardia imperial, á las órdenes del mariscal Regnaud de Saint-Jean d'Angely, dice el marqués de Massa, está formada en masa en la gran plaza de armas. Desde todos los balcones se asestan anteojos á los granaderos, cuyos altos gorros de pelo, largos capotes, y blancos corrajes cruzados sobre el pecho recuerdan á sus predecesores del primer Imperio, cuyas tradiciones acaban de hacer revivir. Los nuevos guardias se han portado en Magenta como los antiguos en Friedland. Ante ellos se destaca la figura de su general de división Mellinet, á quien le mataron dos caballos en lo más recio de la pelea. Un cálido rayo de sol, que ilumina su rostro varonil, pone de relieve su pómulo saliente bajo el cual una cavidad profunda marca la huella de la bala que le atravesó la mejilla en el sitio de Sebastopol. A su izquierda se apoya la división de cazadores del general Camón, y enfrente de esta infantería se despliega nuestra brigada, guías, y cazadores.»

Acércase la comitiva. A la cabeza, el destacamento de los cien guardias; después Napoleón III llevando á la izquierda á Víctor Manuel; detrás de ellos y á alguna distancia sus estados mayores; cerrando la marcha una escolta mixta, compuesta de un escuadrón de guías y otro de caballería ligera de Novara; delante de estos últimos el duque de Chartres, ayudante del general Lamármora.

La comitiva llega enfrente del arco de triunfo de Milán, que ordinariamente está rodeado de grandes cadenas de hierro, unidas entre sí por altos mojones de piedra. Jamás había pasado nadie por debajo del arco, pues el ayuntamiento lo tenía prohibido desde la erección del monumento; pero aquella vez las auto-

ridades hicieron una excepción de la regla y se quitaron las cadenas de hierro para que el emperador y el rey pasaran por debajo del arco.

Los dos soberanos atraviesan la ciudad en medio del entusiasmo universal. Napoleón se encamina á la quinta Bonaparte que debe servirle de morada, y desde allí publica la proclama siguiente:

«¡Italianos! La suerte de la guerra me trae hoy á la capital de Lombardía. Voy á deciros por qué me encuentro en ella.

»Cuando Austria atacó injustamente al Piamonte, resolví apoyar á mi aliado el rey de Cerdeña; el honor y los intereses de Francia me imponían este deber. Vuestros enemigos, que son los míos, han intentado disminuir la simpatía universal que había en Europa por vuestra causa, dando á entender que yo no hacía la guerra sino por ambición personal.

»Si hay hombres que no comprenden la época en que viven, yo no soy de ese número. Dado el estado de ilustración de la opinión pública, hoy se es más grande por la influencia moral que se ejerce que por conquistas estériles, y esa influencia moral es la que busco con orgullo contribuyendo á devolver su libertad á uno de los países más hermosos de Europa. Vuestra acogida me ha probado ya que me habéis comprendido.

»No vengo aquí con la idea preconcebida de derribar soberanos ni de imponeros mi voluntad; mi ejército no se ocupará más que de dos cosas: de combatir á vuestros enemigos y de mantener el orden interior; no opondrá ningún obstáculo á la libre manifestación de vuestras legítimas aspiraciones.

»A veces la Providencia favorece á los pueblos lo mismo que á los individuos, dándoles ocasión de engrandecerse de pronto; pero con la condición de que sepan aprovecharse de este engrandecimiento. Aprovechaos, pues, de la fortuna que se os presenta. Vuestro deseo de independenciamiento, tanto tiempo frustrado, se realizará si os mostráis dignos de ella.

»Uníos, pues, con un solo objeto: la emancipación de vuestro país. Organizaos militarmente. Alistaos bajo las banderas del rey Víctor Manuel, que tan noblemente os ha enseñado el camino del honor. Recordad que sin disciplina no hay ejército, y animados por el fuego sagrado de la patria, no seáis más que soldados para ser mañana ciudadanos libres de un gran país.

»Cuartel general imperial de Milán, 8 de junio de 1859.

»NAPOLEÓN»

En medio de su triunfo el emperador tenía ciertas inquietudes. Acababa de saber que en Melegnano, á quince kilómetros de Milán, los austríacos se fortificaban y que quizás se propusieran tomar de nuevo la ofensiva contra Milán. En consecuencia dió á los cuerpos 1.º y 2.º orden de que se dirigieran á toda prisa á Melegnano. Apenas llegado á la quinta Bonaparte, montó á caballo y partió para cerciorarse de que el mariscal Mac-Mahón y sus tropas se habían puesto en marcha. Llegó sin ser conocido á los baluartes exteriores, porque los

transeuntes no podían sospechar que aquel jinete sin escolta era el emperador; pero á su regreso, la muchedumbre supo que era él y le tributó una ovación indescriptible.

Aquel mismo día el emperador dirigió á sus soldados la proclama siguiente: «Soldados: Hace un mes, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba aún la paz, cuando de pronto la invasión del Piamonte por las tropas austriacas nos obligó á tomar las armas. No estábamos preparados; faltaban hombres, caballos, material, abastecimientos, y para socorrer á nuestros aliados debíamos desembocar á toda prisa y por pequeñas fracciones al otro lado de los Alpes, ante un enemigo formidable preparado de larga fecha. El peligro era grande; la energía de la nación y vuestro valor han suplido á todo. Francia ha vuelto á hacer gala de sus antiguas virtudes, y unida con un mismo objeto y con un solo sentimiento, ha demostrado el poder de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Solamente diez días hace que han empezado las operaciones y el territorio piamontés está ya libre de invasores. El ejército aliado ha dado cuatro combates afortunados y alcanzado una victoria decisiva que le ha abierto las puertas de la capital de Lombardía. Habéis puesto fuera de combate treinta y cinco mil hombres, cogido diez y siete cañones, dos banderas y ocho mil prisioneros, pero no ha terminado todo; aún nos quedan luchas que sostener, obstáculos que vencer. ¡Cuento con vosotros, bravos soldados del ejército de Italia! ¡Desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!»

En el mismo momento en que se publicaba esta alocución, las tropas del mariscal Baraguey d'Hilliers unidas á las del mariscal Mac-Mahón luchaban en Melegnano.

L

MELEGNANO

El mariscal Baraguey d'Hilliers sentía en extremo que el primer cuerpo de ejército del que era jefe no hubiera tenido el honor de tomar parte en la batalla de Magenta; pero se indemnizó trabando el 8 de junio el combate de Melegnano.

Melegnano (Marignán) es un pueblo de tres mil habitantes situado á quince kilómetros al SE. de Milán. Allí alcanzó Francisco I una victoria memorable sobre los suizos, conocida con el nombre de batalla de Gigantes.

Cuando Napoleón III supo que los austriacos se retiraban hacia Lodi, pero que ocupaban aún á Melegnano, tomó la resolución de desalojarlos de allí, y encargó esta operación á los cuerpos primero y segundo, debiendo dirigirla el mariscal Baraguey d'Hilliers teniendo á sus órdenes al mariscal Mac-Mahón.

El primer cuerpo, que estaba acampado en San Pietro l'Olmo, se puso en marcha el 8 de junio muy temprano para Melegnano, situado á veintiocho kilómetros de aquella localidad.

La primera división iba mandada por el general Forey, la segunda por el general Ladmirault y la tercera por el general Bazaine: la una emprendió la marcha á las cuatro de la mañana, la otra á las cinco y la última á las seis.

Las tres se encaminaron primeramente hacia Milán, ciudad que atravesaron á toda prisa en medio de una multitud entusiasta que les arrojaba flores y coronas. Salieron de la ciudad por la *porta Romana* y se dirigieron á Melegnano. Cada cual tomó diferente camino para llegar aquí. La tercera división, la de Bazaine, avanzó por el camino real, calzada de veinte metros de anchura, la cual tiene á uno y otro lado zanjas llenas de agua de ocho á diez metros de ancho y sobre las cuales hay de trecho en trecho puentecillos con sus pretilos para pasar al campo.

A derecha é izquierda el terreno está cortado por gran número de zanjas y canales de riego, cubriendo su superficie praderas, campos de trigo, setos espesos y gran cantidad de árboles.

La división Bazaine, á la cual estaba reservado el honor de ser la primera en atacar las posiciones de Melegnano, se adelantó mucho á las otras dos que se tenían que detener á menudo por causa de las zanjas ó retrasarse por los rodeos de los caminos laterales. Llegó á San Giuliano á las cinco de la tarde, y

transeuntes no podían sospechar que aquel jinete sin escolta era el emperador; pero á su regreso, la muchedumbre supo que era él y le tributó una ovación indescriptible.

Aquel mismo día el emperador dirigió á sus soldados la proclama siguiente: «Soldados: Hace un mes, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba aún la paz, cuando de pronto la invasión del Piamonte por las tropas austriacas nos obligó á tomar las armas. No estábamos preparados; faltaban hombres, caballos, material, abastecimientos, y para socorrer á nuestros aliados debíamos desembocar á toda prisa y por pequeñas fracciones al otro lado de los Alpes, ante un enemigo formidable preparado de larga fecha. El peligro era grande; la energía de la nación y vuestro valor han suplido á todo. Francia ha vuelto á hacer gala de sus antiguas virtudes, y unida con un mismo objeto y con un solo sentimiento, ha demostrado el poder de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Solamente diez días hace que han empezado las operaciones y el territorio piamontés está ya libre de invasores. El ejército aliado ha dado cuatro combates afortunados y alcanzado una victoria decisiva que le ha abierto las puertas de la capital de Lombardía. Habéis puesto fuera de combate treinta y cinco mil hombres, cogido diez y siete cañones, dos banderas y ocho mil prisioneros, pero no ha terminado todo; aún nos quedan luchas que sostener, obstáculos que vencer. ¡Cuento con vosotros, bravos soldados del ejército de Italia! ¡Desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!»

En el mismo momento en que se publicaba esta alocución, las tropas del mariscal Baraguey d'Hilliers unidas á las del mariscal Mac-Mahón luchaban en Melegnano.

L

MELEGNANO

El mariscal Baraguey d'Hilliers sentía en extremo que el primer cuerpo de ejército del que era jefe no hubiera tenido el honor de tomar parte en la batalla de Magenta; pero se indemnizó trabando el 8 de junio el combate de Melegnano.

Melegnano (Marignán) es un pueblo de tres mil habitantes situado á quince kilómetros al SE. de Milán. Allí alcanzó Francisco I una victoria memorable sobre los suizos, conocida con el nombre de batalla de Gigantes.

Quando Napoleón III supo que los austriacos se retiraban hacia Lodi, pero que ocupaban aún á Melegnano, tomó la resolución de desalojarlos de allí, y encargó esta operación á los cuerpos primero y segundo, debiendo dirigirla el mariscal Baraguey d'Hilliers teniendo á sus órdenes al mariscal Mac-Mahón.

El primer cuerpo, que estaba acampado en San Pietro l'Olmo, se puso en marcha el 8 de junio muy temprano para Melegnano, situado á veintiocho kilómetros de aquella localidad.

La primera división iba mandada por el general Forey, la segunda por el general Ladmirault y la tercera por el general Bazaine: la una emprendió la marcha á las cuatro de la mañana, la otra á las cinco y la última á las seis.

Las tres se encaminaron primeramente hacia Milán, ciudad que atravesaron á toda prisa en medio de una multitud entusiasta que les arrojaba flores y coronas. Salieron de la ciudad por la *porta Romana* y se dirigieron á Melegnano. Cada cual tomó diferente camino para llegar aquí. La tercera división, la de Bazaine, avanzó por el camino real, calzada de veinte metros de anchura, la cual tiene á uno y otro lado zanjas llenas de agua de ocho á diez metros de ancho y sobre las cuales hay de trecho en trecho puentecillos con sus pretilos para pasar al campo.

A derecha é izquierda el terreno está cortado por gran número de zanjas y canales de riego, cubriendo su superficie praderas, campos de trigo, setos espesos y gran cantidad de árboles.

La división Bazaine, á la cual estaba reservado el honor de ser la primera en atacar las posiciones de Melegnano, se adelantó mucho á las otras dos que se tenían que detener á menudo por causa de las zanjas ó retrasarse por los rodeos de los caminos laterales. Llegó á San Giuliano á las cinco de la tarde, y

á las cinco y tres cuartos estaba á la vista de Melegnano, á un kilómetro de distancia.

La prudencia habría aconsejado aguardar á las divisiones Forey y Ladmiraault y combinar un movimiento con las tropas del segundo cuerpo que á alguna distancia de allí se aprestaba á maniobrar sobre la retaguardia del enemigo; pero el mariscal Baraguey d'Hilliers tenía impaciencia por hacer hablar á la pólvora.

Son cerca de las seis de la tarde y la división Bazaine lleva doce horas de marcha. El mariscal la da orden de comenzar el ataque. Al punto una compañía de zuavos, que va de vanguardia, se despliega en guerrillas á los dos lados del camino.

Los austriacos no tienen para defender el pueblo más que las brigadas Roden y Boer, pero ocupan excelentes posiciones; su artillería enfila el camino por el cual llegan los franceses. Restos de antiguas fortificaciones, vallas, huertos y granjas les ofrecen abrigos seguros. La mayor parte de las casas que dan á las calles principales están convertidas en barricadas y provistas de defensores. El 1.º de zuavos, seguido del 33 y del 34 de línea, arrojando la metralla, ataca con ímpetu extraordinario. En vano han guarnecido los austriacos con una nube de tiradores las primeras casas de la ciudad, el corte de la carretera y el cementerio; en vano oponen denodada resistencia en las calles, en el castillo, detrás de los vallados y de las cercas de las huertas; no pueden contener el empuje del intrépido general Bazaine y de su admirable división.

El general Goze, que manda la primera brigada, y el coronel Paulze d'Ivoy, jefe del 1.º de zuavos, preceden y lanzan sus columnas de asalto. Todos los oficiales, con la espada desnuda, marchan al frente de sus soldados.

Los austriacos han concentrado sus esfuerzos en el antiguo castillo, pues las tropas francesas podrían interceptar por allí su movimiento de retirada sobre Lodi y Pavía. En los muros han abierto aspilleras, desde las cuales disparan una lluvia de balas.

El 1.º de zuavos desemboca en la plaza del viejo castillo. Un fuego graneado de fusilería que parte de las ventanas no detiene su ardor: mientras unos se lanzan al castillo, arrojan á los austriacos y se instalan en él, otros, arrastrados por el coronel Paulze d'Ivoy, franquean la puerta que conduce al arrabal de Carpiano. En este momento, el arrojado coronel, que no ha cesado de animar á sus zuavos con el ademán, la voz y el ejemplo, y al que acaban de matarle el caballo, cae herido mortalmente de un balazo en la cabeza cerca de la iglesia que ocupa una esquina de la encrucijada. Los zuavos le vengán apoderándose de las primeras casas del arrabal, y siendo muy pocos en número para arrojar al enemigo más lejos, se emboscan allí aguardando refuerzos.

Al mismo tiempo el 33 de línea rechaza al enemigo. En una de las vueltas ofensivas de los austriacos, su bandera, un momento en peligro, pero heroicamente defendida, resulta con el asta rota.

Una deshecha tormenta, que se acercaba hacía tiempo, estalla por fin en el lugar del combate y lo inunda de lluvia torrencial. El fragor del trueno se mezcla con el de la batalla: el viento brama con furor.

El mariscal Baraguey d'Hilliers está en el centro de la acción en la plaza de la iglesia. La segunda división, que se había reunido en el puente de Lambro con las tropas de la tercera y se había tenido que detener á causa de la profundidad del agua y de la escarpada altura de los ribazos, ha logrado proseguir y contribuye poderosamente al resultado final.

La primera división, la del general Forey, no ha podido tomar parte en el combate. Formando una columna con su primera brigada, el general había hecho avanzar á Riozzo al 74 de línea, el 84 y el 17 de cazadores; pero las zanjas llenas de agua, los cortes del terreno y la tormenta los habían retrasado y no pasaron del camino de Landriano. Como marchaban desde las cuatro de la mañana, el general Forey les mandó hacer un alto. Al poco tiempo recibió del mariscal Baraguey d'Hilliers la orden de entrar en Melegnano, adonde su división llegó á las diez y media de la noche.

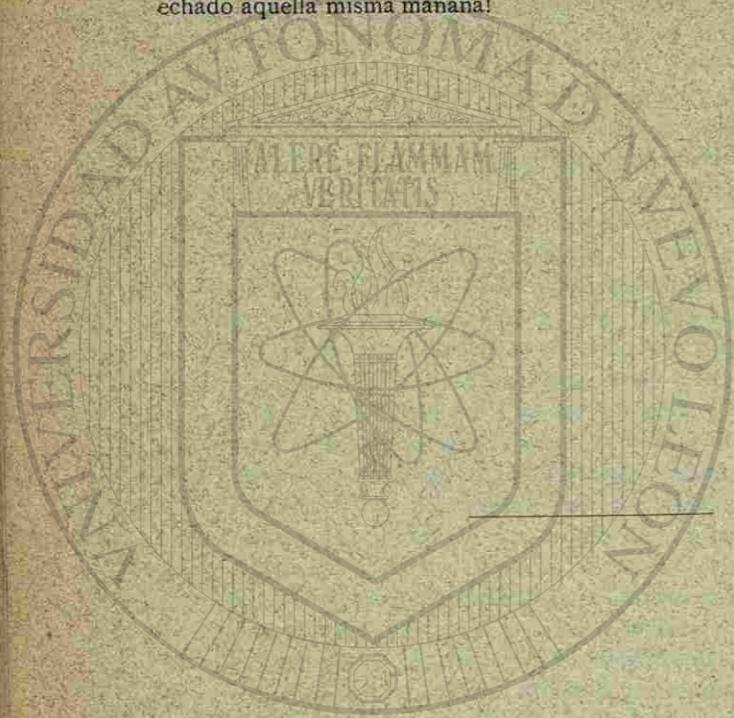
En cuanto al segundo cuerpo, al del mariscal Mac-Mahón, después de separarse de la carretera, se había dirigido, conforme estaba convenido entre los dos mariscales, sobre la extrema derecha y la retaguardia del enemigo. La segunda división, mandada por el general Decaen, había llegado á Mediglia á las cuatro de la tarde, seguida á larga distancia por la primera, la del general la Motterouge, retrasada por haber tenido que vadear el Lambro y por los malos caminos.

La división Decaen estaba acampada en Balbiano, cuando el estampido del cañón la hizo emprender y apresurar su marcha. Seis batallones, sacados por el mariscal Mac-Mahón de las dos brigadas, se pusieron al punto sobre las armas, dejando sus morrales, y avanzaron seguidos de la artillería. Aquella columna, al llegar al camino de Mulazzano, hizo un cambio de frente á la derecha y echó á andar en línea formada por los batallones en masa atravesando praderas de acceso difícil. Emplazáronse entonces las dos baterías de la división, y á pesar de hacerse de noche y de la lluvia que caía, pudieron disparar algunos cañonazos á las columnas austriacas que se batían en retirada por el camino de Lodi.

En resumen, los vencedores de Melegnano eran el mariscal Baraguey d'Hilliers y los generales Ladmiraault y Bazaine. Pocos combates ha habido tan sangrientos como aquél. El mariscal decía en su parte al emperador: «Las pérdidas del enemigo son considerables; las calles y las tierras inmediatas á la población estaban sembradas de cadáveres suyos; mil doscientos austriacos heridos han sido llevados á nuestras ambulancias, y hemos hecho de ochocientos á novecientos prisioneros y cogido un cañón. Nuestras pérdidas ascienden á novecientos cuarenta y tres hombres muertos ó heridos; pero como en todos los encuentros anteriores, los oficiales han caído en mayor proporción; los generales Bazaine y Goze están contusos; el coronel del 1.º de zuavos ha sido muerto; el co-

ronel y el teniente coronel del 33 han quedado heridos; en total 13 oficiales muertos y 56 heridos.»

¡Ah! Entre los que habían caído para no levantarse más, ¡cuántos llevaban aún en el ojal ó en el kepis las flores que las mujeres milanesas les habían echado aquella misma mañana!



LI

ANTES DE SOLFERINO

Las ideas de triunfo y las de muerte se confundían en la imaginación de Napoleón III. El 9 de junio, á las nueve de la mañana, fué á ver al mariscal Baraguey d'Hilliers á Melegnano y contempló con dolor los restos de la carnicería de la víspera. Dos horas después estaba de regreso en Milán para asistir al *Te Deum* cantado en la catedral.

Son las once, y todas las campanas de la ciudad se echan á vuelo; los tambores redoblan y resuenan las trompetas. Desde la quinta Bonaparte, alojamiento del emperador, hasta la catedral, la guardia imperial está tendida en doble fila en la carrera. De las paredes y balcones de las casas cuelgan antiguos tapices, colgaduras de seda y terciopelo, flecos de oro mezclados con los largos pliegues de las banderas.

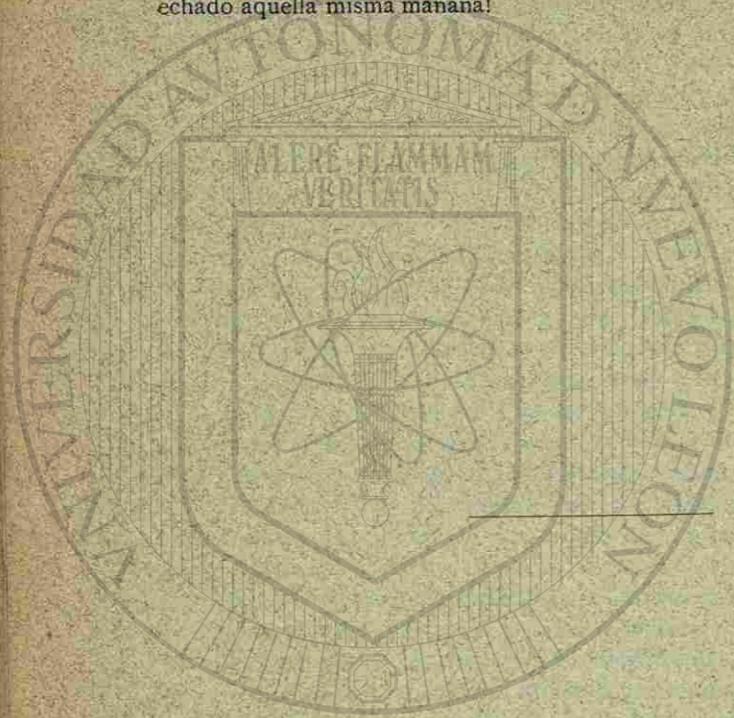
La comitiva imperial y real se pone en marcha, yendo á la cabeza los cien guardias. Napoleón III y Víctor Manuel aparecen á caballo en el extremo del Corso, seguidos de su Estado mayor. Sobre ambos monarcas cae una lluvia de flores. Milán ha devastado sus jardines; una alfombra olorosa cubre el empedrado de la ciudad lombarda. En todas las ventanas, en todos los balcones se ven ramas verdes, coronas y flores deshojadas en canastillos que tienen en sus manos las jóvenes milanesas como para las procesiones del Corpus. Llega un momento en que los caballos del emperador y del rey, que son blanco de los proyectiles floridos, se encabritan; y los monarcas hacen á las bellas milanesas seña de que moderen sus arrebatos de alegría y de entusiasmo.

La comitiva llega delante de la catedral de mármol blanco que se destaca majestuosamente sobre el fondo azul oscuro del cielo italiano, con la inagotable riqueza de su ornamentación escultórica, la multitud de sus escaleras y terrazas, y su atrevida pirámide central alrededor de la cual se escalona un prodigioso bosque de torrecillas, agujas y un sinnúmero de estatuas.

El obispo coadjutor, cubierto con la mitra blanca y acompañado del clero, recibe á los soberanos á la puerta del edificio. Se ha tenido el buen gusto de no adornar con colgaduras las paredes de aquella magnífica iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma. No se debe cubrir con alfombras el pavimento de mosaico, con colgaduras las cinco naves, sus bóvedas ojivales, sus columnas y sus festones de mármol.

ronel y el teniente coronel del 33 han quedado heridos; en total 13 oficiales muertos y 56 heridos.»

¡Ah! Entre los que habían caído para no levantarse más, ¡cuántos llevaban aún en el ojal ó en el kepis las flores que las mujeres milanesas les habían echado aquella misma mañana!



LI

ANTES DE SOLFERINO

Las ideas de triunfo y las de muerte se confundían en la imaginación de Napoleón III. El 9 de junio, á las nueve de la mañana, fué á ver al mariscal Baraguey d'Hilliers á Melegnano y contempló con dolor los restos de la carnicería de la víspera. Dos horas después estaba de regreso en Milán para asistir al *Te Deum* cantado en la catedral.

Son las once, y todas las campanas de la ciudad se echan á vuelo; los tambores redoblan y resuenan las trompetas. Desde la quinta Bonaparte, alojamiento del emperador, hasta la catedral, la guardia imperial está tendida en doble fila en la carrera. De las paredes y balcones de las casas cuelgan antiguos tapices, colgaduras de seda y terciopelo, flecos de oro mezclados con los largos pliegues de las banderas.

La comitiva imperial y real se pone en marcha, yendo á la cabeza los cien guardias. Napoleón III y Víctor Manuel aparecen á caballo en el extremo del Corso, seguidos de su Estado mayor. Sobre ambos monarcas cae una lluvia de flores. Milán ha devastado sus jardines; una alfombra olorosa cubre el empedrado de la ciudad lombarda. En todas las ventanas, en todos los balcones se ven ramas verdes, coronas y flores deshojadas en canastillos que tienen en sus manos las jóvenes milanesas como para las procesiones del Corpus. Llega un momento en que los caballos del emperador y del rey, que son blanco de los proyectiles floridos, se encabritan; y los monarcas hacen á las bellas milanesas seña de que moderen sus arrebatos de alegría y de entusiasmo.

La comitiva llega delante de la catedral de mármol blanco que se destaca majestuosamente sobre el fondo azul oscuro del cielo italiano, con la inagotable riqueza de su ornamentación escultórica, la multitud de sus escaleras y terrazas, y su atrevida pirámide central alrededor de la cual se escalona un prodigioso bosque de torrecillas, agujas y un sinnúmero de estatuas.

El obispo coadjutor, cubierto con la mitra blanca y acompañado del clero, recibe á los soberanos á la puerta del edificio. Se ha tenido el buen gusto de no adornar con colgaduras las paredes de aquella magnífica iglesia, la mayor del mundo después de San Pedro de Roma. No se debe cubrir con alfombras el pavimento de mosaico, con colgaduras las cinco naves, sus bóvedas ojivales, sus columnas y sus festones de mármol.

Los ancianos milaneses recuerdan la ceremonia celebrada en este mismo santuario cincuenta y cuatro años antes. El 26 de mayo de 1805 Napoleón I fué consagrado en él con tanta pompa como lo había sido seis meses antes en Nuestra Señora de París. Después que el cardenal Caprara hubo bendecido la corona de hierro en la forma usada en lo antiguo para coronar á los emperadores germánicos como reyes de Italia, el grande hombre, poniéndosela él mismo en la cabeza, como se había puesto la de emperador de los franceses, pronunció con gran energía estas palabras sacramentales: *Dio me l'a data, guai à chi la toccherà*. «Dios me la ha dado: ¡ay del que la toque!» Tales son los recuerdos que evocan los ancianos milaneses cuando ven entrar en el Duomo al heredero del vencedor de Austerlitz.

La ciudad estuvo de fiesta todo el día y toda la noche.

Mientras en Milán los oficiales y soldados se divertían, en Melegnano hacían reflexiones dolorosas sobre la matanza de la víspera, que tal vez resultara inútil. Después de un combate tan sangriento, precedido de una marcha tan larga, ni siquiera se había podido descansar. «Las tropas del segundo cuerpo de ejército, ha escrito el general Lebrún, pasaron horriblemente la noche del 8 al 9 de junio. No había cesado de llover en toda la tarde, y nuestros pobres soldados, calados hasta los huesos, vivaqueaban en praderas inundadas, no pudiendo acostarse ni encender hogueras, ni descansar un momento. Recuerdo que en el estrecho camino en que estábamos el mariscal Mac-Mahón y yo, el mariscal tomó el partido, cual nuevo Turena, de dormir sobre la cureña de un cañón. El suelo del camino tenía una capa de barro de cuatro á cinco centímetros de espesor. Por mi parte, después de envolverme en la capa de hule, me tendí sobre el barro, con la mitad de las piernas fuera de la calzada, colgando sobre el pequeño canal que corría junto á ella.»

No se podía menos de juzgar que Baraguey d'Hilliers había procedido con alguna ligereza al apresurarse á atacar. El general Fleury escribía el 10 de junio desde Milán: «Si el mariscal hubiera aplazado el ataque hasta el día siguiente, habría operado en combinación con las columnas del mariscal Mac-Mahón y del general Niel, y obtenido un resultado no menos seguro, sin perder tantos hombres. Es indudable que los austriacos, al verse amenazados por sus dos alas, se habrían retirado prontamente. Ayer estuvimos en Melegnano, y el ejército del mariscal, aunque orgulloso de su triunfo, me pareció algo descorazonado. El emperador ha recomendado que no se hagan más esos alardes de fuerza inútiles. Los zuavos han tenido treinta y ocho oficiales fuera de combate. Ahora debo confesar, desde el punto de vista estratégico, que se ha conseguido el resultado, aunque sobrado violentamente. Los austriacos han evacuado á Lodi.»

El día 9 de junio, en el mismo momento en que los cánticos religiosos resonaban en Milán bajo las bóvedas del Duomo y se entonaba el *Te Deum*, el camino de Melegnano á la capital presentaba un espectáculo bien triste. Las más ricas familias milanesas habían enviado sus carruajes en busca de los heridos

del combate de la víspera para trasladarlos á sus palacios transformados en ambulancias. Aquellos coches volvían muy despacio; sobre sus almohadones iban tendidos oficiales y soldados cuyos uniformes manchados de sangre estaban aún adornados de flores.

Por la noche, Napoleón III y Víctor Manuel, aclamados con frenesí por una muchedumbre ebria de júbilo y de entusiasmo, asistían á una función de gala en el teatro de la Scala.

El ejército aliado pasó los días 9 y 10 de junio en las posiciones que ocupaba el 8; el 1.º, 2.º y 3.º cuerpos en Melegnano y sus cercanías; la guardia imperial, el tercer cuerpo y el ejército del rey en Milán. Las tropas necesitaban descanso, y el emperador había tenido tiempo de preparar los medios materiales indispensables para allanar los obstáculos que el ejército iba á encontrar en su camino. Debía cruzar sucesivamente los afluentes de la orilla izquierda del Po que bajan de los Alpes: el Adda, el Serio, el Oglio, el Mella, el Chiese, antes de llegar á las riberas del Mincio, y estaba seguro de que el enemigo, al retirarse, volaría los puentes y haría todos los esfuerzos posibles para detener la marcha de los aliados.

Napoleón partió de Milán para Melegnano en la mañana del 10 de junio. Supo que los austriacos habían evacuado á Lodi y otras posiciones importantes. El 9, la duquesa de Parma, cediendo á la fuerza de las circunstancias, había tenido que marcharse del ducado donde ejercía la regencia en nombre de su hijo. El 10 quedaba abandonado Piacenza, y los austriacos, volando los fuertes y los blockhaus, destrozaban las obras que habían acumulado delante de esta plaza rodeada de baluartes, y clavaban los cañones que no podían llevarse en barcazas ó á remolque de los vapores. El 11 quemaban el puente de Adda y evacuaban á Pizzighettone. Aquel mismo día, el ejército aliado se ponía en movimiento para perseguirlos.

La guardia imperial, recobrando su papel de reserva, no sale de Milán hasta el día siguiente para trasladarse á Gorgonzola, donde el emperador estableció su cuartel general.

Los cuerpos de ejército marchaban á cosa de legua y media de distancia entre sí.

La invasión de los caminos, el polvo, el calor, las corrientes que había que atravesar hacían la marcha penosa y difícil. No era empresa llana hacer avanzar enfrente del enemigo seis cuerpos de ejército — los 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, la guardia imperial y las cuatro divisiones del ejército sardo, — concentrados en un espacio restringido y prontos á reunirse en masa á la primera señal.

Del 12 al 14 de junio, los aliados cruzaron el Adda, los sardos por Vaprio, los franceses por Cassano, y allí, como en el Sessia y en el Tessino, los pontoneros, bajo la hábil dirección del general Lebœuf, adquirieron nuevos títulos al agradecimiento del ejército.

El 18, las tropas aliadas se acantonaron alrededor de Brescia. El empera-

dor y la guardia ocuparon la ciudad que, famosa por su patriotismo y su valor, hizo al monarca libertador una acogida entusiasta. Todas las calles estaban engalanadas y caía una lluvia de flores.

Los días 19 y 20 se dedicaron al descanso. Los combatientes de Magenta y de Melegnano recibieron las recompensas que habían merecido.

Al mediodía del 19, el 2.º de zuavos estaba sobre las armas. El mariscal Mac-Mahón, seguido de su Estado mayor, mandó formar el cuadro. «Soldados del 2.º de zuavos, dijo: Queriendo conservar el emperador las prácticas del primer Imperio, ha decretado que se condecorarían con la cruz de la Legión de Honor las águilas del regimiento que se apoderase de una bandera enemiga. ¡Zuavos! Todos merecéis una recompensa, porque todos os habéis portado como valientes. Vuestros padres que os contemplan están orgullosos de vosotros. La bandera de vuestro regimiento es la primera del ejército de Italia que obtendrá ese honor. Me considero dichoso porque se le otorgue al segundo cuerpo de ejército mandado por mí, y me enorgullezco porque la hayáis merecido vosotros, soldados del 2.º de zuavos, cuya fama no se ha desmentido en Crimea, ni en África, ni en Magenta.»

Acercándose en seguida á la bandera, el mariscal la saludó y añadió: «Águila del 2.º regimiento de zuavos; enorgulécete de tus soldados; en nombre del emperador, y en virtud de las facultades que me están conferidas, te doy la cruz de la Legión de Honor.» Luego ató al águila la cinta encarnada de la que pendía la cruz, y resonaron los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva el mariscal!»

Aquel mismo día se reunió en Brescia con el ejército una división de caballería de la guardia mandada por el general Morris, que, habiendo pasado por el camino de la Cornisa, se quedó rezagada.

El 21 el ejército aliado emprendió de nuevo su marcha. Aquende el Chiese, á dos kilómetros de Montechiaro, se extiende una vasta llanura desnuda, á propósito para campo de batalla, donde los austriacos podrían desplegar fácilmente su soberbia caballería. Este recelo no se realizó. Los austriacos, continuando su retirada, repasaron el Chiese, que los aliados pudieron atravesar sin disparar un tiro.

Acercábase el momento decisivo. Se iba á llegar á los límites de la Lombardia y á encontrarse enfrente del célebre cuadrilátero que, formado por las cuatro plazas fuertes de Peschiera, Mantua, Legnago y Verona, está ceñido por un lado por un río importante, el Mincio, y por otro por los Estados de la Confederación germánica. Era una formidable base de operaciones para los austriacos.

El emperador Francisco José, llegado el 30 de mayo á Verona, acompañado del barón de Hess, su jefe de Estado mayor general, había tomado el mando de su ejército reorganizado. Haciendo evacuar por sus tropas Piacenza, Pizzighettone, Pavía, Cremona, Ancona, Bolonia y Ferrara, había resuelto concentrar todas sus fuerzas en el Mincio, formando con ellas dos ejércitos, ambos bajo

sus órdenes y mandado el uno por el conde Wimpffer y el otro por el conde Schlik. Al conde Guilay se le había relevado en el mando. El emperador Francisco José estableció su cuartel general en Villafranca. El total de sus tropas componía un efectivo real de ciento sesenta mil hombres, cifra casi igual á la del ejército franco-sardo. El monarca austriaco pensó primero en tomar la ofensiva al otro lado del Mincio y del Chiese, pero renunció á ello por no querer arriesgar una batalla teniendo el Mincio á su espalda, aun con el gran número de puentes que tenía á su disposición. Los recuerdos de 1848 le decidían á seguir el ejemplo del feld-mariscal Radetzky, y acababa de ordenar á sus tropas que se replegaran detrás del Mincio para esperar al enemigo en el centro del cuadrilátero y tomar desde allí la ofensiva, como en otro tiempo lo hiciera el célebre guerrero austriaco.

Mientras tanto el ejército franco-sardo continuaba su marcha, maravillándose de no encontrar enemigos en su camino y pensando cuáles podrían ser los proyectos del emperador Francisco José. Aquella marcha de avance ocasionaba grandes fatigas y tropezaba con no pocas dificultades.

Oigamos al general Fleury:

«Hace mucho calor. La tropa comienza á quedar reducida. Las marchas, cortas para un Estado mayor, son muy largas para los cuerpos de ejército que siguen forzosamente casi siempre el mismo camino para rebasar á la derecha ó la izquierda; de aquí acumulaciones casi imposibles de evitar, cansancios innecesarios, retrasos de dos ó tres horas para unos pobres hombres cargados como acémilas y que apenas han comido.... La cuestión de víveres es casi la primera; es decir, que el gran arte de alimentar permite reunir en un día dado más gente que el enemigo y alcanzar por consiguiente un triunfo.... Creo que la guerra acabará por desaparecer de nuestras costumbres. Todos se aprovechan de ella: unos para ascender, otros para adquirir gloria; pero se deplora á los muertos, y se lloran los soldados sacrificados por una causa que la mayor parte del ejército no puede apreciar.»

La carta que el general escribió á su mujer el 23 de junio, víspera de la batalla de Solferino, está llena de melancolía y de tristeza: «Hace dos días que estamos en Montechiaro, muy mal instalados. He pasado una noche terrible. A la una de la madrugada dormía profundamente cuando ha entrado Conneau en mi cuarto, con el rostro desencajado, y me ha dicho con tono sepulcral: «¡El general Cotte ha muerto!» Precisamente acababa de separarme de él antes de acostarme, así era que no podía dar crédito á mis oídos. El criado que acompañaba á Conneau me dijo que un momento antes le había entregado unos despachos, y después de leer dos ó tres, Cotte dijo: «No veo,» y en seguida cayó muerto. Cuando dí esta noticia al emperador, al despertarse, quedó como herido de un rayo. Para un soldado es una muerte lamentable, cuando el cañón habría podido proporcionarle al menos una muerte gloriosa.»

Aquel día Napoleón fué en coche á Lonato á ver á Víctor Manuel, y visitó

á Desenzano, junto al lago de Garda. Dejemos otra vez la palabra al general Fleury: «No puede darse espectáculo más hermoso que el que ofrecen estas montañas y esa agua azul y tranquila que parece decirnos: — ¿Por qué esa saña? ¿Por qué todas esas muertes? Venid tranquilamente á gozar de mis amenos paisajes y de mi frescura.»

El general agrega á esta reflexión filosófica: «Me parece que tantas dificultades materiales han cansado ya al emperador y le han hecho pensarlo mejor por lo que hace á mandar un gran ejército. Creo que la vista de los heridos y de los muertos ha sido para él muy penosa, al reflexionar que tantos valientes se habían hecho matar por un pueblo que no nos quiere y por una causa cuyo porvenir está tan lleno de duda y de impenetrabilidad. Creo en fin que la guerra que había soñado con toda su gloria ha llegado á parecerle de éxito tan dudoso que sabe muy bien que el mismo hilo telegráfico que transmitió la noticia de la victoria de Magenta pudo muy bien anunciar la más espantosa derrota. El emperador no ha dejado de reflexionar en todo esto, sin haber reconocido que su puesta en este juego es demasiado grande para el resultado que persigue, y sin estar moralmente dispuesto á limitar su ganancia en la partida que juega en el tapete verde de la Lombardía.»

Aquel mismo día 23 se supo que los austriacos se habían retirado decididamente al otro lado del Mincio, abandonando las alturas que se extienden desde Lonato hasta Volta. Entonces Napoleón III resolvió llevar allí su ejército el día 24. No se creía sin embargo que la gran batalla se trabase aquel día y se suponía que el emperador de Austria esperaba al ejército franco-sardo en el centro del cuadrilátero. Se ignoraba que Francisco José acababa de cambiar de plan por tercera vez y de decidirse á salir al encuentro de sus enemigos ó bien á guardar una actitud puramente defensiva. Ciertos motivos estratégicos y consideraciones políticas habían causado la brusca modificación que el monarca austriaco introducía en sus resoluciones.

Garibaldi y el general Cialdini, con más de veinte mil hombres, amenazaban desembocar por el valle del alto Adigio y, suscitando disturbios en el Tirol, podían molestar á los austriacos por su flanco izquierdo.

En Desenzano estaba en construcción una escuadrilla de lanchas cañoneras francesas destinada á contribuir al asedio de Peschiera y en breve debía ser botada al agua en el lago de Garda.

El quinto cuerpo del ejército francés, el del príncipe Napoleón, reforzado con una división toscana, avanzaba sobre el flanco izquierdo de los austriacos.

En fin, la escuadra francesa del Adriático se aprestaba á desembarcar un cuerpo de tropas en las lagunas de Venecia.

El emperador Francisco José había temido que el cuadrilátero, á pesar de su fuerza, no pudiera resistir á un ataque dirigido por cuatro lados, el de Garibaldi y Cialdini por el Norte, el del gran ejército franco-sardo por el Oeste, el del príncipe Napoleón por el Sur y el de la escuadra francesa por el Este.

Por otra parte, había recibido en su cuartel general una nota prusiana fechada el 14 de junio, de la cual había deducido que le era preciso alcanzar una victoria para decidir á la Prusia y al conjunto de la Confederación germánica á pronunciarse en su favor. Pensaba además que en caso de un revés, siempre tendría tiempo de repasar el Mincio y parapetarse detrás del fuerte valladar del Adigio, en el campo de Verona. El 24 de junio designó tropas para ocupar las posiciones de Lonato y Castiglione, donde sólo creía encontrar reducidos destacamentos franceses.

El 23 por la tarde los cuarteles generales austriacos estaban situados, el del primer ejército en Lonato, el del segundo en Volta y el imperial en Valeggio.

Napoleón había ordenado á sus tropas y á las del rey que se pusieran en marcha de tres á cuatro de la madrugada del 24. Los ejércitos marchaban á encontrarse sin saberlo, y este encuentro dió por resultado la batalla de Solferino.

LA BATALLA DE SOLFERINO

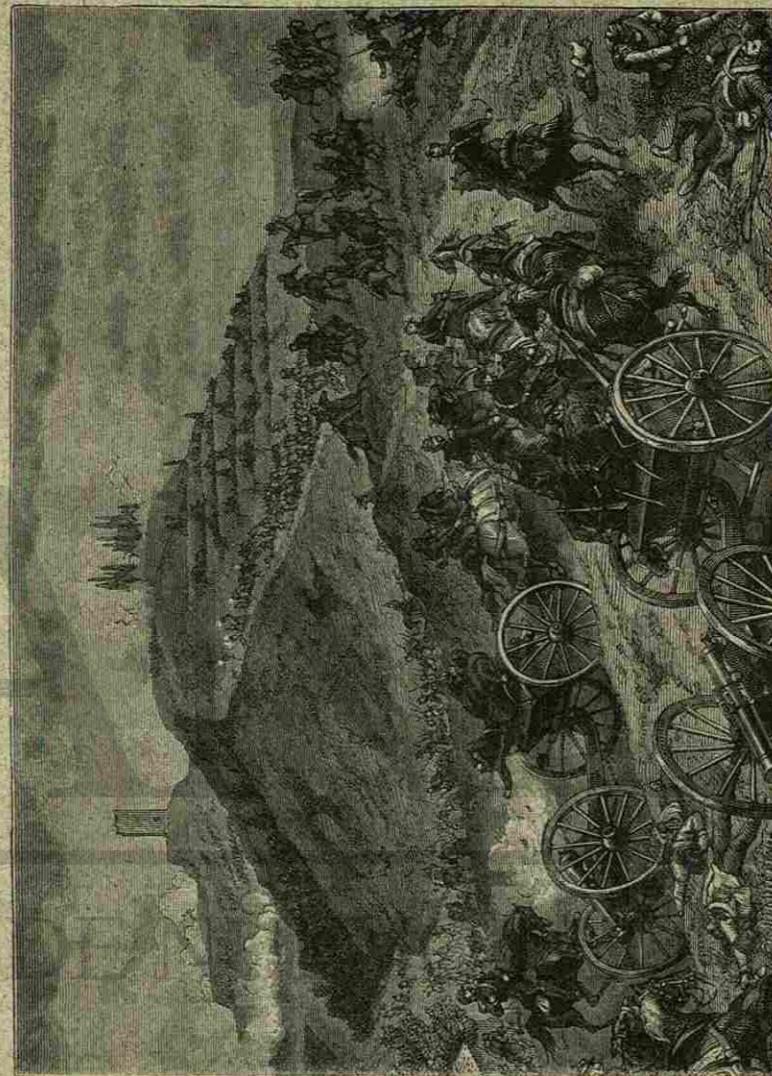
El ejército aliado levanta el campo de dos á tres de la mañana y emprende la marcha en cuatro columnas para llegar á las posiciones que debe ocupar durante el día. Sus exploradores tropezarán en breve con las avanzadas enemigas en todo el frente de la línea de marcha.

El emperador ha pernoctado en Montechiaro. Se proponía partir de allí á las siete de la mañana; pero sale más tarde. A eso de las cinco y media, en el mismo momento en que todo su cuarto militar está reunido en la pequeña iglesia del pueblo para asistir á las exequias de su ayudante de campo el general Cotte, llegan á rienda suelta dos oficiales de Estado mayor, enviados, uno por el mariscal Baraguey d'Hilliers y otro por el mariscal Mac-Mahón, los cuales anuncian á Napoleón III que el enemigo despliega fuertes columnas en las alturas de Solferino y de Cavriana; que el primer cuerpo (Baraguey d'Hilliers) y el segundo (Mac-Mahón) tiene enfrente, en la llanura, masas considerables que les disputan el terreno, y que el cuarto cuerpo (Niel) y el tercero (Canrobert) están aún á larga distancia, pero que se oye su cañoneo por la parte de Medoli y de Castello Goffredo.

Al punto da orden Napoleón á la infantería de la guardia de acelerar su movimiento sobre Castiglione, y á la caballería de la guardia de marchar al trote al campo de batalla para desplegarse en la llanura entre los cuerpos segundo y cuarto. En seguida sube á una silla de posta con los generales Martimprey, Montebello y Fleury: su cuarto militar y su escolta le siguen á galope. Llegado á las siete y media á Castiglione, pueblo situado en una eminencia, sube á la torre de la iglesia, desde donde abarca de una ojeada el horizonte. «Es una batalla general,» dice, y en seguida, á todo galope, va á dar personalmente sus órdenes al mariscal Baraguey d'Hilliers y al duque de Magenta.

El primer cuerpo, mandado por el mariscal Baraguey d'Hilliers con sus tres divisiones de infantería (1.^a, general Forey; 2.^a, general Ladmirault, y 3.^a, general Bazaine), queda encargado de atacar á Solferino.

Solferino es una aldea de Lombardía, situada á orilla derecha del Mincio, cerca de Peschiera al Norte y de Mantua al Sur, á cuatro kilómetros de Castiglione. A partir de este último pueblo, hay un eslabón considerable de colinas con muchos caseríos en sus laderas, después forma una ligera depresión y



UN EPISODIO DE LA BATALLA DE SOLFERINO

luego se alza otra vez en dos cerros. Uno de estos se llama el cerro de los Cipreses, y en la cumbre del otro descuella un cementerio, una iglesia y un vetusto castillo. Entre ambos, y en un altozano, surge la célebre torre llamada la *Spia d' Italia*.

Las divisiones Forey y Ladmirault avanzan paralelamente sobre Solferino, la primera por la derecha para atacar el monte Fenile, y la segunda por la izquierda para arrojar al enemigo de las primeras colinas de su posición.

La ocupación del monte Fenile por el 84 de línea permite que se emplace en él una batería y que se proteja el movimiento de la brigada del general Dieu, que baja por la ladera opuesta del monte Fenile y se encamina en dirección de Solferino, arrojando de cresta en cresta á las tropas enemigas, cuyo número aumenta sin cesar. Esta brigada toma posición ante fuerzas superiores, y dirige el fuego de su artillería sobre el cerro de los Cipreses y el de la *Spia d' Italia*. Durante el cañoneo el general Dieu recibe una herida que será mortal, y entrega el mando de su brigada al coronel Cambriels, del 84.

A la izquierda, el general Ladmirault consigue poner en batería sus cuatro piezas de artillería, cuyo fuego facilita el ataque combinado de los generales Félix Douay y Negrier.

El general Ladmirault dirige en persona los ataques. Herido de un balazo en el hombro, se retira un instante para hacerse curar; luego toma otra vez el mando y lanza sus cuatro batallones de reserva; pero resultando nuevamente herido, tiene que entregar el mando al general Negrier.

El emperador llega al monte Fenile. Desde allí, abarcando toda la extensión del campo de batalla, ve que á la derecha, en el llano, los cuerpos 3.º y 4.º no pueden vencer los obstáculos que se oponen á su marcha, y sabe que, por la izquierda, una parte del ejército piemontés se bate en retirada ante un cuerpo de ejército austriaco que ocupa fuertemente la posición de San Martino, cerca del lago de Garda.

Son las diez y media. El éxito de la jornada es indeciso. El primer cuerpo, mandado por el mariscal Baraguey d'Hilliers, combate con encarnizamiento en la llanura. Sus tres divisiones de infantería (1.ª, general de Luzy; 2.ª, general Vinoy; 3.ª, general de Faily) disputan con tenacidad al enemigo una granja llamada la Casa Nuova que está á la derecha del camino de Gaito, á dos kilómetros de Guidizzolo. Alrededor de esta granja, en el caserío de Baite y en la aldea de Rebecco, se traba una lucha furiosa que debe durar todo el día.

Entre los cuerpos 4.º y 2.º se extiende una larga solución de continuidad: por fortuna se ha llenado el intervalo con tres divisiones de caballería: la de Partouneaux (3.º cuerpo), la de Desvaux (1.º cuerpo) y la de la guardia imperial, mandada por el general Morris. Pero estas tres divisiones ¿no serán impotentes para contener las masas austriacas que se refuerzan sin cesar por todas partes? El general Niel desea con afán que le sostenga el tercer cuerpo, el del mariscal Canrobert. Pero este cuerpo es el más rezagado, porque es el único

que aquella mañana ha tenido que cruzar el Chiese. Por otra parte, el mariscal Canrobert ha recibido del emperador el aviso de que un cuerpo de veinte á veinticinco mil austriacos, salidos de Mantua, se dirigía hacia Acqua-Negro, por lo cual le ha aconsejado que vigile aquella dirección, apoyando al mismo tiempo la derecha del cuarto cuerpo. Este doble encargo le obligará á no enviar más que una porción de sus tropas en auxilio del cuarto cuerpo.

El mariscal Mac-Mahón, que se ha apoderado de Casa-Marino, conserva provisionalmente su posición en el camino de Mantua, entre los cuerpos primero y cuarto.

El emperador, situado en la cumbre del monte Fenile, se resuelve á dirigir sus mayores esfuerzos hacia el centro de las posiciones, de las que forman la clave las alturas que dominan á Solferino.

Manda avanzar á la brigada Altón (segunda de la división Forey del primer cuerpo), que aún no ha tomado parte en el combate, y la hace sostener por cuatro piezas de artillería. El general Forey se pone al frente de esta brigada, que se lanza sobre la derecha de la torre (la *Spia d' Italia*). Como no puede por sí sola sobreponerse á fuerzas superiores, el emperador envía en su auxilio la división de cazadores de la guardia.

Esta división, mandada por el general Camón y comprendiendo cuatro regimientos y un batallón, se compone de las brigadas Maneque y Picard. La primera, apoyando la brigada Altón, acude al encuentro de las columnas austriacas que bajan de Casa del Monte. La segunda marcha á las alturas de la izquierda.

El batallón de cazadores de á pie de la guardia da la vuelta al pueblo de Solferino, y penetrando en las calles algunas de sus compañías, se apoderan de una bandera y ocho cañones.

El general Forey, sostenido por los cazadores de la guardia, toma vigorosamente la ofensiva. Al mismo tiempo llegan á galope dos baterías de la artillería de la guardia dirigidas por el general Lebœuf, y ocupan una posición que les permite lanzar una lluvia de proyectiles sobre Solferino. El general Forey rechaza al enemigo de las cumbres y las ocupa, mientras que la brigada Altón se apodera de las colinas de la torre y de la torre misma, esa famosa *Spia d' Italia* que domina todas las llanuras lombardas y desde donde la mirada abarca el horizonte desde las orillas del Mincio hasta las del Po. Son las dos de la tarde cuando la bandera tricolor ondea en lo alto de esta torre.

En el mismo momento se toma por asalto el cementerio. El mariscal Baraguey ha dado orden de abrir brecha en él llevando á descubierto una batería de artillería á un sitio muy peligroso, á trescientos metros de la cerca. Después de un fuego bien dirigido y nutrido y de estar suficientemente derruidas las paredes del cementerio, el general Bazaine se apodera de él. El pueblo y el castillo caen también en poder de los vencedores.

Es la hora en que el segundo cuerpo, el del mariscal Mac-Mahón, va á to-

mar una parte importante en la lucha. Solferino y las alturas que lo rodean están en poder del primer cuerpo: ahora es menester que el segundo se apodere de la posición siguiente: las alturas y el pueblo de Cavriana. Si el ataque tiene buen resultado, el ejército austriaco no tendrá más remedio que batirse en retirada para repasar el Mincio. Las dos divisiones de infantería, las de la Motterougé y Decaen, se lanzan impetuosamente en dirección de Solferino y de Cavriana. El mariscal ordena al propio tiempo al jefe de la caballería de la guardia, general Morris, cuyos veinticuatro escuadrones han sido puestos á sus órdenes por el emperador, que ocupe el intervalo que va á separar la división Desvaux y el segundo cuerpo, cuyo flanco derecho cubrirá formándose en escalones.

El regimiento de tiradores argelinos, que está á la izquierda de la división de la Motterougé, toma el pueblo de San Casiano y trepa por alturas muy escarpadas en cuya cumbre está Cavriana.

Oigamos al jefe de Estado mayor del mariscal Mac-Mahón, al general Lebrún: «Entonces se ve á nuestros tiradores argelinos saltar como panteras de cumbre en cumbre, deteniéndose detrás de cada resalto del camino para cobrar aliento y hacer fuego, y luego lanzarse de nuevo para trepar más. El espectáculo que ofrece á nuestros ojos esa táctica, que aún no se había usado en nuestro ejército, es uno de los que no pueden olvidarse, y lo admiramos más de media hora.»

El regimiento de tiradores va seguido en su movimiento de ascensión por el 70 de línea. Los coroneles de ambos regimientos, Laure, que manda el primero, y Douay, el segundo, caen muertos.

Entonces aparece la artillería de á caballo de la guardia y se coloca á la entrada del valle en cuyo fondo está el pueblo de Cavriana, para enlazar el camino. Al mismo tiempo se envían cuatro piezas á la cresta del monte Fontana. Los caballos arrastran con dificultad los cañones, y los artilleros empujan y sostienen las ruedas. Hay que transportar además otros muchos á una meseta muy elevada, desde la que se podrá apoyar poderosamente á la otra batería. Pero lo escarpado de las pendientes hace imposible el acceso á los caballos. Entonces los granaderos de la guardia acuden en su auxilio, y tirando de los cuatro cañones rayados, logran izarlos á la cumbre de la colina.

El general Morris aguarda con impaciencia el momento de hacer cargar á la caballería de la guardia, momento que se presenta á las tres y media. Habiendo aparecido una columna de caballería austriaca, hace que el general Cassaignoles la acometa por el flanco con el regimiento de cazadores de á caballo. Los austriacos son rechazados.

El emperador ha dado orden á la brigada Manèque, de cazadores de la guardia, apoyada por los granaderos del general Mellinet, de que pase de Solferino á Cavriana y apoye al segundo cuerpo. El enemigo no puede resistir más tiempo á este doble ataque, sostenido por el fuego de la artillería de la guardia, y á eso de las cinco de la tarde los cazadores de la brigada Manèque y los tiradores argelinos entran al mismo tiempo en el pueblo de Cavriana.

Este triunfo coincide con el del cuarto cuerpo. Hace más de doce horas que sus tropas marchan y combaten, sin haber comido, por un terreno que carece en absoluto de agua y haciendo uno de esos calores sofocantes que anuncian una tormenta terrible. Muertas de cansancio, habrían acabado por sucumbir á no haber sido por el socorro que les lleva el general Trochu, jefe de la segunda división del tercer cuerpo, el cual, poniéndose al frente de la brigada que manda el general Bataille, llega con tropas de refresco y las conduce al enemigo con tanto orden y sangre fría como en un campo de maniobras. Después de coger prisionera una compañía de infantería austriaca y de apoderarse de dos cañones, llega hasta media distancia de la Casa Nuova á Guidizzolo.

De pronto el cielo se oscurece; un viento furioso levanta espesos torbellinos de polvo, y estalla una tormenta formidable. El estampido del trueno ha reemplazado al del cañón. Una lluvia torrencial paraliza todo movimiento y suspende enteramente la lucha. El día se ha vuelto más oscuro que la noche, y á diez pasos no se ven hombres, ni caballos, ni carros. «Aquel espectáculo, dice el general Lebrún, era uno de esos que no se ven dos veces en la vida y duró más de media hora. En presencia de un fenómeno atmosférico que había convertido el día en noche á orillas del Mincio, ¿podía ordenar el emperador á su ejército que se pusiera en persecución de los austriacos? No lo creo.»

Francisco José, que había tenido todo el día establecido su cuartel general en Cavriana, se decide á mandar la retirada general de todas sus tropas detrás del Mincio. Napoleón III tiene por un momento deseos de perseguirle; pero el mariscal Mac-Mahón le hace observar que la infantería no ha comido desde por la mañana, que se han dejado en el suelo la mayor parte de los morrales en el momento de los diferentes ataques, y que los infantes no podrían apoyar á la caballería si se lanzaba en persecución del enemigo.

Cuando se disipó la tormenta, el centro austriaco había abandonado el terreno en gran parte; se retiraba en columnas profundas hacia los puntos por los cuales había pasado el Mincio la víspera. Una batería de la guardia imperial francesa, llevada por el teniente coronel de Berckheim á la cresta conquistada en último lugar, rompió sobre las columnas fugitivas el fuego de sus piezas de largo alcance. El marqués de Massa ha escrito en sus *Recuerdos é impresiones*: «En medio de un grupo de oficiales que procuraban abrir paso á sus generales, se creyó conocer al mismo emperador Francisco José, que se había quedado de los últimos en el campo de batalla tan bravamente disputado. Napoleón, llegando á galope junto á la batería para apreciar sus terribles efectos, al ver el peligro personal que corría su desgraciado adversario, y seguro de que no había que temer que los austriacos tomaran otra vez la ofensiva, mandó que cesara el fuego. No cabe poner en duda este acto de generosidad; lo sé por el príncipe Murat, testigo presencial del hecho.»

Desde este momento, Francia y Austria no han vuelto á combatir una contra otra. Así en Solferino como en Magenta han aprendido á apreciarse y á hon-

rarse mutuamente. Sus intereses no son contradictorios. Confíemos en que las dos potencias lo comprenderán siempre así. En cuanto á piemonteses y austriacos, aún pelearían. La tempestad había puesto fin á la lucha entre las tropas de los dos emperadores. Las de Víctor Manuel volvieron á empezar el combate.

Puede decirse que se habían reñido simultáneamente dos batallas distintas: la francesa, la de Solferino, y la piemontesa, la de San Martino. Las cinco divisiones de infantería del ejército real, mandadas por los generales Durando, Fanti, Mellard, Cialdini y Cucchiari, estaban contenidas por fuerzas superiores y se habían hallado en situación crítica cerca del lago de Garda. El combate duró quince horas seguidas. Las tropas piemontesas, á pesar de todo su valor, no habían podido prestar ningún apoyo al primer cuerpo de ejército francés. Ellas mismas no habían recibido otro auxilio que el de un cañoneo que, partido de las posiciones francesas, cogió un momento de soslayo las columnas austriacas que procuraban envolver el ala derecha del ejército real.

Cuando cesó la tormenta, cuatro baterías piemontesas rompieron el fuego y prepararon el ataque de la infantería, que se lanzó al asalto de las posiciones de San Martino y acabó por apoderarse de ellas. El enemigo volvió á intentar un ataque ofensivo; pero una carga de la caballería ligera de Monferrato lo rechazó por última vez, y al hacerse de noche, la meseta de San Martino quedó definitivamente en poder del ejército del rey Víctor Manuel. El general Benedek, que había ocupado esta meseta todo el día, acababa de recibir orden del emperador Francisco José para tomar parte en el movimiento general de retirada. Los austriacos pretendieron por tanto que el ejército piemontés no había conquistado sino lo que ellos habían abandonado. No por eso es menos incontestable el heroísmo de las tropas reales, las que merecerán este elogio de su bravo soberano: «Soldados: En las batallas anteriores he tenido con frecuencia ocasión de incluir en la orden del día los nombres de muchos de vosotros. Hoy incluyo en la orden del día á todo el ejército.»

Napoleón III acababa de conseguir una de las mayores victorias de los tiempos modernos. Había dirigido personalmente todas las operaciones y en medio de la acción había expuesto su vida en las diferentes alturas de Solferino. En las galerías del museo de Versalles hay un cuadro de Ivón que le representa rodeado de todo su Estado mayor en el monte Fenile en el momento en que lanza los cazadores de la guardia imperial hacia la torre que domina el pueblo que dará nombre á la batalla. Vencedor en toda la línea, dió á sus tropas orden de vivaquear en las posiciones conquistadas y disfrutar por fin de un descanso bien ganado. Luego, trasladándose á Cavriana, estableció su cuartel general en la misma casa en que el emperador de Austria había tenido el suyo aquel día. A los horrores y al tumulto de la guerra sucedían una calma profunda y el silencio de la muerte.

LIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE SOLFERINO

Hay militares que, acostumbrados á ver correr sangre humana como los carniceros la de los animales, contemplan impasibles los horrores de la guerra y no sienten ninguna conmiseración hacia sus víctimas. Napoleón III no se parecía á esos hombres. Filósofo y humanitario, no veía sin profunda tristeza un campo de batalla. El barón de Bazancourt ha terminado con esta frase su hermoso relato de la jornada de Solferino: «Cuando todo quedó tranquilo en torno suyo, ¡con qué sueño tan grato debió dormirse el vencedor pensando en que Francia, cuando se despertara al día siguiente, saludaría con alegres aclamaciones aquel glorioso y nuevo triunfo!» No creemos que el sueño de Napoleón fuera grato. La victoria había sido comprada á costa de sacrificios demasiado crueles. El compasivo monarca creía oír aún los gritos de «¡Viva el emperador!» lanzados por los heridos y los moribundos.

A los primeros fulgores de la aurora del 25 de junio se desarrolló un lamentable espectáculo á los ojos del ejército victorioso. La antevíspera, desde lo alto de aquellas colinas, hoy siniestras y ensangrentadas, los austriacos contemplaban risueñas campiñas, una llanura cubierta de soberbias mieses, de hermosos árboles y de viñas cargadas de racimos. Ahora todo estaba pisoteado, triturado, saqueado. No se veían más que árboles desarraigados, filas de morales derribados, granjas, cobertizos, huertos acribillados de balas; el terreno señalado con las pisadas de los caballos y las ruedas de los cañones. ¡Cuántos colonos y campesinos lloraban sus cosechas perdidas y sus granjas y cabañas destruídas! Había montones de cadáveres en ciertos puntos del campo de batalla donde la lucha había sido más encarnizada; la meseta de San Martino, que piemonteses y austriacos se habían disputado con furor; Rebecco y la Casa Nuova, donde el primer cuerpo del ejército francés había combatido con tanto encarnizamiento; el cerro de los cipreses, que, como lo ha dicho M. de la Gorce, parecía haberse enlutado de antemano para todas las sepulturas que debían abrirse en él. El cementerio de Solferino, en especial, inspiraba reflexiones melancólicas. ¿Por qué los hombres, en sus luchas fratricidas, no respetan al menos el asilo del sueño eterno? ¿Por qué los gritos de guerra turban el reposo de las tumbas?

«Para abreviar nuestros caballos, ha dicho el marqués de Massa, tuvimos que atravesar, entre Solferino y Cavriana, un repliegue del terreno en que el

rarse mutuamente. Sus intereses no son contradictorios. Confiamos en que las dos potencias lo comprenderán siempre así. En cuanto á piemonteses y austriacos, aún pelearían. La tempestad había puesto fin á la lucha entre las tropas de los dos emperadores. Las de Víctor Manuel volvieron á empezar el combate.

Puede decirse que se habían reñido simultáneamente dos batallas distintas: la francesa, la de Solferino, y la piemontesa, la de San Martino. Las cinco divisiones de infantería del ejército real, mandadas por los generales Durando, Fanti, Mellard, Cialdini y Cucchiari, estaban contenidas por fuerzas superiores y se habían hallado en situación crítica cerca del lago de Garda. El combate duró quince horas seguidas. Las tropas piemontesas, á pesar de todo su valor, no habían podido prestar ningún apoyo al primer cuerpo de ejército francés. Ellas mismas no habían recibido otro auxilio que el de un cañoneo que, partido de las posiciones francesas, cogió un momento de soslayo las columnas austriacas que procuraban envolver el ala derecha del ejército real.

Cuando cesó la tormenta, cuatro baterías piemontesas rompieron el fuego y prepararon el ataque de la infantería, que se lanzó al asalto de las posiciones de San Martino y acabó por apoderarse de ellas. El enemigo volvió á intentar un ataque ofensivo; pero una carga de la caballería ligera de Monferrato lo rechazó por última vez, y al hacerse de noche, la meseta de San Martino quedó definitivamente en poder del ejército del rey Víctor Manuel. El general Benedek, que había ocupado esta meseta todo el día, acababa de recibir orden del emperador Francisco José para tomar parte en el movimiento general de retirada. Los austriacos pretendieron por tanto que el ejército piemontés no había conquistado sino lo que ellos habían abandonado. No por eso es menos incontestable el heroísmo de las tropas reales, las que merecerán este elogio de su bravo soberano: «Soldados: En las batallas anteriores he tenido con frecuencia ocasión de incluir en la orden del día los nombres de muchos de vosotros. Hoy incluyo en la orden del día á todo el ejército.»

Napoleón III acababa de conseguir una de las mayores victorias de los tiempos modernos. Había dirigido personalmente todas las operaciones y en medio de la acción había expuesto su vida en las diferentes alturas de Solferino. En las galerías del museo de Versalles hay un cuadro de Ivón que le representa rodeado de todo su Estado mayor en el monte Fenile en el momento en que lanza los cazadores de la guardia imperial hacia la torre que domina el pueblo que dará nombre á la batalla. Vencedor en toda la línea, dió á sus tropas orden de vivaquear en las posiciones conquistadas y disfrutar por fin de un descanso bien ganado. Luego, trasladándose á Cavriana, estableció su cuartel general en la misma casa en que el emperador de Austria había tenido el suyo aquel día. A los horrores y al tumulto de la guerra sucedían una calma profunda y el silencio de la muerte.

LIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE SOLFERINO

Hay militares que, acostumbrados á ver correr sangre humana como los carniceros la de los animales, contemplan impasibles los horrores de la guerra y no sienten ninguna conmiseración hacia sus víctimas. Napoleón III no se parecía á esos hombres. Filósofo y humanitario, no veía sin profunda tristeza un campo de batalla. El barón de Bazancourt ha terminado con esta frase su hermoso relato de la jornada de Solferino: «Cuando todo quedó tranquilo en torno suyo, ¡con qué sueño tan grato debió dormirse el vencedor pensando en que Francia, cuando se despertara al día siguiente, saludaría con alegres aclamaciones aquel glorioso y nuevo triunfo!» No creemos que el sueño de Napoleón fuera grato. La victoria había sido comprada á costa de sacrificios demasiado crueles. El compasivo monarca creía oír aún los gritos de «¡Viva el emperador!» lanzados por los heridos y los moribundos.

A los primeros fulgores de la aurora del 25 de junio se desarrolló un lamentable espectáculo á los ojos del ejército victorioso. La antevíspera, desde lo alto de aquellas colinas, hoy siniestras y ensangrentadas, los austriacos contemplaban risueñas campiñas, una llanura cubierta de soberbias mieses, de hermosos árboles y de viñas cargadas de racimos. Ahora todo estaba pisoteado, triturado, saqueado. No se veían más que árboles desarraigados, filas de morales derribados, granjas, cobertizos, huertos acribillados de balas; el terreno señalado con las pisadas de los caballos y las ruedas de los cañones. ¡Cuántos colonos y campesinos lloraban sus cosechas perdidas y sus granjas y cabañas destruídas! Había montones de cadáveres en ciertos puntos del campo de batalla donde la lucha había sido más encarnizada; la meseta de San Martino, que piemonteses y austriacos se habían disputado con furor; Rebecco y la Casa Nuova, donde el primer cuerpo del ejército francés había combatido con tanto encarnizamiento; el cerro de los cipreses, que, como lo ha dicho M. de la Gorce, parecía haberse enlutado de antemano para todas las sepulturas que debían abrirse en él. El cementerio de Solferino, en especial, inspiraba reflexiones melancólicas. ¿Por qué los hombres, en sus luchas fratricidas, no respetan al menos el asilo del sueño eterno? ¿Por qué los gritos de guerra turban el reposo de las tumbas?

«Para abreviar nuestros caballos, ha dicho el marqués de Massa, tuvimos que atravesar, entre Solferino y Cavriana, un repliegue del terreno en que el

ataque y la defensa habían sido más mortíferos. Allí yacían tendidos en revuelto montón los enemigos de la víspera unidos ahora en la pálida fraternidad de la muerte; nuestros soldados de línea y de cazadores con sus largos capotes y sus polainas blancas asomando entre pantalones encarnados; los tiroleses y croatas con sus calzones de color azul celeste que realzaban los contornos de sus piernas nerviosas, con sus botinas de cuero trenzadas hasta encima del tobillo, unos boca arriba, otros boca abajo, según el efecto del golpe mortal que los había derribado; la mayor parte descubiertos, con sus cascos ó chacós á pocos pasos; el águila imperial victoriosa y el águila de dos cabezas vencida parecían extender tristemente sus alas sobre sus placas abolladas. Nuestros caballos, con las narices dilatadas, soplando con fuerza y llevados de la brida, vacilaban en saltar por encima de todos aquellos cadáveres, como si tuviesen conciencia de cometer un sacrilegio.»

Se habían convertido las iglesias, los edificios públicos, las casas en ambulancias. Pero todo faltaba: medicamentos, material y hasta médicos. En aquella época aún no se había fundado la *Crus roja*. Algunos filántropos, obedeciendo á la iniciativa privada, habían acudido al campo de batalla, y concibieron el proyecto humanitario, realizado después por la «Sociedad de socorros á los heridos.»

El ejército francés había cogido tres banderas, treinta cañones y seis mil prisioneros á un ejército austriaco compuesto de ciento cincuenta mil combatientes y que ocupaba posiciones formidables. Pero ¡á costa de qué hecatombes! Mil seiscientos muertos, ocho mil quinientos heridos, y mil quinientos desaparecidos, tal era el balance de sus pérdidas. Entre los heridos figuraban los generales Dieu, Auger, Ladmirault, Forey, Douay; los dos primeros murieron de resultas de sus heridas. Siete coroneles y nueve tenientes coroneles habían perecido: los coroneles Laure, de tiradores argelinos; Waubert de Genlis, del 8.º de línea; Lacroix, del 30; Capri, del 53; Douay, del 70; Broutta, del 43; Fourjón, de ingenieros; los tenientes coroneles Campagnón, del 2.º de línea; Bigot, del 85; Herment, de tiradores argelinos; Ducoir, del 7.º de granaderos de la guardia; Neucheze, del 8.º de línea; Vallet, del 91; Hemard, del 61; Laurans des Ondes, del 5.º de húsares; d'Albrantes, jefe de Estado mayor de la división de Faily.

El ejército francés tuvo setecientos muertos, tres mil quinientos heridos y mil doscientos desaparecidos.

Napoleón III se afligió sinceramente al tener noticia sucesivamente de la pérdida de tantos oficiales á quienes parecía reservado tan brillante porvenir y que le habían demostrado tanta adhesión á él y á la Francia. Desde Cavriana dirigió á su ejército esta alocución en la que se trasluce un sentimiento de tristeza más bien que de orgullo:

«¡Soldados!

»El enemigo creía sorprendernos y arrojarnos más allá del Chiese; él es el que ha tenido que repasar el Mincio. Habéis sostenido dignamente el honor de

la Francia, y la batalla de Solferino iguala y aun aventaja á los recuerdos de Lonato y de Castiglione.

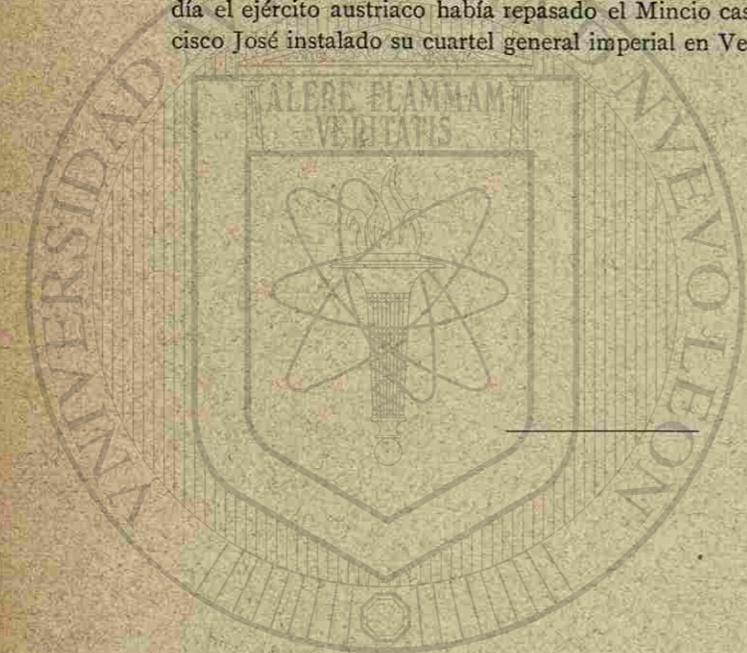
»Por espacio de doce horas habéis rechazado los esfuerzos desesperados de más de ciento cincuenta mil hombres. Ni la numerosa artillería del enemigo, ni las posiciones formidables que ocupaba en una extensión de tres leguas, ni el calor abrumador han contenido vuestro empuje. La patria agradecida os da gracias por mi boca por tanta perseverancia y denuedo; pero llora conmigo á los que han muerto en el campo del honor. Hemos cogido tres banderas, treinta cañones y seis mil prisioneros. El ejército sardo ha luchado con la misma bravura contra fuerzas superiores: es digno de marchar á vuestro lado. Soldados: tanta sangre vertida no será inútil para la gloria de Francia y la felicidad de los pueblos.

»NAPOLEÓN.»

Todos cuantos han visto al emperador al día siguiente de la batalla de Solferino están acordes en decir que á su rostro, generalmente impasible, traslucía una impresión de melancolía y de lasitud moral. Quizás previera ya las catástrofes de que la guerra de Italia sería el primer origen, y tuviera el presentimiento de que los italianos no se portarían siempre con los franceses como hermanos. Probablemente se preguntaría si aquella guerra deseada y preparada por él era en realidad tan indispensable como se lo había figurado. Uno de sus más valientes compañeros de armas, uno de sus servidores más leales, el general Fleury, expresaba el 25 de junio en el mismo Cavriana esta inquietud, esta duda: «La guerra es hermosa vista de lejos, escribía aquel día. Aprovecha á los generales en jefe, glorifica al país cuando lo necesita, pero cuesta muchos sacrificios y hace correr lágrimas de sangre. La guerra de independencia nacional es la única que tiene derecho de imponer duros sacrificios. La guerra de influencia no basta para apasionar largo tiempo aun á los más ambiciosos del ejército; á su vez temen no poder disfrutar de los grados que han alcanzado á consecuencia de la muerte de sus hermanos de armas.» Y el general añadía con una melancolía fácil de comprender: «Las batallas me exaltan; me dejan tranquilo y libre mientras se traban con cadáveres, pero luego se me distienden los nervios. Reflexiono en los dolores que dejan después de la lucha y pienso que esas carnicerías no son ya de nuestro tiempo.»

Los soldados se cansaban de abrir fosas. El ejército aliado pasó el 25 de junio enterrando muertos y recogiendo heridos. El mismo día el emperador nombró mariscal de Francia al general Niel; bien merecía esta recompensa el comandante del cuarto cuerpo, cuyos regimientos habían tomado tan activa parte en la lucha. De Magenta habían salido dos mariscales, Mac Mahón y Regnaud de Saint-Jean d'Angely; de Solferino salía un tercero. De este modo había un mariscal de Francia al frente de cada uno de los cuatro cuerpos de ejército y de la guardia imperial.

Aquel mismo día 25, el ejército francés, acercándose al Mincio, se había establecido en las posiciones siguientes: el primer cuerpo en las cercanías de Pozzolongo; el segundo en Cavriana; el tercero en Solferino, dejando una división de infantería en Guidizzolo con las divisiones de caballería Desvaux y Par-touneaux, y el cuarto en Volta. El emperador se había quedado con la guardia en Cavriana, y el rey Víctor Manuel en San Martino. Por la noche del mismo día el ejército austriaco había repasado el Mincio casi en su totalidad, y Francisco José instalado su cuartel general imperial en Verona.



LIV

LA EMPERATRIZ REGENTE

Mientras Napoleón III estaba en Italia, nada perturbaba á la emperatriz en sus funciones de regente. Los partidos se mantenían tranquilos y no pensaban en modo alguno en secundar las miras del extranjero.

Se habían cerrado las Cámaras á fines de mayo. El 26, la soberana recibió en el palacio de las Tullerías á los individuos del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado. El presidente del Senado le dijo: «El Senado agradece á V. M. esta audiencia afectuosa que le permite ver á ese niño tan querido, esperanza de la patria. En ausencia del emperador, cada uno de nosotros siente una adhesión más viva á las personas amadas que ha dejado confiadas al patriotismo francés.» La emperatriz respondió: «Señores senadores, antes de separaros habéis querido dar una nueva prueba de adhesión al emperador manifestando el deseo de ver al príncipe imperial. No me ha sorprendido este testimonio de la solicitud que le demostráis, pero no por eso me conmueve menos: este paso es para mí, como lo son los consejos de mi querido tío, un precioso estímulo y una fuerza.»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, tomó en seguida la palabra: «Todos regresamos á nuestros departamentos, dijo: vamos á fomentar allí el patriotismo que reclaman las circunstancias; bien es verdad que no tenemos que hacer grandes esfuerzos en unos pueblos en cuyos corazones vibran siempre las palabras gloria y honor. La ausencia del emperador habrá podido causar alguna zozobra á los que no conocen la Francia; pero esta nación, generosa y sensible, comprende todas las delicadezas, y cuando ve al emperador alejarse para compartir el peligro de sus soldados y defender el honor de la bandera, demuestra si es posible más respeto á vuestra autoridad y mayor adhesión á vuestra persona. Contad, pues, señora, con el concurso de todos y con los sentimientos á que tenéis derecho como regente y como madre.»

La emperatriz contestó: «Señores. Mucho agradezco el deseo que me habéis expresado de ver al príncipe imperial antes de regresar á vuestros departamentos. Cuento con vuestro ilustrado patriotismo para mantener la fe que todos debemos tener en la energía del ejército y, cuando llegue el día, en la moderación de la Francia. En cuanto á mí, por espinosa que pueda ser mi tarea, encontraré en mi corazón puramente francés todo el ánimo necesario para desempeñar-

la. Descanso, pues, señores, en vuestro leal concurso, y en el apoyo de la nación que, en la ausencia del jefe que ha elegido, jamás dejará de ponerse al lado de una mujer y un niño.»

¡Ay! El 4 de septiembre de 1870 la emperatriz se acordará quizás de las palabras pronunciadas por ella el 26 de mayo de 1859.

La guerra que se sostenía al otro lado de los Alpes en nada había cambiado la fisonomía de París. Como de costumbre, la temporada de las diversiones del gran mundo terminaba después de Pascua, pero los teatros estaban llenos y todos los días se veía en la famosa «vuelta del lago» gran número de elegantes jinetes y de lujosos carruajes. La guerra vista de lejos es tan hermosa como horrible de cerca. En 1859 era para los parisienses motivo de distracción más bien que de alarma. Recordaba lugares célebres, nombres de victorias. Su teatro era esa poética é ilustre Italia que tan gran papel ha desempeñado en los anales de las glorias francesas. Se compraban mapas en los cuales se clavaban alfileres con banderitas francesas, piemontesas y austriacas que indicaban las posiciones de los tres ejércitos. Entonces todas las clases de la sociedad eran optimistas, y á nadie se le ocurría la idea de un desastre. Los mismos enemigos de Napoleón III creían en su suerte, en su buena estrella. La nación francesa, infatuada desde sus triunfos en Crimea, se tenía por invencible.

La emperatriz cumplía á toda conciencia sus deberes de regente. Sus ministros se hacían lenguas de su celo, su inteligencia, su aptitud para comprender las cuestiones difíciles. Se había instalado en el palacio de Saint-Cloud, y allí vivía en el recogimiento y en el estudio de los asuntos políticos más arduos. La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie resume de este modo la vida que la soberana llevaba entonces: «Preside tres consejos de ministros por semana, dos de ellos en las Tullerías; soporta valientemente las emociones de la situación. Se acostumbra tan bien á ese trabajo serio y grave, que á veces dice que, terminada la regencia, teme aburrirse: tanto es lo que la cautivan esas ocupaciones interesantes é importantes. Por la noche reúne algunas personas, el conde y la condesa Walewski, la marquesa de Cadore y unas cuantas damas de palacio: se habla mientras se hacen hilas y se toma te. Á menudo, estas veladas son tristes. El pensamiento está en Italia, en el teatro de la guerra, y no se reciben noticias.»

La población de París no supo la victoria de Magenta hasta el 5 de junio por la noche. El mismo día, á las 4^h 15' tarde, el emperador había expedido á la emperatriz este despacho telegráfico: «He aquí el resumen conocido de la batalla de Magenta: lo menos siete mil prisioneros; veinte mil austriacos fuera de combate; tres cañones y dos banderas cogidos. Nuestras pérdidas son de tres mil muertos y un cañón cogido por el enemigo.»

A las ocho de la noche las salvas de artillería disparadas en los Inválidos anunciaban á los parisienses la victoria. Entre nueve y diez, la emperatriz y la princesa Clotilde recorrieron en carretela descubierta los bulevares y la calle de

Rívoli, siendo aclamadas á su paso. Los edificios públicos y muchas casas particulares estaban iluminados.

El 7 de junio se cantó un *Te Deum* en Nuestra Señora en presencia de la regente, del rey Jerónimo y de las princesas Clotilde y Matilde. En todo el itinerario de la comitiva de la soberana, las calles y plazas estaban engalanadas con banderas francesas y sardas: la guardia nacional y las tropas de línea estaban formadas en la carrera. La emperatriz, recibida bajo palio por el clero, fué conducida procesionalmente al estrado preparado para ella en el coro. Así á su entrada en la iglesia como á su salida de ella fué saludada con las más vivas aclamaciones.

En todos los teatros se celebró la victoria de Magenta con apósitos y cantos de triunfo. Todo París estaba de fiesta. No hay ciudad en el mundo más sensible á las satisfacciones del amor propio y á los goces de la victoria.

Napoleón III, antes de salir de Milán, ascendió á teniente coronel á uno de sus oficiales de órdenes, el comandante Schmitz, y le encargó que fuese á entregar á la emperatriz las dos banderas austriacas cogidas en Magenta. Este militar llegó á Saint-Cloud el 13 de junio: la emperatriz le dió el abrazo de rúbrica, y después de recibir con profunda emoción el glorioso presente, hizo al mensajero muchas preguntas sobre los grandes sucesos de que acababa de ser testigo.

El 24 Napoleón expedía á la regente un telegrama concebido en estos términos: «Cavriana, 24 de junio á las nueve y cuarto de la noche. El emperador á la emperatriz. Gran batalla y gran victoria. Todo el ejército austriaco ha combatido. La línea de batalla tenía cinco leguas de extensión. Nos hemos apoderado de todas las posiciones y cogido muchos cañones, banderas y prisioneros. Por el momento es imposible dar más detalles. La batalla ha durado desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche.»

La emperatriz estaba ya acostada en el palacio de Saint-Cloud cuando recibió el despacho. En seguida se levantó, se vistió á toda prisa, bajó al jardín y anunció ella misma la victoria á los centinelas y á los soldados del cuerpo de guardia.

Aún recuerdo la mañana del 25 de junio en París. Acababa yo de llegar al bulevar de los Capuchinos cuando vi que se adornaban con banderas las tiendas y las casas. De este modo supe la noticia de la victoria. Un tiempo soberbio estaba en armonía con la alegría patriótica que estremecía los corazones. Por la noche una muchedumbre inmensa llenaba calles y paseos; París resplandecía de iluminaciones.

El 1.º de julio el ministro de Instrucción pública y Cultos dirigía esta circular á los rectores: «Me creo en el deber de expresar el deseo de que todos los boletines del ejército de Italia publicados en el *Moniteur* se lean á los alumnos de los liceos y de los colegios y se fijen en el interior de estos establecimientos. La juventud es propensa á los nobles sentimientos; en su corazón tienen eco las

cosas grandes y es adicta á las dinastías que saben comprenderlas: así aprenderá también, al escuchar la historia cotidiana de esa heroica campaña de Italia, cuánto contribuyen el trabajo y el estudio á formar generaciones inteligentes y fuertes.»

El comandante d' Andlau, oficial de órdenes del emperador, presentaba el 2 de julio en las Tullerías á la emperatriz las banderas austriacas cogidas en la batalla de Solferino.

El entusiasmo era general. La guerra de Crimea, emprendida en un país remoto por intereses diplomáticos poco conocidos y mal definidos, excitó mucho menos las imaginaciones. La monotonía de un largo asedio no se parecía á una serie de batallas rápidas como las de la guerra de Italia.

El telégrafo transmitía de continuo buenas noticias. Cada carta de oficiales y soldados respiraba ánimo, alegría, confianza. Todos los boletines contenían relatos de victorias. La guerra, tan lúgubre, tan lamentable, tan horrible cuando la victoria no compensa sus padecimientos y sus duelos, adquiere un aspecto de fiesta y de alegría continuas cuando no es más que una serie de triunfos. Entonces apenas si las mismas madres se atreven á llorar.

Se había fijado el 3 de julio para cantar el *Te Deum* en Nuestra Señora por la victoria de Solferino y dar gracias al Dios de los ejércitos. La emperatriz regente, que había asistido sin su hijo al *Te Deum* cantado por el triunfo de Magenta, resolvió llevarlo al del 3 de julio. Cuando el niño supo la víspera tan buena noticia, tuvo una verdadera alegría é hizo multitud de preguntas sobre la ceremonia que se preparaba. Favorecida por el tiempo, estuvo magnífica. A las once de la mañana la comitiva salió de las Tullerías. La regente iba en carretela descubierta con el príncipe imperial y las princesas Clotilde y Matilde: al estribo derecho cabalgaban el mariscal Magnán, montero mayor, comandante en jefe del ejército de París, el ayudante general del palacio y el primer caballerizo de la emperatriz; al izquierdo, el general marqués de Lawoestine, comandante superior de la guardia nacional del Sena, el caballerizo del emperador adscrito al príncipe imperial y dos oficiales de órdenes. La comitiva atravesó la plaza del Carroussel, la calle de Rívoli, la plaza del Ayuntamiento, el puente y la calle de Arcole y la plaza del Atrio de Nuestra Señora. La guardia nacional y las tropas de la guardia imperial y de la infantería de línea estaban formadas en la carrera. Detrás de las tropas y en las ventanas de todas las casas había una muchedumbre inmensa que aguardaba el paso del coche imperial que, lleno de ramos, avanzaba bajo una lluvia de flores. Al salir de las Tullerías y al llegar á Nuestra Señora se dispararon salvas de artillería.

El arzobispo de París, capellán mayor del emperador, y el cabildo metropolitano recibieron en el umbral de la puerta de la catedral á la emperatriz regente que, llevando á su hijo de la mano, fué conducida procesionalmente bajo palio hasta el estrado preparado para ella en el coro. La antigua basílica estaba magníficamente adornada. En los pilares, que ostentaban colgaduras de tercio-

pelo encarnado con franjas de oro, había escudos con las armas de Francia y de Cerdeña; de la bóveda pendían banderas, gallardetes y oriflamas. Yo asistía á esta solemnidad. Aún me parece oír los cánticos religiosos, los gritos de «¡viva el emperador!, ¡viva la emperatriz!, ¡viva el príncipe imperial!» De pie en el coro, á pocos pasos detrás de la soberana, yo observaba al pequeño príncipe, que siguiendo con atención los movimientos de su madre, se sentaba, se levantaba y se arrodillaba al mismo tiempo que ella. No podía darse nada más gracioso que aquel niño de tres años con su vestido de piqué blanco y su cinturón de moaré azul. «Era la primera vez, decía el *Moniteur*, que el hijo del emperador se mezclaba oficialmente con la nación. Dios le ha concedido el hacerlo bajo los auspicios de la victoria.» A la salida de la catedral, el general de Lawoestine ofreció á la emperatriz un ramo magnífico, y la caballería de la guardia nacional le regaló una corona de laureles de oro con broches de perlas finas. La ovación del regreso fué más calurosa aún que la de la ida.

El día en que se cantaba en Nuestra Señora de París el *Te Deum* en acción de gracias por la victoria de Solferino, el príncipe Napoleón se reunió con el emperador, que seguía su marcha de avance y acababa de cruzar el Mincio. El príncipe le llevaba el quinto cuerpo, compuesto de las divisiones de infantería de Autemarre y Ulrich, de la brigada de caballería ligera mandada por el general de Lapérouse y de la división toscana á las órdenes del general Ulloa. El efectivo total era de unos treinta mil hombres y dos mil caballos.

El príncipe Napoleón, jefe del quinto cuerpo, había desembarcado en Génova el 12 de mayo con el emperador. Una de sus divisiones, la de Autemarre, fué destacada de dicho cuerpo y puesta á las órdenes del mariscal Baraguey d'Hilliers, comandante en jefe del primero, y dos de sus regimientos, el 93 de línea y el 3.º de zuavos, tomaron parte el uno en el combate de Montebello y el otro en el de Palestro. No le quedaban ya al príncipe más que la división Ulrich y la brigada de caballería de Lapérouse, con las cuales le mandó el emperador que se embarcara para Liorna y fuera á ocupar la Toscana.

El 27 de abril había estallado una revolución en Florencia. Preparada de larga fecha por Buoncompagni, ministro de Cerdeña en aquella ciudad, se había efectuado sin violencia y sin efusión de sangre. Durante la noche las tropas toscanas se habían puesto la escarapela italiana, y á las siete de la noche el gran duque Leopoldo había salido de su capital en medio de una muchedumbre que le demostraba más indiferencia que hostilidad. Cada representante extranjero envió uno de sus secretarios de legación para acompañarle á él y á su familia, y el Ayuntamiento le ofreció una guardia de honor. La gran duquesa dijo antes de partir al conde de Rayneval, secretario de la legación de Francia: «Confío en que el emperador de los franceses nos protegerá; guardo las cartas que me escribía en 1848 y que atestiguan sentimientos de amistad hacia nuestra familia.» Ninguna amenaza, ningún insulto se dirigió al gran duque por el camino. En la frontera, cuando M. de Rayneval se acercó á despedirse de la gran duquesa, ésta le repitió que contaba con la protección del emperador, y el príncipe heredero, que en 1856 había sido huésped de SS. MM. en Compiègne, expresó el deseo de que les diera sus recuerdos.

El mismo día en que el gran duque se alejaba de sus Estados, Buoncom-

pagni empuñaba las riendas del gobierno con el título de comisario del rey Víctor Manuel, y se enarbolaba la bandera italiana.

El príncipe Napoleón desembarcó en Liorna el 23 de mayo. Desde su llegada á esta ciudad estalló su antagonismo con el marqués de Ferrière-le-Vayer, ministro de Francia en Toscana, el cual escribía al conde Walewski el 24 de mayo: «El príncipe Napoleón ha llegado ayer á Liorna con una parte de su cuerpo de ejército, siendo recibido con el mayor entusiasmo. S. A. I. me había invitado á pasar á verle. El Sr. Buoncompagni había recibido la misma invitación que yo é hicimos juntos el camino. El príncipe nos ha dicho que en el cuartel general se había resuelto la anexión de este país á Cerdeña y que debíamos preparar los ánimos al efecto; que era preciso cortar de raíz la pretendida ambición de reinar en Florencia y que el mejor medio de lograrlo era destruir la autonomía de Toscana entregándola al Piamonte. Yo me he permitido defender ante el príncipe Napoleón la causa de la autonomía toscana, diciendo que tenía en su favor la opinión de todas las notabilidades aristocráticas, científicas, literarias y políticas del país, así como el sentimiento general; que los tenía más que nunca y que los tendría más aún si se la amenazaba seriamente.»

El marqués de Ferrière-le-Vayer añadía en el mismo despacho: «Si se debe consumir la anexión, no sé con qué derecho, no veo por qué concepto deberá quedar aquí un ministro del emperador; y si este ministro debe permanecer aquí para preparar los ánimos á tal medida, es indudable que yo seré incapaz de ejecutar convenientemente ó con buen resultado instrucciones contrarias á las opiniones que todos saben aquí que profeso. Por tanto, si así debe ser, ruego á V. E. que me autorice cuanto antes para volver á Francia.»

El conde Walewski había sido ministro del emperador en Florencia, y lo mismo que el marqués de Ferrière-le-Vayer, era partidario de la autonomía toscana. El 25 de mayo dirigió á éste el siguiente telegrama cifrado: «Me he apresurado á hacer saber al emperador que el príncipe Napoleón declaraba que S. M. había decidido la anexión de Toscana al Piamonte. El emperador me ha contestado esta mañana que si su primo ha dicho eso, ha sido contra sus instrucciones. Manifestádselo así al príncipe Napoleón. Es tanto más esencial que no haya ninguna mala inteligencia acerca de este punto, cuanto que los despachos que os he expedido estos días expresan lo contrario de lo que el príncipe os ha dicho.»

El primo del emperador hizo su entrada en Florencia el 29 de mayo. La muchedumbre que se agolpaba á su paso era tan considerable que el príncipe invirtió siete cuartos de hora en ir en coche desde la estación del ferrocarril hasta el palacio de la Crocetta, designado para servirle de residencia. Desde los balcones que ostentaban colgaduras se arrojaban flores. Por todas partes resonaban los gritos de «¡viva el emperador!, ¡viva Francia!, ¡viva el ejército francés!» El príncipe fué por la noche al Teatro Francés: y apenas se presentó en su palco, todo el público se levantó y le saludó con estruendosas aclamaciones. Al salir,

el gentío, formando una escolta improvisada, con banderas, antorchas y músicas militares, le acompañó hasta su palacio, cantando á coro un himno de guerra recién compuesto para las tropas toscanas.

Reproducimos aquí los extractos de dos despachos dirigidos al conde Walewski por el marqués de Ferrière-le-Vayer:

«Florenca, 9 de junio de 1859. — La presencia del príncipe Napoleón ha hecho mucho daño. Ha sido explotada por el partido sardo. El barón Ricasoli y el abogado Salvagnoli me han dicho hace pocos días que se debería abolir radicalmente el poder temporal del papa. A la verdad es ya demasiado que esos señores decidan así, desde su improvisada silla ministerial, una de las más graves cuestiones que puedan suscitarse ante la espada victoriosa del emperador y de su elevado criterio.... Lo repito, señor conde; si se quiere reservar intacta la cuestión de Toscana, es preciso traer aquí, no un príncipe con un cuerpo de ejército, sino quinientos ó seiscientos franceses encargados de conservar el orden material, y prevenir al comisario regio y á sus ministros que aguarden los arreglos definitivos que se adopten después de la guerra, sin pretender prejuzgarlos.»

El segundo despacho, fechado el 14 de junio, era una verdadera argumentación contra la unidad italiana. En él se decía: «La unidad de Italia traería consigo la caída del poder temporal de los papas, tan unida á las tradiciones de nuestro país desde el origen de su monarquía que, sin hablar de las consecuencias para el mundo católico, esta caída abriría desde luego en Francia un abismo, y además crearía en el Mediterráneo una potencia de primer orden, que una vez constituida, propendería, si llegásemos á enemistarnos con Inglaterra, á ser su aliada más bien que la nuestra, aunque sólo fuera por volver á quitarnos la Córcega, como lo piden Guerrazzi y Salvagnoli en sus novelas y folletos.»

El ministro del emperador en Florenca terminaba así: «Sería preferible para nosotros renunciar á la perspectiva de adquirir la Saboya y obtener de este modo con nuestro desinterés el derecho de imponer moderación á Cerdeña, á proporcionarle un engrandecimiento que podría introducir tan graves perturbaciones en nuestra esfera política y religiosa. Enrique IV y Richelieu, cuya autoridad se viene invocando hace meses tan á menudo, pensaban en desmembrar las grandes potencias vecinas de Francia y no en reunir miembros esparcidos para constituir en nuestra frontera un Estado más.»

Entretanto, las ideas unitarias hacían rápidos progresos, no sólo en Toscana, sino también en Parma, en Módena y en las Romañas.

La duquesa de Parma, hermana del conde de Chambord, había tratado inútilmente de salvar el trono de su hijo, observando una estricta neutralidad entre Austria y Cerdeña. Pero como el 10 de junio los austriacos evacuaran á Piacenza, se consideró perdida. El 16, el gobierno piamontés nombraba al Sr. Pallieri gobernador del ducado de Parma. El 27 la duquesa partió para Suiza después de anunciar en una proclama que, puesta en la necesidad ó de tomar parte en

una guerra llamada de nacionalidad, ó de faltar á compromisos contraídos con Austria, se retiraba para evitar la alternativa de contrariar los deseos de Italia ó de faltar á sus compromisos.

El duque Francisco de Módena no había sido más afortunado. El 27 de abril, las provincias de Massa y Carrara se habían pronunciado contra él. Se retiró á la fortaleza de Brescello é hizo que los austriacos ocuparan á Módena y Reggio. Habiendo evacuado éstos las dos ciudades, el 12 de junio se refugió en Austria, y el 19 se instaló Farini en Módena en calidad de comisario piamontés.

Las Romañas tuvieron una suerte análoga. Los austriacos salieron de ellas en los días 11 y 12 de junio. Bolonia nombró al punto una junta, uno de cuyos individuos era el marqués Joaquín Popoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III y casado con una princesa de la casa real de Prusia, la hija del príncipe de Hohenzollern, á la sazón presidente del Consejo de ministros en Berlín. El primer acto de esta junta fué proclamar la dictadura del rey Víctor Manuel, que se apresuró á enviar al Sr. d'Azeglio á las Romañas en calidad de comisario extraordinario. El 15 de junio el cardenal Antonelli protestaba contra una «femonía que, según decía, causaba horror á todo el mundo.»

La política del príncipe Napoleón triunfaba, y el emperador, sin dejar de desear la federación de Italia, no adoptaba ninguna medida para oponerse á la unidad, cuya señal daba audazmente la actitud del gobierno piamontés en Toscana, Parma, Módena y las Romañas.

El príncipe Napoleón, que tanto había inducido á la guerra, se había vuelto de pronto el partidario más decidido de la paz. El general Fleury escribía á su esposa el 30 de junio: «¡Qué carácter tan voluble es el nuestro! ¡El príncipe Napoleón es su tipo exagerado! Dice sencillamente que el emperador debería regresar á París, así como el emperador de Austria á Viena, y que ha llegado el momento de negociar.»

Otra carta del 1.º de julio: «He hablado detenidamente con el príncipe Napoleón, y me ha parecido no tan sólo razonable y deseoso de ver que el emperador se aprovecha de su victoria para asegurar la base de la paz, sino grandemente asustado de la gravedad y de la extensión que debe tomar fatalmente la guerra, si no se sabe limitarla á tiempo. De todo esto resulta que el príncipe no profesa mala opinión *por el momento*.»

No era posible ya hacerse ilusiones. Alemania entera iba á pronunciarse contra Francia, y Rusia no tomaría las armas contra Alemania. El ejército prusiano se había puesto en movimiento para concentrarse en el Rhin, dando la mano á otros muchos cuerpos del ejército federal, y el cuerpo de observación reunido en Nancy á las órdenes del mariscal Pelissier no podría resistir un ataque de Prusia y de los demás Estados de la Confederación germánica.

Se ha censurado con frecuencia á Napoleón III por haberse detenido á la mitad de la lucha, suponiéndose que si la hubiera continuado habría podido contar con el apoyo cierto de Rusia. Vamos á reproducir un despacho que prueba que esto es un grave error. El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía el 25 de junio al conde Walewski: «La noticia de la movilización de seis cuerpos del ejército prusiano ha producido la más desagradable impresión al gabinete ruso. El príncipe Gortschakoff no ha disimulado que estaba muy alarmado. La intención de Prusia es llevar un ejército al Rhin y otro al Mein. El príncipe deduce de esto que para evitar la terrible extremidad de una guerra con Alemania debemos apresurarnos á entablar negociaciones. Desea ardientemente que éstas puedan abrirse sobre bases justas, á propósito para asegurar una paz duradera y en relación con los votos legítimos de Italia, el interés de Europa y la situación de las partes beligerantes. Está íntimamente convencido de que si la guerra se prolonga se hará general; prevé que

en nuestras operaciones ulteriores nos será difícil no penetrar en el territorio germánico. En esta situación llena de peligros incalculables, el gabinete de San Petersburgo confía en la moderación de que el emperador ha dado tantas pruebas y que debe ser fácil después de la victoria. — Si Francia consiente en negociar, dice el príncipe Gortschakoff, encontrará en nosotros un apoyo para sus miras; de lo contrario, sólo nos restará resignarnos tristemente y abstenernos.»

El emperador Alejandro II procedió con franqueza y lealtad. Envió á Napoleón III el conde Schuwaloff, portador de una carta en la que trazaba el cuadro más exacto de la situación.

El general Fleury escribía desde Valeggio el 1.º de julio: «Tenemos aquí un recién llegado al cuartel general, el joven conde Schuwaloff, ayudante de campo del emperador de Rusia, portador de una carta autógrafa de su soberano, y que viene á estudiar las operaciones de la campaña. Es un joven coronel simpático muy inteligente y del cual se puede sacar algo. Me ha dicho que había visto á su paso por Berlín á la gran duquesa Elena y que había sabido por ella que el príncipe de Prusia estaba positivamente envidioso de los laureles y de la influencia del emperador Napoleón; que pasaba el tiempo estudiando el mapa, clavando en él alfileres y preparándose para ser á su vez un gran guerrero.... En cuanto al auxilio efectivo é inmediato que el público había creído deber encontrar en Rusia contra Austria, hay que renunciar completamente á él.... ¡Cuidado con la guerra general; y entonces, cuidado con Inglaterra y sobre todo cuidado con la revolución y el abandono de Francia!»

El conde Walewski se había opuesto siempre á la guerra y hacía toda clase de esfuerzos por decidir al emperador á ponerle fin, enviándole al efecto los informes más alarmantes. Todos los representantes de Francia en Berlín, en Francfort y en los Estados secundarios de Alemania estaban unánimes en presentar la situación como muy amenazadora. Las pasiones de 1813 revivían. Todo cuanto Napoleón intentara para tranquilizar á los alemanes había resultado inútil. El príncipe de Prusia no cesaba de decir que el emperador engañaba á todo el mundo y que el deber de los prusianos y de todos los alemanes era prepararse á hacer frente al peligro. Todos los Estados de la Confederación se pronunciaban contra Francia, y habría sido imposible encontrar en ninguno de ellos la menor simpatía por la causa italiana.

En la crisis general que parecía inminente, ¿podían contar al menos los italianos con los ingleses? De ningún modo. El 10 de junio, el ministerio tory presidido por lord Derby había sido derribado por una votación contraria de la Cámara, y reemplazado por un ministerio whig, en el cual lord Palmerston era primer ministro y lord John Russell jefe del *Foreign-Office*. Los italianos, al ver en el poder á estos dos campeones de su causa, se habían forjado grandes ilusiones y confiado en que tal vez las escuadras de Inglaterra fuesen á ayudarles á libertar á Venecia. En el momento en que se hacía pública la votación de la Cámara de los Comunes que había derribado al ministerio tory, vióse en los pasillos el

marqués Manuel d'Azeglio lanzar su sombrero al aire y prorrumpir en exclamaciones de alegría. «Jamás se hubiera creído, ha dicho lord Malmesbury, que un embajador, por más que fuera italiano, pudiera permitirse tales extravagancias.» A los pocos días, el marqués, lleno de confianza todavía, exponía á lord Palmerston el plan de un reino de Italia compuesto de la Lombardía, el Véneto, las Romañas y los Ducados. El primer ministro se limitó á contestar: «El asunto está en saber si Francia querrá constituir á su lado una segunda Prusia.»

A Napoleón y Víctor Manuel, amenazados por Alemania, no se les había ocurrido ni por un momento contar con el apoyo armado de Inglaterra. ¿Podían contar al menos con su apoyo moral? Tampoco. Una vez terminada la lucha, las demostraciones italianas debían ser tumultuosas en Londres; mas durante la guerra, como antes de ella, no se levantó una sola voz en la Gran Bretaña para pedir la abolición de los tratados de 1815, cuyo mantenimiento pedían la reina, el príncipe Alberto, y los whigs lo mismo que los torys. Nadie pensaba que ondeara el pabellón inglés en el Adriático para ayudar á la liberación de Venecia.

Napoleón III, demasiado inclinado á creer en las disposiciones amistosas de Inglaterra, se figuró que le ayudaría, ya que no á continuar la guerra, por lo menos á hacer la paz. Confió en que su antiguo amigo lord Palmerston le prestaría su auxilio y procuraría sacarle de una situación que cada día se hacía más crítica. Hizo que su embajador el conde de Persigny explorara el terreno, y éste le indicó, sólo como sugestión personal, un proyecto de arreglo que confería la Lombardía al Piamonte y creaba en favor de un archiduque un reino separado que comprendía el Véneto y el ducado de Módena. «Estas combinaciones, le dijo lord Palmerston, desagradarán á entrambas partes. Los austriacos no cederán el Véneto que todavía ocupan. Los italianos esperan la libertad completa de su país y no creerán haberla conseguido mientras reine un archiduque en Venecia y en Módena.» En suma, que se disipó pronto la esperanza de la mediación inglesa.

Lord Palmerston, antes gran admirador de Napoleón III, había llegado á sentir contra él las desconfianzas de Alemania y á hablar desdeñosamente de su política. «Su cabeza, decía, es como una conejera, en la que se renuevan las ideas tan de continuo como los conejos.» A las gestiones del conde de Persigny respondía en tono que no tenía nada de benévolo: «Si al emperador le parece la guerra demasiado larga y la tarea en extremo ruda, que haga sus proposiciones personales, formales, al emperador de Austria y no nos pida que asumamos la responsabilidad de sus sugestiones.» Iba á seguirse este consejo más pronto de lo que el estadista inglés hubiera creído. Viendo Napoleón que no podía esperar nada de Londres, resolvió dirigirse directamente al emperador de Austria y hacer bruscamente la paz cuando todo el mundo creía en la continuación de la guerra. Le gustaban las cosas imprevistas así como los efectos teatrales.

LVII

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA

Napoleón III conocía el antiguo adagio: *Si vis pacem, para bellum*. «Si quieres la paz, apercíbete para la guerra.» En el mismo momento en que deseaba una solución pacífica, cuidaba de ocultar á todo el mundo el fondo de su pensamiento y hacía con más actividad que nunca sus aprestos bélicos. Lejos de disminuir sus efectivos, los aumentaba. Su ejército se reforzaba diariamente en el Mincio. Además del cuerpo del príncipe Napoleón que acababa de reunirse, se aguardaba una división de Francia. El ministro de la Guerra había transmitido el 1.º de julio una orden al efecto al mariscal Castellane, el cual designó la división del general Hughes para destacarse del ejército de Lyon y juntarse en Brescia con el ejército de Italia, con el encargo de cubrir los desfiladeros de los Alpes, sirviendo de reserva á Garibaldi y á Cialdini.

El ejército aliado estaba convencido de que iba á acometer de frente el formidable cuadrilátero que, formado por las cuatro ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnago, constituye una de las posiciones estratégicas más fuertes del mundo entero. Se había iniciado ya el sitio de Peschiera, situada junto al Mincio, en el punto en que este río sale del lago de Garda á veinticuatro kilómetros de Verona. El asedio era completo en la orilla izquierda y se empezaba en la derecha el trabajo de la línea de contravalación.

El emperador pasaba los días visitando los puntos más avanzados ocupados por sus tropas y vigilando los trabajos que los artilleros é ingenieros ejecutaban en el Mincio. Por todas partes se le veía informándose por sí mismo de los menores detalles. Durante toda la campaña mostró una igualdad de humor inalterable, suma benevolencia para los jefes del ejército é incesante solicitud por la suerte de los oficiales y de los soldados. Soportando muy bien la fatiga, daba á todos buen ejemplo. Su amabilidad y cortesía inspiraban cariño y respeto. Pero la situación sanitaria no dejaba de disgustarle. A principios de julio había veinticinco mil enfermos en los hospitales ó enfermerías. Habíase trasladado á Génova gran número de prisioneros austriacos y Napoleón mandó que se les tratara con toda consideración y que se anticipara dinero á los oficiales que lo necesitaban. El sentimiento que le causaban las calamidades de la guerra y su deseo de atenuarlas se hacía patente en todas ocasiones. Como un enviado del emperador de Austria se presentara á reclamar los restos mortales del príncipe de Wui-

marqués Manuel d'Azeglio lanzar su sombrero al aire y prorrumpir en exclamaciones de alegría. «Jamás se hubiera creído, ha dicho lord Malmesbury, que un embajador, por más que fuera italiano, pudiera permitirse tales extravagancias.» A los pocos días, el marqués, lleno de confianza todavía, exponía á lord Palmerston el plan de un reino de Italia compuesto de la Lombardía, el Véneto, las Romañas y los Ducados. El primer ministro se limitó á contestar: «El asunto está en saber si Francia querrá constituir á su lado una segunda Prusia.»

A Napoleón y Víctor Manuel, amenazados por Alemania, no se les había ocurrido ni por un momento contar con el apoyo armado de Inglaterra. ¿Podían contar al menos con su apoyo moral? Tampoco. Una vez terminada la lucha, las demostraciones italianas debían ser tumultuosas en Londres; mas durante la guerra, como antes de ella, no se levantó una sola voz en la Gran Bretaña para pedir la abolición de los tratados de 1815, cuyo mantenimiento pedían la reina, el príncipe Alberto, y los whigs lo mismo que los torys. Nadie pensaba que ondeara el pabellón inglés en el Adriático para ayudar á la liberación de Venecia.

Napoleón III, demasiado inclinado á creer en las disposiciones amistosas de Inglaterra, se figuró que le ayudaría, ya que no á continuar la guerra, por lo menos á hacer la paz. Confió en que su antiguo amigo lord Palmerston le prestaría su auxilio y procuraría sacarle de una situación que cada día se hacía más crítica. Hizo que su embajador el conde de Persigny explorara el terreno, y éste le indicó, sólo como sugestión personal, un proyecto de arreglo que confería la Lombardía al Piamonte y creaba en favor de un archiduque un reino separado que comprendía el Véneto y el ducado de Módena. «Estas combinaciones, le dijo lord Palmerston, desagradarán á entrambas partes. Los austriacos no cederán el Véneto que todavía ocupan. Los italianos esperan la libertad completa de su país y no creerán haberla conseguido mientras reine un archiduque en Venecia y en Módena.» En suma, que se disipó pronto la esperanza de la mediación inglesa.

Lord Palmerston, antes gran admirador de Napoleón III, había llegado á sentir contra él las desconfianzas de Alemania y á hablar desdeñosamente de su política. «Su cabeza, decía, es como una conejera, en la que se renuevan las ideas tan de continuo como los conejos.» A las gestiones del conde de Persigny respondía en tono que no tenía nada de benévolo: «Si al emperador le parece la guerra demasiado larga y la tarea en extremo ruda, que haga sus proposiciones personales, formales, al emperador de Austria y no nos pida que asumamos la responsabilidad de sus sugestiones.» Iba á seguirse este consejo más pronto de lo que el estadista inglés hubiera creído. Viendo Napoleón que no podía esperar nada de Londres, resolvió dirigirse directamente al emperador de Austria y hacer bruscamente la paz cuando todo el mundo creía en la continuación de la guerra. Le gustaban las cosas imprevistas así como los efectos teatrales.

LVII

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA GUERRA

Napoleón III conocía el antiguo adagio: *Si vis pacem, para bellum*. «Si quieres la paz, apércibete para la guerra.» En el mismo momento en que deseaba una solución pacífica, cuidaba de ocultar á todo el mundo el fondo de su pensamiento y hacía con más actividad que nunca sus aprestos bélicos. Lejos de disminuir sus efectivos, los aumentaba. Su ejército se reforzaba diariamente en el Mincio. Además del cuerpo del príncipe Napoleón que acababa de reunirse, se aguardaba una división de Francia. El ministro de la Guerra había transmitido el 1.º de julio una orden al efecto al mariscal Castellane, el cual designó la división del general Hughes para destacarse del ejército de Lyon y juntarse en Brescia con el ejército de Italia, con el encargo de cubrir los desfiladeros de los Alpes, sirviendo de reserva á Garibaldi y á Cialdini.

El ejército aliado estaba convencido de que iba á acometer de frente el formidable cuadrilátero que, formado por las cuatro ciudades de Peschiera, Mantua, Verona y Legnago, constituye una de las posiciones estratégicas más fuertes del mundo entero. Se había iniciado ya el sitio de Peschiera, situada junto al Mincio, en el punto en que este río sale del lago de Garda á veinticuatro kilómetros de Verona. El asedio era completo en la orilla izquierda y se empezaba en la derecha el trabajo de la línea de contravalación.

El emperador pasaba los días visitando los puntos más avanzados ocupados por sus tropas y vigilando los trabajos que los artilleros é ingenieros ejecutaban en el Mincio. Por todas partes se le veía informándose por sí mismo de los menores detalles. Durante toda la campaña mostró una igualdad de humor inalterable, suma benevolencia para los jefes del ejército é incesante solicitud por la suerte de los oficiales y de los soldados. Soportando muy bien la fatiga, daba á todos buen ejemplo. Su amabilidad y cortesía inspiraban cariño y respeto. Pero la situación sanitaria no dejaba de disgustarle. A principios de julio había veinticinco mil enfermos en los hospitales ó enfermerías. Habíase trasladado á Génova gran número de prisioneros austriacos y Napoleón mandó que se les tratara con toda consideración y que se anticipara dinero á los oficiales que lo necesitaban. El sentimiento que le causaban las calamidades de la guerra y su deseo de atenuarlas se hacía patente en todas ocasiones. Como un enviado del emperador de Austria se presentara á reclamar los restos mortales del príncipe de Wui-

dischgraetz, muerto gloriosamente en Solferino, le recibió con la mayor benevolencia y le encargó que diera las gracias al emperador Francisco José por el buen trato que dispensaba á los prisioneros franceses.

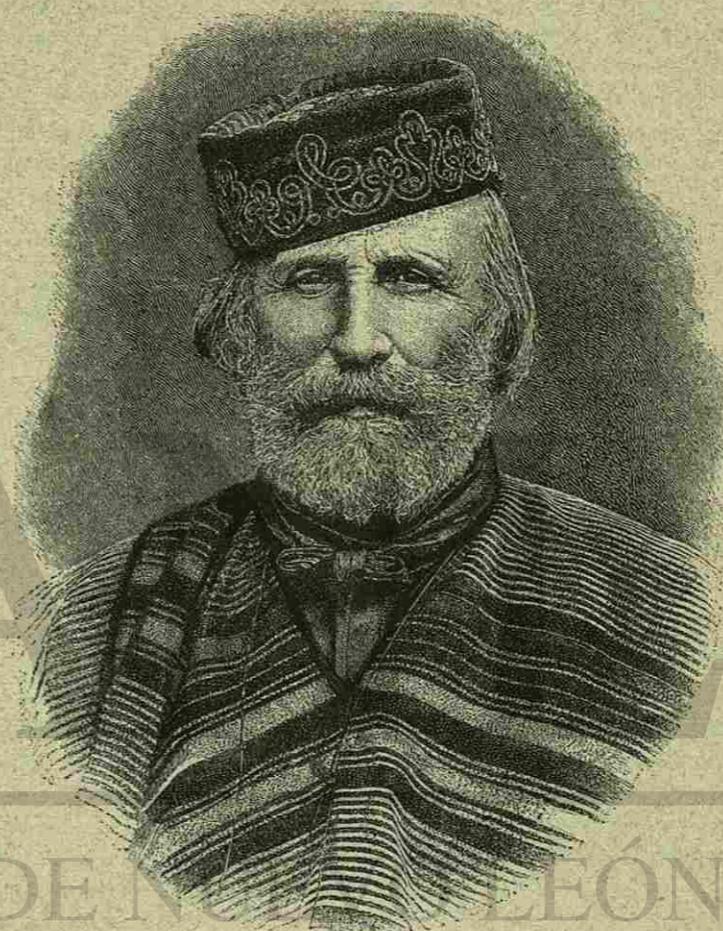
Pero todavía no se creía que los sentimientos humanitarios de Napoleón le hicieran dejar las armas mientras no ejecutara por completo su programa: la Italia libre desde los Alpes hasta el Adriático. Véase que se acercaba el momento en que, según todas las previsiones, se atacaría á Austria por mar y por tierra á la vez, y los marinos creían que ellos también iban á desempeñar un gran papel. En el Adriático, una escuadra de bloqueo, compuesta de seis navíos de línea, dos fragatas de hélice, dos corbetas y varios transportes, estaba á las órdenes del vicealmirante Romain-Desfossés, y desde el 1.º de junio el contraalmirante Jurién de la Gravière bloqueaba á Venecia con cuatro barcos. El emperador había resuelto además que á la escuadra de bloqueo se agregase otra de sitio, cuyo mando se confió al contraalmirante Bouet-Willameuz y la cual se componía de tres baterías flotantes y de veintiuna cañoneras.

Napoleón había designado como base de operaciones de la escuadra la isla de Lossini, cuyo puerto en el Adriático es un excelente abrigo para los buques. Esta isla, situada á veinte leguas de Venecia, en el extremo del archipiélago de Quarnero, es casi el punto central entre Venecia, Trieste, Pola, Fiume y Zara, que son los principales establecimientos marítimos en el Adriático. El 3 de julio, la escuadra francesa mandada por el vicealmirante Romain-Desfossés ocupaba la isla de Lossini, sin que los austriacos opusieran resistencia.

La escuadra, llena de ardor y confianza en sí misma, creía que iba á forzar los canales de Venecia, á penetrar en las lagunas y á apoderarse de los fuertes que defienden la ciudad. De las tres entradas principales que dan acceso á la ciudad de los dux por el lado del mar, el Lido, Malamacco y Chioggia, esta última estaba designada ya como punto de ataque. El general Wimpfer, nombrado general de división después de la batalla de Magenta, había sido designado para mandar un cuerpo de todas las armas destinado á practicar un desembarco en las costas del Adriático. Llegado á Rimini por Liorna y Florencia, se había puesto inmediatamente en relación con la escuadra, que sólo aguardaba una señal para comenzar el ataque. Los venecianos partidarios de Víctor Manuel estaban llenos de júbilo y de esperanza.

Todo parecía preparado para una acción general y decisiva. El tren de batir destinado á las operaciones contra el cuadrilátero se completaba. El 3 de julio las primeras piezas estaban en Pozzolongò: al mismo tiempo el ferrocarril transportaba hasta Desenzano lanchas cañoneras desmontadas que debían contribuir al sitio de Peschiera.

En resumen, las combinaciones dispuestas por el emperador para atacar el Véneto eran las siguientes: 1.ª, por el ala izquierda amenazar la derecha austriaca y molestar la línea del alto Adigio con las operaciones de Garibaldi y del ge-



JOSÉ GARIBALDI

Jefe del partido republicano en Italia

neral Cialdini en las montañas; 2.ª, por el ala derecha hacer que la escuadra se apoderase de Venecia y desembarcar allí un fuerte destacamento que, bajo la protección del fuerte de Malghera y de los buques franceses, pudiera hacer incursiones sobre la línea de retirada del ejército austriaco; 3.ª, en el centro, con Peschiera por punto de apoyo y la intervención de trescientas piezas de sitio, comenzar el asedio de Verona.

El día 6 de julio, todos los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército, así como los de artillería y de ingenieros, recibieron del emperador una orden de movimiento precisa y detallada. Todo estaba previsto minuciosamente. Jamás cumplió el monarca con mayor celo y conciencia su cometido de general en jefe. La orden de movimiento, fechada en Valeggio, comenzaba así: «El sitio de Peschiera es una operación á la que atribuyo gran interés; pero es obvio que no podemos emprenderla con seguridad sino después de haber rechazado un ataque de los austriacos. Según los informes que recibo, es muy probable que mañana nos ataque por el frente y por el flanco el ejército salido de Verona y además otro llegado del alto Adigio. Ya esta mañana los austriacos han ocupado á Pastrengo. Es, pues, conveniente que mañana al rayar el día las tropas tomen posición.» El emperador indicaba en seguida el puesto asignado á cada cuerpo de ejército. La orden de movimiento terminaba así: «No se llevará ningún bagaje. Se llenarán las cantimploras de agua mezclada con aguardiente, y se dejará un batallón para guardar los campamentos. Los soldados llevarán sus morrales, en los cuales no pondrán más que galleta y cartuchos. Todos dejarán sus capotes en el campamento y no llevarán más que chaqueta. Cuando se descubra al enemigo, se romperá el fuego de cañón. Las líneas de la infantería estarán situadas, cuando el terreno lo permita, alternativamente en batallones desplegados y en batallones en columnas dobles. No se hará fuego graneado inútil, y mientras los batallones desplegados lo hagan por filas, los demás tocarán paso de ataque y acometerán al enemigo á la bayoneta.»

Parecía segura é inminente una gran batalla.

LVIII

EL ARMISTICIO

El 6 de julio Napoleón había practicado un largo reconocimiento en las alturas de Somma Compagna. Oigamos al general Fleury, que acompañaba al monarca: «Hacía un calor horrible; el emperador parecía caviloso, preocupado. La atmósfera estaba pesada, y todo hacía presagiar grandes dificultades para los prolongados sitios que nos aguardaban..... Apenas llegamos á Valeggio y nos apeamos del caballo, cuando el mariscal Vaillant, jefe de Estado mayor general, me mandó llamar. — Trátase de desempeñar una misión delicada y se necesita un hombre de iniciativa para ella, me dijo. El emperador os envía á Verona, estad dispuesto á partir dentro de diez minutos, preparad el carruaje é id á ver á S. M., que os aguarda.»

Al punto encargó el general una silla de posta, un postillón á caballo que la guiara, y un trompeta de guías que daría el toque de parlamento al llegar á las avanzadas. Luego, subiendo á la habitación del emperador, que estaba con el rey Víctor Manuel, les dijo que estaba pronto á marchar. Napoleón le dijo entonces: «Aquí tenéis una carta que vais á llevar al emperador de Austria..... En ella apelo á sus sentimientos humanitarios y le propongo que se suspendan las hostilidades para dar tiempo á la diplomacia de negociar las condiciones de la paz.» Y añadió: «Necesito que el embajador sea amable é inteligente. Por eso os he escogido.»

El general Fleury tenía todas las condiciones necesarias para desempeñar el cometido que se le confiaba. Cortés, simpático, dotado de tacto, nacido para la diplomacia tanto como para la carrera de las armas, era cortesano en la mejor acepción de la palabra. Agradó á todos los soberanos á quienes trató. Personalmente, habría ganado algo en la continuación de la guerra; pero comprendía su peligro como lo comprendían los hombres que estaban al corriente de la situación diplomática, y sabía muy bien que si Napoleón III continuaba una lucha con Austria sostenida por toda la Alemania, se exponía, en caso de derrota, á perder la corona. El general deseaba, pues, ardientemente el buen éxito de su misión. Conocemos los detalles por las cartas que escribió á su mujer.

Partió el 6 de julio de Valeggio á las siete de la noche, acompañado de su ayudante de campo, M. de Verdière, en un carruaje de la posta imperial. En la trasera iban un lacayo y un trompeta de guías que llevaba una bandera de par-

lamento. Luego que hubo traspuesto las grandes guardias francesas, le escoltaron algunos soldados de infantería austriacos, y después varios uhlanos. A los pocos momentos, el carruaje pasaba por el puente levadizo de Verona y entraba en la ciudad, en cuyas calles alumbradas por el gas había paisanos y oficiales, maravillados todos de ver pasar un coche con las armas del emperador de los franceses. Al llegar al palacio en que residía Francisco José, el general fué recibido cortésmente por el feldmariscal de Hesse y el conde de Grünne, primer ayudante de campo y caballerizo mayor del soberano. El emperador, que estaba ya acostado, le envió á decir que iba á levantarse y que le recibiría al poco rato. Y en efecto, al cuarto de hora, se presentaba Francisco José.

La carta de Napoleón III, escrita en términos elevados y caballescicos, era muy á propósito para agradar al joven monarca, quien después de leerla dijo: «Querido general, me traéis aquí una cosa muy grave, por lo cual no puedo contestaros en seguida; necesito pensarlo; tened la bondad de aguardar hasta mañana por la mañana á las ocho.» El general contestó: «Estoy á las órdenes de V. M.» Luego pidió permiso para exponer las consideraciones que militaban en favor del armisticio y concluyó así: «Cualquiera que sea la decisión de V. M., me permitirá decir cuán urgente es que la respuesta sea pronta cuando sepa lo que tal vez ignore, esto es, que la escuadra francesa ocupa en este momento la isla de Lossini, y que á la primera señal empezarán los ataques en el litoral del Véneto. Un cuerpo expedicionario de cuatro mil hombres mandado por el general Wimpffen se ha reunido ya con el almirante Romain-Desfossés.»

«En efecto, contestó el emperador, acabo de recibir la noticia de la ocupación de la isla de Lossini por las tropas francesas. Pero no he recibido nada oficial de las cortes, y necesito reflexionar. Mañana por la mañana os daré mi contestación.»

En rigor, Francisco José corría menos riesgo en continuar la guerra que Napoleón, porque aunque resultara completamente vencido, el soberano de una monarquía tan antigua como Austria no estaba expuesto á perder su trono, al paso que el emperador de los franceses, jefe de una dinastía reciente, necesitaba para sostenerse ser siempre afortunado. Si Francisco José se decidió por la paz, fué sin duda á causa de la repulsión que le inspiraba la política del gabinete de Berlín. Conocía por una parte que, para lograr buen resultado, le era indispensable el apoyo de Prusia, y por otra parte le habría disgustado deber algo á aquella potencia rival, cuya codicia temía. Todo cuanto podía aumentar la influencia y favorecer la ambición de los Hohenzollern despertaba la desconfianza instintiva del jefe de la casa de Hapsburgo.

Añádase á esto que lo mismo que á Napoleón III había impresionado vivamente al monarca austriaco el aspecto lamentable de los campos de batalla, y que su carácter, esencialmente humano y generoso, le hacía desear ardentemente el fin de tantas calamidades.

Y cosa curiosa de observar: la guerra, que acababa de hacer correr torrentes

de sangre, no había creado entre los dos soberanos ninguna animosidad personal, y aun en lo más recio de la lucha no habían pronunciado una sola palabra amarga el uno contra el otro.

El general Fleury se preguntaba con ansiedad cuál sería la respuesta que le daría el emperador Francisco al día siguiente. Objeto de las atenciones del mariscal de Hesse y de los oficiales del cuarto militar, pasó la noche en el cuarto del conde de Grünne, que éste le cedió cortésmente. A las cinco de la mañana entró en él el príncipe Ricardo de Metternich, hijo del ilustre canciller. El príncipe tenía entonces treinta años; muy apreciado del emperador austriaco, servía de medianero entre él y el ministro de Negocios extranjeros. Había pertenecido á la embajada de Austria en París, y durante aquel tiempo estuvo en relaciones amistosas con el general Fleury. «Si, como espero, le dijo éste, la paz sale del armisticio, no deseo más que una cosa, y es veros embajador en Francia.» El deseo debía realizarse.

A las ocho de la mañana, Francisco José llamó al enviado de Napoleón III y le leyó su contestación, llena de nobleza y dignidad. Aceptaba el armisticio y rogaba al emperador de los franceses que designara sitio en donde pudieran discutirse las condiciones de paz. Después de cerrar la carta, expresó el deseo de que se avisara inmediatamente á la escuadra francesa la suspensión de hostilidades que iba á ratificarse. El general Fleury, que había recibido de antemano la autorización necesaria de Napoleón, accedió en el acto al deseo del emperador austriaco, y en la misma mesa de éste escribió al almirante Romain-Desfossés que tenía que darle contraorden. Esta carta, enviada inmediatamente á Venecia al gobernador general del Véneto, fué entregada el mismo día al contraalmirante Jurién de la Gravière, que cruzaba por las aguas venecianas, y transmitida al almirante Romain-Desfossés, que se quedó admirado de recibirla al día siguiente, en el mismo momento en que se proponía zarpar de la isla de Lossini y atacar á Venecia con la escuadra entera.

Dejemos la palabra al general Fleury: «La actitud y modo de ser del emperador de Austria me han cautivado. Sabiendo cuán adicto soy al emperador, ha entrado en detalles íntimos, preguntándome por su salud, por sus costumbres, y todo con una deferencia que me ha complacido mucho. En seguida hemos hablado largamente de la batalla, y luego me he despedido de él. A los pocos momentos, uno de los ayudantes de campo ha venido á decirme que S. M., sabedor de que me acompañaba mi ayudante de campo, deseaba verle, y Verdieri tuvo el honor de ser presentado á él.» El general Fleury, muy lisonjeado con esta atención y conservando á Francisco José un recuerdo de respeto y de gratitud, regresó á Valeggio, no ya como parlamentario, sino como mensajero de su soberano, con los cristales de su carruaje echados, las cortinillas levantadas y los uhlanos constituyendo una escolta de honor. En la aldea de Santa Lucía brindó con un general austriaco por la próxima paz y por la gloria de las dos naciones. A las once de la mañana llegaba á las avanzadas francesas.

Todas las tropas estaban sobre las armas desde el amanecer. A las cuatro de la mañana, Napoleón había recorrido con su Estado mayor las diferentes líneas para dirigirse á la izquierda del segundo cuerpo mandado por el mariscal Canrobert, el cual ocupaba el espacio comprendido entre Valeggio y las colinas de Venturelli. Luego, vigilando la ejecución de las órdenes que había dado la víspera, recorrió todas las crestas guarnecidas por los diferentes cuerpos de ejército.

Ni el 4 de junio, día de la batalla de Magenta, ni el 24, día de la de Solferino, habían sospechado las tropas que se trabaría una lucha general. En cambio el 8 de julio todos creían que iba á reñirse una gran batalla. Nadie suponía la misión pacífica del general Fleury, y cuando éste regresaba de Verona á las once y media de la mañana, las tropas no podían explicarse por qué no habían chocado aún con el enemigo.

El general Fleury cuenta de este modo su llegada al cuartel general de Napoleón en Valeggio: «Se me aguardaba con viva impaciencia, de suerte que cuando dije: «Buenas noticias» y me llevé la mano al bolsillo para sacar la carta de que era portador, vi cuánto complacía al emperador la certeza de obtener una respuesta. Por más que recobró su calma habitual después de esta primera emoción que no había podido dominar, sorprendí en sus facciones, como un fulgor, la impresión de un gran alivio y de verdadera satisfacción. Le entregué la carta del emperador de Austria, que leyó con afán, y le referí todas las peripecias de mi misión. Bueno y afectuoso como siempre, me dió las gracias elogiándome del modo más lisonjero.»

A eso de la una, el ejército recibió con gran sorpresa la orden de abandonar sus posiciones de combate y volver á sus acantonamientos.

La aldea de Villafranca, situada á la mitad del camino entre Valeggio y Verona, fué la indicada como el punto en que se verían los delegados encargados de estipular las condiciones del armisticio. Eran, por Austria, el feldmariscal barón de Hess, jefe de Estado mayor del ejército austriaco, y el general conde de Mensdorff-Pouilly; por Francia, el mariscal Vaillant, mayor general del ejército francés, y el general de Martimprey, y por Cerdeña, el teniente general conde della Rocca, primer ayudante de campo del rey Víctor Manuel, y el mayor general del ejército sardo.

Los delegados se reunieron en Villafranca el 8 de julio y estipularon las condiciones del armisticio. El artículo 1.º del convenio establecía la suspensión de hostilidades. En el 2.º se disponía que esta suspensión duraría sin denuncia hasta el 15 de agosto, y por consiguiente que se romperían de nuevo las hostilidades sin previo aviso el 16 de agosto al mediodía. Los trabajos de ataque y de defensa de Peschiera quedarían en el mismo estado en que se encontraban actualmente. El convenio indicaba las líneas de demarcación que los ejércitos debían observar estrictamente. Las hostilidades cesarían inmediatamente, así por tierra como por mar, y los buques mercantes, sin distinción de bandera, podrían circular libremente por el Adriático.

El convenio, firmado el 8 de julio por los delegados de las tres potencias, fué ratificado aquel mismo día por los tres soberanos.

Al día siguiente Napoleón III anunciaba á las tropas el armisticio en esta orden del día fechada en su cuartel imperial de Valeggio:

«Soldados:

»El 8 de julio se ha pactado una suspensión de hostilidades, que durará hasta el 15 de agosto próximo, entre las partes beligerantes. Esta tregua os permitirá descansar de vuestros gloriosos trabajos, y cobrar, si es preciso, nueva fuerza para continuar la obra que tan brillantemente habéis inaugurado con vuestro valor y abnegación. Regreso á París y dejo el mando interino de mi ejército al mariscal Vaillant, mayor general; pero tan luego como suene la hora de los combates, me veréis en medio de vosotros para compartir vuestros peligros.»

En el *Moniteur* de París se leía lo siguiente: «No se debe formar concepto equivocado sobre el alcance de la suspensión de hostilidades convenida entre el emperador de los franceses y el de Austria. Sólo es cuestión de una tregua entre los ejércitos beligerantes, que dejando el campo libre á las negociaciones, no puede hacer prever por el momento el fin de la guerra.»

El armisticio era para los franceses una sorpresa y para los piemonteses una decepción. Venecia, que había creído llegada la hora de su liberación, estaba inconsolable y el conde de Cavour furioso. Víctor Manuel, más político, disimulaba su descontento. Napoleón le dijo en Valeggio, para consolarle, que sólo se trataba de una tregua y que Austria rechazaría sin duda las proposiciones que se le hicieran. El rey reunió á sus generales en su cuartel general de Monzambano y les repitió las palabras de Napoleón. Sin embargo, Víctor Manuel no se hacía ilusiones: estaba persuadido de que el resultado de la entrevista que su poderoso aliado iba á tener con el emperador Francisco José sería una solución pacífica.

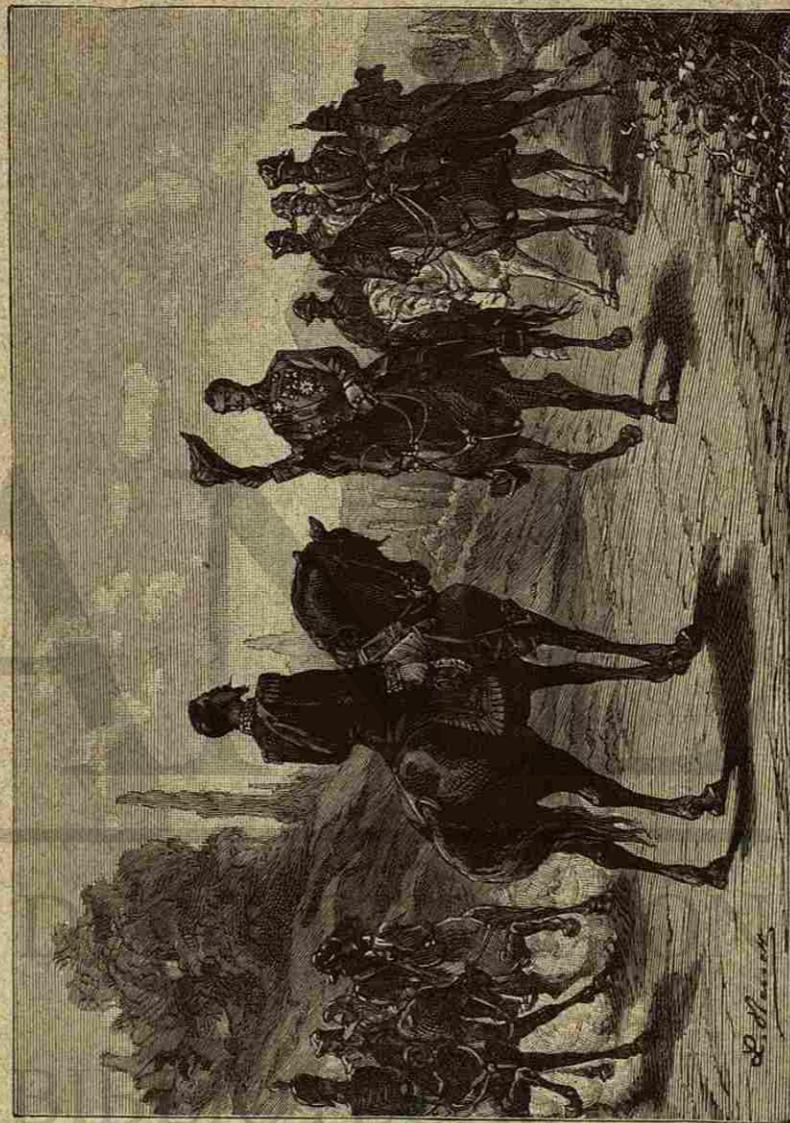
LA ENTREVISTA DE VILLAFRANCA

Habiendo ido el príncipe Alejandro de Hesse al cuartel general francés á conferenciar con Napoleón III, se supo que los dos monarcas se verían en la mañana del 11 de julio.

El general Fleury escribía el 10 á su esposa: «Creo que si el joven emperador de Austria ha accedido á la entrevista ha sido porque acepta las bases de las negociaciones. Esto, pues, significa la paz, el regreso del ejército de aquí á poco tiempo. La noticia es de gran importancia; es el efecto teatral de la moderación..... El emperador parece muy contento y todo el mundo también. Así es que ya no nos da en qué pensar la política. Lo principal está hecho y por tanto ya no nos incumbe. Te contaré lo mejor que me sea posible el resultado de la entrevista de mañana. Allí vamos todos los individuos del cuarto militar con dos escuadrones, uno de los cien guardias y otro de guías. Figúrate si nos prepararemos á ponernos guapos.» El general, que había sido coronel del regimiento de guías, añadía: «¡Mis pobres guías que no han tenido ocasión de dar una carga! Lo siento doblemente, primero porque no he podido lograr que Mirandole ascendiera á general, luego porque no he visto que mis muchachos alcanzasen alguna gloria.»

En la noche del 10 al 11, Francisco José envió á Vallengio al joven príncipe de Hohenlohe, uno de sus ayudantes de campo, para decir á Napoleón III que designara él mismo el traje con que SS. MM. y sus dos Estados mayores acudirían á la entrevista, así como el número y composición de sus escoltas. Quedó convenido que los monarcas y sus cuartos militares irían en traje de campaña y sus escoltas de gala. Los emperadores deberían estar en Villafranca á las nueve de la mañana del día 11.

11 de julio. — Napoleón III sale de Vallengio á caballo, acompañado del mariscal Vaillant y de su escolta. A las nueve llega á Villafranca, y como el emperador Francisco José todavía no se encuentra allí, Napoleón sigue adelante en dirección de Verona, queriendo por cortesía ir más allá del punto de la cita y salir al encuentro del emperador de Austria. Después de andar cosa de un kilómetro, vió á Francisco José que, como él, se acercaba al galope. Los monarcas se detienen, y después de saludarse militarmente, se dan la mano. Napoleón III, con el tacto habitual en él, se coloca á la izquierda del emperador de



ENTREVISTA DE LOS DOS EMPERADORES EN VILLAFRANCA

Austria, y ambos, acompañados de sus estados mayores y de sus escoltas, se encaminan á Villafranca. Llegados á la calle mayor de la población, se apean del caballo y suben al primer piso de una casa propia del Sr. Gaudini Morelli, donde se les ha preparado un saloncito. Las escoltas se forman en batalla en la calle á derecha é izquierda de la puerta de entrada.

Tal vez no haya habido otra entrevista tan importante como aquella desde la celebrada en Tilsitt entre Napoleón I y Alejandro I. De lo que se digan Francisco José y Napoleón III, de la impresión que mutuamente se produzcan, resultará la paz ó nuevas hecatombes, tal vez una conflagración general que se extienda á la mayor parte de Europa. Los emperadores entablan la conferencia con todo sosiego y cortesía, cual dos perfectos caballeros. El uno cumplirá veintinueve años el 18 de agosto; el otro ha cumplido cincuenta y uno el 20 de abril. Ambos han empuñado las riendas del gobierno en el mismo mes y año: uno subió al trono el 2 de diciembre de 1848, otro fué elegido presidente de la República el 10. Los dos tienen ya larga experiencia de los hombres y de las cosas, dolorosa en ciertos momentos, y los dos han hecho en su carrera penosas reflexiones sobre los caprichos de la suerte y las responsabilidades del rango supremo. Napoleón III no se presenta con el aire y el tono de vencedor: en su lenguaje no hay nada que parezca amenaza ó ultimátum. Le conmueven la juventud, las desgracias y la dignidad de su interlocutor, á quien en aquel momento debe parecerle el cetro bien pesado. Francisco José, por su parte, queda sorprendido por la dulzura del acento de Napoleón, por la afabilidad y la bondad que se retratan en su semblante. El emperador de los franceses no dicta condiciones; se limita á formular deseos, y propone la cesión de Lombardía á Cerdeña, la creación de un reino de Venecia bajo el cetro de un príncipe austriaco, el establecimiento de una Confederación italiana bajo la presidencia del Papa, la introducción de reformas en los Estados pontificios, y en fin, un Congreso para arreglar las cuestiones de detalle. «Deseo la paz, dijo entonces el monarca austriaco, y voy á dar á V. M. una prueba de confianza indicándole el límite de las concesiones que puedo hacer.... He perdido la Lombardía, pero no se la daré á Cerdeña: todo cuanto puedo hacer es cedérsela á Francia, que hará de ella lo que quiera. En cuanto al Véneto, lo ocupo todavía y no puedo abandonar lo que no ha sido conquistado; pero conozco que se han de introducir allí grandes mudanzas, y bajo mi cetro el Véneto quedará no tan sólo contento, sino feliz.»

Napoleón III no ha conquistado el Véneto; ni siquiera lo ha invadido, por lo cual no puede insistir, y se limita á proponer en principio que el Véneto forme parte de la Confederación italiana bajo la corona del emperador de Austria. Francisco José no opone objeción absoluta á esta Confederación cuya presidencia se confiaría al Padre Santo, pero no se fijaron los detalles de su organización. Consiente también en unirse á Francia para pedir reformas al Papa, si quiera formulando algunas dudas acerca de la urgencia y del modo de ponerlas

en práctica. Hay sin embargo una cosa en la que manifiesta empeño, y es la reintegración en sus Estados del gran duque de Toscana y del duque de Módena, asociados ambos á su suerte. Los dos príncipes son archiduques de Austria, y el sostenerlos es punto de honor para S. M. Imperial y Real apostólica. Napoleón III parece comprenderlo y promete hacer cuanto esté de su parte por que los dos príncipes continúen en sus Estados, concediendo una amnistía general y una constitución. Pero ¿cuál será el carácter de la intervención de los dos emperadores? ¿Debe ser puramente platónica ó llegará en caso necesario hasta á hacer uso de la fuerza? Insistir acerca de este punto, sería quizás poner en peligro el resultado de la entrevista. Nada quedó, pues, precisado. Los soberanos se declaran satisfechos de haber trazado las líneas principales de su concordia. Por el momento no piden nada más. Ante ellos había una mesa con papel, plumas y tintero, pero no escribieron nada, fiando en su buena fe y en su memoria. La entrevista no ha llegado á durar una hora.

Después de salir de la casa donde acaban de conferenciar, Francisco José y Napoleón se presentan mutuamente los oficiales de su cuarto militar. El monarca francés se muestra muy atento con el feldmariscal barón de Hess que, nacido en 1788, es un veterano del ejército austriaco.

Como Napoleón III, Francisco José no lleva por escolta más que dos escuadrones, uno de gendarmes de la corte y otro de uhlanos. El emperador de los franceses los revista y confiesa que son magníficos. El emperador de Austria, después de revistar el escuadrón de cien guardias y el de guías, hace de ellos grandes elogios.

El general Fleury ha escrito en sus *Recuerdos*: «Sospecho que en Francia no se volverán á ver tropas tan soberbias. Un nivel democrático pasa por todos los uniformes del ejército. Infantería, caballería, ingenieros, todo acaba por parecerse. Casi no se echa de ver que, so pretexto de simplificación en las contratas de vestuario, nuestros ministros de la Guerra — que se cambian todos los años — destruyen así el espíritu de cuerpo, ese amor propio del regimiento que, en un momento dado, engendraba prodigios.»

Queriendo Francisco José mostrarse tan cortés con Napoleón como éste se había mostrado con él saliendo á su encuentro más allá de Villafranca, por el camino de Verona, acompañóle cosa de un kilómetro por el camino de Villafranca á Valeggio. Los emperadores se despidieron amistosamente; de suerte que en el momento en que tantas víctimas acababan de ser arrojadas á las fosas comunes de los combatientes de los tres ejércitos, en el momento en que un gran número de enfermos y heridos padecían y morían en los hospitales donde estaban amontonados, los dos monarcas autores de la guerra se daban amistosamente la mano.

Al regresar á Valeggio, Napoleón III encontró á Víctor Manuel, á quien contó todo cuanto acababa de pasar. La brusca solución que no realizaba más que la mitad de las esperanzas del rey era para él una gran decepción. Pero aquel monarca, muy listo y hábil bajo su ruda corteza, era sobrado político para tratar de evitar lo inevitable. No hizo objeción ni recriminación alguna á su poderoso aliado, y se limitó á decirle: «Cualquiera que sea la decisión de V. M., estaré eternamente agradecido al emperador por cuanto ha hecho por la causa de la independencia italiana, y en toda circunstancia puede contar con mi fidelidad.»

En Villafranca no se había escrito nada. Napoleón III tomó en Valeggio un papel en el cual extendió las condiciones que, si no le era infiel la memoria, se habían convenido entre él y el emperador de Austria, y encargó al príncipe Napoleón que llevara aquel papel á Verona y se lo devolviera firmado por Francisco José. No era ya una simple formalidad, y Napoleón III temía que surgiesen dificultades cuando ya no se tratara de una conversación, sino de un compromiso escrito.

En París era costumbre tildar al primo del emperador por sus procederes demasiado democráticos. En el extranjero se mostraba siempre muy correcto, y cuando trataba con reyes ó príncipes, no había nada que censurar en sus modales ni en su lenguaje. Además era hombre inteligente, despejado, muy conocedor de las prácticas diplomáticas y de todos los usos de las Cortes. Al designarle el emperador para la importante y delicada misión que le confiaba, hacía una cosa grata para Víctor Manuel, que, conociendo las ideas y los sentimientos de su yerno con respecto á Italia, sabía muy bien que el príncipe haría todo cuanto pudiera por ella.

El tiempo apremiaba. Como lo ha escrito el mariscal Moltke en su historia de la campaña de Italia de 1859, «Prusia estaba completamente armada; había quedado terminada la movilización de los dos tercios de sus fuerzas militares; el resto estaba en pie de guerra. Las tropas marchaban ya á los primeros puntos de concentración, y no era ya un misterio que el 15 de julio debía empezar el transporte de los soldados por ferrocarril hacia el Rhin y que en poco tiempo se reuniría en sus orillas un ejército de doscientos cincuenta mil hombres y que

los contingentes de los demás Estados alemanes estaban prontos á unirse á ellos.»

El príncipe Napoleón, francés y Bonaparte por parte de padre, pero alemán por su madre, hija del primero de los reyes de Wurtemberg, conocía perfectamente la Alemania, donde se había criado, y sabía todo lo que se podía temer de ella. No se le ocultaron la extensión y la gravedad del peligro, y quería hacer todos los esfuerzos posibles para conjurarlo sin pérdida de tiempo.

Napoleón III había regresado á Valeggio á la una de la tarde. A las dos y media el príncipe Napoleón marchaba á Verona en un carruaje tirado por cuatro caballos de posta. Llegaba dos horas después y se presentaba en el cuartel general imperial austriaco. Francisco José le dió la mano afablemente y le llevó á su despacho. El príncipe ha comunicado los detalles de su entrevista al barón de Bazancourt que los ha reproducido en su notable historia de la campaña de Italia.

El emperador de Austria se expresó así: «Esta mañana he dado ejemplo de franqueza diciendo claramente al emperador Napoleón cuáles eran los límites de las concesiones compatibles con mi honor y los intereses de mi corona. Pero tened entendido que si tenéis una opinión pública á la que guardar consideraciones, yo también la tengo, y tanto más exigente cuanto que soy yo quien hace todos los sacrificios.»

El escrito redactado por Napoleón III contenía siete párrafos. Francisco José y el príncipe Napoleón los examinaron uno por uno.

I. *Los dos monarcas favorecerán la formación de una Confederación italiana.*

Este primer párrafo no suscitó objeción. La Confederación quedaba establecida en principio, y un Congreso determinaría su organización.

II. *Esta Confederación estará bajo la presidencia honoraria del Papa.*

Francisco José quiso que se suprimiera la palabra *honoraria*, pero el príncipe le decidió á conservarla.

III. *El emperador de Austria cede sus derechos sobre Lombardía al emperador de los franceses, que, según el deseo de los pueblos, los traspasa al rey de Cerdeña.*

Este tercer párrafo motivó serias discusiones.

Francisco José no aceptó las palabras: *según el deseo de los pueblos*. «Yo no conozco más que el derecho escrito en los tratados, dijo. En virtud de ellos, poseo la Lombardía: habiéndome abandonado la suerte de las armas, no tengo inconveniente en ceder esa provincia al emperador Napoleón, pero no quiero reconocer el deseo de las poblaciones, al que califico yo de derecho revolucionario. Emplead esas palabras con el rey de Cerdeña, no tendré nada que decir; pero ya comprenderéis que yo, como emperador de Austria, no puedo aceptar ese lenguaje.»

El príncipe Napoleón no insistió y las palabras *según el deseo de los pueblos* quedaron suprimidas.

Luego se suscitó otra cuestión más grave. El emperador de Austria declaró terminantemente que las dos plazas fuertes de Peschiera y Mantua no estaban comprendidas en la cesión de la Lombardía. «No puedo mandar que mi ejército evacue las plazas fuertes que ocupa y que ha conservado en su posesión, dijo; el honor me lo prohíbe. Si el ejército aliado se hubiese apoderado de Peschiera, comprendería que el emperador Napoleón quisiera conservar esa plaza; pero mis tropas están todavía en ella. Decid, pues, al emperador que aun cuando yo personalmente lo quisiera, me sería imposible ceder ninguna de mis fortalezas.»

IV. *El Véneto forma parte de la Confederación italiana, sin perjuicio de pertenecer á la corona del emperador de Austria.*

Este párrafo fué adoptado sin discusión.

V. *Los dos soberanos harán toda clase de esfuerzos, excepto el de recurrir á las armas, para que el gran duque de Toscana y el duque de Módena continúen en sus Estados, concediendo una amnistía general y una Constitución.*

Este era el punto delicado, y no era posible entenderse si no se precisaba nada.

Francisco José no admitió las palabras *excepto el de recurrir á las armas*, porque veía en ellas un llamamiento indirecto á la insurrección y un estímulo dado á los pueblos en la vía revolucionaria. Sabía, por otra parte, que Napoleón no quería en modo alguno hacer uso de la fuerza para reponer en su trono á los dos príncipes. Pero ¿cómo se efectuaría la restauración? Estábase en un callejón sin salida.

El emperador de Austria no llegó hasta el punto de exigir que los dos parientes por quienes mostraba tan vivo interés y que en el fondo, en su calidad de archiduques, eran considerados como sus lugartenientes, fuesen restablecidos en el trono por las bayonetas austriacas ó francesas. Pero dijo que el duque de Módena confiaba en poder ocupar de nuevo su ducado con el apoyo de algunos batallones que le habían permanecido fieles, y que el gran duque de Toscana no estaba lejos de entenderse con sus súbditos. Así pues, por el momento los emperadores deberían limitarse á reconocer el principio del restablecimiento de los príncipes.

VI. *Los dos soberanos pedirán al Padre Santo que introduzca en sus Estados las reformas necesarias y separe administrativamente la Legación del resto de los Estados de la Iglesia.*

Francisco José admitió las reformas, y aun reemplazó la palabra *necesarias* con la de *indispensables*, pero exigió la supresión de la segunda parte de la frase, porque, dijo, tan sólo un Congreso podía decidir si las Legaciones podían ser separadas administrativamente del resto de los Estados pontificios.

VII. *Se concede por una y otra parte amnistía plena y completa á las personas comprometidas con motivo de los últimos acontecimientos en los territorios de las partes beligerantes.*

Este último párrafo, que respondía á los sentimientos generosos de los dos emperadores, fué aceptado sin vacilación alguna.

Obsérvese que en ningún artículo se hablaba del duque de Parma. Como la duquesa regente, hermana del conde de Chambord, no había querido sujetarse nunca á la política austriaca, Francisco José no se creía obligado á defender los derechos del hijo de esta princesa. El príncipe Napoleón procuró, pues, decidirse á reconocer la anexión del ducado á Cerdeña, pero el emperador se contentó con decir: «No tratemos del ducado de Parma en estos preliminares. La duquesa regente no es princesa de mi familia; pero no puedo ceder Estados que no me pertenecen.»

La entrevista duraba ya más de dos horas sin que se hubiera llegado aún á un acuerdo sobre muchos puntos esenciales. El príncipe Napoleón hizo observar que había recibido de su soberano la orden de estar de regreso en Vaeggio á las diez de la noche lo más tarde. «Está bien, dijo entonces el emperador de Austria levantándose, pronto tendrás mi respuesta.» Y él mismo acompañó al príncipe al aposento que se le tenía preparado.

Sirvióse la comida á S. A. I., y dos oficiales del cuarto militar del emperador de Austria le hicieron compañía.

A las siete y media de la noche entró el soberano: «Aquí tenéis mi respuesta por escrito, dijo; podéis llevársela al emperador Napoleón.» El texto era el siguiente:

- 1.º Los dos soberanos favorecerán la creación de una Confederación italiana;
- 2.º Esta Confederación estará bajo la presidencia honoraria del Papa;
- 3.º El emperador de Austria cede al emperador de los franceses sus derechos sobre la Lombardía, á excepción de las fortalezas de Mantua y de Peschiera, de suerte que la frontera de las posesiones austriacas parta del radio extremo de la fortaleza de Peschiera y corra en línea recta á lo largo del Mincio hasta le Grazie; de allí á Scarzarola y Suzana en el Pó, desde donde las fronteras actuales continuarán formando los límites de Austria. El emperador de los franceses entregará el territorio cedido al rey de Cerdeña;
- 4.º El Véneto formará parte de la Confederación italiana, sin perjuicio de seguir perteneciendo á la corona del emperador de Austria;
- 5.º El gran duque de Toscana y el duque de Módena vuelven á sus Estados, otorgando una amnistía general;
- 6.º Los dos emperadores pedirán al Padre Santo que introduzca en sus Estados reformas indispensables;
- 7.º Se concede por una y otra parte amnistía plena y completa á las personas comprometidas con motivo de los últimos acontecimientos en los territorios de las partes beligerantes.

El príncipe Napoleón se persuadió de que ésta era la última resolución de Francisco José, quien no aceptaría modificación alguna en este texto. El prínci-

pe le pidió, pues, que lo firmara. «No puedo comprometerme respondió el monarca, si el emperador Napoleón no se compromete á su vez. Me es imposible firmar semejantes condiciones sin estar seguro de que él las admitirá.» El príncipe Napoleón contestó: «Señor, aseguro á V. M. bajo mi palabra de honor que mañana por la mañana recibiréis este mismo papel con ó sin la firma del emperador Napoleón.»

Francisco José se decidió entonces á firmar. Luego dijo: «Hago un gran sacrificio cediendo así una de mis más hermosas provincias. Pero si puedo entenderme con el emperador Napoleón sobre los asuntos de Italia, no habrá ya motivos de discordia entre nosotros.»

Eran las ocho. El emperador y el príncipe pasaron todavía juntos un rato, pero no hablaron ya de política. Luego Francisco José acompañó hasta lo alto de la escalera al primo de Napoleón III y le dió la mano diciéndole: «Hasta la vista, príncipe, y confío en que no será ya como enemigos.»

A las diez de la noche el príncipe Napoleón estaba de vuelta en Valeggio. Cuando el emperador leyó el documento firmado por Francisco José, iluminó su rostro un rayo de alegría y abrazó cordialmente á su primo. Al otro día firmaba á su vez el papel y lo devolvía con una carta autógrafa al emperador de Austria. Quedaban definitivamente ajustados los preliminares de la paz.

LXI

LA DIMISIÓN DEL CONDE DE CAVOUR

El hombre que habría deseado más vivamente la continuación de la guerra era el conde de Cavour. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, censuraba acremente su política revolucionaria. Este diplomático esencialmente conservador, muy hostil á los proyectos de unidad italiana, escribía el 8 de julio de 1859 al conde Walewski acerca del primer ministro piomontés que tan osadamente preparaba ya las anexiones: «La actividad devoradora de su imaginación, su ambición, la naturaleza aventurera de su genio, prevalecen casi siempre en él sobre los consejos de la razón. Sería, pues, incurrir en un lisonjero error, cualesquiera que fuesen las apariencias, si se creyera que M. de Cavour renuncia sinceramente á valerse de los medios más ó menos leales y regulares á los cuales ha apelado á menudo y que, fuerza es confesarlo, á veces le han dado buen resultado. Por mi parte no me hago ilusión alguna. Con frecuencia me he persuadido de mi impotencia y no conozco más que un medio verdaderamente formal que oponer á las impacencias y á las veleidades de M. de Cavour, y es la voluntad firme y categórica del emperador. Fuera de esto, no veo ningún remedio.»

Tan luego como el primer ministro supo por una carta del general La Marmora que el armisticio pactado era una larga tregua de la que podía resultar la paz, no disimuló su despecho ni su enojo, y marchó inmediatamente al campamento con la esperanza de hacer que el rey y el emperador desistieran de todo intento pacífico. Al rayar el alba del día 10 llegaba de Turín á Desenzano y durante el día á Monzambano, cuartel general del ejército sardo. Víctor Manuel estaba en la quinta Melchiarri, donde recibió al ministro cuya explosión de furor no le afectó en lo más mínimo. En vano fué que M. de Cavour suplicara á su señor que no aceptara una liberación incompleta, que llamase en su ayuda á toda Italia y continuara la lucha sin el apoyo de Napoleón III. Víctor Manuel se guardó mucho de seguir tan mal consejo. Aquel mismo día, el temerario ministro vió al príncipe Napoleón, que no le dió ninguna esperanza, y á pesar de sus instancias, no pudo conseguir que le recibiera el emperador. Al otro día procuró ver de nuevo al príncipe Napoleón, pero éste había ido á Verona para tratar con Francisco José acerca de los preliminares de la paz. Cavour tuvo no-

pe le pidió, pues, que lo firmara. «No puedo comprometerme respondió el monarca, si el emperador Napoleón no se compromete á su vez. Me es imposible firmar semejantes condiciones sin estar seguro de que él las admitirá.» El príncipe Napoleón contestó: «Señor, aseguro á V. M. bajo mi palabra de honor que mañana por la mañana recibiréis este mismo papel con ó sin la firma del emperador Napoleón.»

Francisco José se decidió entonces á firmar. Luego dijo: «Hago un gran sacrificio cediendo así una de mis más hermosas provincias. Pero si puedo entenderme con el emperador Napoleón sobre los asuntos de Italia, no habrá ya motivos de discordia entre nosotros.»

Eran las ocho. El emperador y el príncipe pasaron todavía juntos un rato, pero no hablaron ya de política. Luego Francisco José acompañó hasta lo alto de la escalera al primo de Napoleón III y le dió la mano diciéndole: «Hasta la vista, príncipe, y confío en que no será ya como enemigos.»

A las diez de la noche el príncipe Napoleón estaba de vuelta en Valeggio. Cuando el emperador leyó el documento firmado por Francisco José, iluminó su rostro un rayo de alegría y abrazó cordialmente á su primo. Al otro día firmaba á su vez el papel y lo devolvía con una carta autógrafa al emperador de Austria. Quedaban definitivamente ajustados los preliminares de la paz.

LXI

LA DIMISIÓN DEL CONDE DE CAVOUR

El hombre que habría deseado más vivamente la continuación de la guerra era el conde de Cavour. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, censuraba acremente su política revolucionaria. Este diplomático esencialmente conservador, muy hostil á los proyectos de unidad italiana, escribía el 8 de julio de 1859 al conde Walewski acerca del primer ministro piamontés que tan osadamente preparaba ya las anexiones: «La actividad devoradora de su imaginación, su ambición, la naturaleza aventurera de su genio, prevalecen casi siempre en él sobre los consejos de la razón. Sería, pues, incurrir en un lisonjero error, cualesquiera que fuesen las apariencias, si se creyera que M. de Cavour renuncia sinceramente á valerse de los medios más ó menos leales y regulares á los cuales ha apelado á menudo y que, fuerza es confesarlo, á veces le han dado buen resultado. Por mi parte no me hago ilusión alguna. Con frecuencia me he persuadido de mi impotencia y no conozco más que un medio verdaderamente formal que oponer á las impaciencias y á las veleidades de M. de Cavour, y es la voluntad firme y categórica del emperador. Fuera de esto, no veo ningún remedio.»

Tan luego como el primer ministro supo por una carta del general La Marmora que el armisticio pactado era una larga tregua de la que podía resultar la paz, no disimuló su despecho ni su enojo, y marchó inmediatamente al campamento con la esperanza de hacer que el rey y el emperador desistieran de todo intento pacífico. Al rayar el alba del día 10 llegaba de Turín á Desenzano y durante el día á Monzambano, cuartel general del ejército sardo. Víctor Manuel estaba en la quinta Melchiarri, donde recibió al ministro cuya explosión de furor no le afectó en lo más mínimo. En vano fué que M. de Cavour suplicara á su señor que no aceptara una liberación incompleta, que llamase en su ayuda á toda Italia y continuara la lucha sin el apoyo de Napoleón III. Víctor Manuel se guardó mucho de seguir tan mal consejo. Aquel mismo día, el temerario ministro vió al príncipe Napoleón, que no le dió ninguna esperanza, y á pesar de sus instancias, no pudo conseguir que le recibiera el emperador. Al otro día procuró ver de nuevo al príncipe Napoleón, pero éste había ido á Verona para tratar con Francisco José acerca de los preliminares de la paz. Cavour tuvo no-

ticia del texto aquella noche, y el 12 por la mañana se marchó exasperado, después de presentar su dimisión.

Las violencias del ministro habían acabado por cansar al soberano. «La paz se ajusta sin mí, le dijo: no soy el más fuerte; dejadme tranquilo.»

Víctor Manuel necesitaba con frecuencia á Cavour, pero en el fondo no le quería. El jefe de la casa de Saboya, muy celoso de su autoridad y orgulloso de su raza, no podía acostumbrarse á los procederes invasores, al tono dominante de su ambicioso ministro, ni quería parecerse á un Luis XIII obligado á soportar el yugo de un Richelieu. Víctor Manuel era un monarca que no se dejaba gobernar por nadie, y cuando lo juzgaba necesario, sabía imponer su modo de ver á sus súbditos y demostrar á todos su fuerza de voluntad. También aquella vez era el rey quien tenía razón, porque nada hubiera sido más fatal al Piamonte que enemistarse con Napoleón III.

No puede negarse que Cavour era un hombre de Estado hábil; pero aunque discípulo de Maquiavelo, no podía compararse con el rey, que al día siguiente de firmarse los preliminares de Villafranca comprendió la situación mucho mejor que su ministro. Recordó que con paciencia todo se alcanza, y en lugar de acometer de frente las grandes dificultades, las eludió, las aplazó. Obligado á bajar la cabeza ante los hechos consumados, se adhirió á los preliminares de Villafranca, pero cuidando de estipular en su provecho su libertad de acción para el porvenir, la *libertà d'operare*, como decía. «Apruebo en la parte que me concierne,» tal fué su respuesta al emperador. Esto significaba que reservaba á los toscanos, á los modeneses, á los parmesanos y á los romañoles la facultad de disponer de su suerte. Si en lugar de limitarse á esta reserva, hubiese roto lanzas con Napoleón III, como le aconsejaba Cavour, habría colocado á su reino entre Austria y Francia como entre el yunque y el martillo.

El rey hizo su entrada solemne en Milán por la puerta oriental y el Corso á las cinco de la tarde del 13 de julio. La división de infantería francesa, mandada por el general Hugues, acababa de llegar de Lyon y se formó en la plaza de la Catedral. Víctor Manuel recibió en el palacio á los generales Hugues, Bailliencourt, Beville y Suau. El segundo ha dado curiosos detalles acerca de esta recepción. «El rey, dice, cubierto aún de noble polvo, con un traje muy descuidado, parecía un capitán de húsares del primer Imperio.... Con la vista fija en el techo, y levantando mucho la cabeza, nos dijo: — Señores, confieso que no estoy contento y vosotros tampoco debéis estarlo, porque acabáis de llegar y la paz os priva de contribuir á alcanzar victorias como las que hemos conseguido; vuestro ejército nos ha prestado grandes servicios....; el vuestro y el mío han combatido como dos hermanos....; no soy más que un soldado; no me gustan los abogados. Tengo poco apego á mi cetro; no quiero más que batallas. Me había hecho castillos en el aire; creía guerrear por espacio de dos años, y sólo me permiten hacer la guerra dos meses, cuando me figuraba dar la vuelta al mundo con soldados franceses. Habría preferido salir con algunas costillas rotas con

tal de poder seguir luchando.... En la batalla de Solferino fuí yo quien hizo disparar los últimos cañonazos de la jornada con treinta y ocho piezas puestas en batería.»

Volviendo en seguida á la idea que ya había expresado, el valiente monarca dijo: «No me gustan los abogados; y ¿á vos, general?» añadió dirigiéndose al general Hugues. Este contestó: «V. M. tiene razón, los abogados son los hombres de la decadencia.» Víctor Manuel repuso: «Y sin embargo, voy á tener que tratar con ellos todavía. No importa; sabré meterlos en cintura.... Ese Cavour, tan favorecido por mí, acaba de presentarme su dimisión; le he recibido mal. Pero sin duda irá á sostener conversaciones en un café para aumentar su popularidad. ¿Qué queréis que haga con un abogado de esa naturaleza? No importa; que vaya con cuidado, porque estaré ojo avizor.... No perderá nada por aguardar; le preparo algo.»

El general Bailliencourt añade á este relato cuya autenticidad podría ponerse en duda si no procediera de una persona tan respetable: «Salimos sin poder dar crédito á nuestros ojos ni á nuestros oídos.... Tomé nota inmediatamente para mí solo; pero mis compañeros hicieron lo mismo, deseosos de conservar con exactitud el recuerdo de aquella entrevista tan original.»

De regreso en Turín, Cavour iba diciendo que no tan sólo no era presidente del Consejo, sino que se haría conspirador antes que prestar su apoyo á un contrato como el que acababa de celebrarse. Sin embargo, sus compatriotas no creían en su retirada definitiva. «Cavour se marcha, decían, pero con una contraseña en el bolsillo.»

Napoleón III se preparaba á regresar á Francia. El 12 de julio entregó el mando en jefe del ejército de Italia al mariscal Vaillant y dirigió á las tropas esta alocución fechada en el cuartel general imperial de Valeggio:

«Soldados:

»Se han convenido las bases de la paz con el emperador de Austria; queda logrado el objeto principal de la guerra. Italia va á ser por primera vez una nación.

»Una Confederación de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria del Padre Santo, reunirá en un haz á todos los individuos de una misma familia. Verdad es que el Véneto continúa bajo el dominio del Austria; sin embargo, será también una provincia italiana, puesto que formará parte de la Confederación.

»La reunión de la Lombardía al Piamonte nos crea á este lado de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia; los gobiernos que han quedado fuera del movimiento ó han sido llamados de nuevo á sus países, comprenderán la necesidad de hacer reformas saludables.

»Una amnistía general hará desaparecer las huellas de las discordias civiles. La Italia, en adelante dueña de sus destinos, no podrá quejarse de nadie si no progresa con regularidad en la vía del orden y de la libertad.

»Pronto vais á volver á Francia: la patria agradecida recibirá con entusiasmo á sus soldados que tanta gloria han dado á nuestras armas en Montebello, en Palestro, en Turbigo, en Magenta, en Marignano, en Solferino, que en dos meses han emancipado el Piamonte y la Lombardía, y no se han detenido sino porque la lucha iba á adquirir proporciones que no estaban ya en relación con los intereses que Francia tenía en esta guerra formidable.

»Mostraos, pues, orgullosos de vuestros triunfos, de los resultados obtenidos, y sobre todo de ser hijos queridos de esa Francia que será siempre la gran nación mientras tenga corazón para comprender las nobles causas y hombres como vosotros para defenderlas.»

El mismo día el emperador salió de su cuartel general imperial de Valeggio. La guardia recibió orden de ir á ocupar sus primeros acantonamientos á Desenzano, y los diferentes cuerpos de ejército comenzaron á alejarse de las orillas

del Mincio, donde su concentración no era ya útil, para distribuirse en los grandes centros de Lombardía.

«Fué un espectáculo soberbio, ha escrito el barón de Bazancourt, el ver desfilar por los caminos, con la música al frente, á esos magníficos regimientos polvorientos y atezados, que llevaban las nobles huellas de las fatigas y de los combates. Leíase una energía indomable en aquellas frentes tostadas por los ardientes rayos del sol. Los generales iban, como delante del enemigo, á la cabeza de sus columnas.»

Napoleón III hizo alto en Desenzano. La calma y la belleza del paisaje parecían aliviarle de las tristes emociones que había sentido á la vista de los horrores de la guerra. A orillas del lago de Garda estaban las lanchas cañoneras preparadas á gran coste para el sitio de Peschiera, y que ya no servían para nada. El emperador se las regaló á Víctor Manuel.

El 14 de julio hizo en Milán una entrada que no fué menos brillante que la del 8 de junio. La estación del ferrocarril estaba adornada como para una fiesta. A poco más de las cinco de la tarde, el príncipe de Carignano llegaba para aguardar á los soberanos. Las tropas francesas y piamontesas estaban formadas en la carrera junto con la milicia nacional. La comitiva pasó por las calles del Tcher-naia, Santa Teresa, y plaza del Castillo para ir al palacio real. Todo eran aclamaciones al paso de SS. MM., que iban en carretela descubierta.

Un testigo ocular, el general Bailliencourt, ha escrito: «Las calles engalanadas rebosaban de gente. Las mujeres adornadas con sus mejores trajes se aglomeraban en ventanas y balcones que parecían á punto de derrumbarse. Por todas partes se veían guirnaldas, ramos, follaje: la muchedumbre se agolpaba hasta entre las patas de los caballos con riesgo de hacerse atropellar; pero el delirio no calcula nada, y no eran más que delirio aquellos gritos, aquellos bravos, aquellos aplausos frenéticos. Andábamos sobre flores, pues el suelo estaba alfombrado de ellas..... Las aclamaciones eran cada vez más estruendosas, hasta el punto de hacer que se encabritara el caballo del emperador. Éste parecía tranquilo y en su fisonomía se notaba esa especie de sello poético que le es propio.»

Llegado al palacio real, Napoleón III recibió inmediatamente á los generales que le habían escoltado. Al expresar éstos su admiración por sus triunfos, les respondió con acento de profunda tristeza: «¡Pero cuántas pérdidas! ¡Cuánta sangre vertida!»

A las seis y media de la tarde se sirvió una comida de cien cubiertos en la magnífica galería del palacio. «Colocado casi enfrente del emperador, añade el general Bailliencourt, no perdía yo un movimiento de los principales actores del gran drama que acababa de representarse. Napoleón III tenía á su derecha á Víctor Manuel, á su izquierda al príncipe Napoleón. Parecía visiblemente preocupado. El rey, siempre expansivo, decía en alta voz que echaba de menos los dos años de campaña con que había contado. Para él la guerra es un gusto personal, por el mismo concepto que la caza..... El emperador, dirigiéndose á

todos, pidió con gran interés noticias del mariscal de Castellane, comandante en jefe del ejército de Lyon, citando muchos párrafos de la admirable carta que le había escrito suplicándole que le designara para algún mando en la campaña.»

Los generales salieron del palacio real á las ocho y media. La ciudad estaba esplendorosa. Las casas, iluminadas con millares de faroles multicolores, agitados por la brisa, producían un efecto mágico. «Una multitud curiosa, enorme, sigue diciendo el general Bailliencourt, inunda la plaza por donde pasamos. Nos rodean; los niños se nos agarran á los faldones de la casaca; las mujeres nos cogen del brazo, nos besan las manos y los hombres quieren llevarnos en triunfo.»

Milán ha conservado un recuerdo de cariño y de gratitud á Napoleón III y á Francia. No ha sucedido lo mismo con otras grandes ciudades italianas.

De vuelta al palacio Gonfalonieri, donde se alojaba, el general Bailliencourt supo que un telegrama de Turín, recibido aquella noche, anunciaba que el espíritu turbulento de la población se mostraba hostil al emperador, á quien se aguardaba allí. Se habían hecho manifestaciones indignas, habiéndose arrancado en las tiendas los retratos de S. M. por grupos que los reemplazaban con otros de Mazzini y de Orsini. Napoleón III, informado de estos detalles, acababa de dar á la brigada mandada por el mencionado general la orden de marchar inmediatamente á Turín.

El mismo día 14 de julio, el príncipe de La Tour d' Auvergne, ministro de Francia en aquella ciudad, escribía al conde Walewski: «La noticia de la firma de la paz ha producido en Turín profunda sensación; las cláusulas relativas al Véneto han excitado particularmente el descontento. La posesión por parte de Austria de esta provincia y de las fortalezas de Mantua, Peschiera, Verona y Legnago se considera como una amenaza para la seguridad y la independencia del Piamonte. Tampoco se ha recibido favorablemente la idea de una Confederación italiana que obligaría al Piamonte á vivir en estrecha alianza con Austria. Circula el rumor de que Inglaterra no consentirá en reconocer un estado de cosas en cuyo arreglo no ha intervenido. La dimisión del conde de Cavour ha venido á coronar la obra. Hoy la agitación es mayor que ayer. En todas las estamperías se ha puesto el retrato de Orsini en lugar del del emperador. La actitud de la prensa es también hostil. El gobierno, cuya misión en tales circunstancias debería consistir en calmar la opinión ilustrándola, se abstiene de intervenir. Es de desear vivamente que el conde Arese, que acepta la sucesión del conde de Cavour, consiga poner otra vez en buen camino á la opinión pública evidentemente extraviada.»

El 15 de julio, á las tres de la tarde, el príncipe de La Tour d' Auvergne dirigía al conde Walewski este despacho telegráfico: «El emperador llegará á Turín á las cinco de la tarde. Las disposiciones de la población son mejores, y se lee tranquilamente una alocución del alcalde invitando á los habitantes á iluminar sus casas para festejar la llegada de SS. MM. Se han quitado de todas partes los retratos de Orsini. Creo que la recepción será digna. M. Irvoy (jefe

de la policía de seguridad del emperador) os ruega que deis copia de este despacho al ministro del Interior.»

Napoleón III y Víctor Manuel habían salido de Milán por ferrocarril: el tren en que iban á Turín pasó por Magenta. El emperador, conmovido, echó una ojeada á la estación de la ciudad y al Naviglio Grande, y recordó los prodigios de valor que había hecho su guardia en aquel sitio, las perplejidades crueles, las angustias que él mismo sufrió en el momento en que la victoria parecía tan dudosa y hasta tan improbable. Es un espectáculo que impresiona el de encontrar tranquilo y desierto un campo de batalla visto poco antes en medio de todas las agitaciones y de todos los horrores de la carnicería. La naturaleza, impasible y serena, lo ha olvidado todo. El canto de las aves ha reemplazado al ruido del cañón, de las granadas y de las balas. La hierba cubre las fosas donde las víctimas de la batalla duermen su sueño postrero. ¡Qué contraste entre los dos aspectos de un mismo lugar!

El 15 de julio las tropas estaban formadas á las cuatro de la tarde en las principales calles de Turín. Muchos generales piamonteses, á las órdenes del veterano general de Sounaz, aguardaban la llegada de los dos monarcas. Cavour había ido también á la estación en una elegante carretela tirada por hermosos caballos ingleses, uno de los cuales cayó y estuvo á punto de volcar el carruaje. Cavour tuvo que dar unos cuantos pasos á pie, y más de un italiano supersticioso vió en este percance un mal agüero.

Daban las cinco cuando llegó el tren imperial y real. Napoleón III estrechó la mano del primer ministro dimisionario, pero sin decirle una palabra. Habíase hecho correr la voz de que al pasar los soberanos habría guardias nacionales que bajarían las armas y lanzarían gritos subversivos. No fué así, pero era incontestable que las aclamaciones del gentío iban dirigidas al rey más bien que al emperador. La comitiva se detuvo en el segundo patio del palacio y Napoleón III se instaló en los hermosos aposentos de la planta baja habitados en otro tiempo por el rey Carlos Alberto. Hubo gran comida á la que Cavour no asistió; pero el emperador le mandó llamar después y estuvo hablando con él cordialmente.

«No quiero, le dijo, que nos separemos reñidos. No es exacto que me haya negado á recibiros: pero ¿qué hubiera podido decirnos?... Se habrían necesitado trescientos mil hombres para proseguir la campaña y yo no los tenía.» Como Cavour pusiera de relieve la triste situación de las provincias abandonadas, Napoleón le respondió: «Yo haré que se abogue por su causa en el Congreso.» Luego los dos asociados de Plombières se separaron para no volverse á ver más.

A las seis de la mañana siguiente, el emperador salía de la capital piamontesa. Quizás había escogido para su partida esta hora tan matinal porque no tenía confianza en las buenas disposiciones de la población con respecto á él. En los balcones no había ninguna bandera, las calles estaban casi desiertas y las aclamaciones fueron muy escasas. Víctor Manuel, su Estado mayor, el príncipe de Ca-

rignán y el personal de la legación de Francia acompañaron al emperador hasta Susa, donde terminaba la vía férrea. Allí Napoleón abrazó cordialmente al rey y al príncipe de Carignán, dió la mano á las personas de su séquito, y luego subió á una berlina de viaje, ascendió por la garganta del monte Cenis y bajó hacia San Juan de Maurienne, donde volvió á tomar el ferrocarril. Su paso por Chambéry dió lugar á manifestaciones que fueron como el presagio de la anexión de Saboya á Francia. M. Grand Thorane, agente consular de Francia en Chambéry, escribió al príncipe de La Tour d'Aubergne: «S. M. el emperador ha sido recibido aquí con entusiasmo por todo lo mejor de la población, que es seguramente la inmensa mayoría; pero hubiera habido mucha más gente á su paso si el intendente general hubiese cuidado de anunciar el momento de su llegada. Si se hubiera tenido noticia de ella en los pueblos circunvecinos, habría habido mucha más concurrencia en todo el camino que ha recorrido. El alcalde no ha permitido al cuerpo de bomberos acudir á la estación del ferrocarril, porque este cuerpo se compone de hombres de orden cuyos sentimientos favorables al emperador son notorios, y no se llevaba á bien que prorrumpieran en aclamaciones unánimes. El arzobispo y el presidente de la Audiencia han ido á la estación sin que se les avisara.»

Napoleón III echó de ver las disposiciones favorables de Saboya en pro de él y de su Imperio. Quizás, después de haber hecho mucho por Italia, pensaba en aquel momento en hacer algo por Francia.

LXIII

SAINT-CLOUD

El emperador, después de cruzar por Saboya, que al año siguiente debía anexionarse á Francia, fué á Saint-Cloud sin detenerse en el camino. A pesar del incógnito que guardaba en su rápido viaje, los habitantes de los pueblos le esperaban en las estaciones para ver pasar el tren y aclamar al monarca victorioso que les manifestaba su gratitud saludándoles. A las diez de la mañana del 17 de julio llegó á Saint-Cloud, siendo recibido por la emperatriz y el príncipe imperial, á quienes abrazó con efusión. Cuando preguntó al principito si le conocía, el niño pareció ofendido de tal duda.

Napoleón III poseía en alto grado los sentimientos de familia. Bajo una apariencia fría y una máscara de impasibilidad absoluta ocultaba una sensibilidad casi femenil y un carácter cariñoso. Con su contento iba mezclada una expresión de melancolía. Pensaba en otros muchos que, menos afortunados que él, no volverían ya y á quienes lloraban en aquel mismo momento sus madres, sus esposas y sus hijos. El palacio de Saint-Cloud, con el grato frescor de sus seculares enramadas, sus cascadas y sus saltos de agua, no le hacía olvidar el calor abrumador de los campos de batalla de Italia, las nubes de polvo, el humo de la pólvora, las angustias de la lucha y los horrores de la matanza. Al mediodía oyó misa en la capilla para dar gracias á Dios, y en seguida recibió á la familia imperial, á los individuos del Consejo privado, á los ministros y á la alta servidumbre del palacio.

La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie asistía á esta recepción. «El emperador, dice, se mostraba tranquilo, contento, natural como siempre. Tenía muy buen semblante; y en su tostado cutis se conocía que había pasado algún tiempo expuesto á los ardores del sol de Italia. Iba de unos á otros amable, afectuoso, y mientras se paseaba entre nosotros, nos contaba algunos detalles; pero repetía á menudo que, al verse ya aquí, le parecía un sueño toda aquella campaña tan rica en incidentes, en episodios de toda clase.... ¡Qué sueño!»

Todas las noticias que recibía el emperador, todas las reflexiones que se hacía sobre la situación de Europa, le inducían á felicitarle de no haber tentado más largo tiempo la fortuna. Sabía que si no se hubiera apresurado á firmar los preliminares de paz, la entrada en escena de Prusia y de todos los demás Estados de la Confederación germánica habría sido cuestión de días, de horas. A su

rignán y el personal de la legación de Francia acompañaron al emperador hasta Susa, donde terminaba la vía férrea. Allí Napoleón abrazó cordialmente al rey y al príncipe de Carignán, dió la mano á las personas de su séquito, y luego subió á una berlina de viaje, ascendió por la garganta del monte Cenis y bajó hacia San Juan de Maurienne, donde volvió á tomar el ferrocarril. Su paso por Chambéry dió lugar á manifestaciones que fueron como el presagio de la anexión de Saboya á Francia. M. Grand Thorane, agente consular de Francia en Chambéry, escribió al príncipe de La Tour d'Aubergne: «S. M. el emperador ha sido recibido aquí con entusiasmo por todo lo mejor de la población, que es seguramente la inmensa mayoría; pero hubiera habido mucha más gente á su paso si el intendente general hubiese cuidado de anunciar el momento de su llegada. Si se hubiera tenido noticia de ella en los pueblos circunvecinos, habría habido mucha más concurrencia en todo el camino que ha recorrido. El alcalde no ha permitido al cuerpo de bomberos acudir á la estación del ferrocarril, porque este cuerpo se compone de hombres de orden cuyos sentimientos favorables al emperador son notorios, y no se llevaba á bien que prorrumpieran en aclamaciones unánimes. El arzobispo y el presidente de la Audiencia han ido á la estación sin que se les avisara.»

Napoleón III echó de ver las disposiciones favorables de Saboya en pro de él y de su Imperio. Quizás, después de haber hecho mucho por Italia, pensaba en aquel momento en hacer algo por Francia.

LXIII

SAINT-CLOUD

El emperador, después de cruzar por Saboya, que al año siguiente debía anexionarse á Francia, fué á Saint-Cloud sin detenerse en el camino. A pesar del incógnito que guardaba en su rápido viaje, los habitantes de los pueblos le esperaban en las estaciones para ver pasar el tren y aclamar al monarca victorioso que les manifestaba su gratitud saludándoles. A las diez de la mañana del 17 de julio llegó á Saint-Cloud, siendo recibido por la emperatriz y el príncipe imperial, á quienes abrazó con efusión. Cuando preguntó al principito si le conocía, el niño pareció ofendido de tal duda.

Napoleón III poseía en alto grado los sentimientos de familia. Bajo una apariencia fría y una máscara de impasibilidad absoluta ocultaba una sensibilidad casi femenil y un carácter cariñoso. Con su contento iba mezclada una expresión de melancolía. Pensaba en otros muchos que, menos afortunados que él, no volverían ya y á quienes lloraban en aquel mismo momento sus madres, sus esposas y sus hijos. El palacio de Saint-Cloud, con el grato frescor de sus seculares enramadas, sus cascadas y sus saltos de agua, no le hacía olvidar el calor abrumador de los campos de batalla de Italia, las nubes de polvo, el humo de la pólvora, las angustias de la lucha y los horrores de la matanza. Al mediodía oyó misa en la capilla para dar gracias á Dios, y en seguida recibió á la familia imperial, á los individuos del Consejo privado, á los ministros y á la alta servidumbre del palacio.

La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie asistía á esta recepción. «El emperador, dice, se mostraba tranquilo, contento, natural como siempre. Tenía muy buen semblante; y en su tostado cutis se conocía que había pasado algún tiempo expuesto á los ardores del sol de Italia. Iba de unos á otros amable, afectuoso, y mientras se paseaba entre nosotros, nos contaba algunos detalles; pero repetía á menudo que, al verse ya aquí, le parecía un sueño toda aquella campaña tan rica en incidentes, en episodios de toda clase.... ¡Qué sueño!»

Todas las noticias que recibía el emperador, todas las reflexiones que se hacía sobre la situación de Europa, le inducían á felicitarle de no haber tentado más largo tiempo la fortuna. Sabía que si no se hubiera apresurado á firmar los preliminares de paz, la entrada en escena de Prusia y de todos los demás Estados de la Confederación germánica habría sido cuestión de días, de horas. A su

alrededor los generales franceses criticaban á la landwehr prusiana, llegando muchos de ellos á compararla con la guardia nacional. Napoleón III, que conocía la Alemania, donde se había criado, sabía cuán errónea era semejante apreciación: no ignoraba que la landwehr era un verdadero ejército, y se daba perfecta cuenta de que los efectivos actuales de las tropas francesas no eran suficientes para que le fuera posible triunfar en el Adigio y en el Rin. Cuando examinaba á fondo las cosas, hasta se maravillaba de que el emperador de Austria, que ocupaba posiciones formidables en el cuadrilátero, hubiera renunciado á la lucha. Los despachos de San Petersburgo probaban que el tsar, á pesar de sus simpatías por Francia, no habría llegado hasta sacar la espada para defenderla. La satisfacción con que el gobierno ruso supo el ajuste de los preliminares de la paz confirmó á Napoleón en la convicción de que había hecho bien en detenerse á la mitad del camino.

El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía el 14 de julio al conde Walewski: «Los despachos telegráficos de V. E. fechados el 12 de este mes me han comunicado la noticia de que se había firmado la paz entre el emperador Napoleón y el de Austria, y me he apresurado á llevarla á Peterhoff, donde se hallan en este momento el emperador Alejandro y el príncipe Gortchakoff. La satisfacción que el príncipe ha manifestado era sincera y completa. Ante todo me ha expresado calurosamente su admiración por la profunda habilidad de la política de S. M. I. Desde que se supo en San Petersburgo que se había pactado un armisticio que debía expirar el 15 de agosto, el gabinete ruso confió en que no se romperían de nuevo las hostilidades y que la consecuencia de la suspensión de éstas sería un arreglo definitivo; pero no se creía que la entrevista de los dos soberanos produjera tan rápidamente la realización de sus esperanzas. Con la sorpresa aumentó la satisfacción. El emperador Alejandro, á quien el príncipe Gortchakoff transmitió al punto la noticia, me ha mandado á decir que deseaba verme inmediatamente, y S. M. me ha manifestado con una vivacidad igual á la de su ministro los mismos sentimientos que animaban á éste.... El gobierno ruso considera las bases convenidas como las más á propósito para fundar una paz duradera. El emperador Alejandro y el príncipe Gortchakoff reconocen que el emperador Napoleón, al reducir á estos límites los sacrificios que el triunfo de sus armas podía imponer con justicia á la corte de Viena, se ha mostrado tan profundo político en la negociación como gran capitán se había mostrado en los campos de batalla.»

Por otra parte, Napoleón III tenía el presentimiento de las dificultades de que a guerra era origen, y sus desarrollos futuros no dejaban de preocuparle. No se hacía ilusiones sobre las obscuridades de los preliminares de la paz y sobre los obstáculos con que se tropezaría antes de hacerla definitiva. Las cuestiones relativas á los Estados de la Italia central y sobre todo á los del Padre Santo no estaban resueltas ni con mucho, y el emperador sabía perfectamente que uno de los problemas más arduos consistía en establecer una armonía cualquiera entre

el partido clerical y el revolucionario, tan ardiente, tan intransigente el uno como el otro. Los recelos del porvenir se mezclaban, pues, en el ánimo del emperador con la alegría de los triunfos presentes.

El 19 de julio, á las ocho y media de la noche, las grandes corporaciones del Estado entraban en el salón de Marte del palacio de Saint-Cloud para felicitar al monarca vencedor. M. Troplong, el conde de Morny y M. Baroche, que eran respectivamente presidentes del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado, compitieron en alabanzas y en protestas de adhesión.

Según M. Troplong, «cuando Escipión venció á Aníbal en Zama, habría podido destruir á Cartago; pero no quiso hacerlo, aun cuando se había comprometido á destruir el poderío cartaginés. Tan prudente político como hábil general, sabía que con frecuencia el perder demasiado al enemigo es perderse á sí mismo.» Napoleón III se quedó sorprendido de ver que se le comparaba con Escipión.

«Señor, dijo el conde de Morny, ¡cuántos prodigios en tres meses!... Pero la victoria más hermosa es la que habéis alcanzado sobre vos mismo. En la embriaguez de los triunfos, os habéis mostrado enemigo tan generoso cuanto aliado fiel y desinteresado. Rodeado de soldados victoriosos y enardecidos, no habéis pensado más que en ahorrar el derramamiento de su sangre preciosa. Habéis devuelto á Italia la verdadera libertad, arrancándola al despotismo é impidiéndole los procedimientos revolucionarios. En fin, con esa maravillosa mesura que os caracteriza, habéis llegado hasta donde lo exigía el honor de Francia, pero no más allá de lo que convenía á sus intereses.»

«Loado sea Dios, dijo M. Baroche, que os ha permitido volver sano y salvo, cubierto de nueva gloria, á esta Francia cuyo salvador y cuya esperanza sois, al lado de esa esposa augusta, cuya entereza y clara razón hemos tenido ocasión de conocer durante vuestra ausencia, y de ese noble hijo que aprende ya á dar gracias al cielo por los triunfos de su padre.»

El emperador respondió:

«Señores:

»Al verme de nuevo entre vosotros que durante mi ausencia habéis dado á la emperatriz y á mi hijo tan señaladas muestras de adhesión, siento la necesidad, en primer lugar, de daros las gracias, y en segundo de explicaros cuál ha sido el móvil de mi conducta.

»Cuando, después de una afortunada campaña de dos meses, los ejércitos francés y sardo llegaron ante los muros de Verona, la lucha iba á cambiar inevitablemente de carácter, tanto por el concepto militar cuanto por el político.

»Yo estaba fatalmente obligado á atacar de frente á un enemigo parapetado detrás de grandes fortalezas, protegido contra toda diversión en sus flancos por la neutralidad de los territorios que lo rodeaban, y al dar principio á la prolongada y estéril guerra de asedios, veía delante de mí á la Europa sobre las armas, pronta á disputarnos nuestros triunfos ó á agravar nuestros reveses.

»A pesar de esto, la dificultad de la empresa no habría quebrantado mi resolución ni contenido el arrojamiento de mi ejército, si los medios no hubiesen sido desproporcionados á los resultados que se debían esperar.

»Era preciso resolverse á romper audazmente las trabas opuestas por los territorios neutros y aceptar entonces la lucha en el Rin lo mismo que en el Adigio. Era preciso fortalecerse en todas partes con el concurso de la revolución. Era preciso seguir derramando una sangre preciosa que ya había corrido en demasía; en una palabra, para vencer era preciso arriesgar lo que no le está permitido á ningún monarca aventurar más que por la independencia de su país.

»Así pues, si me he detenido, no ha sido por lasitud ó por postración, ni por abandonar la noble causa que quería defender; sino porque algo hablaba más alto en mi corazón: el interés de Francia.»

El emperador procuraba justificarse más bien que glorificarse. Su discurso era una especie de confesión pública, una hábil defensa para probar que había tenido razón en soltar las armas.

Por otra parte, se daba perfecta cuenta de la decepción cruel que había experimentado Venecia en el momento mismo en que creía llegada la hora de su emancipación. Conocía demasiado las pasiones italianas, se había asociado sobre manera á ellas en su juventud para no lamentar el no haber podido realizar más que la mitad de su programa libertador.

«¿Creéis, añadió el orador coronado, que no me ha costado mucho refrenar el ardor de esos soldados que, exaltados por la victoria, no deseaban otra cosa sino seguir adelante?

»¿Creéis que no me ha costado mucho cercenar de mi programa, ante Europa, el territorio desde el Mincio hasta el Adriático?

»¿Creéis que no me ha costado mucho el ver destruirse nobles ilusiones y desvanecerse patrióticas esperanzas en corazones honrados?

»Para servir á la causa de la independencia italiana he hecho la guerra contra el beneplácito de Europa; tan luego como el porvenir de mi país ha corrido peligro, he hecho la paz.»

El emperador terminó así su discurso como para consolarse y tranquilizarse á sí mismo:

«¿Quiere decir esto que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios hayan sido estériles? No. Conforme lo he dicho al despedirme de nuestros soldados, debemos estar orgullosos de esta breve campaña.

»En cuatro acciones y dos batallas ha sido vencido un ejército numeroso que no cede á otro alguno en organización y en bravura. El rey del Piamonte, llamado en otro tiempo custodio de los Alpes, ha visto á su país libre de la invasión y la frontera de sus Estados ensanchada desde el Tesino hasta el Mincio.

»La idea de una nacionalidad italiana está admitida hoy por los mismos que

la combatían. Todos los soberanos de la Península comprenden ya hoy la necesidad imperiosa de las reformas saludables.

»Así pues, después de dar una nueva prueba del poderío militar de Francia, la paz que acabo de ajustar será fecunda en felices resultados, el porvenir los revelará más y más cada día para ventura de la Italia, influencia de Francia y reposo de Europa.»

Habiendo manifestado el Cuerpo diplomático su deseo de ser recibido por el emperador con objeto de felicitarle, lo recibió éste en su palacio de Saint-Cloud el 21 de julio. «Señor, dijo el Nuncio, el cuerpo diplomático sentía la necesidad de solicitar la venia de V. E. para expresarle sus solícitas y sinceras felicitaciones por su regreso y la pronta celebración de la paz.»

Napoleón contestó, no sin dejar traslucir, á pesar de su cortesía habitual, cierto sentimiento de amargura:

«Europa ha sido, por lo general, tan injusta para mí al principio de la guerra, que me he tenido por feliz al poder ajustar la paz tan luego como el honor y los intereses de Francia han quedado satisfechos, y al probar que no entraba en mis miras trastornar la Europa y suscitar una guerra general. Confío en que hoy desaparecerán todas las causas de disenso y que la paz será de larga duración. Doy gracias al cuerpo diplomático por sus felicitaciones.»

Las impresiones causadas en el público habían sido complejas, y al pronto la noticia de la paz sólo causó mediana satisfacción. La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie lo ha hecho observar así. «La gente, dice, se había acostumbrado tanto á la idea de esta guerra, que había acariciado de mil modos nuestro orgullo nacional, que casi se disgustó de un desenlace tan rápido. Por lo general, no gustan mucho esos golpes de báscula política que perturban la opinión y motivan soluciones contrarias á las que se habían esperado.»

En el primer momento tal vez hubo más sorpresa que satisfacción; pero, reflexionando un poco, no se tardó en ver las cosas bajo su verdadero aspecto. El cronista de la quincena de la *Revista de Ambos Mundos*, M. Eugenio Forcade, fué en nuestro concepto fiel intérprete de la impresión que dominaba. «La guerra, decía en el número del 15 de julio, acaba de dar al mundo una prueba del poderío francés, prueba que en realidad no era necesaria, porque los extranjeros están quizás más persuadidos que nosotros de nuestra fuerza, pero que ha halagado singularmente nuestro orgullo nacional. En cierto modo sólo hemos probado las dulzuras de la luna de miel de la guerra, los triunfos, maravillosos y rápidos, alcanzados por nuestros soldados con un denuedo incomparable y un buen humor comunicativo, sobre enemigos dignos de aprecio. Pero el mayor atractivo de una guerra es que sea corta, y gracias á la paz que ha tenido para ella el encanto de una sorpresa, en este momento Francia parece dispuesta á saborearlo con delicia. Guardémosnos, pues, de aceptar tanto la guerra cuanto la paz con indiferencia epicúrea. Aparte de tantas preciosas vidas sacrificadas, la guerra deja cargas y responsabilidades que se prolongan en el porvenir.»

Los diplomáticos y los hombres políticos preveían ya próximas dificultades y complicaciones; pero la mayoría del público se entregaba á una alegría muy natural. La gente de negocios recobraba tanta confianza que en pocos días la renta subió cinco francos. También se tranquilizaban los católicos, antes muy alarmados. El partido republicano y hasta el orleanista tenían entonces simpatías italianas muy marcadas. El duque de Aumale había obtenido del rey Víctor Manuel autorización para que el duque de Chartres sirviera bajo las banderas del Piamonte, al lado del ejército francés. Muchos hombres que más adelante fueron hostiles á la unidad italiana, veían con gusto la liberación de Milán.

M. de la Gorce tenía razón en decir: «Francia, que andando el tiempo debía mostrarse tan implacable con Napoleón III, fué entonces mucho más indulgente para el monarca de lo que el monarca lo fué para consigo mismo.» Francia no quiere á sus jefes sino mientras son afortunados. El emperador no había tenido más que felices resultados desde su advenimiento al trono hasta la conclusión de la guerra de Italia: por esto era popular.

El domingo 7 de agosto, el vencedor de Magenta y Solferino salía de Saint-Cloud para ir á pasar unos cuantos días en el campamento de Chalons. Llegado á las seis de la tarde á la estación de Mourmelon, fué recibido allí por el general Schramm, comandante en jefe del campamento; montó á caballo y pasó á su cuartel general entre una doble fila de tropas de todas armas que le aclamaban.

Al hacerse de noche y á la señal dada por un cañonazo, una iluminación repentina alumbró el campamento. A las diez otro cañonazo marcó el término de la iluminación. La obscuridad y el silencio sucedieron á las luces multicolores y á los redobles de los tambores que tocaban retreta.

A las ocho de la mañana del día siguiente el emperador asistía á las manobras. Por la tarde visitó los establecimientos agrícolas construídos por el cuerpo de ingenieros. Sorprendiendo á los soldados en sus tareas habituales ó en su descanso, era á su paso objeto de ovaciones cuya espontaneidad le lisonjaba en extremo. Napoleón III tenía cariño al ejército, pues sabía que le debía su trono y su prestigio. Nunca se daba por mejor servido ni mejor comprendido que por sus tropas. Cuando á las seis y media de la tarde regresó al gran cuartel general, los soldados echaron á correr por el llano á la orilla del camino para formarse allí de nuevo y aclamar una vez más á su emperador. Después de comer, asistió á una función teatral dada en el campamento, y el 9 fué á visitar las obras ejecutadas por su orden en el establecimiento termal de Plombières. El 10 estaba de vuelta en Saint-Cloud. El 11 creaba la medalla de Italia para los oficiales y soldados que habían hecho la campaña; rodeada de una corona de laureles, esta medalla tiene por un lado la efigie del monarca con las palabras: «Napoleón III emperador,» y por el otro los nombres de las seis victorias: «Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignán y Solferino»

LXIV

EL REGRESO DE LAS TROPAS DE ITALIA

Napoleón III ha querido aplazar toda ceremonia triunfal hasta el momento en que sus tropas vuelvan de Italia. Sabe cuánto les debe, y tiene en más la gloria de su ejército que la suya propia.

El 23 de julio las tropas que acaban de hacer la campaña reciben la orden de regresar á Francia, á excepción de cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, que quedarán en Italia hasta que sea un hecho la ratificación de la paz.

Las falanges victoriosas están acampadas en San Mauricio, adonde acuden muchedumbres de parisienses para verlas acampadas bajo sus tiendas. Se ha fijado su entrada solemne en la capital para el domingo 14 de agosto. Será el día más hermoso del segundo Imperio.

Las tropas saldrán del campamento de San Mauricio de modo que la cabeza de columna, pasando por el arrabal de San Antonio, llegue á la plaza de la Bastilla á las nueve de la mañana. Allí se pondrá la comitiva en marcha por el orden siguiente:

El emperador con su cuarto militar y su séquito;

Las cuatro banderas austriacas llevadas, la primera por un cazador de á pie de la guardia imperial y escoltada por dos soldados de cada regimiento de la guardia, y las otras tres por soldados del 1.º, 3.º y 4.º cuerpos;

Los cuarenta cañones austriacos;

El mariscal Regnaud de Saint Jean d'Angely al frente de la infantería de la guardia, cazadores de á pie, tiradores, zuavos, granaderos y artillería de á pie y de á caballo;

El mariscal Baraguey d' Hilliers y el primer cuerpo;

El mariscal de Mac-Mahón, duque de Magenta, y el segundo;

El mariscal Canrobert y el tercero;

El mariscal Niel y el cuarto;

La caballería de la guardia cerrará la marcha.

A partir de la plaza de la Bastilla las tropas seguirán los bulevares y la calle de la Paz, pasarán por la plaza de Vendome por delante del emperador situado á la entrada del ministerio de Justicia, y volverán por la calle de Rivoli.

La guardia nacional y el ejército de París formarán en doble fila desde la

Los diplomáticos y los hombres políticos preveían ya próximas dificultades y complicaciones; pero la mayoría del público se entregaba á una alegría muy natural. La gente de negocios recobraba tanta confianza que en pocos días la renta subió cinco francos. También se tranquilizaban los católicos, antes muy alarmados. El partido republicano y hasta el orleanista tenían entonces simpatías italianas muy marcadas. El duque de Aumale había obtenido del rey Víctor Manuel autorización para que el duque de Chartres sirviera bajo las banderas del Piamonte, al lado del ejército francés. Muchos hombres que más adelante fueron hostiles á la unidad italiana, veían con gusto la liberación de Milán.

M. de la Gorce tenía razón en decir: «Francia, que andando el tiempo debía mostrarse tan implacable con Napoleón III, fué entonces mucho más indulgente para el monarca de lo que el monarca lo fué para consigo mismo.» Francia no quiere á sus jefes sino mientras son afortunados. El emperador no había tenido más que felices resultados desde su advenimiento al trono hasta la conclusión de la guerra de Italia: por esto era popular.

El domingo 7 de agosto, el vencedor de Magenta y Solferino salía de Saint-Cloud para ir á pasar unos cuantos días en el campamento de Chalons. Llegado á las seis de la tarde á la estación de Mourmelon, fué recibido allí por el general Schramm, comandante en jefe del campamento; montó á caballo y pasó á su cuartel general entre una doble fila de tropas de todas armas que le aclamaban.

Al hacerse de noche y á la señal dada por un cañonazo, una iluminación repentina alumbró el campamento. A las diez otro cañonazo marcó el término de la iluminación. La obscuridad y el silencio sucedieron á las luces multicolores y á los redobles de los tambores que tocaban retreta.

A las ocho de la mañana del día siguiente el emperador asistía á las manobras. Por la tarde visitó los establecimientos agrícolas construídos por el cuerpo de ingenieros. Sorprendiendo á los soldados en sus tareas habituales ó en su descanso, era á su paso objeto de ovaciones cuya espontaneidad le lisonjaba en extremo. Napoleón III tenía cariño al ejército, pues sabía que le debía su trono y su prestigio. Nunca se daba por mejor servido ni mejor comprendido que por sus tropas. Cuando á las seis y media de la tarde regresó al gran cuartel general, los soldados echaron á correr por el llano á la orilla del camino para formarse allí de nuevo y aclamar una vez más á su emperador. Después de comer, asistió á una función teatral dada en el campamento, y el 9 fué á visitar las obras ejecutadas por su orden en el establecimiento termal de Plombières. El 10 estaba de vuelta en Saint-Cloud. El 11 creaba la medalla de Italia para los oficiales y soldados que habían hecho la campaña; rodeada de una corona de laureles, esta medalla tiene por un lado la efigie del monarca con las palabras: «Napoleón III emperador,» y por el otro los nombres de las seis victorias: «Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignán y Solferino»

LXIV

EL REGRESO DE LAS TROPAS DE ITALIA

Napoleón III ha querido aplazar toda ceremonia triunfal hasta el momento en que sus tropas vuelvan de Italia. Sabe cuánto les debe, y tiene en más la gloria de su ejército que la suya propia.

El 23 de julio las tropas que acaban de hacer la campaña reciben la orden de regresar á Francia, á excepción de cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, que quedarán en Italia hasta que sea un hecho la ratificación de la paz.

Las falanges victoriosas están acampadas en San Mauricio, adonde acuden muchedumbres de parisienses para verlas acampadas bajo sus tiendas. Se ha fijado su entrada solemne en la capital para el domingo 14 de agosto. Será el día más hermoso del segundo Imperio.

Las tropas saldrán del campamento de San Mauricio de modo que la cabeza de columna, pasando por el arrabal de San Antonio, llegue á la plaza de la Bastilla á las nueve de la mañana. Allí se pondrá la comitiva en marcha por el orden siguiente:

El emperador con su cuarto militar y su séquito;

Las cuatro banderas austriacas llevadas, la primera por un cazador de á pie de la guardia imperial y escoltada por dos soldados de cada regimiento de la guardia, y las otras tres por soldados del 1.º, 3.º y 4.º cuerpos;

Los cuarenta cañones austriacos;

El mariscal Regnaud de Saint Jean d'Angely al frente de la infantería de la guardia, cazadores de á pie, tiradores, zuavos, granaderos y artillería de á pie y de á caballo;

El mariscal Baraguey d' Hilliers y el primer cuerpo;

El mariscal de Mac-Mahón, duque de Magenta, y el segundo;

El mariscal Canrobert y el tercero;

El mariscal Niel y el cuarto;

La caballería de la guardia cerrará la marcha.

A partir de la plaza de la Bastilla las tropas seguirán los bulevares y la calle de la Paz, pasarán por la plaza de Vendome por delante del emperador situado á la entrada del ministerio de Justicia, y volverán por la calle de Rivoli.

La guardia nacional y el ejército de París formarán en doble fila desde la

Bastilla hasta la plaza de Vendome, y desde esta plaza hasta el palacio de las Tullerías.

Las tropas del ejército de París vestirán de gala y el ejército de Italia en traje de campaña.

Se calcula en más de quinientos mil el número de provincianos y extranjeros llegados á París para asistir á tan incomparable fiesta. Todas las fondas están llenas de forasteros hace ocho días. Los trenes de recreo han llevado curiosos de todas las capitales: las floristas han requisado hasta las flores de Niza y de Montpellier. En el itinerario de las tropas, los alquiladores de ventanas han hecho su agosto en pocas horas. Todas las ventanas, todos los balcones rebosan de gente. Los tejados están atestados: los tenderos han vaciado sus escaparates para poner gradas ocupadas por curiosos. Algunos de éstos, más intrépidos, se han instalado en el estanque del Chateau d'Eau, donde permanecerán muchas horas con agua hasta la cintura.

Un sol magnífico favorece aquel día triunfal. El itinerario del ejército victorioso es como una vía sacra para los héroes de Magenta y de Solferino. Todas las casas están engalanadas. Comienza el desfile. En la plaza de la Bastilla, á la entrada del bulevar, se eleva un arco de triunfo que imita la fachada de la catedral de Milán. En su vasto triángulo de mármol se abren tres arcadas. Encima de la puerta principal descuella una estatua de la Paz con el ramo de olivo en una mano y el cuerno de la abundancia en otra. Al pie de la estatua se lee en una cartela: «Al emperador, al ejército de Italia, la ciudad de París.» Otra cartela contiene los nombres de las seis victorias. En el basamento del arco, unas estatuas rodean la lista de los regimientos. Unos bajos relieves que representan santos en sus nichos y varios pináculos rematados en estatuillas recuerdan la catedral lombarda. La libertad italiana y la gloria francesa se asocian en un mismo recuerdo.

El emperador avanza á la cabeza de su ejército. ¡Tregua al espíritu de partido! Ya no hay más que franceses que aplauden con alegría, con entusiasmo, con frenesí, á otros franceses que vuelven vencedores. Los mismos que la víspera censuraban la guerra de Italia, hoy sólo piensan en el júbilo de la victoria. La muchedumbre está enajenada, electrizada; de ventanas y balcones cae una lluvia de flores y el camino está sembrado de coronas. La comitiva avanza bajo una lluvia de rosas, sobre una alfombra de follaje. Se plantan ramos en la punta de las bayonetas; los caballos van cargados de guirnaldas. Hay personas que, rompiendo las filas, se acercan á los soldados y les ofrecen cigarros, tabaco, vasos de cerveza y copas de vino.

Como lo dirá el cronista de la *Revista de Ambos Mundos*: «Conmueve ver á aquellos soldados, hijos del pueblo, regresar orgullosos, después de haber cumplido con su deber, en medio de este pueblo, que se admira en ellos. De esas armas que han sembrado la muerte, de esos rostros intrépidos que acaban de mirarla frente á frente, se escapa una electricidad heroica que penetra en las

multitudes y las satura de los sentimientos del poderío y de la gloria nacionales. No hay alegría popular más noble y más hermosa. Estas grandes escenas son excitaciones interesantes para esa ingenua y maravillosa abnegación de las masas cuyos pródigos sacrificios constituyen la grandeza militar de una nación y de un gobierno.

La comitiva sigue su marcha. Frente al Circo de Invierno encuentra un gran pórtico pintado de azul y oro, sobre el cual hay un águila gigantesca con las alas desplegadas; en una de sus garras tiene una rama de laurel, símbolo de la gloria, y la espada de Francia, y en la otra la bandera tricolor con la cruz de la Legión de Honor, y en la cual están inscritos los nombres de los regimientos que la han ganado. En el bulevar del Temple, dos columnas estriadas llevan la cifra imperial en el centro de un trofeo de armas. Enfrente del teatro de la Puerta San Martín hay dos grandes mástiles adornados de haces, escudos é inscripciones, viéndose en varios puntos otros análogos.

Para que descansen un poco los heridos que van á pie en la comitiva, el emperador manda hacer un alto y luego prosigue la marcha. Había tanto entusiasmo entre las personas acomodadas como entre la gente del pueblo. Todas las clases de la sociedad, lo mismo que todos los partidos, se unían en un sentimiento de respeto, de admiración, de gratitud al ejército. Las mujeres se hacían notar por el ardor de sus demostraciones; agitaban sus pañuelos, echaban ramos y flores; se podía creer que se había vuelto á los tiempos de la caballería, en los que no había mejor juez que el sexo femenino.

La cabeza de la columna, después de recorrer toda la línea de los bulevares, se acercaba á la calle de la Paz, por la que debían pasar las tropas para ir á la plaza de Vendome. En el bulevar, en el eje de la calle, aparecía una estatua colosal de la Paz teniendo á sus pies un león de bronce, símbolo de la moderación en la fuerza.

Echemos ahora una ojeada á la plaza de Vendome. Allí resultará más brillante la solemnidad. Los balcones de todas las casas ostentaban colgaduras de terciopelo carmesí en las cuales se destacaban N y abejas de oro. Las banderas y las águilas se mezclaban con banderas de follaje. Alrededor de la columna había plantados mástiles dorados con gallardetes tricolores; y en los cuatro ángulos del zócalo había suspendidas guirnaldas unidas con coronas de laurel pasadas por el cuello de águilas de bronce. La verja que rodea el monumento estaba cargada de festones y ramos. Alrededor de la plaza, y dejando el centro despejado, se elevaban graderías hasta los primeros pisos de las casas, que podían contener hasta diez mil personas.

Delante del ministerio de Justicia, enfrente de la columna de Vendome, se había instalado una tribuna sostenida por un antecuerpo de arquitectura de orden toscano. Sobre ella, unos mástiles dorados sostienen un toldo listado de oro y púrpura: un rico tapiz con grupos de banderas tricolores cubre el fondo. Una colgadura de terciopelo carmesí, recogida con gruesos cordones de oro y ador-

nada con el blasón y la cifra imperial, adorna el antepecho. Esta tribuna está reservada para la emperatriz.

A las diez menos cuarto cuatro carruajes de gala, precedidos de correos con la librea imperial, desembocan en la plaza. En ellos iban la emperatriz, el príncipe imperial y su comitiva. La primera, radiante de belleza, llevaba un vestido blanco y una manteleta negra con bordados azules prendida con un broche de brillantes. El príncipe vestía el uniforme de los granaderos de la guardia, con gorra azul y encarnada. La madre y el hijo, saludados con una aclamación universal, se apean del coche y toman asiento en la tribuna.

Todas las miradas se vuelven hacia la calle de la Paz, por la que deben desembocar el emperador y su ejército. Al poco rato los cien guardias, con timbales y trompetas, hacen su aparición precediendo al soberano que cabalga en un magnífico caballo alazán. Lleva el uniforme de general de división con sombrero de plumas blancas y la banda de la gran cruz de la Legión de Honor. Todos los espectadores se ponen de pie y resuena un inmenso grito de «¡viva el emperador!» saludando así al general en jefe como al soberano.

Napoleón III se detiene en medio de la plaza, y sin apearse del caballo se sitúa al pie de la tribuna de la emperatriz. Las tropas van á desfilar por delante de él. Apenas las ve el príncipe imperial, se levanta, desenvaina su pequeña espada y blandiéndola saluda á los soldados. Aquel movimiento del niño le vale una salva de aplausos.

Llegan las cuatro banderas austriacas llevadas por los soldados que las han cogido, y el gentío contempla respetuosamente aquellos nobles trofeos, defendidos y conquistados tan valerosamente; sin duda recuerda la frase de Napoleón I después de la batalla de Austerlitz: «¡Llor al valor desgraciado!» Siguen los cuarenta cañones austriacos con sus atelajes. Luego un escuadrón de guías, y precedidos por tres capellanes los heridos que han podido andar el trayecto á pie desde la plaza de la Bastilla. Sus manos mutiladas apenas pueden sostener las coronas y ramos que la muchedumbre les ha arrojado. Uno de ellos, joven oficial, lleva los dos brazos en cabestrillo. ¡Cómo se agradece su presencia á aquellos heridos á pesar de sus padecimientos! ¡Cómo se les admira y cómo se les quiere! ¡Cuánto se desearía aliviar sus males! Cuando pasan se oye un prolongado murmullo de compasión y de cariño. Ellos mismos parecen maravillados de la ovación que se les hace. A los héroes nada les parece tan sencillo y natural como el heroísmo.

Llega el comandante en jefe de la guardia imperial, Regnaud de Saint Jean d'Angely, que ha conquistado en la batalla de Magenta su bastón de mariscal; los dos generales de división de la infantería de la guardia, Mellinet, cuyos granaderos y zuavos, en número de menos de cuatro mil, se resistieron más de tres horas contra cuarenta mil austriacos á orillas del Naviglio Grande, y Camón, cuyos tiradores y cazadores se apoderaron de la torre de Solferino y de las alturas circunvecinas. ¡Cuán orgulloso debe estar el emperador de las tropas escogi-

das de su guardia! Cada uno de los regimientos de que se compone le entrega al pasar su bandera, mientras la música toca al pie de la columna.

Sigue Baraguey d'Hilliers, mariscal desde la toma de Bomarsund, al frente del primer cuerpo. Luego el segundo cuerpo con su comandante en jefe Mac-Mahón, á quien la victoria ha hecho mariscal de Francia y duque de Magenta: entre sus tropas van los tiradores argelinos, los turcos, detrás de los tres capellanes, tres sacerdotes católicos respetados por ellos á pesar de la diferencia de religión: helos ahí, con su uniforme azul celeste bordado de trencillas amarillas y sus tipos que resumen todas las razas del Norte de Africa, desde la negra hasta la árabe; en sus estandartes figuran la media luna del Islam y la mano abierta, ese preservativo contra los maleficios, esculpido en el arco de la primera puerta de la Alhambra.

Acércase Canrobert, mariscal desde la guerra de Crimea, con el tercer cuerpo, y luego el cuarto, mandado por Niel, que ha ganado su bastón de mariscal en Solferino, donde sus regimientos sin excepción han luchado todo el día con la mayor energía.

La artillería de cada cuerpo pasa con sus cañones adornados de guirnaldas, y á veces un clável ó una rosa van metidos en el oído por el que se pegaba fuego á la pólvora.

No, no se dirá que los vencedores de Magenta y Solferino han sido menos aclamados por los parisienses que por los milaneses. Entre los habitantes de las dos ciudades ha habido emulación de entusiasmo y de aplausos.

El desfile va á terminar. M. Bachón, caballero del príncipe imperial, baja de la tribuna al augusto niño, que no ha cesado de aplaudir, y se lo lleva á Napoleón III, que lo besa y lo pone en el arzón delantero de su silla á los gritos mil veces repetidos de «¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! ¡viva el príncipe imperial!»

Durante todo el desfile ha hecho un tiempo magnífico; pero á las tres, y en el mismo momento en que todo ha terminado, estalla una tormenta que recuerda la de Solferino, pero no es tan fuerte ni dura tanto como ésta, sino que se disipa pronto, el cielo se despeja y una muchedumbre inmensa circula por calles y bulevares. Por la noche será aún más considerable para admirar las iluminaciones. La plaza de la Concordia y el Jardín de las Tullerías brillan con los colores de Francia y Cerdeña. En el ministerio de Marina dos genios de llamas rodean el águila imperial. La torre de Santiago y las de Nuestra Señora resplandecen. Cuéntase que las golondrinas, engañadas por tantos soles, han volado por las calles.

Mientras tanto, en el salón de los Estados del Louvre el emperador celebra un banquete en honor del ejército de Italia. Se ha dispuesto una mesa en un tablado, de la que parten otras tres que ocupan toda la longitud del salón. Los individuos de la familia imperial, los ministros, los mariscales, los grandes dignatarios y sus esposas, los generales y los coroneles toman asiento á la mesa. En

las tribunas están los coros de la Opera y dos orquestas. Tantos uniformes, las damas con lujosos trajes de gala, los ricos centros de mesa con figuras de plata, las canastillas de flores, las arañas, los candelabros, presentan un golpe de vista encantador.

La voz fuerte y bien timbrada del emperador resuena en las bóvedas del salón. No se pierde una palabra de su arenga: «Señores, dice, la alegría que siento al verme entre la mayoría de los jefes del ejército de Italia, sería completa si no se mezclara con ella el sentimiento de ver que se han de separar en breve los elementos de una fuerza tan bien organizada y tan temible. Como soberano y como general en jefe os vuelvo á dar las gracias por vuestra confianza. Era muy lisonjero para mí, que aún no había mandado ejércitos, encontrar tal obediencia por parte de los que tenían gran experiencia de la guerra. Si el triunfo ha coronado nuestros esfuerzos, tengo una satisfacción en atribuirlo en gran parte á los generales hábiles y adictos que han hecho fácil mi mando, porque, animados del fuego sagrado, han dado constante ejemplo del deber y del desprecio de la muerte.»

A estas palabras sencillas y modestas, Napoleón III añade: «Una parte de nuestros soldados va á volver á sus hogares; vosotros mismos vais á dedicaros de nuevo á las ocupaciones de la paz. Sin embargo, no olvidemos lo que hemos hecho juntos. Que el recuerdo de los obstáculos vencidos, de los peligros evitados, de las imperfecciones señaladas, acuda con frecuencia á vuestra memoria; porque para todo hombre de guerra el recuerdo es la ciencia misma.

»En conmemoración de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos cuantos han tomado parte en ella, y quiero que hoy seáis los primeros en llevarla. Deseo que de vez en cuando haga que os acordéis de mí, y que al leer los nombres gloriosos inscritos en ella, cada cual diga: — Si Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no hará por su independencia?»

LXV

EL SANTO DEL EMPERADOR

El domingo 14 de agosto habíase celebrado la fiesta del ejército; el lunes 15 se celebró la del emperador. Desde el principio del reinado jamás se había solemnizado el 15 de agosto con tanta magnificencia. Jamás se había visto en la gran capital semejante afluencia de provincianos y extranjeros, ni la ciudad había parecido tan bella y tan majestuosa.

Hay que reconocer que Napoleón III era un director de escena admirable. Aunque de costumbres y gustos sencillos, en las grandes ocasiones tenía el arte de organizar soberbios espectáculos, pomposas solemnidades que sorprendían las imaginaciones. Sabía que la nación francesa ama lo que brilla.

Por espacio de dos días y dos noches holgó la población. El domingo y el lunes compitieron en esplendor. Ricos y pobres olvidaban sus cuidados habituales para no pensar más que en la gloria nacional y en el júbilo de la victoria. París no ha vuelto á ver nada igual á aquellos días triunfales.

Los soldados, mezclados con la multitud, se paseaban por la ciudad y se les pedía que contaran episodios de la guerra de Italia. No se cesaba de admirar las figuras marciales y los uniformes variados y pintorescos de los regimientos. El pueblo y el ejército fraternizaban.

En la capilla de las Tullerías se cantó un *Te Deum*, y otro en Nuestra Señora.

En todos los teatros se dieron funciones gratuitas, y entre los puentes del Alma y de Jena hubo regatas. A las cinco de la tarde se remontó un enorme globo desde el centro de la Explanada arrojando infinidad de banderitas multicolores, así como lastre de arena azul, blanca y encarnada.

Por la noche hubo en todas partes magníficas iluminaciones y á la entrada del Campo de Marte se disparó un gigantesco castillo de fuegos artificiales.

Milán y Turín celebran, como París, el santo del emperador.

Los italianos necesitaban aún al vencedor de Solferino. Los unitarios estaban resueltos á valerse de él, de bueno ó mal grado, para la realización de su programa, y no vacilaban en reconocer que únicamente Francia podría preservarles de la eventualidad de un desquite ofensivo por parte de Austria. Lombardos y piemonteses se mostraron el 15 de agosto tan celosos como si hubieran sido súbditos de Napoleón III. En la catedral de Milán se cantó un *Te*

las tribunas están los coros de la Opera y dos orquestas. Tantos uniformes, las damas con lujosos trajes de gala, los ricos centros de mesa con figuras de plata, las canastillas de flores, las arañas, los candelabros, presentan un golpe de vista encantador.

La voz fuerte y bien timbrada del emperador resuena en las bóvedas del salón. No se pierde una palabra de su arenga: «Señores, dice, la alegría que siento al verme entre la mayoría de los jefes del ejército de Italia, sería completa si no se mezclara con ella el sentimiento de ver que se han de separar en breve los elementos de una fuerza tan bien organizada y tan temible. Como soberano y como general en jefe os vuelvo á dar las gracias por vuestra confianza. Era muy lisonjero para mí, que aún no había mandado ejércitos, encontrar tal obediencia por parte de los que tenían gran experiencia de la guerra. Si el triunfo ha coronado nuestros esfuerzos, tengo una satisfacción en atribuirlo en gran parte á los generales hábiles y adictos que han hecho fácil mi mando, porque, animados del fuego sagrado, han dado constante ejemplo del deber y del desprecio de la muerte.»

A estas palabras sencillas y modestas, Napoleón III añade: «Una parte de nuestros soldados va á volver á sus hogares; vosotros mismos vais á dedicaros de nuevo á las ocupaciones de la paz. Sin embargo, no olvidemos lo que hemos hecho juntos. Que el recuerdo de los obstáculos vencidos, de los peligros evitados, de las imperfecciones señaladas, acuda con frecuencia á vuestra memoria; porque para todo hombre de guerra el recuerdo es la ciencia misma.

»En conmemoración de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos cuantos han tomado parte en ella, y quiero que hoy seáis los primeros en llevarla. Deseo que de vez en cuando haga que os acordéis de mí, y que al leer los nombres gloriosos inscritos en ella, cada cual diga: — Si Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no hará por su independencia?»

LXV

EL SANTO DEL EMPERADOR

El domingo 14 de agosto habíase celebrado la fiesta del ejército; el lunes 15 se celebró la del emperador. Desde el principio del reinado jamás se había solemnizado el 15 de agosto con tanta magnificencia. Jamás se había visto en la gran capital semejante afluencia de provincianos y extranjeros, ni la ciudad había parecido tan bella y tan majestuosa.

Hay que reconocer que Napoleón III era un director de escena admirable. Aunque de costumbres y gustos sencillos, en las grandes ocasiones tenía el arte de organizar soberbios espectáculos, pomposas solemnidades que sorprendían las imaginaciones. Sabía que la nación francesa ama lo que brilla.

Por espacio de dos días y dos noches holgó la población. El domingo y el lunes compitieron en esplendor. Ricos y pobres olvidaban sus cuidados habituales para no pensar más que en la gloria nacional y en el júbilo de la victoria. París no ha vuelto á ver nada igual á aquellos días triunfales.

Los soldados, mezclados con la multitud, se paseaban por la ciudad y se les pedía que contaran episodios de la guerra de Italia. No se cesaba de admirar las figuras marciales y los uniformes variados y pintorescos de los regimientos. El pueblo y el ejército fraternizaban.

En la capilla de las Tullerías se cantó un *Te Deum*, y otro en Nuestra Señora.

En todos los teatros se dieron funciones gratuitas, y entre los puentes del Alma y de Jena hubo regatas. A las cinco de la tarde se remontó un enorme globo desde el centro de la Explanada arrojando infinidad de banderitas multicolores, así como lastre de arena azul, blanca y encarnada.

Por la noche hubo en todas partes magníficas iluminaciones y á la entrada del Campo de Marte se disparó un gigantesco castillo de fuegos artificiales.

Milán y Turín celebran, como París, el santo del emperador.

Los italianos necesitaban aún al vencedor de Solferino. Los unitarios estaban resueltos á valerse de él, de bueno ó mal grado, para la realización de su programa, y no vacilaban en reconocer que únicamente Francia podría preservarles de la eventualidad de un desquite ofensivo por parte de Austria. Lombardos y piemonteses se mostraron el 15 de agosto tan celosos como si hubieran sido súbditos de Napoleón III. En la catedral de Milán se cantó un *Te*

Deum en presencia de Víctor Manuel y del mariscal Vaillant. El rey ofreció en seguida un almuerzo al mariscal y á cien oficiales superiores del ejército francés. Víctor Manuel brindó por Napoleón III, el príncipe de Carignán por la emperatriz y el príncipe imperial, y el general La Marmora, ministro de la Guerra, por el ejército francés. El mariscal Vaillant brindó por el Rey de Italia.

Por la noche hubo función de gala en el teatro de la Scala, habiendo sido aclamado el nombre de Napoleón III.

El mismo día se pasó en Turín una revista en la plaza del Castillo y en la calle del Po. A las nueve de la mañana se celebró en la iglesia de San Felipe un *Te Deum* al que asistieron todas las corporaciones del Estado. En el pórtico de la iglesia se había puesto esta inscripción: «Los turineses, agradecidos á Napoleón III que condujo á grandes batallas á las invencibles legiones de Francia para dar una vida nacional á Italia, dan gracias á Dios y le invocan para que sea propicio á sus destinos futuros.»

En la plaza del Castillo se habían expuesto los ocho cañones cogidos á los austriacos por el ejército italiano en Palestro y Solferino.

Como en París y Milán, hubo también en Turín iluminaciones por la noche.

Napoleón III aparecía entonces como el monarca invencible, el soberano afortunado por excelencia, el hombre á quien todo salía bien, y todos confiaban en su buena estrella tanto como él mismo. Sus adversarios políticos, que en breve reanudarían la lucha, parecían desalentados.

Napoleón, llegado al apogeo de su fortuna, quiso borrar las últimas huellas de las guerras civiles. Pensó en los desdichados ciudadanos víctimas de las insurrecciones de 1848, de 1849 y del golpe de Estado de 1851: aún había mil ochocientos expuestos á medidas de rigor, hallándose sujetos á la vigilancia de la policía, desterrados, ó internados en las penitenciarías de Argelia y de la Guayana. El emperador resolvió devolver á la patria y á la libertad aun á aquellos que no habían querido solicitar su perdón y que estaban irrevocablemente resueltos á no ceder en sus pasiones y rencores. El 16 de agosto firmó un decreto concebido en estos términos: «Se concede plena y completa amnistía á todos los individuos que han sido condenados por crímenes y delitos políticos ú objeto de medidas de seguridad general.» A juzgar solamente por la superficie de las cosas, habríase creído que todos los partidos de Francia estaban reconciliados. Por desgracia, en tanto que los republicanos desterrados regresaban de Bélgica, Suiza é Inglaterra, no se habían abierto las puertas de la patria á los príncipes y princesas pertenecientes á las dos ramas de la familia de los Borbones. Aún había proscritos.

LXVI

TOSCANA

La guerra quedaba terminada gloriosamente, pero acabábase de abrir la era de las dificultades políticas y en la situación de Italia todo era aún confusión y obscuridad. ¿Los pactos de Villafranca se llevarían á ejecución ó serían letra muerta? ¿Habría una Confederación italiana? ¿Serían restablecidos en sus tronos los soberanos de la Italia central? ¿Conservaría el Papa la integridad de sus Estados? ¿Los partidarios de la unidad italiana se verían obligados á renunciar á sus proyectos ó podrían continuar con éxito su propaganda? ¿Se llegaría á reunir un Congreso, é incumbiría á la diplomacia europea pronunciar la última palabra? Tales eran las cuestiones que se planteaban, y que iban á causar á Napoleón III las preocupaciones más graves.

Se acusaba al emperador de doblez con motivo de los asuntos italianos, y sin embargo quizás fué sincero en el deseo que expresaba de cumplir las promesas hechas por él á Francisco José. Pero quedaba entendido que no se violentaría á las poblaciones y que se respetaría el derecho que les asistía de disponer de su suerte. El dogma de la soberanía nacional era la base de las doctrinas de Napoleón III y estaba irrevocablemente resuelto á no permitir que nadie lo atacara. Hecha esta reserva, no debía oponer ningún obstáculo al restablecimiento de los príncipes desposeídos. No entraba en sus miras la unidad italiana y deseaba particularmente el mantenimiento de la autonomía toscana.

Víctor Manuel, fingiendo querer ejecutar escrupulosamente los pactos de Villafranca, llamó de Florencia, de Parma, de Módena y de Bolonia á los cuatro comisarios piemonteses Buoncompagni, Pallieri, Farini y d'Azeglio. En Florencia se asustaron al pronto los partidarios del Piamonte, por parecerles inminente una restauración gran ducal. Hubo alguna agitación en el Palazzo Vecchio y bajo los pórticos. Habiendo enviado el general La Marmora desde el campamento piemontés una carta al barón Ricasoli excitándole á tener calma y resignación, éste dijo al portador de la misiva: «Decid á La Marmora que he hecho pedazos su carta.» Pero en breve cobraron ánimo los partidarios de Víctor Manuel. Habiendo circulado el rumor de que Napoleón III había dicho: «El tratado consagra la restauración de los príncipes, pero no podrá ejecutarse por la fuerza,» todos los amigos del Piamonte se tranquilizaron. Los partidarios de la dinastía de Lorena habían decidido al gran duque Leopoldo á abdicar el 21 de

julio en favor de su hijo el príncipe Fernando, que había sido huésped de Napoleón III en Compiègne y esperaban que el joven príncipe subiera al trono.

En el ministerio de Negocios extranjeros de París se apoyaba calurosamente esta combinación. El conde Walewski, casado con una florentina y antiguo ministro de Francia en Florencia, se interesaba vivamente por la dinastía de Lorena y por la autonomía toscana. El 23 de julio dirigió el siguiente despacho telegráfico al marqués de Ferrière-le-Vayer, ministro de Francia en Florencia: «El gran duque acaba de abdicar en favor de su hijo. Esperamos que éste dará una Constitución y que tal vez adopte la bandera italiana. El emperador opina que los toscanos, por su propio interés, debieran apresurarse á tomar la iniciativa llamando al príncipe heredero. La anexión al Piamonte es cosa imposible; tengo motivos para creer que el mismo gobierno sardo no tardará en hacerlo comprender á Florencia. Obrad, pues, lisa y llanamente con arreglo á las intenciones del emperador.»

El marqués de Ferrière-le-Vayer habría deseado, lo mismo que el conde Walewski, la conservación de la dinastía de Lorena; pero no se hacía ilusiones. El 24 de julio contestó por telégrafo: «He sondeado el terreno, y es imposible obtener de Toscana que llame al joven gran duque. El espíritu revolucionario está demasiado excitado y el sentimiento nacional sobrado herido. No sería posible una restauración sino con la presencia de tropas francesas, pero ¡qué complicación! El gran duque heredero tendría alguna probabilidad si el príncipe Napoleón no hubiera residido en Florencia, si Toscana no hubiese estado abandonada hace dos meses á las intimidaciones de los clubs y á la presión de un gobierno anexionista, y si los príncipes no hubieran servido en las filas enemigas; no se quiere al padre ni al hijo: se admitirá todo antes que la dinastía.»

La autonomía toscana, ya que no la dinastía, tenía aún muchos partidarios, pero los tenía intimidados un florentino, más piamontés que los mismos piamonteses, el barón Ricasoli. Llevando un nombre ilustre y poseedor de una fortuna considerable, este gran señor demócrata, partidario fanático de la unidad italiana, estaba dispuesto á sacrificarlo todo por el triunfo de sus ideas, y á solicitar para su realización el auxilio de los revolucionarios más atrevidos y exaltados. Con su semblante rígido, sus facciones angulosas, su elocuencia áspera y ardiente, tenía el aspecto y el temperamento de un sectario. Era uno de esos hombres infatigables é inflexibles á los que nada asusta ni nada desanima y que, á pesar de todos los obstáculos, persigue su objeto con energía y tenacidad indomables. Después de la partida de Buoncompagni se proclamó por su propia autoridad presidente del Consejo de ministros, é hizo funcionar un gobierno cuyo único programa era la anexión de Toscana al Piamonte. El marqués de Ferrière-le-Vayer sabía muy bien que semejante hombre no cedería más que á la fuerza.

El joven gran duque se había apresurado á dirigir á los toscanos una alocu-

ción en la que declaraba que adoptaría los colores italianos, otorgaría una Constitución y reconocería los derechos de la nación. El barón Ricasoli contestó llamando al pueblo á las armas contra el vencido de Solferino, que así llamaba al príncipe.

El marqués de Ferrière-le-Vayer escribía al conde Walewski el 26 de julio: «Para daros una idea de la opinión pública, os diré que el marqués Ginori me ha leído dos cartas, una del príncipe Strozzi y otra del conde Ugolino della



El barón Ricasoli

Gherardesca, y en las cuales ambos manifiestan que, aunque siempre han profesado sentimientos monárquicos, no se debe ya procurar la vuelta de la dinastía de Lorena.» Así, pues, esta dinastía no podía contar ya con las grandes familias que habían sido largo tiempo su sostén. El ministro de Francia añadía: «Si los medios empleados han sido punibles, el resultado ha sido, en cambio, el que se buscaba de enardecer al partido revolucionario y aumentar el de la anexión, que la conducta de los archiduques, su presencia en el ejército austriaco y la noticia no desmentida de su participación en la batalla de Solferino han acrecentado todavía con cuantos, por un sentimiento bastante natural, no quieren ya que vuelvan á Florencia unos príncipes que han peleado en el campo de los enemigos de Italia. Si hubiera habido siquiera un batallón francés en Florencia, como yo lo indiqué, nada de esto habría sucedido. Siempre se habría teni-

do que contar con los unitarios y con la impresión producida por la enojosa actitud de los príncipes, pero no hubiera ocurrido esa desbandada general de los vacilantes y los tímidos, producida por ese estado moral propio de una sociedad, que tal vez es la más impresionable y la más pacífica del mundo, abandonada sin defensa á un partido que tiene á la revolución por auxiliar.»

¡La revolución! Cada día hacía progresos por nada estorbados. En un nuevo despacho fechado el 10 de agosto el marqués de Ferrière-le-Vayer se expresaba así: «Los partidarios de la dinastía hacen muy poco por ella desde su caída, después de haberla servido muy mal antes. Sólo hablan de sus temores cuando podrían hablarme de sus proyectos, y no me visitan sino para pedirme sus pasaportes, que les niego implacablemente. Cuando me dicen que se les amenaza con matarlos ó encarcelarlos, les contesto que un partido que se calla ante las amenazas, no merece que se ocupen de él, y que si muchos de ellos se hicieran matar en defensa de sus príncipes, en lugar de renegar de ellos y de ocultarse, esto haría más interesante su causa, pero que prefieren cruzarse de brazos y contar con Austria ó Francia y lamentarse en secreto en sus quintas ó en las cartas que me escriben, dejándose intimidar por escritos ó por palabras más de lo que podrían intimidarles las bayonetas de los soldados ó el hacha del verdugo. ¡Singular país en el que se derriba un trono con cintas y música, y donde se impone el terror, no ya con la guillotina, sino con un artículo de periódico ó con las palabras *Morte ai codini*, escritas con carbón en las paredes! ¡Singular país, pero sobrado dulce y blando para resistir sin un apoyo extranjero al contacto de la Cerdeña! Y sin embargo, creo que desde el punto de vista francés, del italiano y del católico, la razón de Estado nos ordena, sobre todo si no tenemos á Saboya, que no se deje al Piamonte apoderarse de Toscana y llegar á las fronteras pontificias y napolitanas, alentado á atreverse á todo con tal de hacer triunfar su política.»

El conde Walewski creía que los medios de persuasión, los consejos amistosos, las misiones oficiosas podían tener alguna influencia; pero se engañaba. A los pocos días envió á Florencia dos emisarios, el conde de Reiset y el príncipe José Poniatowski, que tenían por misión, como decía el ministro, contribuir con sus gestiones á que la opinión pública en Toscana hiciera apreciaciones más en armonía con las miras del gobierno del emperador.

Los dos mensajeros, á fuer de hombres de mundo, fueron recibidos en Florencia con extremada cortesía. Pero como su misión era puramente oficiosa, se fingió no darle gran importancia desde el punto de vista diplomático. Se les invitó, con una galantería en la cual había cierto tinte de ironía, á recorrer el país, á interrogar á los habitantes, á sondear la opinión pública, lo que les permitió apreciar las simpatías que en él habían dejado los príncipes de la casa de Lorena.

He conocido al príncipe Poniatowski. Era uno de los hombres más amables y más seductores que he visto. Cumplido caballero, alternativamente militar,

diplomático, cantor y compositor de música, siempre y dondequiera había obtenido triunfos. Era sobrino del célebre príncipe Poniatowski, el héroe de la epopeya imperial, el *Bayardo polaco*, el que fué nombrado mariscal de Francia en el campo de batalla de Leipzig y que murió á los tres días ahogado en las aguas del Elster.

El príncipe José Poniatowski había servido, como su tío, bajo las banderas de Francia. Después de distinguirse en muchas campañas en Argelia, ingresó en la diplomacia toscana y había sido en París ministro del gran duque Leopoldo. Naturalizado francés, fué nombrado senador por Napoleón III á fines de 1854. Cuando en agosto de 1859 llegó á Florencia, donde tenía muchos amigos, se volvió á ver con gusto al hombre de mundo, pero no se hizo caso del diplomático. Sin embargo, para apoyar aquella misión y para aumentar las probabilidades de éxito, el conde Walewski había escrito el 10 de agosto al marqués de Ferrière-le-Vayer: «El emperador os autoriza á entregar copia de un despacho en que se aconseja el llamamiento del gran duque heredero que, por su parte, dará todas las garantías apetecibles.»

Al otro día, 11 de agosto, la Asamblea toscana, convocada por el gobierno del barón Ricasoli, se reunía en Florencia. Toscana, contando con una población de un millón ochocientos mil habitantes, tenía sesenta y siete mil electores, cuarenta y cinco mil de los cuales habían votado, eligiendo á los hombres más importantes del país, sin distinción de origen, con tal que hubiesen dado á conocer su resolución de rechazar la dinastía de Lorena. El 16 de agosto todos los diputados presentes votaron su destitución. Cuatro días después la Asamblea aprobaba por unanimidad, menos tres votos, la anexión de Toscana al Piamonte.

Pero aún no estaba hecho todo. Tratábase de saber si el rey Víctor Manuel aceptaría aquella votación, y sobre todo si Napoleón III y las grandes potencias aceptarían su realización.

El príncipe de La Tour d'Auvergne escribía el 30 de agosto al conde Walewski: «El voto unánime de la Asamblea toscana, cuyo ejemplo no dejarán de seguir los ducados de Parma y Módena y las Legaciones en favor de la anexión al Piamonte, complica singularmente la situación y coloca en grave embarazo al gobierno del rey Víctor Manuel. El primer impulso de S. M. ha sido negarse claramente á aceptar el voto de la Asamblea toscana; pero ciertas solicitudes vivísimas, á las cuales han venido á dar mayor peso la ambición y el amor propio, han modificado el modo de ver del rey.»

Los delegados toscanos llegaron á Turín el 3 de septiembre. El ayuntamiento y gran número de senadores y diputados fueron á la estación del ferrocarril á recibirlos. Las cuatro legiones de la guardia nacional estaban formadas á su paso y todas las calles engalanadas con los colores nacionales. Los delegados pasaron al Palacio real y entregaron solemnemente á Víctor Manuel el acta de las deliberaciones de la Asamblea. El rey, en su respuesta, encareció la necesi-

dad de un reino fuerte que afirmara la independencia nacional, y expresó con claridad su deseo de agrupar bajo su cetro las poblaciones de Toscana. Pero añadió prudentemente, porque aún tenía muchas cosas que considerar: «La realización de mis deseos no puede tener efecto sino en virtud de las negociaciones que se celebren sobre los asuntos de Italia. Fortalecido con los derechos que vuestra resolución me confiere, sostendré vuestra causa ante las potencias, y sobre todo ante el magnánimo emperador de los franceses, que tanto ha hecho por la nación italiana. Confío en que Europa no se negará á llevar á cabo, respecto de Toscana, la obra de reparación que en circunstancias menos favorables realizó en otro tiempo en favor de Grecia, de Bélgica y de los Principados.»

Aquel mismo día Víctor Manuel dió un banquete en honor de los delegados toscanos. Por la noche se iluminaron los edificios públicos.

El 5 de septiembre el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski:

«El fondo y la forma de la respuesta del rey, que el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, había modificado todo lo posible con arreglo á nuestras observaciones, han obtenido por lo general la aprobación de las personas moderadas y de aquellos de mis colegas del cuerpo diplomático con los cuales he podido hablar del asunto; pero la prensa liberal á duras penas disimula su decepción, y aun me aseguran que la misma comisión toscana, á pesar de las muchas pruebas de simpatía de que ha sido objeto, dista mucho de estar satisfecha.»

En resumen, todo permanecía aún en suspenso. Todos se preguntaban lo que decidiría el Congreso, cuya reunión se consideraba entonces próxima é inevitable. Napoleón III no había dicho aún su última palabra. Todas las miradas estaban fijas en él, pues se comprendía que, en realidad, era el árbitro de la situación.

LXVII

PARMA

Había en la Italia central un trono que Napoleón III y la emperatriz Eugenia hubieran deseado en extremo que se respetara: el del duque de Parma. El duque, nacido el 9 de julio de 1848, no había cumplido once años cuando estalló la guerra de Italia. Su madre Luisa de Francia, nieta de Carlos X, hija de los duques de Berry y viuda del duque Carlos III, gobernaba como regente desde el 27 de marzo de 1854, día en que este príncipe fué asesinado.

La princesa había nacido el 21 de septiembre de 1819, un año antes que su hermano el conde de Chambord. En París, los ancianos se acordaban de haberla visto niña aún, cuando llevaba el nombre de *Mademoiselle* y su gentileza atraía todas las miradas. Napoleón III, que se sentía también amenazado por el puñal de los asesinos, se conolió de la suerte de Carlos III y tenía verdadero interés por una princesa cuyo abuelo había sido destronado, su hermano privado de su herencia y su padre y su marido asesinados. La emperatriz Eugenia, que tal vez presintiera ya que habría de ejercer la regencia en circunstancias dolorosas, sentía simpatías de mujer y de soberana por la duquesa, cuyas virtudes, inteligencia y valor admiraba. Los ministros de Francia en Toscana estaban también acreditados en el ducado de Parma, y todos alababan á la duquesa regente, cuyo gobierno era, como decía lord Clarendon, «un poder dulce, moderado, lleno de indulgencia y de sano juicio.» La emperatriz Eugenia se interesaba por la duquesa, primero por generosidad de sentimiento, y luego porque comprendía cuánto agradecería el partido legitimista al emperador que prestara su apoyo á la hermana del conde de Chambord.

Aparte de esto, la política de la duquesa de Parma estaba en armonía con las miras de Napoleón III. Lo que ella deseaba en Italia era el establecimiento de una Confederación independiente de toda influencia extraña. Desde que era regente, había aprovechado todas las ocasiones de hacerse agradable á Francia y á su soberano. Más de una vez se habían quejado en Viena de que era demasiado liberal, demasiado francesa y demasiado italiana.

Cuando la duquesa salió de Parma, adonde ya no debía volver, el 9 de junio de 1859, mostróse tan digna en su partida como lo había sido durante toda su regencia.

Después de haberse despedido noblemente de su pueblo y de sus soldados,

dad de un reino fuerte que afirmara la independencia nacional, y expresó con claridad su deseo de agrupar bajo su cetro las poblaciones de Toscana. Pero añadió prudentemente, porque aún tenía muchas cosas que considerar: «La realización de mis deseos no puede tener efecto sino en virtud de las negociaciones que se celebren sobre los asuntos de Italia. Fortalecido con los derechos que vuestra resolución me confiere, sostendré vuestra causa ante las potencias, y sobre todo ante el magnánimo emperador de los franceses, que tanto ha hecho por la nación italiana. Confío en que Europa no se negará á llevar á cabo, respecto de Toscana, la obra de reparación que en circunstancias menos favorables realizó en otro tiempo en favor de Grecia, de Bélgica y de los Principados.»

Aquel mismo día Víctor Manuel dió un banquete en honor de los delegados toscanos. Por la noche se iluminaron los edificios públicos.

El 5 de septiembre el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski:

«El fondo y la forma de la respuesta del rey, que el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, había modificado todo lo posible con arreglo á nuestras observaciones, han obtenido por lo general la aprobación de las personas moderadas y de aquellos de mis colegas del cuerpo diplomático con los cuales he podido hablar del asunto; pero la prensa liberal á duras penas disimula su decepción, y aun me aseguran que la misma comisión toscana, á pesar de las muchas pruebas de simpatía de que ha sido objeto, dista mucho de estar satisfecha.»

En resumen, todo permanecía aún en suspenso. Todos se preguntaban lo que decidiría el Congreso, cuya reunión se consideraba entonces próxima é inevitable. Napoleón III no había dicho aún su última palabra. Todas las miradas estaban fijas en él, pues se comprendía que, en realidad, era el árbitro de la situación.

LXVII

PARMA

Había en la Italia central un trono que Napoleón III y la emperatriz Eugenia hubieran deseado en extremo que se respetara: el del duque de Parma. El duque, nacido el 9 de julio de 1848, no había cumplido once años cuando estalló la guerra de Italia. Su madre Luisa de Francia, nieta de Carlos X, hija de los duques de Berry y viuda del duque Carlos III, gobernaba como regente desde el 27 de marzo de 1854, día en que este príncipe fué asesinado.

La princesa había nacido el 21 de septiembre de 1819, un año antes que su hermano el conde de Chambord. En París, los ancianos se acordaban de haberla visto niña aún, cuando llevaba el nombre de *Mademoiselle* y su gentileza atraía todas las miradas. Napoleón III, que se sentía también amenazado por el puñal de los asesinos, se conolió de la suerte de Carlos III y tenía verdadero interés por una princesa cuyo abuelo había sido destronado, su hermano privado de su herencia y su padre y su marido asesinados. La emperatriz Eugenia, que tal vez presintiera ya que habría de ejercer la regencia en circunstancias dolorosas, sentía simpatías de mujer y de soberana por la duquesa, cuyas virtudes, inteligencia y valor admiraba. Los ministros de Francia en Toscana estaban también acreditados en el ducado de Parma, y todos alababan á la duquesa regente, cuyo gobierno era, como decía lord Clarendon, «un poder dulce, moderado, lleno de indulgencia y de sano juicio.» La emperatriz Eugenia se interesaba por la duquesa, primero por generosidad de sentimiento, y luego porque comprendía cuánto agradecería el partido legitimista al emperador que prestara su apoyo á la hermana del conde de Chambord.

Aparte de esto, la política de la duquesa de Parma estaba en armonía con las miras de Napoleón III. Lo que ella deseaba en Italia era el establecimiento de una Confederación independiente de toda influencia extraña. Desde que era regente, había aprovechado todas las ocasiones de hacerse agradable á Francia y á su soberano. Más de una vez se habían quejado en Viena de que era demasiado liberal, demasiado francesa y demasiado italiana.

Cuando la duquesa salió de Parma, adonde ya no debía volver, el 9 de junio de 1859, mostróse tan digna en su partida como lo había sido durante toda su regencia.

Después de haberse despedido noblemente de su pueblo y de sus soldados,

salió tranquilamente de su palacio en coche como si fuera á dar un paseo, y se alejó saludada y respetada de todos.

Algunos días después, el 23 de junio, un secretario de la legación de Francia en Florencia, el conde de Mosbourg, que acababa de recorrer la Italia central para echar una ojeada sobre la situación, escribía al conde Walewski: «Llegado el 17 de junio á Milán, he salido el 20 para Plasencia y Parma. La población era sinceramente adicta á la duquesa. No me ha sido difícil convencerme de ello por el modo como se habla de esa señora en el país del que no ha sido expulsada, sino del que se ha marchado, terminando su gobierno con actos cuya cordura y moderación todos encomian. La duquesa de Parma ha partido dejando millón y medio en las cajas y sin llevarse ni un objeto de los que llenaban el elegante palacio en que vivía. Se ha marchado dejando muchos y gratos recuerdos, habiéndosele prodigado á su paso continuas muestras de respeto y de cariño. La casualidad me ha hecho reunir interesantes detalles acerca de su viaje. Se había detenido en Verona donde el emperador de Austria fué á verla pasando breves instantes con ella. Inmediatamente después de esta visita ha querido partir, y como no había tren próximo, ha dicho á su comitiva que no dormiría en Verona y ha tomado un tren especial para continuar su viaje. Sé este detalle por un diplomático que tuve por colega en Viena y que ha acompañado á la duquesa hasta Suiza.»

El conde de Mosbourg añade en su informe que el duque de Módena, muy diferente en esto á la duquesa de Parma, se llevó todo cuanto le fué posible; no había dejado en su palacio más que las cuatro paredes y le habían acompañado á Mantua cincuenta detenidos políticos.

La actitud del duque de Módena y de la duquesa de Parma eran enteramente diferentes: el duque se establecía en territorio austriaco; la duquesa se refugiaba en Suiza. El duque procuraba estrechar los vínculos, tan estrechos ya, que unían á su ducado con Austria; la duquesa hubiera querido que su hijo fuese completamente independiente. Esta fué la causa de que el emperador Francisco José, que cuando la entrevista de Villafranca abogó con tanto calor por la causa de sus parientes el gran duque de Toscana y el duque de Módena, ambos archiduques, no se ocupara de la duquesa de Parma ni del joven soberano de este ducado.

La duquesa regente habría podido esperar que hallaría disposiciones favorables por parte del rey Víctor Manuel. Su marido el duque Carlos III, educado con el rey, había pasado su juventud en Turín y servido en el ejército piomontés; ella misma había estado íntimamente unida con la esposa del rey, la reina Adelaida, archiduquesa de Austria, fallecida en enero de 1855. Pero la duquesa de Parma conocería en breve que la política no tendría piedad de la viuda ni del huérfano.

Sin embargo, la pobre madre contaba con Francia y quizás también con Rusia. El duque de Montebello, embajador de Napoleón III en San Petersburgo,

había escrito el 29 de julio al conde Walewski: «La suerte del ducado de Parma, sobre el cual no se ha dicho una palabra en los preliminares de Villafranca, preocupa mucho al gabinete de San Petersburgo. La duquesa de Parma ha escrito al emperador de Rusia recomendándole la causa de su hijo. El príncipe Gortchakoff no pone en duda que el joven príncipe sea mantenido en su soberanía. Hame dicho que sabía que el emperador estaba animado de las mejores disposiciones en su favor. Piensa además que Europa no podría reconocer á los Estados beligerantes el derecho de disponer de una soberanía italiana.»

El gobierno piomontés, por su parte, estaba decidido á considerar como nulas las simpatías que Napoleón III y Alejandro II pudieran manifestar por el joven duque de Parma. El 16 de junio había nombrado al Sr. Pallieri gobernador del ducado en nombre del rey Víctor Manuel, y Pallieri hizo en Parma lo que el barón Ricasoli en Florencia y Farini en Módena. Como los preliminares de Villafranca no mentaban para nada al ducado pamesano, se fingía creer en Turín que este silencio significaba anexión. El conde de Cavour telegrafió á Pallieri el 13 de julio: «Parma debe quedar anexionada á Cerdeña. Haced prestar juramento al rey y proceded con la mayor energía.» Sin embargo, como Cavour presentó su dimisión, el gobierno piomontés, que no se atrevía aún á arrojar la máscara, hubo de quitar de los edificios públicos de Parma el escudo de Saboya y de llamar á Turín á Pallieri. Pero éste, antes de retirarse, dejó en el ducado, so pretexto de mantener el orden, un delegado, Manfredi, cuyo único cuidado fué preparar la anexión á Cerdeña.

Así pues, la duquesa de Parma no tenía más que una esperanza, el Congreso.

Si Napoleón III tenía simpatías por el joven duque de Parma y sobre todo por su madre, en cambio no tenía ninguna por el duque de Módena Francisco V.

De todas las dinastías de Europa, la más reaccionaria, la más intransigente, la más opuesta á las ideas napoleónicas, al liberalismo y á las instituciones parlamentarias, era la dinastía de Módena. Tenía igual horror á la bandera tricolor italiana y á la bandera tricolor francesa. Cuando Francisco IV, padre de Francisco V, subió al trono ducal en julio de 1814, su primer cuidado fué abolir en su ducado el Código Napoleón. La revolución francesa de 1830 le causó una cólera y una indignación sin límites. Mientras las cortes de Turín, Florencia y Nápoles se creían obligadas á guardar consideraciones á Luis Felipe, el duque de Módena se vanagloriaba de desafiarle, y fué el único soberano de Europa que se negó á reconocer al rey de los franceses, en el cual se obstinaba en no ver más que un usurpador. Había ofrecido en su palacio ducal de Massa un asilo á la duquesa de Berry que, teniendo allí una reducida corte compuesta de los legitimistas más furibundos, había preparado ostensiblemente el levantamiento vendeano de 1832.

Francisco V, que subió al trono en 1846, prosiguió por todos conceptos la equivocada política de su padre. Su hermana estaba casada con el conde de Chambord; pero el duque era infinitamente más absolutista que su cuñado, el jefe de la rama mayor de los Borbones. Mientras todas las cortes de Europa prodigaban atenciones á Napoleón III, él observaba respecto de éste la actitud más fría y más reservada, llegando hasta negar la autorización de llevar la medalla de Santa Elena á aquellos de sus súbditos que habían servido bajo las banderas de Napoleón I.

Francisco V tenía á gala obrar en toda circunstancia como un buen archiduque, como lugarteniente adicto al jefe de su familia, el emperador de Austria, como un general del ejército imperial y real. Cuando estalló la guerra de Italia se apresuró á hacer ocupar á Módena y Reggio por los austriacos, mientras él, con un pequeño ejército con el cual creía poder contar, se encerró en su fortaleza de Brescella, adonde se llevó y de donde trasladó más adelante á Venecia sesenta mil libras del tesoro, las alhajas de la corona, las medallas de los museos

y los manuscritos preciosos de las bibliotecas. Al recibir la noticia de la batalla de Magenta, no se consideró ya seguro en su fortaleza y se refugió en el territorio austriaco, en tanto que Farini llegaba á Módena en calidad de comisario piomontés.

Farini era discípulo de Cavour, pero de origen obscuro, necesitado hasta la pobreza, sectario ardiente y fanático y más avanzado en sus ideas demagógicas que su maestro. Había en Europa pocos revolucionarios tan audaces y fogosos como aquel conspirador, para quien la política era á la vez una pasión y un lucro. La noticia de los preliminares de Villafranca le puso literalmente furioso. «No me dejéis sin instrucciones, dijo por telégrafo al conde de Cavour. Tened entendido que si, por efecto de un convenio del que yo no tuviera noticia, el duque hiciera alguna tentativa, le trataría como enemigo del rey y de la patria.» Cavour había presentado ya su dimisión cuando recibió este despacho, y respondió con esta sola frase: «El ministro ha muerto; el amigo aplaude vuestra determinación.» Poco después el gobierno de Turín daba á Farini la orden de retirarse; pero no hizo caso de ella, y después de quitarse el uniforme de comisario piomontés, salió al balcón del palacio de Este, y ante la muchedumbre reunida en la plaza proclamó su propia dictadura.

Con dificultad podían esperar los austriacos que Napoleón III favoreciera la causa de un príncipe de los antecedentes y principios del duque de Módena. Exigir de este príncipe que entrara en una Confederación italiana que tuviera por base las ideas liberales y el parlamentarismo, era pedirle un imposible. Considerándose como vencido de Solferino, estaba resuelto á no pactar jamás con los vencedores.

Por otra parte, si Napoleón III no había conservado un mal recuerdo de Toscana, donde su padre y su hermano mayor, desterrados de Francia, hallaron hidalga hospitalidad y donde la familia gran ducal les había manifestado disposiciones benévolas, en cambio el ducado de Módena sólo despertaba en la mente del emperador impresiones funestas. No olvidaba con cuántos celos y angustias había cruzado por aquel territorio con su madre, gracias á pasaportes falsos, cuando huía después de su lamentable participación en la insurrección de las Romañas en 1831. El duque Francisco IV acababa de enviar al cadalso á muchos patriotas italianos, y Luis Napoleón, su cómplice, tenía motivos de temer el mismo fin, si llegaba á ser conocido y preso.

Así como las simpatías francesas parecían faltar de todo punto á Francisco V, así también el emperador de Austria debía tener empeño en defender los derechos de un pariente que, en los días de prueba, le había atestiguado tanta confianza, abnegación y fidelidad, y aun puede causar extrañeza que Francisco José no hubiera tenido más persistencia en auxiliar á un soberano que más bien era súbdito que aliado suyo.

Si el emperador de Austria hubiera sido, como conservador, tan atrevido como lo era Farini como revolucionario, habría ayudado al duque de Módena á

equipar algunos regimientos seguros, compuestos exclusivamente de hombres que no pertenecieran á la nacionalidad italiana, y con estos regimientos el duque habría podido recobrar su ducado. Al retar á aquel príncipe, Farini no dejaba de proceder con temeridad, porque Francisco V estaba muy cerca de la frontera aguardando con impaciencia la ocasión de volver á sus Estados y contando con el auxilio de Austria, pero Austria no se lo prestó.

El emperador Francisco José creía tal vez que las tropas francesas dejadas en Lombardía se opondrían á toda restauración. Sin embargo, no era cierto que Napoleón III, que se había vuelto muy pacífico, se expusiera á comenzar otra vez la guerra por sostener la dictadura de Farini. Viendo éste que podía continuar tranquilamente su obra, convocó en Módena una asamblea que el 19 de agosto aprobó por unanimidad la destitución del duque y la anexión del ducado á Cerdeña.

Napoleón III no deseaba en modo alguno la restauración de Francisco V, pero recomendaba que subsistiera la autonomía modenese. Tratóse por un momento de anexionar los Estados del duque de Parma á Cerdeña y dar como compensación al joven soberano el ducado de Módena; pero semejante arreglo tenía pocas probabilidades de éxito. Austria debía pensar en efecto que nada sería más contrario á sus principios legitimistas que semejante sustitución. Al aceptarla la duquesa regente para su hijo, ¿no se habría hecho solidaria de las usurpaciones piamontesas, y no habría colocado el derecho revolucionario sobre el derecho divino? Si la duquesa de Parma era hermana del conde de Chambord, tampoco podía olvidar que este príncipe era cuñado del conde de Chambord; recordaba también todos los favores que su madre la duquesa de Berry había recibido de Francisco IV, padre del duque. La combinación no podía dar buen resultado, por lo cual se desistió de ella, y Farini, más y más audaz, no encontró obstáculos en su camino.

LXIX

LAS ROMAÑAS

Dase el nombre de Romañas á los territorios que componían las seis Legaciones en los Estados de la iglesia: Velletri, Urbino y Pésaro, Forli, Bolonia, Rávena y Ferrara. Cuando estalló la guerra de Italia, Roma tenía guarnición francesa y las Romañas la tenían austriaca. Los Estados de la Iglesia eran un terreno neutral, en donde los ejércitos austriaco, francés y piamontés no debían combatir. Mientras duró la guerra, no ocurrió en la Ciudad Eterna ningún disturbio, ni hubo ninguna manifestación. Manteníase allí el orden á la sombra de la bandera de Francia, y Pío IX no tenía absolutamente nada que temer. Las Romañas habrían permanecido también tranquilas, si los austriacos hubieran seguido ocupándolas, como tenían el derecho y el poder.

Se ha acusado mucho á Napoleón III de haber sido el autor de la anexión de las Romañas al reino de Víctor Manuel. No cabe negar que contribuyó mucho á ello; pero creemos que más contribuyó tal vez el emperador de Austria. Haciendo que sus tropas evacuaran las seis Legaciones en los días 11 y 12 de junio, dejó el campo libre á la revolución y él mismo puso término á la influencia austriaca, no sólo en los Estados de la Iglesia, sino también en toda la Italia central. Era en efecto evidente que si el Papa perdía las Romañas, el gran duque de Toscana y los duques de Parma y Módena quedarían destituidos.

Tan luego como las tropas austriacas evacuaron á Bolonia, se arrancaron los escudos pontificios, y una junta en la que figuraba el marqués Joaquín Pépoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III, proclamó la dictadura de Víctor Manuel. Imola, Forli, Faenza, Ferrara y Rávena siguieron el ejemplo de Bolonia, y el Papa perdió todas las Romañas, que no volvería á recobrar.

Víctor Manuel no se atrevió desde luego á asumir la dictadura; contentóse, pues, con tomar un sesgo y nombrar comisario al marqués de Azeglio, el que en 1845 había publicado el célebre folleto *I Casi delle Romagne*. Después de los preliminares de Villafranca el rey se creyó obligado á llamarlo; pero este llamamiento era una anagaza. Azeglio, en lugar de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo prescribían sus instrucciones, las distribuyó en las antiguas guarniciones austriacas, puso una numerosa en Bolonia y en seguida delegó sus poderes en su jefe de Estado mayor, el coronel Falicón, que gobernó en su sustitución. De regreso en Turín dijo al rey: «Señor, he desobedecido á

equipar algunos regimientos seguros, compuestos exclusivamente de hombres que no pertenecieran á la nacionalidad italiana, y con estos regimientos el duque habría podido recobrar su ducado. Al retar á aquel príncipe, Farini no dejaba de proceder con temeridad, porque Francisco V estaba muy cerca de la frontera aguardando con impaciencia la ocasión de volver á sus Estados y contando con el auxilio de Austria, pero Austria no se lo prestó.

El emperador Francisco José creía tal vez que las tropas francesas dejadas en Lombardía se opondrían á toda restauración. Sin embargo, no era cierto que Napoleón III, que se había vuelto muy pacífico, se expusiera á comenzar otra vez la guerra por sostener la dictadura de Farini. Viendo éste que podía continuar tranquilamente su obra, convocó en Módena una asamblea que el 19 de agosto aprobó por unanimidad la destitución del duque y la anexión del ducado á Cerdeña.

Napoleón III no deseaba en modo alguno la restauración de Francisco V, pero recomendaba que subsistiera la autonomía modenese. Tratóse por un momento de anexionar los Estados del duque de Parma á Cerdeña y dar como compensación al joven soberano el ducado de Módena; pero semejante arreglo tenía pocas probabilidades de éxito. Austria debía pensar en efecto que nada sería más contrario á sus principios legitimistas que semejante sustitución. Al aceptarla la duquesa regente para su hijo, ¿no se habría hecho solidaria de las usurpaciones piamontesas, y no habría colocado el derecho revolucionario sobre el derecho divino? Si la duquesa de Parma era hermana del conde de Chambord, tampoco podía olvidar que este príncipe era cuñado del conde de Chambord; recordaba también todos los favores que su madre la duquesa de Berry había recibido de Francisco IV, padre del duque. La combinación no podía dar buen resultado, por lo cual se desistió de ella, y Farini, más y más audaz, no encontró obstáculos en su camino.

LXIX

LAS ROMAÑAS

Dase el nombre de Romañas á los territorios que componían las seis Legaciones en los Estados de la iglesia: Velletri, Urbino y Pésaro, Forli, Bolonia, Rávena y Ferrara. Cuando estalló la guerra de Italia, Roma tenía guarnición francesa y las Romañas la tenían austriaca. Los Estados de la Iglesia eran un terreno neutral, en donde los ejércitos austriaco, francés y piamontés no debían combatir. Mientras duró la guerra, no ocurrió en la Ciudad Eterna ningún disturbio, ni hubo ninguna manifestación. Manteníase allí el orden á la sombra de la bandera de Francia, y Pío IX no tenía absolutamente nada que temer. Las Romañas habrían permanecido también tranquilas, si los austriacos hubieran seguido ocupándolas, como tenían el derecho y el poder.

Se ha acusado mucho á Napoleón III de haber sido el autor de la anexión de las Romañas al reino de Víctor Manuel. No cabe negar que contribuyó mucho á ello; pero creemos que más contribuyó tal vez el emperador de Austria. Haciendo que sus tropas evacuaran las seis Legaciones en los días 11 y 12 de junio, dejó el campo libre á la revolución y él mismo puso término á la influencia austriaca, no sólo en los Estados de la Iglesia, sino también en toda la Italia central. Era en efecto evidente que si el Papa perdía las Romañas, el gran duque de Toscana y los duques de Parma y Módena quedarían destituidos.

Tan luego como las tropas austriacas evacuaron á Bolonia, se arrancaron los escudos pontificios, y una junta en la que figuraba el marqués Joaquín Pépoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III, proclamó la dictadura de Víctor Manuel. Imola, Forli, Faenza, Ferrara y Rávena siguieron el ejemplo de Bolonia, y el Papa perdió todas las Romañas, que no volvería á recobrar.

Víctor Manuel no se atrevió desde luego á asumir la dictadura; contentóse, pues, con tomar un sesgo y nombrar comisario al marqués de Azeglio, el que en 1845 había publicado el célebre folleto *I Casi delle Romagne*. Después de los preliminares de Villafranca el rey se creyó obligado á llamarlo; pero este llamamiento era una anagaza. Azeglio, en lugar de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo prescribían sus instrucciones, las distribuyó en las antiguas guarniciones austriacas, puso una numerosa en Bolonia y en seguida delegó sus poderes en su jefe de Estado mayor, el coronel Falicón, que gobernó en su sustitución. De regreso en Turín dijo al rey: «Señor, he desobedecido á

V. M.: hágame juzgar por un consejo de guerra.» Y Víctor Manuel le contestó: «Habéis obrado bien.» A pesar de las recomendaciones en contrario de Napoleón III, las tropas piemontesas continuaron en Bolonia, y el ministro de Hacienda sardo envió secretamente cuantiosos subsidios á las autoridades romanas para que pudieran atender á los servicios públicos, auxilio que, negado primeramente, tuvo en seguida gran publicidad.

Los emperadores de Austria y Francia habían declarado que el Papa sería presidente honorario de la Confederación italiana, y todos se preguntaban cuál podría ser el resultado práctico de tal combinación. Cabe pensar que si la cátedra del Espíritu Santo hubiera estado ocupada entonces por un diplomático tan hábil como León XIII, poniéndose francamente la Santa Sede á la cabeza de la Confederación, habría podido tal vez dominar las dificultades políticas y salvar enteramente su poder temporal. Pero Pío IX, disgustado de las ideas liberales por la cruel prueba que de ellas había hecho, consideró como un lazo el título de presidente honorario de una Confederación italiana y no hizo nada por secundar las miras de Napoleón. En Roma dominaban influencias contrarias á Francia y más especialmente al emperador, haciendo imposible todo acuerdo, con gran desesperación de una católica tan ferviente como la emperatriz Eugenia.

Pío IX estaba enojado con Napoleón III por haber pedido á Francisco José cuando la entrevista de Villafranca, que las Legaciones fuesen separadas administrativamente de los Estados de la Iglesia. También lo estaba por haber dado á la presidencia de la Confederación italiana el título de honoraria, cuya supresión hubiera deseado Francisco José, y suponía que este título no era más que una lisonjera apariencia, la cual ocultaba dañados propósitos.

Puede afirmarse, sin embargo, que Napoleón III, hostil á la unidad italiana, deseaba en principio el mantenimiento del poder temporal; mas, por otra parte, estaba persuadido de que Pío IX no podría conservar las Romanas sino secularizando su gobierno.

El conde de Sainte-Aulaire, embajador del rey Luis Felipe en Roma, había juzgado del modo siguiente la situación de estos territorios en un despacho del 6 de marzo de 1831: «Por espacio de unos veinte años las Legaciones sustraídas á la autoridad pontificia, quedaron sometidas á un gobierno fundado sobre las grandes bases de la civilización moderna. El congreso de Viena las volvió á poner bajo la dominación romana. Una política ilustrada habría tenido en cuenta la situación en que se habían encontrado durante un lapso de tiempo tan considerable, y procediendo con cordura, las habría otorgado instituciones todo lo parecidas posible á las que acababan de perder. Pero lejos de esto, ni siquiera se les devolvieron los privilegios de que habían disfrutado hasta 1797. En 1828, el gobierno francés, en las instrucciones dadas á M. de Chateaubriand, indicaba ya en términos enérgicos los peligros de tan funesto sistema.»

La cuestión de las Romanas tenía en situación embarazosa á Napoleón III

á causa de los antecedentes de su juventud. Sin haber estado literalmente afiliado á la secta de los carbonarios, había participado en 1831 de las pasiones de los patriotas italianos y asociándose á la insurrección de las Romanas. Pero podía decir que aun entonces lo que había querido no era la supresión del poder de los papas, sino la secularización de su gobierno. Su objetivo era un papado reformador y antiaustriaco puesto al frente de las ideas de emancipación. Tal había sido también el ideal de su madre la reina Hortensia que en 1831 escribía: «Si el Papa fuese capaz de hacer concesiones oportunas, mañana sería el jefe de toda Italia, y quizás dictaría aún leyes á toda Europa y devolvería á la religión, aliada con la libertad, el esplendor que tuvo en otro tiempo.»

Napoleón III acariciaba aún este ensueño cuando en 1859 procuraba poner la Confederación italiana, por decirlo así, bajo la advocación del papa; pero esto no pasaba de ser una quimera, y Pío IX se negaba á secularizar sus Estados.

Por otra parte, el emperador no modificaba las ideas expresadas por él el 18 de agosto de 1849 cuando escribía á su oficial de órdenes, el teniente coronel Edgardo Ney, que formaba parte de la expedición de Roma: «La República francesa no ha enviado un ejército á Roma para ahogar la libertad italiana, sino al contrario para regularla, preservándola de sus propios excesos, y para darle una base sólida poniendo en el trono pontificio al príncipe que fué el primero en colocarse resueltamente al frente de todas las reformas útiles... Resumo de este modo el restablecimiento del poder temporal del papa: Amnistía general. Secularización de la administración. Código Napoleón y gobierno liberal.» Esta célebre carta terminaba así: «Cuando nuestros ejércitos recorrieron toda la Europa, dejaron en todas partes como huellas de su paso la extirpación de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad; no se dirá que en 1849 un ejército francés ha obrado en otro sentido y producido resultados contrarios.» Diez años después, el emperador tenía el mismo programa que el presidente de la República francesa.

La divergencia de miras que había entre Pío IX y Napoleón III no podía menos de favorecer la marcha de la revolución en las Romanas. El acto principal del coronel Falicón fué poner allí en vigor el Código Napoleón. Después de emitir un empréstito nacional de seis millones de liras y de crear un Tribunal de cuentas, se retiró el 1.º de agosto, y fué nombrado gobernador general un hombre que pasaba por ser bienquisto del emperador, el Sr. Cipriani, el cual estableció la igualdad de cultos y de derechos civiles y políticos. El 6 de agosto hubo elecciones y el 1.º de septiembre se reunió la asamblea. Entre ciento veinticuatro diputados de que se componía había dos príncipes, siete marqueses, treinta condes, tres caballeros, veintisiete médicos, diez y siete abogados, doce profesores, tres militares, y los demás propietarios ó comerciantes; la aristocracia constituía, pues, la mitad de esta asamblea, á pesar de lo cual no dejó de aprobar por ciento veintiún votos la destitución del gobierno de la Santa Sede y la anexión de las Romanas á Cerdeña.

Se deseaba saber con ansiedad si el rey Víctor Manuel se atrevería á aceptar esta anexión. El 15 de septiembre las comisiones de Parma y Módena le presentaron el acta de las votaciones anexionistas de las asambleas de ambos ducados. El conde de San Vitali presidía la comisión parmesana, en la cual figuraba el célebre compositor Verdi. El consejero Muratori presidía los enviados de Módena. La contestación del rey á ambas comisiones causó poca sensación, porque apenas difería de la que había dado á la toscana. Pero se aguardaba con impaciencia la que iba á dar á los romañoles. «Agradezco mucho, dijo, los deseos que han formulado los pueblos de las Romañas y de los cuales sois intérpretes. Como príncipe católico, conservaré siempre el más profundo y más inalterable respeto á la suprema jerarquía de la Iglesia. Como príncipe italiano, debo recordar que Europa, considerando que la condición en que se encuentran las Romañas exige medidas prontas y eficaces, ha contraído con vuestro país obligaciones formales. Acepto esos votos, y fundado en los derechos que se me confieren, sostendré vuestra causa ante las grandes potencias. Confíad en su justicia, confíad en el generoso patriotismo del emperador, que llevará á cabo la grande obra de reparación que ha comenzado tan poderosamente, obra que le asegura la gratitud de Italia..... Europa reconocerá que tiene el deber y un interés común en evitar todo desorden, satisfaciendo los deseos legítimos de los pueblos.» Así pues, Víctor Manuel reconocía que en último resultado incumbía á Europa dirimir la cuestión.

Dos días después el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski: «La comisión de las Romañas, teniendo sin duda en cuenta los consejos del general Dabormida, ha renunciado á aceptar la invitación que le ha hecho el ayuntamiento de Turín para visitar esta capital antes de regresar á Bolonia. Parece que también ha renunciado al proyecto de pasar á Francia con objeto de presentar al emperador la decisión de la asamblea bolonesa, limitándose á enviarle una persona que le sometiera de un modo puramente particular el resultado de las deliberaciones de dicha asamblea. El general Dabormida se ha felicitado conmigo por haber logrado disuadir á los enviados de las Romañas de dar un paso que sería de gran resonancia y que, en las circunstancias actuales, no habría dejado de dar lugar á enojosas interpretaciones.»

Víctor Manuel y Napoleón presentían ya las dificultades de toda clase que les suscitaría la cuestión romana. No ignoraban cuán difíciles, si no imposibles de resolver, serían los problemas que esta cuestión, ardua cual ninguna, había de suscitar desde los puntos de vista religioso, político y social. Las controversias y las pasiones que engendró debían ser para ambos monarcas motivo de preocupación y de tristeza. Durante su reinado no pasó una sola hora en que los asuntos de Roma no produjeran en los intereses y en las conciencias una perturbación que, al cabo de cuarenta años, dura todavía.

LXX

SAN SALVADOR

Napoleón III no se dejaba alucinar por las lisonjas de sus cortesanos. Las ovaciones prodigadas á él y á sus tropas no le habían hecho olvidar todo lo horroroso que tiene la guerra aun para los vencedores, ni los problemas casi insolubles que los sucesos acababan de plantear. Sus sentimientos humanitarios le habían inspirado más de una reflexión dolorosa. Presentábanse aún á su imaginación las escenas de horrible matanza que había presenciado y empezaba á dudar del agradecimiento de Italia. La lasitud moral era en él mayor que el cansancio físico. Necesitaba reposo, recogimiento, y quería meditar tranquilamente sobre las arduas cuestiones que la Providencia le encargaba estudiar. Pensó que el aire de las montañas sería bueno, no sólo para él, sino para la emperatriz, que también acababa de experimentar muchas emociones, y resolvió pasar algunas semanas en los Pirineos, primero en San Salvador y luego en Biarritz.

El emperador partió de Saint-Cloud con su esposa y su hijo el 17 de agosto, acompañados de escasa comitiva.

San Salvador es una aldea de los Altos Pirineos, compuesta de una sola calle que sube por la vertiente del Som de Laze, por cima de la garganta en que arrastra sus turbulentas aguas el torrente de Gavarnie. Los soberanos vivían allí como simples particulares, disfrutando de las bellezas de la naturaleza y haciendo todos los días excursiones por las cercanías. El domingo 28 de agosto, el pueblo de Luz, que cuenta mil quinientos habitantes y del que depende San Salvador, estaba de fiesta. SS. MM. se habían trasladado á él para oír misa mayor cantada por el obispo de Tarbes y visitar el antiguo castillo de los templarios. El 30 efectuaron una excursión á Gavarnie. El emperador subió con la emperatriz á un pequeño carruaje que guiaba atrevidamente por un camino difícil y á veces hasta peligroso. Veinte guías de la montaña le seguían á caballo. En Gavarnie había un cañón servido por antiguos artilleros cuyos disparos despertaron á lo lejos los ecos de las montañas para anunciar la llegada de los soberanos.

Pero en vano procuraba Napoleón III distraerse de las preocupaciones que le absorbían. Con pocos días de diferencia recibió dos visitas que le perturbaban; la del conde de Arese y la del príncipe de Metternich. El uno abogaba por

la causa italiana, el otro por la de Austria, y no era tarea fácil dejar contentos á los dos; pero el emperador halló modo de no disgustar á uno ni á otro.

El conde de Arese había sido para Napoleón III un compañero de la juventud, un amigo del destierro y un hombre fiel en la desgracia. Este gran señor milanés que no pedía nada para sí mismo, pero sí todo para Italia, había dado á Luis Bonaparte pruebas de adhesión que Napoleón III no olvidaba. Cuando en 1836, después de la intentona de Estrasburgo, el príncipe fué deportado á los Estados Unidos, Arese se encaminó á toda prisa á Liverpool, se embarcó, y sin que lo supiera el príncipe llegó antes que él á América, de suerte que al desembarcar el proscrito lo primero que encontró fué un rostro amigo.

La causa italiana no podía tener mejor defensor que el conde Arese. Ya en el mes de julio había escrito al emperador: «Señor, autorizado y alentado por la benevolencia de V. M., me permito robaros algunos instantes y hablaros con el corazón en la mano como en los días de Arenenberg y de Nueva York. Ante todo, deseo tener noticias tranquilizadoras sobre el estado de vuestra salud después de tantas fatigas de cuerpo y alma, y también sobre el estado de la emperatriz, que ha compartido con el corazón los lances de la campaña.» El conde Arese procuraba demostrar que Italia no sería ingrata. «Crea V. M. en mi franqueza, que tan bien conoce; después del primer momento de asombro, que todo el mundo ha tenido al saberse la noticia de una paz tan inesperada y que truncaba tan bellas esperanzas, ha habido una reacción sobre la realidad de la situación y se ha comprendido todo cuanto habéis hecho, todo cuanto podéis hacer aún en favor de esta desventurada Italia que desde vuestra juventud os cuenta siempre entre sus más sinceros y desinteresados amigos.... Señor, os suplico que toméis en vuestras manos nuestra causa y triunfará. Adquiriréis nueva gloria y nuevos motivos para la admiración y la gratitud de Italia y de la posteridad.»

La emperatriz era también muy amiga del conde Arese, pero á éste le costaba mucho más trabajo convencerla que al emperador. No sabiendo aún que el conde iba á ir á San Salvador, le había escrito el 16 de agosto: «Hago *todo lo que puedo* por ser italiana..... ¿No teméis demostrar á Europa que el oficio de redentor es un oficio de *tontos*? Ha habido un momento en que el emperador ha estado *en contra del sentimiento de su propio país*, y le ha sido preciso reavivar sentimientos de generosidad y de gloria para hacer aceptar á este país, todavía cansado de las duras pruebas por que ha pasado, una lucha que no podría proporcionarle más recompensa que la gratitud y en la que un revés podría herirle cruelmente.»

El conde Arese llegó el 30 de agosto á San Salvador. El principal objeto de su misión era tratar de la respuesta que Víctor Manuel debería dar á los enviados toscanos. El conde procuró probar que las anexiones de la Italia central eran inevitables, y se marchó llevando, si no promesas, por lo menos ciertas esperanzas. Apenas había salido de San Salvador cuando llegaba el príncipe de

Metternich, enviado por el emperador Francisco José, é insistía vivamente por el mantenimiento de los arreglos de Villafranca, añadiendo que toda modificación en contra tendría por consecuencia el aplazamiento indefinido de los generosos propósitos de su señor para con el Véneto.

Napoleón III, bastante embarazado, vacilaba entre las dos vías que podía seguir. El 5 de septiembre escribió al conde Arese: «Querido Arese: Después de vuestra partida he visto al príncipe de Metternich. He quedado muy satisfecho de su conversación, y deseo deciros confidencialmente el resultado para que se lo digáis al rey. Sin embargo, lo repito, es menester que por ahora esto quede en el estado confidencial.

»Creo que si Toscana llamara al gran duque, se podría reunir Parma y Placencia al Piamonte, poner la duquesa de Parma en el trono de Módena, y obtener para los venecianos una administración italiana, un ejército italiano y una diputación provincial. Por consecuencia de esto, los austriacos estarían relegados al otro lado de los Alpes. Semejantes ventajas merecen que se las examine; por esto había escrito yo al rey para que fuera muy prudente en su lenguaje al contestar á la comisión toscana. Hoy he visto á la de Módena y le he hablado en el mismo sentido. Creo que al fin y á la postre la paz de Villafranca habrá emancipado á Italia: es mi deseo más ardiente. Escribo un artículo para el *Moniteur* que, según creo, explicará claramente los motivos de mi conducta.»

Este artículo, que salió á luz en el *Moniteur* del 9 de septiembre, es muy curioso. Demuestra que Napoleón III había sido sincero al firmar el tratado de Villafranca y que seguía siendo su objetivo el establecimiento de la Confederación italiana en la cual debía entrar el Véneto. El emperador se expresaba así en dicho artículo, escrito por él: «Si se ejecutara sinceramente el tratado, Austria no sería ya para la península una potencia enemiga y temible que contrariase todas las aspiraciones nacionales desde Parma hasta Roma y desde Florencia hasta Nápoles; al contrario, sería una potencia amiga, puesto que consentiría de buen grado en no ser ya potencia alemana á este lado de los Alpes y en desarrollar por sí misma la nacionalidad italiana hasta las playas del Adriático.»

La nota, después de censurar á los hombres que, «más preocupados de los pequeños sucesos parciales que del porvenir de la patria común,» estorbaban las consecuencias del tratado de Villafranca, añadía: «¿Puede haber nada más sencillo y patriótico que decir al Austria: «¿Deseas la vuelta de los archiduques? Pues bien, sea. Pero entonces cumplirás lealmente tus promesas relativas al Véneto. Que éste reciba una vida propia; que tenga una administración y un ejército italianos; en una palabra, que el emperador de Austria no sea más que el gran duque de Venecia, como el rey de los Países Bajos no es sino gran duque de Luxemburgo. El gobierno francés lo ha declarado: no se reintegrará á los archiduques en sus Estados con el apoyo de una fuerza extranjera, y como no se cumpla una parte de las condiciones de la paz de Villafranca, el emperador de Austria se encontrará desligado de todos los compromisos contraídos en

favor del Véneto. Inquietado por demostraciones hostiles en la orilla derecha del Po, se mantendrá en estado de guerra en la izquierda, y en vez de una política de conciliación y de paz, se verá renacer una política de desconfianza y de odio que acarreará nuevos disturbios y nuevas desgracias.»

Ocupándose en seguida de la cuestión del Congreso, el autor de la nota se expresaba así: «Parece que se espera mucho de un Congreso europeo: lo deseamos con todo nuestro anhelo; pero dudamos mucho que un Congreso obtenga mejores condiciones para Italia. Un Congreso no pedirá sino lo que sea justo, y ¿sería justo pedir á una gran potencia importantes concesiones sin ofrecerle en cambio compensaciones equitativas? El único medio sería la guerra; pero que Italia no se equivoque; solamente una potencia en Europa es capaz de hacer la guerra por una idea; es Francia, y Francia ha cumplido ya su misión.»

El vencedor de Magenta y de Solferino parecía dudar á veces de los resultados de sus victorias. La nota que acabamos de reproducir dejaba presentir las perplejidades y las incertidumbres que le preocupaban durante su residencia en San Salvador. Este documento llevaba impreso en el más alto grado el sello de su estilo y de su carácter, y en él se traslucía cierto sentimiento de tristeza y casi de desaliento.

LXXI

BIARRITZ, BURDEOS Y COMPIÈGNE

El emperador y la emperatriz salieron de San Salvador el 12 de septiembre, pernoctaron en Tarbes y llegaron el 13 á Biarritz, donde encontraron al príncipe imperial. El 18 recibieron en su quinta al rey de los belgas, al gran duque de Oldenburgo, así como á muchos extranjeros de distinción, rusos y españoles. El 19 hicieron una excursión por mar á bordo del *Aguila*, nuevo yate imperial construído con todos los perfeccionamientos modernos. Desembarcaron á las seis de la tarde en el cabo Bretón, donde la población en masa acudió á dar gracias al monarca por las obras de mejora del puerto que había mandado hacer y que aseguraba su porvenir.

La residencia en Biarritz agradó mucho á SS. MM., que ya habían ido allí en 1857. Pero el cuidado de los asuntos italianos seguía preocupando al emperador. Estaba descontento de los obstáculos que el gobierno piomontés oponía á la ejecución del tratado de Villafranca y veía con despecho que este gobierno parecía resuelto, no tan sólo á anexionarse la Italia central, sino á negar como compensación en esta hipótesis la anexión de Saboya y Niza á Francia. Napoleón III no ocultó al conde Arese la desagradable impresión que le producía semejante estado de cosas, y desde Biarritz le escribió esta carta con fecha 3 de octubre: «Os escribo hoy para comunicaros uno de los muchos informes que recibo de Italia y que demuestran la falta de firmeza del gobierno piomontés. No se regenera un pueblo con flores y luminarias; es menester firmeza y justicia. ¿Cómo explicarse que el gobierno, tan paciente cuando se insulta á Francia y á su jefe, se muestre tan resuelto en Saboya contra la prensa cuando pide la anexión á Francia? Os ruego que habléis seriamente acerca de este asunto al ministerio. Pronto escribiré al rey acerca de las grandes cuestiones que es forzoso dejar ultimadas.»

Al otro día, 4 de octubre, nueva carta, más severa aún: «Querido Arese: Os vuelvo á escribir hoy para comunicaros otra nota que recibo de Milán. Repito que veo con disgusto la incuria del gobierno sardo, porque forzosamente debe ocasionar un enfriamiento entre nosotros, y os lo digo *sin rebozo*, aquí no hay nadie más que yo, *solo yo*, adicto á la causa italiana.

»El gobierno sardo no puede pretextar impotencia con respecto á la prensa, toda vez que en Saboya sabe muy bien suprimir los artículos ó los periódicos

favor del Véneto. Inquietado por demostraciones hostiles en la orilla derecha del Po, se mantendrá en estado de guerra en la izquierda, y en vez de una política de conciliación y de paz, se verá renacer una política de desconfianza y de odio que acarreará nuevos disturbios y nuevas desgracias.»

Ocupándose en seguida de la cuestión del Congreso, el autor de la nota se expresaba así: «Parece que se espera mucho de un Congreso europeo: lo deseamos con todo nuestro anhelo; pero dudamos mucho que un Congreso obtenga mejores condiciones para Italia. Un Congreso no pedirá sino lo que sea justo, y ¿sería justo pedir á una gran potencia importantes concesiones sin ofrecerle en cambio compensaciones equitativas? El único medio sería la guerra; pero que Italia no se equivoque; solamente una potencia en Europa es capaz de hacer la guerra por una idea; es Francia, y Francia ha cumplido ya su misión.»

El vencedor de Magenta y de Solferino parecía dudar á veces de los resultados de sus victorias. La nota que acabamos de reproducir dejaba presentir las perplejidades y las incertidumbres que le preocupaban durante su residencia en San Salvador. Este documento llevaba impreso en el más alto grado el sello de su estilo y de su carácter, y en él se traslucía cierto sentimiento de tristeza y casi de desaliento.

LXXI

BIARRITZ, BURDEOS Y COMPIÈGNE

El emperador y la emperatriz salieron de San Salvador el 12 de septiembre, pernoctaron en Tarbes y llegaron el 13 á Biarritz, donde encontraron al príncipe imperial. El 18 recibieron en su quinta al rey de los belgas, al gran duque de Oldenburgo, así como á muchos extranjeros de distinción, rusos y españoles. El 19 hicieron una excursión por mar á bordo del *Aguila*, nuevo yate imperial construído con todos los perfeccionamientos modernos. Desembarcaron á las seis de la tarde en el cabo Bretón, donde la población en masa acudió á dar gracias al monarca por las obras de mejora del puerto que había mandado hacer y que aseguraba su porvenir.

La residencia en Biarritz agradó mucho á SS. MM., que ya habían ido allí en 1857. Pero el cuidado de los asuntos italianos seguía preocupando al emperador. Estaba descontento de los obstáculos que el gobierno piomontés oponía á la ejecución del tratado de Villafranca y veía con despecho que este gobierno parecía resuelto, no tan sólo á anexionarse la Italia central, sino á negar como compensación en esta hipótesis la anexión de Saboya y Niza á Francia. Napoleón III no ocultó al conde Arese la desagradable impresión que le producía semejante estado de cosas, y desde Biarritz le escribió esta carta con fecha 3 de octubre: «Os escribo hoy para comunicaros uno de los muchos informes que recibo de Italia y que demuestran la falta de firmeza del gobierno piomontés. No se regenera un pueblo con flores y luminarias; es menester firmeza y justicia. ¿Cómo explicarse que el gobierno, tan paciente cuando se insulta á Francia y á su jefe, se muestre tan resuelto en Saboya contra la prensa cuando pide la anexión á Francia? Os ruego que habléis seriamente acerca de este asunto al ministerio. Pronto escribiré al rey acerca de las grandes cuestiones que es forzoso dejar ultimadas.»

Al otro día, 4 de octubre, nueva carta, más severa aún: «Querido Arese: Os vuelvo á escribir hoy para comunicaros otra nota que recibo de Milán. Repito que veo con disgusto la incuria del gobierno sardo, porque forzosamente debe ocasionar un enfriamiento entre nosotros, y os lo digo *sin rebozo*, aquí no hay nadie más que yo, *solo yo*, adicto á la causa italiana.

»El gobierno sardo no puede pretextar impotencia con respecto á la prensa, toda vez que en Saboya sabe muy bien suprimir los artículos ó los periódicos

que no le convienen. Es muy triste pensar que mientras yo lucho aquí todos los días en favor del Piamonte, se permita que me ultrajen de todos modos al otro lado de los Alpes.»

Napoleón III estaba tan descontento de Roma como de Turín. El papa declaraba que no quería oír hablar de Confederación italiana mientras no hubiera vuelto á entrar en posesión de las Romañas, y las relaciones entre el Vaticano y el gobierno francés eran cada vez más tirantes. Al regresar de Biarritz el emperador se detuvo en Burdeos, donde los discursos cambiados entre él y el cardenal arzobispo de la ciudad dieron á conocer todas las dificultades de la cuestión italiana.

SS. MM. llegaron á Burdeos con el príncipe imperial el 10 de octubre. A pesar del mal tiempo, los habitantes de la ciudad y del campo se agolpaban á su paso y prorrumpían en calurosas aclamaciones. Al día siguiente el emperador recibió á las autoridades. El cardenal arzobispo, monseñor Donnet, prelado muy popular en su diócesis y que gozaba de mucho favor en las Tullerías, pronunció un discurso que revelaba las alarmas del mundo católico, pero expresando la adhesión más profunda al soberano.

«Señor, dijo el cardenal, cuando hace ocho años la ciudad de Burdeos os hacía tan entusiasta acogida, y las bóvedas de nuestra antigua basilica retemblaban con las aclamaciones de la muchedumbre, mi clero y yo estábamos aquí asistiendo con júbilo á lo que nos parecía ser como el bautismo del nuevo Imperio. Entonces rogamos por el que había detenido la marea siempre creciente de las revoluciones, por el que había afirmado en la frente de la Iglesia y del sacerdocio la aureola de honor que se le quería arrebatar, y había inaugurado sus grandes destinos devolviendo al vicario de Jesucristo su ciudad, su pueblo y la integridad de sus Estados. Hoy rogamos todavía con más fervor, si es posible, porque Dios os depare los medios, como os ha dado la voluntad, de continuar siendo fiel á esa política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre y que tal vez es el secreto de la prosperidad y el origen de las glorias de vuestro reinado. Rogamos con una confianza que se obstina, con una esperanza que no han podido desalentar ciertos acontecimientos deplorables y sacrílegas violencias, y el motivo de esta esperanza, cuya realización parece hoy tan difícil, sois vos, señor, después de Dios, vos que habéis sido y que queréis seguir siendo el primogénito de la Iglesia, vos que habéis dicho estas palabras memorables: — La soberanía temporal del jefe de la Iglesia va unida al esplendor del catolicismo, así como á la libertad y á la independencia de Italia.»

Al terminar, el cardenal suplicaba al emperador que asegurase un triunfo á Jesucristo en la persona de su vicario, y añadía que «ese triunfo pondría fin á las ansiedades del mundo católico, que lo recibiría con entusiasmo.»

Napoleón III contestó: «Doy gracias á V. E. por los sentimientos que acaba de expresarme. Hace justicia á los míos, aunque sin desconocer las dificultades que los estorban, y creo que comprende bien su elevada misión, procu-

rando vigorizar la confianza más bien que difundir inútiles alarmas. Os agradezco el que hayáis recordado mis palabras, porque tengo la firme esperanza de que comenzará una nueva era de gloria para la Iglesia el día en que todo el mundo participe de mi convicción de que el poder temporal del Padre Santo no está en oposición con la independencia de Italia.»

Después de este comienzo optimista, la respuesta del emperador dejaba traslucir los más grandes temores. «El Padre Santo, decía, se preocupa con razón del día, que no puede tardar mucho, en que nuestras tropas evacuen á Roma; porque Europa no puede permitir que la ocupación, que dura ya diez años, se prolongue indefinidamente, y cuando nuestro ejército se haya retirado, ¿qué dejará detrás de sí? La anarquía, el terror ó la paz. Cuestiones son estas cuya importancia á nadie escapa. Pero creedlo, para resolverlas en la época en que vivimos se necesita, en lugar de apelar á las pasiones, buscar con calma la verdad y rogar á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes sobre el cuerdo ejercicio de sus derechos, así como sobre la extensión de sus deberes. No dudo que las oraciones de V. E. y las de su clero continuarán atrayendo sobre la emperatriz, mi hijo y yo las bendiciones del cielo.»

El emperador recibía en Burdeos una excelente acogida, como en 1852; pero se conocía que la situación no era tan favorable y que la inteligencia entre el trono y el altar no tenía la misma solidez. Comprendíase que á la cuestión italiana, ya tan embrollada, se agregaba la romana, todavía más grave y más ardua. En suma, la respuesta del emperador al discurso del cardenal era muy alarmante. Se entraba en una era de dificultades que debía continuar hasta el fin del reinado y que le ha sobrevivido: así lo presentía Napoleón.

Este regresó á Saint-Cloud el 12 de octubre y allí encontró una especie de congreso de personas notables italianas que, como entonces se decía, procuraban hacer hablar á la esfinge. El 16 les dió audiencia y les expresó su deseo de que Parma se anexionara al Piamonte, y de que el joven soberano del ducado tomase posesión del de Módena y se desposara más adelante con una sobrina del duque Francisco V. En cuanto á Toscana, declaró que se imponía la restauración del gran ducado, con una Constitución y la adopción de la bandera nacional. El 20 de octubre escribió al rey Víctor Manuel una carta que no se publicó en el *Moniteur*, pero sí en el *Times* y luego en el *Constitucional*, periódico oficioso. En esta carta mantenía las estipulaciones de Villafranca, excepto en un punto, el ducado de Módena, que se debería dar al duque de Parma en compensación de la pérdida de su ducado, anexionado al Piamonte. Manifestaba la esperanza de que si las pretensiones italianas quedaban limitadas de este modo, el emperador Francisco José concedería al Véneto una amplia autonomía. En tal estado se hallaban las cosas cuando Napoleón III salió de Saint-Cloud para ir á Compiègne, donde iban á celebrarse brillantes recepciones.

Durante la guerra de Italia el emperador había dicho á muchos oficiales:

«Señores, quedáis citados para las cacerías de Compiègne.» Iba á cumplir su promesa, y la ciudad le preparaba un recibimiento más brillante aún que de costumbre. El ayuntamiento había votado por unanimidad un crédito ilimitado para adornar las calles por donde debía pasar el vencedor de Magenta y Solferino. El martes 1.º de noviembre llegó éste á Compiègne con la emperatriz y el príncipe imperial. Las autoridades le recibieron en la estación: la guardia nacional de la ciudad estaba formada en la carrera. A pocos metros del puente del Oise había un arco de triunfo con la inscripción: «Al emperador Napoleón III.» Se acababa de dar el nombre de Solferino á una de las calles. En la plaza y en las calles había mástiles plantados de cinco en cinco metros, unidos entre sí con guirnaldas de flores y follaje. Todas las ventanas ostentaban colgaduras. En otras vías se veían adornos y alegorías por el estilo. Dos regimientos de la guardia, que habían hecho la campaña de Italia, aguardaban la llegada del soberano con las músicas militares. La comitiva imperial avanzó entre aclamaciones: á su llegada al palacio, las vendedoras del mercado ofrecieron al emperador una rama de laurel y á la emperatriz un ramo de flores.

El jueves 3 llegaron los invitados de la primera serie, á los cuales, así como á los de las cuatro siguientes, se les obsequió con cacerías y funciones teatrales. Una de las damas más notables de las que llegaron á Compiègne fué la gran duquesa María de Rusia, hija del emperador Nicolás, á la que los emperadores recibieron con toda clase de distinciones y agasajos.

La cacería del 23 de noviembre tuvo un brillo excepcional. La montería imperial desplegó todas sus magnificencias. Hacía un tiempo soberbio; el bosque resplandecía con los rayos de un sol de otoño. A eso del mediodía los curiosos de la población y de las cercanías acudieron en considerable número, y sus carruajes se situaron en los alrededores del recinto guardado y reservado para el servicio de la caza. A la una el emperador, la emperatriz y sus convidados se reunían en el salón de familia, delante del cual les aguardaban al pie de la terraza diez carruajes de seis ó cuatro caballos guiados por postillones. Al llegar al punto de cita, que era la más hermosa encrucijada del bosque, los cazadores se apearon de los coches y montaron en los caballos que se les tenían preparados. Entre dos de las calles de la encrucijada, cerca del monte alto, la jauría impaciente se agitaba bajo la custodia de los criados vestidos de gran librea. El emperador y la emperatriz, que iban con trajes de caza, montaron á caballo y dieron la señal de marcha hacia la espesura, por la que debía comenzar el ataque. Detrás de ellos galopaban los cazadores que llevaban el botón, es decir el derecho de vestir el uniforme de la montería imperial, casaca verde con botones de plata, chaleco escarlata y tricornio con plumas negras; el emperador y la emperatriz las llevaban blancas. El mariscal Magnán, montero mayor, desempeñaba las funciones de su cargo. La cacería estuvo bien dirigida y el emperador remató al ciervo de un tiro de carabina.

Por la noche tuvo lugar en el patio del palacio el cebo frío con un ceremo-

nial más fastuoso que de costumbre. A las ocho se abrieron las ventanas del primer piso, asomándose á ellas los emperadores, la gran duquesa de Rusia y la princesa Clotilde. Una porción de antorchas difundían una viva claridad de reflejos verdosos. Los que las llevaban, los lacayos de caza, los picadores iban todos de gran librea con peluca empolvada. Los perros, ladrando con furor, se lanzaron sobre los despojos del ciervo y los devoraron. Este espectáculo pareció agrandar mucho á una multitud de curiosos para quienes se habían abierto las verjas del patio de honor.

El domingo 4 de diciembre, el emperador, su esposa y su hijo salieron de Compiègne para París.

Cuando el emperador estaba en Compiègne, los representantes de Austria, Francia y Cerdeña firmaron el 10 de noviembre en Zurich el tratado de paz, definitivo. Estos representantes eran: por Austria, el conde Karoleji y el barón de Meisenberg; por Francia el barón de Bourqueney y el marqués de Banneville, y por Cerdeña los Sres. Ambrois y Facticeau. Las tres potencias se comprometían á favorecer con todos sus esfuerzos la creación de una Confederación entre los Estados italianos, la cual estaría bajo la presidencia honoraria del papa y cuyo objeto sería mantener la independencia y la inviolabilidad de los Estados confederados, asegurar el desarrollo de los intereses morales y materiales y garantizar la seguridad interior y exterior de Italia mediante la existencia de un ejército federal.

«El Véneto, que continuará perteneciendo á la corona de S. M. imperial y real apostólica, formará uno de los Estados de esta Confederación y participará de los deberes así como de los derechos que resulten del pacto federal, cuyas cláusulas las determinará una asamblea compuesta de representantes de todos los Estados italianos.»

El artículo relativo á los príncipes destronados estaba concebido en estos términos: «Como las circunscripciones territoriales de los Estados independientes de Italia, que no se habían fraccionado durante la guerra, no pueden cambiarse sino con el concurso de las potencias que han presidido á su formación y reconocido su existencia, los derechos del gran duque de Toscana, del duque de Módena y del duque de Parma quedan expresamente reservados entre las altas partes contratantes.»

La paz firmada en Zurich tuvo por consecuencia el nombramiento del príncipe de Metternich para embajador de Austria en Francia. El nuevo embajador entregó sus credenciales el 14 de diciembre: «Tengo la firme esperanza de que las relaciones afortunadamente restablecidas entre el emperador de Austria y yo no pueden menos de ser amistosas mediante el detenido examen de los intereses de ambos países. Desde que he visto al emperador, doy por mi parte gran valor á su amistad personal.»

El príncipe de Metternich tenía treinta años; la princesa veintitrés. Por su juventud, su elevada situación y sus atractivos personales, marido y mujer de-



EL PRÍNCIPE DE METTERNICH

bían brillar en la corte de las Tullerías. Napoleón III procuraba, cosa difícil, estar bien á la vez con Viena y con Turín.

En el fondo, el tratado de Zurich lo dejaba todo en suspenso. Uno de los firmantes, el barón de Bourqueney, había dicho al regresar á París: «Os traigo una paz, pero no la paz.» El gobierno piemontés, envalentonado por la impunidad concedida á sus manejos, había colocado todos los Estados de la Italia central y las Legaciones bajo la autoridad de su comisario, el Sr. Buoncompagni. A los partidarios del derecho antiguo sólo les quedaba una esperanza: el Congreso. Napoleón III había escrito desde Compiègne el 9 de noviembre á Víctor Manuel: «Se va á convocar el Congreso: él sólo puede allanar las dificultades actuales. Mostrad energía y probad que la paz firmada es cosa seria; de lo contrario, perderéis la Italia.» Creíase que el Congreso se reuniría en París en enero. Las grandes potencias, el papa y todos los soberanos italianos debían estar representados en él. El conde de Paris se preparaba á ir á París como primer plenipotenciario del rey Víctor Manuel, y escribía á su amigo M. de la Rive: «Si venís á París este invierno, me encontraréis en el hotel Bristol; he tomado justamente la habitación que ocupaba en 1856 el conde Buol, porque ya sabéis que me ha gustado siempre invadir el territorio austriaco.»

El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín, decía en un despacho dirigido al conde Walewski: «El nombramiento del conde de Cavour como plenipotenciario, vivamente deseado por la opinión pública, ha sido también favorablemente acogido por los hombres moderados. La *Sociedad del Whist* de Turín, la mayor parte de cuyos individuos pertenecen á la alta aristocracia piemontesa y que hasta el presente había hecho una viva oposición á la política de M. de Cavour, acaba de elegirle para presidente..... No me ha ocultado la satisfacción que le causaba el representar á Italia en un congreso europeo. Me ha dicho que tenía gran confianza en el emperador, que estaba persuadido de que S. M. no querría dejar incompleta la obra comenzada y que defendería hasta el extremo en el Congreso la causa de Italia. Aludiendo en seguida á las relaciones personales que en otra época había tenido con el emperador, me ha asegurado que tenía á S. M. el más respetuoso agradecimiento; ha negado enérgicamente que profiriera las frases violentas que se le atribuyeron cuando la paz de Villafranca..... Hace pocos días decía al general La Marmorá que si entonces hubiera pensado que las cosas debían marchar como han marchado, no habría creído necesario retirarse.»

En el mismo momento en que todo el mundo creía en Europa en la reunión inmediata de un Congreso, Napoleón III había adquirido la convicción de que esta asamblea diplomática le pondría en el mayor aprieto y le obligaría á enemistarse con Austria ó con el Piemonte. En concepto del gobierno de Viena, debería trazarse el programa de antemano y no se podría salir de él con ningún pretexto; el objeto sería confirmar los antiguos convenios, no destruirlos.

El gobierno prusiano no dejaba ignorar que la adhesión del príncipe regen-

te al principio legitimista no permitiría la aprobación de empresas recientes. En cuanto á Rusia, se opondría, en nombre de la solidaridad de las coronas, á anexiones contrarias al derecho internacional.

Todos los soberanos italianos, excepto Víctor Manuel, considerado por ellos como usurpador, estaban á favor de Austria. En Nápoles reinaba desde el 22 de mayo un soberano joven, Francisco II, adicto á la corte de Viena. Estaba casado con una hermana de la emperatriz esposa de Francisco José. Amenazado por la revolución, tenía horror á la política piemontesa y consideraba á Víctor Manuel como sectario y cómplice de Mazzini. Entre las cortes de Rusia y Nápoles existían vínculos de amistad especiales. El emperador Nicolás había sido amigo del rey Fernando, padre de Francisco II, y el emperador Alejandro II manifestaba gran interés por el joven monarca. El rey de Nápoles, apoyado por Rusia y Austria, haría inevitablemente causa común con los príncipes de la Italia central y con el Papa. Por lo que respecta á Pío IX, pedía ante todo que se le devolvieran las Legaciones, y no reconocía á un Congreso ni á ningún poder humano el derecho de despojarle de sus Estados.

Napoleón III, comprometido por las promesas que había hecho á Francisco José cuando la paz de Villafranca y por las recientes estipulaciones del tratado de Zurich, no habría podido, sin que se le tachara de doblez, apoyar en un Congreso las ambiciones de Víctor Manuel. En cuanto á Inglaterra, sostenía en apariencia las aspiraciones italianas; pero el día en que fuera menester pasar de las palabras á los hechos y prestar un auxilio efectivo al Piemonte, se apresuraría á esquivarse. Quería sin duda favorecer la causa italiana, pero con la condición de que no tendría que hacer ningún sacrificio ni correr ningún riesgo. Tener en un Congreso la balanza igual entre la reacción y la revolución era cosa imposible. Napoleón III, decidido á no comenzar otra vez la guerra, no tenía más que una idea: impedir la reunión de un Congreso que no podía dar otro resultado sino el malogro de la causa italiana ó la nueva ruptura de las hostilidades.

Un folleto anónimo publicado en París el 22 de diciembre con el título *El Papa y el Congreso* iba á cambiar la faz de las cosas. Anunciado con trompetas y clarines por los periódicos oficiosos, aquel folleto de sensación tenía sin duda á Napoleón III, ya que no por autor, al menos por inspirador. «Yo no lo he escrito, dijo á muchas personas, pero apruebo todas sus ideas.»

Nada podía ser más desagradable á Pío IX que esa publicación que le prodigaba alabanzas, pero que pedía que se le desposeyese de las Romañas y decía acerca de su poder temporal: «Cuanto más pequeño sea el territorio, más grande será el soberano..... El poder del Papa resultará de su debilidad más bien que de su fuerza.» Estas frases arrancaron gritos de cólera. Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, publicó una refutación indignada del folleto. *El Diario de Roma*, órgano del Vaticano, declaró el 30 de diciembre que «era un verdadero homenaje á la revolución, una tesis insidiosa para los espíritus débiles é inhábiles para reconocer el veneno oculto, un motivo de dolor para todos los

buenos católicos.» El Congreso se había hecho ya imposible. No se podía pedir al Papa que se hiciera representar en una asamblea diplomática donde se trataría de tomar nota de su expropiación como un hecho consumado. A excepción de Inglaterra, todas las potencias no católicas censuraban el opúsculo.

El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía en 31 de diciembre al conde Walewski: «El folleto *El Papa y el Congreso* produce un efecto deplorable. El príncipe Gortchakoff me decía anoche: — No comprendo por qué vaciláis en desautorizarlo formalmente por medio de una nota publicada en el *Moniteur*. Os digo esto como amigo: Europa necesita reposo; si lo turbáis periódicamente, inspiraréis recelos á todo el mundo y acabaréis por enajenaros á vuestros mejores amigos.»

El folleto había sido publicado sin que lo supiera el conde Walewski, con cuyas ideas estaba en abierta oposición. El emperador gobernaba contra su propio gobierno: el ministerio de Negocios extranjeros no era más que un tesferro. No queriendo ser instrumento de una política censurada por él, el ministro iba á verse obligado á presentar su dimisión.

Napoleón III, después de largas tergiversaciones, había tomado su partido; renunciaba á una Confederación italiana que nadie quería, y desesperaba de obtener para el Véneto un régimen italiano autónomo. Persuadido de que la restauración de los príncipes destronados no podría efectuarse sino por la fuerza, se había decidido á permitir al Piamonte anexionarse sus Estados, pero con una condición: la de que la compensación de este engrandecimiento sería la anexión de Saboya y Niza á Francia. Los celos de las potencias, sobre todo de Inglaterra, debían hacer muy difícil esta combinación, sin la cual Francia se consideraría con razón como burlada. La tarea de la diplomacia iba á ser tan ardua como lo había sido la del ejército, y la realización del nuevo programa imperial debía tropezar con obstáculos de toda clase dentro y fuera de Francia.

El año 1859 había comenzado con las alarmas producidas por la alocución del emperador al embajador de Austria. Terminaba en medio de las inquietudes y de las controversias causadas por la cuestión italiana, sobre todo por la romana. Reinaba gran indecisión en los ánimos. Muchas personas recelaban que las victorias de Magenta y Solferino fueran estériles para Francia. La opinión pública, desconcertada por los problemas que quedaban por resolver, estaba ansiosa y perturbada. El emperador no ignoraba cuánto trabajo le costaría satisfacerla. Comprendía que tanta sangre derramada en una guerra objeto de tan violentas críticas, no se la perdonaría Francia si no recibía, en pago de sus esfuerzos y sacrificios, un engrandecimiento territorial del que pudiera enorgullecerse el amor propio del país.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

Páginas

LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO

I. — Viajes imperiales.	5
II. — El príncipe de Prusia.	10
III. — Los comienzos de 1857.	15
IV. — El gran duque Constantino.	19
V. — El rey de Baviera.	23
VI. — El príncipe Napoleón en Alemania.	28
VII. — La situación interior.	35
VIII. — La cuestión de los Principados.	39
IX. — La entrevista de Osborne.	44
X. — La inauguración del nuevo Louvre.	50
XI. — Biarritz.	55
XII. — El campamento de Chalons.	59
XIII. — Estrasburgo y Baden.	63
XIV. — La entrevista de Stuttgart.	66
XV. — Consecuencias de la entrevista.	69
XVI. — El fin de 1857.	74
XVII. — El principio de 1858.	78
XVIII. — El atentado del 14 de enero.	83
XIX. — Después del atentado.	89
XX. — El general Della Rocca.	94
XXI. — El proceso de Orsini.	100
XXII. — El general Espinasse.	105
XXIII. — El conde de Persigny.	111
XXIV. — El mariscal Pelissier embajador.	117
XXV. — El conde de Cavour.	124
XXVI. — Plombières.	129
XXVII. — La entrevista de Cherburgo. — La estatua de Napoleón.	133
XXVIII. — La excursión por Bretaña. — El fin del año 1858.	138

FRANCIA É ITALIA

XXIX. — El principio de 1859.	145
XXX. — La princesa Clotilde.	152
XXXI. — El folleto anónimo.	155

TOMO III

22

buenos católicos.» El Congreso se había hecho ya imposible. No se podía pedir al Papa que se hiciera representar en una asamblea diplomática donde se trataría de tomar nota de su expropiación como un hecho consumado. A excepción de Inglaterra, todas las potencias no católicas censuraban el opúsculo.

El duque de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, escribía en 31 de diciembre al conde Walewski: «El folleto *El Papa y el Congreso* produce un efecto deplorable. El príncipe Gortchakoff me decía anoche: — No comprendo por qué vaciláis en desautorizarlo formalmente por medio de una nota publicada en el *Moniteur*. Os digo esto como amigo: Europa necesita reposo; si lo turbáis periódicamente, inspiraréis recelos á todo el mundo y acabaréis por enajenaros á vuestros mejores amigos.»

El folleto había sido publicado sin que lo supiera el conde Walewski, con cuyas ideas estaba en abierta oposición. El emperador gobernaba contra su propio gobierno: el ministerio de Negocios extranjeros no era más que un tesferro. No queriendo ser instrumento de una política censurada por él, el ministro iba á verse obligado á presentar su dimisión.

Napoleón III, después de largas tergiversaciones, había tomado su partido; renunciaba á una Confederación italiana que nadie quería, y desesperaba de obtener para el Véneto un régimen italiano autónomo. Persuadido de que la restauración de los príncipes destronados no podría efectuarse sino por la fuerza, se había decidido á permitir al Piamonte anexionarse sus Estados, pero con una condición: la de que la compensación de este engrandecimiento sería la anexión de Saboya y Niza á Francia. Los celos de las potencias, sobre todo de Inglaterra, debían hacer muy difícil esta combinación, sin la cual Francia se consideraría con razón como burlada. La tarea de la diplomacia iba á ser tan ardua como lo había sido la del ejército, y la realización del nuevo programa imperial debía tropezar con obstáculos de toda clase dentro y fuera de Francia.

El año 1859 había comenzado con las alarmas producidas por la alocución del emperador al embajador de Austria. Terminaba en medio de las inquietudes y de las controversias causadas por la cuestión italiana, sobre todo por la romana. Reinaba gran indecisión en los ánimos. Muchas personas recelaban que las victorias de Magenta y Solferino fueran estériles para Francia. La opinión pública, desconcertada por los problemas que quedaban por resolver, estaba ansiosa y perturbada. El emperador no ignoraba cuánto trabajo le costaría satisfacerla. Comprendía que tanta sangre derramada en una guerra objeto de tan violentas críticas, no se la perdonaría Francia si no recibía, en pago de sus esfuerzos y sacrificios, un engrandecimiento territorial del que pudiera enorgullecerse el amor propio del país.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

Páginas

LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO

I. — Viajes imperiales.	5
II. — El príncipe de Prusia.	10
III. — Los comienzos de 1857.	15
IV. — El gran duque Constantino.	19
V. — El rey de Baviera.	23
VI. — El príncipe Napoleón en Alemania.	28
VII. — La situación interior.	35
VIII. — La cuestión de los Principados.	39
IX. — La entrevista de Osborne.	44
X. — La inauguración del nuevo Louvre.	50
XI. — Biarritz.	55
XII. — El campamento de Chalons.	59
XIII. — Estrasburgo y Baden.	63
XIV. — La entrevista de Stuttgart.	66
XV. — Consecuencias de la entrevista.	69
XVI. — El fin de 1857.	74
XVII. — El principio de 1858.	78
XVIII. — El atentado del 14 de enero.	83
XIX. — Después del atentado.	89
XX. — El general Della Rocca.	94
XXI. — El proceso de Orsini.	100
XXII. — El general Espinasse.	105
XXIII. — El conde de Persigny.	111
XXIV. — El mariscal Pelissier embajador.	117
XXV. — El conde de Cavour.	124
XXVI. — Plombières.	129
XXVII. — La entrevista de Cherburgo. — La estatua de Napoleón.	133
XXVIII. — La excursión por Bretaña. — El fin del año 1858.	138

FRANCIA É ITALIA

XXIX. — El principio de 1859.	145
XXX. — La princesa Clotilde.	152
XXXI. — El folleto anónimo.	155

TOMO III

22

	Páginas
XXXII. - El discurso de la corona	159
XXXIII. - Los partidarios de la paz.	163
XXXIV. - Inglaterra y el Piamonte.	166
XXXV. - Prusia y la Confederación germánica.	170
XXXVI. - Rusia	174
XXXVII. - El Carnaval.	177
XXXVIII. - Cuatro bailes de máscaras. - La Cuaresma.	181
XXXIX. - La Semana Santa.	186
XL - La semana de Pascua.	189
XLI. - El principio de la guerra.	194
XLII. - La marcha del emperador.	199
XLIII. - Génova y Alejandría.	204
XLIV. - Montebello.	207
XLV. - Palestro.	211
XLVI. - Turbigo.	216
XLVII. - La batalla de Magenta.	219
XLVIII. - Después de la batalla de Magenta.	226
XLIX. - La entrada en Milán.	229
L. - Melegnano.	233
LI - Antes de Solferino.	237
LII. - La batalla de Solferino.	244
LIII. - Después de la batalla de Solferino.	251
LIV. - La emperatriz regente.	255
LV. - El príncipe Napoleón.	260
LVI. - La situación diplomática.	264
LVII. - Los últimos días de la guerra.	267
LVIII. - El Armisticio.	271
LIX. - La entrevista de Villafranca.	276
LX. - Los preliminares de la Paz.	280
LXI. - La dimisión del conde de Cavour.	285
LXII. - El regreso del emperador.	288
LXIII. - Saint-Cloud.	293
LXIV. - El regreso de las tropas de Italia.	299
LXV. - El santo del emperador.	305
LXVI. - Toscana.	307
LXVII. - Parma.	313
LXVIII. - Módena.	316
LXIX. - Las Romañas.	319
LXX. - San Salvador.	323
LXXI. - Biarritz, Burdeos y Compiègne.	327
LXXII. - El final del año 1859.	332

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Vista panorámica de Biarritz.	7
El príncipe Federico Guillermo de Prusia.	11
Monseñor Sibour, arzobispo de París.	17
El gran duque Constantino.	21
Maximiliano II, rey de Baviera.	25
Federico Guillermo IV rey de Prusia.	29
Guillermo de Humboldt.	31
El duque de Broglie.	37
Lord Palmerston.	47
El almirante Hamelin, Ministro de Marina de Napoleón III.	53
Explosión de las bombas Orsini en la calle Le Peletier.	87
La Tour d' Auvergne.	99
El general Espinasse.	107
El príncipe imperial.	123
El conde de Cavour.	125
Víctor Manuel II, rey de Italia.	149
Lord Granville.	167
Disraëli, lord Beaconsfield.	169
El duque de Gramont.	179
Entrada de las tropas francesas en Turín.	195
M. Troplong, presidente del Senado.	197
El mariscal Randón, ministro de la guerra.	201
Combate de Montebello.	209
El general Cialdini.	213
El general Lamármora.	215
Los granaderos de la guardia en el puente de Magenta.	223
Un episodio de la batalla de Solferino.	245
José Garibaldi, jefe del partido republicano en Italia.	269
Entrevista de los dos emperadores en Villafranca.	277
El barón Ricasoli.	309
El príncipe de Metternich.	333



REAL IMPRENTA DE BARCELONA

AD AUTÓNOMA DE NU
ÓN GENERAL DE BIBLIOT